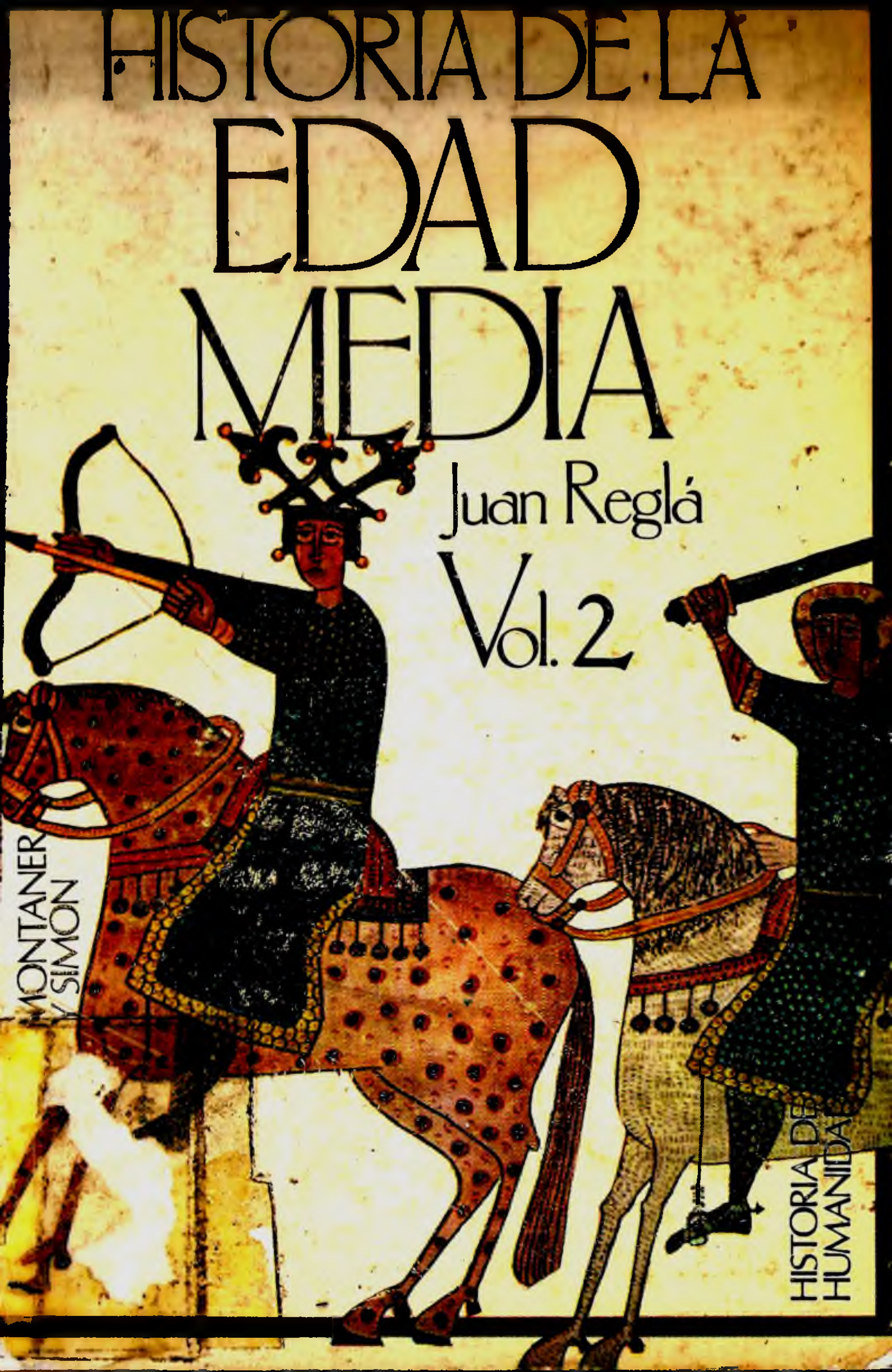

HISTORIA DE LA
EDAD
MEDIA
Juan Reglá
Vol. 2
MONTANER
Y SIMON
HISTORIA DE
HUMANIDAD



HISTORIA GENERAL DE LA HUMANIDAD
bajo la dirección de

JAIME VICENS VIVES

LA HUMANIDAD PREHISTORICA
por el Dr. Juan Maluquer de Motes,
catedrático de la Universidad de Barcelona

HISTORIA DEL ANTIGUO ORIENTE
por el Dr. Antonio Tovar
catedrático de la Universidad de Madrid

HISTORIA DE GRECIA
por los Dres. Antonio Tovar,
catedrático de la Universidad de Madrid, y
Martín S. Ruipérez,
catedrático de la Universidad Complutense, Madrid

HISTORIA DE ROMA
por el Dr. Luis Pericot García,
catedrático de la Universidad de Barcelona,
y el profesor Rafael Ballester Escalas

LA EDAD MEDIA (1.ª parte)
por el Dr. José M.ª Lacarra,
catedrático de la Universidad de Zaragoza

LA EDAD MEDIA (2.ª parte)
por el Dr. Juan Reglá Campistol,
catedrático de la Universidad de Barcelona

HISTORIA GENERAL MODERNA (1.ª parte)
por el Dr. Jaime Vicens Vives

HISTORIA GENERAL MODERNA (2.ª parte)
por el Dr. Jaime Vicens Vives

JUAN REGLA CAMPISTOL
Catedrático de Historia de la Universidad de Barcelona

HISTORIA DE LA EDAD MEDIA

Quinta Edición
revisada

TOMO II



Montaner y Simón, S.A.
Barcelona

1.ª edición, 1960
2.ª edición, 1969
3.ª edición, 1971
4.ª edición, 1978

Aragón, 255. Barcelona-7
5.ª edición

ISBN: 84-274-0454-9 (Tomo II)
ISBN: 84-274-0546-4 (Obra completa)
ISBN: 84-274-0547-2 (Colección)
Depósito Legal: S. S. 499-1979

Impreso en España
Printed in Spain

Impreso por TONSA - San Sebastián



INTRODUCCION

El resurgir de Europa. Rodeada por los bloques islámico, bizantino y eslavo, la Europa occidental, en el sentido de civilización común a Occidente, es una creación de la Alta Edad Media. Con anterioridad al siglo XI, esa Europa se encuentra en una fase de niñez y forja su existencia como una fortaleza amenazada al Sur por el Islam, al Este por los húngaros y al Norte por los escandinavos, mientras en el continente amarillo se despliegan los grandes imperios asiáticos. En el ámbito ecuménico, la recuperación de Europa tenderá a lograr un equilibrio inestable con el Islam turco y el Asia mongol.

En el siglo XI, el resurgir de Europa es paralelo al desarrollo de la segunda edad feudal, en la terminología de Marc Bloch. El peligro de las invasiones ha pasado ya y entre Europa y los nómadas de las estepas se interponen los pueblos polaco, checo, ruso y húngaro, ganados a la causa del Cristianismo. La segunda edad feudal dio mayor flexibilidad al sistema, ante la necesidad de adecuarse a nuevas condiciones sociales y económicas. Bajo los carolingios, por ejemplo, la idea de que el vasallo pudiese enajenar el feudo hubiera parecido absurda, puesto que los bienes no le pertenecían y sólo le eran confiados a cambio de deberes estrictamente personales. Después, a medida que la precariedad originaria de la concesión se hizo menos patente, los vasallos tendieron a disponer del feudo, animados por la Iglesia, que en el transcurso de la Edad Media desplegó grandes esfuerzos encaminados a destruir las trabas tanto señoriales como familiares que agarrotaban la posesión individual. Las comunidades y monasterios hubieran perecido sin las donaciones "en beneficio de Dios" de quienes apenas poseían otra cosa que feudos. De hecho, desde el siglo XIII los feudos se vendían o cedían casi libremente. El feudalismo rural había entrado en relación con el mundo del comercio, lo que implicó un golpe tremendo contra la institución. El siglo XII da la impresión de ser una época esencialmente feudal; pero una observación atenta demuestra que en ella afloran los factores que provocaron la ruina del sistema. Abriendo de nuevo a los pueblos de Occidente el camino de Oriente, la casta de los señores feudales trabajó inconscientemente contra sí misma; pero con ello echó las bases de la prosperidad futura. Como escribe Halphen, las perspectivas del futuro optimista de Europa radican, hacia 1150, en la alianza de la nobleza feudal, que representa la fuerza militar, con la aristocracia mercantil, poseedora de la potencia económica.

Al lado de la renovación espiritual, religiosa e intelectual, de la recepción del Derecho romano y del lento despliegue del individualismo, el resurgir de Europa es paralelo a la decadencia islámica en el Mediterráneo y a la del Sacro Imperio en el continente. El centro de gravedad se desplaza hacia las monarquías de

Occidente y los ámbitos marítimos, preparados para empuñar las riendas de la hegemonía europea por los cambios verificados en la estructura social y en la coyuntura económica.

La sociedad y la economía. Durante la primera edad feudal –época anterior al siglo XI– Europa conoció un profundo descenso de la curva demográfica. El poblamiento se caracterizaba por la escasa densidad y reparto muy desigual. Las pequeñas aglomeraciones humanas eran como islotes que salpicaban vastas regiones despobladas. La agricultura ocupaba grandes espacios. Las comunicaciones eran difíciles y para gobernar un país no había mas remedio que cabalgar sin tregua a través del mismo, por lo que la vida nómada, incluso en la Iglesia, era una imposición de las circunstancias. Según el punto de mira que se adopte, la civilización de la Europa medieval parece maravillosamente universalista o extremadamente particularista. Esta antinomia deriva de un sistema de comunicaciones tan favorable a la propagación de influencias de carácter general, como rebelde, en el detalle, a la acción uniformadora de las relaciones de vecindad.

A la regresión demográfica antes apuntada, tan sólo detenida a partir del siglo X, hay que añadir la contracción económica. El sistema de cambios en la primera edad feudal –Europa no vivió completamente replegada sobre sí misma y los mayores intercambios tuvieron lugar, al parecer, con el mundo musulmán– se caracterizó por una extraordinaria "hambre monetaria". Como escribe Marc Bloch, la atonía de los cambios y de la circulación monetaria redujeron al extremo el papel social del salario. En todos los grados de la jerarquía –al rey para asegurarse los servicios de los dignatarios, a los nobles para tener mesnadas armadas– se hizo indispensable recurrir a un sistema que no implicase el pago periódico de un salario. Para resolver la cuestión no había más que la alternativa de instalar al servidor en la casa y cubrir sus necesidades –alimentación, vestido, etc.– o bien, cederle, en compensación, unas tierras.

En el tránsito hacia la segunda edad feudal, se verifica un cambio de coyuntura, con un franco proceso hacia el aumento demográfico y la expansión económica. De hecho, el cambio se hace perceptible ya antes del año 1000 que, en frase de Perroy, ya no aparece como un crepúsculo terrorífico –creencia en el fin de los tiempos–, sino como una aurora brillante. La población aumenta: se ha calculado que entre los años 1000 y 1300 los habitantes de la Europa occidental se multiplicaron por tres o por cuatro. El aumento es paralelo a las migraciones encaminadas a colonizar vastas extensiones –mesetas ibéricas, tierras más allá del Elba–, a los desmontes y a las roturaciones, que transforman por completo el paisaje del continente. Surgen nuevos poblados, se incrementan las relaciones, se emprende la construcción de puentes y el trazado de vías de comunicación, mientras las nacientes burguesías urbanas practican un activo comercio. Como apunta Marc Bloch, en la expansión de la economía medieval los paños jugaron el mismo papel rector que la metalurgia y las cotonadas en la Inglaterra del siglo XIX. La Europa occidental conquistó el Norte y el Oriente: desde fines del siglo XI los paños flamencos se venden en las ferias de Novgorod. Poco a poco, periclita y se cierra la ruta de las llanuras rusas, y Escandinavia y los países bálticos inclinan

el peso de su actividad hacia el Oeste; este proceso culmina mediante el monopolio aleman del comercio báltico.

Al parecer, el desarrollo de los países occidentales durante la época a que nos referimos debióse, en gran parte, a una renovación fundamental de las prácticas agrícolas. El mejor aprovechamiento de la fuerza motriz de las aguas corrientes, la aparición de nuevos útiles de labranza, el estercolado y margado de las tierras, el laboreo profundo, la difusión de la avena, el aparejo de los animales de tiro —el yugo para los bueyes y el collar para los caballos—, la rotación trienal de los cultivos, los grandes desmontes y el ejemplo que en todo ello dieron los cistercienses, implicaron una verdadera revolución, cuyas inmediatas consecuencias fueron el aumento de la producción y, por lo tanto, la mejoría en la alimentación y el incremento de los excedentes comerciablizables.

Como es lógico, la subida de la curva demográfica y el aumento de los bienes de consumo reanimó los cambios, es decir, el comercio. Con anterioridad al siglo XI, las gentes dedicadas a los trabajos manuales eran casi exclusivamente agricultores. La nueva coyuntura económica es paralela a la difusión de los comerciantes y de los artesanos. La moneda va adquiriendo cada día mayor importancia y la expansión económica provoca un alza de precios. El progreso en todos los órdenes hace posible la expansión militar, paralela, a su vez, a la difusión de la cría del caballo. Dicha expansión encuentra su símbolo en la conquista de Sicilia por Roberto Guiscardo, quien, en el punto de contacto de los tres mundos mediterráneos, el latino, el bizantino y el islámico, fundó un nuevo Estado —el reino normando napolitano— que marcó el primer avance de la Cristiandad occidental.

Los cambios estructurales que hemos reseñado justifican que los autores centren en el siglo XII dos revoluciones: una de carácter económico y otra de índole social. La reapertura de los mercados de Oriente por las Cruzadas hizo que los marcos feudales aparecieran como envejecidos ante las nuevas exigencias. Hasta el siglo XI, la expansión árabe y turca fue en gran parte responsable del estancamiento de la industria europea y de su declive. El Levante era entonces el único gran productor de determinadas materias primas indispensables a los artesanos europeos —seda, algodón, resinas, maderas finas, tintas, goma—. El monopolio de los bizantinos como intermediarios hundióse en el siglo IX por la expansión musulmana, que dejó el campo libre a la iniciativa de las ciudades italianas. Estas supieron explotar las debilidades de los musulmanes. Pisa, Génova y Venecia vieron facilitada su empresa por la conquista normanda de Sicilia, que acabó con el bloqueo musulmán del estrecho de Mesina. Ya hemos dicho que esta actividad recibió un gran incentivo a consecuencia de las Cruzadas. En dichas ciudades se constituyen compañías comerciales para la explotación económica de las riquezas levantinas, con sucursales o factorías en toda la cuenca del mar latino. El aumento de producción, gracias al nuevo desarrollo del comercio mediterráneo, hizo que el Occidente europeo entrara en el camino de la especialización del trabajo y que conociera un volumen de negocios comparable al de los mejores tiempos del Imperio romano.

Todo ello hace que las poblaciones urbanas –artesanas y burguesas– queden al margen de la estructura feudal. Los señores se ven obligados a admitir el derecho a la existencia de tales elementos –cuya aparición constituye la llamada *revolución comunal,* no siempre incruenta– y procuran limitar los inconvenientes de una transformación social que anuncia el despertar de los tiempos modernos.

Como escribe Perroy, las profundas transformaciones económicas que apuntan hacia el año 1000 condicionaron, entre 1075 y 1150, un progreso extraordinario en todos los dominios de las actividades humanas. Es una época de crecimiento, llena de contrastes en las aspiraciones, caracteres y gustos. La consolidación de los primeros resultados a mediados del siglo XII hace que la intensa vitalidad, la fecundidad y la diversidad comiencen a armonizarse. "Un nuevo período se inaugura entonces para el Occidente cristiano, de organización y de disciplina, de grandes construcciones equilibradas y de clasicismo." Las transformaciones que hemos descrito presiden el tránsito entre la primera y la segunda edad feudal, entre la infancia de Europa y su plenitud en la época gótica del siglo XIII, que constituye el gran período clásico de la edad Media en los países de Occidente.

La vida económica y las ciudades. El ascenso de la curva demográfica, claramente perceptible a fines del siglo X, contribuyó a modificar profundamente la estructura de las sociedades occidentales. El desarrollo económico se inicia con intensas roturaciones y deforestaciones, mientras la reaparición de la moneda condiciona el establecimiento de una clase asalariada. Paulatinamente, la ciudad se convierte en un segundo "medio" de vida, en el que el hombre puede instalarse. La ciudad entra en competencia con el señorío rural y aparece la burguesía.

En el transcurso del siglo XII se manifiestan con claridad los rasgos característicos de la sociedad medieval. La situación tiende hacia un equilibrio entre las tendencias dispares. De un lado, hay un "momento feudal", que en las centurias X y XI tiende a estrechar las relaciones humanas con el régimen señorial; y, de otro, un progreso económico, que relaja los vínculos de dependencia e institucionaliza y crea un nuevo "medio" social, jurídico y económico: la ciudad. El equilibrio armónico entre ambas tendencias no se logra hasta el siglo XIII. Por su parte, el poder monárquico, que no era indispensable a la organización feudal ni a la organización urbana, intervendrá decisivamente como un factor potenciado y moderador en el siglo XIII. Como escribe Jacques Ellul, ello justifica que el siglo XIII aparezca como una centuria caracterizada por el equilibrio institucional entre tres tendencias: la estructura señorial, la organización urbana y el poder real. Este equilibrio se romperá, a partir del siglo XIV, en beneficio del poder real.

Ya hemos dicho que a fines del siglo XI surge una economía monetaria, progresivamente elaborada a consecuencia de la renovación comercial, que de un lado implica el despertar de la vida urbana y, de otro, una organización eficiente del comercio y de la industria.

Desde el siglo X, existían en Europa dos polos comerciales activos: la Italia bizantina y Venecia, en contacto con el mundo islámico, y los normandos, en continuas relaciones con Inglaterra y Rusia. Era del todo imposible que la Europa continental no experimentara la presión más o menos intensa de los focos citados.

En todo caso, el hecho decisivo fue la primera Cruzada. A partir de 1120, el comercio mediterráneo, sobre todo en manos de los mercaderes italianos, adquiere una importancia muy destacada.

En el Norte, el comercio normando conquista posiciones en los estuarios del Rin y del Escalda, mientras establece una poderosa corriente entre la región del Sena y la costa inglesa, con un foco neurálgico, Flandes, caracterizado por el temprano desarrollo de la industria textil lanera. El renacimiento mercantil se desarrolla en todas partes en función de un comercio de exportación. Esta actividad suele tomar un aspecto "capitalista" con el desarrollo del crédito. Desde el siglo XII, las operaciones de crédito aumentan y se complican. El desarrollo del comercio y el aumento de población conducen a una transformación agrícola: de un régimen de explotación rural casi cerrado, en el siglo XI, se pasa en el siguiente, en los grandes señoríos y en los dominios eclesiásticos, a una economía monetaria, que a su vez modifica profundamente el régimen feudal.

La renovación urbana y el movimiento comunal. Los principales factores que condicionaron el desarrollo de los municipios en el transcurso del siglo XII fueron el renacimiento mercantil, ya estudiado, la acción señorial —fueron muchos los señores que comprendieron las ventajas que podían obtener del establecimiento de centros urbanos— y las asociaciones entre los habitantes. Ciertos autores tratan de descubrir en estos factores un primer cuadro institucional para la ciudad, que derivaría hacia formas económicas (asociaciones de comerciantes para una operación mercantil, que al estabilizarse originan las guildas y las hansas), y políticas. Estas últimas suelen tener un carácter revolucionario y secreto, y de ellas quedan excluidos los nobles y el clero. Así, en Francia aparece la *Commune*, asociación por juramento encaminada a lograr la seguridad de la villa, el establecimiento de la paz o la oposición a los señores vecinos. Los asociados se debían ayuda mutua y si surgía un conflicto entre ellos se obligaban a aceptar el arbitraje de un tercero.

El movimiento comunal tuvo una parte preponderante en la emancipación urbana del señorío feudal, laico o eclesiástico, y se aceleró el desarrollo normal de las ciudades. En efecto, a medida que los comunes lograban su libertad en el transcurso del siglo XII, los burgueses de otros focos urbanos, impulsados por la corriente, procuraron hacer lo mismo. El movimiento comunal no descansó sólo en causas económicas, sino que se produjo, incluso, en centros poco desarrollados.

Como escribe Ellul, los fines del movimiento comunal fueron tan diversos como sus formas. A veces se trató del reconocimiento de antiguos privilegios; en otros, los comerciantes buscaron las supresiones de peajes, la unificación monetaria o la garantía de que no serían vejados por los oficiales señoriales. En ocasiones, los comunes reclaman la autonomía política, una organización completa de la villa como un cuerpo político nuevo. Pero ello fue raro, ya que el mecanismo de la vida municipal existía, de hecho, antes del movimiento comunal. En cuanto a las formas, también fueron muy diversas. A veces los habitantes del foco urbano chocan con la decidida negativa del señor —lo que ocurrió con bastante frecuencia en el Norte de Francia y en Flandes—, en cuyo caso el movimiento comunal tomó caracteres violentos, revolucionarios. Otras veces el

señor se mostró más comprensivo, en parte por el ejemplo de los comunes rebelados, y supo escarmentar en cabeza ajena favoreciendo la evolución urbana y obteniendo ventajas económicas de su actitud. En general, los reyes mostraron en sus dominios una actitud hostil hacia el movimiento comunal. París, por ejemplo, jamás tuvo carta municipal.

A fines del siglo XII y comienzos del siguiente –época de Felipe Augusto en Francia– se produjo una verdadera alianza entre la monarquía y la burguesía, que condicionó el posterior florecimiento urbano. Parece que hubo el deseo de constituir comunes en las zonas estratégicas más vulnerables: los reyes de Francia y de Inglaterra así lo hicieron en los puntos en que ambos se amenazaban mutuamente; Felipe Augusto hizo lo mismo respecto de Flandes y del Imperio. Los comunes aparecen, en consecuencia, como puntos de apoyo de los monarcas, sobre los cuales éstos cifraban la posibilidad del despliegue de sus ambiciones políticas. Sin embargo, desde fines del siglo XIII, la monarquía cambia de actitud y se dispone a sujetar la independencia de los municipios mediante la intervención de sus oficiales en la administración urbana.

El movimiento comunal atacó la esencia del régimen feudal. La oposición entre ambos no podía ser más clara. En el sistema feudal, el valor social importante era la tierra y el mecanismo de sus relaciones de dependencia giraba alrededor de la propiedad y posesión del suelo. En el régimen urbano, el valor social esencial era el dinero y el movimiento comunal tendió a crear una sociedad en función del dinero, considerado no sólo como una simple medida de valor, sino como instrumento de capitalización y de cambio. Para una concepción de la vida fundada sobre el comercio, el sistema feudal era un obstáculo: peajes, tasas, diversidad monetaria, bandolerismo, guerras locales. Cuando se hicieron patentes las dificultades creadas por el señor, los servicios que éste prestaba parecieron menos necesarios a los burqueses que a los campesinos. La protección militar del señor dejó de ser útil a partir del momento en que las ciudades se fortificaron o dispusieron de una guarnición de burgueses o de mercenarios.

A raíz del movimiento comunal, se registra una oposición clara entre la ciudad y el campo. Los burgueses tienden a imponer y difundir su sistema, lo que provoca graves repercusiones para el régimen señorial –disminución de los derechos señoriales, transformaciones en la economía dominical, liberación de los siervos, desaparición del artesanado campesino (aparición de procedimientos técnicos inaplicables en los talleres del señor), especialización de cultivos. El señor no puede evitar su entrada en la corriente de los cambios, pero al hacerlo se ve obligado a pagar y en consecuencia a contraer deudas y a vender sus tierras, lo que explica la infiltración de los burgueses adinerados en los feudos. Así, el movimiento comunal condujo a una oposición de sistemas sociales y políticos.

La monarquía feudal. En el transcurso de los siglos XI y XII la realeza constituye una institución que en rigor no se confunde con el sistema feudal. En realidad, la sociedad feudal, como escribe Ellul, hubiera podido prescindir del monarca. De hecho, sin embargo, la acción y la autoridad del rey están estrechamente mezcladas con esa sociedad. Pero ni la función ni la situación del monarca son estables ni bien definidas. De una parte, su poder decrece sin cesar en

el siglo X e incluso en el XI para incrementarse en el XII y afirmarse en el siguiente por encima del mundo feudal. Es incuestionable que el crecimiento del poder monárquico conducirá a la ruina de las estructuras políticas del feudalismo. De otra parte, el poder real es muy complejo: el monarca es, al mismo tiempo, soberano y señor, y por ello no tiene los mismos poderes en sus dominios propios y en los restantes señoríos que, formando parte del reino, no son del dominio real.

El cuadro que acabamos de esquematizar es particularmente válido para la monarquía francesa. Observa Pirenne que en los países occidentales, el misticismo, la expansión de la caballería y el desarrollo del comercio y de las ciudades fueron fenómenos paralelos a la reagrupación política del mundo feudal alrededor de las monarquías. "La noción unitaria del poder, heredada del Imperio romano, renace en el momento en que, por la ruptura del cuadro exclusivamente territorial del régimen señorial, surge la libertad del individuo en las ciudades. La reagrupación espontánea del complejo feudal se manifiesta, en el siglo XI, en las constituciones monárquicas que Guillermo el Conquistador otorgó a Inglaterra y Godofredo de Bouillon a Palestina, como también en la concentración de poderes que comienza a darse en Francia alrededor de Luis VII." Esta trayectoria fue impulsada vigorosamente por Felipe Augusto, al final del período que estudiamos.

Primero electivos, los monarcas franceses se habían transformado en hereditarios haciendo atribuir a sus hijos la calidad de "rey designado".

En Inglaterra, la constitución monárquica que Guillermo el Conquistador otorgó al país, en virtud de la cual ningún vasallo podía interponerse entre el rey y sus barones, permitió a Enrique II emprender una política centralizadora de altos vuelos. El Conquistador conservó, por lo demás, los elementos activos de las instituciones anglosajonas, a las que superpuso los cuadros del feudalismo continental. Así, la Inglaterra normanda se edificó sobre los modelos del feudo normando, con una rigurosa centralización favorecida por la paz real y la dispersión de las tierras. La obra de Enrique II Plantagenet fue parecida a la de Luis VII en Francia, aunque su política autoritaria suscitó la oposición mancomunada de la Iglesia, los barones y las ciudades. La muerte del arzobispo Tomás Becket, en 1170, señaló un momento culminante de la crisis.

En el Reich alemán, la realeza, de carácter electivo, constituyó la clave del edificio imperial. Al principio, la elección la realizaban los grandes señores laicos y si bien la coronación tenía un carácter religioso, los eclesiásticos no tenían nada que ver con la designación. Luego, por un proceso gradual, se instituyó un cuerpo electoral mixto, formado por los grandes señores laicos y eclesiásticos. Como demuestra el proceso de la elección de Lotario de Supplinbourg (1125), se forma una comisión que propone uno o varios nombres y la aclamación del preferido por los electores decide la elección. La proclamación del resultado la hace habitualmente el arzobispo de Maguncia, primado de Alemania. Los tres arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréveris se encuentran a la cabeza de los príncipes eclesiásticos, y al frente de los laicos se sitúan los grandes duques de Brandeburgo, Bohemia, Sajonia y Palatinado. Estos siete príncipes forman una verdadera *élite*, pero están muy lejos de detentar, todavía, el monopolio del derecho electoral.

En el *Sacrum Romanorum imperium*, expresión corriente en el siglo XII, se

conjugaron los esfuerzos de los otónidas y la orientación dada al Reich por Federico I. A partir de éste, la conexión del poder real con el imperial aparece, en Alemania, como indisoluble. Identificándose con el sueño imperial, la realeza germánica no sólo limitó sus posibilidades en el Este y el Oeste, sino que se mostró incapaz de imponerse en el interior del país. Y el choque con Roma, consecuencia del imperialismo, obligó a los soberanos alemanes a dejar las manos libres a las fuerzas feudales, lo que imposibilitó cualquier proceso de carácter centralizador en el *regnum* y acentuó las diferencias entre Alemania e Italia.

Los reyes alemanes tenían esencialmente el derecho de "poner fuera de la ley" –*ban* del imperio–, y el derecho de gracia. El poder legislativo se ejerce por medio de *Constituciones* y una de las mayores preocupaciones de la realeza consiste en imponer la paz pública –*Landfriede*–. En general, el rey no resuelve ninguna cuestión importante sin consultar a la dieta –*Reichstage*– o, al menos, a la *élite* aristocrática reunida en el *Hoftage*. Ambas asambleas equivalen respectivamente, a la curia regia extraordinaria –Cortes– y a la curia regia ordinaria –Consejo real–. Como rasgo característico de las instituciones germánicas medievales, los especialistas destacan el hecho de que el Reich desconoció el cuerpo de administradores de carrera –legistas– característicos de los países occidentales en la Baja Edad Media.

Las peculiaridades institucionales de los reinos hispánicos se estudian en los capítulos correspondientes.

BIBLIOGRAFIA

Remitimos a las indicaciones bibliográficas dadas en el volumen I, páginas 13-16, así como a las observaciones críticas sobre las mismas que allí se consignan. Sólo añadiremos aquí, para los casos en que no se hizo, el detalle de los volúmenes que en las obras aludidas interesan especialmente a la época y los temas estudiados en este tomo II.

Obras generales. De la traducción española de la obra de W. ONCKEN, *Historia Universal*, corresponden a la época estudiada por nosotros los vols. 14 a 18. Asimismo, en la traducción castellana de W. GOETZ, *Propyläen-Weltgeschichte*, trata de nuestra época el tomo IV, *La época del Gótico y el Renacimiento (1250-1500)*, Madrid, 1934; y en la colección "Peuples et civilisations", se refieren también a las materias y tiempos que estudiamos, *La fin du Moyen Age, I. La désagrégation du monde médieval (1285-1453)*, y *II. L'annonce des temps nouveaux (1453-1492)*, París, 1931. Existe traducción española reciente de la síntesis de C. W. PREVITÉ-ORTON, *Historia del mundo en la Edad Media*, Barcelona, 1978, de la que interesa aquí el segundo tomo.

A todas estas obras, conviene añadir los trabajos de síntesis siguientes:

P. EGIDI, *La Storia medievale*, Roma, 1922; DRIOUX, *Historia de la Edad Media*, París, 1922 (2 vol.); H. W. C. DAVIS, *La Europa medieval*, Barcelona, 1952; C. BARBAGALLO, *Storia Universale. III, parte seconda: Il Medioevo (sec. XI-1454)*, Turín, 1950; M. FICHTENAU, *Grundzüge der Geschichte des Mittelalters*, Viena, 1947, que sigue la orientación tradicional; J. L. LAMONTE, *The World of the Middle Ages*, 1949, que propugna una orientación de los estudios medievalistas en un sentido universal; L. GENICOT, *Les Lignes de Faîte du Moyen Age*, Lovaina, 1951. Es un ensayo brillante sobre la trayectoria político-cultural del Occidente europeo entre los siglos V y XV. Hay traducción española con el título *El espíritu de la Edad Media*, Barcelona, 1963. E. PERROY, *Le Moyen Age. L'expansion de l'Orient et la naissance de la civilisation occidentale*, París, 1955, constituye una de las mejores síntesis hasta el momento. Existe también traducción española, Barcelona, 1969. R. S. LOPEZ, *Naissance de l'Europe (V-XIV siècle)*, París, 1962. Síntesis muy lograda y sugestiva. Traducción española, Barcelona, 1965.

ROTA, Ettore, *Questioni di Storia Medievale* (miscelánea de diversos trabajos de autores italianos), Milán, 1946. F. J. GANSHOF, *Histoire des Relations Internationales. I. Le Moyen Age*, París, 1953. Síntesis equilibrada, que recomendamos especialmente. Traducción española, Madrid, 1960.

Atlas Históricos. Será muy útil la consulta de los siguientes:

F. VAN DER MEER, *Atlas de la civilisation occidentale*, Bruselas, 1952; *Westermanns Atlas zur Weltgeschichte*, Berlín, 1956; F. W. PUTZGER, *Historischer Schulatlas*, Berlín, 1955. H. KINDER y W. HILGEMANN, *Atlas histórico mundial*. Madrid, 1976. Interesa el tomo primero.

Historias nacionales. Completamos las indicaciones del tomo I, lugar señalado, con los siguientes títulos:

Para Alemania: W. WATTENBACH, *Deutschlands Geschichtsquellen im Mittelalter. Deutsche Kaiserzeit*, Berlín, 1942; *Handbuch der deutschen Geschichte*, dirigido por H. GRUNDMANN. *I. Das Mittelalter*, Stuttgart, 1970; P. LAFUE, *Histoire de l'Allemagne*, París, 1950; H. BECHTEL, *Wirtschafsgeschichte Deutschlands. I. Von der Vorzeit bis zum Ende Mittelalters*, 1951; F. LUTGE, *Deutsche Sozial- und Wirtschafsgeschichte*, 1952; O. RAEMEL, *Sachsische Geschichte*, Berlín, 1912.

Para Austria: J. DROZ, *Historia de Austria*, Barcelona, 1950; A. LHÔTSKY, *Quellenkunde zur Mittelalterlichen Geschichte Österreichs*, Graz-Köln, 1963.

Para Suiza: L. SUTER, *Histoire de la Suisse*, Einsiedeln, 1928; P. DÜRRENMATT, *Schweizer Geschichte*, Zurich, 1965.

Para Italia: N. VALERI, *Storia d'Italia. I. Il Medioevo*, Turín, 1967.

Para el ámbito balcánico-danubiano: R. RISTELHUEBER, *Histoire des peuples balkaniques*, París, 1950; H. BALINT, *Geschichte des Ungarischen Mittelalter*, Berlín, 1940-1943 (2 vol.); G. TZENOFF, *Geschichte der Bulgaren und der anderen Südslaven*, Berlín, 1953.

Para el ámbito escandinavo: I. ANDERSSON, *Histoire de la Suède*, Saint-Etienne, 1973.

Para Francia: E. PERROY, *Histoire de France pour tous les Français. I. Le Moyen Age*, París, 1950; E. ZOLLNER, *Die politische Stellung der Völker im Frankenreich*, Viena, 1950; CH. HIGOUNET, *Histoire du Comté de Comminges*, 1949 (2 vol.).

Para Asia y Africa: M. PRAWDIN, *Los creadores del Imperio mongol*, Barcelona, 1965; R. GROUSSET, *L'Empire mongol*, París, 1941; H. CORDIER, *Histoire des relations de la Chine avec les puissances occidentales*, París, 1901-1902; L. BOUVAT, *L'Empire mongol*, París, 1927; L. FROBENIUS, *Histoire de la civilisation africaine*, París, 1952. CORNEVIN, R., *Histoire de l'Afrique*, París, 1967.

Para los judíos: *Encyclopedia Judaica. Das Judenthum im Geschichte un Gegenwart*, Berlín, 1927; G. KISCH, *The Jews in Medieval Germany*, Chicago, 1949; C. ROTH, *Histoire du peuple juif*, París, 1948; P. WILPERT, *Judentum im Mittelalter*, Berlín, 1966.

Para la economía y la sociedad: CH. VERLINDEN, *Introduction à l'histoire économique générale*, 1948, donde se contienen breves y precisas indicaciones sobre la economía medieval; J. LACOUR-GAYET, *Histoire du commerce*, París, 1950; J. MAS LATRIE, *Traités de Paix et de Commerce et documents divers concernant les relations des Chrétiens avec les Arabes de l'Afrique septentrionale*, París, 1866-1872; H. PIRENNE, *Historia económica y social de la Edad Media*, México, 1976, para la problemática de conjunto; *The Cambridge Economic History*, dirigida por M. POSTAN y H. J. HABAKKUK, *I. The Agricultural Life of the Middle Ages* (Cambridge, 1941), y *II. Trade and Industry in the Middle Ages* (Cambridge, 1952); existe traducción española, Madrid, 1947-1972. R. GRAND-R. DELATOUCHE, *L'agriculture au Moyen Age*, 1950; H. HEATON, *Histoire economique de l'Europe*, París, 1952; A. SAPORI, *Studi di Storia economica medievale*, Florencia, 1947; M. BLOCH, *Les mutations monetaires*, "Annales", 1953. CLOUGH, S. B., *Historia económica de Europa*, Buenos Aires, 1968; DUBY, G., *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*, Barcelona, 1968; G. A. J. HODGETT, *Historia social y económica de la Europa Medieval*, Madrid, 1974.

Para la cultura y la técnica: R. PERNOUD, *Lumière du Moyen Age*, París, 1944; H. RASHDALL, *The Universities of Europe in the Middle Ages*, Oxford, 1963 (3 vols.); S. D'IRSAY, *Histoire des Universités françaises e étrangères. I. Moyen Age et Renaissance*, París, 1933; E. GILSON, *La Filosofía en la Edad Media*, Madrid, 1976; FLAMMARION, *Histoire générale de l'Art*, París, 1951 (traducción española, en Montaner y Simón, Barcelona, 1958); J. CHAILLEY, *Histoire musicale du Moyen Age*, París, 1950; D. K. HAMMOND, *Historia de los descubrimientos científicos*, Barcelona, 1946; A. P. USHER, *Historia de las invenciones mecánicas*, México, 1941; B. GILLES, *Lents progrès de la technique*, "Revue de synthèse historique" (1953). BERNAL, J., *Science in History*, Londres, 1954; RUSSELL, B., *History of Western Philosophy*, Londres, 1961; HAUSER, A., *Historia social de la literatura y el arte*, Madrid, 1964.

Para el ejército y la guerra: J. F. VERRUGGEN, *L'Art militaire en Europe occidentale au Moyen Age du IX au debut du XIV siècle*, Bruselas, 1951; F. LOT, *L'Art militaire et les armées au Moyen Age en Europe et dans le Proche Orient*, París, 1946 (2 vol.).

Para las instituciones: J. M.ª FONT RIUS, *Instituciones medievales españolas*, Madrid, 1949; VALDEAVELLANO, Luis G. de, *Curso de Historia de las Instituciones españolas*, Madrid, 1968; H. DA GAMA BARROS, *Historia do administraçao publica em Portugal*, Lisboa, 1945, 2.ª edic.; L. VERRIEST, *Institutions medievales*, Mons, 1947; Fr. KERN, *Recht und Verfassung im Mittelalter*, Basilea, 1953; A. MA-

RONGIU, *L'Istituto parlamentare in Italia dalle origini al 1500,* Roma, 1949; J.-F. LEMARIGNIER, *La France médiévale, institutions et sociétés,* París, 1970.

Pueden verse también: H. MITTEIS, *Die Rechtsgeschichte und das Problem der historischen Kontinuität,* Berlín, 1947; H. PLANITZ, *Deutsche Rechtsgeschichte,* 1950; TORELLI, *Lezioni di storia del diritto italiano,* Milán, 1948.

Para los descubrimientos geográficos y exploraciones: J. N. L. BAKER, *Histoire des découvertes geographiques et des explorations,* París, 1949; L. R. NOUGIER, J. BEAUJEU y M. MOLLAT, *Histoire universale des explorations. I. De la Préhistoire à la fin du Moyen Age,* París, 1955; V. M. GODINKO, *Les grandes découvertes,* en "Bulletin d'Etudes portugaises", XVI, 1952; C. R. BEAZLEY, *The dawn of Modern Geography. A History of Exploration and Geographical Science,* Nueva York, 1949; P. CHAUNU, *La expansión europea (siglos XIII al XV),* Barcelona, 1972.

Para la historia de la Iglesia: C. DAWSON, *Religion and rise of western culture,* Londres, 1950, un estudio de sociología religiosa que examina las relaciones entre el cristianismo y la cultura del siglo V a comienzos del XIV; G. SCHNÜRER, *L'Eglise et la civilisation au Moyen Age,* París, 1933-1938 (2 vol.); R. BETTS, E. DELARUELLE, H. GRUNDMANN, R. MORGHEN, L. SALVATORELLI, *Movimenti religiosi popolari ed eresie nel medioevo,* en "X Congreso Internacional de Ciencias Históricas", volumen III, Relazioni, Florencia, 1955; A. FLICHE, *Où en est l'histoire ecclésiastique medievale; orientations et mèthodes,* "Aevum", 24 (1950), en el que examina la producción historiográfica consagrada a estas cuestiones hasta 1950; DU ROSELLE, *Histoire du catholicisme,* París, 1949 (breve e interesante); R. MORGHEN, *Storia medievale e Storia della Chiesa,* en "Archivio della Diputazione romana di Storia Patria", 69 (1946); DEANESBY, *A history of the medieval Church,* Londres, 1950; A. FLICHE, THOUZELLIER y AZAIS, *La chrétienté romaine (1198-1274),* en la *"Histoire de l'Eglise"* de FLICHE-MARTIN-JARRY (traducción española, Valencia, 1975-1977) y en la misma obra: R. FOREVILLE y J. ROUSSET, *Du premier concile de Latran à l'avenement d'Inocence III,* y también FOREST, VAN STEENBERGHEN Y DE GANDILLAC, *Le mouvement doctrinal du XI au XIV siècle;* K. SCOTT LATOURETTE, *History of Expansion of Christianity,* Londres, 1937-1945, 7 vols.; A. FLICHE, *La Chrétienté medievale (395-1254),* París, 1929; M. D. KNOWLES, *Nueva historia de la Iglesia, II, La Iglesia en la Edad Media,* Madrid, 1977.

Introducción. La tendencia europeista de los últimos años se refleja en el considerable número de obras que incluyen los conceptos "Europa", "Cristiandad", "Abendland", en su título. Por ejemplo: FR. HEER, *Aufgang Europas. Eine Studie zu den Zusammenhängen zwischen politischer Religiosität, Frömmigkeit und dem Werden Europas im XII Jahrhundert,* Viena, 1949; H. SLESSER, *The Middle Ages in the West. A study of European unity,* Londres, 1949; F. BAETHGEN, *Europa im Spätmittelalter. Grundzüge seiner politischen Entwicklung,* Berlín, 1951; J. HOLLSTEINER, *Das Abendland Aufstieg, Krise, Zukunft,* Viena, 1948; H. LIGNY, *L'Occident medieval. La Belgique et l'Europe;* Bruselas, 1948; P. E. HÜBINGER, *Abendland, Christenheit, Europa. Eine Klärung der Begriffe in geschichtlicher Sicht,* 1954. Véase también, M. G. BARRADOUGH, *Die Einheit Europas in Mittelalter,* en "Die Welt als Geschichte", XI (1951). Una exposición de conjunto es el excelente libro de R. W. SOUTHERN, *La formación de la Edad Media,* Madrid, 1955, en el que se ofrece una síntesis de la trayectoria de la Cristiandad occidental entre 972 y 1204.

Ofrecen asimismo interés las siguientes obras: SIEDLMAYER, *Das Mittelalter. Umrisse und Ergebnisse des Zeitalters,* 1948; R. S. LOPEZ, *Du marché temporaire à la colonie permanente. L'évolution de la politique commerciale au Moyen Age,* "Annales", IV (1949); A. P. NEWTON, *Travel and Travellers of the Middle Ages,* Londres, 1926; F. RÖRIG, *Das Meer und das europäische Mittelalter,* en "Zeitschrift des Vereins für Hamburgische Geschichte", XL, 1951; PH. DOLLINGER, *L'évolution des classes rurales en Bavière depuis la fin de l'époque carolingienne jusqu'au milieu du XIII siècle,* 1949; G. DUBY, *La société aux XI et XII siècles dans la region mâconnaise,* 1953; C. CIPOLLA, J. DHONT, M. POSTAN y PH. WOLFF, *Demographie Moyen Age,* en "IX Congrès International des Sciences historiques", Rapports, París, 1950; M. BLOCH, *La sociedad feudal,* México, 1958; A. SCHAUBE, *Handelsgeschichte der Romanischen Völker des Mittelmeersgebietes bis zum Ende der Kreuzzüge,* 1906, obra anticuada, pero importante todavía por su sólida documentación; M. BLOCH, *La historia rural francesa,* Barcelona, 1978; B. H. SLICHER VAN BATH, *Historia agraria de la Europa Occidental,* Barcelona, 1974; G. COULTON, *The medieval village,* Cambridge, 1931; A. R. LEWIS, *Naval power and trade in the Mediterranean, 500-1100,* Princeton, 1951, que contra la tesis de Pirenne, en su *Mahomet et Charlemagne,* cree que no fueron los árabes, sino los bizantinos quienes destruyeron la unidad económica en el Mediterráneo; H. PIRENNE, *Les villes et les institutions urbaines,* París, 1939; M. J. ARAGONESES, *Los movimientos y luchas sociales en la Baja Edad Media,* Madrid, 1949; H. PLANITZ, *Studien zur Rechtsgeschichte des städtischen Patriziats,* en "Mitteilungen des Instituts für Oesterreichische Geschichtsforschung", 58 (1950); N. OTTOKAR, *Il problema della formazione comunale,* "Questioni di storia medievale", 1946; F. RÖRIG, *Die europäische Stadt, en Propyläen Weltgeschichte,* dirigida por W. GOETZ (IV, Berlín, 1932); L. VERRIEST, *Institutions medievales,* Monts, 1947, ya citado; F. J. GANSHOF, *El feudalismo,* Barcelona, 1974; O. VON GIERKE, *Les theories politiques du Moyen Age,* París, 1914; J.

ELLUL, *Histoire des Institutions*, París, 1954, una exposición moderna y detallada de las instituciones francesas; J. BENEYTO, *Historia de las doctrinas políticas*, Madrid, 1948. J. TOUCHARD, *Historia de las Ideas políticas*, Madrid, 1964; E. R. CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media Latina*, México, 1976; y en particular las nuevas síntesis referentes a España de L. SUAREZ FERNANDEZ, *Historia de España. Edad Media*, Madrid, 1970; J. A. GARCIA DE CORTAZAR, *La época medieval*, Madrid, 1973; J. L. MARTIN RODRIGUEZ, *La Península en la Edad Media*, Barcelona, 1976; Ch.-E. DUFOURCQ y J. GAUTIER-DALCHE, *Histoire économique et sociale de l'Espagne chrétienne au Moyen Age*, París, 1976.

PRIMERA PARTE

La época de las Cruzadas

I

ORIENTE Y OCCIDENTE EN VISPERAS DE LAS CRUZADAS

En la primera mitad del siglo XI, las invasiones turcas, condicionadas como observa Pirenne, por la descomposición señorial del Imperio de Bagdad y la crisis del Imperio chino de los Tang, arruinaron, a la vez, el Imperio bizantino y el mundo islámico. Tales invasiones yugularon las relaciones entre Bizancio y las ciudades rusas, y, en consecuencia, con los países del Norte, así como los caminos de caravanas que unían Constantinopla con el Asia Central por el puerto de Trebisonda. En líneas generales, ello implicó, para Bizancio, el desencadenamiento de una grave crisis económica, que a su vez influyó decisivamente en las perturbaciones políticas que comienzan a manifestarse a mediados de siglo; y, para el Islam, el fin de su supremacía en el Mediterráneo, que favoreció el despertar de las ciudades italianas.

A partir de 1050, la situación de los mundos bizantino e islámico puede definirse como verdaderamente crítica. Por las mismas fechas, el planteamiento del conflicto de las investiduras condiciona la descomposición del Sacro Imperio, la anarquía feudal en el Reich alemán. En el Occidente, en cambio, se registra un verdadero proceso de renovación, fraguado en los cuadros de la sociedad feudal, y particularmente notable en los aspectos espiritual (reforma cluniacense, trayectoria del Pontificado hacia el gregorianismo) y económico (aumento demográfico, intensificación de los cultivos, renacimiento industrial y mercantil). Esta recuperación de la Cristiandad occidental, en contraste con la crisis que afecta al Imperio bizantino y al conglomerado islámico constituye el rasgo decisivo que ofrece la marcha de la Historia en la segunda mitad del siglo XI.

La crisis del mundo islámico. A mediados del siglo XI, según vimos en el lugar correspondiente, el mundo islámico conoció un proceso de acusada fragmentación política. En la porción oriental, buyíes y gaznavíes fueron suplantados por los seldjúcidas. La supremacía buyí había durado un siglo (945-1055), en el transcurso del cual Al-Iraq fue gobernado como provincia desde la capital, Shiraz, en Faris. Bagdad, donde construyeron magníficos edificios bajo el nombre colectivo de *dar al-mam-lakah* (casa de la sabiduría), no era ya el centro del mundo musulmán, puesto que le disputaban la supremacía Shiraz, Ghazna, El Cairo y Córdoba.

En 956, un caudillo llamado Salyuq, al frente de una horda de turcomanos de Ghuzz, procedentes de las estepas del Turquestán, se había establecido en la región de Bujara, donde abrazó el islamismo sunní. Un nieto de Salyuq, Tughril, logró penetrar en el Jurasán y en 1037 consiguió expulsar a los gaznavíes de Marw y de Naysabur. El 18 de diciembre de 1055, Tughril Beg, al frente de sus turcomanos, ocupó Bagdad, donde fue recibido como un libertador por el califa al-Qaim (1031-1075). Tughril fue asociado al gobierno como regente del Imperio y saludado como "rey del Oriente y Occidente". Una reacción buyí fue fácilmente dominada por el afortunado conquistador turco.

El apogeo de los seldjúcidas en el Oriente musulmán se centra en los reinados de Tughril, Alp Arslan (1063-1072) y Malikshah (1072-1092). Alp Arslan rompió las hostilidades con los bizantinos y en 1071 obtuvo la decisiva victoria de Manzikert, al Norte del lago Van (Armenia). Las tribus nómadas seldjúcidas, que fueron las primeras en obtener una base permanente en "la tierra de los romanos", comenzaron entonces a establecerse en la meseta de Anatolia. Malikshah extendió sus dominios desde Kashghar hasta Jerusalén y desde Constantinopla al mar Caspio. En 1084 fue proclamada capital seldjúcida Iconium, la más rica ciudad bizantina del Asia Menor. Entre tanto, la dinastía seldjúcida de Siria, fundada por Tutush, hijo de Alp, en 1094, tomaba parte en la lucha defensiva a fin de detener el avance de los primeros cruzados.

Después de la muerte de Malikshah, el dominio seldjúcida se desintegró rápidamente. Como observa Hitti, aquel imperio, edificado a base de tribus por un pueblo nómada en sus costumbres y forma de organización, sólo hubiera podido mantenerse de haber existido una personalidad de relevantes cualidades. "El sistema de feudos militares, establecido en 1087 por el ilustre visir persa Nizam-al-Mulk, según el cual las concesiones se hicieron hereditarias por primera vez, condujo al inmediato establecimiento de Estados semi-independientes, que consiguieron una independencia de hecho en varias partes del Imperio... Lo único permanente que los turcos seldjúcidas (y luego los otomanos) añadieron a la religión islámica es su colorido místico, representado en varias órdenes de derviches que florecieron en suelo turco y conservaron ideas primitivas shamanísticas, con mezcla de creencias indígenas de Asia Menor y de doctrinas cismáticas."

Aunque ello implique un salto cronológico fuera de los límites asignados a este capítulo, hemos de decir aquí que la dominación seldjúcida sobre el califato abbasí, que comenzó con al-Qaim, en 1055, duró hasta 1194, en el reinado de al-Nasir. Durante la mayor parte de este período tuvieron lugar las Cruzadas en Siria y Palestina, en las que apenas se interesaron, por considerarlas como un acontecimiento marginal y lejano, los seldjúcidas y los abbasíes. "Las Cruzadas, consideradas desde el punto de vista musulmán, fueron para la mayoría de la comunidad islámica un episodio sin importancia e insignificante" (Hitti).

Las tentativas de al-Nasir para inyectar nueva savia al califato abbasí fueron un canto de cisne. A comienzos del siglo XIII, Ala-al-Din Muhammad, de la dinastía de los Shas de Jovaresmia, después de haber reducido la mayor parte de Persia, sujuzgado a Bujara y Samarcanda, y tomado a Ghazna (1214), resolvió poner fin al califato abbasí e instalar en su lugar un califato alida. Como veremos

más adelante, el califato abbasí sucumbirá definitivamente bajo el yugo de los mongoles.

Por lo que se refiere a los fatimíes de Egipto, ya vimos su rápido proceso de decadencia a partir de Maadd al-Mustansir (1035-1094), cuyos dominios se fueron reduciendo poco a poco hasta no quedar más que un territorio un poco mayor que Egipto. Siria y Palestina se rebelan contra sus dominadores, mientras los seldjúcidas se extienden por el Asia occidental y las provincias africanas fatimíes. Las tribus árabes de banu-Hilal y Sulaym, originarias de Najd y establecidas en el Alto Egipto, devastaron Trípoli y Túnez, mientras Sicilia, que había reconocido la soberanía fatimí, se encontraba en poder de los normandos desde 1071, quienes llegaron a poner el pie en el territorio africano. Sólo quedaba fiel a la causa shií parte de Arabia. El éxito logrado en Bagdad por un general turco usurpador, al-Basasiri (m. 1060), hizo que el califa abbasí al-Qaim renunciara a los derechos del califato en favor de su rival fatimí, pero este hecho, como veremos en seguida, no contuvo la decadencia de los fatimíes.

En efecto, mientras en el interior no cesaban las luchas entre turcos, bereberes y sudaneses, que debilitaban la autoridad del Estado, un hambre atroz depauperó los recursos económicos del país, Los esfuerzos de los visires Badr al-Jamali y Malik al-Afdal resultaron a la postre inútiles. También se nos ha de permitir ahora un salto cronológico para seguir las postreras vicisitudes del califato fatimí hasta su extinción en 1171.

Con los inmediatos sucesores de Maadd al-Mustansir (m. 1094), al-Musalí (1094-1101) y al-Amir (1101-1130), la autoridad del Estado apenas si rebasaba los muros del palacio del califa. La crisis se acentuó bajo el gobierno de al-Hafiz (1130-1149) y de su hijo y sucesor al-Zafir, cuya autoridad usurpó el visir kurdo al-Malik al-Adil, asesinado en 1153 por otro conspirador, Abbas. Bajo los últimos califas, al-Faiz (1154-1160) y al-Adid (1160-1171), la dura existencia del pueblo, que dependía para su sustento de las inundaciones del Nilo, conoció caracteres dramáticos. Las carestías y plagas condicionaron el establecimiento de impuestos más pesados y de una gabela general para saciar, en lo posible, la voracidad de los califas y de sus pretorianos. Las cosas se complicaron con la llegada de los cruzados y con los repetidos ataques de Amalarico, rey de Jerusalén, quien en 1167 se presentó en las mismas puertas de El Cairo. El golpe de gracia lo dio Saladino, que en 1171 destronó al último califa fatimí, al-Adid.

Nada hemos de añadir aquí a la crisis del califato de Córdoba y a la trayectoria de los primeros reinos de taifas en la Península Ibérica, que han sido estudiadas en el lugar correspondiente.

La crisis del Imperio bizantino: seldjúcidas y pechenegos: los normandos en Italia. Como punto de arranque de la crisis del Imperio bizantino puede señalarse una fecha concreta, la de 1054, año del cisma de Miguel Cerulario y de la consiguiente separación de las Iglesias. Este hecho, además de su trascendencia religiosa, tuvo profundas repercusiones políticas, al destruir toda posibilidad de inteligencia entre Bizancio y el Occidente en el momento en que la ayuda occidental era indispensable para el Imperio, al perfilarse en el horizonte la amenaza turca.

La fase de descomposición del Imperio que ahora nos interesa destacar queda comprendida entre la muerte de Teodora (1056) y la exaltación al poder de Alejo Comneno (1081). Sabemos ya que en aquel período de perturbaciones, los enemigos de Bizancio atacaron en todos los frentes: los normandos por el Oeste –Italia–, los pechenegos y uzos por el Norte y los seldjúcidas por el Este, mientras en el interior se disputaban el poder el ejército y los grandes terratenientes, de un lado, y la burocracia de la capital, de otro. Después de diversas alternativas, ya señaladas, la insistente presión de turcos y pechenegos exigía un emperador-soldado al frente del ejército, única institución que podía salvar de la ruina a Bizancio. Un pretendiente al trono, Alejo Comneno, sobrino del ex emperador Isaac Comneno y emparentado con la familia imperial de los Ducas, explotó la situación en ventaja propia y logró apoderarse del trono. En 1081, Alejo fue proclamado emperador, poniendo fin a treinta años de anarquía. El advenimiento de la casa de los Comnenos representaba una rotunda victoria del partido militarista y de los grandes terratenientes provincianos. Como hace notar Vasiliev, la política exterior del Imperio se había resentido mucho de la anarquía de aquel período. "Bizancio descendió de la elevada situación que ocupaba en el mundo medieval. Su decadencia apresuróse a causa de los complejos peligros exteriores dimanados de los éxitos que lograron los principales enemigos del Imperio: los turcos seldjúcidas en el Este, los pechenegos y uzos en el Norte y los normandos en el Oeste."

En páginas anteriores nos hemos referido a la formación del poder seldjúcida, que desde mediados del siglo XI pasó a ser un factor esencial de la historia de Bizancio, por la amenaza que hizo pesar sobre las provincias fronterizas bizantinas del Cáucaso y el Asia Menor. Esta amenaza adquirió caracteres de suma gravedad a partir de la política antimilitarista de Constantino Ducas, que debilitó al ejército de Asia Menor y facilitó el avance turco en los territorios bizantinos. El sultán seldjúcida, Alp Arslan, conquistó Armenia y devastó parte de Siria, Cilicia y Capadocia. En estas circunstancias, el partido militarista impuso en el trono a uno de sus candidatos, Romano Diógenes, quien en 1071 sufrió la decisiva derrota de Manzikert, a manos de los seldjúcidas. Manzikert señala "el toque de agonía del Imperio bizantino".

Durante los años transcurridos entre la catástrofe de 1071 y la elevación de Alejo Comneno al trono en 1081, los turcos aprovecharon la caótica situación de las fronteras y las luchas intestinas de los partidos bizantinos, que a veces les llamaban en su socorro. Con ello, las incursiones seldjúcidas fueron cada vez más amenazadoras. En vista de ello, Miguel VII Ducas Parapinaces dirigió un mensaje al papa Gregorio VII, prometiéndole, a cambio de la ayuda de Occidente, procurar la unión de las dos Iglesias. Pero la lucha de las Investiduras y el conflicto entablado entre Gregorio VII y Enrique IV impidieron hacer nada positivo. Cuando Alejo Comneno subió al trono, la progresión de los seldjúcidas hacia el Oeste constituía un peligro mortal para Bizancio.

Desde el primer tercio del siglo XI, los más peligrosos enemigos que el Imperio bizantino tenía en sus fronteras septentrionales eran los pechenegos, establecidos, por concesiones de Constantinopla, al septentrión de los Balcanes. Pero los pechenegos no se acomodaban fácilmente a la vida sedentaria y, por otra

parte, la llegada a aquellas regiones de tribus afines, los uzos, les incitaban a irrumpir violentamente en los dominios de Bizancio.

Los uzos aparecieron junto al Danubio durante el gobierno de Constantino Ducas. En frase de Vasiliev fue una verdadera emigración. "Una tribu entera, comprendiendo seiscientos mil hombres, con todos sus bienes y cuanto poseía, se reunió en la izquierda del río. Cuantos esfuerzos se hicieron para impedirles el paso fueron inútiles." Tesalónica, Macedonia, Tracia y Grecia sufrieron terribles devastaciones. De momento pudo conjurarse el peligro. Algunos uzos entraron al servicio del Imperio y recibieron tierras en Macedonia.

La política financiera de Miguel VII Ducas, al restringir las dádivas que se enviaban a las poblaciones del Danubio, produjo una grave agitación entre los pechenegos y los uzos, los cuales, en marcha hacia el Sur, llegaron a poner sitio a Constantinopla. En este crítico momento, Miguel VII solicitó la ayuda de Occidente a través del papa Gregorio VII, a que antes nos hemos referido. Pero la diplomacia bizantina logró conjurar el peligro. Cargados de botín, los pechenegos y los uzos regresaron a las comarcas danubianas. Como veremos, este grave problema fue afrontado resueltamente por la dinastía de los Comnenos.

También, en las postrimerías de la dinastía macedónica, y aprovechando las dificultades internas de Bizancio y la ruptura con Roma, los normandos avanzaron victoriosamente por las posesiones imperiales del Sur de Italia. En su lucha contra Bizancio, los normandos encontraron un arma de primer orden en su flota, la cual ayudaba poderosamente a las fuerzas de tierra. Por añadidura, a mediados del siglo XI, los normandos tuvieron un gran conductor, Roberto Guiscardo, quien de jefe de bandoleros se elevó a la jerarquía de fundador de un imperio.

Partidas de aventureros normandos comenzaron a aparecer en el escenario italiano desde comienzos del siglo XI. Por su número, siempre en aumento, toman los caracteres de una verdadera "expansión feudal", que amenaza gravemente los dominios bizantinos. En 1055, éstos apenas conservan, en el Sudeste de la península, otras plazas que Bari, Brindisi y Tarento; se baten a la defensiva en Calabria y en los Abruzos; a pesar de los esfuerzos del papa León IX, los normandos de Apulia se dirigen hacia Benevento, al encuentro de sus compatriotas de Aversa. Pronto se agrupan bajo el mando de Roberto Guiscardo, hijo de Tancredo de Hauteville, quien logra constituir un vasto Estado feudal, desde los Abruzos al Sur de Sicilia. En 1059, en Melfi, se entrevistaron el papa Nicolás II y Roberto Guiscardo, y el primero, siguiendo el ejemplo de Silvestre II con San Esteban de Hungría, otorgó al jefe normando la condición de "protegido" de San Pedro, mediante el pago de un censo anual. Con ello, Roberto Guiscardo obtenía el reconocimiento pontificio por sus dominios en Apulia y Calabria y, además, el de la conquista de Sicilia, entonces en poder de los musulmanes, que llevó a cabo, mediante una serie de victoriosas campañas, el hermano de Roberto, Rogerio. Este logró, además, la sumisión de Malta.

Mientras tanto, Roberto Guiscardo lograba apoderarse de Bari y Brindisi en 1071, lo que implicaba el fin del dominio bizantino en la Italia del Sur. En posteriores campañas, aquél logró adueñarse de Epiro y de la Iliria y llegar hasta el Vardar, lo que motivó la alianza entre Alejo Comneno y la república de Venecia contra la presión normanda, como estudiaremos más adelante.

Las graves derrotas de 1071 –Bari y Manzikert– implicaron la pérdida para el Imperio bizantino de la Italia del Sur y del Asia Menor. A pesar de su renacimiento bajo los Comnenos, Bizancio perdió progresivamente su importancia política y económica en beneficio de Italia y países del Occidente europeo.

El planteamiento de la crisis en el Imperio germánico. En páginas anteriores, al estudiar el Imperio y el Papado bajo los emperadores salios (1002-1056), ha sido planteada la problemática que presidiría la crisis alemana, al amparo del conflicto con Roma. A la muerte de Enrique III, en 1056, un levantamiento feudal agitó la minoría de su sucesor, Enrique IV (1056-1106): los grandes señores, laicos y eclesiásticos, se disputaron la tutela del joven príncipe, mientras Roma organizaba por el decreto de 1059 el Colegio cardenalicio, sobre el que recaería la misión de las elecciones pontificias. El conflicto de las Investiduras llamaba a las puertas de los poderes universales: Papado e Imperio.

Prescindiendo aquí del duelo entablado entre Enrique IV y Gregorio VII, que estudiamos al ocuparnos del Pontificado, hemos de indicar que la energía del emperador no logró contener la crisis en que se debatía la Europa central. Sólo prodigios de habilidad, acompañados de concesiones dolorosas, permitieron a Enrique IV afrontar las continuas dificultades. En 1073, una sublevación general de Sajonia, pronto extendida por todo el Norte de Alemania, obligó al emperador, por la paz de Gerstungen, a devolver al jefe de los insurgentes, Otón de Nordheim los feudos que le había confiscado con anterioridad. En 1076, a raíz del interdicto del Pontificado, una nueva rebelión de Sajonia obligó a Enrique a abandonar el poder hasta el momento en que se reconciliara con la Iglesia.

Inmediatamente después de la llamada humillación de Canossa (1077), una dieta de señores laicos y eclesiásticos en Forchheim pronunció la deposición del rey y la elección de su cuñado, Rodolfo de Suabia. Gracias a su habilidad diplomática, Enrique IV pudo triunfar, a la vez, de sus enemigos de Alemania y del papa Gregorio VII. A éste opuso un antipapa, el arzobispo de Rávena, Guiberto, de cuyas manos recibió la corona imperial en Roma (1084). Pero si de este modo pudo restablecer la situación política, su triunfo sobre Gregorio VII le enajenó las simpatías de los obispos, cada día más inclinados a la reforma eclesiástica sustentada por el gregorianismo, y privó a la realeza germánica de su apoyo tradicional desde los días de los Otones.

En el gran duelo entablado entre el Pontificado y el Imperio, Enrique IV acabó siendo vencido. "Uno después de otro le fueron enfrentados sus dos hijos, Conrado y Enrique V; se pensó en la disgregación del Imperio, haciendo de Italia una monarquía independiente en provecho de Conrado, aunque ligada estrechamente al papa y respetuosa con los derechos de la Iglesia; y se aprovechó la oposición en Alemania para destruir a quien era considerado en Roma por inconciliable enemigo del clero." Caído por sorpresa en manos de sus enemigos, Enrique IV vióse obligado a abdicar en Maguncia, el 31 de diciembre de 1105. Unos meses después moría en Lieja a los 56 años de edad.

La herencia de Enrique IV pesó gravemente sobre la política de su sucesor, Enrique V (1106-1125), quien vióse obligado a luchar contra las fuerzas que le habían elevado al trono. No pudiendo contar ni con la Iglesia, con la que se vio

obligado a firmar el acuerdo transaccional de Worms (1122), ni con los príncipes laicos, ni con la pequeña nobleza, el emperador quiso apoyarse en una política exterior vigorosa, que le permitiera aumentar sus dominios en Alemania y en Italia. Por este camino se anexionó, al Sur de los Alpes, el principado que la gran condesa de Toscana, Matilde, había constituido en el Apenino septentrional. Sin embargo, Enrique V no pudo evitar el retroceso simultáneo de la idea monárquica en Alemania y de la idea imperial en el Occidente europeo. A su muerte –1125– el Sacro Imperio se encontraba en plena crisis feudal, mientras los príncipes laicos y eclesiásticos acaparaban en sus manos todos los resortes del poder. Durante un cuarto de siglo, hasta la época de Federico Barbarroja, Alemania conocería el sistema de la realeza puramente electiva, a merced de las coaliciones feudales.

La renovación espiritual de la Iglesia y la lucha de las Investiduras. En páginas anteriores se ha aludido a la restauración espiritual de la Iglesia emprendida por el movimiento de reforma monástica a cargo de los cluniacenses. Paulatinamente, esta renovación, en consonancia con el despertar de Europa occidental a partir del siglo XI, hizo sustanciales progresos.

El emperador Enrique III (1039-1056) fue un campeón de la reforma cluniacense y procuró impulsar, a la vez, la restauración moral del clero secular, quizá sin darse cuenta de que ello implicaría la proscripción de las intervenciones del poder civil en los asuntos eclesiásticos, a las que no estaba dispuesto a renunciar. Por este camino, el emperador colocó en la silla pontificia, en 1048, al obispo de Toul, León IX, decidido partidario de la reforma. Con gran prudencia, el nuevo pontífice limitó su obra a la depuración del clero y a la puesta en vigor de las antiguas normas concernientes a la disciplina eclesiástica, que un anónimo compilador reunió en la llamada "Colección canónica en 74 títulos". Numerosos concilios demuestran los deseos reformadores del papa, quien murió en 1053, antes de haberse visto obligado a enfrentarse con la verdadera raíz del mal, la intromisión de los poderes civiles, que acabaría por plantear la lucha entre el Pontificado y el Imperio.

Con la minoridad de Enrique IV, la curia pontificia recuperó la libertad de movimientos de que había carecido hasta entonces y pudo prescindir del Imperio para elevar a la silla de San Pedro a Esteban IX, en 1057, y a Nicolás II, en 1058. Entonces el cardenal Humberto, obispo de Silva Candida, publicó un famoso manifiesto, "Contra los simoniacos", en el que atacaba abiertamente la investidura laica y denunciaba el abuso de poder cometido por los príncipes y los señores al disponer, de hecho, de las dignidades eclesiásticas. Uno de los primeros actos de Nicolás II consistió en la promulgación –abril de 1059– de un decreto en virtud del cual se tendía a asegurar definitivamente la libertad de las elecciones pontificias y de impedir, en las vacantes de la Santa Sede, la intervención de las autoridades temporales. El papa reivindicaba para el Colegio de cardenales el derecho exclusivo de proceder a la designación del jefe supremo de la Iglesia, con la unica reserva de que aquél obtendría el asenso de los restantes miembros del clero diocesano y de los fieles. Para evitar los hechos que habían conducido a que el trono pontificio se convirtiera en juguete de los monarcas alemanes, Nicolás II dispuso que, salvo circunstancias excepcionales, la elección tendría lugar en la

ciudad de Roma y recaería en un representante del clero romano. Al mismo tiempo prohibió a los clérigos y sacerdotes que recibiesen iglesias de manos de laicos, tanto a título oneroso como gratuito.

A la muerte de Nicolás II, los cardenales eligieron al obispo de Lucca, Anselmo, que tomó el nombre de Alejandro II (1061-1073). Su elección fue un desafío a los antirreformistas y al Imperio germánico, puesto que el nuevo pontífice, gran canonista y decidido partidario de la independencia de la Iglesia, era un hombre de combate. El objetivo capital de Alejandro II consistió en lograr que el clero se liberara por completo de las interferencias de los poderes civiles.

Su sucesor, Gregorio VII (1073-1085), fue el gran campeón de la lucha por la hegemonía de la Iglesia. Desde sus comienzos, este pontífice se propuso eliminar de la vida de la Iglesia la acción del poder civil, sometiendo a los reyes y a los grandes señores a la autoridad efectiva de la Santa Sede. La anarquía imperante a la sazón en Francia y Alemania favorecía el despliegue de los planes gregorianos. Los legados pontificios enviados a los distintos países tenían como misión impulsar la reforma eclesiástica y velar por la aplicación de los decretos referentes a los clérigos casados y a los nombramientos simoniacos. Desafiando toda clase de oposiciones, Gregorio VII trató de imponer a rajatabla sus ideas por lo que atañe a la moral y a la disciplina del clero, mientras negaba el derecho, que hasta entonces los soberanos temporales se habían atribuido, de intervenir en la designación de los titulares a las dignidades eclesiásticas de sus Estados. Por su parte, Enrique IV no se muestra dispuesto a ceder en lo más mínimo y provee las vacantes que se van produciendo en las sedes episcopales del Sacro Imperio con eclesiásticos bien caracterizados como adversarios de la política reformista de la Santa Sede.

A partir de este momento puede considerarse entablada la lucha de las Investiduras entre el Pontificado y el Imperio. El 8 de diciembre de 1075, Gregorio VII se dirige a Enrique IV para enviarle su bendición apostólica, "si obedece, como debe hacerlo un rey cristiano, a la Sede Apostólica". La epístola concluye con una alusión a la suerte que Dios reservó a Saúl por haber menospreciado las advertencias del profeta Samuel. La amenaza era evidente.

Poco después aprovechando las dificultades con que tropezaba el papa en Roma, Enrique IV reunió un sínodo en Worms, con asistencia de veinticuatro obispos alemanes y dos italianos –los de Verona y Nápoles–, que pronunció la deposición del pontífice. A este acto de fuerza replicó Gregorio VII con la sentencia de excomunión, que implicaba la interdicción para ejercer el poder real en Alemania e Italia. Los súbditos de Enrique quedaban desligados del juramento de fidelidad. De momento, el triunfo del papa fue completo, ya que la agitación feudal imperante en el Reich obligó a Enrique IV a someterse.

Sin embargo, el papa había cometido un grave error al ligar la causa de la Iglesia con la de los rebeldes a la autoridad imperial en Alemania. En camino hacia Mantua, a donde se dirigía para actuar como árbitro en las querellas alemanas, Gregorio VII tuvo noticia de que su rival acababa de entrar en Lombardía. Ello hizo que el papa se trasladara a Canossa, acogiéndose a la hospitalidad de la condesa Matilde de Toscana, en espera de los acontecimientos.

Enrique IV intentó ganar tiempo rompiendo el acuerdo entre el papa y los príncipes alemanes mediante su reconciliación con la Iglesia. Después de varias

negativas, el 28 de enero de 1077, el papa decidió escuchar las promesas del emperador, que acudió al castillo de Canossa en traje de penitente. Una simple promesa de someterse al juicio del Soberano Pontífice, de aceptar su arbitraje en las cuestiones alemanas y de no emprender nada, en lo sucesivo, contra el honor del papa, le valió el levantamiento de la sentencia de excomunión.

La impresión causada entre los rebeldes alemanes fue desastrosa. Lejos de ser, como tanto tiempo se ha creído, una espectacular victoria del Pontificado, la escena de Canossa fue, en realidad, un retroceso, que los príncipes alemanes se inclinaron a considerar como una traición. Prescindiendo del arbitraje pontificio, los príncipes rebeldes, reunidos en Forchheim proclamaron la deposición de Enrique IV y la elección de Rodolfo de Suabia. Después de haber intentado, sin éxito, imponer su arbitraje entre el rey y el anti-rey, Gregorio VII excomulgó por segunda vez a Enrique IV, con lo que se pronunciaba abiertamente por Rodolfo de Suabia. Pero éste murió al poco tiempo, mientras la fortuna de Enrique demostraba al papa el paso en falso que había dado al vincular estrechamente la reforma religiosa con la crisis política alemana. Al tiempo que Gregorio VII, viejo y enfermo, buscaba refugio en el castillo de Sant Angelo, en la orilla derecha del Tíber, su rival entraba triunfalmente en la Ciudad Eterna y recibía de manos del antipapa, Clemente III –el arzobispo de Rávena, Guiberto– la corona imperial, en medio de las aclamaciones de la multitud.

Con la ayuda del jefe normando, Roberto Guiscardo, Gregorio VII logró instalarse nuevamente en el palacio de Letrán, pero los horrores de la expedición militar le hicieron perder el crédito que todavía gozaba por parte de un influyente sector de la Ciudad Eterna. Obligado a refugiarse en Salerno, bajo la protección de las armas normandas, murió el 25 de mayo de 1085, después de evocar, en sus últimas palabras, un pasaje de la Biblia: "Amé la justicia y aborrecí la iniquidad; por eso muero en el exilio".

La muerte de Gregorio VII señaló un retroceso momentáneo de la reforma eclesiástica y un paralelo incremento de las intromisiones de los poderes civiles en Occidente –Enrique IV en Alemania, Felipe I en Francia, Guillermo el Rojo en Inglaterra–. Sin embargo, el impulso estaba dado y un papa más realista, que supiera conciliar sus ideales con las posibilidades inmediatas, podría reemprender, con éxito, el programa gregoriano. En efecto, el nuevo titular de la Silla Apostólica, Urbano II (1088-1099), logró llevar la idea reformista a su pleno triunfo. Desde el primer momento dedicó especial atención a obstaculizar los planes de Enrique IV. Para ello, en 1089, casó a Welfo, hijo del duque de Baviera, con la condesa Matilde de Toscana, fiel aliada de la Santa Sede. Este matrimonio tendía a oponer al emperador un bloque compacto, sometido a la influencia pontificia, integrado por la Alemania del Sur y la Italia del Norte –los güelfos–. Además, opuso a Enrique IV su propio hijo, Conrado, alrededor del cual se fueron agrupando, en la misma Alemania, los partidarios de la política pontificia. El concilio de Plasencia (1095) pone de relieve el prestigio alcanzado por el Papado.

En un viaje triunfal por tierras de Francia y de Borgoña, Urbano II puede presenciar la difusión que han alcanzado las ideas de reforma eclesiástica. El 18 de noviembre de 1095 inaugura el concilio de Clermont, del que saldrá la preparación de la primera Cruzada.

Su sucesor, Pascual II (1099-1118), personificó también la reforma, pero se mostró menos enérgico y consecuente, sobre todo en sus luchas con Enrique V de Alemania. Así, por el tratado de Sutri (1111) logró éste que los eclesiásticos renunciaran a las regalías y feudos, obligándose el papa a ordenar a todos los prelados que se sometieran; el rey, por su parte, renunciaba a la investidura laica. Este acuerdo suscitó muchas dificultades y fue revocado por el sínodo de Letrán en 1112, que proclamó de nuevo los ideales de la reforma gregoriana y condenó las intromisiones de las autoridades civiles. Como veremos más adelante, la lucha de las Investiduras terminó con el concordato de Worms de 1122, entre Calixto II y Enrique V. En Worms se hizo extensiva al Sacro Imperio la solución negociada entre Pascual II y los reyes Felipe I de Francia, y Enrique I de Inglaterra, por la cual quedaba a salvo la elección canónica.

La afirmación de la Cristiandad occidental. En cuanto a los Estados del Occidente europeo, la difusión de las relaciones de vasallaje en el siglo X impidió su dislocación total. Este fue uno de los resultados positivos más importantes del feudalismo. La paulatina afirmación del Occidente debióse, en gran parte, a la eliminación progresiva de las incursiones de normandos y húngaros, y a la crisis del mundo musulmán. La disolución del califato de Córdoba y la obra de Sancho el Mayor de Navarra inauguran en España una situación de equilibrio militar entre los reinos cristianos y el Islam, que prepara los grandes avances de la Reconquista. Por otra parte, los musulmanes son combatidos victoriosamente en Italia del Sur y expulsados de Provenza en 972. En el siglo XI, Génova y Pisa luchan con éxito, contra ellos, en el Mediterráneo occidental.

Ya sabemos que el universalismo a que tendía la concepción imperial de Otón III era, hasta cierto punto, una afirmación de cara a Bizancio: el emperador de Occidente se consideraba un igual del basileus. El aludido universalismo, como escribe Ganshof, no implicaba en los siglos X y XI, una verdadera pretensión hegemónica sobre los demás reyes, sino el hecho de que el emperador se atribuía una preeminencia sobre los mismos. Esta convicción era bastante general en Alemania e Italia.

Los reyes de Francia no admitieron una subordinación en sus relaciones con el emperador, aunque, hasta la superación del epigonismo carolingio por Felipe I (1060-1108), carecieron de medios para jugar un papel efectivo en la política europea. El antecesor de éste, Enrique I, fracasó en sus pretensiones al dominio de Lorena. Por el contrario, los grandes señores territoriales franceses tuvieron arrestos suficientes para proyectar su fuerza en el exterior. Entre 1006 y 1056, los condes de Flandes, Balduino IV y Balduino V, lograron arrebatar a los soberanos alemanes la faja occcidental de Lorena, que poseerán como feudo de la corona alemana con el nombre de "Flandes imperial". Sin embargo, el acontecimiento más fértil en consecuencias fue la conquista de Inglaterra por un príncipe francés, el duque de Normandía.

Después del período anárquico subsiguiente a la muerte de Canuto el Grande (1035), fue reconocido como rey de Inglaterra, en 1042, Eduardo el Confesor. Sin embargo, los grandes *earls* se disputaron el poder recurriendo al apoyo extranjero: danés, noruego y normando. Al morir Eduardo en 1066, el duque de Normandía,

Guillermo el Conquistador, invadió la Gran Bretaña al frente de un ejército reclutado en el ducado y en la Francia del Oeste, y después de derrotar en Hastings al sajón Haroldo, que se había alzado con el poder, se hizo coronar en Westminster el día de Navidad. El Conquistador necesitó toda la duración de su reinado –hasta 1087– para afirmar sólidamente su autoridad. Para ello contó con la valiosa ayuda de los mercaderes de Rouen y de las costas normandas, familiarizados con la travesía del canal y con intereses económicos en Gran Bretaña.

La conquista de Inglaterra por los normandos tuvo un alcance parecido al establecimiento del Imperio de Occidente por los otónidas en la centuria anterior. En efecto, un vasallo del rey de Francia se convirtió en monarca de un Estado vecino, con la particularidad de que las condiciones de la conquista y la economía monetaria, derivada de su comercio exterior, permitieron darle una organización más sólida y eficiente que las de los países del Continente. Por otra parte, Inglaterra, puente entre la Europa occidental y el ámbito escandinavo en el siglo X, entró decididamente en la órbita de la primera, sin que ello implicara el cese de sus relaciones comerciales con el mundo del Norte. Con la conquista normanda se difundió el feudalismo en Inglaterra.

Ya nos hemos referido antes a otra creación normanda: la conquista de la Italia meridional por Roberto Guiscardo. Esta ofrece la particularidad de no corresponder a una iniciativa de los duques de Normandía, sino que se debió a la acción de unos contingentes de caballeros, que irrumpieron en el escenario italiano en busca de aventuras.

La fundación de la monarquía anglonormanda y la del reino normando en Italia del Sur y la isla de Sicilia, constituyen, junto con la victoriosa ofensiva que emprenden los reinos cristianos de la Península Ibérica contra los musulmanes a partir de 1035, los aspectos más salientes de la expansión de la Cristiandad occidental en la época que estudiamos. Como fenómenos de base que lo hicieron posible hay que tener en cuenta el aumento demográfico y la restauración económica de Occidente. En efecto, el citado aumento, perceptible desde mediados del siglo X, dio a las clases aristocráticas un exceso de caballeros dispuestos a correr aventuras, mientras hizo posible el incremento de la población rural, las migraciones en busca de tierras incorporadas al cultivo por las deforestaciones –flamencos en el Norte y alemanes al Este del Reich– y exigió el aumento de las zonas agrícolas. A su vez, la mayor seguridad, tanto por el fin de las invasiones de normandos y húngaros cuanto por la difusión de la "paz pública", contribuyó al desarrollo de las corrientes mercantiles. El comercio transcontinental Norte-Sur, que canalizaba hacia el Mediterráneo y la España musulmana, entre otros productos, los esclavos de Inglaterra y de Verdún –factoría de la trata judío-alemana en el ámbito eslavo– conoció un auge considerable, mientras Venecia incrementaba sus contactos con el Oriente bizantino y el mundo musulmán del Mediterráneo. Los venecianos importan productos de lujo –sedas, especias–, que a su vez contribuyen a impulsar la actividad económica en el Norte de Italia (Milán, Pavía). Tales productos son reexportados por los comerciantes italianos al Norte de Europa a través de Borgoña-Champaña y por la vía del Rin; muy pronto adquirirán allí los paños, que

constituirán el flete de retorno. Por lo que atañe al comercio entre Oriente y Occidente, cabe citar los puertos de la Italia del Sur: Bari, Amalfi.

También experimentó un notable impulso la ruta que unía los mundos bizantino y musulmán con el ámbito escandinavo a través de Rusia. Esta ruta tuvo pronto importantes ramificaciones hacia el Norte de Alemania, Inglaterra y la faja costera comprendida entre el Sena y el Rin. Se importaban productos orientales, maderas y cereales del Báltico, y se exportaban los paños de la industria textil flamenca y del Norte de Francia.

La paulatina expansión económica del Occidente intensificó el tráfico continental hacia el Este, hacia los países eslavos, húngaros y las zonas de colonización alemana en el Centro de Europa. En las exportaciones del Occidente europeo hacia el Este adquirió considerable importancia la producción metalúrgica de las regiones del Mosa y del Rin. La expansión a que nos referimos es paralela a la formación y desarrollo de las ciudades, focos de distribución y a menudo de transformación de las riquezas.

A mediados del siglo XI, la renovación —o el resurgir, si se prefiere— de la Cristiandad occidental europea, es un hecho incuestionable. Bizancio y el Islam en cambio, se encuentran en franca crisis, que acentúa la creciente importancia de Europa en el umbral de la época que nos corresponde estudiar en estas páginas.

II

LAS CRUZADAS

El Occidente y la idea de Cruzada. Como escribe Paul Rousset, la Cruzada no fue sólo un acontecimiento capital de la Edad Media, ni una empresa varias veces renovada por el Occidente, sino, también, una muestra de la efímera unidad de Europa y la expresión de las ambiciones y energías del mundo occidental. La idea de Cruzada es muy compleja, pues mientras para los occidentales es un sinónimo de *virtud*, lo es de escándalo para los bizantinos. Esta idea realizó la unión en Occidente y acentuó la división entre Roma y Bizancio. Idea a la vez pacífica y bélica, rápidamente desvirtuada por la influencia de factores políticos y económicos, continuó, sin embargo, provocando nuevas expediciones —cruzadas sin cruzados— que en definitiva se convirtieron en guerras defensivas o de carácter imperialista.

La Cruzada, en realidad, es única y sólo aparece en su verdadera esencia en el período transcurrido entre fines del siglo XI y mediados de la centuria siguiente. En efecto, es imposible reconocer un auténtico espíritu de Cruzada en la defensa de los Estados latinos de Oriente por los caballeros establecidos en Siria y en las empresas de socorro enviadas por el Occidente desde el siglo XII. De hecho, pues, sólo la Primera Cruzada —y ciertos personajes y momentos de las posteriores— debe ser considerada como verdadera y típica. En estas empresas intervinieron dos clases de cruzados: barones y caballeros, a menudo impulsados más por el espíritu de lucro y el deseo de conquista que por el puro ideal, y gentes humildes, lanzadas hacia los caminos de Oriente secundando la llamada del papa Urbano II, con un auténtico ideal de Cruzada.

Para los cronistas de la época, la expedición a los Santos Lugares no fue una obra humana, sino divina. Muchos hacen preceder la salida de las Cruzadas con prodigiosas manifestaciones cósmicas —estrellas fugaces, temblores de tierra—. Cabe pensar si ello constituyó un argumento capaz de persuadir a los expedicionarios. En todo caso, tales signos extraordinarios justificaban la idea de una "guerra nueva", es decir, como una expedición que valía a sus miembros el beneplácito de la Iglesia. Esta, preocupada desde antiguo por el problema de las "guerras fraternarles", de las luchas entre cristianos, vio en la Cruzada el medio de poner fin —al menos momentáneamente— a los conflictos que sufría la Cristiandad. En Clermont, el papa Urbano II propuso a los caballeros volver sus armas contra los musulmanes, al objeto de convertir una lucha fratricida en un combate digno y meritorio. Para los caballeros feudales, la Cruzada equivale a la guerra justa, a una empresa que asegura la salvación eterna. Los cruzados luchan a la vez, por dos reinos: el de la Jerusalén terrestre y el de la Jerusalén divina. La posesión del primero será la puerta de acceso al segundo, a la vida eterna.

Hacia el año 1100, la idea de Cruzada se identifica con una peregrinación masiva. Es una marcha hacia un lugar determinado, que obliga a desplegar esfuerzos ininterrumpidos y crea una ascética. Pacífica en otros tiempos, la peregrinación a Tierra Santa se ha transformado, poco a poco, en una peregrinación guerrera. A medida que el temor al Islam difundía una psicología de miedo, los peregrinos aumentaban su hostilidad, es decir, se transformaban en cruzados con espíritu de guerra. Para los cronistas de la época, la idea de Cruzada era una obra divina, una guerra privilegiada por la llamada del Papa y la concesión de indulgencias, una exaltación de la Cristiandad, encaminada a la reconquista de la Tierra Santa.

La Cruzada provocó un cambio de gran importancia en Occidente por la transformación de los caballeros, guerreros de profesión y de costumbres, en cruzados. Al abandonar Europa para dirigirse a liberar los Santos Lugares, los caballeros liberaron a la Cristiandad de las guerras endémicas que sufría. El título que Guibert de Nogent dio a su historia de la Cruzada –*Gesta Dei per Francos*– resume los dos aspectos básicos de la empresa: peregrinación guerrera y lucha de salvación. El combate contra el musulmán ofrecía al caballero la satisfacción de heroicas proezas y la gloria del martirio. Apoyándose en el Antiguo Testamento, la Cruzada fue considerada como una renovación del espíritu bíblico y los cruzados como un pueblo elegido, como los nuevos hebreos. El cruzado es el que acepta la invitación de Cristo, "el que quiera seguirme, que tome su cruz". El ideal evangélico de la pobreza jugó un papel capital en la conquista de Jerusalén (1099).

Idea imperialista, la Cruzada transformó al Occidente, abandonado por los caballeros y al Próximo Oriente que éstos iban a conquistar. Es el testimonio de una época, con sus necesidades materiales y espirituales, y la expresión de una mentalidad, así como un hallazgo genial maravillosamente adaptado a las necesidades del mundo cristiano. La Cruzada contribuyó a crear un mundo nuevo, ensanchando las fronteras de Occidente y abriendo horizontes desconocidos a una multitud de caballeros, de comerciantes y de clérigos. Al lado de la Cruzada propiamente dicha, o sea, contra los infieles de Tierra Santa, los reinos hispánicos reclamaron, desde 1095, para la "Reconquista", los mismos privilegios que Urbano II había concedido a los cruzados que se dirigían a Jerusalén. Alegaron, para ello, la peregrinación a Santiago de Compostela. Por razones semejantes, la Cruzada se transfiere, en 1147, a Alemania del Norte, –Prusia–, y, desde 1179, contra los albigenses, en el Sur de Francia. Se refleja, asimismo, en las luchas entre el Pontificado y el Imperio. Al lado, pues, de la Cruzada *transmarina*, contra los infieles, tomó cuerpo la Cruzada *cismarina*, contra los herejes y cismaticos.

Bizancio y la Cruzada. El ideal e incluso la misma concepción de la Cruzada fueron extraños e incomprensibles para los orientales, griegos y bizantinos. En las sucesivas oleadas que se dirigían al Oriente, éstos no vieron mas que una deformación monstruosa de las peregrinaciones a Tierra Santa, acompañada por un deseo imperialista de los occidentales cuyo objetivo era la conquista de Constantinopla. Esta convicción, que por su parte reforzaba la actitud de los cruzados acampados ante los muros de la capital, era más antigua que la Cruzada y se desarrolló a consecuencia de los ataques de los normandos contra Bizancio. Los

recuerdos de la invasión normanda extendía la desconfianza hacia todos los occidentales. Bohemundo y Tancredo eran enemigos peligrosos, como lo había sido Roberto Guiscardo, el fundador del reino normando de Nápoles. En efecto. la Cuarta Cruzada desembocaría en la fundación de un imperio occidental en Constantinopla.

Al dirigirse la Cruzada contra el Oriente islámico, Bizancio cree que su imperio será la primera víctima. He aquí un paralelismo significativo. En 1082, los venecianos obtienen un crisóbulo de Alejo I, en virtud del cual ponen los cimientos de su hegemonía comercial en el Oriente griego. Pocos años después –1095– comienza la primera Cruzada, que ya había anticipado Guiscardo. El ideal religioso de la Cruzada era incomprensible para un bizantino. Al iniciarse ésta, el cisma no había provocado todavía la separación entre ambos mundos cristianos. Las Cruzadas y sus consecuencias dieron al cisma toda su importancia y significación. Hasta cierto punto, Bizancio se encontraba más cerca del Islam y de Oriente que de los occidentales. Por otra parte, la debilidad que entonces aquejaba al mundo bizantino, hacía que éste temiera la unificación del Occidente que podía implicar la Cruzada.

Causas de la Cruzada. La concepción tradicional que vio en la Cruzada una expedición de los cristianos de Occidente en socorro de sus hermanos de Oriente avasallados por la conquista turca, y para liberar los Santos Lugares, no responde exactamente a los hechos. La conquista turca no fue desastrosa para las comunidades cristianas del Asia Menor. En la misma Palestina, los cristianos conservaron su tradicional situación en país musulmán. En cuanto a los peregrinos, si se les cerró el camino a Tierra Santa por el Asia Menor, pudieron visitar con pocas dificultades los Santos Lugares llegando a Palestina por mar.

Como toda empresa humana, la Cruzada obedeció a motivaciones espirituales y materiales. Rousset, por ejemplo, reduce el problema a un estado de espíritu en Occidente, una mentalidad, una psicología. No puede prescindirse sin embargo, del desarrollo económico y aumento demográfico del Occidente, ligado al desenvolvimiento de la industria pañera y de las sociedades urbanas, así como a la sed de tierras de los campesinos. ¿Cuál fue la significación real de las ciudades marítimas italianas encauzando el gran movimiento expansivo hacia la cuenca oriental del Mediterráneo? Esta cuestión ha recibido respuestas contradictorias por parte de la historiografía. Es evidente que la influencia del Pontificado fue decisiva, tanto por lo que se refiere a su actitud ante el Islam cuanto hacia los cristianos orientales. Frente a los musulmanes, el Papado adoptó la política de vigorizar la reconquista cristiana en Occidente antes de hacerlo en Oriente, y no cabe duda de que la primera experiencia influyó en la ulterior decisión. En este aspecto se trataba de vincular estrechamente al Pontificado, en el ambiente de la reforma gregoriana, a las sociedades que habían vivido hasta entonces con plena autonomía, como los griegos de Sicilia y los reinos hispánicos, cuya liturgia observaba el rito mozárabe. Por lo que atañe al Oriente, los Papas pretendían organizar una cristiandad romana en Siria y Palestina, mediante el establecimiento de una jerarquía y un clero latinos, que ayudara a neutralizar la influencia bizantina y acabara provocando la sumisión del patriarcado de Constantinopla.

El análisis precedente nos lleva a admitir la explicación de conjunto de Perroy. En la segunda mitad del siglo XI, los caballeros del Occidente, ganados por la idea de la guerra santa, emprendieron peregrinaciones a los Santos Lugares —sin ser obstaculizados seriamente— en pequeños grupos armados. A su regreso, difundían la idea de que una empresa conquistadora era perfectamente posible, mientras describían las riquezas que el Levante atesoraba. Cuando el impulso otomano amenazó a Bizancio, el Occidente pensó en la necesidad de proteger a la cristiandad por el Este. Aprovechando el clima favorable, el papa Urbano II convocó la Cruzada en 1095.

El peligro oriental. Las concepciones que acabamos de exponer no implican que desde mediados del siglo XI no existiera un verdadero peligro oriental, coincidente con una etapa de grave decadencia del Imperio bizantino. Es el momento en que éste pierde la Italia del sur, ante la embestida de los normandos, mientras los turcos seldjúcidas se establecen en Asia Menor, y, en la propia península balcánica, los servios, búlgaros y pechenegos provocan incesantes agitaciones. A fines de la centuria, Alejo Comneno logró dominar la situación desesperada en que se encontraba el imperio; pero el peligro continuaba.

Coincidiendo con la crítica situación porque atravesaba el Imperio de Oriente a consecuencia de las presiones de los normandos y de los seldjúcidas, surgió en Occidente el poderoso movimiento de la Cruzada. Este fue una proyección decidida del mundo occidental hacia el Oriente, continuada, poco después, por la colonización alemana en el ámbito balto-eslavo. En frase de Georg Stadmuller, la Cruzada, en el Sudeste, y la colonización alemana, en el Nordeste, contituyen las manifestaciones más salientes de un solo proceso: la proyección hacia el Este de los pueblos romanogermánicos del Occidente europeo.

En el transcurso del siglo XI, el territorio de Siria sufrió varias vicisitudes que afectaron profundamente al mundo cristiano. En 1009 el califa Hakem ordenó la destrucción del Santo Sepulcro de Jerusalén, que fue reconstruido a los pocos años —1037— por el califa Mustafá, gracias a la enérgica intervención del emperador bizantino Miguel el Paflagonio. Con ello se inauguró la etapa calificada de "protectorado bizantino" en Tierra Santa. Pero esta situación duró muy poco. Hacia 1060, los seldjúcidas conquistaron Armenia e iniciaron una penetración profunda en Asia Menor. En Mantzikert —1071— el ejército bizantino sufrió una grave derrota, que ocasionó al imperio la pérdida de Anatolia. El cronista Guillermo de Tiro vio en el desastre de Mantzikert la eliminación definitiva de los bizantinos y la necesidad de que los francos entraran en liza.

La irrupción de los turcos seldjúcidas provocó un cambio profundo en las peregrinaciones. Los cristianos no renunciaron al largo viaje; pero en vez de hacerlo por pequeños grupos, organizáronse en potentes agrupaciones capaces de defenderse, si la situación lo exigía. Desde 1065, los peregrinos alemanes, bajo la inspiración del arzobispo Gunther, organizaron una peregrinación masiva con millares de peregrinos-combatientes. Sólo faltaba el impulso del Pontificado para que la Cruzada propiamente dicha iniciara sus pasos.

Urbano II y el concilio de Clermont. De encauzar y dirigir la poderosa

corriente a que acabamos de referirnos, encargóse el monje cluniacense Eude de Chatillón, elevado al pontificado con el nombre de Urbano II. El "papa defensor de Europa", como le llama René Grousset, en pleno desarrollo de la doctrina teocrática, asumió la dirección suprema del movimiento que desembocaría en la Cruzada. El 28 de noviembre de 1095, con palabra ardiente y apasionada, predicó la Cruzada en Clermont, al grito de ¡Dios lo quiere! El sermón pontificio de Clermont y el símbolo de la Cruz, produjeron un movimiento de entusiasmo inigualado en todo el Occidente europeo. El llamamiento de Urbano II fue la orden de la movilización general de Europa. Es conveniente observar que muy pronto se puso de relieve el divorcio entre la concepción tradicional, que hacía del emperador el protector nato de la Iglesia universal, y la realidad del momento. En efecto, el emperador no figuró a la cabeza de los expedicionarios en la primera Cruzada. La movilización a raíz del concilio de Clermont puede compararse a la Liga de Corinto, que en tiempos de Alejandro el Magno impulsó a Grecia a la conquista de Asia.

El Papa continuó predicando la Cruzada en diversos lugares de Francia durante los años 1095 y 1096, mientras el concilio de Nimes completaba la obra iniciada en Clermont. La organización oficial de la Cruzada recayó en el Pontificado y en la jerarquía eclesiástica. Como fecha de partida estipulóse el 15 de agosto de 1096, para llegar a Constantinopla a fines del mismo año. Ante la imposibilidad de abandonar la Santa Sede para ponerse al frente de la expedición, Urbano II designó como legado suyo al obispo de Puy, Ademaro de Monteil. Es conveniente recordar que ningún soberano tomó la cruz. Por entonces, en plena lucha por el *dominium mundi* entre el Pontificado y el Imperio, tanto Enrique IV de Alemania como Felipe I en Francia y Guillermo el Conquistador en Inglaterra, estaban excomulgados. En consecuencia ningún poder soberano se interpuso entre la Santa Sede y los señores feudales. La primera Cruzada equivale, en frase de Calmette, al feudalismo en marcha bajo la dirección de la Iglesia.

Pedro el Ermitaño y la "cruzada popular". El desbordante entusiasmo antes referido no afectó sólo a los nobles y al clero, sino también a las clases populares. La figura del papa Urbano II predicando la Cruzada al mundo caballeresco tiene su réplica, por lo que atañe a los humildes, en el asceta Pedro el Ermitaño, cuyas exhortaciones causaron la más profunda impresión. Según el cronista Guibert de Nogent, en las palabras y en las acciones de Pedro el Ermitaño latía un *quid* divino. Los campesinos procuraban, incluso, arrancar algunos pelos del asno que montaba el apóstol —vestido solamente con una túnica de tejido burdo— para formar un pequeño relicario.

El entusiasmo provocado por las predicaciones del Papa y de Pedro el Ermitaño condicionó una especie de éxodo, una fiebre general de tomar la cruz y dirigirse hacia el Este. Todo el mundo deseaba liquidar sus bienes y obtener las provisiones necesarias para el largo viaje. Mientras el precio de los productos que podían llevarse los cruzados experimentó una fuerte alza, todo lo demás sufrió una tremenda baja. Este entusiasmo de las multitudes desbordó la organización oficial, y antes de que la Cruzada propiamente dicha emprendiera su camino, unos 20 000 campesinos, aventureros y mendigos, dirigidos por Pedro el Ermitaño y

por los alemanes Volkmar, Gualterio, Gottchalk y Enrique de Leisingen, se pusieron en marcha hacia Constantinopla. Cometiendo toda clase de excesos y sufriendo incontables penalidades, estos peregrinos cruzaron Bohemia, Hungría y Bulgaria y llegaron a Constantinopla, donde el emperador Alejo les facilitó el paso a Asia Menor. La mayor parte encontró la muerte en lucha con los turcos.

La Gran Cruzada y sus itinerarios. Bajo la dirección del legado pontificio, Ademaro de Monteil, los cruzados se agruparon en cuatro ejércitos, correspondientes a otras tantas "naciones". Los del Sur de Francia –provenzales– reconocieron como jefe al conde de Tolosa, Raimundo IV de Saint-Gilles; los de Lorena, bajo el mando de los hermanos Godofredo de Bouillon y Balduino de Flandes; los del Norte de Francia, bajo el mando de Hugo de Vermandois, hermano del rey Felipe I; y los normandos de Italia reconocieron como jefes a Bohemundo –hijo del conquistador de Sicilia, Roberto Guiscardo– y a su sobrino Tancredo.

Para obviar el grave problema del abastecimiento de huestes tan numerosas, los cruzados siguieron itinerarios distintos, para reunirse todos en Constantinopla, capital del imperio bizantino. La agrupación mandada por Raimundo de Saint-Gilles siguió el camino de los Alpes, el Valle del Po y el territorio dálmata; la de Lorena, cruzó Alemania y Hungría; los franceses del Norte pasaron por el Epiro; y los normandos de Italia atravesaron el Adriático.

En páginas anteriores nos hemos referido a la impresión causada por la Cruzada en el mundo bizantino. El emperador Alejo procuró sacar el mayor partido posible de la presencia de aquellos incómodos huéspedes. Así, procuró que los jefes le prestaran juramento de fidelidad y que impidieran un saqueo más o menos sistemático. El legado pontificio, Ademaro de Monteil, hizo valer su influencia para que no se llegara a una ruptura declarada. Reagrupadas las fuerzas los expedicionarios pasaron a Asia. Anna Comnena, hija y biógrafa del emperador Alejo, cuenta las impresiones que entre los bizantinos suscitaron los "bárbaros celtas" de los ejércitos cruzados.

De la batalla de Dorilea a la fundación del reino de Jerusalén. La campaña de Asia fue de corta duración: del 6 de mayo de 1097 al 15 de julio de 1099, fecha en que los cruzados tomaron al asalto la ciudad de Jerusalén. Pronto cayó en sus manos la ciudad de Nicea y lograron apuntarse un gran éxito en la batalla de Dorilea, que les abrió el camino de Frigia. Dorilea –1 de julio de 1097– borró el recuerdo del desastre de Manzikert y tuvo en la historia de Asia una importancia comparable a las jornadas alejandrinas del Gránico y Arbelas.

Después de haber cruzado la meseta de Frigia y el Tauro, los expedicionarios pusieron sitio a la ciudad de Antioquía, que se les rindió tras una dura lucha –1098–. Las disensiones entre los jefes y las luchas incesantes contra los turcos, comenzaron a desmoralizar a las fuerzas expedicionarias. Incluso Pedro el Ermitaño fue uno de los fugitivos, siendo obligado por Tancredo a reincorporarse. Entonces un poderoso ejército turco, al mando del emir Kerbogah, sitió a su vez a los cruzados en los muros de Antioquía. Un hecho milagroso salvó la situación. En efecto, un campesino provenzal descubrió la Santa Lanza en la iglesia de San Pedro de Antioquía. Al difundirse la noticia, los cruzados, hábilmente dirigidos

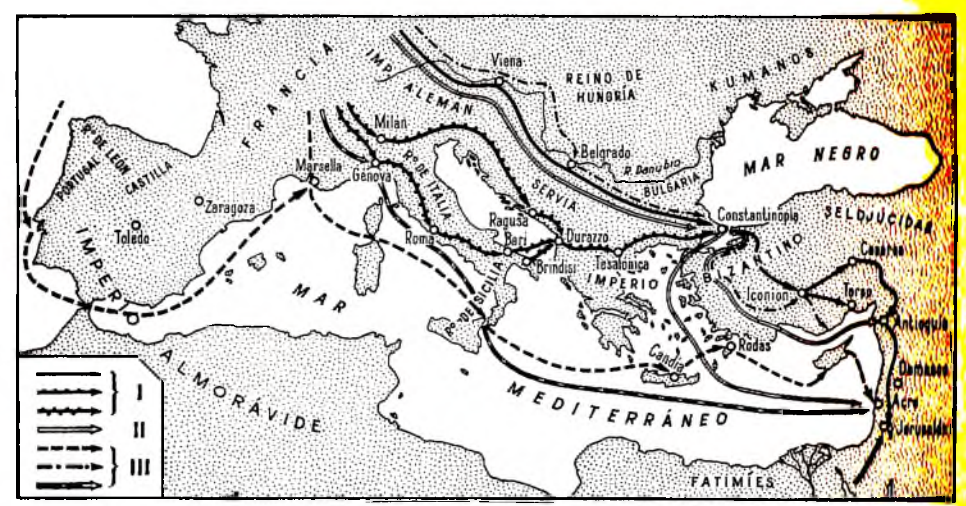
por Bohemundo, el estratega de la expedición, hicieron una vigorosa salida y consiguieron poner en fuga a los sitiadores.

Luego comenzaron de nuevo las dificultades, tanto por las miras particulares de los jefes cuanto por la muerte del cardenal legado, Ademaro de Monteil. La situación crítica fue dominada por el nuevo legado, Daimberto, y por Godofredo de Bouillon, quienes recordaron a los expedicionarios el objetivo supremo de la lucha: la conquista de Jerusalén.

Desplazados los turcos de Siria por los fatimíes de Egipto, los cruzados tuvieron que luchar contra éstos para arrebatarles la presa codiciada. La lucha por Jerusalén se inició con una procesión en el Monte de los Olivos. El asalto comenzó el viernes 15 de julio de 1099, a la hora de la Pasión, y la ciudad fue horriblemente saqueada. La noticia de la conquista de Jerusalén fue celebrada en toda la Cristiandad. Inmediatamente organizóse por el legado pontificio el "reino latino de Jerusalén", cuya corona fue atribuida a Godofredo de Bouillon. La no incorporación de Damasco, posición estratégica fundamental de Siria, en los establecimientos cristianos de Asia Menor –reino de Jerusalén, condado de Trípoli y principados de Edessa y Antioquía– obstaculizó la eficiente defensa de los mismos ante la reacción islámica. Parece incuestionable que entre las causas que motivaron el fracaso final de los cruzados hay que tener en cuenta el hecho de que los occidentales, de los caminos de Siria, sólo dominaron el de la costa mediterránea y, hasta cierto punto, el del Jordán; en cambio, quedó fuera de su alcance el que bordea el desierto, donde se encuentran Alepo y Damasco. Atendiendo a la estrategia militar, los errores de los occidentales podrían resumirse así: el no haberse apoderado de Alepo en 1097, el descuidar a Damasco en 1098 y el fracaso ante esta última ciudad en 1148, cuando por fin se intentó su conquista. En adelante, la derrota seguiría cerniéndose amenazadora y el golpe final caería en Hatin, en 1187, como tendremos ocasión de comprobar en las páginas siguientes.

La debilidad de los establecimientos cristianos en el Oriente –creaciones artificiales incapaces de resistir por sí mismas una vigorosa reacción del mundo islámico– explica que recayera sobre los occidentales la responsabilidad de su defensa. Por esta causa a la gran Cruzada de fines del siglo XI debían seguir otras.

La segunda Cruzada. A la agresión de los occidentales, el mundo turco respondió con una reagrupación de fuerzas. No se llegó a la constitución de un imperio seldjúcida unificado que comprendiera todos los territorios del Próximo y Medio Oriente, ya que los descendientes de Seldyuk apenas fueron obedecidos más allá de los límites del Irak y del Jurasán. Sin embargo, el ataque cristiano desencadenó la lógica réplica islámica, puesta de relieve en 1144 con motivo de la conquista de Edessa por el sultán de Mossul, Zenguí, llamado *Sanguinus* por los latinos. Zenguí había preparado cuidadosamente el golpe apoderándose con anterioridad de la Mesopotamia septentrional, de Alepo y de Hamah. A su compacta formación territorial, desde el Kurdistán a los montes Ansarich, los establecimientos cristianos, faltos de cohesión e incapaces para su defensa, ofrecían una presa fácil. La resistencia se explica por los castillos, la superioridad de la táctica militar de los caballeros feudales, la labor desarrollada por las



Rutas de las Cruzadas.

I. Primera Cruzada: Godofredo de Bouillon, Raimundo de Tolosa y Roberto de Flandes. – II. Segunda Cruzada: Conrado III y Luis VII de Francia. – III. Tercera Cruzada: Ricardo Corazón de León, Federico I Barbarroja y Felipe II Augusto.

Ordenes Militares –Templarios y Hospitalarios– y los refuerzos enviados por el Occidente.

Ante la angustiosa petición de ayuda, el rey de Francia, Luis VII, hondamente preocupado a la sazón por una crisis espiritual, decidió emprender una nueva cruzada. De momento sus vasallos se resistieron; pero el monarca insistió y el papa Eugenio III, que al principio se había mostrado vacilante, decidió favorecer la empresa. Durante las solemnidades pascuales de 1146, predicó la Cruzada, en Vezelay, el abad de Claraval, San Bernardo, una de las personalidades eclesiásticas más vigorosas del siglo XII. La muchedumbre congregada en Vezelay respondió a las exhortaciones de San Bernado con entusiasmo parecido al que había despertado Urbano II en Clermont medio siglo antes. La segunda Cruzada estaba en marcha y en ella intervino, también el emperador de Alemania, Conrado III.

San Bernardo quiso remediar los defectos de organización que se habían puesto de manifiesto en la primera Cruzada, insistiendo sobre todo en los desastres de la expedición de Pedro el Ermitaño. Los 150 000 peregrinos-soldados de 1147 tuvieron sin duda mayor parecido con un ejército expedicionario que las indisciplinadas masas de fines del siglo XI. Los alemanes, acaudillados por Conrado III, salieron de Regensburgo y llegaron a Palestina por Hungría y Bulgaria. Los franceses, al mando de Luis VII, salieron de Metz para seguir, también, la ruta de tierra. Una vez en Constantinopla, ambos se negaron a prestar juramento de fidelidad al emperador Manuel Comneno por las futuras conquistas que realizasen. Ello y algún choque armado agriaron todavía más las relaciones entre los occidentales y Bizancio.

Ni los alemanes ni los franceses lograron apuntarse ningún éxito positivo. Conrado III, batido por un ejército turco en Dorilea, regresó a Constantinopla para, desde allí, trasladarse a San Juan de Acre por vía marítima, mientras en el campamento de Luis VII, la presencia de su esposa, la reina Leonor de Aquitania, desencadenaba un gran escándalo. Las relaciones entre Leonor y su tío Raimundo de Guyena, príncipe de Antioquía, hicieron que el despecho del rey incidiera sobre los planes de campaña. En efecto, contra el parecer de los demas jefes expedicionarios, entre ellos Raimundo de Guyena, Luis VII impuso la marcha hacia Jerusalén y luego hacia Damasco, cuyo emir, hasta entonces favorable a los cristianos, se colocó bajo la protección de Zenguí. Una vez en las inmediaciones de la ciudad siria, los soldados del rey de Jerusalén, Balduino III, desertaron y los demás cruzados, ante el temor de un ataque turco, decidieron retirarse sobre Jerusalén. Desde la Ciudad Santa, Conrado III con sus huestes regresó a Constantinopla y emprendió la retirada hacia Alemania. Por su parte, Luis VII, después de haber expiado en Jerusalén sus desdichas domésticas y el fracaso de la expedición, del que se sentía responsable, partió también de Tierra Santa y regresó a Francia a fines del año 1149.

De la unificación de la Siria musulmana a la caída de Jerusalén. La expedición francoalemana que acabamos de reseñar, epilogada por el fracaso, suscitó una nueva réplica otomana, acaudillada, primero, por Nurad-Din o Noradino, quien, desde 1148, emprendió la conquista del condado de Edessa y colocó en situación muy precaria al principado de Antioquía y condado de Trípoli. Al mismo tiempo, por el Sur –principado musulmán de Damasco– un lugarteniente de Noradino contribuía eficazmente al cerco de los establecimientos occidentales de Siria.

Con la unificación de Siria musulmana, iniciada por Zenguí y coronada por Noradino, quedaba cerrado por el Nordeste y el Este el reino de Jerusalén. Su titular, Amalarico I, quiso extender sus dominios y creyó posible adueñarse de Egipto, dada la anarquía que sufría el país. El emir de Egipto, Chawer, buscó la protección de Noradino, quien le envió a su mejor general, Chirkuk, tío del famoso Saladino; pero Chirkuk obró como en país conquistado. Entonces Chawer buscó la protección de los francos; pero Saladino, que en este momento aparece como estrella de primera magnitud, asesina al califa cairota, se apodera de los estados de Noradino y une la Siria con Egipto. El cerco del reino de Jerusalén era completo.

Dueño incontestable de Siria y Egipto, y obedecido ciegamente en El Cairo, Edesa, Alepo y Damasco, Saladino, una de las figuras más impresionantes del mundo oriental, acaudilló el ataque islámico contra los establecimientos occidentales, a pesar de que entonces el mundo islámico había perdido casi totalmente el sentido de la guerra santa agresiva. Contando con la ayuda de los griegos, conscientes del peligro que entrañaba la euforia islámica, los occidentales lograron resistir los primeros ataques; pero su situación se agravó extraordinariamente desde 1180. En efecto, mientras el concurso militar bizantino desapareció al morir Manuel Comneno, la muerte del patriarca Heraclio desencadenó luchas intestinas en el mismo reino de Jerusalén. El monarca, Guido

de Lusignán, inepto e incapaz, en lugar de escuchar los prudentes consejos del conde de Trípoli, Raimundo III, y abandonar la ciudadela de Tiberíades, se dejó influir por Gerardo de Ridefort y sus templarios. La batalla de Hatin –4 de julio de 1187– selló el ulterior destino del reino de Jerusalén, que cayó en manos de Saladino el 2 de octubre siguiente. El único foco de resistencia era Tiro, desde donde el marqués Guido de Montferrato envió emisarios a Occidente en busca de refuerzos.

La tercera Cruzada. La pérdida de la ciudad de Jerusalén no significó el final del reino pero suscitó en Occidente un estupor comparable en intensidad al entusiasmo que había despertado su conquista una centuria antes. Sólo un gran esfuerzo conjunto podría restablecer la situación. La iniciativa partió del papa Gregorio VIII, quien se dirigió al emperador y a todos los reyes cristianos a fines de octubre de 1187. En pleno entusiasmo despertado en Alemania por una misión pontificia presidida por el obispo Enrique, el gran emperador, Federico I Barbarroja, convocó una Dieta en Maguncia en marzo de 1188. En aquella asamblea, conocida en la Historia alemana con el nombre de *Hoftage Jhesu Christi*, el emperador tomó la cruz y, apoyándose en el renaciente romanismo, invocó su calidad de jefe temporal del mundo cristiano para resolver la cuestión de Oriente.

Mientras en Alemania las exhortaciones pontificias y la decidida voluntad de Federico Barbarroja allanaron todos los obstáculos, en Francia e Inglaterra hubo que resolver previamente muchas dificultades derivadas de la rivalidad entre los reyes respectivos, Felipe Augusto y Enrique II Plantagenet. El cardenal Albano, legado en Francia, encuentra en todas partes una acogida favorable; pero la guerra entre ambas monarquías de Occidente, proseguida a la muerte de Enrique II por su sucesor Ricardo Corazón de León, imposibilita, de momento, toda acción conjunta. El cansancio de la lucha y los deseos de los caballeros de ambos reinos, que llegaron a amenazar a sus respectivos monarcas con una especie de "huelga feudal", les obligaron a ponerse de acuerdo en Nonancourt –30 de diciembre de 1189–. Superada la disidencia francobritánica, la tercera Cruzada estaba en marcha.

Con anterioridad a la partida de las fuerzas expedicionarias, el enérgico defensor de Tiro, Guido de Montferrato, logró eficientes socorros procedentes de Italia. Ello es sintomático y demuestra el creciente interés despertado en las ciudades italianas por el comercio en la cuenca oriental del Mediterráneo. En efecto, desde la primavera de 1188, el rey normando de Sicilia, Guillermo el Bueno, cuñado de Ricardo Corazón de León, había enviado fuerzas a Trípoli, mientras una expedición naval hacía abandonar a Saladino el bloqueo de Tiro al año siguiente.

Después de una preparación minuciosa que revela el genio político del gran Hohenstaufen, Federico Barbarroja salió de Ratisbona al frente de su ejército en mayo de 1189. La primera dificultad surgió por parte de los bizantinos, quienes, violando un acuerdo anterior, hostilizaron a las fuerzas expedicionarias. Federico Barbarroja zanjó con prudencia el litigio y penetró en Asia en marzo de 1190. El 14 de mayo alcanzó una brillante victoria sobre el sultán de Iconium. Cuando todo hacía esperar la pronta recuperación de Jerusalén, el gran emperador germánico

murió víctima de una imprudencia, a causa de una congestión fulminante que le sobrevino al bañarse en las frías aguas del río Salef, en Cilicia (10 de junio de 1191). Del mando de las fuerzas germánicas se hizo cargo el hijo del emperador fallecido, Federico de Suabia, quien también murió en el sitio de Acre.

El rey de Francia, Felipe Augusto y el de Inglaterra Ricardo Corazón de León, embarcaron, respectivamente, en Génova y en Marsella, para reunirse en Mesina y continuar hacia Oriente. El inglés conquistó la isla de Chipre y acampó al lado de las huestes francesas en las inmediaciones de San Juan de Acre. A pesar de las dificultades surgidas entre fuerzas tan abigarradas, la bizarría de Ricardo Corazón de León logró un éxito importante: San Juan de Acre capituló el 13 de julio de 1181. Si bien el objetivo de la Cruzada era la reconquista de Jerusalén, el rey de Francia, Felipe Augusto, celoso de la popularidad de su rival, decidió emprender el camino del regreso.

Con el abandono de la empresa por parte de las huestes francesas, la Cruzada se redujo a una empresa personal de Ricardo Corazón de León. Reincidiendo una vez más en el error estratégico de limitar la acción a la fachada marítima de Siria y Palestina, el monarca británico derrotó a Saladino en Arsuf y acampó frente a Jaffa. Entonces entró en negociaciones con los musulmanes, sin resultado práctico por el empeño de éstos en conservar el dominio de Jerusalén. Ricardo, en vista de ello, intentó la conquista de la ciudad santa al asalto; pero muy pronto dio orden de repliegue hacia Ascalón. Los hechos demostraban que era imposible resolver el problema militar de la Siria cristiana con los pequeños establecimientos occidentales entregados a sus solas fuerzas. Si no se estaba dispuesto a enviar periódicos refuerzos desde Europa, se imponía pactar con los musulmanes.

El 1 de agosto de 1192 empezaron los contactos entre los emisarios de Saladino y de Ricardo Corazón de León, quienes pactaron una tregua de tres años a base de mantener las posiciones respectivas. El reino de Jerusalén continuaría en poder de Saladino y los peregrinos cristianos podrían visitar libremente los Santos Lugares en pequeños grupos y sin armas. Así, mientras el accidente del Salef cortó de raíz las esperanzas depositadas en la cruzada de Federico Barbarroja, la expedición francobritánica desembocó en una derrota moral, es decir, en un acuerdo con Saladino. Sin embargo, la situación de Oriente ofrecía un aspecto esperanzador para el futuro de Europa a fines del siglo XII.

Primeras consecuencias de las Cruzadas. Ya dijimos que las Cruzadas absorbieron el excesivo brío militar de la caballería occidental y, en consecuencia, favorecieron la tranquilidad interna en los distintos países. El Occidente se enriqueció de un modo considerable, en gran parte por el impulso dado al comercio marítimo. El tráfico entre ambas riberas del Mediterráneo aumentó las reservas de metales preciosos en las ciudades de la cuenca occidental y esta acumulación de riquezas compensó favorablemente la inferioridad de los países cristianos del Mediterráneo en el dominio de la producción agrícola, en particular, cerealística. A mediados del siglo XII, la situación económica de los países de la Europa occidental había cambiado totalmente respecto del Oriente bizantino. Los mercaderes italianos, catalanes y provenzales tenían en sus manos casi todo el comercio de las vertientes asiática y africana del Mediterráneo. Como el proceso

de la Reconquista en España, los Cruzados hicieron posible el enriquecimiento cultural de la sociedad cristiana de Occidente por el contacto con el mundo clásico a través del Islam.

La Gran Cruzada –la primera– consolidó la situación territorial del imperio bizantino en el Próximo Oriente; pero los contactos más estrechos con los occidentales introdujeron en la vida de Bizancio nuevos motivos de perturbaciones. La Iglesia griega vio disminuir su influencia en las comunidades cristianas de Siria y Palestina, donde predominaba la de Roma. El cisma subsistió y las continuas fricciones entre griegos y latinos hicieron cada día más difícil las tentativas de reconciliación. El reino de Jerusalén, durante la centuria de su existencia, quedó colocado bajo el vasallaje de la Santa Sede; pero este nuevo paso hacia la unidad del mundo cristiano bajo la autoridad pontificia, no dio los resultados decisivos que se abrigaban en Roma. Los principales beneficiados de las Cruzadas fueron los puertos y ciudades italianas, que crearon factorías en el Oriente latino para el comercio con el mundo asiático. Como ya hemos apuntado, toda la actividad económica de Europa se benefició de ello.

Las Cruzadas hicieron que la Cristiandad occidental adquiriese una conciencia más clara de su unidad, al menos entre los medios sociales más importantes, clérigos y caballeros. El hecho de que tantos caballeros combatieran al servicio de un ideal religioso hizo que en su concepción del mundo adquirieran gran importancia el desinterés y la generosidad. Muchos encontraron la muerte en las lejanas tierras de Oriente y ya se ha dicho que ello purgó a Europa, en plena fase de resurgimiento, de elementos violentos e indisciplinados. La paz pública resultó beneficiada y, con ella, la solidez interna de los distintos Estados.

Las Cruzadas, en suma, vinieron a favorecer los contactos humanos entre Oriente y Occidente y no fueron sólo los bienes de consumo los que se intercambiaron, sino también las ideas. Las relaciones entre mentalidades muy distintas dieron ocasión para un mejor conocimiento de los respectivos principios religiosos y morales de cristianos, judíos y musulmanes, a la vez que proporcionaron las bases para el trasvase cultural de conocimientos a través de constantes traducciones e interpretaciones de saberes ajenos e incluso clásicos. Un enriquecimiento mutuo, en el campo del pensamiento, fue la consecuencia natural de estos contactos que no siempre, ni mucho menos, fueron sangrientos. Ya Guillermo de Nogent se maravillaba de que muchos occidentales, afincados en Oriente, se hubiesen orientalizado hasta el punto de olvidar su patria y lengua de origen.

III

LA RECONQUISTA EN LA PENINSULA IBERICA

Problemática de la época. A comienzos del siglo XI, la descomposición del califato de Córdoba y la obra de Sancho el Mayor de Navarra inauguraron una situación de equilibrio militar en España entre el Islam y los reinos cristianos, que fue afirmando progresivamente la importancia de éstos en el territorio peninsular.

El fenómeno más destacado de la época que estudiamos consiste en el fuerte impacto europeísta sobre los reinos de la Reconquista, que desde Navarra y Cataluña se traslada a Castilla y provoca la crisis del neogoticismo y del mozarabismo de cuño leonés. El motor principal de todo ello consiste en la penetración cluniacense y en las peregrinaciones a Santiago de Compostela, que van suplantando la atracción islámica por la influencia europea. Al mismo tiempo aparecen los grandes dominios señoriales, los latifundios, en Castilla y León, que sustituyen a la pequeña propiedad, mientras el régimen feudal se muestra plenamente organizado en Cataluña. Los progresos económicos se hacen perceptibles con la difusión de la circulación monetaria. El conde de Barcelona, Ramón Berenguer I, es el primer príncipe cristiano que acuña monedas de oro. En Aragón, Sancho Ramírez acuña denarios de plata en Jaca, y en Castilla-León, que hasta entonces había carecido de numerario propio, Alfonso VI acuña monedas de vellón.

La influencia europea frente a la atracción islámica ensancha el abismo entre cristianos y musulmanes, que se convierte ya en insondable cuando los almorávides, con su rigorismo africano, señorean el Andalus y acaban con la tolerancia escéptica de los refinados e impotentes reinos de taifas. Entonces surge verdaderamente el ideal de Reconquista, que para Menéndez Pidal duraría dos siglos, hasta la culminación de las campañas de Fernando III y de Jaime I.

En las postrimerías del siglo XI, los reinos meseteños trasladan la frontera con los musulmanes a la línea del Tajo –toma de Toledo, 1085–, mientras los reinos pirenaicos y el condado de Barcelona pugnan por abrirse camino hacia el valle del Ebro y la Cataluña Nueva, respectivamente. En las postrimerías del reinado de Alfonso VI, los éxitos almorávides, junto con la muerte del Cid y la caída del Levante, provocan una grave crisis, que el monarca intentará zanjar mediante una poderosa combinación de fuerzas, plasmada en el enlace matrimonial de su hija y heredera, Urraca, con el rey de Aragón, Alfonso I el Batallador. Esta unión fue un fracaso.

Con Alfonso VII alcanza su apogeo la idea imperial castellanoleonesa, en pugna con el espíritu de Cruzada y el equilibrio peninsular de los monarcas aragoneses, Alfonso el Batallador y Ramón Berenguer IV. Los avances de la Reconquista, inseguros en los reinos meseteños bajo Alfonso VII –repoblación

concejil hasta el Guadiana– son muy notables en los Estados pirenaicos –dominio total del Ebro por Aragón y Cataluña–. En la segunda mitad del siglo XII, Castilla concentra su atención en la lucha contra los almohades, de la que saldrá victoriosa en las Navas de Tolosa (1212), mientras la Corona de Aragón vio frustradas en Muret (1213) sus aspiraciones hacia la constitución de un imperio pirenaico. En las postrimerías de la centuria, la burguesía obtuvo el reconocimiento para tomar parte en las curias regias, lo que daría origen a las Cortes –León, 1188–, mientras el establecimiento de las Ordenes Militares implicó una nueva modalidad en la repoblación de los territorios fronterizos con el Islam. Las Ordenes militares "ocuparon extensas regiones de la Meseta Sur, introduciendo en ellas el régimen de latifundios y de economía pastoril, contrario al primer signo de la colonización castellana de la altiplanicie duriense –comunidades concejiles de tipo agraria– y a la tradición agrícola musulmana". A su vez, las Ordenes Militares representaron el ideal de Cruzada y, por consiguiente, de radicalización de la lucha religiosa entre la Cristiandad y el Islam.

Castilla: las luchas por la unificación de la Meseta y la Reconquista. Ya sabemos que las disposiciones testamentarias de Sancho III el Mayor dieron origen a dos fecundas creaciones políticas: los reinos de Castilla y Aragón. Fue entonces (1035) cuando pudo darse por establecida una situación de equilibrio entre musulmanes y cristianos en la España medieval, que duraría hasta las grandes conquistas cristianas del siglo XIII (San Fernando, Jaime I).

Acrecentada con las comarcas leonesas de Carrión y Saldaña hasta el Cea, y disminuida con las de la Rioja –desde las inmediaciones de Santander a las de Burgos, incorporadas a Navarra– la Castilla de Fernando I y de sus inmediatos sucesores debía resolver los siguientes problemas como condición previa de sus aspiraciones hegemónicas: unificar la Meseta con la incorporación del reino leonés, proteger el flanco oriental de la misma contra Navarra, proseguir la Reconquista y organizar la frontera contra los musulmanes. En la resolución de estos problemas se apuntaron éxitos los monarcas castellanos del siglo XI.

El intento del "emperador" leonés Vermudo III de recuperar las comarcas del río Cea, brindó a Fernando I la oportunidad de unificar la Meseta. En efecto, derrotado y muerto aquél en la batalla de Tamarón, en el Pisuerga (1037), Fernando y su esposa Sancha (hermana de Vermudo III) fueron reconocidos como reyes de León, lo que llevaba anexo el título imperial. Años después (1054), se produjo el choque con García Sánchez III de Navarra, que intentaron evitar dos monjes ilustres, Santo Domingo, abad de Silos, y San Iñigo, abad de Oña. Derrotado y muerto el monarca navarro en la batalla de Atapuerca, cerca de Burgos, Fernando I anexionó a Castilla el Noroeste de la Bureba. Al año siguiente (1055), se reunió el Concilio de Coyanza (Valencia de Don Juan), en el que se dictaron importantes disposiciones de índole eclesiástica y se decretaron nuevas leyes para el reino de León, confirmándose, además, la disposiciones de Alfonso V.

Contra los taifas musulmanes, Fernando I dirigió sus armas hacia el Mediodía y hacia Levante. Sucesivamente cayeron en sus manos Viseo y Lamego (1057); logró los tributos de los reyes moros de Badajoz, Toledo y Zaragoza; se apoderó

de Coimbra (1064) y derrotó en Paterna al rey de Valencia. Fernando I hizo suyo el concepto patrimonial de la monarquía y dispuso el reparto de sus Estados entre sus hijos en la curia regia leonesa de 1063. Al primogénito, Sancho, le asignó el reino de Castilla y las parias del reino de Zaragoza; al hijo segundo y predilecto, Alfonso, el reino de León, hasta el Pisuerga, y las parias de Toledo; al tercero, García, el reino de Galicia y las parias de Badajoz y de Sevilla, y a las hijas, Urraca y Elvira, el señorío de todos los monasterios de sus reinos, imponiéndoles la condición de que no se casaran.

La concordia entre los hijos de Fernando I duró muy poco, ya que el mayor, Sancho II, ensayó una política de hegemonía castellana que conduciría a la segunda unificación de la Meseta y plantearía, de nuevo, la cuestión fronteriza con Navarra. En efecto, a la invasión por fuerzas castellanas de los montes de Oca, la Bureba y la misma Navarra, replicó Sancho Garcés IV invocando el auxilio de su primo, el rey de Aragón, Sancho Ramírez. Ello dio origen a la llamada "Guerra de los tres Sanchos", todos ellos nietos de Sancho el Mayor de Navarra (1067-1068). Castilla obtuvo importantes anexiones: los montes de Oca, la Bureda y la plaza de Pancorbo.

Inmediatamente, Sancho II intentó realizar su gran proyecto: unificar de nuevo la Meseta sustituyendo la hegemonía leonesa por la castellana. Rotas las hostilidades con su hermano Alfonso VI, ambos decidieron solventar las diferencias mediante un encuentro armado que había de tener el carácter decisorio de un "juicio de Dios". La batalla de Llantada (1068), a orillas del Pisuerga, fue favorable a los castellanos; pero no resolvió la cuestión porque el leonés Alfonso se negó a acatar el resultado. Ambos rivales se pusieron momentáneamente de acuerdo para repartirse los dominios de su hermano menor, Garcia, de Galicia, quien se refugió en la corte de su tributario, Al-Mutamid, en Sevilla (1071). Pero el problema básico subsistía, y Sancho y Alfonso decidieron repetir la acción de Llantada. El nuevo choque tuvo lugar en Golpejara, a orillas del Carrión (1072), y el triunfo sonrió de nuevo a las huestes de Sancho II. Acto seguido Sancho fue ungido y coronado en León, y el vencido, Alfonso, gracias a la intervención de su hermana, Doña Urraca, pudo trasladarse a tierra de moros, instalándose en la corte de su amigo y tributario Al-Mamún, de Toledo.

Un poderoso movimiento de resistencia de los leoneses contra Sancho contó con el apoyo incondicional de Urraca, a la que el mismo Alfonso había cedido el gobierno de Zamora. Convertida esta ciudad en un foco de rebelión, Sancho II puso cerco a la misma mientras los sitiados tramaban un golpe decisivo contra la hegemonía castellana. En cumplimiento del mismo, el caballero zamorano Vellido Adolfo logró penetrar en el campamento sitiador y atravesar el pecho del rey Sancho con una lanza (1072). Cometido el regicidio, y mientras los castellanos lloraban la pérdida de su rey, Alfonso abandonó Toledo y fue reconocido inmediatamente como rey de León por los magnates y obispos que acudieron a rendirle homenaje en Zamora. Antes de reconocerle como rey de Castilla, los castellanos, con el Cid Campeador, exigieron de Alfonso VI que mediante un juramento exculpatorio declarase que no había tenido intervención alguna en la muerte de Sancho II. Así lo hizo Alfonso en la pequeña iglesia burgalesa de Santa Gadea o Santa Agueda, a fines del año 1072.

Alfonso VI (1072-1109) procuró reconciliar a castellanos y leoneses, mientras el asesinato del rey Sancho IV de Navarra en Peñalén (1076), proporcionaba a Castilla la anexión de la Rioja, de origen navarro, y, además, de Alava, Vizcaya y Guipúzcoa, de lengua éuscara, y de la parte de la Bureba aún irredenta para los castellanos. Con ello, el objetivo castellano a que antes nos hemos referido, la protección del flanco oriental de la Meseta frente a Navarra, estaba plenamente logrado. Como veremos, el resto del territorio navarro reconoció por rey al de Aragón, Sancho Ramírez.

Si bien en los reinos hispánicos no existió la cuestión de las investiduras con el pontífice, la supervivencia del rito mozárabe, que implicaba una liturgia especial –en la misa el celebrante dividía la hostia en nueve partes, mientras la liturgia romana reformada la dividía sólo en tres– era incompatible con los ideales unificadores del Papado. Presionado por Gregorio VII, Alfonso VI proscribió el rito toledano o mozárabe y aceptó el romano (1078), lo que a su vez implicó la sustitución de la escritura visigótica por la francesa. De la reforma de las costumbres eclesiásticas se encargaron los cluniacenses.

En los primeros años de su reinado, la política de Alfonso VI respecto a los musulmanes consistió en proseguir la explotación económica de los mismos mediante el sistema de parias. La muerte de su amigo Al-Mamun, rey de Toledo, substituido por el incapaz Alcadir, inaugura en la capital del Tajo la profunda crisis que desembocaría en la conquista del reino por los cristianos. Comenzado el cerco de la ciudad en 1081, Toledo cayó en manos de Alfonso VI en 1085, mientras su rey, Alcadir, fue instalado en el trono de Valencia por los cristianos. Dueño de las parias musulmanas, Alfonso VI se titulaba "emperador de toda España" y "soberano de los hombres de las dos religiones", es decir, de cristianos y de musulmanes. Con la toma de Toledo, la Reconquista castellana se instaló en la línea del Tajo. La sumisión y la impotencia de los taifas presagiaban un rápido hundimiento del poder musulmán en España. Este pudo superar temporalmente la crisis en que se debatía gracias al auxilio de los almorávides.

Los almorávides. En el siglo XI surgen en el mundo islámico dos imperios nómadas: uno en el Oriente asiático, constituido por los turcos de la estepa, kirguises, y otro en el Occidente africano, formado por los bereberes del Sahara. El primero logró realizar notables conquistas en Asia Menor a costa de los bizantinos, los cuales, en 1071, sufrieron una derrota decisiva en Manzikert. El segundo –imperio almorávide–, representante de otra reacción en la parte opuesta del mundo musulmán, lograba señorear el Norte de Africa y el Andalus, y en 1086 alcanzaba la gran victoria de Zalaca sobre el emperador leonés, Alfonso VI. Veamos cuál fue la génesis del imperio almorávide.

En 1039, el faquí Abdallah Ben Yássin, empezó a reislamizar las tribus nómadas del Sahara, predicándoles todos los deberes religiosos. Sus primeros devotos se llamaron almorávides (almorabetin), porque estaban ligados con voto especial para hacer la guerra santa en la *rábida* o castillo fronterizo que el faquí había fundado en una isla del río Níger contra los idólatras del Sudán. Iniciada la guerra santa contra los que se negaban a escuchar la predicación, pronto quedó sometida a la pureza del Islam toda la inmensidad del Sahara. Por su celo religioso

destacó la tribu de los lamtunas, la preferida por el faquí, dentro de la cual escogió los dos primeros emires. Estos completaron la conquista del Sahara, ganaron buena parte del Sudán y, en 1055, se lanzaron a la conquista de las ciudades del Mogreb, llamados por los piadosos faquíes. En 1061 se hizo cargo del mando del Mogreb el caudillo lamtuni Yuçuf-ibn-Taxufin, cuya figura preside el ulterior desenvolvimiento del poder almorávide.

Después de la conquista de Fez y de la fundación de la ciudad de Marruecos, Yuçuf fue requerido por Motámid de Sevilla para que viniese a hacer la guerra santa en Andalucía. El caudillo almorávide aceptó la idea después de conquistar las plazas de Tánger, Orán y Ceuta (1084). La decisión de llamar a los almorávides, impuesta por los faquíes intransigentes, era muy peligrosa para los refinados taifas, entregados a la molicie y al placer. Que éstos se daban cuenta del paso grave que acababan de dar, lo demuestran las palabras del citado Motámid: "Puesto en el trance de escoger, menos duro me será pastorear los camellos de los almorávides que no guardar puercos entre los cristianos". Si por un lado los cristianos contraponían la influencia francesa a la atracción islámica, según hemos dicho antes, los musulmanes se entregaban en brazos de los representantes de la posición más intransigente. Es consecuencia, el abismo entre ambos alcanzó proporciones insondables.

Acompañado por un estado mayor de faquíes y santones, Yuçuf desembarcó en Algeciras al frente de un ejército aguerrido, y, pasando por Sevilla, se dirigió a Badajoz, mientras Alfonso VI salía a combatirle con una gran hueste reforzada por Sancho Ramírez de Aragón. El encuentro tuvo lugar en Zalaca o Sagrajas a menos de tres leguas de Badajoz, el 23 de octubre de 1086, y terminó con un espantoso desastre para los cristianos.

Después de este grave quebranto, la España cristiana pudo resistir el empuje de los almorávides apoyándose en tres baluartes: Toledo, Valencia y Aledo, estos dos últimos enclaves en territorio musulmán. Mientras el rey Alfonso cosechaba desastres en su lucha contra los almorávides y antes había exasperado a los taifas con la política de parias, sin preocuparse previamente de apoderarse de las llaves del Estrecho para impedir las invasiones africanas, un desterrado por él, Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, logró organizar victoriosamente la defensa del Levante peninsular (intervención en Valencia), en sus denodados esfuerzos para imponer la hegemonía castellana.

En su tercera campaña por tierras de España, el almorávide Yuçuf africanizó el Andalus y sometió a los reinos de taifas a su autoridad, mientras Alfonso VI veía frustradas sus ambiciones de apoyarse en los taifas contra los temibles invasores africanos. En manos de éstos habían caído ya dos de las tres fortalezas que detenían su avance: Aledo y Valencia. Ahora tocaba el turno a la tercera, Toledo, que defendía la línea del Tajo. En efecto, el nuevo emir almorávide, Alí ibn Yuçuf, vino a España y encargó a su hermano Tamin que reanudara la guerra santa contra los cristianos. En 1108, éste logró expugnar la plaza fuerte de Uclés, en la frontera del Tajo, y derrotar a un ejército cristiano al mando del único hijo varón del rey, Sancho. La rota de Uclés resultó un gran desastre para Alfonso VI, porque no sólo perdió a su hijo, el mentado Sancho, sino que tuvo que presenciar como se derrumbaba la zona cristiana del Sur del Tajo y los almorávides se

apoderaban de Uclés, Huete, Ocaña y Cuenca. Sólo un gran esfuerzo, en el que cooperaron todos los magnates del reino, permitió salvar la plaza de Toledo. Poco después moría Alfonso VI (1109), sucediéndole su hija Doña Urraca, viuda del conde de Borgoña, Raimundo, y casada en segundas nupcias con el rey de Aragón Alfonso I el Batallador.

Navarra y Aragón en el siglo XI. Con arreglo al derecho público navarro, Sancho el Mayor designó a su hijo primogénito, García Sánchez III (1035-1054), como su sucesor en el reino de Pamplona, acrecentado con las comarcas de la Rioja y las tierras ganadas a Castilla, desde las inmediaciones de Santander a las de Burgos. García auxilió a su hermano Fernando I de Castilla en su lucha con el leonés Vermudo III (batalla de Tamarón, 1037) y en 1045 se adueñó de la plaza musulmana de Calahorra. Sin embargo, era inevitable la lucha con Castilla desde el momento en que ésta iniciaba su política de proteger el flanco oriental de la Meseta, que, a su vez, implicaba la adopción de una política imperialista hasta el Ebro. Rotas las hostilidades, García Sánchez III fue derrotado y muerto en Atapuerca (1054). En el mismo campo de batalla fue proclamado rey de Pamplona su hijo, Sancho IV, quien tuvo que reconocer la supremacía política de su tío, el emperador leonés, y cederle el NO. de la Bureba.

Sancho IV (1054-1076), tuvo que defenderse de las presiones expansivas de Castilla. En 1067 invadió su reino Sancho II, lo que motivó el auxilio aragonés de Sancho Ramírez a Navarra. La guerra de los tres Sanchos, valió a Castilla la incorporación de los Montes de Oca, la Bureba y la plaza fronteriza de Pancorbo. En 1076, un suceso inesperado provocó la desmembración del reino navarro. En efecto, Sancho IV cayó asesinado en Peñalén –un despoblado entre Funes y Villafranca– víctima de la conjura de su hermano menor, Ramón, y de algunos magnates de la corte. Entonces los barones del país se dividieron en dos partidos, que patrocinaban, respectivamente, las candidaturas del leonés Alfonso VI y del aragonés Sancho Ramírez. Este fue reconocido como rey de Navarra; pero aquél obtuvo la anexión de la Rioja y de las provincias vascongadas.

Sancho el Mayor de Navarra hizo donación a su hijo bastardo Ramiro de un territorio más extenso que el primitivo condado aragonés, puesto que incluía todos los territorios comprendidos entre Vadoluengo y Matidero, es decir, "el viejo Aragón, el valle de Tena, la comarca del Gállego con los valles de su cuenca, Bailo, Pintano y valle del Onsella, entre el río Aragón y el borde de las sierras subpirenaicas, más las tierras de frontera entre el Aragón y el Alcanadre".

Ramiro I (1035-1063) acrecentó sus dominios con la anexión de los condados de Sobrarbe y Ribagorza al morir su hermano Gonzalo en 1045. En guerra con su hermano, García de Navarra, Ramiro puso sitio a Tafalla, pero vióse obligado a retirarse, y al intentar ampliar sus dominios a costa de los musulmanes fue derrotado y muerto en Graus (1063). Le sucedió su hijo, Sancho Ramírez (1063-1094), rey también de Navarra desde 1076, según ya hemos dicho. Uno de sus primeros actos consistió en asumir la soberanía de la plaza de Barbastro, conquistada en 1064 por un ejército de cruzados al mando del gonfalonero del papa Alejandro II, el normando Guillermo de Montreuil. En 1071, en una ceremonia religiosa celebrada en el monasterio de San Juan de la Peña, Sancho

Ramírez hizo pública su decisión de sustituir el rito mozárabe por el romano. Este monarca se apoderó de las plazas de Ayerbe, Graus y Monzón, y murió mientras sitiaba Huesca en 1094, después de haber cooperado activamente en la defensa del Oriente peninsular contra los almorávides.

Pedro I (1094-1104) prosiguió el cerco de Huesca, que cayó en 1096, después de haber derrotado a los musulmanes en Alcoraz. Con ello se abría el camino de Zaragoza a la actividad reconquistadora del reino navarro-aragonés.

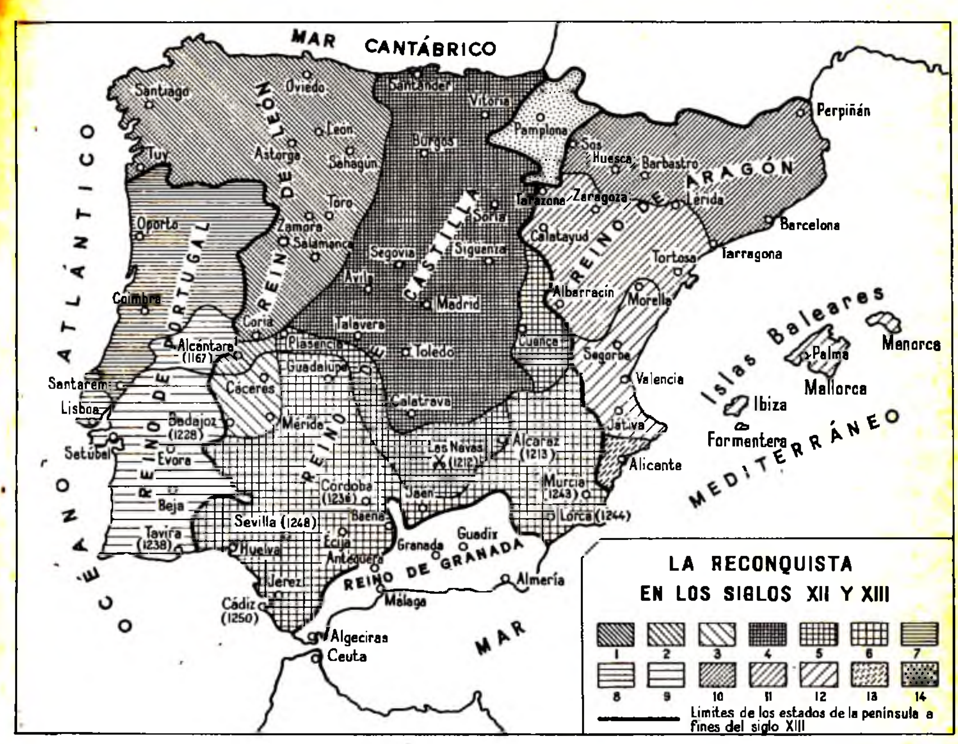
Cataluña. En los condados catalanes, la época de Ramón Berenguer I el Viejo (1035-1076) registra la rápida evolución hacia la supremacía del de Barcelona. Como los demás soberanos peninsulares, Ramón Berenguer practicó una política de parias e hizo progresar la Reconquista, apoderándose de vastos territorios al Sur de la línea de Montsec —región de Camarasa-Pilzán, en la cuña formada por el Cinca y los Nogueras Pallaresa y Ribagorzana. La política ultrapirenaica del condado recibió un fuerte impulso gracias a los matrimonios del conde con Isabel de Beziers y Almodis de la Marche, y a la adquisición de territorios en los condados de Carcasona y de Razés. Hacia 1064, Ramón Berenguer I promulgó el famoso código de los *Usatges* de Barcelona, que definió el carácter social y jurídico del país, consumada ya la separación del imperio carolingio.

En virtud de las disposiciones testamentarias de Ramón Berenguer I, el condado recaía, conjuntamente, en sus hijos gemelos Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II, entre los cuales estalló muy pronto la discordia. En una jornada de caza, fue hallado el cadáver de Ramón Berenguer, en las inmediaciones de Hostalrich (1082). Se sospechó de Berenguer Ramón, quien ha recibido de la Historia el apelativo de Fratricida. El conde asesinado es conocido con el sobrenombre de *Cap d'Estopa*, por su abundante cabellera rubia.

Una vez solo en el poder, Berenguer Ramón vivió en continuas luchas contra los musulmanes, aliándose con el rey de Lérida, Tortosa y Denia contra los de Zaragoza y Valencia. En dos ocasiones fue hecho prisionero por el Cid. Luego, vencido en un duelo judicial celebrado en presencia de Alfonso VI por algunos nobles catalanes que querían vengar la muerte de Ramón Berenguer II, el Fratricida desapareció del condado (1097) y se dirigió a Tierra Santa, donde murió después de sostener varias luchas contra los infieles. Le sucedió su sobrino Ramón Berenguer III, hijo del *Cap d'Estopa* y de Mafalda, hija de Roberto Guiscardo, príncipe normando de Sicilia.

El imperio de Alfonso VII. Pocos meses después de morir Alfonso VI (1109), se celebró el matrimonio de su hija Urraca con el rey de Aragón Alfonso I el Batallador, que los cronistas castellanos calificarían, más tarde, de "malditas y descomulgadas bodas". En efecto, la anarquía nobiliaria, el imperialismo borgoñón de los cluniacenses y las continuas desavenencias entre los esposos, que acabaron por separarse en 1114, condenaron al fracaso los planes de integración peninsular que el matrimonio entre los reyes de Castilla-León y Aragón y Navarra había suscitado.

La anarquía de la época tuvo un interesante reflejo en la oposición de las nacientes clases burguesas y de los caballeros villanos, contra la nobleza. En



1. El reino de León a la muerte de Alfonso VI (1109). – 2. Progresos de la reconquista leonesa hasta la muerte de Fernando II (1188). – 3. Progresos de la reconquista leonesa en tiempo de Alfonso IX (1188-1230). – 4. El reino de Castilla a la muerte de Alfonso VI (1109). – 5. Progresos de la reconquista castellana hasta la muerte de Alfonso VIII (1214). – 6. Progresos de la reconquista castellana hasta la muerte de Alfonso X (1284). – 7. El reino de Portugal a principios del siglo XII. – 8. Progresos de la reconquista portuguesa en el siglo XII. – 9. Progresos de la reconquista portuguesa en el siglo XIII.– 10. Aragón y Cataluña a principios del siglo XII. – 11. Progresos de la reconquista catalanoaragonesa hasta la muerte de Pedro II (1213). – 12. Progresos de la reconquista catalanoaragonesa en tiempo de Jaime I (1213-1276). – 13. Territorio incorporado a la Corona de Aragón por Jaime II en 1304. – 14. Reino de Navarra.

general, las primeras, tanto en Castilla como en Galicia –donde se rebelaron contra el señorío de Diego Gelmírez–, secundaron los planes del Batallador. Este derrotó a las huestes de su esposa y de la nobleza castellana en Candespina, cerca de Sepúlveda (1110) y se impuso en Viadangos, entre Astorga y León (1111) a los magnates gallegos que después de haber proclamado rey de Galicia a Alfonso Raimúndez, hijo del primer matrimonio de la reina, querían apoderarse de León y Castilla. Pero poco tiempo después –1114– el Batallador se desentendió definitivamente de los asuntos castellano-leoneses para concentrar su actividad en la reconquista del valle del Ebro.

Los doce años transcurridos entre la retirada de Alfonso I el Batallador y l muerte de Doña Urraca (1114-1126) están dominados por las luchas entre l reina, su hijo, Alfonso Raimúndez, Diego Gelmírez y los condes de Portugal Enrique y Teresa –hermana de Urraca–. Estos últimos, como veremos, aprovechan la situación anárquica para afirmar su independencia. Después de una lucha de los burgueses gallegos contra el poder de Gelmírez, al fin de la cual éste obtuvo, por concesión de Doña Urraca, el señorío de toda Galicia, la muerte de la reina en Saldaña (8 de mayo de 1126), abrió el camino a su hijo, Alfonso Raimúndez, es decir, Alfonso VII.

Alfonso VII (1126-1157) logró superar momentáneamente la crisis en que se debatió la Meseta en el primer cuarto del siglo XII, y en 1135, en el apogeo de su poder, convocó una curia en León, en la que fue coronado como *imperator Hispaniae*. Era el canto de cisne del imperio medieval español, en el que ahora se fundían la tradición leonesa, el vasallaje aragonés por Zaragoza y el deseo de contrarrestar las aspiraciones ecuménicas de Federico Barbarroja de Alemania. El ocaso del mismo se hizo patente con la independencia portuguesa y la sancionó el propio Alfonso VII al proceder al reparto de sus Estados entre sus hijos. Al lado de la idea imperial, el esfuerzo por el equilibrio peninsular tuvo su paladín en Ramón Berenguer IV. En 1137, por el pacto de Carrión, éste prestó vasallaje a Alfonso VII por el *Regnum Caesaraugustanum* (conquistas del Batallador en el valle del Ebro), mientras el emperador aragonés renunciaba al imperialismo castellano hasta el Ebro. Y en 1151, el tratado de Tudillén, entre ambos, delimitaba las futuras zonas de reconquista de ambas monarquías.

Alfonso VII realizó varias conquistas por los valles del Guadiana y del Guadalquivir, y, en 1147, con el auxilio de Ramón Berenguer IV, logró apoderarse del puerto de Almería. Sin embargo, la dominación almohade logró esterilizar sus esfuerzos. Al morir Alfonso VII en 1157, los príncipes francos y feudales regularon la sucesión de sus reinos. Su hijo primogénito, Sancho, recibió Castilla y Toledo, y el segundo, Fernando, León y Galicia. Esta división implica el rápido ocaso del imperio leonés.

La reconquista del valle del Ebro y la formación de la Corona de Aragón. El reinado de Alfonso I el Batallador (1104-1134) dio un gran impulso a la expansión aragonesa. Militar de vocación, el Batallador estaba inflamado por el espíritu de cruzada y soñaba con expulsar a los musulmanes de Occidente y abrir el camino marítimo hacia Jerusalén. Las operaciones contra Zaragoza comenzaron a principios de 1118, y en ellas intervinieron, además de las huestes del rey, contingentes francos al mando de Gastón de Bearn y de Céntulo de Bigorra; tropas castellanas, navarras y vizcaínas, con el señor de Vizcaya, Diego López de Haro; y efectivos catalanes con el conde Ramón de Pallars. La ciudad se rindió a fines de 1118 y el Batallador se preocupó en seguida de la repoblación cristiana de las nuevas tierras conquistadas. Al año siguiente cayeron en sus manos Tarazona, Borja, Ricla y Epila. En 1120, después de derrotar en Cutanda a un ejército almorávide, ocupó Daroca, Calatayud y la orilla derecha del Ebro, fundando la población fortificada de "Mont Regal" (Monreal).

Disgustados por la intransigencia almorávide, los mozárabes de Granada

pidieron auxilio al Batallador, quien realizó una atrevida expedición por Al-Andalus, logrando derrotar a los almorávides en Arnisol, cerca de Lucena. Al regresar a Aragón se le unieron muchos mozárabes, que contribuyeron a repoblar el valle del Ebro. Como represalia, los almorávides deportaron al Norte de Africa a otros mozárabes de Al-Andalus. Después de haber realizado una incursión por el *Midi* francés, el Batallador reanudó sus empresas en el valle del Ebro. Mientras sus huestes hacían incursiones por las riberas del Cinca y el Segre, hacia Lérida y Mequinenza, él puso sitio a Fraga (1133). Una vigorosa reacción almorávide le obligó a retirarse. Con su muerte (1134) desaparecía uno de los más caracterizados cruzados de la Cristiandad occidental.

Nada demuestra tanto los fervores de cruzado de Alfonso I como sus disposiciones testamentarias. Falto de descendencia y dado el carácter monacal de su hermano Ramiro, legó sus Estados a las Ordenes fundadas en Jerusalén después de su conquista por los cristianos: la del Santo Sepulcro, la del Hospital de San Juan y la del Temple. Sin embargo, ni los navarros ni los aragoneses estuvieron dispuestos a acatar el testamento, en contra de las reiteradas exhortaciones de la Santa Sede. La crisis sucesoria provoca la separación de Navarra y Aragón, la reivindicación del imperialismo castellano hacia el Ebro por Alfonso VII —ocupación de Zaragoza, según ya hemos dicho— y, de rechazo, la formación de la Corona de Aragón, con la unión catalano-aragonesa. Mientras los navarros eligieron por rey a García Ramírez, el Restaurador, nieto de García Sánchez III y del Cid Campeador (1134-1150), los aragoneses proclamaron a Ramiro II el Monje (1134-1137).

Elevado al trono condal en 1096 y muerto en 1131, Ramón Berenguer III el Grande dio repetidas muestras del ideal de cruzada que presidía la actividad de la reconquista pirenaica, en contraste con la anarquía nobiliaria, característica del reino castellano-leonés durante la época de Doña Urraca. El conde barcelonés resistió el empuje de los almorávides y aumentó sus dominios con los condados de Besalú y Cerdaña. Junto con una escuadra pisana, emprendió una cruzada contra las Baleares; pero la conquista del archipiélago fue momentánea. En guerra contra los almorávides, para lo cual había obtenido una bula de cruzada del Papa, fue derrotado en la batalla de Corbins (1124). En su política ultrapirenaica, Ramón Berenguer III logró anexionarse parte del condado de Provenza. En los últimos años de su vida, el conde barcelonés pactó alianzas con Alfonso el Batallador y con Alfonso VII, quien casó con su hija Berenguela; patrocinó la restauración de Tarragona, que cedió en feudo a San Olegario, obispo de la ciudad; y firmó un tratado de comercio con Génova. A su muerte heredó los condados de Barcelona, Ausona, Gerona, Besalú y Cerdaña, el primogénito, Ramón Berenguer IV, y el de Provenza, el hijo segundo, Berenguer Ramón.

Ya hemos advertido que la unión de Aragón y Cataluña (1137, matrimonio de Ramón Berenguer IV con Petronila, heredera de Ramiro II el Monje) fue la consecuencia de la presión castellana en el valle del Ebro en la crisis suscitada por la herencia del Batallador. Ramón Berenguer gobernó en Aragón por renuncia de Ramiro y no tomó el título de rey, sino el de *príncipe y dominador de Aragón.*

Los vértices de la política de Ramón Berenguer IV (1131-1162) fueron Navarra, la Reconquista y Provenza. En cuanto al primero, Ramón Berenguer

quiso incorporar de nuevo Navarra a Aragón, aunque la necesidad de contar con Alfonso VII de Castilla hizo que pactara con éste el reparto de dicho reino. Estos proyectos fracasaron, y Navarra, con García Ramírez, logró triunfar de la presión castellana y catalanoaragonesa. Por lo que se refiere al segundo, es decir, a la Reconquista, Ramón Berenguer tomó parte activa en la toma de Almería y logró apoderarse del valle inferior del Ebro (Tortosa, Lérida y Fraga, 1148-1149). Poco después expulsó a los musulmanes de sus últimos reductos en el principado de Cataluña: las montañas de Prades y Ciurana. Por el tratado de Tudillén (1151) delimitó con Alfonso VII las futuras zonas de influencia en la Reconquista.

El tercer vértice –Provenza– proporcionó notables éxitos a Ramón Berenguer IV en su política ultrapirenaica, en el transcurso de la cual se dibujó una aproximación entre la corona catalanoaragonesa, Inglaterra y el Imperio alemán.

Castilla y León en la segunda mitad del siglo XII. Vimos ya como al morir Alfonso VII en 1157 Castilla y León se separaron de nuevo con los hijos y herederos de aquél: Sancho y Fernando. El reinado de Sancho III el Deseado en Castilla (1157-1158) se caracterizó por los pleitos fronterizos con Navarra y León, y, sobre todo, por un ataque de los almohades al castillo de Calatrava, de cuya defensa se encargaron, con éxito, Fray Raimundo, abad de Fitero, y Fray Diego Velázquez. De esta hazaña surgió la Orden Militar de Calatrava. Sancho III ratificó con Ramón Berenguer IV el tratado de Tudillén y zanjó las disputas con su hermano Fernando II de León por el pacto de Sahagún, en virtud del cual ambos monarcas acordaron el reparto del reino de Portugal, que se proponían conquistar, y delimitaron sus respectivas esferas de influencia en la Reconquista.

La prematura muerte de Sancho III en 1158 dejó la Corona de Castilla a su hijo Alfonso, cuya minoría vióse perturbada por las luchas nobiliarias. Alfonso VIII (1158-1214), auxiliado por Alfonso II de Aragón, arrebató a los almohades la plaza de Cuenca. Entonces, el rey de Castilla eximió al de Aragón y a sus sucesores del vasallaje que prestaban a Castilla por el *Regnum Caesaraugustanum*. Dos años después, reunidos ambos soberanos en Cazorla (Jaén), firmaron un nuevo tratado de delimitación de las respectivas zonas de Reconquista. Por el tratado de Cazorla (1179), Castilla reconocía a Aragón la conquista del país valenciano hasta el puerto de Biar (Alicante), es decir, de los territorios que en la centuria siguiente ocuparía Jaime I. De los acontecimientos posteriores del reinado de Alfonso VIII nos ocupamos más adelante.

En León, los reinados de Fernando II (1157-1188) y Alfonso IX (1188-1230), se caracterizan por las luchas con Castilla y Portugal, y los avances de la Reconquista –Cáceres, Mérida, Badajoz y Elvas–. Cabe destacar la curia de 1188, en la que por vez primera intervinieron los burgueses o ciudadanos, lo que dio origen a las Cortes.

En la segunda mitad del siglo XII adquirieron mucha importancia, en la lucha contra el Islam, las Ordenes militares, asociaciones de monjes-caballeros que surgieron en Oriente con las Cruzadas, por influencia del "ribat" islámico.

La primera Orden Militar que se constituyó fue la de Calatrava, por los motivos ya estudiados (1158). En 1164 surgió en la frontera portuguesa del reino

de León la Orden de San Julián del Pereiro, que después cambiaría su nombre por el de Alcántara. Seis años después nació en Cáceres la Orden de Santiago. En la Corona de Aragón se fundó, durante el reinado de Pedro II el Católico, la Orden de San Jorge de Alfama y, en la primera mitad del siglo XIV, con la supresión de los Templarios, la de Montesa. Todas estas Ordenes poseyeron grandes señoríos.

Institución cristiano-islámica, como las ha definido Américo Castro, las Ordenes Militares, sobre todo las castellanas de Calatrava, Santiago y Alcántara ocuparon el primer plano de la Historia como fuerza militar y política. "Nacieron animadas por una religiosidad a la vez espiritual y bélica; convirtiéronse desde el siglo XIV en una institución más política que religiosa, y sus extensas propiedades les otorgaron un poder que mermó el de la realeza". La potencialidad económica de las Ordenes Militares perduró hasta comienzos del siglo XIX.

Los problemas de Navarra. En la época a que nos referimos, continuaron las discordias entre Navarra y Castilla acerca de la Rioja. Sancho VI el Sabio (1150-1194), sucesor de García Ramírez, vio fracasados sus esfuerzos encaminados a la recuperación de dicho territorio, según ya hemos apuntado. Más afortunado fue en su política interior, en la que impulsó el desarrollo cultural del país –de ahí su epíteto de Sabio– y concedió fueros a Estella y a San Sebastián.

Su hijo y sucesor, Sancho VII el Fuerte (1194-1234), para contener la presión castellanoaragonesa contra su reino (tratado de reparto de Calatayud, 1198), buscó el auxilio de los almohades. A pesar de ello, vióse obligado a ceder a Alfonso VIII los territorios de Alava y Guipúzcoa. Posteriormente, Sancho VIII, olvidando el pasado, colaboró activamente en la cruzada cristiana de las Navas de Tolosa.

Los almohades: las Navas de Tolosa. La progresiva afirmación del dominio almohade en Al-Andalus, plenamente consolidado hacia 1172, implicó un serio peligro para los Estados cristianos. Era de esperar, en efecto, que una vez reunificada la España musulmana los almohades intentarían una gran acometida contra los cristianos del Norte.

En 1195, el califa almohade Abu Yusuf Yaqub Al-Mansur, desembarcó en Tarifa al frente de un poderoso ejército y proclamó la guerra santa contra los cristianos. Alfonso VIII de Castilla y Alfonso IX de León, que acababan de firmar la paz de Tordehumos, reunieron sus huestes y se pusieron en camino para salirles al paso. Arrojándose con precipitación sobre los musulmanes, Alfonso VIII sufrió una severa derrota en Alarcos (19 de julio de 1195), que a su vez fue la última gran victoria de los africanos en los campos de batalla de España.

La derrota de Alarcos agudizó las diferencias entre los Estados cristianos, hasta que las enérgicas gestiones del papa Inocencio III comenzaron a sentar las bases de una gran cruzada cristiana contra los almohades, paralela a la que el pontífice preparaba contra los albigenses del Sur de Francia.

La conquista de Salvatierra por los almohades en 1211 precipitó los acontecimientos. En efecto, el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Ximenez de Rada, gestionó en Roma las letras apostólicas necesarias para predicar la Cruzada en Occidente, mientras Alfonso VIII fijó en Toledo el punto de reunión de los

cruzados y de las huestes hispánicas. A su vez, el califa almohade Abu Abd Allah Muhammad al-Nasir (el "Miramamolin" de los cristianos), concentró un gran ejército en Sevilla. El gran choque tuvo lugar el 16 de julio de 1212 en la meseta de las Navas de Tolosa, en la actual provincia de Jaén, y terminó con una aplastante victoria de las huestes cristianas.

El imperio pirenaico catalano-aragonés y el desastre de Muret. Prosiguiendo antiguas tendencias, cuyo precedente más remoto cabe buscar en la *civitas Convenarum* de los romanos para enlazar la cuenca del Ebro con la del Garona (Aquitania), Alfonso II (1162-1196) puso en marcha una política de vastos alcances, encaminada a señorear el *Midi* francés desde Bearne al Languedoc. Como frutos de esta política, logró asentar su dominación en Provenza, Rosellón, Foix, Bigorra, Bearne, Beziers-Carcasona, Nimes, Montpellier y Carlat. Este imperio pirenaico fue incrementado por su hijo, Pedro II el Católico (1196-1213), en cuyo reinado alcanzó su mayor efectividad. Pero la hostilidad de los condes de Tolosa, detrás de los cuales actuaba la monarquía francesa, y la difusión de la herejía de los albigenses, con la Cruzada de Inocencio III, se encargaron de arruinar en pocos años la expansión ultrapirenaica de la Corona de Aragón.

Fruto de la exaltación religiosa de los siglos XI, XII y XIII, los albigenses o cátaros, esto es, puros, constituyeron una desviación heterodoxa del ideal hacia una vida interior de mayor perfección. De origen oriental, los cátaros sostenían el principio maniqueo de la divinidad dual –un Dios bueno y un Dios malo– y en su radicalismo moralístico negaban los principales dogmas del Cristianismo. Para los iniciados o perfectos, era indispensable un ascetismo fanático y exacerbado. La masa de los creyentes, en cambio, debía contentarse con imitar la conducta de los perfectos. Una especie de bautismo administrado en la hora de la muerte, el "consolamentum", aseguraba la eterna salvación de los devotos.

La cruzada pontificia acaudillada por Simón de Monfort contra los albigenses, colocó a Pedro II en situación comprometida. En efecto, al amparo de la cruzada, la monarquía francesa iba afirmando su posición en el *Midi*, lo que implicaba el hundimiento del imperio catalanoaragonés. Por ello, Pedro II no tuvo más opción que jugárselo todo en una sola carta, en apoyo de sus vasallos combatidos por los cruzados. Con su derrota y muerte en Muret (1213), el imperio transpirenaico cayó en mil pedazos. En 1258, como veremos, Jaime I dio la sanción oficial al abandonismo con el tratado de Corbeil. Fracasado el sueño occitánico, las energías de la corona de Aragón se encauzaron en la dirección del Mediterráneo, de las Baleares a la península helénica.

Portugal: de condado a reino. A fines del siglo XI, Alfonso VI cedió a su hija Teresa, casada con Enrique de Lorena, los territorios del Norte de la Lusitania con varias ciudades –Braga, Coimbra, Porto, Viseo y Lamego–. Todo ello formó un condado, feudatario del reino de León y Castilla. Las discordias de la época de Doña Urraca permitieron a Enrique y Teresa actuar como soberanos independientes, aunque cuando las circunstancias lo imponían reconocieran la soberanía castellanoleonesa. Así lo hizo el hijo y heredero de ambos, Alfonso Enríquez (1128-1185), respecto de Alfonso VII. La batalla de Ourique (1138),

ganada a los moros, ha sido considerada tradicionalmente como la base de la independencia portuguesa. Sin que pueda precisarse la fecha, Alfonso Enríquez tomó el título de rey, aunque reconociéndose vasallo de León (Zamora, 1143). Transferido luego este vasallaje a la Santa Sede, en 1179 el papa Alejandro III le ratificó el título de rey. Alfonso Enríquez luchó contra los almorávides y logró rebasar la línea del Tajo, ocupando Lisboa, Evora y Beja. Su hijo, Sancho I (1185-1211), prosiguió la obra paterna y fue llamado *El Poblador*. Alfonso II (1211-1223), amante de las prerrogativas del trono, se enfrentó con la nobleza eclesiástica del reino y sostuvo frecuentes conflictos con Alfonso IX de León.

IV

LAS MONARQUIAS DE OCCIDENTE

Consideraciones generales. Desde la segunda mitad del siglo XI –conquista normanda de Inglaterra, superación del epigonismo carolingio por Felipe I en Francia– a comienzos del siglo XIII –triunfo de los Capetos contra los albigenses del *Midi* y sobre la coalición anglogüelfa en Bouvines, reacción aristocrática en Inglaterra–, ambas monarquías de Occidente afirmaron paulatinamente la supremacía del Estado sobre el feudalismo y, según la certera expresión de Petit Dutaillis, "vivieron en simbiosis". En efecto, los reyes de Inglaterra, a raíz de la conquista de 1066, fueron de origen normando y angevino y hablaban francés; Enrique II y sus hijos gobernaron un gran imperio que se extendía de Escocia a los Pirineos. Ello explica la rivalidad entre Francia y el conglomerado angloangevino, cuyas luchas dieron un matiz esencialmente particularista a los destinos de la Europa occidental, en el momento en que las potencias universales –el Imperio y el Papado– se esforzaban para volcar en Oriente, en las Cruzadas, la fuerza mancomunada de la Cristiandad. Esta tendencia particularista es paralela a las nuevas condiciones sociales y económicas del siglo XII en el Occidente europeo, que a su vez provocaron la decadencia de la hegemonía política del Sacro Imperio, fundada en una concepción territorial y continental.

Inglaterra comenzó a salir de su aislamiento en vísperas de la conquista normanda. País de fondo céltico, sin una romanización profunda, recibió muchas influencias anglosajonas y escandinavas que provocaron su germanización. En su organización interna cabe citar las vigorosas instituciones locales –hundred, wapentake, shire, sheriff– cuyos rasgos perduran en nuestros días y que tuvieron gran importancia en el transcurso de toda la Edad Media.

La conquista normanda de 1066 fue "uno de los cambios más radicales que jamás haya experimentado un país". Guillermo el Conquistador fundó la nueva dinastía a base de una estrecha alianza con la Iglesia y en un régimen de feudalismo militar, mientras procedía a la *amalgama* de ciertas instituciones normandas con las anglosajonas. Su obra fue continuada, en la centuria siguiente, por Enrique I y Enrique II. A fines del período que estudiamos, el hundimiento del imperio angevino en Bouvines contribuyó a plantear un grave conflicto constitucional, presidido por la reacción aristocrática que arrancó de Juan Sin Tierra la Carta Magna de 1215.

La afirmación del poder monárquico comenzó a ponerse de relieve en Francia durante los reinados de Luis VI y Luis VII. Sin embargo, el gran artífice que presidió la transformación de Francia en una gran potencia fue Felipe Augusto. La época de éste marca, en el interior, el neto predominio de la

monarquía sobre el abigarrado conjunto de señoríos que rodeaban el dominio real. En el orden internacional, Felipe Augusto logró el triunfo de Francia sobre el imperio angevino y sus aliados flamencos y güelfos en Bouvines, mientras los poderosos núcleos del *Midi* se veían obligados a inclinarse ante París después de la aventura de los albigenses.

La Inglaterra normanda. Con el apoyo de las potencias universales —Pontificado e Imperio—, de Dinamarca y de Flandes, según se ha dicho en el lugar correspondiente, el duque Guillermo de Normandía se apoderó del trono de Inglaterra en la batalla de Hastings (14 de octubre de 1066). Este acontecimiento, lentamente preparado por la penetración pacífica de los normandos en Inglaterra durante la época de Eduardo el Confesor, donde ocuparon cargos importantes en la Iglesia y en la administración,cambió el rumbo de la Historia occidental. Con la conquista, se establecieron, además, en Inglaterra muchos flamencos y gentes procedentes de Picardía y Bretaña.

El período normando, comprendido entre la batalla de Hastings y el advenimiento de la nueva dinastía de los Anjou-Plantagenet (1066-1154), se caracteriza por profundas perturbaciones. En él tuvo su origen, sin embargo, la Inglaterra medieval, con su estructura social y las amplias facultades de que dispusieron sus monarcas. Con cierta exageración escribe Pirenne que el feudalismo normando creó en Inglaterra la primera monarquía occidental.

Guillermo el Conquistador (1066-1087) realizó la fusión de las instituciones sajonas con las normandas y ante su obra de integración, la resistencia sajona, falta de unidad, se derrumbó en poco tiempo. Ello no quiere decir que no se realizara un cambio verdaderamente revolucionario. Esta transformación tuvo una doble vertiente: la transferencia del dominio territorial a los barones normandos, a los que habían intervenido en la conquista; y la entrega del gobierno de la Iglesia nacional a los prelados normandos, acompañada por la creación del fuero eclesiástico. En el primer aspecto, el Conquistador introdujo en Inglaterra el servicio feudal de hueste a uso normando, es decir, superpuso al cuadro institucional sajón, que a través del vigoroso desarrollo de la vida local había dado una notable unidad al país, el feudalismo del Continente. Por lo que se refiere al segundo, la Iglesia anglosajona, refractaria a la reforma gregoriana, tuvo que ceder el paso a la normanda, de acuerdo con las directrices del Pontificado. Las autoridades eclesiásticas trabajaron por la reconciliación entre vencedores y vencidos. Estos últimos se vieron despojados de sus tierras, incluso los pequeños cultivadores, lo que implicó la ruina de la clase media rural.

La conquista normanda integró a Inglaterra, cuya romanización había sido muy superficial, en la órbita del continente, del Occidente europeo. El arzobispo de Canterbury y antiguo abad de Saint-Etienne de Caen, Lanfranco, en pleno acuerdo con el papa Gregorio VII, fue el principal propulsor de la occidentalización del país. Como nexo de unión actuaron poderosamente las costumbres y modas francesas trasplantadas a Inglaterra, desde la lengua a la vida monástica —cluniacenses y cistercienses—. Si la conquista normanda fue una victoria francesa lograda, como se ha dicho, con los acentos de la *Chanson de Roland*, la integración de Inglaterra en el concierto europeo acabaría por

constituir una gravísima amenaza para Francia, sobre todo cuando, agotada la dinastía normanda, ocuparía el trono de Londres otra también de origen galo, la de los Anjou-Plantagenet.

A la muerte del Conquistador en 1087, su promogénito, Roberto Courteheuse, heredó el ducado de Normandía, mientras el hijo segundo, Guillermo II el Rojo, fue coronado rey de Inglaterra (1087-1100). Este intentó rehacer la unidad anglonormanda; pero sus procedimientos despóticos, puestos en práctica por su favorito Ranulfo Flambard, amenazaron gravemente la obra paterna y comenzaron a plantear el conflicto constitucional que se agudizaría con el angevino Juan Sin Tierra. Guillermo II el Rojo murió asesinado y le sucedió su hermano –tercer hijo del Conquistador– Enrique I Beauclerc (1100-1135).

Defensor acérrimo de las prerrogativas monárquicas y de la obra de integración entre normandos y sajones que había iniciado Guillermo I, Enrique I tuvo dos objetivos básicos: fortificar el poder real y realizar de nuevo la unidad anglonormanda. Una tupida red de alianzas con Francia y los condados de Flandes, Anjou, Maine y Bretaña, le permitió emprender una vigorosa ofensiva contra su hermano Roberto Courteheuse, al que derrotó en Tinchebray y arrebató el ducado de Normandía.

Cuando podía felicitarse de haber consolidado la obra paterna, una circunstancia fortuita, la muerte de su heredero, el príncipe Guillermo, en el naufragio de la *Blanca Nave* (1120), planteó graves dificultades a Enrique I y abrió una profunda crisis en la realeza británica, no resuelta hasta el advenimiento de la nueva dinastía de los Anjou. La hija del rey, Matilde, viuda en primeras nupcias del emperador Enrique V, contrajo segundo matrimonio con Godofredo Plantagenet, de la casa de Anjou. Matilde fue reconocida heredera; pero su boda con un angevino, el enemigo hereditario, hizo que la *Empress*, es decir, la emperatriz, se convirtiera en poco grata a los normandos y sajones.

Al morir Enrique I en 1135, un nieto del Conquistador, Esteban de Blois, al precio de renegar de toda la política enérgica de los anglonormandos, consiguió detentar la corona de Inglaterra (1035-1054). Pero mientras Godofredo Plantagenet, el esposo de Matilde, se apoderaba del ducado de Normandía, la voluntariosa hija de Enrique I encendía una guerra civil en Inglaterra, adueñándose de las zonas montañosas del Norte y del Oeste del país. Como escribe Calmette, en 1140 "el Oeste era para Matilde y el Este para su primo Esteban: reparto normal, la montaña contra el llano". Por un momento la situación se inclinó en favor de Matilde –prisión de Esteban en Lincoln (1141)–; pero la esposa de éste, Matilde de Boulogne, obligó a la *Empress* a abandonar el país. La llamada "guerra de las dos Matildes" terminó por el tratado de Wallingford de 1153, seguido poco después por la muerte de Esteban de Blois, que inauguró en Inglaterra la dinastía de los Plantagenet iniciada con Enrique II, hijo de Matilde y de Godofredo. (Véanse los cuadros genealógicos I-II.)

La Francia de los primeros Capetos. Ya hemos apuntado que entre el advenimiento al trono de Hugo Capeto en 987 y los comienzos del reinado de

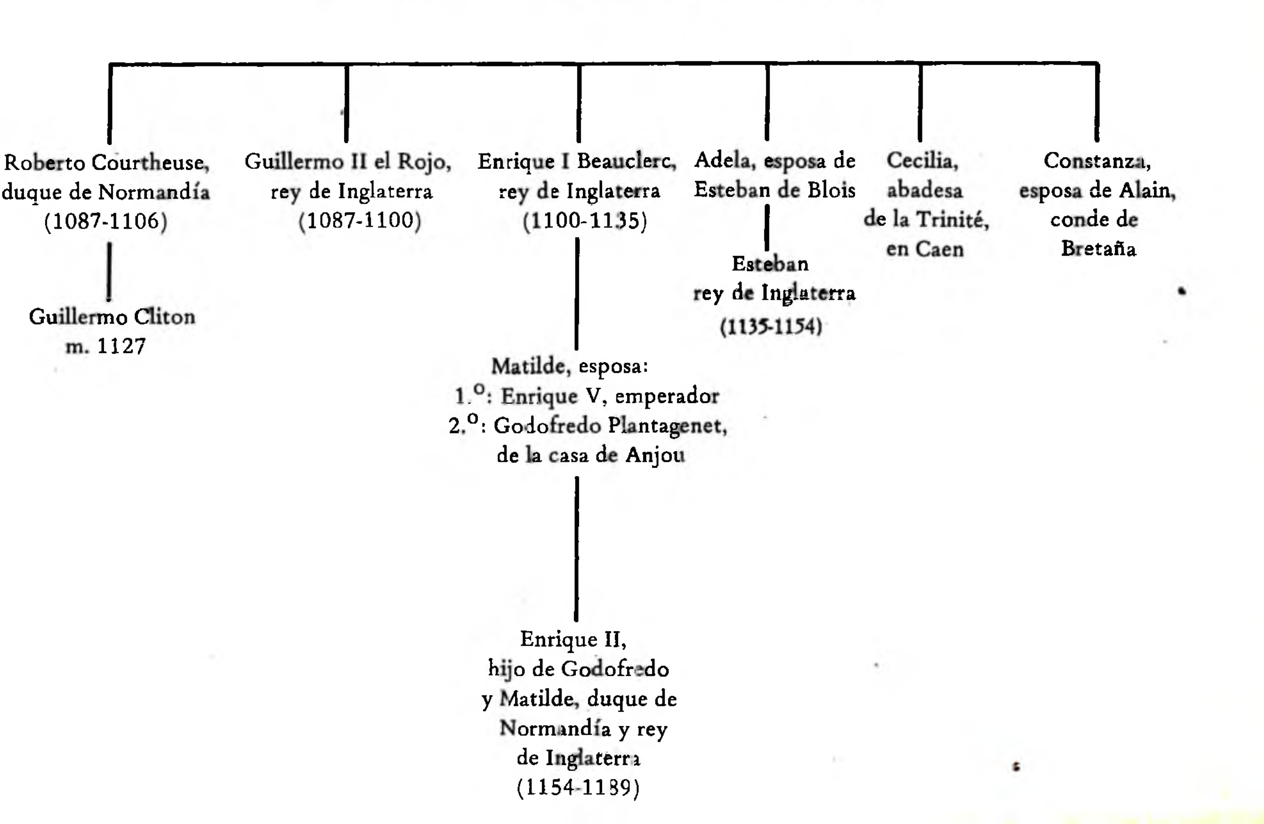
Felipe I (1060), transcurre una época que Petit-Dutaillis califica de "epígonos de la dinastía carolingia." Felipe I (1060-1108) esbozó los primeros rasgos de una administración monárquica menos confusa, en el momento en que las Cruzadas y la expansión normanda creaban problemas decisivos en Oriente y en Occidente.

Hasta fines del siglo XII, con el reinado de Felipe Augusto, Francia se caracterizaba por una gran diversidad. La realeza estaba confinada en las regiones de París y de Orleáns, rodeada por un anillo de poderosos señoríos, desde los Pirineos a Flandes. En la centuria transcurrida entre el advenimiento de Felipe I y el divorcio de Luis VII –su esposa, Leonor de Aquitania, casó después con el angevino Enrique II (1060-1152)–, Francia se debatió en medio de graves conflictos, que motivaron una marcha lenta por el camino de la renovación. Los hechos capitales del período fueron la liberación del dominio real y la influencia del *entourage* sobre el monarca.

Felipe I, glotón y sensual, hizo perder mucho tiempo a la realeza por su prodigiosa inercia. Luis V (1108-1137), mucho más enérgico, tuvo un verdadero mérito: el de haber sabido escuchar, para actuar en consecuencia, los gritos de los oprimidos en el dominio real. Luchó incansablemente contra los bandoleros, dio seguridad a los campesinos y restableció las comunicaciones entre París y el Loira. Por esta razón le cabe el mérito de haber sido el precursor de la reconstitución del Estado en el seno del régimen feudal. El rey, cuya gran originalidad consiste en haber tomado en serio la misión moral de la realeza, inauguró el camino de la Francia de los Capetos como hija primogénita de la Iglesia. En frase de Calmette, "Luis VI se coloca en el eje central de la historia de la monarquía francesa, que de Clodoveo, bautizado en Reims, pasa por Carlomango, coronado en Roma, y conduce a San Luis".

Su hijo y sucesor, Luis VII (1137-1180), príncipe mediocre, pudo proseguir la obra iniciada gracias a que el impulso de los Capetos hacia su destino ya estaba dado. Casó con Leonor de Aquitania, heredera de este ducado y famosa por su coquetería y su espíritu pagano y aventurero. El matrimonio fue desgraciado y no dio los frutos que de él podían esperarse, es decir, la anexión de Aquitania al reino de Francia. Las discordias fueron apaciguadas por el prudente abad de Saint-Denis, Suger; pero a la muerte de éste (1151) quedó abierto el camino hacia lo irreparable. En efecto, el concilio de Beaugency, al año siguiente, anuló el matrimonio a causa del parentesco canónico de cuarto grado entre los cónyuges. Leonor casó después con el gran rival de los Capetos, el angloangevino Enrique II Plantagenet.

A pesar de este grave contratiempo, el reinado de Luis VII tuvo resultados positivos. Una de sus disposiciones hizo de las flores de lis el emblema de la Casa real. La segunda mitad del siglo XII en Francia, incluidos los primeros años del reinado de Felipe Augusto, se caracteriza por tres hechos fundamentales: los progresos de la autoridad monárquica, apoyada por la burguesía; la lucha a muerte contra el imperio angloangevino; y el choque con los poderes universales, el Imperio y la Santa Sede, interesados en que todo el Occidente volcara su fuerza en las Cruzadas, donde los Capetos, ante la grave amenaza angevina, sólo podían consumir sus fuerzas en vano. Como se ha dicho antes, el forcejeo francobritánico de la segunda mitad del siglo XII y principios del XIII es una muestra del


I.– DESCENDENCIA DE GUILLERMO EL CONQUISTADOR
ORIGEN DE LOS PLANTAGENET
Guillermo I el Conquistador, casado con Matilde de Planch
Roberto Courtheuse, duque de Normandía (1087-1106)
Guillermo Cliton m. 1127
Guillermo II el Rojo, rey de Inglaterra (1087-1100)
Enrique I Beauclerc, rey de Inglaterra (1100-1135)
Matilde, esposa: 1.º: Enrique V, emperador 2.º: Godofredo Plantagenet, de la casa de Anjou
Enrique II, hijo de Godofredo y Matilde, duque de Normandía y rey de Inglaterra (1154-1189)
Adela, esposa de Esteban de Blois
Esteban rey de Inglaterra (1135-1154)
Cecilia, abadesa de la Trinité, en Caen
Constanza, esposa de Alain, conde de Bretaña

predominio de las tendencias particularistas, que quebrantaron la capacidad ofensiva de la Europa cristiana frente al Islam

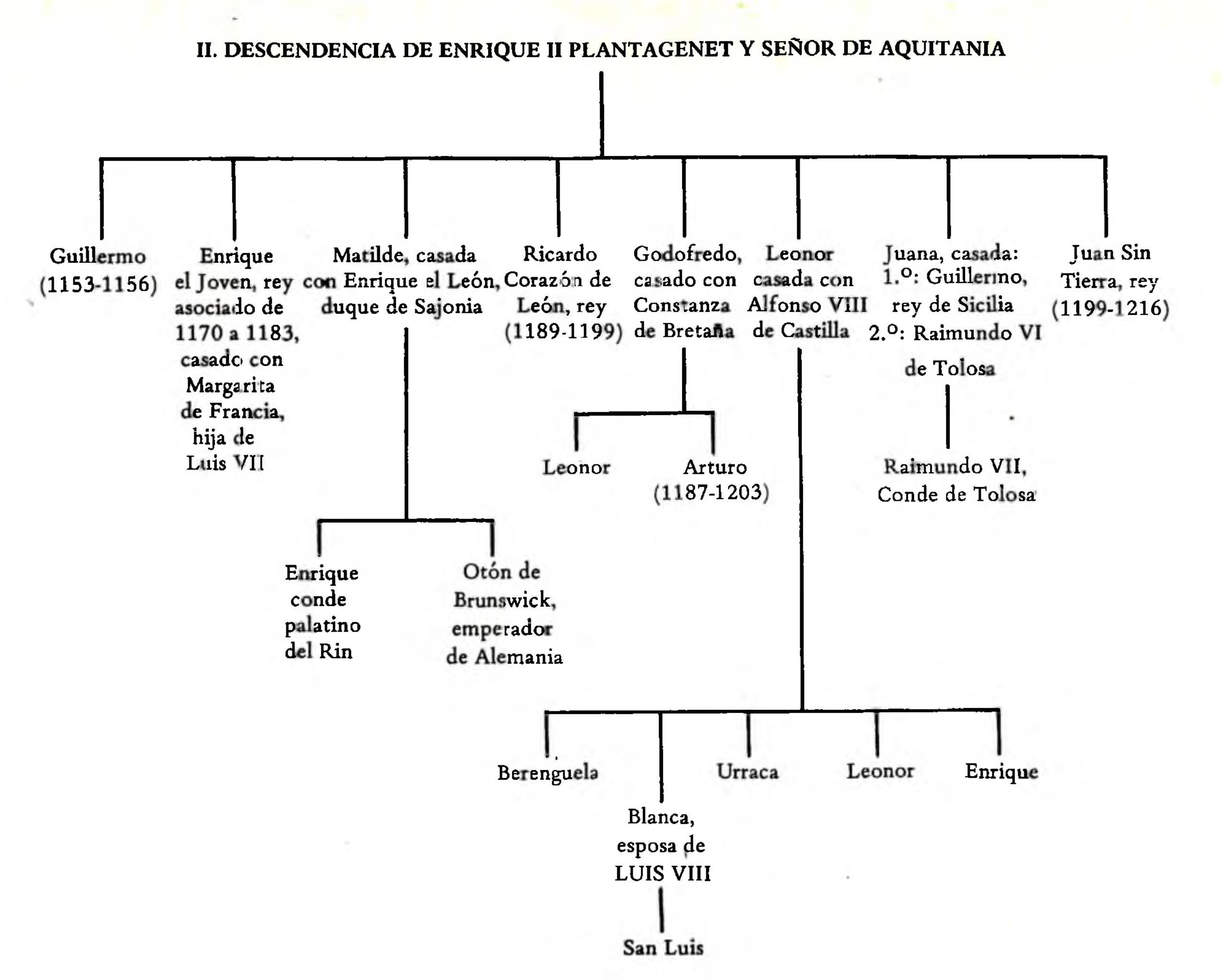
Enrique II y la fundación del imperio angevino. La casa señorial francesa de los Anjou tuvo en el siglo XII una brillante sucesión de príncipes guerreros y administradores, y fue llamada a los más altos designios por enlaces matrimoniales afortunados. En efecto, vimos como en 1154 ciñó la corona de Inglaterra Enrique II, hijo de la *Empress* Matilde y del duque Godofredo Plantagenet. En las sienes de Enrique confluyeron tres herencias: la anglonormanda, la angevina y la aquitana, esta última, por su matrimonio con Leonor, la esposa divorciada de Luis VII de Francia.

Enrique II (1154-1189), "uno de los más grandes reyes de Inglaterra y uno de los fundadores del sistema monárquico en Occidente", según Petit-Dutaillis, se sintió jefe de un imperio y actuó como tal. En Inglaterra aspiró a consolidar sus fronteras, a obtener el vasallaje de los galeses y de Escocia y a emprender la conquista de Irlanda. A pesar del cosmopolitismo que caracteriza a los angevinos, fue, sobre todo, un príncipe francés. Se ha acusado a Enrique II de aspirar al dominio universal. "Este viejo sueño romano fue el de muchos hombres de la Edad Media. Está fuera de dudas que tuvo grandes ambiciones. Quiso extender su poderío hasta las orillas del Mediterráneo y más allá de los Alpes. Los reyes normandos y los primeros Plantagenet, recurriendo al modelo carolingio, fundaron la más poderosa monarquía feudal que jamás existiera en Europa." Su hijo y sucesor, Ricardo Corazón de León (1189-1199), fue un paladín de leyenda, que se dejó captar por las seducciones del Mediterráneo y del Oriente y aspiró, incluso, a la diadema imperial de Constantinopla.

Un año bastó a Enrique II para lograr la pacificación del reino, en constante agitación durante la época de su antecesor, Esteban de Blois. La historia de un cargo, el de sheriff, en el transcurso de su reinado, nos permite asistir al tránsito de la monarquía feudal a la centralizada.

La política interior: Tomás Becket. Gracias a Enrique II y a su consejeros, buenos conocedores del Derecho romano, la monarquía inglesa fue la única potencia laica del Occidente europeo que fundó un Derecho común en el siglo XII. Las disposiciones legislativas del monarca, denominadas *Assises*, tendieron a fundir armoniosamente en un sistema jurídico el Derecho consuetudinario con las leyes recientes. Por esta razón la historiografía británica ha llamado *the periode of amalgamation* al reinado de Enrique II.

La oposición a la obra de afirmación monárquica de los normandos y angevinos, que culminaría en la reacción aristocrática contra Juan Sin Tierra, estuvo a cargo de los defensores de la inmunidad eclesiástica durante el reinado de Enrique II, y la acaudilló el arzobispo de Canterbury, Tomás Becket, antiguo colaborador y amigo del monarca. Enrique II quiso acometer una profunda revisión del estatuto jurídico de la Iglesia al objeto de someterla al derecho común. En 1164 promulgó las Constituciones de Clarendon que suprimieron las inmunidades eclesiásticas en materia de jurisdicción. Becket protestó, y después de haber pasado unos años en el exilio, fue asesinado en su propia catedral (1170).


II. DESCENDENCIA DE ENRIQUE II PLANTAGENET Y SEÑOR DE AQUITANIA
Guillermo (1153-1156)
Enrique el Joven, rey asociado de 1170 a 1183, casado con Margarita de Francia, hija de Luis VII
Matilde, casada con Enrique el León, duque de Sajonia
Ricardo Corazón de León, rey (1189-1199)
Godofredo, casado con Constanza de Bretaña
Leonor casada con Alfonso VIII de Castilla
Juana, casada: 1.º: Guillermo, rey de Sicilia 2.º: Raimundo VI de Tolosa
Juan Sin Tierra, rey (1199-1216)
Leonor
Arturo (1187-1203)
Raimundo VII, Conde de Tolosa
Enrique conde palatino del Rin
Otón de Brunswick, emperador de Alemania
Berenguela
Urraca
Leonor
Enrique
Blanca, esposa de LUIS VIII
San Luis

Este crimen de celo monárquico hizo que una parte del clero inglés, por reacción a la tiranía de los Plantagenet, formara un partido favorable a los Capetos de Francia. Al final, Enrique II tuvo que ceder ante la jurisdicción eclesiástica y reconocer los privilegios del clero, como en Francia.

La obra de Felipe Augusto en Francia. El "mayor artífice de la unidad francesa en la Edad Media", en frase de Lognon, afirmó decididamente el despertar de la monarquía capética en su largo reinado (1180-1223). Felipe Augusto llevó a cabo una profunda reorganización interna mediante la creación de los *baillis*, agentes dóciles del poder real y representantes de su tendencia centralizadora. Vigiló atentamente los acontecimientos en los señoríos feudales y aprovechó cualquier oportunidad para incrementar su influencia. Interpretando el sentido de las profundas transformaciones económicas y sociales del siglo XII, buscó la alianza de las nacientes clases burguesas y del campesinado, mientras adoptaba medidas protectoras del comercio —ferias de Champaña—. Las relaciones con la Iglesia continuaron siendo muy estrechas; pero el monarca vigiló discretamente las elecciones episcopales con el fin de que resultaran designados clérigos de su confianza. Esta labor de reorganización interna recibió su consolidación definitiva con los grandes éxitos del reinado en el Norte, contra la coalición anglo-flamenco-imperial, y en la solución del problema del *Midi* con la derrota de los albigenses.

El primer gran conflicto europeo y sus causas. Por sus tierras de ultramar, el imperio angevino de los ingleses poseía toda la fachada atlántica de Francia, desde la frontera de Flandes a la cordillera pirenaica. (Véase gráfico III.) Ello planteaba necesariamente la lucha entre ambas monarquías de Occidente, desde el momento de la conquista normanda de Inglaterra. Como escribe Calmette, "rey en Inglaterra, el normando Guillermo, continuó siendo duque y vasallo en Normandía. Esto no equivalía sólo a la ruptura de un equilibrio de fuerzas, sino que implicaba la antinomia de dos nociones. ¿Cómo admitir que en un príncipe que reunía la doble condición de rey y duque, los intereses del Estado insular serían siempre compatibles con los deberes feudales? ¿Cómo pensar que un rey se inclinaría siempre ante otro rey? Desde los acontecimientos de 1066, ningún Capeto dejará de tener su guerra inglesa".

En el duelo capetoangevino hay, desde luego, una motivación geopolítica: la incompatibilidad absoluta entre el imperio Plantagenet y la tendencia hacia la unidad de la monarquía francesa. Los Plantagenet, además, aspiraban a la hegemonía marítima, no sólo en el Atlántico europeo, sino también en el Mediterráneo —en este sentido es bien elocuente la política oriental de Ricardo Corazón de León—. Por su parte, los Capetos detentaban una envidiable posición económica en la vía comercial Italia-Países Bajos. En su política hacia la unidad territorial, Francia aspiró a arrebatar a Inglaterra sus feudos del Oeste y al Imperio los de la región lorenesa. El centro del conflicto radicó en los Países Bajos, políticamente divididos entre Francia y el Imperio, pero dependientes económicamente de la importación de lana de Inglaterra por su industria textil.

Con recursos mediocres y sin alianzas exteriores, Luis VII y su hijo Felipe



Dominio real de los Capetos



Imperio Angevino

Tierras ultramarinas del Imperio angevino y dominios de los Capetos en el siglo XII.

Augusto resistieron durante medio siglo a Enrique II y Ricardo Corazón de León. Hasta 1193, las guerras entre Capetos y Plantagenet fueron bastante frecuentes; pero en ninguno de los contendientes apareció claramente la intención de acabar con el contrario. Se batieron por el Berry, la Auvernia, el condado de Tolosa y la región normanda de Vexin, en las puertas de París. En 1193, cuando Ricardo Corazón de León fue hecho prisionero en Austria al regresar de la Cruzada, Felipe Augusto soñó con desposeer a los angevinos en provecho de su dinastía. El rey de Francia contrajo matrimono con la princesa Ingeborg, de la casa real de Dinamarca, a fin de procurarse a la vez, derechos sobre la corona de Inglaterra como heredero de Canuto el Grande, y el apoyo de la flota danesa. Luego, más realista, quiso conquistar el ducado de Normandía; pero la liberación de Ricardo se lo impidió. En 1199, el papa Inocencio III impuso una tregua.

La lucha se renovó con el nuevo monarca inglés Juan Sin Tierra, quien vióse obligado a ceder Evreux, Berry y parte del Vexin normando. Con ello, la monarquía francesa logró apoderarse de una pequeña ventana en la costa del canal. En 1200, quedó pactado el matrimonio entre el heredero de Francia, Luis VIII, y la sobrina de Juan Sin Tierra, Blanca de Castilla. Juan prestó homenaje a Felipe Augusto y le pagó una fuerte suma, tesoro que éste destinaría muy pronto para destronarle.

Bouvines. La causa primordial de la victoria de los Capetos sobre los Plantagenet consistió en la neta superioridad de Felipe Augusto sobre Juan Sin Tierra. Felipe Augusto alcanzó entonces la plenitud de su actividad y por su nuevo matrimonio con Isabel de Hainaut, de la casa de Lorena, ligó los Capetos a los carolingios. El espíritu pragmático del monarca francés no fue inaccesible a las quimeras del imperio universal. Es poco probable que Felipe soñara con arrebatar la corona imperial a Otón de Brunswick; pero estuvo obsesionado por la idea de lograr la unión entre Francia e Inglaterra. Frente a él, Juan Sin Tierra era un enfermo de psicosis periódica.

En 1202, con el pretexto de un conflicto sucesorio, Felipe Augusto citó ante su corte feudal a Juan Sin Tierra y, por felonía, pronunció sentencia de confiscación de sus feudos en Normandía y Anjou. Poco después era elegido emperador, con el apoyo de los güelfos y del papa, Otón IV de Brunswick, quien concluyó una alianza con Juan Sin Tierra. Pero Otón chocó con el papa al reivindicar la posesión de Roma en calidad de feudo del Imperio. En vista de ello, Inocencio III se acercó al rey de Francia e hizo elegir emperador al joven Federico II (1213) para enfrentarlo con Otón. Flandes decidió jugar nuevamente la carta inglesa, mientras Felipe Augusto, resuelto a un desembarco en Gran Bretaña, quiso apoderarse previamente de Brujas; pero sus naves fueron derrotadas por las angloflamencas en Damme.

Contando con la alianza del conde de Flandes, Fernando de Portugal y del emperador Otón IV, Juan Sin Tierra preparó la invasión de Francia. El emperador y el conde de Flandes debían atacar por el Norte y el rey de Inglaterra por la Guyena. Felipe Augusto fue auxiliado por el duque de Brabante, Juan I. En 1214, las tropas francesas derrotaron completamente a los imperiales en Bouvines (Flandes).

La batalla de Bouvines consagró el fin de la hegemonía del Sacro Imperio en provecho de las monarquías occidentales e inauguró la brillante etapa del siglo XIII francés. La Santa Sede también se inclinó hacia la causa defendida por los Capetos. Como escribe Pirenne, renunciando al sistema que desde Otón I consideraba a la Cristiandad sometida a los poderes asociados del papa y del emperador, la Santa Sede cerró la época histórica en el transcurso de la cual Europa apareció como una entidad teocrática, y abrió una nueva era caracterizada por la formación de las grandes monarquías. En adelante, el Sacro Imperio perderá, incluso, la ficción de universalidad que aspiraba a conservar y sobrevivirá como un vestigio de una época fenecida, en contraste con las jóvenes monarquías en cuyo seno se constituyó la civilización individualista del Occidente europeo.

El Papado impuso la paz de Chinon (1214), por la cual Francia conservó todas las adquisiciones del reinado –la mayor parte del dominio Plantagenet en Francia y el Artois– y recibió una crecida indemnización de guerra.

Los albigenses y el triunfo de los Capetos en el Midi. Frente al dominio real de los Capetos en el Norte, la Francia del Sur constituía un mundo aparte, fuertemente romanizado y con tendencias autónomas que ya se dejaron sentir en la Aquitania carolingia. Estos territorios de la lengua *d'oc*, donde floreció la poesía trovadoresca, constituían una muestra clara de la oposición entre la Francia del Norte y la del Sur. Esta oposición se centró en el terreno religioso en la época que estudiamos, como ocurriría en el siglo XVI entre el gobierno católico de París y los núcleos hugonotes del *Midi*.

En el transcurso del siglo XII, el condado de Tolosa, gracias al desenvolvimiento de los contactos con el mundo mediterráneo a consecuencia de las Cruzadas, se convirtió en el foco cultural más poderoso de Francia. En íntimo contacto con las inquietudes de las poblaciones urbanas, prendió rápidamente allí un movimiento místico de origen oriental que amenazó gravemente la unidad religiosa en Francia. Procedente de la antigua secta maniquea, que admitía el dualismo entre el bien y el mal, la herejía de los cátaros –puros– o albigenses protagonizó una reacción contra los vicios del clero y quiso volver a la pureza primitiva del Evangelio. Los cátaros se asociaron, a su vez, a un movimiento de carácter social que repudiaba toda violencia y se negaba a admitir la propiedad privada.

El impulso de este movimiento urbano, de tendencias místicas y comunistoides, ganó para su causa a los grandes señores feudales del *Midi*, entre ellos al conde de Tolosa, Raimundo VI, y, en el momento decisivo, contó con el apoyo armado del rey de Aragón, Pedro II el Católico. El papa Inocencio III organizó una cruzada para someter a los albigenses. Felipe Augusto de Francia, absorbido en su lucha contra la coalición anglo-flamenca-imperial, se abstuvo de intervenir; pero dejó hacer. En Muret (12 de septiembre de 1213), el *Midi* quedó a merced de los cruzados de Simón de Montfort y de la Francia del Norte, mientras la Inquisición, creada entonces, completaba la reducción de los focos heréticos.

De esta forma dióse un paso muy considerable en el camino de la unidad francesa. Sin embargo, la civilización urbana del *Midi* recibió una herida de muerte y la monarquía de los Capetos no pudo apurar todas las consecuencias derivadas

de la incorporación del condado de Tolosa. Como escribe Pirenne, el oro del Languedoc, huyendo de los cruzados, buscó refugio seguro en Cataluña –donde jugó un papel de primer orden en la expansión mediterránea catalanoaragonesa– mientras la proyección de Francia en el mar latino sufrió un retraso de más de dos centurias.

Felipe Augusto, exactamente calificado de *assembleur des terres françaises*, murió en 1223. Con él se cerró la etapa de los Capetos, que Calmette ha llamado "la lucha por la vida", y se inauguró la de gran brillantez del siglo XIII.

V

LA IGLESIA Y LA VIDA RELIGIOSA

La renovación de la Iglesia y la herencia del movimiento gregoriano. En consonancia con el resurgir de Europa desde el siglo XI, la Iglesia hace rápidos progresos, tanto por lo que atañe a la intensificación de la vida religiosa como a la centralización eclesiástica bajo el Pontificado. Como escribe Genicot, la gran creación de la Edad Media, la civilización de Occidente, recibió su espíritu y su unidad de la Iglesia, simbolizados en la adhesión al mismo Credo interpretado por el mismo Jefe. Según se ha dicho anteriormente, a fines del siglo IX –después del pontificado de Nicolás I– y en la centuria siguiente –siglo de hierro– la Iglesia sufrió una crisis profunda, que afectó, por lo general, a todos sus miembros constitutivos. Contra la crisis lucharon esforzadamente las reformas monásticas, en particular la de Cluny, cuyos monjes procuraron desarrollar hasta el grado máximo las ideas de San Benito de Aniano, primer reformador de la orden benedictina creada por Benito de Nursia en el siglo VI. La gran preocupación de los cluniacenses fue el *Opus Dei*, la oración pública. Alabar a Dios desde la salida hasta la puesta del sol por el canto de los oficios, la belleza de las ceremonias litúrgicas y el esplendor de los templos: he aquí el ideal que Cluny debe a San Benito de Aniano y difunde a todo el ámbito de Occidente. A su lado cabe citar las reformas que tuvieron por teatro la región de Lorena, las de San Dunstán en Inglaterra y las de San Romualdo y el monaquismo eremítico en Italia. Las reformas del siglo X anuncian las más intensas de la centuria siguiente.

El siglo XI aparece dominado por el movimiento gregoriano –programa del papa Gregorio VII (1073-1085)–, cuyo objetivo capital consistió en prohibir a los laicos el disponer de ninguna dignidad o propiedad eclesiástica. El gregorianismo se desenvolvió bajo la égida de un pontificado reintegrado en su función de suprema autoridad religiosa. Tanto si surgió del deseo de operar una reforma moral siguiendo las huellas de los reformadores lotaringios de la centuria anterior, como quiere Fliche; o bien nació, como apunta Tellenbach, de la voluntad de corregir desviaciones doctrinales y se precisó como reacción a las pretensiones de los cristianos de Oriente –Miguel Cerulario– el movimiento gregoriano es el símbolo de la fecunda renovación de la Iglesia en el siglo XI.

Como consecuencia lógica de los objetivos del gregorianismo estalló la "querella de las investiduras", que durante cincuenta años y hasta su terminación por el concordato de Worms de 1122, causó graves perturbaciones en Italia y en Alemania. Mientras tanto, se realizaban otras reformas, cuya tendencia general puede definirse como un retorno a la austeridad primitiva. Así van surgiendo los canónigos regulares, y en particular los canónigos de San Agustín, los cartujos, nuevas formas de eremitismo y el Císter, para llegar al coronamiento de la vida

monástica con los mendicantes –franciscanos y dominicos–. La renovación religiosa, base del despliegue del Pontificado, que conocería su mayor esplendor en tiempos de Inocencio III, y de las grandes Ordenes mendicantes, mantuvo la unidad espiritual del Occidente, a pesar de la ruina de la unidad política del mismo, simbolizada en el fracaso del Imperio.

El fin de la lucha de las Investiduras: concordato de Worms. Ya se ha indicado en el lugar correspondiente la pugna tenaz a que debía conducir la antítesis entre el cesaropapismo de los emperadores, nacido con la confusión entre lo temporal y lo espiritual desde los días de Carlomagno, y el movimiento gregoriano, que tendía a reclamar la independencia total por parte de las jerarquías eclesiásticas. Mediante la *investidura laica*, como ya se ha dicho, emperadores y reyes se arrogaron el derecho de nombrar o elegir a los prelados –entrega simbólica del báculo, a lo que se añadió luego el anillo– con lo que se impedía o mediatizaba la elección canónica.

Examinadas ya las vicisitudes de la querella de las investiduras durante los pontificados de Gregorio VII, Urbano II y Pascual II, nos corresponde estudiar aquí su conclusión por el concordato de Worms en 1122, negociado por el papa Calixto II (1119-1124) y el emperador Enrique V. La solución de Worms, reflejo del naciente individualismo por lo que tiene de reconocimiento de la independencia recíproca entre los poderes espiritual y temporal, consistió en un compromiso. Los adversarios aceptaron la teoría elaborada por la gran canonista Ivo de Chartres y aplicada ya en Francia e Inglaterra. Enrique V renunciaba a la investidura de anillo y báculo, y reconocía la elección canónica; y Calixto II se avino a que la elección se celebrara en presencia del emperador, y, en caso de elección dudosa, decidiera él con el consejo del metropolitano. Los bienes y derechos patrimoniales inherentes al cargo, los recibirían los obispos del emperador, con la entrega del báculo. Para celebrar el acuerdo de Worms se reunió un Concilio en Letrán en marzo de 1123, que fue el IX ecuménico.

El concordato de Worms distinguió, pues, el cargo religioso con las prerrogativas espirituales que de él dependían, de los bienes temporales y poderes políticos que conferían. Si bien en el plano moral los efectos del acuerdo fueron limitados y efímeros, la autoridad universal del Papa vióse, en cambio, considerablemente reforzada.

Solucionada la cuestión de las investiduras, el forcejeo entre los poderes universales, el Papa y el Emperador, se planteó en otro terreno, el del *dominium mundi*, del que nos ocupamos en el capítulo siguiente.

La teocracia pontificia: Inocencio III. Aunque Inocencio III (1198-1216) es el representante más conspicuo del ideal hegemónico pontificio en la lucha a que acabamos de referirnos y, en consecuencia, su estudio no puede separarse de la misma, hemos de hacer aquí una breve referencia a su actuación en cuanto representa la culminación del programa gregoriano.

La autoridad de los pontífices había hecho considerables progresos desde el concordato de Worms, pese al forcejeo con los emperadores y a la frecuente intromisión de las grandes familias romanas. El papa que debía llevar a la cúspide

el prestigio de la Santa Sede, Inocencio III, procedía de una de las familias de más rancio abolengo de la Campania y se llamaba Lotario de Segni. Especializado en cuestiones de Derecho canónico y dotado de gran capacidad de trabajo y de una superior inteligencia, fue elegido para el gobierno de la Iglesia cuando contaba treinta y siete años. Desplegando toda la energía de su carácter, inmediatamente se entregó en cuerpo y alma a la realización del ideal pontificio a que había aspirado Gregorio VII.

Las ideas fundamentales de Inocencio III, que condicionaron todo su programa de gobierno, están contenidas en su abundante correspondencia y, en particular, en el sermón que predicó el día de su coronación. Teniendo en cuenta que el Papa es el vicario de Cristo y el heredero de los apóstoles, su autoridad se extiende a todas las Iglesias y a todos los Estados. Ello implica la preeminencia del poder pontificio sobre el poder temporal, punto capital de su programa que planifica el gobierno del mundo por la autoridad divina concedida al Papa. Basándose en la superioridad del poder pontificio, Inocencio III procuró, en la esfera religiosa, impulsar la reforma eclesiástica, y en la civil, restablecer su autoridad en los Estados pontificios y elevar el prestigio del Papado.

Limitando aquí nuestra exposición a las cuestiones puramente religiosas y eclesiásticas, Inocencio III fue un entusiasta de la Cruzada y de la defensa de la fe contra la herejía, como lo puso de relieve su enérgica intervención contra los albigenses y el fomento de las tareas encomendadas a los legados pontificios, que fueron los primeros inquisidores. El Papa dispensó una protección constante a las nuevas Ordenes religiosas, de un modo muy particular a los franciscanos. Su ideal de reforma de las costumbres, de los eclesiásticos y de los seglares, quedó definido en el discurso pronunciado al inaugurar sus sesiones el Concilio de Letrán de tanto valor sintomático.

Este concilio, el XII ecuménico y el IV de Letrán, reunido en 1215, representa el momento culminante de la teocracia pontificia y da la sensación de un señorío absoluto por parte de la monarquía pontificia; Inocencio III, para asegurar la teocracia, recurrió al desenvolvimiento del vasallaje entre los reyes y la Santa Sede. Así lo reconocen desde Pedro II de Aragón a Kalojan de Bulgaria, pasando por Inglaterra y Francia. El papa. *ratione peccati,* excomulga y depone a los reyes, como lo hizo con Juan Sin Tierra. A la muerte de Inocencio III, la idea teocrática fue recogida y ampliada por Inocencio IV, después del cual caminó rápidamente hacia su ruina. En efecto, el derecho feudal ya no podía ser el regulador de la gran política, mientras el despertar de los Estados nacionales, fruto de la poderosa corriente individualista, resultaría incompatible con el cosmopolitismo de una Cristiandad unificada bajo la tiara pontificia.

Religiosidad popular y manifestaciones heréticas. Según se desprende de las ponencias presentadas en el X Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Roma en 1955, sobre el tema "Movimientos religiosos populares y herejías en la Edad Media", tales manifestaciones de la vida del espíritu, desde comienzos del siglo XI a mediados del XV, tuvieron como norma fundamental el haberse forjado en amplios estratos sociales. Por ello contrastan radicalmente con las herejías de los primeros siglos del cristianismo, producto de las especulaciones

teológicas de círculos eclesiásticos muy restringidos, lo que explica que jamás adquirieran fuerte difusión en la masa de la sociedad religiosa.

A tenor de las conclusiones del profesor Morghen, uno de los ponentes a que acabamos de referirnos, hubo una identidad fundamental en cuanto a los problemas principales y a las exigencias de la Iglesia y de la sociedad religiosa de la época, frente a las cuales, como es lógico, el ambiente espiritual reaccionó de maneras distintas, determinando los varios movimientos en el seno y fuera de la Iglesia. Aunque las herejías medievales –cátaros, valdenses, albigenses– se difundieron preferentemente en las capas más humildes de la sociedad, es indudable que no estuvieron motivadas por una conciencia de clase ni por reivindicaciones económicas de ninguna especie. Entre los *pauperes Christi*, por ejemplo, había nobles, monjes, artesanos, campesinos y mujeres que preconizaban los ideales de la pureza y de la continencia; y su lucha contra el clero rico y poderoso jamás tuvo por finalidad provocar una revuelta social, sino, principalmente, la regeneración y la purificación de la Iglesia. Entre los especialistas congregados en Roma, las discrepancias fueron, en cambio, muy profundas en cuanto a la influencia del maniqueísmo en el dualismo medieval y a la solución de continuidad entre las herejías de los siglos XI y XII.

Por lo que atañe a los movimientos religiosos de los siglos XI y XII, se puso de relieve la influencia de los ideales de la vida evangélica y de la "Vita apostolica" en la formación de las nuevas Ordenes monásticas. La nueva conciencia religiosa se afirmó con el gran movimiento de la reforma monástica y de la Iglesia en el siglo XI. Todo ello confluiría hacia nuevas formas de asociación y de vida religiosa, fundadas en el ideal del retorno a la Iglesia apostólica y a la perfección evangélica. A comienzos del siglo XIII, el movimiento espiritual suscitado por San Francisco de Asis reportó en el seno de la ortodoxia muchas de las exigencias espirituales propias de la tradición herética, como la *imitatio Christi*, el retorno a la Iglesia de los Apóstoles y la pobreza evangélica. Si el franciscanismo, por influencia de las especulaciones escatológicas del joaquinismo –tendencia rigorista del abad cisterciense Joaquín de Fiore– y por la lucha sorda en torno a la pobreza, dio origen a la última manifestación de la herejía medieval con los *fratricellos*, es indudable que constituyó el gran tronco de la espiritualidad medieval, sobre el cual se instauraron las nuevas ramas de la religiosidad de los tiempos modernos.

En el jubileo del 1300 y en consonancia con el despliegue de la teocracia pontificia por Inocencio III, vióse notablemente reafirmada la autoridad de la Iglesia como dispensadora de los medios necesarios para la salvación individual. Pero la tradición franciscana pervive en los predicadores populares del Cuatrocientos y se convierte en portavoz de una concepción religiosa profundamente humana, en la cual las preocupaciones hacia la renovación total de la sociedad cristiana ceden el paso a las motivadas por la salvación individual, y el ideal de la vida cristiana se identifica con los ideales de una vida terrenal conciliada con los deberes religiosos. En el campo herético, la trayectoria culmina en la revuelta de Wyclef y de Huss, para confluir más tarde en la Reforma protestante.

Las principales herejías de la época fueron, como se ha dicho, las de los cátaros, los valdenses y los albigenses. En los Países Bajos, un fanático, Tangelus,

preconizó la destrucción de toda jerarquía, así como la abolición del sacerdocio y de los sacramentos. Un movimiento parecido difundióse por Flandes, Champaña y el Sur de Francia: eran los cátaros, es decir, los "perfectos", entre los cuales destacó Pedro de Bruys, quien inyectó en la secta varios rasgos gnósticos y maniqueos. En los Países Bajos, un vehemente deseo de santidad y de perfección dio origen a los beguinos y beghardos, que degeneraron en un verdadero iluminismo.

Un rico mercader de Lyon, Pedro Valdez, fundó la secta de los valdenses o de los "pobres de Lyon". Impulsado por un arrebato de ascetismo, Valdez distribuyó sus bienes entre los menesterosos y se entregó a una vida apostólica, propagando una traducción del Evangelio a la lengua vulgar y predicando la más absoluta pobreza. Al igual que los cátaros, cayeron en errores y atacaron la jerarquía eclesiástica. Los mismos ideales de pobreza y perfección, degenerados en manifestaciones heréticas, abrigaban los llamados *humiliati* o humillados de Lombardía.

Los albigenses, basados en el dualismo maniqueísta, en la oposición entre el principio del bien y del mal, constituyeron la secta más vigorosa, que, como ya se dijo en el lugar correspondiente, encontraron amplia difusión en el Sur de Francia. Contra ellos se organizó la Inquisición medieval, definitivamente establecida por Gregorio IX en 1231.

Las nuevas Ordenes religiosas. La reafirmación del espíritu cristiano produjo una nueva floración de Ordenes religiosas y aun de nuevas tendencias en la vida monacal. San Bruno, retirado a la *Chartreuse* al pie de los Alpes, en 1084, fundó la Orden de los Cartujos, a base de la regla benedictina con la adopción de dos principios que informarían la esencia de la nueva Orden: el silencio y la soledad; vida contemplativa, que convertía al monje en una mezcla de ermitaño y cenobita.

Después de la primera fundación del Císter por San Roberto en el monasterio de Molesmes y su traslado a la soledad de Citeaux (Cistercium) la vida de estos monjes fue encauzada definitivamente por San Bernardo de Claraval. En enero de 1112, éste entró con treinta compañeros en el monasterio de Citeaux y un año después se comenzaron a erigir casas dependientes del mismo. Una de ellas fue Claraval, de cuya dirección se hizo cargo San Bernardo. La difusión de la nueva Orden fue bastante rápida; hacia 1300 poseía unos setecientos monasterios en toda Europa.

San Bernardo, la más alta personalidad de la Iglesia en el siglo XII, era ante todo un asceta. Su alimentación solía reducirse a pan y agua, y mortificaba su cuerpo con rigor. Acusando a los cluniacenses de mundanos, San Bernardo dio al Císter una orientación inflexible, austera, reflejada, incluso, en la sobriedad decorativa de los templos de la Orden, frente a la magnificencia del Cluny. El hábito negro de éste fue sustituido por el blanco.

Bajo el impulso directo de las tendencias reformadoras del Pontificado, muchos sacerdotes buscaron en la ascesis una mayor vida de perfección. De ahí proceden las fundaciones de canónigos regulares. En 1124 se estableció en Prémontré, cerca de Laón, el canónigo prusiano San Norberto, donde organizó un núcleo de clérigos fervorosos que sentían la necesidad de una vida monástica

unida con el ministerio de las almas. Su sucesor, el beato Hugon, fijó la regla de los premonstratenses sobre la de San Agustín. La vida de los nuevos religiosos tenía un doble aspecto: monacal y parroquial, y sus comunidades se llamaron de canónigos regulares. En el retiro de San Víctor, el profesor parisino Guillermo de Champeaux instituyó los canónigos victorianos, cuya regla se basó también en la de San Agustín.

Las Ordenes Militares. La renovación religiosa y el activismo cristiano contra el Islam motivaron la aparición de las Ordenes Militares, en Oriente y en la Reconquista hispánica. Sólo nos interesan ahora las primeras, fundadas en Tierra Santa para la defensa de la Siria latina, las cuales tuvieron también establecimientos en Occidente y a donde se retiraron con la pérdida de aquélla.

Los Caballeros Hospitalarios o de San Juan tuvieron su origen en un establecimiento hospitalario fundado en Jerusalén hacia 1050 y dedicado a San Juan Bautista. Una vez conquistada la ciudad por la primera Cruzada, Raimundo de Puy le dio la organización definitiva y una regla propia. En un primer período, sin embargo, los hospitalarios no tenían caballeros, es decir, no poseían fuerza armada propia. Las necesidades hicieron que pronto fueran admitidos, lo que se hizo regularmente desde 1137. En adelante, la institución se convirtió en Orden Militar, a semejanza de los Templarios.

Los Templarios o *equites Templi*, surgieron de la asociación de ocho caballeros franceses, constituida en Jerusalén en 1119. Al parecer, su jefe fue Hugo de Payens. A los votos religiosos añadieron el de dedicarse a la protección y defensa de los peregrinos cristianos. El rey Balduino II les asignó, como morada, el palacio construido, según el creía, en el lugar ocupado por el templo de Salomón. De ahí les vino el nombre de Templarios o caballeros del templo. Vivían a la manera de los canónigos regulares y tomaban parte en los oficios divinos, cuando no se lo impedían sus deberes militares. Con su manto blanco y una cruz roja, los templarios gozaron de grandes privilegios.

Hacia 1187 apareció en Akon, fundado por varios caballeros alemanes, una especie de hospital militar, origen de la Orden Teutónica, cuyos miembros vestían manto blanco adornado con una cruz negra. Para las atenciones hospitalarias, los teutónicos tomaron los estatutos de la Orden de San Juan, y para su proyección militar, los de los Templarios.

Con la pérdida de los establecimientos occidentales en Asia Menor, los Templarios evolucionaron hacia especulaciones bancarias y se captaron tales rencores que la Orden desapareció trágicamente a comienzos del siglo XIV, siendo sus bienes confiscados o incorporados a otras Ordenes. Los hospitalarios se perpetuaron con otras denominaciones —caballeros de Rodas, de Malta—. En cuanto a la Orden Teutónica, su instalación en Prusia fue la señal de la germanización de las marcas del Nordeste del Imperio y el estallido de grandes luchas con Polonia.

Para la redención de los cautivos cristianos en manos del Islam, un provenzal San Juan de Mata, habiendo recogido en el puerto de Marsella muchos testimonios acerca del triste destino de aquéllos, fundó la Orden de los Trinitarios, con una regla especial sobre la base de la de San Agustín. Inocencio III aprobó la nueva institución en 1198. Finalidad análoga tuvo la Orden de la Merced, fundada en la

Iglesia de Santa Eulalia de Barcelona por San Pedro Nolasco, originario del Languedoc, con la ayuda del rey Jaime I el Conquistador y del sabio canonista San Raimundo de Peñafort.

Las Ordenes Mendicantes. A pesar del espíritu de reforma y de exigencia en cuanto a la perfección, las órdenes monásticas no podían sustraerse, con el transcurso del tiempo, a la contaminación del éxito. Afluían las riquezas, la vida se relajaba y menudeaban los abusos. A comienzos del siglo XIII, la nueva reacción originó un tipo nuevo, la Orden mendicante –franciscanos y dominicos–, cuyos miembros se convirtieron en guías espirituales de las poblaciones urbanas en el esplendor medieval del Doscientos y ejercieron una influencia profunda incluso como misioneros. El contacto con el Oriente motivó un resurgir de la tradición de los antiguos anacoretas; la Orden del Carmen, fundada por el cruzado Bertoldo de Calabria a fines del siglo XII, en la cueva de San Elías, sobre el monte Carmelo, vino de Oriente. Pero la idea de la Orden mendicante, fundada sobre el voto de pobreza, alcanzó su extraordinaria difusión gracias a la fortuna de los franciscanos y dominicos.

San Francisco de Asís, cuya significación analizamos más adelante, era hijo de un rico comerciante de Umbría. Después de una vida algo mundana, el futuro Santo experimentó una profunda transformación interna y en adelante se dedicó a la vida de penitencia, con un vehemente deseo de amar e imitar a Cristo y de reproducir en sí la vida del Evangelio. En febrero de 1208, experimentó una inspiración del cielo en la iglesia de la Porciúncula, basada en el Evangelio de la misión de los Apóstoles. La inspiración se concretaba en la *pobreza evangélica* como síntesis de la perfección a que debía aspirar. Pronto se le juntaron varios compañeros, con los cuales constituyó la asociación llamada *viri poenitentiales.* En 1210, el papa Inocencio III aprobó oralmente la nueva "Fraternidad de la penitencia". La difusión de los primeros franciscanos o frailes menores fue bastante rápida. San Francisco murió en la Porciúncula el 3 de octubre de 1226. Tres años antes el papa Honorio III había aprobado la nueva regla de la Orden.

Al mismo tiempo en que tomaba cuerpo la Orden franciscana, fundóse la de los dominicos por el español Santo Domingo de Guzmán, natural de Caleruega (Castilla) y canónigo de Osma. Establecido en el Sur de Francia, dedicóse con algunos sacerdotes de Montpellier a la conversión de los albigenses. En 1215, Santo Domingo, en compañía de su protector, el obispo Fulco de Tolosa, se dirigió a Roma, para la aprobación de su instituto por el pontífice. Convenció fácilmente a Honorio III al poner de relieve que sus intenciones se basaban, especialmente, en combatir la herejía y en organizar el estudio de las grandes cuestiones filosóficas y teológicas en las nuevas Universidades europeas. El primer capítulo general de la Orden celebróse en Bolonia en 1220, un año antes de morir el fundador. Inmediatamente, los papas encomendaron a los dominicos o Padres predicadores una misión que llegó a identificarse con la Orden: la Inquisición de la herejía. De este modo, los dominicos quedaron constituidos en los inquisidores por antonomasia. Franciscanos y dominicos apoyaron la acción del Pontificado en la época de la teocracia de Inocencio III e Inocencio IV.

La actividad misionera de la Iglesia. Durante la época que estudiamos, el cristianismo hizo rápidos progresos en el Norte de Europa, gracias a la actividad misionera de la Iglesia. En 1147 San Bernardo predicó una cruzada para la conversión de los eslavos vendos, a consecuencia de la cual se situaron muchas familias cristianas alemanas bajo la protección de Enrique el León, duque de Sajonia y otros príncipes. En 1149, el misionero Vicelin fue creado obispo de Mecklemburgo, y rápidamente evangelizó el territorio con el auxilio de los religiosos premonstratenses y cistercienses. En la evangelización de las tribus vendas destacaron San Benno de Meisen y San Norberto de Magdeburgo, quien contó con el auxilio de los premonstratenses del monasterio de Santa María y del margrave Alberto el Oso.

En 1123 comenzó la conversión de los pomeranios, impulsada por el rey Boleslao III y el obispo Otón de Bamberg. Este último fundó, entre otras, las iglesias de Stettin y Julin, y su obra fue continuada por los premonstratenses, los cistercienses y los dominicos.

La conversión de Finlandia no se realizó, en cambio, hasta el siglo XIII por efecto de las cruzadas promovidas por Juan Birger en 1249 y Thorkel Knutson en 1293, ambos procedentes de Suecia. Por el contrario, la Livonia fue evangelizada desde 1186. Adalberto de Buxhovden fundó la sede episcopal de Riga y fue su primer obispo. Para afianzar el cristianismo fundó la Orden militar *Fratres militiae Christi,* con cuyo auxilio evangelizó Estonia, Samogitia y la isla Osel. En 1246, el papa Inocencio IV creó allí diversos obispados.

En cuanto a los territorios prusianos, los primeros resultados positivos los obtuvo el monje cisterciense Cristián, del monasterio de Oliva, nombrado obispo de Prusia por Inocencio III en 1215. Con la ayuda del duque Conrado de Mazovia fundóse la *Militia Christi contra Pruthenos*, mientras la intervención de los caballeros de la Orden Teutónica a partir de 1225 permitió emprender la conquista sistemática de Prusia. En 1243, Inocencio IV erigió los obispados de Kulm, Pomerania, Ermland y Samland; y a fines del siglo XIII pudo darse por terminada la evangelización de los territorios prusianos.

VI

EL IMPERIO Y EL "DOMINIUM MUNDI"

Anarquía feudal en el Reich alemán. Ya hemos visto en el capítulo anterior como el origen del conflicto entre las dos potencias universales, el Pontificado y el Imperio, en su doble vertiente, la cuestión de las Investiduras y el *dominium mundi*, radicaba en la confusión de poderes de la época carolingia. En último término, la causa hay que buscarla en los progresos del individualismo, que lentamente configuraba la trayectoria histórica de Europa a partir del siglo XI.

Desde fines del siglo IX, el Sacro Imperio había tendido a la afirmación progresiva del poder central, con medidas de carácter político bajo los emperadores de la casa de Sajonia y administrativas con los salios. La crisis hizo acto de presencia con el estallido del conflicto de las Investiduras en 1075, que precipitó la descomposición feudal del Sacro Imperio, y, en consecuencia, arruinó la autoridad imperial y real de los soberanos alemanes. En efecto, parte de la Iglesia germánica tomó partido por Gregorio VII contra Enrique IV y su actitud vióse reforzada por la pugna entre el emperador y los señores feudales, deseosos de apoderarse de las potestades temporales abandonadas por los obispos. Para la realeza, la conjunción de miras entre la Iglesia y el feudalismo implicó una catástrofe. La obra de los emperadores sajones y salios se hunde pieza a pieza. Las donaciones que Enrique IV debe consentir en favor de los nobles cuartean el dominio imperial, mientras la Iglesia deja de ser un aliado poderoso y fiel. Las consiguientes perturbaciones permiten la instalación sólida del feudalismo en el cuerpo del Imperio. Como veremos, la aplicación del principio electivo agrava todavía más la crisis del Estado. Como es lógico, los soberanos elegidos suelen ser los más débiles de los pretendientes, ya que sólo obtienen el triunfo hipotecando previamente su poder. En la segunda mitad del siglo XII, la poderosa personalidad de Federico I Barbarroja, el mejor político de la Alemania medieval, logró restaurar el poder real. Sin embargo, la prematura muerte de su hijo Enrique VI abrió nuevos conflictos dinásticos, y el desinterés de su nieto Federico II por las cuestiones propiamente alemanas harán que la obra de restauración del gran Barbarroja sea efímera.

Antes de estallar en 1075 el conflicto entre los dos poderes universales, Alemania pudo presentarse como heredera de la obra carolingia. La anarquía que implicaron las luchas de las Investiduras y por el *dominium mundi*, hizo que Francia recogiera la herencia hegemónica que el Sacro Imperio dejaba vacante. Si éste, en definitiva, no era más que una gran fachada sostenida por la Iglesia, necesariamente tenía que derrumbarse al entrar en conflicto con Roma.

El emperador Enrique IV, a quien ya conocemos como campeón de la idea laica —*caput laicorum*, según le definiría con su pluma acerada el papa Gregorio

VII– murió en Lieja en 1106, a los cincuenta y seis años de edad. Su hijo y sucesor, Enrique V (1106-1125), negoció con el Pontificado el acuerdo transaccional de Worms (1122), que puso fin a la querella de las Investiduras.

Entonces, en plena crisis alemana, dio comienzo el forcejeo por el *dominium mundi*, es decir, la lucha suprema entre los dos poderes universales para dirimir la supremacía del espiritual –el Papa– o del temporal –el Emperador–. Mientras los príncipes alemanes quieren descartar la sucesión hereditaria en el Sacro Imperio –en 1125 eligen a Lotario, de la casa ducal de Sajonia, y en 1138 a Conrado de Hohenstaufen, de Suabia– Roma elabora una doctrina pontificia del Imperio, que recoge todas las pretensiones hegemónicas del gregorianismo. En efecto, Inocencio II y sobre todo Adriano IV (1154-1159) preconizaron la admisión de un principio conducente a convertir el poder imperial en un feudo pontificio. Observa acertadamente Ganshof que por una de aquellas contradicciones tan abundantes en la Alta Edad Media, la aludida doctrina pontificia tomó cuerpo en una época en que la autoridad del Papa era puesta en tela de juicio en la misma Roma. Por falta de medios materiales para mantener el orden en los Estados de la Iglesia, la Santa Sede no pudo impedir la revolución comunal de Roma en 1143. Un demagogo místico, Arnaldo de Brescia, apoyado en una Constitución republicana y en un Senado como órgano principal, impuso su autoridad durante una década. Los romanos llegaron a afirmar que sólo a ellos y no al Papa correspondía el derecho de conferir la dignidad imperial.

Güelfos y gibelinos. Con la ayuda de la mayor parte del clero occidental, sobre todo francés, de los normandos del Sur de Italia y de las ciudades lombardas, la Santa Sede pone en marcha su programa de subordinación del poder temporal al espiritual. El emperador Lotario de Supplinburg, de la casa de Sajonia (1125-1137), se comporta como fiel vasallo de Roma, a cuya ciudad acude para hacerse coronar por el papa Inocencio II y para reglamentar la sucesión de la famosa condesa Matilde de Toscana. Por una parte de los bienes de ésta se convierte en vasallo directo de la Santa Sede y reconoce la soberanía romana sobre el Estado normando de Nápoles.

Ya se ha dicho que el conflicto de las Investiduras había precipitado la descomposición feudal del Sacro Imperio. El concordato de Worms implicó, a la vez, el fracaso del imperialismo de la casa de Franconia frente a la Iglesia y la debilitación de la realeza respecto de los grandes señores del Reich. Los grandes ducados que los Otones habían reducido a su autoridad gozan de una posición sólida y sus titulares son verdaderos soberanos de los Estados que integran el *regnum*. En Baviera dominan los Welfos, es decir, los güelfos, según la denominación medieval corriente, y entre ellos destacó la ambición de Enrique el Negro, hermano de Welfo II. Frente a ellos se yerguen los gibelinos, es decir, los Waibligen, familia a la que pertenece Federico de Buren, esposo de Inés, hermana de Enrique V. Federico recibió el ducado de Suabia a la caída de Rodolfo de Rheinfelden, vencido y despojado por Enrique IV. El hijo y sucesor de Federico es el Hohenstaufen Federico el Tuerto, hermano del duque de Franconia, Conrado. Federico el Tuerto ha casado con Judith, hija del duque de Baviera, el güelfo Enrique el Negro. A ambas poderosas casas nobiliarias, creadas en la

inquieta Alemania de la primera mitad del siglo XII, hay que añadir la de Sajonia, renovada bajo Lotario de Supplinburg.

Al morir Enrique V, sin hijos, en 1125, instituyó como heredero de sus bienes a su sobrino Federico de Hohenstaufen, hijo de su hermana Inés. Entonces se enfrentaron la idea hereditaria y el principio electivo. Los jefes de las tres poderosas casas nobiliarias citadas eran posibles reyes. Las simpatías de la Iglesia se inclinaron por el piadoso duque de Sajonia, Lotario de Supplinburg, cuya fuerte posición en Renania le daba una situación privilegiada sobre los arzobispados de Colonia y Maguncia. Lotario superaba a sus adversarios por sus posesiones territoriales, ya que además de Sajonia poseía Brunswick y tenía bajo su dependencia las marcas de Misnia y de Lusacia.

En la elección real celebrada en Kamba, el papel básico correspondió al arzobispo de Maguncia, Adalberto, quien hizo triunfar el nombre de Lotario, coronado en Aquisgrán el 13 de septiembre de 1125. La corona alemana volvía a la casa de Sajonia, que la había perdido a la extinción de los Otónidas y la recuperaba a la extinción de la casa de Franconia. El advenimiento de Lotario implicó el triunfo de la idea electiva, grata a la Iglesia y a la feudalidad germánica.

Contra Lotario, sostenido por Roma, se levantaron los gibelinos, Conrado de Hohenstaufen, duque de Suabia, y su hermano Federico el Tuerto, que pudieron ser dominados gracias a la ayuda prestada al emperador por su yerno, el güelfo Enrique el Soberbio, duque de Baviera, casado con Gertrudis, hija de Lotario. En la dieta de Bamberg (octubre de 1135) comparecen ante el emperador los Staufen humillados. Sin embargo, a la muerte de Lotario, dos años después, Conrado de Hohenstaufen logrará la elección frente al yerno y heredero de aquél, el güelfo Enrique el Soberbio. La candidatura de éste, dueño de inmensos dominios —era duque de Baviera y de Sajonia, marqués de Verona y de Toscana— fue propuesta por el feudalismo alemán, decidido a que triunfara el principio electivo.

Conrado III (1137-1152) proscribió del Imperio a su rival y tuvo que hacer frente a la insurrección armada de los güelfos, que desató una oleada de anarquía y de caos en la Alemania del primer Hohenstaufen. La primera guerra civil entre güelfos y gibelinos, consecuencia, en último término, de la oposición entre dos Alemanias, tan preñada de posibilidades históricas, estalló en 1138 y afectó a la casi totalidad del país. Uno de sus episodios más destacados fue la toma de Weinberg por Conrado III, hecho de armas célebre en los anales militares germánicos. La paz fue restablecida por las conferencias de Francfort de 1142, mediante un reparto de posesiones entre los grandes príncipes alemanes, sin ningún beneficio para la realeza.

El programa de Federico I Barbarroja. Sobrino de Conrado III, el nuevo soberano alemán, Federico I Barbarroja (1152-1190), era gibelino por su padre, Federico el Tuerto, y güelfo por su madre, Judith de Baviera. En su persona se confundían, pues, las dos facciones rivales que se habían enfrentado durante la época de su antecesor.

Federico I, la personalidad más impresionante de la Alemania medieval, logró dominar, de momento, la profunda crisis en que se debatía el Imperio. El despertar del Derecho romano y el ejemplo de las grandes monarquías de

Occidente le impulsaron a practicar una política de afirmación de la autoridad de la realeza en Alemania y de imposición efectiva de la autoridad imperial a toda la Cristiandad. Como escribe Pirenne, comenzaba entonces el drama de Alemania. Los progresos del individualismo habían convertido en mera ilusión la soberanía universal del Sacro Imperio, la cual descansaba, a su vez, no sobre bases reales, sino sobre una ideología . Rey feudal, Barbarroja quiso convertirse en soberano absoluto e intentó establecer el imperio universal sobre el feudalismo. El primer paso para ello debía consistir en restablecer en Alemania, Borgoña-Provenza e Italia la autoridad que habían ejercido los soberanos del siglo XI. De Italia surgieron, como veremos, las mayores dificultades.

El "dominium mundi" y su repercusiones. El programa del gran Hohenstaufen, concretado en la restauración del derecho imperial en toda su plenitud, fue alimentado por los legistas de Bolonia, que impulsaban el despertar del romanismo desde el descubrimiento de textos del Digesto a fines de la centuria anterior. En la práctica, el objetivo era Italia, es decir, el Imperio romano. Ello explica la doble lucha de Barbarroja con la Santa Sede y con las burguesías italianas. En efecto, mientras el Pontificado, en marcha hacia la plenitud de la idea teocrática, considera el Imperio como un feudo de la Santa Sede, Federico I está convencido de que la autoridad imperial es absoluta y universal, y que de ella depende la protección de la Iglesia y la intervención en las cuestiones relativas al Papado. Se trata, por lo tanto, del choque entre los poderes, espiritual y temporal, por la supremacía, el *dominium mundi*. El programa imperial fue definido en la Dieta de Roncaglia, cerca de Plasencia, en 1158, con textos de la *Instituta* de Justiniano.

La resistencia pontificia fue apoyada por las ciudades italianas de Lombardía, Liguria, Toscana y Emilia, en las que el desenvolvimiento de la industria y del comercio había creado una floreciente burguesía mercantil, lógicamente adversaria del feudalismo involucrado en el programa de Barbarroja. Es muy probable que la política italiana de éste obedeciera también a la obtención de recursos financieros de un país en el que la economía monetaria, alimentada por el tráfico internacional, estaba mucho más desarrollada que en Alemania.

Después de haber liberado al papa, Adriano IV, de la revolución comunal de Arnaldo de Brescia, Barbarroja fue coronado emperador (1155) e inmediatamente entró en conflicto con las ciudades lombardas, al negarse éstas a sustituir sus magistrados por los podestás imperiales, y con la Santa Sede, por los motivos que ya conocemos. Adriano IV organizó la resistencia, cuyos pilares básicos fueron, además de la Santa Sede, las ciudades lombardas y las normandas del Sur. Esta coalición contó con el apoyo de Bizancio y de la opinión cristiana no alemana, en particular, del clero francés e inglés. Durante tres años (1159-1162), Federico I impuso a la Italia del Norte, por el terror, el régimen de Roncaglia, mientras se lanzaba a una política trepidante respecto del Pontificado. En efecto, a la muerte de Adriano IV (1159), reconoce al antipapa Víctor IV, en contra del elegido legalmente, Alejandro III. Barbarroja no olvidaba que este último –el ilustre jurista, cardenal Rolando Bandinelli– preconizó siempre que el Derecho romano debía ceder ante las prerrogativas de la Iglesia.

Federico I y Alejandro III personifican el *dominiun mundi* en la coyuntura medial del siglo XII. Alejandro excomulga al antipapa y crea dificultades en el interior de Alemania contra el emperador, mientras éste se adueña por la fuerza del Norte de Italia y destruye la ciudad de Milán, capital económica de Lombardía. Pero Italia reaccionó de nuevo con la liga lombarda –*Societas lombardorum*– organizada, según las inspiraciones pontificias, por Galdino, arzobispo de Milán. La réplica de Barbarroja acabó con el desastre de Legnano, donde las milicias urbanas derrotaron por completo a la pesada caballería teutónica (29 de mayo de 1176). En las subsiguientes conferencias de Venecia, Federico I acusó el golpe y reconoció a Alejandro III, mientras renunciaba a toda soberanía sobre los Estados de la Iglesia y a toda intervención en las elecciones pontificias. Por la paz de Constanza (1183), abandonó las pretensiones exorbitantes de Roncaglia y reconoció una cierta autonomía a las ciudades italianas, sin renunciar al gobierno efectivo del país.

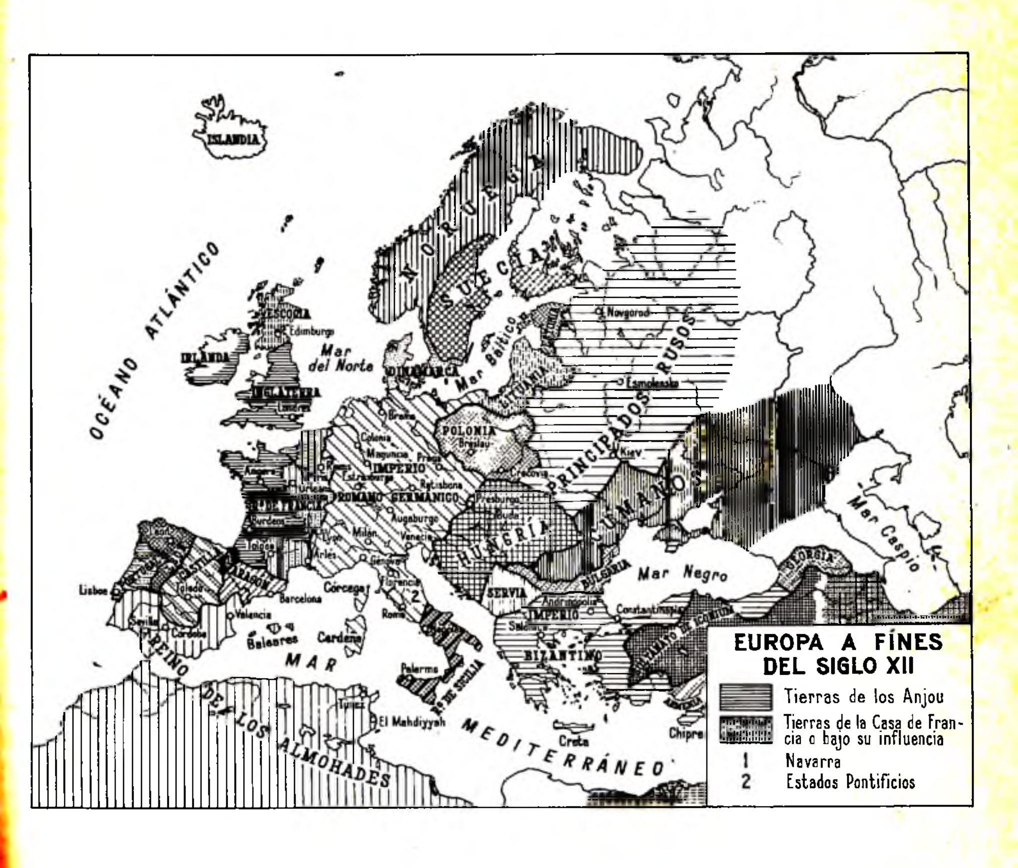
El Imperio y la Italia del Sur. Las concesiones de Barbarroja en el Norte de Italia fueron seguidas por un golpe maestro dado en el Sur de la Península, donde logró atraerse a los normandos de Sicilia, que hasta aquel momento habían formado en la coalición antiimperial. En efecto, en 1186 celebróse el enlace matrimonial de su hijo y presunto heredero, el futuro Enrique VI, con Constanza, heredera del reino normando siciliano. Con su economía urbana y mercantil, y sus instituciones monárquicas centralizadas de origen bizantino, Sicilia podría apoyar el ensayo imperial de Barbarroja, mientras daba a sus dominios una fuerte proyección mediterránea y cercaba en una gran tenaza los Estados pontificios.

Las incidencias de la política mediterránea a raíz de la conquista de Jerusalén por Saladino, dieron a Federico I la oportunidad de intentar un supremo esfuerzo a fin de que su imperio fuera acatado por el feudalismo occidental, combatido por Felipe Augusto, en Francia, y por Ricardo Corazón de León, en Inglaterra. La llamada de Gregorio VIII –tercera Cruzada– fue favorablemente acogida por Barbarroja. Pero la muerte de éste en el Salef (1190), frustró sus planes encaminados a lograr el caudillaje efectivo de la Cristiandad.

Política alemana de Federico I. Ya se ha dicho que el gran emperador logró dominar la anarquía provocada por el feudalismo alemán. Los príncipes más poderosos eran Enrique el León, duque de Sajonia y de Baviera y jefe de los güelfos, y Alberto el Oso, fundador de la marca de Brandeburgo. La muerte de este último y la coronación del hijo de Federico I, Enrique, como Rey de Romanos en Aquisgrán (1169-1170), condicionaron la revuelta del despechado Enrique el León, cuya política separatista en Alemania dio un rudo golpe a las ambiciones italianas de Barbarroja, cerradas por el episodio de Legnano. Sometido a un proceso feudal y proscrito del Imperio, el jefe güelfo tuvo que someterse y renunciar a sus posesiones a excepción de Brunswick y de Luneburgo. Baviera fue infeudada a Otón de Wittelsbach y Sajonia repartida entre el canciller, Felipe de Heinsberg y Bernardo de Anhalt, hijo de Alberto el Oso. La solución dada a aquel episodio parecía consagrar el triunfo de la política del emperador Barbarroja. Una gran dieta celebrada en Maguncia festejó la prosperidad del Reich.

Sin embargo, los éxitos de Federico I fueron momentáneos y su esfuerzo acabó por precipitar la disgregación política de Alemania. Para obtener y conservar el apoyo de los grandes señores feudales era indispensable lanzarse por el plano inclinado de las concesiones, que a su vez reforzaban la autonomía de aquéllos. Por esta razón el reinado de Barbarroja constituye una etapa importante hacia la transformación de Alemania en un conglomerado de Estados soberanos. En 1156, Austria, hasta entonces marca oriental de Baviera, fue erigida en ducado, con privilegios que limitaban mucho los poderes de la Corona. Dos años después fue elevado a reino el ducado de Bohemia. Apenas experimentó modificaciones el vasallaje, más teórico que real, de los grandes duques de Polonia.

La tentativa imperial mediterránea de Enrique VI. Heredero de las empresas del gran Hohenstaufen muerto en Oriente, Enrique VI (1190-1197) intentó apurar las posibilidades que para la tentativa imperial brindaba la dirección normandosiciliana y mediterránea. Es altamente sugestiva la interpretación de Pirenne. El reino sículo, cuyas condiciones hemos esbozado, alejó a Enrique de las empresas feudales para revelarle las posibilidades marítimas. El ensayo continental de Barbarroja es sustituido por un intento mediterráneo, facilitado por la



decadencia de Bizancio y la fragmentación del mundo musulmán. Sicilia es idónea para aglutinar un imperio que abarque la Europa continental y el ámbito mediterráneo. "Subyugado por Sicilia, el feudal Hohenstaufen rompe con la Edad Media señorial y mística y se lanza hacia una política realista y mercantil, que anuncia los tiempos modernos."

Pero el imperio mediterráneo soñado por Enrique VI ya no podía descansar en una unidad espiritual, sino en una unidad económica. La Cruzada debía ceder el paso a la coexistencia pacífica entre cristianos y musulmanes. Después de sostener nuevos conflictos con el papa Celestino III –el emperador rechazó la soberanía pontificia sobre Sicilia, y nombró Rey de Romanos a su hijo Federico (el futuro Federico II), y el pontífice suscitó contra él un alzamiento güelfo dirigido por Enrique el León–, Enrique VI entró en relaciones con los príncipes cristianos de Siria y con los musulmanes del Norte de Africa, y murió en Mesina cuando preparaba una expedición contra Bizancio.

Inocencio III y el apogeo de la tentativa pontificia hacia el "dominium mundi". A la muerte de Celestino III (1198), fue elevado al solio pontificio Inocencio III, una de las personalidades más poderosas de la Iglesia medieval. Su concepto de la teocracia aspira al *dominium mundi*: unificación de la Cristiandad bajo el dominio pontificio, fundado en las Escrituras –dependencia de los reyes respecto del Vicario de Cristo *ratione peccati*– y en el derecho feudal –dependencia de los poderes temporales en concepto de vasallaje.

El Papa se hace cargo de la regencia y de la tutela del joven Federico –el futuro Federico II– al morir su madre Constanza de Sicilia, así como del gobierno de este territorio; y ensancha las fronteras del Estado pontificio expulsando a Felipe de Suabia, hermano de Enrique VI, de la Toscana. Luego su intervención fue decisiva en la sucesión imperial, que se disputaban el antes citado Felipe de Suabia y Otón de Brunswick, hijo de Enrique el León, duque de Sajonia. El Papa se inclinó por este último, representante del güelfismo, quien fue reconocido por unanimidad en la Dieta de Francfort (1208), después de que su rival Felipe de Suabia, hubo perecido asesinado.

Pero Otón de Brunswick, una vez afirmado en el poder, hizo suya la política italiana de Enrique VI, y, en consecuencia, entró en conflicto con el Papa, quien **excomulgó** al emperador y le creó un rival en la propia Alemania en la persona de su discípulo, el Hohenstaufen Federico II. Como se ha dicho al estudiar las monarquías de Occidente, frente a la alianza entre Otón y el monarca inglés Juan Sin Tierra –coalición anglogüelfa– Inocencio III suscitó el acuerdo francogibelino. La guerra fue netamente favorable a estos últimos, quienes derrotaron a Otón en Bouvines (1214). Mientras en Alemania acababa de sonar la hora de Federico II, quien se hizo coronar en Aquisgrán en 1215, Inocencio III, árbitro de la Cristiandad, presidía la exaltación del Papado medieval a la cúspide de su poderío.

Los pueblos centroeuropeos y la expansión alemana. Con suficiente amplitud conceptual podría decirse que el Sacro Imperio estaba limitado, al Este, por una constelación de Estados satélites o marcas, cuya trayectoria presenta acusados

rasgos diferenciales respecto a la del Reich alemán. Los rasgos capitales son la expansión alemana —el *Drang nach Osten*— y el incesante conflicto entre los elementos germánicos y eslavos.

Polonia, que en el siglo X había constituido un reino sólido que se extendería desde el Oder al Dniester, entró en el ámbito occidental gracias a la influencia romana y cluniacense. Sometida continuamente a la presión alemana en el Oeste y rusa en el Este, logró a principios del siglo XII, con Boleslav Boca Torcida (1102-1138), reaccionar vigorosamente hasta el Elba. La anarquía posterior facilitó el nuevo empuje germánico a cargo del duque de Sajonia, Enrique el León, fundador de los obispados de Lubeck y de Danzig, y de su rival Alberto el Oso, creador de la marca de Brandeburgo, embrión de la futura Prusia. La obra de los caballeros teutónicos corresponde al siglo XIII y se estudia en el período siguiente.

Bohemia, constituida alrededor de Praga, en estrechas relaciones de dependencia económica con el ámbito báltico-ruso, y con fuerte influencia occidental a través de la Iglesia romana, comenzó a jugar desde el siglo X su papel característico de marca entre Occidente y Oriente. Incorporada al cuerpo germánico, apoyó a los emperadores en sus luchas contra los papas. Otocar I (1192-1230), fue el primer rey hereditario del país, mientras la colonización alemana alcanzaba su fase de plenitud y se creaba en Praga una burguesía mercantil de origen teutónico.

La Hungría de San Esteban, integrada en el ámbito occidental por el Cristianismo, acabó su formación territorial gracias a los monarcas más ilustres de la dinastía Arpad: Ladislao el Santo (1077-1095) y Kolemán (1095-1114). Al amparo de barreras montañosas, el Estado magiar se constituyó en las llanuras del Danubio y del Tisza, con la Croacia como marca defensiva frente a Bizancio y los eslavos. Estos se neutralizan entre sí y contrarrestan la expansión alemana, lo que proporciona al país una situación de equilibrio.

Servios y búlgaros, poderosos agentes de la eslavización del ámbito balcánico, fueron sometidos y avasallados por el emperador bizantino Basilio II a comienzos del siglo XI. La crisis bizantina de fines de la centuria siguiente facilitó la rebelión de ambos pueblos, que lograron sacudir el yugo imperial. Con el apoyo de la tercera Cruzada constituyóse un imperio búlgaro-valaco, bajo el famoso zar Kalojan (1192-1207), que pronto se desmorona ante el ataque de los húngaros y de los servios.

Amparados por la muralla carpática del empuje eslavo, las poblaciones romanizadas de la Dacia crearon los principados de Moldavia y Valaquia, que lograron consolidarse después del hundimiento del imperio búlgaro, a que antes nos hemos referido. En contraste con el régimen señorial y el gran latifundismo imperante en Polonia, Hungría, Bulgaria y Servia, los principados romanos están constituidos por hombres libres, agrupados en entidades de población bajo la autoridad de jefes locales.

El "Drang nach Osten". El impulso germánico hacia el Este —*Drang nach Osten*— aludido anteriormente, entró en una fase decisiva a mediados del siglo XII, cuando dos grandes señores feudales alemanes, Enrique el León y Alberto el

Oso, hicieron sentir su empuje más allá del Elba, en tierras eslavas, hacia el Báltico y el Oder. El primero se instaló en Lubeck, fundó Rostock y creó una comunidad cisterciense en Doberán. El segundo inauguró una política de engrandecimiento del margraviato de Brandeburgo, que sus herederos proseguirán sistemáticamente. En la centuria siguiente la Orden Teutónica abandona Tierra Santa y se establece en el Vístula, donde echa los cimientos de la otra mitad de la futura Prusia, antes de adueñarse del litoral báltico –Curlandia, Livonia y Estonia– hasta Narva.

Lotario de Supplinburg se preocupó mucho por las marcas del Este, en particular las de Misnia y Lusacia. En efecto, las dos estirpes señoriales que él ayudó a triunfar, los Ascanios y los Wettin, destacaron por su prodigiosa actividad germanizadora. Conrado de Wettin ensanchó los límites de Lusacia, mientras el ascanio Alberto el Oso prefiguró los grandes destinos del futuro Brandeburgo. La lucha entre güelfos y gibelinos durante la época de Conrado III facilitó una reacción eslava: el duelo entre el germanismo y el eslavismo llegó entonces al paroxismo. Mientras el gran Barbarroja acaudillaba en Oriente la tercera Cruzada, los tantas veces citados Enrique el León y Alberto el Oso dirigen la denominada por los historiadores alemanes "Cruzada de los eslavos", decisiva en la marcha hacia el Este.

Las fuentes históricas de la Bohemia medieval designan a los colonizadores alemanes como *Männer der Arbeit*, es decir, hombres de trabajo. En los territorios cubiertos de bosque llevaron a cabo un gigantesco proceso de desmonte para destinar los terrenos a la agricultura. Un proverbio polaco lo recuerda: "Coloca un alemán en un bosque y pronto quedará éste arrasado como si hubiese sufrido los efectos de un furioso vendaval". La colonización germánica, como apunta Stadtmüller, tendió a crear poblados de base agropecuaria; pero su elemento capital fue el trasplante de la ciudad alemana, cuyos fundamentos descansaban parte en el comercio y parte en la explotación minera. Muchas veces los emigrantes se establecían en calidad de *Königliche Gäste*, es decir, de huéspedes reales, a quienes se reconocían determinados privilegios, con lo que gozaban de neta superioridad sobre las poblaciones autóctonas. La colonización fue seguida por una poderosa irradiación cultural del germanismo. Por ejemplo, la estrecha comunidad cultural húngaro-alemana se pone de relieve, incluso en el vocabulario magiar, donde no son raros los términos de origen alemán –"genti", un paño de Gent (Gante); "lobi", un paño de Löven–. Paulatinamente, esa irradiación cultural del germanismo atraería hacia Alemania los afanes de saber de los pueblos centroeuropeos, que hasta entonces miraban hacia Italia y Francia. Este hecho adquirió plena virtualidad a mediados del siglo XIV, con la fundación de Universidades alemanas en Praga y en Viena.

VII

EL IMPERIO BIZANTINO Y SU CONQUISTA POR LOS LATINOS

La época de los Comnenos. El movimiento revolucionario de 1081, antes aludido, puso fin a la época de turbulencias del Imperio bizantino y elevó al poder al caudillo del partido militarista y de los latifundistas de las provincias, Alejo Comneno, quien logró triunfar sobre el partido burocrático de la capital. La familia de los Comnenos, que comenzó a adquirir relieve en Bizancio a partir del siglo X, era oriunda de una aldea cercana a Adrianópolis, y sus miembros figuraron como grandes latifundistas en Asia Menor.

Dejando para los apartados siguientes el estudio pormenorizado de los diversos problemas planteados, hemos de subrayar aquí que los tres primeros Comnenos lograron mantenerse dignamente en el trono bizantino durante un siglo. Alejo I (1081-1118) gobernó de un modo enérgico e inteligente, en particular por lo que se refiere a la defensa de las fronteras del Imperio. Su hijo Juan II Kalojan, es decir, el Bueno (1118-1143), cuyo reinado fue, en frase de Diehl, el imperio de la virtud, pasó la vida al frente de sus ejércitos. El hijo y sucesor de Juan, Manuel I (1143-1180), fue un gran admirador de Occidente y, como veremos, soñó con arrebatar el cetro imperial al soberano germánico y restaurar el Imperio Romano. El movimiento de protesta del elemento nacionalista grecobizantino estalló durante la época de su hijo y sucesor, Alejo II (1180-1183), cuya regencia ejercieron su madre, María de Antioquía, y el favorito de ésta, Alejo Comneno, sobrino de Manuel. El movimiento de protesta aludido estuvo acaudillado por Andrónico Comneno, de la rama segundona de la dinastía y primo de Manuel I.

Personalidad de una energía extraordinaria, Andrónico Comneno fue el prototipo del bizantino del siglo XII, con todas sus virtudes y sus defectos. Después de una vida novelesca de conspirador impenitente, a los sesenta años de edad acaudilló la rebelión contra la política de la regencia de Alejo II. Cuando el populacho de la capital tuvo noticia de que Andrónico se acercaba a ella al mando de grupos armados, dio rienda suelta a su encono contra los occidentales, asesinándoles sin distinción de edad ni sexo. La horrible matanza de latinos de 1182 ensanchó el abismo entre Oriente y Occidente. Al año siguiente, después de haber ordenado el asesinato de Alejo II y de los regentes, Andrónico se convirtió en emperador (1183-1185), hasta que una nueva revolución dio el poder a la dinastía de los Angeles.

Alejo I Comneno y el Occidente. La difícil situación que atravesaba el Imperio de Oriente al advenimiento de la dinastía de los Comnenos, debíase, en gran parte, a la presión de los normandos. En efecto, el fundador del reino

normando de Nápoles, Roberto Guiscardo, después de conquistar las posesiones bizantinas de la Italia del Sur, llevó la guerra a la vertiente opuesta del Adriático. Con una flota numerosa, los normandos abrieron las hostilidades contra Alejo, con el fin primordial de apoderarse de Dyrrachium —la actual Durazzo— en Iliria, donde comenzaba la famosa *Via Egnatia*, que por Tesalónica conducía a Constantinopla. Se ha dicho que esta expedición normanda fue el preludio de las Cruzadas y la preparación de la dominación franca en Grecia.

Para resistir la embestida normanda, Alejo pidió auxilio a Occidente. El emperador Enrique IV, empeñado en su lucha con el papa Gregorio VII, no pudo prestar ayuda al César bizantino; pero la república de Venecia, después de considerar sus propios intereses, decidió socorrer a Alejo I. Efectivamente, los venecianos temían que la expansión normanda en el Mediterráneo apuntara al dominio de la ruta comercial Constantinopla-Oriente, y que la conquista de las Islas Jónicas por las huestes de Guiscardo cerrase a sus naves el libre acceso al Adriático. Las naves venecianas obligaron a los normandos a levantar el asedio marítimo de la plaza de Dyrrachium; pero el ejército bizantino no pudo contener el asalto de las tropas de Roberto Guiscardo, que lograron apoderarse de la ciudad en 1082. A pesar de que la ofensiva normanda en los Balcanes acabara en un fracaso —Dyrrachium volvió a manos griegas al morir Guiscardo— quedaba abierto el camino para ulteriores tentativas.

A cambio de la ayuda prestada, Venecia obtuvo grandes privilegios de índole mercantil, que aseguraron a la República de San Marcos una situación excepcional en Oriente. Un decreto imperial o crisóbulo de Alejo I (1082) autorizó el tráfico en todo el territorio bizantino a los mercaderes venecianos, exentos del pago de cualesquiera derechos y tarifas aduaneras.

La lucha contra los turcos y pechenegos. Mientras los normandos presionaban por el Oeste, los turcos seldjúcidas y los pechenegos amenazaban respectivamente a Bizancio por el Este y por el Norte. Alejo no pudo aprovechar las discordias de los turcos en el Asia Menor, ante los graves problemas que le plantearon las invasiones de los pechenegos en el Norte, auxiliados, en el propio corazón del Imperio, por los adeptos de una de las principales ramas maniqueas o dualistas, los paulicianos o bogomilos —del nombre de su fundador, Pablo de Samosata, y del reformador de la secta, el pope Bogomil—. Trasladados de la frontera oriental a Tracia en el siglo VIII, por el emperador Constantino V, los paulicianos se difundieron por Bulgaria, donde acabaron por convertirse en expresión de la oposición nacional de los eslavos a la política despótica de Bizancio, sobre todo en las regiones búlgaras conquistadas por Basilio II. Ello explica que en vez de defender la frontera septentrional del Imperio, llamaran a los pechenegos para luchar contra Bizancio. A los pechenegos se unieron los kumanos. Su primera embestida fue terrible para Bizancio, que sufrió una gran derrota en el Danubio inferior. La situación se agravó poco después —1090-1091— cuando ambas ramas turcas —seldjúcidas y pechenegos— secundaron la ofensiva del pirata turco Tzachas, que concibió el proyecto de sitiar a Constantinopla por el mar. Parecía que iba a fundarse un Estado turco seldjúcida-pechenego sobre las ruinas del Imperio bizantino. En

aquel momento, la situación de Alejo Comneno puede compararse a la de los últimos años del Imperio, a mediados del siglo XV, cuando los turcos osmanlíes cercaron Constantinopla por todas partes, antes del asalto definitivo a la ciudad.

Para afrontar el grave peligro, Alejo Comneno buscó la alianza de los kumanos o polovtzianos, cuyos kanes Tugor-Kan y Boniak se convirtieron en los salvadores providenciales de Bizancio. En efecto, el 29 de abril de 1091, en una encarnizada batalla, los pechenegos fueron completamente aniquilados. Alejo logró restablecer la situación en las fronteras del Imperio. Ello no quiere decir que Bizancio conociera largos períodos de paz. En la segunda mitad de su reinado, Alejo I sostuvo guerras casi constantes con los turcos del Asia Menor. Tales conflictos fueron, a menudo, venturosos para el Imperio. Por lo que se refiere a las incidencias de la primera Cruzada y a la reacción de Bizancio ante ella durante la época de Alejo I, remitimos al lector al capítulo II.

Juan II: el peligro normando y la alianza con el imperio de Occidente. Ambos factores constituyen los aspectos capitales de la política europea de Juan II, continuación de la llevada a cabo por su padre, Alejo I. Prototipo del emperador soldado, Juan II tuvo que enfrentarse con el peligro que para Bizancio significó la integración de los territorios normandos —Nápoles y Sicilia— por Roger II en 1130 y su conversión en reino. Ello era un duro golpe contra el sueño favorito de los emperadores bizantinos del siglo XII: restablecer sus dominios en el Sur de Italia como en los días de Justiniano. Teniendo en cuenta que el auge normando implicaba a la vez una amenaza contra el Sacro Imperio, sus titulares, Lotario y luego Conrado II, llegaron a un acuerdo con Juan II, que más adelante se convirtió en verdadera alianza entre ambos imperios, el de Occidente y el de Oriente. En las postrimerías del reinado de Juan II, Bizancio vióse amenazado por el Noroeste a consecuencia de la presión mancomunada de Hungría y Servia.

La política oriental de Juan II. El escenario preferido de las actividades del emperador fue el Oriente, con objeto de devolver a Bizancio las fronteras de su época de máximo esplendor. Juan II logró ocupar la Armenia Menor y obtener el vasallaje del principado de Antioquía. Al parecer, pretendió también restaurar la dominación bizantina en el valle del Eufrates e intervenir en los asuntos del reino de Jerusalén. Pero estos proyectos no se realizarían. En el transcurso de una campaña contra los turcos, una herida casual con una flecha emponzoñada segó la vida del emperador en 1143. En el lecho de muerte designó para sucederle en el trono a su hijo menor, Manuel.

Manuel I: la alianza de los dos Imperios y su crisis. En los primeros años de su largo reinado (1143-1180), Manuel I, gran admirador de Occidente, tuvo como norma fundamental de su política la alianza con el Sacro Imperio contra el peligro común de los normandos de Italia. Entre tanto, el peligro seldjúcida resurgía potente en la frontera oriental y para conjurarlo el emperador ordenó la construcción de numerosos puntos fortificados en las zonas estratégicas.

La segunda Cruzada, cuyas vicisitudes hemos estudiado en el lugar correspondiente, produjo una grave crisis en la diplomacia bizantina. En efecto, la

influencia del Imperio en los principados latinos del Próximo Oriente sufrió gran quebranto, mientras la participación de Conrado III en la Cruzada privó a Bizancio de las garantías subsiguientes a la alianza entre los dos Imperios, encaminada, como sabemos, a oponerse al reino normando napolitano. Una vez terminada la Cruzada, Manuel I logró restablecer la situación; pero muy pronto comenzó a dibujarse una poderosa coalición antibizantina, a base de los normandos, Hungría, Servia, Francia, el Pontificado y el güelfismo alemán. Mientras el sucesor de Roger en Nápoles, Guillermo, se proponía romper la alianza de Bizancio con Alemania y Venecia, el nuevo titular del Sacro Imperio, Federico Barbarroja, manifestó su más decidida oposición a la política italiana de la corte bizantina y rompió la alianza de los dos Imperios.

Con esta ruptura, Manuel I apoyó a los adversarios de Barbarroja –las ciudades lombardas– y aspiró a restaurar el viejo Imperio romano con sede en Bizancio. Por su parte, Federico I suscitó dificultades en el Oriente latino contra el dominio griego. De momento, Manuel logró ratificar el poderío bizantino sobre los territorios del Asia Menor; pero la entrada en liza de los turcos invirtió la situación. En 1176, el emperador sufrió la gran derrota de Miriocefalón, que decidió la suerte del Oriente. Al año siguiente, el Congreso de Venecia, al reconciliar a Barbarroja con las ciudades italianas y la curia pontificia, dio al césar germánico un buen pretexto para reivindicar el Imperio único.

Durante el reinado de Manuel I, la antigua grandeza del Imperio bizantino desapareció para siempre. En Occidente se esfumaron, a partir de 1150, todos los sueños de restablecer el dominio en el Sur de Italia; y en Oriente se desplomaron todas las esperanzas del Imperio en Asia Menor después del desastre de Miriocefalón. En todo caso, la política justinianea del emperador, si bien obtuvo algunos éxitos en Occidente –imposición de la soberanía bizantina al príncipe de Servia, transformación de la Dalmacia en un ducado bizantino, contención de la influencia alemana en Hungría–, los cuantiosos dispendios que ocasionaron repercutieron sobre la economía bizantina. A ello hay que añadir el drenaje hacia Palermo, por el normando Roger II, de una parte considerable del comercio mediterráneo. Este monarca reemprendió vigorosamente la política antibizantina de Roberto Guiscardo y puso claramente de relieve sus intenciones al ocupar y arruinar las ciudades industriales griegas de Tebas y Corinto, y deportar a Palermo a los artesanos sederos.

La crisis bizantina durante los últimos Comnenos. El quinquenio transcurrido entre la muerte de Manuel I y la subida al poder de la nueva dinastía de los Angeles (1180-1185) ofrece rasgos interesantísimos en la historia de Bizancio. De un lado la crisis se plantea entre el occidentalismo del fallecido emperador y el nacionalismo griego; y, de otro, en el abismo que se forja entre la porción europea del Imperio, latifundista y señorial, y las posesiones del Asia Menor, donde predomina una burguesía urbana tributaria de la navegación veneciana.

En páginas enteriores nos hemos referido a las vicisitudes durante los reinados de Alejo II (1180-1183) y Andrónico I (1183-1185). Sólo hemos de añadir aquí que para restablecer la unidad del Imperio este último puso en marcha

una política encaminada a sacudir la tutela de la aristocracia territorial y de los mercaderes venecianos, y a elevar el nivel de vida del campesinado. Mientras las drásticas medidas de Andrónico agudizaban la crisis interna, el retorno ofensivo de los normandos, aliados del Sacro Imperio —enlace matrimonial entre el futuro Enrique VI y la heredera de Sicilia, Constanza— precipitó los acontecimientos. En efecto, Guillermo II de Sicilia, al frente de una poderosa expedición, atacó Bizancio para vengar la matanza de latinos en 1182, antes referida, y apoderarse del trono griego. A raíz de la conquista de Tesalónica por los normandos, la aristocracia territorial bizantina logró hacerse con el poder y elevar a la dignidad imperial a uno de sus miembros más caracterizados, Isaac Angel (1185). Andrónico, depuesto, murió entre terribles suplicios.

La época de los Angeles. Oriunda del Asia Menor, la dinastía de los Angeles, elevada al trono por la revolución de 1185, descendía de Constantino Angel, casado con la hija del emperador Alejo Comneno y abuelo de Isaac II Angel, primer emperador de la Casa y emparentado con los Comnenos por línea femenina.

Triunfante la aristocracia latifundista con Isaac Angel (1185-1195), Bizancio llevó la peor parte en el duelo que sostenía con las ciudades italianas por el comercio mediterráneo. La crisis económica, las luchas intestinas, las opresiones fiscales y la devaluación monetaria convirtieron al Imperio de Oriente en fácil presa de los latinos, como se encargaría de demostrar la cuarta Cruzada. En los comienzos de su reinado, Isaac II pudo conjurar el peligro normando, a que antes nos hemos referido, y contener la presión seldjúcida en el Asia Menor mediante ricos presentes y el pago de un tributo anual al sultán turco. Pero la fundación del segundo reino búlgaro de Tirnovo por los hermanos Pedro y Juan Asen, y el movimiento independista servio de Esteban Nemania, debilitaron gravemente la posición de Bizancio en los Balcanes.

La decadencia bizantina y la impotencia de que los occidentales habían dado muestra en Oriente durante la segunda Cruzada, favorecieron la audaz política del sultán de Egipto, Saladino, quien se adueñó de Siria y del reino de Jerusalén en 1187, fundando un imperio musulmán que dominaba los caminos de acceso a la India por el Asia Menor y el Mar Rojo. La réplica occidental —tercera Cruzada, estudiada en el capítulo correspondiente— puso de relieve el abismo entre Bizancio y el Sacro Imperio (Federico I Barbarroja), mientras el rey de Inglaterra, Ricardo Corazón de León, conquistaba la isla de Chipre y la cedía a Guido de Lusignán, expulsado de su reino de Jerusalén por Saladino.

El peligro que para Bizancio había implicado la política de Federico I recrudeció con el hijo y sucesor de éste, Enrique VI, quien unía a la idea de los Hohenstaufen de absorber en beneficio de Occidente el imperio de Oriente, el odio de los normandos a Bizancio —estaba casado con Constanza, heredera de aquel reino— y sus planes de conquista. El destino de Enrique parecía consistir en llevar a la práctica el gran proyecto de su padre: la anexión de Bizancio al imperio de Occidente. Enrique exigió de Constantinopla la cesión de los territorios balcánicos comprendidos entre Dyrrachium y Tesalónica, antes conquistados por los normandos y devueltos a los bizantinos, así como un considerable apoyo naval

que el soberano germánico emplearía en una expedición a Palestina. Isaac apenas tuvo tiempo de contestar, ya que en 1195 se vio depuesto y cegado por su hermano Alejo III (1195-1203). Entonces Enrique VI casó a su hermano, Felipe de Suabia, con Irene, hija del emperador depuesto, con lo que daban a éste esperanzas de recuperar el trono bizantino. Los proyectos de Enrique tendían a ocupar todo el Oriente cristiano, secundado por los soberanos de Chipre y la Armenia Menor. De poder instalarse en Siria, el soberano germánico amenazaría por todas partes al Imperio bizantino. La repentina muerte de Enrique en 1198 salvó por unos años la existencia del imperio de Constantinopla.

La decadencia de Bizancio y la cuarta Cruzada. A la luz de los acontecimientos inmediatos, parece evidente que Enrique VI planteó con toda claridad la cuestión del imperio bizantino como condición previa del éxito de las Cruzadas. Ya nos hemos referido a la crisis profunda que azotaba al Oriente. La ambiciosa política de los Comnenos había exigido un esfuerzo superior a las posibilidades bizantinas, mientras el desequilibrio presupuestario y los desastres militares de fines del siglo XI exigieron la devaluación monetaria del nomisma o besante, la pieza de oro que fue el instrumento por excelencia del gran comercio hasta las postrimerías de la centuria siguiente. La fundación de los Estados latinos de Siria y Palestina y el establecimiento de colonias italianas, provenzales y lenguadocianas en sus puertos desvió de Constantinopla una parte muy notable del comercio entre Asia y Europa. En el corazón del Imperio, los privilegios concedidos por razones políticas a los venecianos, genoveses y pisanos, permitieron a éstos realizar pingües beneficios, mientras el peso tributario imposibilitaba el desenvolvimiento de un capitalismo bizantino, capaz de competir con los mercaderes extranjeros. Como observa Ganshof, sólo el arte conserva el esplendor de Bizancio en Rusia, Servia, Chipre e incluso en el reino normando de Sicilia; en la capilla palatina de Palermo, en la catedral de Monreale y en la Martorana, el arte de los Comnenos y los Angeles manifiesta todo su esplendor.

Al predicar la cuarta Cruzada, el papa Inocencio III deseaba arrancar los Santos Lugares de manos muslimes y lograr la unión de la Iglesia oriental con Roma, así como la afirmación de la teocracia pontificia brindando a la desunida Europa —anglogüelfos contra francogibelinos— un objetivo común. Venecia y su dux, Enrique Dandolo, aspiran a un objetivo concreto: el emporio del comercio mediterráneo. El emperador Felipe de Suabia hereda los proyectos de Enrique VI y acaricia el acceso al trono de Bizancio restaurando previamente en él a Isaac Angel. Los señores feudales de Occidente, ávidos de conquistas y de botín, respondieron a la llamada pontificia y se organizó rápidamente la Cruzada. Como jefe del ejército expedicionario fue elegido Teobaldo de Champaña, el que, al morir repentinamente, era sustituido por otro jefe, siendo designado Bonifacio de Montferrato, cuñado de Felipe de Suabia.

Las bases principales de los latinos en Oriente eran entonces los dos centros industriales de Antioquía y Trípoli, y la fortaleza costera de San Juan de Acre. El fin inmediato de la expedición era Egipto, del cual dependía Palestina. Los cruzados debían reunirse en Venecia, cuya República había ofrecido el transporte de los expedicionarios mediante una suma de dinero. Pero el dux Enrique

Dandolo se hizo pagar con la conquista de la ciudad de Zara, en el litoral dálmata del Adriático, que anexionó a la República de San Marcos. Zara se había separado de Venecia poco antes, entregándose al rey de Hungría, uno de los cruzados. De este modo, la empresa contra los infieles empezaba por el asedio de una ciudad que pertenecía a un monarca expedicionario. Desde el campamento de Zara, la expedición se dirigió a Constantinopla en 1203.

Los occidentales conquistan Constantinopla. El problema de la desviación de la Cruzada ha hecho correr raudales de tinta. Unos lo han atribuido –"teoría ocasional"– a circunstancias fortuitas, y otros –"teoría de la premeditación"– a la deliberada voluntad de Venecia y del Sacro Imperio. En todo caso, a las razones ya aducidas conviene añadir las siguientes: por parte de Venecia, su imperio económico mediterráneo había sufrido un grave quebranto a consecuencia de los privilegios otorgados a los genoveses por Alejo III; y en cuanto a Felipe de Suabia, la desviación de la Cruzada le permitiría humillar las pretensiones ecuménicas de Inocencio III y al mismo tiempo resolver los problemas de la Siria latina con la implantación de un nuevo orden occidental en el Bósforo. Mientras Inocencio III no se dejaba tentar por el argumento que le fue esgrimido: la unión de las dos Iglesias y el señorío de Asia, el pacto de Corfú entre los principales protagonistas decidió el destino de la expedición.

A fines de junio de 1203 apareció ante Constantinopla la flota de los cruzados. Después de desembarcar en la villa europea y apoderarse del arrabal de Galata, en la ribera izquierda del Cuerno de Oro, penetraron en el puerto; los caballeros tomaron la ciudad el 17 de julio de 1203. Alejo III huyó llevándose los tesoros públicos y las joyas de la Corona. Isaac II fue libertado y restablecido en el trono y su hijo Alejo, cuñado de Felipe de Suabia y llegado con los cruzados, fue proclamado coemperador con el nombre de Alejo IV.

Era un simple compás de espera. Bajo la presión del partido popular, hostil a los expedicionarios extranjeros, una revolución elevó al poder a Alejo Ducas Murzuflo, quien depuso a Isaac II y Alejo IV. El primero murió en la prisión y el segundo fue estrangulado. La réplica de los cruzados no se hizo esperar. En marzo de 1204 se firmó un tratado entre Venecia y los caballeros acerca del reparto del Imperio una vez ocupado. La ciudad cayó en sus manos el 13 de abril siguiente y fue horriblemente saqueada. La tirantez eslavobizantina –peligro búlgaro al norte del Imperio, al que antes nos hemos referido– facilitó la empresa de los latinos. La cuarta Cruzada, al crear un imperio colonial veneciano en Oriente, dio a la República de San Marcos incalculables ventajas mercantiles. En los comienzos del siglo XIII, Europa no comprendía ya la idea de Cruzada, cuyas motivaciones religiosas fueron pospuestas a las exigencias económicas. La cuarta Cruzada había escapado de las fuertes manos de Inocencio III.

El imperio latino de Constantinopla duró algo más de medio siglo (1204-1261) y su primer soberano fue Balduino I, conde de Flandes y del Hainaut, con el título de "emperador de Romania". Cada jefe procuró tallarse un principado o un señorío, de hecho independiente del emperador, mientras éste proclamaba el fin del cisma y la reintegración del Oriente a la obediencia romana. Mientras los búlgaros renovaban sus ataques en las provincias septentrionales, la

tradición bizantina se refugió en Asia, donde se constituyeron los imperios griegos de Nicea y Trebisonda, y en el Epiro, alrededor del "déspota" Miguel I Angel. Como escribe Pirenne, la cuarta Cruzada, movilizada para combatir al Islam acabó con la destrucción del único imperio cristiano capaz de defender a Europa contra los turcos y la feudalización de las provincias europeas de Bizancio. Contra el fin del cisma, idea que llenó de gozo a Inocencio III, se sublevó el pueblo de Constantinopla y restableció al patriarca en su autoridad. El emperador y los señores feudales latinos constituyeron sólo una pequeña minoría dominante, superpuesta al pueblo de rito griego.

Los establecimientos latinos en el Asia Menor. A raíz de su conquista por la primera Cruzada, los occidentales organizaron el reino de Jerusalén a base de una verdadera diarquía entre el monarca y el patriarca e impusieron en todos sus establecimientos el régimen feudal. El primer rey, Godofredo de Bouillón (1099-1100) tuvo que luchar contra los fatimitas y logró extender sus dominios, además de la capital, a las plazas de Tiberíades, Ranalah, Jaffa, Arsuf y Cesarea. En la formación de una verdadera "nación latina" en Siria cooperan los principados que han creado los otros jefes cruzados, como Bohemundo y Tancredo, las Ordenes militares y la emigración de peregrinos y colonos.

Sucedió a Godofredo su hermano Balduino I, conde de Edessa (1100-1118), quien logró ensanchar los dominios del reino de Jerusalén por el litoral mediterráneo y la cuenca del Jordán y del Mar Muerto. Derrotó a los fatimíes en Ascalón y con la ayuda de peregrinos y naves ingleses, escandinavos y venecianos conquistó la plaza de Sidón. Su sucesor, Balduino II (1118-1131), logró apoderarse de Tiro. Las luchas intestinas comenzaron durante el reinado de su yerno, el angevino Foulques, casado con su hija Melisenda (1131-1144), quien tuvo que hacer frente a la ofensiva de Zenguí de Mossul —toma de Edessa—, que provocaría la segunda Cruzada. Por entonces adquirió el reino de Jerusalén su extensión máxima, ya que en sus límites había un dominio real (Jerusalén, Acre y Tiro), cuatro grandes feudos (baronías de Jaffa, Galilea, Sidón y Montreal) y doce pequeños feudos. Jerusalén fue conquistado por Saladino en 1187, lo que motivó la tercera Cruzada, que hemos estudiado en el lugar correspondiente, así como las vicisitudes subsiguientes hasta la conquista de Constantinopla por los latinos (1204).

La economía bizantina: el fin del dirigismo y las colonias extranjeras (1081-1204). Mientras, como observa Bréhier, la historia social de Bizancio no fue más que una lucha perpetua entre los grandes terratenientes y el poder central, el régimen de la propiedad jamás fue estable, a consecuencia de las frecuentes confiscaciones, guerras e invasiones a que estaba expuesta.

Después de la sujeción de la aristocracia latifundista por los emperadores de la dinastía macedónica, los grandes dominios comienzan a convertirse en el régimen normal de la tierra en las postrimerías del siglo XI. En adelante, el suelo pertenece exclusivamente a los poderosos, arcontes o monasterios autónomos. "El problema de la pequeña propiedad rural fue el drama interno que agitó la vida del Imperio a lo largo de su historia. La desaparición de la clase de labradores libres

fue una de las causas de su derrumbamiento." La disminución de la pequeña propiedad libre comenzó a manifestarse en la segunda mitad del siglo XI, para agravarse, en gran parte a causa de los impuestos, en las etapas sucesivas, hasta la caída del Imperio en 1453.

Hasta fines del siglo XI se mantuvo, en la industria y el comercio, la economía dirigida, que requería un poder central vigoroso. Al debilitarse éste, a partir de los Comnenos, el mercado libre se sobrepuso a los monopolios, que acabaron por ir a parar a manos de las colonias extranjeras. Ello implicó la ruina del Estado bizantino.

Al advenimiento de Alejo Comneno en 1081, la situación del Imperio era realmente crítica. Por vez primera se rebaja momentáneamente la calidad del *nomisma,* o besante, sueldo de oro que en lo sucesivo se llamó *hyperpere*. Alejo I y sus sucesores procuraron restablecer la situación política de Bizancio, pero a costa de la riqueza del Imperio. Frente al peligro normando, desde la Italia meridional, los emperadores tuvieron que aliarse con las repúblicas italianas de Venecia, Génova y Pisa, las cuales pusieron sus fuerzas navales al servicio de Bizancio mediante la concesión de establecimientos mercantiles permanentes en Constantinopla y de privilegios comerciales onerosos, que provocaron la ruina de la industria y del comercio bizantinos. En adelante, los beneficios derivados de estas actividades económicas enriquecieron sólo a los extranjeros y a los grandes propietarios que disfrutaban de privilegios.

Conviene tener en cuenta que las Cruzadas, con el establecimiento de Estados francos en Siria, privaron a Constantinopla de su privilegiada situación como mercado central entre Oriente y Occidente. En contraste con la decadencia económica de Bizancio, en el siglo XII se plasma, como sabemos, el poderoso despertar del Occidente europeo. Sobre estos factores de base, la torpe política de los Angeles determinó la inexorable ruina de Bizancio.

VIII

LA PERIFERIA EUROPEA: ESCANDINAVIA Y RUSIA

Consideraciones generales sobre el ámbito escandinavo. Escandinavia entra en la Historia, por lo que atañe a sus contactos con Occidente, con las expediciones de los vikingos, es decir, en el gran período de expansión de los pueblos nórdicos, de fines del siglo VIII a mediados del XI, y la influencia del Cristianismo. Como escribe Lucien Musset, en el desarrollo de la citada fase expansiva, "los escandinavos abordan el Occidente como piratas —vikingos— y el Oriente como mercaderes —varegos—; este esquema etimológico muestra claramente el doble aspecto de aquel poderoso movimiento migratorio y contribuye a explicar la hostilidad occidental hacia los vikingos y la buena acogida —en general— de las poblaciones eslavas a los varegos".

El siglo X fue la época de la grandeza escandinava, inaugurada y cerrada por acciones decisivas: destrucción de Util, capital de los kazaros del Volga, por los varegos (909); instalación de Rollon en Normandía (911); "descubrimiento" de América —el enigma del Vinland— (hacia el año 1000); y expedición de Ingvar hacia el Caspio (1040). En la centuria siguiente, pese a algunas individualidades de gran relieve y a la fundación de la primera unidad escandinava por Canuto el Grande (1014-1035), Escandinavia comienza a replegarse en su mundo peninsular. Se fijan las fronteras definitivas y cada uno de los Estados —Dinamarca, Suecia y Noruega— organiza su unidad. Hacia el Sur, la construcción del Daneviske instaló la frontera militar a caballo de la línea Sli-Ejder, donde permanecerá hasta la guerra de los ducados (1864). En todas partes, salvo en el Norte, el mar constituye una delimitación precisa. Pero si las fronteras comienzan a trazarse, la idea de la existencia de distintas nacionalidades en el ámbito escandinavo se abre paso lentamente. En los albores del año 1000, el danés Haroldo Blâtöon domina el Sur de Noruega; luego, el sueco Erik Segersäll interviene en Dinamarca, y a principios de la centuria siguiente, Canuto el Grande intenta anexionar Noruega y parte de Suecia a su imperio anglodanés, sin encontrar gran resistencia. La idea de una comunidad lingüística escandinava sobrevive a la misma comunidad: hacia 1340, el monje irlandés Eystein Asgrimsson invoca todavía como suya la lengua danesa.

La cristalización del mundo escandinavo en tres entidades estatales fue el legado del siglo X, mientras la evangelización modificaba profundamente las costumbres y las antiguas instituciones. En la centuria siguiente, después del fracaso de la tentativa de unificación de los países ribereños del Mar del Norte bajo la hegemonía danesa y de los últimos sobresaltos del movimiento vikingo, Dinamarca y Noruega se integran plenamente en la civilización occidental mientras Suecia, a pesar de las influencias extranjeras —inglesas, principalmente— permanece al margen de la trayectoria escandinava general y

dirige sus pasos hacia la expansión por tierras eslavas, desde donde participa en el gran comercio con los países del Islam. Hasta cierto punto, esta divergencia es paralela a la oposición que se registra en los aspectos políticos e intelectuales del Norte europeo, entre los Estados del Atlántico y los del Báltico.

Por lo que atañe al Occidente, acabamos de decir que la expansión demográfica escandinava finalizó en el siglo XI con las postreras expediciones de los vikingos. A partir del siglo XIII se invirtió la situación y desde entonces el rasgo dominante consistió en una fuerte inmigración alemana. Un especialista moderno, Musset, ha establecido la siguiente relación de fuerzas en el ámbito escandinavo en la época que estudiamos: "si se atribuyen 10 a Dinamarca se pueden dar 4 a Noruega, 1 a sus dependencias de ultramar y 6 a Suecia. El cálculo difiere mucho de la situación actual; pero refleja los recursos propiamente agrícolas de cada país".

El Cristianismo en Escandinavia. Los primeros contactos entre el paganismo escandinavo y la cristiandad occidental debiéronse a las expediciones normandas. El Cristianismo y la civilización europea penetraron en el Norte siguiendo las rutas jalonadas por los mercaderes y los vikingos: la del Oeste, del Imperio franco y de Inglaterra al Báltico meridional y a Noruega; y la del Este, desde Constantinopla a Suecia, pasando por Kiev. La primera fue la más importante. Ello no quiere decir que Escandinavia no fuera objeto de una tenaz ofensiva ortodoxa a raíz de la conversión de la Rusia de Kiev a fines del siglo X. El primer núcleo de cristianos orientales en Escandinavia, fue creado por el rey de Noruega, Haroldo el Severo —hacia 1060—, quien estuvo en constante conflicto con el arzobispo católico de Brema-Hamburgo, Adalberto.

Los países bálticos sufrieron más directamente la presión ortodoxa y a partir de mediados del siglo XI, varias expediciones rusas penetraron en la Estonia oriental. Sin embargo, a excepción de los sectores del Este, ganados en parte a la ortodoxia en el siglo XIII, el mundo báltico continuó aferrado al paganismo. En Finlandia, acabó por triunfar el catolicismo, mientras en Carelia se impuso la ortodoxia rusa —monasterios de Valamo, Konevits y Solovetsk.

En general, el ámbito escandinavo constituyó la avanzada del catolicismo en el Este. La evangelización fue lenta. En el siglo IX, San Anscher, abad de Corbie, se entregó en cuerpo y alma a esta obra desde su obispado de Hamburgo y logró que se edificaran varias iglesias en el Schleswig-Holstein. La conversión de Noruega quedó asegurada por la protección dispensada a los misioneros por el rey Olaf Trygvasson. Desde el año 1000 comenzaron a establecerse obispados en Dinamarca y Suecia. Una intensa colonización monástica por cluniacenses y cistercienses aseguró el triunfo del Cristianismo y de la cultura occidental en el Norte.

Escandinavia y el Occidente. La evangelización del Norte de Europa y el hecho de que el Cristianismo se convirtiera en el elemento vivificador de la civilización escandinava, constituyen las premisas sobre las cuales, desde el siglo XII, incluso Suecia orientó decididamente sus destinos hacia el Occidente. En efecto, la decadencia de Bizancio desde la primera Cruzada restó posibilidades a la

ruta económica Constantinopla, Kiev, Báltico, pronto suplantada por el eje Venecia-Brujas unido a través de las ferias de Champaña. Como escribe Pirenne, los mercados rusos, que durante cuatro siglos habían sido el punto de contacto entre Asia y Europa, fueron abandonados, los puertos eslavos y escandinavos del Báltico, antes atraídos por Bizancio, se orientaron hacia Brujas y Londres, etapas del Norte de Europa hacia el floreciente Mediterráneo reconquistado por las Cruzadas.

De la crisis de la primera unidad escandinava a los precedentes de la segunda (siglos XI-XIV). La primera unidad escandinava —imperio de Canuto el Grande, estudiado en el lugar correspondiente— se dislocó al morir el rey en 1035. La segunda —Unión de Kalmar— no se estableció hasta fines del siglo XIV. Nos corresponde sintetizar aquí esta etapa intermedia, caracterizada por la trilogía escandinava.

Dinamarca fue gobernada por la dinastía de los Estrids o Estriditas, fundada por un sobrino de Canuto el Grande, Svend Estridsoen (1047-1074), quien reorganizó el país según el modelo occidental, mientras en la política exterior no aspiró más que a hacerse respetar. Su sucesor, Haroldo (1074-1080), tuvo que enfrentarse con las continuas rebeliones de sus hermanos, que recorrían el Mar del Norte como vikingos. Canuto el Santo (1080-1086) fue un soberano enérgico y gran protector de la Iglesia. En 1085, de acuerdo con el rey de Noruega, Olaf Kyrre, y con su suegro Roberto, conde de Flandes, preparó un desembarco en Inglaterra. Al exigir el tributo del *leding* para la flota concentrada en el Limfjord, estalló una rebelión en la Jutlandia septentrional y Canuto fue asesinado, con sus acompañantes, en la iglesia de San Albano de Odensee (10 de julio de 1086). Considerado muy pronto como un santo, Canuto se convirtió en el patrono del reino danés. Lo sucedieron sus hermanos Olaf, Erik I y Niels (Nicolás), que reinaron de 1086 a 1134. El primero apenas ha dejado rasgos perceptibles en la historiografía; el segundo, un antiguo vikingo, murió como cruzado en Paphos, en 1103; y el tercero presidió un período pacífico, en el que Dinamarca ingresó plenamente en el concierto de países europeos.

En Noruega, a la caída del imperio de Canuto el Grande, logró hacerse con el poder Magnus el Bueno o el Bravo (1035-1047), hijo natural del gran monarca anterior Olaf el Santo, gran impulsor del movimiento urbano. Le sucedió un pariente lejano, Haroldo el Severo, que se comportó como un rey vikingo (1047-1066). El gobierno de su hijo, Olaf Kyne (el Tranquilo; 1066-1093), fue excepcionalmente pacífico: los acuerdos con el rey de Dinamarca y con el arzobispo de Brema pusieron fin a las grandes empresas del anterior reinado. La Iglesia noruega recibió una organización estable, fundada en el predominio de los santuarios de San Olaf, Santa Sunniva y San Hallvard.

Este período pacífico duró poco tiempo. Hakon y Magnus, sus sucesores (1093-1103), recuerdan los procedimientos de Haroldo el Severo. Magnus fue un vikingo que se esforzó por conservar el imperio marítimo occidental noruego —expediciones a las Hébridas, Orcadas, Man e Irlanda—. Habiéndose implantado la costumbre de los reinados conjuntos, subieron al poder los tres hijos de Magnus: Eystein (1103-1123), Sigurd (1103-1130) y Olaf (1103-1115).

Sigurd hizo un gran periplo hasta Tierra Santa, donde luchó como cruzado. Noruega había ingresado plenamente en la comunidad cristiana.

La extinción de la dinastía de Upsala, en Suecia (1060), elevó al poder a la de los Stenkil, originaria de una noble familia del Gotland. Una reacción pagana posterior fue dominada por el rey Inge el Viejo. A comienzos del siglo XII extinguióse la dinastía de Stenkil y el nuevo rey, Sverker, en la asamblea religiosa de Linköping, preparó la autonomía de la Iglesia sueca.

Desde fines del siglo XI a las postrimerías del siglo XIV, el mundo escandinavo acepta su división en tres organismos políticos, mientras va desvaneciéndose el sentimiento comunitario en las colonias fundadas en Irlanda, Inglaterra, Francia y Rusia. Ello no quiere decir que el Norte se repliegue sistemáticamente sobre sí mismo. Escandinavia se ha incorporado a la Cristiandad occidental y en vez de continuar enviando hordas piráticas contra los otros países, se beneficia de las motivaciones ideológicas que en el sur de Europa condicionan la Reconquista en España y las Cruzadas en el Próximo Oriente. En Estonia, en Finlandia y en Groenlandia, la expansión escandinava se manifiesta en forma de cruzada, de elemento civilizador. Desde los comienzos del siglo XI, Escandinavia ha dejado de constituir un mundo aparte en el aspecto religioso; en el XII, asimila la lección de Occidente desde el punto de vista militar, económico, social y literario, con la excepción de Islandia, que conserva sus rasgos originales.

Dinamarca. Entre las postrimerías del reinado de Niels (Nicolás), de quien nos hemos ocupado anteriormente, y el advenimiento al trono de Valdemar el Grande, en 1157, Dinamarca conoció un período de un cuarto de siglo de guerras civiles entre una serie de monarcas efímeros y la gran nobleza. Valdemar el Grande (1157-1182), de acuerdo con la Iglesia y las grandes familias nobiliarias, pudo reemprender una política de expansión. Plegándose a las exigencias de la política imperial, sometió el país de los vendos, en la costa sur del Báltico, y comenzó a disputar el dominio del espacio báltico al germanismo y al eslavismo. También se apoderó de la isla de Rugen y de los puertos de Julin y de Wollín, y fundó las ciudades de Danzig y Copenhague.

Con su sucesor, Canuto IV (1182-1202), desapareció la colaboración germanodanesa en el Báltico, mientras las jerarquías eclesiásticas adquirían fuerte ascendencia en la política interior del país —gobierno de los obispos—. Canuto y su hermano Valdemar II el Victorioso (1202-1241), dirigieron el peso de su actividad por tierras de Estonia. Valdemar emprendió luego una fugaz expansión en el Norte de Alemania, aprovechando las perturbaciones en la época de Otón IV y Federico II. En 1208, los daneses pasaron el Elba y fundaron Harburg, en la orilla izquierda, y en 1216 ocuparon Hamburgo. Ello planteó la cuestión del Holstein, que envenenó la Historia danesa hasta 1866. En 1227, Valdemar sufrió una grave derrota en Bornhöved y la frontera con Alemania quedó fijada en el Ejder. Dinamarca tuvo que renunciar a todo intento expansivo y muy pronto todas sus fuerzas fueron absorbidas por una lucha entre el trono y el altar, que por su violencia recuerda los acontecimientos alemanes de la centuria anterior.

En efecto, entre la muerte de Valdemar II y los comienzos de la grave anarquía que precedió a la segunda unidad escandinava (1241-1319), la vida danesa vióse perturbada por las agitaciones dinásticas, las pretensiones de las más altas jerarquías eclesiásticas y las dificultades financieras. La Constitución de 1282, verdadera "Carta Magna" de la Dinamarca medieval, reconoció los privilegios de las clases nobiliarias y altas jerarquías eclesiásticas, y su participación en la dirección política del reino. A partir de aquel momento, la era de las rivalidades entre los países escandinavos ha concluido; solidaria en sus intereses, la aristocracia de los tres reinos entra en lucha contra la monarquía.

Debilitada por dificultades financieras, devaluaciones monetarias y continuas creaciones de impuestos, la corona danesa inauguró, a comienzos del siglo XIV, la desastrosa política de ceder en prenda vastas regiones del país a los príncipes alemanes, sus vecinos, mientras, para satisfacer a éstos, se empeña en establecer su soberanía en Mecklemburgo y la Pomerania. Entre 1319 y 1340, Dinamarca se debate en medio de una fuerte anarquía interior, que convierte al país en un verdadero dominio de los condes de Holstein. Los comienzos de la recuperación fueron obstaculizados por la terrible peste negra (1348-1349). Medio siglo después, la Unión de Kalmar colocó de nuevo a Dinamarca en el primer plano de la vida escandinava.

Noruega y sus dependencias occidentales. Entre la muerte del rey Sigurd, en 1130, y el advenimiento al trono de Hakón IV, un siglo después, Noruega conoce un período de crisis internas, presidido por las rivalidades entre los pretendientes a la corona y los conflictos entre ésta y las jerarquías eclesiásticas. Con Hakón IV (m. 1263) nació verdaderamente la monarquía noruega medieval. Este monarca reafirmó el dominio del país sobre las islas Orcadas e impuso su autoridad en Groenlandia e Islandia. Mantuvo una estrecha alianza con Suecia y entabló relaciones políticas y económicas con las principales potencias europeas. En la política interior, Hakón IV hizo desaparecer, al menos provisionalmente, las causas de las discordias. Menos evolucionada que Dinamarca desde el punto de vista social, Noruega no conocía aún el problema nobiliario. Sin embargo, los conflictos con las jerarquías eclesiásticas exigían un remedio eficaz. En 1247, el rey llegó a un acuerdo satisfactorio con el papa Inocencio IV.

Su hijo, Magnus el Legislador (1263-1280), consolidó la obra restauradora, aunque en algunos aspectos Noruega volvió a deslizarse por caminos peligrosos. Por la paz de Perth (1266), cedió las Hébridas y Man a Escocia, mediante el pago de un tributo anual, y en su empeño por crear una monarquía según los modelos de Occidente, cometió la imprudencia de edificar los cuadros feudales de la nobleza noruega. Asimismo otorgó privilegios a los mercaderes alemanes, que les permitieron competir peligrosamente con el comercio nacional. De este modo, impulsado por necesidades financieras, Magnus inauguró la larga serie de abdicaciones implicadas en los tratados entre Noruega y la Hansa. Este rey debe la gloria a su obra jurídica, que sustituyó los diversos lazos provinciales por un código común al reino y sus dependencias. Entretanto, el país se adaptó a la civilización occidental.

Durante el reinado de Erik Magnusson (1280-1299), Noruega conoce los

mismos problemas que la monarquía danesa de la época: perturbaciones debidas al poderío nobiliario, las pretensiones del episcopado y la expansión del comercio hanseático. Su hijo y sucesor, Hakón V (1299-1319), gobernó con energía y frenó las apetencias de poder de la nobleza, reservando los títulos más elevados de la jerarquía a la familia real. Frente a la Hansa, ensayó una política enérgica; pero no pudo sacudir la tutela económica del comercio germánico. En 1319, su nieto, Magnus Eriksson, logró reunir las coronas de Noruega y Suecia.

Las dependencias occidentales de Noruega estuvieron constituidas por las islas cercanas a Escocia, Islandia, Groenlandia y el enigma de Vinlandia, que plantea el problema de los escandinavos en América. Desde los tiempos de San Olaf, y sobre todo desde la ruina de los establecimientos noruegos en Islandia, la autoridad de la corona de Noruega se hizo sentir más o menos directamente sobre cuatro grupos insulares adyacentes a Escocia: Las Feroe, las Shetland, las Orcadas y las Hébridas, con la isla de Man. Estas últimas, muy impregnadas de celtismo, fueron cedidas a Escocia en 1266, por el tratado de Perth. El centro de este dominio radicó en las Orcadas, que junto con las Shetland pasaron a formar parte de Escocia en 1468. Las Feroe, en cambio, continuaron siendo escandinavas por su situación en la ruta de Islandia.

Si la difusión del Cristianismo constituyó el gran acontecimiento de la historia islandesa en el siglo XI, el desarrollo de la Iglesia preside la centuria siguiente. Alejada del resto del mundo, Islandia no poseía fuerzas militares, ni una política exterior, ni apenas poblados: su historia económica, como su evolución artística, se separan de las del resto del mundo. En cambio constituyó un poderoso núcleo intelectual, con figuras de tanto relieve como Snorri Sturleison y su sobrino Sturla Thordharson (siglos XII-XIII), hasta que la miseria arruinó la isla a fines de la Edad Media. Islandia no podía vivir separada del resto del mundo, puesto que tenía que importar cereales, maderas y manufacturas, que pagaba exportando lana, queso, cueros y pescado. En 1264, Islandia enajenó su independencia y reconoció su anexión a la corona de Noruega. Este tratado, denominado "Viejo Pacto", estipulaba el impuesto a pagar al rey, el respeto a la legislación autóctona, la exención de derechos aduaneros y la obligación por parte de la corona de enviar anualmente seis navíos de comercio a la isla. De hecho, sin embargo, la organización de Islandia modificóse rápidamente.

A fines del siglo X, Erik el Rojo fundó el primer establecimiento noruego en Groenlandia, al que posteriormente siguieron otros. Políticamente, Groenlandia siguió el ejemplo de Islandia. Los pequeños establecimientos costeros comenzaron a decaer en el siglo XIV para desaparecer por completo en el XVI: en su lugar se establecieron los esquimales. Desde Groenlandia, es natural que los escandinavos prosiguieran sus expediciones. En efecto, el primer texto en el que aparece citada Groenlandia habla también de un país más lejano, Vinland, al que también se refieren las sagas de Erik el Rojo y de Thorfinn Karlsfni. Ello plantea el problema de la llegada de los normandos al Nuevo Mundo a fines del siglo X y comienzos del XI. Luego aquella región, la primera de América que los europeos alcanzarían, quedaría relegada al olvido por las mismas razones que Groenlandia.

Suecia. A comienzos del siglo XII, Suecia es el país escandinavo más arcaico y peor conocido. Sólo a partir de 1250, con el advenimiento de los Folkungar comienza a situarse al nivel de sus vecinos. Hasta la fecha citada, la Historia de Suecia se caracteriza por la lucha entre dos dinastías rivales, la de Sverker y la de Erik Jedvardson, que alternativamente ocupan el trono, y por el desplazamiento del centro de gravedad del país hacia el Sur: Upsala, llena de recuerdos paganos, cede la primacía al Gotland, donde se anuda la alianza entre la realeza y la Iglesia, y se establecen los primeros contactos con los mercaderes alemanes.

En 1250, al morir Erik Eriksson, se adueñó del Estado sueco su cuñado Birger, de la poderosa familia de los Folkungar, quien hizo elegir rey a su hijo Valdemar y emprendió la transformación del país con el auxilio de la Iglesia y de la aristocracia territorial. El hecho dominante del período es el desarrollo económico. Birger fundó en un islote una fortaleza, núcleo del futuro Estocolmo, en donde se establecieron mercaderes alemanes en estrechas relaciones económicas con Lübeck y Danzig. Poco después, Suecia descubre en su suelo su primer gran producto de exportación: las minas de cobre. Ello produce un notable auge económico, reflejado en la profusión de monumentos góticos, como la catedral de Upsala. La expansión continuó hasta la crisis del siglo XIV, caracterizada, desde el punto de vista político, por la inestabilidad de la realeza y sus conflictos con la aristocracia.

La expansión escandinava en el espacio báltico. Suecia debió su posición dominante en el Báltico a la isla de Gotland, que todavía en la segunda mitad del siglo XII llevaba a cabo un tráfico activo con Novgorod. La actividad de los piratas finlandeses, carelianos, principalmente, era un obstáculo a este tráfico. Por otra parte, Finlandia, que se mantenía fiel al paganismo, constituía un terreno natural de expansión para los pueblos cristianos. Los suecos fueron los primeros en llegar; pero antes de limitar sus esfuerzos a Estonia y al país de los vendos, los daneses hicieron, al parecer, dos expediciones a Finlandia (fines del siglo XII y comienzos del XIII). A su vez, los de Novgorod penetraron en Carelia y chocaron con los suecos desde 1186.

Según la tradición, la primera "cruzada" en Finlandia la llevó a cabo San Erik a mediados del siglo XII; pero la penetración sueca fue lenta y bastante superficial. La evangelización recibió un fuerte impulso por la actividad del dominico inglés Thomas, canónigo de Upsala. La conquista política fue emprendida por Birger a mediados del siglo XIII, lo que motivó la réplica de los rusos de Novgorod. La "guerra de Carelia" duró hasta 1323, con un reparto de Finlandia entre Suecia y Rusia. Entonces el territorio finlandés recibió su organización política, calcada en el modelo sueco.

Desde el golfo de Finlandia a la desembocadura del Vístula, los pueblos autóctonos habían mantenido relaciones comerciales con los escandinavos; pero estos lazos parecen haberse relajado a partir de fines del siglo XI. Lo demuestra el hecho de que el Cristianismo escandinavo no intentara penetrar seriamente allí antes del siglo XIII. Sin embargo, los escandinavos tuvieron que pensar en una política sistemática si no querían ser rebasados por los alemanes en todo el espacio báltico. Hacia 1180, el monje alemán, Meinhard, echó los cimientos de la

cristiandad letona, que acogió bajo su protección el Papa Inocencio III: un canónigo de Brema, Alberto, reclutó una cruzada en Westfalia, desembarcó en el Düna y fundó la ciudad de Riga. Muy pronto surgió una milicia reconocida por el Papa, los *Fratres militiae Christi*, más conocidos con el nombre de caballeros Porta-Espada. El obispo Alberto hizo reconocer la posesión de la Livonia como feudo imperial y procuró la inmigración de pobladores germánicos.

La réplica danesa no se hizo esperar. En 1206, el arzobispo Andreas Sunesoen llevó a cabo una expedición a la isla de Osel y poco después el rey Valdemar II preparó otra para coronar mediante una conquista la obra de los misioneros daneses en el sudeste de Estonia. En respuesta a la fundación de Riga, los daneses fundaron Tallinn (Reval). La llegada de los Caballeros Teutónicos a Prusia en 1228 pareció asegurar el triunfo total del germanismo báltico; pero los daneses consiguieron asegurarse el dominio de las provincias de Tallinn y Narva.

La Estonia danesa, vinculada a la provincia de Lund, quedó sometida en las mismas condiciones que la Livonia alemana: en Reval la mayor parte de la población burguesa era originaria de Lübeck, y los señores feudales del país, en su inmensa mayoría, alemanes; sólo la Iglesia fue danesa. En 1346, Valdemar Atterdag vendió Estonia a los Caballeros Teutónicos. La dominación danesa en Estonia fue un episodio mucho menos significativo que la conquista sueca de Finlandia.

Las relaciones de los daneses con las tribus eslavas —los vendos— de la costa meridional del Báltico, jamás fueron muy cordiales. Allí chocaron también los escandinavos y los alemanes, a pesar de la colaboración momentánea entre Valdemar I y el duque de Sajonia, Enrique el León, a quien ya conocemos. Hacia 1170 se llegó a una delimitación: los daneses se quedaron en Rügen y los alemanes pudieron colonizar tranquilamente todo el sector costero frente a Dinamarca. Los únicos establecimientos duraderos de los daneses en país vendo fueron los monasterios cistercienses de Doberan, Dargun y Colbaz, en Mecklemburgo y Pomerania.

Eslavos, varegos y bizantinos en Rusia. La primera Rusia —principado de Kiev— surgió en la segunda mitad del siglo IX y fue una creación de los varegos entre las tribus eslavas que no habían logrado constituir una entidad estatal. Antes nos hemos referido a la expansión oriental de los suecos (*Austrvergr*) por el ámbito báltico y las cintas fluviales rusas. La ruta del Este partía de los golfos de Finlandia o de Riga; los cursos del Dvina, del Neva y del Volkhov servían para ganar el interior, en contacto con los fineses y luego los eslavos. La expansión de los suecos o varegos por tierras rusas aprovechó el momento en que las estepas ucranianas se veían libres de los ávaros y no conocían todavía la irrupción de los pechenegos. Después de haber fundado el principado de Kiev, el elemento escandinavo supo combinarse felizmente con la civilización eslava y la cultura bizantina. Estos lazos se prolongaron durante mucho tiempo: a mediados del siglo XI un poderoso contingente escandinavo luchó al lado de los bizantinos contra los árabes. La eslavización del principado de Kiev desde comienzos del siglo XII no puso fin a las relaciones entre Suecia y Rusia. La ruta comercial abierta por los varegos, que llevaron a las estepas rusas el elemento occidental, latino, unía

Bizancio con Escandinavia; y cuando las invasiones asiáticas cortaron el camino Kiev-Bizancio, el tramo septentrional del itinerario de los varegos del Báltico a Novgorod, continuó desempeñando su función, en espera de que la Hansa recogiera la dirección económica del ámbito nórdico.

Del mismo modo que los varegos llevaron las influencias occidentales al mundo eslavo, los bizantinos hicieron lo mismo por lo que atañe a las del Oriente griego. En efecto, los factores combinados de la propaganda religiosa y de la acción política de Bizancio lograron la conversión al cristianismo del gran príncipe de Kiev, Vladimir (m. 1015). Ello condicionó el desenvolvimiento de una civilización original en Ucrania, donde el elemento escandinavo, organizador y dinámico, aunque minoritario, se fundía lentamente en la masa de los eslavos. Los patriarcas de Constantinopla imprimieron una huella característica en la naciente civilización rusa.

La evangelización de los rusos continuó bajo el sucesor de Vladimir, Iaroslav, príncipe de Novgorod, quien después de haberse adueñado de Kiev infligió una severa derrota a los pechenegos en 1034. Las principales ciudades edifican catedrales adornadas de mosaicos —Santa Sofía de Kiev, Santa Sofía de Novgorod— mientras Iaroslav ordena la compilación del Derecho ruso (*Ruskaya Pravda*). Durante la segunda mitad del siglo XI, el principado de Kiev atraviesa un período de luchas internas entre los pretendientes al trono, combinadas con las ininterrumpidas incursiones de los nómadas sucesores de los pechenegos, los polutsos o cumanos. A comienzos de la centuria siguiente, Vladimiro Monómaco logró presidir la postrera etapa de florecimiento de la Rusia de Kiev.

De la ruina del principado de Kiev a la invasión mongol. Los mismos factores de descomposición a que acabamos de referirnos ensombrecieron los destinos de Kiev a partir de la muerte de Vladimiro Monómaco en 1125. En veintitrés años conoció ocho príncipes y cambió doce veces de manos, mientras los polacos, los húngaros y los cumanos aprovechaban la situación. En 1169, un nieto de Monómaco, Andrés Bogoliuski, príncipe de Suzdal, saqueó la ciudad —"la madre de las ciudades rusas"— y hundió el Estado unificado de Kiev. La ruina fue confirmada con un nuevo saqueo a cargo de los cumanos en 1203, en espera del golpe de gracia de los mongoles en 1240. La conquista de Bizancio por los latinos —cuarta Cruzada— al bloquear el tramo meridional del camino del Dnieper, había arrebatado a Kiev todo valor económico y político. La metrópoli religiosa será transferida a Vladimir.

Con la caída de Kiev y las incursiones de los kumanos de la estepa, que expulsaron a los eslavos de los territorios meridionales, comenzó un vasto movimiento de dispersión eslava hacia las llanuras del Dniester y la zona forestal del Noroeste. Los focos de atracción fueron Galitzia-Volinia, Novgorod y Suzdal, que a su vez dieron origen a los pueblos diferenciados: ucranianos, rusos blancos y grandes rusos.

Durante el largo "período de dispersión", que va desde la ruina de Kiev a la hegemonía moscovita del siglo XV, y con anterioridad a la conquista mongol de mediados del siglo XIII, sobresalieron dos regiones: en el Norte aparecieron las repúblicas de mercaderes de Novgorod y Pskov, en las inmediaciones del lago

Ilmen y en activas relaciones económicas con los países del Báltico y del Mar del Norte; y en el Nordeste, Andrés Bogoliuski organizó el principado de Suzdal, en el triángulo comprendido entre el Volga, al Norte, y el Oka, al Sudeste. Allí se fundaron una veintena de ciudades en el transcurso del siglo XII —Vladimir, Moscú, Tver, Kostroma, Tula. El principado de Suzdal vuelve la espalda al pasado ruso, hasta entonces centrado en el Dnieper, y constituye el núcleo del futuro Estado moscovita.

A pesar de este desplazamiento hacia el Norte, el prestigio moral de Kiev permanece intacto. Allí la Rusia naciente elabora su epopeya y combina en el arte —en oposición a Moscú y Vladimir, donde se desarrolla una arquitectura a base de piedra, imitando los modelos armenios y georgianos— los elementos bizantinos con las influencias alemanas llegadas del Báltico.

IX

EL MUNDO ASIATICO

La inestabilidad del Asia medieval. Ya sabemos que a comienzos del siglo VIII, el mundo asiático estaba dominado por el Islam y el imperio chino de los Tang, ambos en pleno apogeo. Mientras Bizancio constituía entonces el horizonte que atraía las miradas de Europa, los musulmanes llevaban a cabo una gran expansión marítima en el Oeste de Asia, China alcanzaba una acusada prosperidad bajo la dinastía Tang y, en el Japón, los emperadores de Kyoto, influenciados por sus poderosos vecinos, unificaban el archipiélago bajo su autoridad y orientaban el país hacia la expansión oceánica. Pero Asia continuaba siendo una gran "reserva de invasores" y esta situación de equilibrio estaba continuamente amenazada por los movimientos de pueblos, que protagonizaban la lucha constante del continente amarillo entre la estepa y el arrozal. En efecto, entre los Urales y el Cáucaso, y las murallas de China, se extendía el mundo de los nómadas, cuyas correrías llenaban el Asia central y septentrional. Son los turcomongoles, entre los que hay que citar los hunos, los yuan-yuan o ávaros, los hunos blancos o heftalitas, los turcos propiamente dichos, los uigurs, los khitai, los kin, etc.

En la inestabilidad del mundo asiático medieval actuaron dos factores: las continuadas invasiones de los pueblos nómadas y las periódicas crisis que ofrecen los imperios constituidos. Así, con anterioridad a que los turcos seldjúcidas provocaran cambios de gran envergadura a partir del siglo X, aprovechando la anarquía del califato abbasí —sucesor de la Persia sasánida, como sabemos—, el abismo entre el hinduismo y el Islam condicionaba una grave crisis en la India, mientras la China de los Tang entraba en un período de desórdenes dinásticos y de convulsiones internas, aprovechadas por los mongoles para llevar a cabo expediciones devastadoras que causaron la ruina del país. A su vez, la anarquía china hundió la política de centralización monárquica y de expansión marítima de los emperadores japoneses de Kyoto. Reorganizado el poder sobre base militar los últimos Tang intentaron recuperar la estabilidad interna, pero el desequilibrio social y las crisis dinásticas perduraron. La dinastía Tang se extinguió en 907 e inmediatamente los gobernadores de provincias se erigieron en monarcas independientes. China se fragmentó en diez Estados, menudearon de nuevo las invasiones y los ámbitos continentales del Imperio, marginados del movimiento comercial, se encerraron de nuevo en un sistema señorial, dominado por los grandes monasterios. "La anarquía de la China permitió a los turcos, a fines del siglo X, apoderarse de las ciudades del Asia central, que se hundieron en plena decadencia. Los caminos de caravanas quedaron cortados. El aislamiento precipitó la evolución señorial del país y el feudalismo fue su resultado. De nuevo, la vida económica se refugió en las grandes ciudades litorales y en el valle del Yangtse"

(Pirenne). Mientras tanto, la ruina de las provincias septentrionales de China, al disminuir la importancia del tráfico por los caminos de caravanas del Asia central, repercutió favorablemente en las zonas costeras de la India e Indochina, gracias al desplazamiento hacia el mar de aquel tráfico. La navegación drávida, en contacto con la de los árabes en el Golfo Pérsico, conoció entonces una fase de apogeo.

La China de los Song y la pugna entre innovadores y tradicionalistas. Hemos de subrayar aquí que en el momento en que se hundía el imperio de Bagdad y que Bizancio entraba en una decadencia profunda, la dinastía Song (960-1276) fundada por Tai-Tou, lograba reconstituir la potencia militar de China. Los primeros monarcas de la dinastía nacional de los Song, Tai-Tsú y Tai-Tsong, lograron restablecer la unidad territorial del país, pero durante las perturbaciones de la etapa anterior, la porción septentrional del Ho-pei y del Chang-si con la ciudad de Pekín, habían caído en poder de los *Kitat*, pueblo de raza mongol, mientras los tibetanos señoreaban el Ordos y el Kan-sú. Con estas excepciones, que cerraban al país las rutas del Oeste, en el momento en que la desmembración feudal del califato de Bagdad ponía fin a las relaciones marítimas del Sur de China con el Golfo Pérsico, los Song reinaron pacíficamente desde su capital de K'ai-fong, en el Ho-nan.

Desde comienzos del siglo XI, China vióse afectada por un largo conflicto entre los "innovadores" y los "tradicionalistas": los primeros pretenden edificar un país nuevo a base de ideas igualitarias y reformistas, mientras los segundos se aferran a la tradición nacional confuciana. El ministro innovador, Wang Ngan-Chi, apoyándose en los principios confucianos, promulgó en 1073 una serie de reglamentos conducentes a poner en marcha una política de "estatismo democrático". Se instauró la economía dirigida, con el fin de procurar al pueblo un bienestar general, mientras se repartían las tierras y se organizaba la venta del trigo a precios uniformes en todo el imperio. Se ha observado que, por vez primera, una política tendía no a la potencia del Estado sino al bienestar de los ciudadanos. El Estado aseguraba a los ciudadanos su vida material y éstos tenían que prestar el servicio militar y el servicio burocrático. Ello implicó una profunda reorganización del ejército y de la administración, que a su vez exigió la instrucción obligatoria.

La oposición que despertaron estas reformas dio el poder al representante del grupo tradicionalista, Sseu-ma Kuang (1019-1086), quien no pudo evitar una inmediata reacción de los reformadores. Durante el reinado del emperador Huei-tsong (1100-1125), China sufrió la invasión de los *djurtchet*, pueblo de raza tanguta emparentados con los manchúes, cuyos príncipes son conocidos con el nombre de *Kin* o *reyes de oro*. Los kin destruyeron el reino *Kitat* de Pekín en 1122, para comenzar inmediatamente la conquista de todo el Norte de China. Los Song conservaron la China del Sur con capital en Hang-tcheu, en el Tcho-Kiang. Por ello, a mediados del siglo XII, el territorio chino estaba fragmentado en tres formaciones políticas: el reino *kin* en China del Norte y Manchuria con capital en Pekín; el imperio nacional de los Song con capital en Hang-tcheu en el Sur; y el reino *tangut* o Si-Hia, en el Kan-su y el Ordos, con capital en Ning-Hia.

La cultura Song. La China de los Song fue sede de una civilización muy refinada. El pensador Tchu-Hi (1130-1200) elaboró una especie de monismo evolucionista, en el que se opone a la tradición confuciana, aunque se puede descubrir en él la influencia taoísta, la del budismo y quizá la maniquea, en un riguroso intento para crear un sincretismo coherente. "Del No Ser (*Wu-ki*) surge en toda su plenitud el Ser (*t'aiki*), bastante análogo al viejo *tao*, de los taoístas, que bajo la acción de la norma (*li*), esto es, de las leyes de la naturaleza, emite y reabsorbe el mundo, siguiendo un riguroso determinismo y un eterno proceso" (Grousset). Tchu-Hi, calificado de Hegel amarillo, es al mismo tiempo autor de una Historia general de la China.

Si bien los Song no pudieron dar a China un poderío militar a tono con la importancia del país ni lograron garantizar plenamente las fronteras septentrionales contra las incursiones de los pueblos de las estepas, triunfaron plenamente en la creación de una civilización muy refinada. En ella se aprecian "la fluidez intelectual, la elucubración estética, la armonía de un arpegio y las posibilidades sugestivas de la caída de un pétalo o de un simple trazo de tinta. En esta época un verso, un cuadro o una obra histórica abrían la puerta a los más altos cargos de gobierno, en medio del aplauso de los príncipes y del pueblo, amante también de lo exquisito y lo delicado".

En los dominios del arte, la época Song nos ha legado una cerámica inimitable, frecuentemente monocroma o en gamas de tono sobre tono, y una pintura también monocroma (a la aguada, en tinta china), en la que destacó una admirable escuela de paisajistas –Ma-Yuan, Ma-Lin, Hia-Kuei, Leang-K'ai (siglos X-XIII). Cabe distinguir dos escuelas: la del Norte, dominada por la linealidad; y la del Sur, ejecutada con pinceladas rápidas, de tonalidades neblinosas o transparentes. En frase de René Grousset, "la romántica inspiración de estos pintores se traducía en factura que hoy llamaríamos impresionista; paisajes llenos de bruma en primer plano y líneas del horizonte en que vertiginosos picos se alzan, como apariciones irreales, en que el cinturón de vapores velando a medias la forma concreta de las cosas cercanas no deja finalmente subsistir mas que el puro espacio en lejanías ideales. Jamas la faz de la tierra ha sido adivinada, traducida y amada como por estos viejos maestros Song".

El feudalismo japonés. En el transcurso del siglo XI, la unificación política que los emperadores de Kyoto habían logrado establecer en el Japón durante la etapa más brillante del período *Heian* vióse truncada por la tendencia disgregadora de las provincias. En efecto, la oposición al centralismo de cuño chino dio nacimiento a la clase de los *samurai* o guerreros, organizada bajo un modelo puramente feudal conforme al ideal del *bushido* –código del honor caballeresco. Los clanes territoriales en que se dividió el país– *daimyos* –se mostraron cada vez más indóciles respecto a la corte de Kyoto, y entre ellos destacaron los Taira y los Minamoto, que se disputaron la hegemonía del país durante los siglos XI y XII. Kiyomori, de la familia de los Taira, se alzó con el poder, del que fue desplazado, en 1181, por Yoritomo, de la familia rival. Este exterminó a los Taira y sometió al emperador –*tenno*– a una verdadera tutela, mientras recibía el título de *shogún* –generalísimo– de las fuerzas militares. Con ello la monarquía japonesa se

transformó en una realeza feudal, en la que los *shogúns* eran los verdaderos soberanos hereditarios. Yoritomo estableció la sede del shogunato en Kamakura, al Norte del país, con una administración independiente de la imperial (el *bakuju*) mientras que los emperadores continuaron residiendo al Sur, en Kyoto.

La cultura del Japón feudal. La época de luchas entre los Taira y los Minamoto se caracteriza por una profunda decadencia, de la que sólo se salva la pintura, en particular por lo que se refiere a las ilustraciones miniadas y el retrato. El gran maestro de la época fue Fujiwara Takanobu.

El declive cultural se acentuó durante la época de Kamakura. Si la nobleza, en cuyas manos se encuentran todos los resortes del país, sólo se apasiona por los hechos de armas y el adiestramiento militar, el aislamiento japonés, tanto por el peligro mongol como por la piratería nipona, contribuye a adormecer toda facultad creadora. La tradición cultural del país se salvó en los monasterios, como había ocurrido en la Alta Edad Media europea. El budismo alcanzó un nuevo período de esplendor, sobre todo a causa de las múltiples vocaciones suscitadas por la contemplación de la violencia cotidiana. En aquellos monasterios búdicos se afirmaron paulatinamente los rasgos del individualismo nipón, origen de la avasalladora corriente que desembocaría en el renacimiento Ashikaga.

Los artistas de la época Kamakura se dedicaron a la ilustración de las crónicas que narraban los hechos de armas de las guerras civiles. El pintor más caracterizado fue Sumiyochi Keyon (1166-1237), autor de las miniaturas del *Heiji-Monogotari*, crónica de la lucha de 1159. La escultura brilló con gran riqueza y variedad de modelos y en ella sobresalieron Kokei, fundador de una dinastía de maestros, y su hijo Unkei. El primero cinceló estatuas llenas de vida y espiritualidad en Kamakura y al segundo se deben los célebres patriarcas del templo Kofukugi.

El islamismo en la India. Vimos ya que en el siglo XI, la hegemonía del mundo abbasí pasó de los iranios a los turcos, procedentes del Turquestán occidental y convertidos al Islam. Los *ghaznevíes,* con el sultán Mahmud de Ghazni (998-1030), se lanzaron a la conquista del Penjab, en la India, después de apoderarse del Afganistán y del Irán oriental. Ello demuestra, una vez más, la dependencia de la India del vecino Afganistán, probada tantas veces desde los comienzos de su vida histórica. En cuanto a los *seldjúcidas*, ya expusimos su importancia en la fase crítica del mundo islámico, así como la reacción que suscitaron en Europa las Cruzadas. Hemos de subrayar aquí que, el imperio de los turcos seldjúcidas ahogó la civilización musulmana en Asia occidental, mientras el jefe afgano, Mohamed de Ghor (1186-1206), invadía la India, arrebataba a los ghaznevidas el Penjab y difundía el islamismo en la cuenca del Ganges. Los lugartenientes de Mohamed de Ghor —los gúridas— fundaron el sultanato de Delhí, que declaró la guerra santa al hinduismo y se engrandeció, incorporándose la India central y la mayor parte del Dekán. La fundación del sultanato —luego imperio— de Delhí tuvo una importancia trascendental en la India y sus destinos equivalieron a los del Imperio Romano en Occidente. Se ha observado que, a pesar de la grandeza de los imperios arios —los Maurya y los Gupta— la India careció de

tradición imperial hasta que los afganos islamizados establecieron el sultanato de Delhí. A lo largo de los avatares de la historia india, el sultanato de Delhí constituyó el punto de referencia de la evolución política indígena, que no había de interrumpirse con la conquista europea del país en los tiempos modernos.

Los postreros representantes de la dinastía fundada en el Penjab por Mahmud de Ghazni a comienzos del siglo XI, vivieron en dorada decadencia en su corte de Lahore. Allí fue a sorprenderles, a fines del siglo XII, otro conquistador procedente del Afganistán, Mohamed de Ghor, quien, a raíz de la decisiva batalla de Tamesvar (1192) aseguró para cinco siglos la dominación musulmana en la India.

Los gúridas impusieron en la India un régimen basado en la ocupación militar del país. Ello planteó un divorcio con el hinduismo, pero los sultanes de Delhí lograron imponerse y defender el país contra los reiterados ataques de los mongoles, que bajo la égida de los Gengiskhánidas asolaban el mundo desde el Mar Amarillo al Mar Negro.

Mohamed de Ghor ocupó Delhí, Agra y Benarés, mientras sus capitanes fundaban reinos particulares en la cuenca baja del Ganges, en Magada y Bengala. La obra del conquistador fue consolidada por su sucesor, Aibek (1206-1210), un esclavo de origen turco, que en el transcurso de su corto reinado dio muestras de consumada habilidad política.

X

LA RENOVACION CULTURAL DEL OCCIDENTE EUROPEO

Consideraciones generales. El ímpetu de una nueva vida, que en frase de Frederick Artz preside las preocupaciones intelectuales del Occidente a partir del año 1000, es paralelo al resurgir de Europa, cuyas características hemos examinado en los capítulos anteriores. En la Historia de la civilización occidental, el tránsito de la época medieval a la moderna no consiste en el Renacimiento italiano del siglo XV, sino en el *renacer* de la filosofía, de la ciencia, de la enseñanza, de la literatura, del arte y de la música, centrado sobre todo en el Norte de Francia en los siglos XI y XII. Como escribe Artz, tales cambios dieron a la cristiandad latina el caudillaje de la civilización occidental. En este capítulo limitamos el estudio al período que cabe llamar de transición y de preparación, entre la herencia directa del Renacimiento carolingio y el esplendor del siglo XIII, verdadera época áurea de la Edad Media.

Desde las invasiones germánicas del siglo V al Renacimiento carolingio del IX, la cultura clásica quedó sumergida y el aislamiento provocado por aquéllas obstaculizó seriamente todo contacto vivificador. Ello no quiere decir, sin embargo, que en el trasfondo de todas las especulaciones intelectuales de la Edad Media no hubiera la presencia de la Antigüedad clásica. Pero la dispersión de los elementos de ésta planteó el acuciante problema de salvar y conservar los restos de la cultura en naufragio. Mientras la vida espiritual se refugiaba en los monasterios, donde el pensamiento vivía de la escolástica platónica fijada por los Padres de la Iglesia, la labor de los intelectuales durante las cuatro centurias aludidas fue simplemente recopiladora. Este es el significado de San Isidoro de Sevilla, de Boecio y de Beda el Venerable (siglos VI-VIII). De la escuela inglesa de York procedía Alcuino (siglo VIII), que actuó en la corte de Carlomagno y fue uno de los propulsores del Renacimiento intelectual carolingio, de origen principalmente británico. Nacido éste al calor de las *escuelas* que surgen a comienzos del siglo IX, va a desarrollarse, durante el reinado de Carlos el Calvo, el primer brote importante de la filosofía medieval con el pensador inglés Juan Escoto Eriúgena.

Las nuevas invasiones del siglo X —normandos, principalmente—, obstaculizaron el desenvolvimiento del Renacimiento carolingio en Occidente. Una figura importante es la de Gerberto de Aurillac, luego papa con el nombre de Silvestre II (m. 1003), que había estudiado la ciencia árabe en Vic (Cataluña) y contribuyó a la difusión de las matemáticas. En el siglo XI, San Anselmo dio un perfil definido a la Escolástica.

Basándose en el despertar carolingio, el Imperio conoció una notable pujanza intelectual y artística, hasta la crisis provocada por el conflicto de las investiduras. En ello destacaron los emperadores de la Casa de Sajonia y, sobre todo, Otón I.

Los focos de la actividad cultural otoniana fueron, en el siglo X, Sajonia, la Suabia de San Gall, Lorena y Renania. Por otra parte, la herencia carolingia se perpetuaba en Lombardía, el Norte de Francia y, sobre todo, en Borgoña.

Para el progreso del espíritu científico en los siglos XI y XII fue decisiva la influencia de la intelectualidad islámica, que había asimilado la ciencia clásica y constituyó un órgano de transmisión del saber de la Grecia antigua a los países del Occidente europeo. Los primeros contactos culturales entre la latinidad y los musulmanes datan del siglo X; una centuria después comienzan las traducciones. La Escuela de Traductores de Toledo se hará famosa en el siglo XII. El Islam fue el verdadero heredero de la filosofía clásica durante la Alta Edad Media y las escuelas árabes de Persia y, sobre todo, en España, condicionaron el despertar del pensamiento occidental en el siglo XI. En Italia, otro punto de contacto, destacan Montecassino, Salerno, Ponte Avellana con Guido de Arezzo, la Lombardía con el renacimiento del Derecho romano y la curia pontificia con el esplendor de los estudios canónicos. En Francia, la hegemonía cultural recae en el Norte, a excepción de la literatura en lengua vulgar, que florece en el Midi. Todo este movimiento intelectual se caracteriza por su riqueza, su tendencia menos escolástica y más personal e íntima y sus progresos metodológicos. Existe una verdadera preocupación por encuadrar el saber en sistemas y síntesis con el apoyo de la dialéctica. En paralelismo, el Occidente da a luz el primero de sus estilos artísticos: el románico.

San Anselmo y la Escolástica. San Anselmo (1033-1109), piamontés, abad del convento normando del Bec y arzobispo de Canterbury, constituye la personalidad más vigorosa de la filosofía medieval antes de la recepción del aristotelismo a través de los árabes. Se encuentra inmerso, pues, en la tradición patrística, de ascendencia agustiniana y neoplatónica. Netamente realista en la cuestión de los universales, a la que después nos referiremos, San Anselmo orientó su obra filosófica y teológica hacia las demostraciones de la existencia de Dios y a él se debe el famoso argumento ontológico. El parte siempre de la fe: *credo ut intelligam*.

El saber que se cultiva en las escuelas medievales se llama la *Escolástica*, cuya fundación en realidad, debióse a San Anselmo. A diferencia del de las siete artes liberales –*Trivium* y *Quadrivium*– ese saber es principalmente teológico y filosófico. El trabajo de la Escuela es colectivo, de equipo, y en la *Escolástica* existe, sobre todo del siglo IX al XV, un cuerpo unitario de doctrina que se conserva como un *bien común*, en el que colaboran y el que utilizan los diversos pensadores. La Escolástica articula el complejo teología-filosofía en una peculiar unidad, que responde a la actitud vital del hombre cristiano y teórico de donde emerge la especulación. "Es el lema de San Anselmo, *fides quaerens intellectum*, pero teniendo cuidado de subrayar tanto el momento de la *fides* como el del *intellectus*, en la unidad fundamental del *quaerere*. En esta búsqueda se articulan los dos polos entre los que se va a mover la Escolástica medieval."

Planteamiento de los grandes temas intelectuales de la Edad Media. Los problemas capitales que preocupan a la intelectualidad medieval son el de la

creación, el de los universales y el de la razón. Como escribe Julián Marías, en la evolución de los tres, que sigue una marcha paralela, "se cifra la historia entera del pensamiento medieval y aun la de la época en su totalidad".

Para el cristiano, a diferencia del griego, el mundo es contingente, no necesario. El mundo es un *ens ab alio*, a diferencia del *ens a se* o divino. Dios es creador y el mundo creado. La idea de la creación, de origen religioso, afecta en su raíz más honda a la ontología medieval, ya que plantea la cuestión de si el concepto del ser, del *ente*, puede aplicarse por igual a Dios y a las criaturas. La Escolástica de los primeros tiempos cree en una *creación continuada*, es decir, que Dios sostiene al mundo en su existencia y que éste necesita, aparte de la creación, de la *conservación*. A partir de las lucubraciones de los nominalistas de los siglos XIV y XV, esta concepción vacila y se abre paso la creencia en la relativa suficiencia del mundo como criatura. Ello confiere al hombre una mayor independencia respecto del creador.

Los universales son los géneros y las especies, y se oponen a los individuos, y la llamada "cuestión de los universales", que llena toda la filosofía medieval, consiste en saber qué tipo de realidad corresponde a los mismos. En definitiva, se plantea el problema de saber si los universales son o no cosas, y en qué sentido. "De la solución que se dé a esta cuestión depende la idea que tengamos del ser de las cosas, por una parte, y del conocimiento, por otra; y al mismo tiempo, una multitud de problemas metafísicos y teológicos gravísimos están vinculados a esa cuestión." La Edad Media parte de una posición extrema, el *realismo*, y la termina en la solución opuesta, el *nominalismo*. El primero impera hasta el siglo XI; el segundo se desarrolla a partir de las profundas transformaciones de esa centuria, esto es, desde el resurgir de Europa. El tránsito entre el realismo y el nominalismo coincide con el despliegue de las corrientes individualistas –Estados frente al Imperio, subjetivización religiosa, libre investigación en la ciencia–, al margen de la tutela escolástica.

Frente al realismo representado por San Anselmo y por Guillermo de Champeaux, el nominalismo, desarrollado a partir del siglo XI por Roscelino de Compiègne, afirma la única existencia real de los individuos e interpreta la posición universalista en un puro verbalismo: los universales no son mas que soplos de la voz, *flatus vocis*. La primera solución –el realismo–, al negar la existencia individual, bordeaba peligrosamente el panteísmo; la segunda –el nominalismo–, aplicada a la Trinidad, conducía al triteísmo: si hay tres personas hay tres dioses.

Aunque ello implique rebasar cronológicamente los límites que hemos asignado a la Primera Parte de este libro, hemos de sintetizar aquí las posteriores derivaciones del problema de los universales. En el siglo XIII, Santo Tomas propugna un realismo moderado: el universal tiene una existencia, pero no como una cosa separada, sino como un momento de las cosas; no es *res*, como querían los realistas extremados, pero tampoco es una palabra, sino que es *in re*. El principio de individuación se encuentra en la "materia cuantificada".

A fines del siglo XIII, el franciscano inglés Juan Duns Escoto volvió a un planteamiento nominalista de la cuestión, que profundizaría, en la primera mitad del XIV el también franciscano británico Guillermo de Ockam Para éste, en

efecto, los universales son simplemente términos o meros signos de las cosas, con lo cual el conocimiento se transforma en *simbólico*. Como escribe Marías, Ockam es el artífice de una gran renuncia: el hombre va a renunciar a tener las cosas y se resignará a quedarse sólo con sus símbolos. Ello abre el camino al conocimiento simbólico matemático y a la física moderna. Como en el problema de la creación, el de los universales lleva también al hombre a volver los ojos al mundo y a hacer una ciencia de la naturaleza.

El tercer problema, el de la razón, centra difinitivamente al hombre en el tema del mundo. Para los primeros siglos de la filosofía medieval, desde San Anselmo a San Buenaventura, el conocimiento de la verdad se identifica con el de Dios: sólo por el amor llegamos a Dios, y sólo Dios es la verdad. Es el sentido del *fides quaerens intellectum* de San Anselmo. Por su parte, San Buenaventura define la filosofía como el camino de la mente hacia Dios –*Itinerarium mentis in Deo.*

Santo Tomás transforma la teología en un saber especulativo y racional, y coloca a ésta y a la filosofía en una situación de equilibrio. "La teología es de fe en cuanto se construye sobre datos sobrenaturales, revelados, pero el hombre trabaja sobre ellos con su razón para interpretarlos y alcanzar un saber teológico. Se supone, por lo tanto, que hay una adecuación perfecta entre lo que Dios es y la razón humana." Luego, en Escoto y sobre todo con Ockam, la razón se transforma en un asunto exclusivamente humano. La divinidad deja de ser el gran tema teórico del hombre al finalizar el Medioevo y la razón humana se centra en aquellos objetos que considera adecuados: el hombre y el mundo. Por esta causa el humanismo y las ciencias de la naturaleza constituyen las primordiales preocupaciones del hombre renacentista.

Los hallazgos del siglo XII. Después de la constitución de la Escolástica por San Anselmo, el mundo ideológico del Occidente europeo adquiere fijeza y consistencia. De este modo se prepara la plenitud del siglo XIII. Las escuelas se convierten en centros intelectuales importantes y en germen de las futuras Universidades. Por sus inquietudes culturales sobresalen los centros franceses de Chartres y de París. A la cuestión de los universales, ya aludida, hay que añadir la influencia árabe y judía, y con ella la de Aristóteles. Ello provocó una corriente racionalista y la aparición de direcciones heterodoxas –panteístas y dualistas– mientras florecía la mística con un carácter especulativo. Al alcanzar su pleno desarrollo, estas tendencias producirán el momento culminante de la filosofía medieval, desde Rogerio Bacon hasta el maestro Eckhart y desde San Buenaventura hasta Santo Tomás de Aquino.

En el siglo XII alcanzó gran importancia la escuela de Chartres –Bernardo y Thierry de Chartres, Juan de Salisbury, Guillermo de la Porrée– como núcleo de tendencia platónica y realista. Una figura importante es la de Pedro Abelardo (1079-1142), famoso por sus amores con Eloísa y considerado como una anticipación del Renacimiento. A través de sus obras, *Introductio ad Theologiam, Sic et non*, Abelardo ejerció un influjo personal extraordinario en las escuelas francesas y tocó agudamente muchas cuestiones importantes. Su obra contribuyó decisivamente a preparar el apogeo de la Universidad de París como centro escolástico.

En la misma centuria, la abadía agustina de San Víctor se convirtió en uno de los centros intelectuales más importantes de la cristiandad, gracias a la labor de sus monjes Hugo y Ricardo, que contribuyeron a sistematizar la Escolástica. Los victorianos unieron estrechamente la mística y el pensar racional, tendencia que culminará en la mística especulativa de Eckhart. En el campo de la mística sobresalió también la gran figura del cristianismo del siglo XII, San Bernardo de Claraval. Pedro Lombardo (m. 1164) destaca entre los teólogos que hacen de la filosofía sólo un uso instrumental. Sus *Libri IV sententiarum* constituyen uno de los más notables repertorios teológicos de la Edad Media.

Culturas orientales e intercambio con Occidente. Destaquemos aquí las culturas bizantina, árabe y judía, así como sus influencias recíprocas con el mundo espiritual del Occidente europeo. Al concentrar en su seno la cultura helénica, Bizancio logró escapar de la depresión intelectual característica del Occidente durante la Alta Edad Media. La Universidad de Constantinopla, fundada por Justiniano, sirvió de modelo a las instituciones occidentales similares. Bizancio prestó especiales cuidados a la instrucción, cultivó la teología y la filosofía —en el siglo XI, Psellos constituye la figura capital de la intelectualidad bizantina— y desarrolló los géneros literarios.

La intelectualidad árabe y hebrea procuró asimilar la lección de los griegos, principalmente de Aristóteles y de los neoplatónicos, y experimentó la influencia del pensamiento cristiano. El conocimiento de Aristóteles hizo que la filosofía oriental se adelantara respecto a la de los cristianos y en el siglo XII ha alcanzado ya su madurez, mientras la europea no la logra hasta la centuria siguiente. La gran misión de árabes y judíos consistió en la transmisión del pensamiento aristotélico; fueron sobre todo los árabes españoles los que trajeron a los países occidentales los textos del filósofo griego, y esta aportación caracterizó la época de plenitud de la Escolástica. Ello explica la importancia capital de la España árabe en la cultura de la Edad Media, en la que influye también a través de la Escuela de Traductores de Toledo.

Grandes comentadores de Aristóteles, al que comenzaron a estudiar en el siglo VII, los árabes crearon una escolástica musulmana, basada en la interpretación racional del Corán y en las relaciones entre la religión y la filosofía. Lo mismo hicieron los judíos —escolástica hebrea.

En Oriente, la especulación árabe comenzó alrededor del centro intelectual de Bagdad; la primera gran figura, coetánea del renacimiento carolingio en Occidente, es Alkindi. Más tarde destacaron Alfarabi, Avicena —filósofo, teólogo y médico— y Algazel, un místico notable, influido por el Cristianismo. Mayor importancia tuvo la filosofía arabigoespañola centrada en el foco cordobés entre los siglos X y XIII. Las personalidades más vigorosas fueron Avempace (m. 1138), Aben Tofail (1100-1185) y, sobre todo, Averroes (1126-1199). Médico, matemático, jurisconsulto, teólogo y filósofo, Averroes fue el comentador por excelencia de Aristóteles en el transcurso de la Edad Media.

La filosofía judía se desarrolla en el Medioevo bajo el influjo de los árabes, especialmente en España. Entre los pensadores hebreos españoles destacan Avicebrón (Ibn Gabirol), que vivió en la primera mitad del siglo XI y fue muy

conocido entre los cristianos por su *Fons Vitae*; Judá Haleví, autor de *El Cuzary*, obra de apologética hebrea; y, sobre todo, Maimónides (1135-1204), que en su *Guía de perplejos* trató de armonizar la filosofía aristotélica con la religión judaica.

Las culturas más idóneas para conocerse e influenciarse recíprocamente fueron las mediterráneas, es decir, la occidental, la bizantina y la islámica, y sus puntos principales de contacto, el Imperio Bizantino, Sicilia, la Siria latina y la España de la Reconquista. En tales puntos de contacto, los árabes llevaron a cabo su misión de intermediarios entre el pensamiento griego y la intelectualidad de Occidente. Ello explica que fuese precisamente un rey de Sicilia, el emperador Federico II, cuya figura política y religiosa ha sido objeto de tantas discusiones, el campeón más destacado del sincretismo cultural.

Ciencia y tecnología. El despertar científico del Occidente europeo a partir del siglo XI debióse, en su mayor parte, al conocimiento del mundo intelectual clásico a través de los árabes. En la famosa escuela médica de Salerno, Constantino el Africano tradujo un importante tratado arabehebreo sobre las fiebres en el siglo XI. En la centuria siguiente, Adelardo de Bath vertió al latín la *Aritmética* de al-Kwarizmi, *con el uso de la numeración arábiga, y los Elementos* de Euclides, y escribió un compendio popular sobre la ciencia árabe. Su coetáneo, Roberto de Chester, tradujo el Corán, varios textos de alquimia y el *Algebra* de al-Kwarizmi y calculó unas tablas de longitudes y latitudes basadas en los científicos musulmanes. En Toledo, famosa por sus traducciones desde mediados del siglo XII, fue traducida la *Física* de Aristóteles y varios tratados de Astronomía, como el *Almagesto* de Ptolomeo. Por lo que atañe a las ciencias de la Naturaleza, el modelo fue la *Historia Natural* de Plinio. De este modo se prepara el esplendor de los siglos XIII y XIV, con los focos de Oxford —Rogerio Bacon— Palermo —Federico II— y París —fundamentación de la Física moderna por los ockamistas—. Los hombres del siglo XII lograron asimilar el patrimonio del pasado.

En cuanto a la técnica, los especialistas encuentran el cambio más representativo del Medioevo en el mejoramiento del empleo del caballo. Hacia el año 1000, el hombre introdujo la herradura a base de clavos en los cascos, e inventó el collar para el tiro, así como el tandem, es decir, el doble enjaezamiento, mientras se difundía el uso de los estribos, que facilitaron en gran escala el gobierno de los caballos de silla. En adelante, la fuerza humana para los usos más diversos pudo ser sustituida por la fuerza animal. Al lado de la construcción de catedrales, del florecimiento de la épica y del desarrollo del escolasticismo, el hombre de la Edad Media creó, por vez primera en la Historia, una civilización que no se basaba en el trabajo del esclavo, sino en el empleo de la fuerza animal.

Las escuelas y los comienzos de la vida universitaria. La cultura medieval se desarrolló al amparo de los monasterios, las escuelas catedralicias, las cortes nobiliarias y principescas, las ciudades y, desde luego, las Universidades. Desde la época carolingia, los temas académicos de estudio se fijaron en un *trivium* elemental, que comprendía la Gramática, la Retórica y la Dialéctica, es decir, las

disciplinas que hoy llamaríamos de *Letras*; y un *quadrivium* más avanzado, que comprendía la Aritmética, la Geometría, la Música y la Astronomía, o sea, las *Ciencias*. Todo ello se consideraba como una fase de preparación antes de abordar el estudio de la Teología y la Filosofía.

Las Universidades –corporaciones de maestros y estudiantes, que surgen de un modo espontáneo desde el siglo XII, bajo la autoridad episcopal– son un producto típico de la Edad Media, como las catedrales y los Parlamentos. Haskins escribe que por lo que atañe a la instrucción, exámenes y colación de grados, no somos herederos de Atenas ni de Alejandría, sino de París y Bolonia. La primera fue la de Salerno, que se desarrolló como una escuela de Medicina, lo mismo que la de Montpellier, ya en el siglo XIII. La de Bolonia, vinculada al renacimiento del Derecho romano, adquirió actualidad desde el siglo XII por lo que se refiere a los estudios jurídicos: Irnerio enseñaba el Derecho romano y Graciano el canónico. La Universidad madre de las creadas al Norte de los Alpes fue la de París, que comenzó su vida en el siglo XII, en el seno de la escuela catedralicia de Notre-Dame. En ella se establecieron cuatro Facultades: Artes, Teología, Derecho canónico y Medicina, que alcanzaron un elevado prestigio internacional durante los siglos XII-XIV. Los franceses decían que si los italianos tenían el papado y los alemanes el imperio, ellos poseían la enseñanza y la cultura. La de Oxford, donde previamente existía una escuela, apareció como un "Studium Generale" a mediados del siglo XII, a consecuencia de una emigración de estudiantes, que abandonaron París por los elevados precios de los libros y del hospedaje. La de Cambridge nació de una emigración similar desde Oxford. La primera Universidad fundada más allá del Rin fue la de Praga (1348) y la primera de los alemanes, la de Heidelberg (1385). Hacia 1500, el Occidente europeo poseía 77 Universidades.

La literatura. En la Alta Edad Media la literatura que subsiste se escribe en latín; sólo desde comienzos del siglo XII aparecen algunas producciones en lenguas vernáculas. A partir de este momento, toda la literatura medieval es semejante a un Jano bifronte, es decir, continúa el cultivo del latín, mientras progresa el empleo de lo vernáculo. En el trasfondo, sin embargo, existe una civilización común y, en gran parte, una mentalidad idéntica. Artz propugna una división de los géneros literarios basada en las respectivas preferencias de las clases sociales. Los conventos, las escuelas catedralicias y las Universidades producen, básicamente, obras de devoción, historia, filosofía, teología y de ciencia. Los caballeros y los castillos difunden la épica, la lírica y el romance caballeresco. La ciudad y las clases burguesas se inclinan por el drama y el *fabliau*. A partir del 1300, el factor urbano es el preponderante y condiciona el desarrollo de los géneros representados por Dante, Petrarca, Chaucer y Villon. El desenvolvimiento de las lenguas vernáculas, *habladas*, una vez rota la unidad latina de Roma, es uno de los fenómenos más esenciales de la Edad Media. Hasta el siglo XIV, sin embargo, no aparece plenamente forjada la lengua romance dominante: el dialecto de *Ile-de-France* (lengua de *oil*) se convirtió en el francés; el dialecto toscano, en el italiano; el castellano, el catalán y el gallego-portugués –con la supervivencia del vascuence– se dividieron la Península Ibérica; el dialecto de los Midlands, en el inglés; y, después de 1500, el sajón, en el alemán.

Los antiguos monumentos de la lengua francesa, como los *Juramentos de Estrasburgo* (842), prepararon el desarrollo de las grandes canciones de gesta, cuya pieza capital es la *Chanson de Roland* (hacia el año 1000). Con posterioridad surgieron el *roman courtois* y el *roman d'aventures*, mientras los trovadores meridionales (lengua *d'oc*) difundían las pequeñas composiciones líricas, muy abundantes en el siglo XII. Las nacientes burguesías urbanas prefieren otros géneros literarios, en los que lo pintoresco y la sátira juegan el papel dominante. Así surgen el *fabliau* y el *isopet*. Uno de sus cultivadores, Rutebeuf, parece anunciar la época de Villon. La obra más representativa es el *roman de Renart*, especie de "comedia humana" del Medioevo. En España, el romance castellano ha hecho rápidos progresos y la tradición épica produce una obra monumental, el cantar del *Mío Cid*, escrito por un juglar anónimo de la región de Medinaceli en el segundo tercio del siglo XII. Hay, asimismo, un florecimiento cultural en Cataluña, iniciado en el siglo XI por el abad Oliva del monasterio de Ripoll, mientras los trovadores, formados en la escuela de Provenza, difunden el cultivo de la lírica. Esta alcanza también un notable desarrollo en el ambito galaico-portugués (*Cancionero de Ajuda*). La influencia de los trovadores dio a los italianos el impulso literario.

La fase de incubación de la literatura alemana arranca de la época de Carlomagno. En el siglo IX aparecen las *Mesiadas*, como el Heiland –El Salvador– destinado a dar a conocer el Nuevo Testamento a los sajones en su propia lengua. El renacimiento de los Otónidas (siglo X) empleó exclusivamente el latín, y en la centuria siguiente desenvolvióse de nuevo el sajón bajo la influencia de la tradición épica germánica y el lirismo de los trovadores occidentales –los Nibelungos y los *minnesinger*.

La Inglaterra normanda y angevina no fue más que un anexo de la cultura francesa. Los pueblos escandinavos continúan difundiendo sus *sagas*, que fecundan la antigua literatura céltica de Irlanda. Polonia reserva la lengua vulgar para las leyendas folklóricas, como los checos, mientras en la Rusia meridional se desarrolla un género épico que equivale a las canciones de gesta del Occidente.

El arte románico. La Historia del arte medieval es, primordialmente, la de la construcción y decoración de templos. Sólo a partir del 1200 comienza a adquirir creciente importancia la arquitectura civil. La elaboración del estilo románico desde el siglo IX, como el coetáneo desenvolvimiento del feudalismo, debióse, en gran parte, a los *raids* de los vikingos, eslavos, magiares y musulmanes, los cuales destruían cuanto hallaban a su paso. Los templos de madera eran incendiados. Por esta razón se quiso construir a prueba del fuego, con edificaciones que pudieran hacer frente a la destrucción. De este modo nació el románico. Los castillos, con muros de piedra, se desarrollaron en los siglos XI y XII.

El Arte románico es, ante todo, una importación maciza de formas arquitectónicas, escultóricas y pictóricas de Siria y Egipto a Occidente, que se desarrolla siguiendo las tradiciones técnicas indígenas heredadas de Roma. Entre los siglos IX y XI se desarrolla el llamado "primer románico", caracterizado por la simplicidad de formas y la irregularidad de los sillares. A él pertenecen parte de San Ambrosio de Milán, San Pedro de Wimpfen y Santa María de Ripoll, iglesias

que marcan las tres aspas de la expansión del estilo: Lombardía, Renania y Cataluña. La escultura brilla en el famoso "Pórtico de la Gloria" de la catedral de Santiago de Compostela, obra del maestro Mateo. La arquitectura del llamado "segundo románico" cristaliza en multitud de escuelas regionales, principalmente en Francia, Alemania e Italia. La catedral de Worms (siglos XI-XIII) es la más grandiosa de las catedrales renanas. El románico inglés se verticaliza en la catedral de Durham (siglos XI-XII), en marcha ya hacia el gótico.

BIBLIOGRAFIA

Sobre la **crisis del mundo islámico** y los árabes, en general, véase la excelente síntesis de PHILIP K. HITTI, *History of the Arabs* (4.ª edic.), Londres, 1948. Traducción española por LUIS RAMIREZ VELASCO, S. I., Madrid, 1950. También B. SPULER, *Geistige Einflüsse des Islams auf das Abendland bis zum Beginn der Kreuzzüge*, "X Congreso Internacional de Ciencias Históricas", vol. III (Relazioni), Florencia, 1955. KASTER, H. L., *El mundo del Islam*, Barcelona, 1965.

Sobre la **crisis bizantina**: S. RUNCIMAN, *La civilisation byzantine: 330-1453*, París, 1934; G. ROUILLARD, *La vie rurale dans l'Empire byzantin*, París, 1953; G. BRATIANU, *Etudes bizantines d'histoire économique et sociale*, París, 1938; G. OSTROGORSKY, *Geschichte des byzantinischen Staates* (2.ª edic.), Munich, 1952, traducción francesa, París, 1976; L. BREHIER, *Le monde bizantin* (vols. 32, 32 bis y 32 ter de "L'evolution de l'humanité"), París, 1947-1950, 3 vols., traducción española, México, 1956; FR. DÖLGER *Byzanz und das Abendland vor den Kreuzzügen*, "X Congreso Internacional de Ciencias Históricas", vol. III (Relazioni), Florencia, 1955.

Para los **normandos**: J. REVEL, *Histoire des normands*, París, 1918-1919, 2 vol.; CH. HASKINS. *The normands in European History*, Boston, 1915 E. PONTIERI, *Tra i Normanni nell'Italia meridionale*, Nápoles, 1948; J. BERAUD, *Les normands en Mediterranée*, París, 1951; W. COHN, *Die Geschichte der normandisch-sicilischen Flotte unter Regierung Rogers I und Rogers II (1060-1154)*, Breslau, 1910.

Para la **crisis del Imperio alemán**: H. GUNTER, *Das deutsche Mittelalter*, Freiburg, 1943, 2 vol.; R. MORGHEN, *Il mito dell'Impero medioevale*, "Ricerche Religiose", 19 (1948); W. HOLTZMANN, *Das mittelalterliche Imperium und die werdenden Nationalstaaten*, Berlín, 1953; K. BOSL, *Die Reichsministerialen der Salier und Staufen. Ein Beitrag zur Geschichte des hochmittelalterlichen deustschen Volkes, Staates und Reiches*, Stuttgart, 1950-1951, 2 vol., M. C. VIOLANTE, *Aspetti della politica italiana di Enrico III (1039-1046)*, "Rivista Storica Italiana", 1952.

Para la **renovación espiritual de la Iglesia**: D. ROPS, *L'Eglise de la Cathedrale et de la Croisade*, París, 1952, traducción española, Barcelona, 1955

Para la **afirmación de la Cristiandad Occidental**, véase como ejemplo, FERDINAND LOT, *La naissance de la France (VI-XI siècles)*, París, 1948.

Para las **Cruzadas**: P. ROUSSET, M. VILLEY, P. LEMERLE, A. CAHEN, S. RUNCIMAN, *L'idée de Croisade*, "X Congreso Internacional de Ciencias Históricas", vol. III (Relazioni), Florencia, 1955, en que se da un estado de la cuestión; C. ERDMANN, *Die Entstehung des Kreuzzugsgedankens*, Stuttgart, 1935, análisis de la idea de Cruzada, con el estudio de sus manifestaciones a fines del mundo antiguo y durante la Alta Edad Media: A. GIEYSZTOR, *The Genesis of the Crusades: the Encyclical of Sergius IV (1009-1112)*, "Mediaevalia et Humanistica", V-VI (1948-1950); CHARANIS, *Byzantium, the West and the origin of the first Crusade*, "Byzantion", 19 (1949); KREY, *Urbans Crusade. Succes or failure?* , "American Historical Review", 1948, cree que fue un fracaso, pues no logro reconciliar Oriente y Occidente; D. HAYEK, *Le droit franc en Syrie pendant les Croissades*, París, 1925; J. DONOVAN, *Pelagius and the first crusade*, Filadelfia, 1950; H. HABASHY, *La première Croisade*, El Cairo, 1947; P. ROUSSET, *Les origines et les caracteres de la première Croisade*, Neuchâtel, 1945; J. L. LAMONTE, *Feudal monarchy in the Latin Kingdom of Jerusalem (1100-1291)*, Cambridge, 1945; J. RICHARD, *Le royaume latin de Jerusalem*, París, 1953; J. RICHARD, *La papauté et les missions catholiques en Oriente au Moyen Age*, "Melanges d'Archéologie et d'Histoire", LVIII (1941-1946); N. IORGA, *Geschichte des Osmanischen Reiches*, I, Gotha, 1908; ST. LANE POOLE, *A History of Egippt in the Middle Ages*, Londres, s.a.; C. LAMOUCHE, *Histoire de la Turquie, depuis les origines jusqu'à nos jours*, París, 1934; H. PASDERMADJAN, *Histoire de l'Armenie depuis les origines jusqu'au traité de Lausanne*, París, 1949; G. HILL, *History of Cyprus*, Cambridge, 1940-1948; A. COMNENE, *Alexiade. Regne de l'Empereur Alexis I Comnène*, París, 1937; S. RUNCIMAN, *Historia de las Cruzadas*. Madrid, 1976, 3 vols.

Para la **Reconquista de España**, nos remitimos a las Historias de MENENDEZ PIDAL, BALLES-

TEROS, AGUADO BLEYE, VALDEAVELLANO y SOLDEVILA; y a las de **Portugal** de A. PIMENTA, J. AMEAL y A. HERCULANO. Obra fundamental para el período, aunque sus conclusiones sean discutibles, es la R. MENENDEZ PIDAL, *La España del Cid*, Madrid, 1929, 2 vol. Deberán consultarse también: *La Reconquista española y la repoblación del país*, Zaragoza, 1951, que recoge diversos trabajos de varios autores sobre los diferentes reinos hispánicos; L. VAZQUEZ DE PARGA, J. M.ª LACARRA y J. URIA RIU, *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, Madrid, 1948-1949, 3 vols.; J. PEREZ DE URBEL, *Sancho el Mayor de Navarra* Madrid, 1950; A. UBIETO ARTETA, *Colección diplomática de Pedro I de Aragón y de Navarra*, Zaragoza, 1951; P. E. SCHRAMM, *Die Entstehung eines Doppelreiches: die Vereiningung von Aragon und Barcelona durch Ramón Berenguer IV (1137-1162)*, en "Vom Mittalelter zum Neuzeit", Berlín, 1956. Para estar al día acerca de la bibliografía referente a España recomendamos la consulta de la revista de crítica "Indice Histórico Español", cuatrimestral, Universidad de Barcelona, desde 1953 y en curso.

Para las **monarquías de Occidente**: CH. PETITDUTAILLIS, *La monarchie féodale en France et en Anglaterre: X-XIII siècles*, París, 1933, traduc. española, México, 1955; R. FAWTIER, *Les Capetiens et la France, leur rôle dans sa construction*, París, 1942; J. CALMETTE, *Trilogie de l'Histoire de France. Moyen Âge*, París, 1948; R. DION, *Les frontières de la France*, París, 1947; H. BROST, *Die Kathärer*, Berlín, 1953; DOSSAT, *Cathares et Vandois à la veille de la croisade albigeoise*, "Revue historique et littéraire du Languedoc", 1945; P. BELPERRON, *La Croisade contre les Albigeois et l'union du Languedoc à la France (1209-1249)*, París, 1948; W. KIENAST, *Die Anfänge des europäischen Staatensystems im späteren Mittelalter*, "Historische Zeitschrift", CLIII (1936); E. PERROY, *Louis le Male et les négotiations de paix franco-anglaises*, "Revue Belge de Philologie et d'Histoire", XXVII (1949); HEYDTE, *Die Geburtsstunden des souveränen Staates. Ein Beitrag Zur Geschichte des Völkerrechts, der allgemeinen Staatslehre und des politischen Denkens*, Berlín, 1952; W. ULLMANN, *The development of the medieval idea of sovereignity*, "English Historical Review", 1949; Z. N. BROOKE, *The English Church and the Papacy from the Conquest to the Reign of John*, Cambridge, 1931; J. F. BALDWIN, *The King: Council in England during the Middle Ages*, Oxford 1913; J. E. LABANDE, *Pour une image veridique d'Aliénor d'Aquitaine*, "Bulletin de la Société de Antiquaires de l'Ouest", 1952; J. E. A. JOLLIFFE *Angevin Kingship*, Londres, 1955; CARPENTER *The Church in England: 597-1688*, Londres, 1954 A. LANE POLE, *From Domesdaybook to Magn Carta (1087-1216)*, "Oxford History of England' 1951

Para la **Iglesia** y la **vida religiosa:** Aparte los estudios antes citados sobre algunas herejías medievales, véanse: W. ULLMANN, *The Growth of Papal Government in the Middle Ages*, Londres, 1954; del mismo, *Medieval papalism. The political theories of the medieval canonists*, Londres, 1949; R. MORGHEN, *Gregorio VII nella storia della chiesa e della civiltà cristiana d'Europa*, "Rassegna storica salernitana", XIII (1952); E. SCHRAMM, *Das Zeitalter Gregors VII*, "Gottingischer Gelehrter Anzeiger", 207 (1953); K. HALLINGER, *Gorze-Kluny. Studien zu den monastischen Lebensformen und Gegensätzen im Hochmittelalter*, Roma, 1950, 2 vol.; A. FLICHE, *La querelle des investidures*, París, 1946; J. B. MAHN, *L'ordre cistercien et son gouvernement des origines au milieu du XIII siècle*, París, 1955; PH. SCHMITZ. *Histoire de l'Ordre de St. Benoît*, Maredsous, 1942-1956, 7 vols.; L. SOMMARIVA, *Studi recenti sulle eresie medievali*, "Rivista Storica Italiana", 1952; M. J. HASHAGEN, *Kulturgeschichte des Mittelalters*, 1950, hace un análisis de las fuerzas espirituales que actuaban en la Edad Media: espíritu colectivo, lo irracional, el simbolismo, el tradicionalismo, etc.; NOLET-BOEREN, *Kerkelykeinstellingen in de Middeleevwen*, Amsterdam, 1950; H. MIKOLETZKY, *Kaiser Heinrich II und die Kirche*, Viena, 1946; J. GUIRAUD, *Histoire de l'Inquisition au Moyen Age*, París, 1935-1938.

Sobre el **Imperio y el dominium mundi**: G. LADNER, *Das heilige Reich des mittelalterlichen Westens*, "Die Welt als Geschichte", XI (1951); TH. MAYER, *Grösse und Untergang des Heiligen Reiches*, "Historisches Zeitschrift", 178 (1954); J. CALMETTE, *Le Reich allemand au Moyen Age*, París, 1951, punto de vista francés por un caracterizado historiador; G. TELLENBACH, *Germanentum und Reichsgedanke*, "Historisches Jahrbuch", 1949; W. ULLMANN, *The Development of the Mediaeval Idea of Sovereignty*, "English Historical Review", LXIV (1949); F. BOCK, *Nationalstaatliche Regungen in Italien bei den guelfisch-ghibellinischen Auseinandersetzungen von Innocenz III bis Johann XXII*, "Quellen und Forschungen", XXXIII (1944); W. HOLTZMANN, *Imperium und nationen*, "X Congreso Internacional de Ciencias Históricas", vol. III (Relazioni), Florencia, 1955; K. HAMPE, *Der Zug nach dem Osten*, (3.ª edic.), Leipzig, 1935; L. K. GOETZ, *Deutsch-Russische Handelsgeschichte des Mittelalters*, Lübeck, 1922; H. HEIMPEL, *Deutschland im späteren Mittelalter*, Potsdam, 1940; J. AUBREAU. *Histoire de l'Europe Centrale*, París, 1926; The Cambridge History of Poland. I. *From origins to Sobieski*, Cambridge, 1950-1951.

Sobre **Bizancio**, nos remitimos a las obras ya citadas en la bibliografía general.

Sobre **Escandinavia y Rusia**: L. MUSSET, *Les peuples escandinaves au Moyen Age*, París, 1951, una síntesis muy completa; P. MILIOUKOV, CH. SEIGNOBOS y L. EISENMANN, *Histoire de Russie*, París, 1935; C. STAHLIN, *La Russie des origines à la naissance de Pierre le Grand*, París, 1946; A. ECK, *Le Moyen Age russe*, París, 1933; P. PASCAL, *Histoire de la Russie. Des origines à 1917*, París,

1946, buen resumen, que destaca las líneas esenciales de la trayectoria histórica; K. VERNADSKY, *A history of Russia. I. Ancient Russia* (1943); *II. Kievan Russia* (1948); *III. The Mongols and Russia* (1953); H. PASKIEWICZ, *The origin of Russia*, Londres, 1954; GREKOV, *L'histoire de la paysannerie russe jusqu'au XVII siècle*, Moscú, 1922; PORTAL, R. *Les slaves: peuples et nations (VIII-XX siècles)*, París, 1965; R. PÖRTNER, *La saga de los vikingos*, Barcelona, 1975.

Sobre el **mundo asiático:** Síntesis detallada en la *Geschichte Asiens*, de E. WALD-SCHMIDT, L. ALSDORF, B. SPULER, H. STANGE y O. KRESSLER, Munich, 1950, pero ofrece el inconveniente de estudiar, por separado, las historias de la India, Asia Central, China, Japón y Corea; R. GROUSSET, *Histoire de l'Asie*, París, 1958, visión general de síntesis, realizada por un gran especialista; con bibliografía seleccionada para el estado actual de cada problema. Hay traducción española en la colección "Surco" (Salvat), Barcelona, 1957; MURDOCK, *History of Japan*, Londres, 1925; R. WILHELM, *Histoire de la Civilisation chinoise*, París, 1931; D. G. E. HALL, *A History of South-East Asia*, Londres, 1968.

Para la **renovación cultural del Occidente europeo:** F. B. ARTZ, *The Mind of the Middle Ages*, Nueva York, 1953, excelente síntesis sobre el desarrollo de la civilización medieval; CH. HASKINS, *The Renaissance of the Twelfth Century*, Cambridge, 1933; C. H. MC. ILWAIN, *The Growth of Political Thought in the West*, Nueva York, 1932; H. LIEBESCHÜTZ, *Das XII Jahrhundert und die Antike*, "Archiv für Kulturgeschichte", 35 (1953), E. M. SANDFORD, *The Twelf Century: Renaissance or protorenaissance*, "Speculum", 26 (1951); RENUCCI, *L'aventure de l'humanisme européen au Moyen Age*, 1953.

SEGUNDA PARTE

Plenitud de la Europa medieval

I

SOCIEDAD, ECONOMIA E INSTITUCIONES

Consideraciones generales. A mediados del siglo XII comienza la época áurea de la Edad Media, el clasicismo medieval de la civilización de Occidente, que se prolonga hasta el siglo XIV. Su núcleo rector se encuentra en la Francia de los Capetos, acompañada por Inglaterra, España e Italia. Los esfuerzos en todos los órdenes que desde el año 1000 habían hecho posible el resurgir de Europa, han desembocado en una majestuosa sensación de equilibrio en el transcurso del Doscientos: la época de las síntesis y de las "Summas".

Como escribe Genicot, la civilización medieval, que culmina en el siglo XIII, se caracteriza por su unidad externa o geográfica –civilización común de Occidente– y por su unidad interna, reflejada en el clasicismo medieval. "La Edad Media –es una constante de su historia– es a la vez enciclopédica y ampliamente abierta a todas las influencias, sobre todo en los siglos XII y XIII. Se interesa por todo y nada rechaza *a priori.* Quiere ser una cultura universal y bebe en las fuentes más diversas: antigüedad clásica y cristiana, oriente bizantino y armenio, mundo árabe y celta. Evita siempre el doble peligro de la dispersión y del eclecticismo. Poderosamente constructiva y dotada para el análisis como para la síntesis, logra ordenar los conocimientos de un modo gradual y elaborar una civilización original."

El principio de la doble unidad, externa e interna a que acabamos de referirnos, radicó en la Iglesia; y la suprema expresión de la misma, en la *Divina Comedia.* "En el alba del siglo XIV, una obra genial remata el edificio majestuoso de la civilización cristiana de Occidente. La Edad Media, que tenía ya sus *Summas* teológicas y filosóficas, y con sus catedrales, sus *Summas* artísticas, carecía de una *Summa* poética. Dante se la dio con la *Divina Comedia*, donde se funden la poesía sabia derivada de la literatura cortesana y la poesía popular nutrida de la sensibilidad franciscana; y donde todo el universo, toda la ciencia y toda la belleza se ordenan en una síntesis prodigiosa que conduce a Dios". Perroy observa que el mismo equilibrio y la misma unidad vienen expresados, también, por las figuras de Cristo, en las que parecen unirse los rasgos divinos y humanos para constituir las más perfectas representaciones plásticas del misterio de la Encarnación.

Pero la unidad no es más que aparente, y el equilibrio, inestable y huidizo. El despliegue del individualismo, en sus vertientes de racionalismo, escepticismo y

secularismo, aglutina las fuerzas hostiles dispuestas a enfrentarse con la Iglesia, alma de la Edad Media. Como escribe Genicot, las monarquías se afirman y las ciudades prosperan; se trata de fuerzas nuevas y ambiciosas, guiadas por consideraciones políticas y económicas más que por imperativos morales y religiosos, y con un renovado afán de autonomía al compás de las conquistas obtenidas. "Entre ellas y un sacerdocio celoso de su autoridad universal, la conciliación no era ni sería jamás posible. En pleno corazón de la Edad Media se anunciaba ya el crepúsculo que la envolvería en tinieblas. Después de algunas escaramuzas, la lucha se entabla hacia 1300 con todas sus consecuencias." En efecto, el individualismo y el nacionalismo, hacen rápidos progresos: las ciencias rompen todo vínculo con la teología; la escultura y la pintura sacuden la tutela de la arquitectura, y la música se divorcia de la poesía.

El mismo fenómeno ha sido enjuiciado en los siguientes términos por Perroy: "Bajo la aparente armonía se efectúa, en profundidad, un gran cambio de valores. La moneda y el tráfico adquieren cada día mayor importancia en un mundo hasta entonces casi exclusivamente rural, lo que destruye los fundamentos del orden social. La afirmación de las monarquías amenaza la existencia del Imperio, mientras la difusión del espíritu laico pone en peligro la cohesión de la cristiandad. Desde este momento se anuncian el malestar económico, las discordias políticas y la perturbación en las conciencias, que estarán a la orden del día en los dos últimos siglos medievales."

Consideración especial del franciscanismo. San Francisco de Asís y el movimiento franciscano representan una de las fases en la cual la Historia religiosa, eclesiástica, civil y cultural se relacionan más estrechamente. La profusión de bibliografía que el tema ha suscitado y suscita sin interrupción, es una prueba concluyente de su enorme interés. El franciscanismo surge en la Italia comunal de principios del siglo XIII, en un mundo vasto y complejo que presenta elementos contradictorios. En los nacientes núcleos urbanos se desarrollaban gérmenes de laicismo y de racionalismo que sin ofrecer un aspecto hostil hacia la religión conferían a la vida religiosa, en cambio, mayor autonomía frente a la tradición y a la jerarquía. La religiosidad era distinta de la de la Alta Edad Media. Se creía en Dios como antes; pero quizá porque renacía la alegría de vivir y el placer de la acción, el hombre necesitaba que el Creador se encontrara más cerca de sí y de la actividad terrena. Las Ordenes religiosas existentes no bastaban a colmar la distancia ni a disipar la hostilidad entre el clero y el pueblo. Las más recientes, como la del Císter, ofrecían una vida más austera, una palabra más viva y sensible; pero la inmensa mayoría de la población urbana apenas podía mantener ningún contacto con aquellos monjes que vivían en conventos solitarios. Por otra parte, los conflictos entre el clero y las ciudades eran muy frecuentes. A las medidas jurídicas, económicas y militares de los comunes, contrarias a los privilegios del clero, éste respondía con censuras espirituales, excomuniones e interdictos. Todo ello, unido al renacimiento del espíritu científico y a los progresos del espíritu laico en la cultura, contribuye a explicar el éxito de los movimientos heréticos. Un eclesiástico francés que visita Milán en 1215 la califica de reducto de herejes, con representación de todas las sectas.

El retorno al Evangelio, la pobreza, el trabajo y la predicación apostólica se encontraban ampliamente difundidos en el ambiente. El cisterciense calabrés Joaquín de Fiore, desplegando sus experiencias bíblico-eclesiásticas, criticó duramente los abusos existentes y difundió su programa rigorista y apocalíptico.

Movido por un impulso individual y moral, Francisco de Asís se empeñó en la tarea de la transformación activa del presente en vez de la contemplación mística del futuro. Su "conversión" aparece como la culminación de la trayectoria de un proceso personal íntimo, en conexión con la problemática general de la vida italiana, en pleno período de expansión. "Después de Jesús, San Francisco es el héroe máximo del cristianismo."

La predicación y la acción religiosa de San Francisco apenas representan nada nuevo respecto de los movimientos religiosos precedentes y contemporáneos: vida apostólica, pobreza evangélica, predicación activa y dinámica, oposición al derecho y a la fuerza, es decir, a los elementos constitutivos de la sociedad ordinaria. Sin embargo, el *poverello* de Asís imbuyó en todo ello el sello inconfundible de su personalidad. La empresa a la cual la Divinidad le destinaba era la de implantar el reino de Dios en la tierra, mediante la práctica de la vida evangélica. El amor de San Francisco hacia todo lo creado era un principio radicalmente innovador. "Su divinidad era providencia común, expansión de vida, presencia inmediata y gozosa en los colores, las formas, los movimientos y los sonidos, que gustaba con sensibilidad exquisita, fantasía pronta y espíritu libre de incubaciones ascéticas."

San Francisco no huye del mundo para refugiarse en una vida de perfección ascética y asegurarse la vida del más allá, sino que actúa decidido en el mundo para conquistarlo en nombre de Cristo. Basta comparar su actuación con la de San Bernardo, para darse cuenta de la diferencia. También San Bernardo proyectó su actividad en el mundo, aunque como lógica consecuencia de un deber eclesiástico, no por un impulso vocacional originario.

La peculiaridad de la vocación franciscana se comprende mejor si se confronta con la de Santo Domingo de Guzmán, cuya figura y obra están tan ligadas a la suya. Mientras Santo Domingo fue impulsado a constituir una comunidad de predicadores ambulantes por la vocación de la defensa eclesiástica contra la herejía, San Francisco fue llevado a la formación de la comunidad y al apoyo a la Iglesia por su vocación de predicador ambulante propagada a sus seguidores. Para Francisco de Asís, el Evangelio, la vida apostólica, eran realidades vivientes de ayer, hoy y mañana, en servicio de todo el mundo. Nadie ha entendido ni traducido a la práctica como Francisco la sentencia más profundamente normativa de Jesús: sólo aquél que pierde su alma la salvará.

Con la revolución comunal se había entrado en un período de transformación intensa. Las luchas entre ciudades, clases y partidos formaban el tejido de la Historia de la época, particularmente en Italia. Importaba tanto mantener vivo el espíritu de fraternidad como reducir y aliviar los conflictos inevitables. La revolución económica implicó la concentración de la riqueza, el incremento de la economía monetaria sobre la natural, la superioridad de la industria y del comercio sobre la agricultura y las primeras agitaciones del pueblo menudo contra la rapacidad de los patronos y mercaderes. En aquella sociedad

capitalista y terrenal, Francisco de Asís representó la otra cara de la medalla, el soplo de caridad que atenuaba los sufrimientos y el impulso encaminado a reaccionar contra la desigualdad entre las clases. No trataba de imponer a todos su pobreza ni su género de vida, sino que, con su ejemplo, reducía las riquezas a su justo valor. El franciscanismo originario es el esfuerzo más poderoso que se haya intentado para realizar una renovación religiosa *ab intus* –en el campo de la ortodoxia– del pueblo creyente. Esa renovación religiosa tendía a purificar y a integrar la revolución económica, política y cultural en pleno desenvolvimiento. La idea franciscana originaria era extraña a la fundación de una Orden religiosa y aspiraba a crear una comunidad apostólica libre y fraternal. San Francisco y los frailes menores debían constituir la levadura cuya fermentación lograría la nueva santidad vital. El acuerdo entre Francisco de Asís y el cardenal Ugolino –futuro Gregorio IX– canalizó por el río majestuoso de la Iglesia romana el evangelismo franciscano, lo que implicó la transformación del mismo en Orden religiosa mendicante. Entonces apareció el drama íntimo que llenó los últimos años de la vida del *poverello*, con el prodigio de los estigmas.

La gran tarea cumplida por la Orden franciscana consistió en colmar el abismo que se había formado en el siglo XII entre el clero y el pueblo. El mensaje franciscano llevó de nuevo la religión al pueblo. La religión ya no quedaba recluida en el coro de los canónigos que recitaban el oficio divino ni confinada en las soledades monásticas, sino que hizo acto de presencia en todas las actividades de la vida ciudadana. Desde luego, el franciscanismo eclesiástico y comunitario no logró realizar la reforma y regeneración de la Iglesia jerárquica que el *poverello* de Asís había imaginado. La sociedad cristiana continuó caminando por la trayectoria que, a través del cisma de Occidente, el movimiento conciliar, el nominalismo y el Papado renacentista, desembocaría en la Reforma protestante.

San Francisco fue una vigorosa personalidad que, en una época de crisis profunda, contribuyó a salvar la Iglesia. El inició nuevas modalidades en la oración, el pensamiento y la caridad cristiana; más que una teología y una sociedad de contornos jurídicos, el franciscanismo fue un estado de espíritu cuya concepción del mundo respondía a las exigencias de la sociedad de la época. San Francisco fue el "juglar de Dios", que llamó al redil de la Iglesia al pueblo marginado de la predicación de los clérigos y que comenzaba a contaminarse de herejía. Por este camino, la Orden tercera fue concebida como el medio en virtud del cual la sociedad se identificara consigo misma; sus miembros se llamaban 'hermanos" y trabajaban en pro de la desaparición de los rencores y de las querellas entre las ciudades. El entusiasmo suscitado por el franciscanismo fue un verdadero *Sturm und Drang* popular y sus consecuencias fueron profundas y duraderas. Como escribe Delaruelle, "hubo una Europa franciscana y no es exagerado pensar que el franciscanismo contribuyó a dar al Occidente su fisonomía actual. De él procede un cierto modo de leer el Evangelio y de descubrir en él un mensaje de simplicidad, de exigencia y de justicia social una concepción ascética de la vida, un sentido de la poesía de la existencia y una sensibilidad que gusta acomodarse a la naturaleza. Estos rasgos no caracterizaron sólo un momento de la historia religiosa, sino que denuncian todavía hoy la acción singularmente profunda y duradera de San Francisco".

Incidencias demográficas. Durante el siglo XIII prosiguió en la Europa occidental el aumento de población, que había caracterizado ya a las dos centurias anteriores. En general, puede decirse que el aumento no se demuestra por cifras sino por una convergencia de índices. Como ha demostrado el profesor Russell, los censos de carácter fiscal permiten establecer que la población inglesa pasó de 1 110 000 a 3 700 000 habitantes, de 1086 a 1346. Documentos de esta clase apenas existen en el continente hasta las postrimerías del siglo XIII. Francia tendría entonces de 10 a 11 millones de almas, y España de 5 a 6. Las consecuencias de este aumento de poblacion fueron, como ya sabemos, las campañas de los normandos de Roberto Guiscardo en Italia, la Reconquista en España, las Cruzadas en el Sudeste europeo, el *Drang nach Osten* germanico, el incremento de la economía y el desarrollo de las ciudades con el movimiento comunal. La Europa occidental acentuó su avance hacia el Sur —campañas de Fernando III y de Jaime I en España— y el Este —hasta el Oder y Transilvania, mientras adquiría renovados empujes el desmonte y la puesta en cultivo de nuevas tierras. sobre todo en la periferia septentrional y oriental del mundo cristiano: Escandinavia y el espacio báltico.

La economía agraria. En el Occidente europeo, la fase de expansión de la economía agraria, típica de los siglos XI y XII, cedió el paso, en la centuria siguiente, a otra de estabilización, impuesta por el hecho de que el desmonte había llegado hasta el límite de los suelos utilizables. Por su parte, la creciente difusión de la ganadería —consumo de carne en las ciudades y demanda de lana por la industria textil— se oponía a la difusión de los cultivos

Con anterioridad a las transformaciones verificadas a partir del siglo XI, las explotaciones rurales radicaban en grandes latifundios, cuyo centro era la corte señorial —catedral, abadía o castillo— y su organización tenía un marcado carácter patriarcal. Todos se contentaban con producir para hacer frente a sus necesidades más perentorias. A partir del siglo XI, el aumento de población hizo que se roturaran nuevas tierras y se obtuvieran mayores beneficios —cultivos extensivo e intensivo—. Los poseedores de las tierras vírgenes que existían fuera de los dominios señoriales no tardaron en aprovechar la ventaja que ofrecía el aumento de la mano de obra y la abundancia de "hospites", es decir, forasteros, advenedizos, en busca de nuevas tierras para cultivarlas. "La idea sumamente sencilla de traer huéspedes y establecerlos en dichos dominios mediante un censo, debía forzosamente acudir a su mente. Emplearon, *mutatis mutandis*, el metodo de población del que tantos ejemplos se han visto en el *Far West* americano del siglo XIX. La semejanza de las "ciudades nuevas" o "villas nuevas" de los siglos XI y XII con las *towns* diseñadas de antemano por los empresarios norteamericanos a lo largo de una línea de ferrocarril es, en efecto, patente hasta en el detalle. En ambos casos se trata de atraer a los inmigrantes por las condiciones más favorables, y se recurre a la publicidad para darles mayor aliciente. La carta-puebla de la villa nueva aún por fundar se promulga en todo el país, lo mismo que en la actualidad la prensa hace la más estupenda propaganda acerca del porvenir, los recursos y la amenidad de la urbe en formación" (H. Pirenne). La "villa nueva" —en contraste con el gran señorío— es una de las manifestaciones del

gran trabajo de roturación que desde fines del siglo XI transformó el solar de Europa.

La expansión de la economía agraria motivó una creciente movilidad de los bienes de la tierra, así como el incremento de la circulación monetaria en el campo. El alza de precios benefició a los productores y muchos nobles se arruinaron, ya que sus ingresos permanecieron estacionarios en una coyuntura de vida cara. Por otra parte, de momento no se pensó en modificar un sistema económico anticuado, que impedía a los propietarios obtener de su caudal rústico una renta proporcional a su valor. Con ello se transformó la organización señorial mediante las redenciones a metálico. Libertar a un hombre a cambio de dinero es un negocio doblemente provechoso. Poco a poco, la situación del latifundista tiende a parecerse a la de un rentista del suelo.

Como ya hemos indicado, desde comienzos del siglo XIII la colonización interior pierde arrestos en el Occidente europeo. El desmonte ha sido llevado hasta el límite de los suelos aprovechables, escasea el bosque y la ganadería se opone a la extensión de los cultivos. Como escribe Perroy, así va desapareciendo, antes de transformarse del todo, la tendencia favorable que, desde el año 1000, había implicado, a la vez, el desarrollo de la economía rural y el progreso demográfico. "El equilibrio de mediados del siglo XIII es, en gran parte, el resultado de la estabilización en la producción alimenticia."

Por el contrario aumentó la colonización de tipo militar, monástico, agrario, minero y burgués en el espacio báltico. Ello introdujo la civilización occidental en países todavía bárbaros y hasta las estepas dominadas por los mongoles. Dio a los países eslavos su armazón y abrió nuevas tierras al cultivo cerealístico, que permitieron las exportaciones trigueras. Impulsó el desarrollo de la pesca en el Báltico y estimuló todos los cambios. Los progresos realizados en la periferia europea no sólo compensaron la estabilización de la economía agraria en Occidente, sino que contribuyeron al desarrollo del gran comercio.

La economía urbana y la reglamentación de la industria. Hasta el siglo XV, las ciudades fueron los únicos centros de las actividades industriales y mercantiles. Entre la ciudad y el campo existe una rigurosa division del trabajo: el campo sólo practica la agricultura y la ganadería, y la ciudad se dedica a las artes manuales y a los negocios. En general la importancia de las ciudades medievales —creación de la burguesía— fue proporcional a la extensión de su radio económico.

La población urbana aumenta hasta principios del siglo XIV. Esta expansión demográfica impuso la adopción de numerosas medidas por parte de las administraciones municipales para la importación de víveres y su distribución. En general, adoptóse una política en beneficio del consumidor. Así como los grandes dominios señoriales se esforzaban en producir todo lo necesario para sus moradores, las ciudades satisfacían las necesidades de sus habitantes y de la tierra que les rodeaba, es decir, de su radio económico. La ciudad vende sus productos manufacturados en el territorio que le proporciona los víveres. Se instituye un régimen que protege, a la vez, al artesano que produce y vende, y al cliente que compra. A partir del siglo XI, los poderes públicos reglamentan el régimen industrial de las villas. Los privilegios de los gremios se fundan en el exclusivismo

y el proteccionismo. En frase de Henri Pirenne, el gremio medieval es una corporación industrial que goza del privilegio de ejercer exclusivamente determinada profesión, de acuerdo con los reglamentos sancionados por la autoridad pública.

Los grandes focos comerciales. Hasta fines del siglo XIII, la actividad comercial, vinculada al desenvolvimiento de la industria y a la circulación monetaria, realizó notables progresos en Europa. Paulatinamente quedó organizado un vasto circuito económico a base de dos focos principales, el Mar del Norte e Italia —las dos encrucijadas donde el tráfico era más intenso desde la Alta Edad Media— y un centro regulador, las ferias de Champaña. El despliegue del foco nórdico debióse a los paños flamencos, y las relaciones entre el comercio báltico y el del Mar del Norte estuvieron a cargo de la Hansa alemana. Italia debió su expansión al comercio, sobre todo mediterráneo, en conexión con las Cruzadas.

Las ciudades italianas. La revolución comercial de los siglos XI y XII había nacido bajo el impulso del comercio a larga distancia, del comercio de exportación e importación, no de las pequeñas transacciones locales. En los dos ámbitos europeos más característicos, Italia del Norte y los Países Bajos, el panorama es el mismo. Hasta cierto punto, el comercio medieval era parecido al colonial de los tiempos modernos.

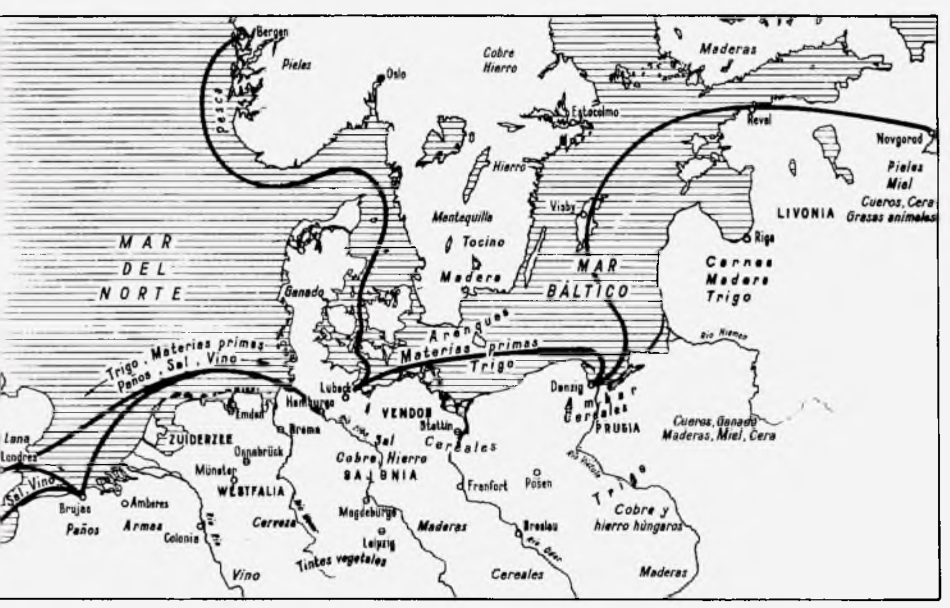
Desde el restablecimiento del tráfico mediterráneo en el siglo XI, las especias motivaron la riqueza de Venecia y de todos los grandes puertos del Mediterráneo occidental. El comercio medieval fue, al principio, un comercio de mercancías de lujo. Durante toda la Edad Media, las ciudades italianas luchan por el comercio mediterráneo. Apenas habían iniciado Génova y Pisa el comercio con el ámbito levantino cuando Venecia se esforzó en expulsarlas de un dominio que había detentado en monopolio. La fundación del Imperio latino en Oriente —1204— dio a Venecia el predominio, que perdió con la restauración bizantina en 1261, apoyada por Génova. Desde entonces, Venecia y Génova se dividieron el imperio mercantil del Egeo. En cuanto a Pisa, dejó de ser temible desde 1284, cuando los genoveses la derrotaron en La Melòria.

Las importaciones de Oriente consistieron, primero, en especias, para aumentar los productos al compás del incremento de las relaciones. A comienzos del siglo XIII, Europa importa arroz, naranjas, albaricoques, higos, pasas, perfumes, medicinas, productos tintóreos, algodón y seda. A cambio de estos productos, que difundieron por el Occidente europeo un nivel de vida más confortable y refinado, los italianos abastecían las escalas de Levante de madera de construcción y de armas, así como también de esclavos. Pero los tejidos de lana conquistaron muy pronto el principal lugar entre los productos exportados. Desde el siglo XIII el foco textil más importante de Europa radicó, como ya se ha dicho, en Flandes-Brabante, y su gran mercado en Brujas. Los paños flamencos se fabricaban con lana inglesa y castellana. Los hombres de negocios italianos desbordaron con sus actividades el ámbito mediterráneo. Por el Mar Negro establecieron conexiones con el imperio mongol y en el Sudán trocaron sus productos por oro.

La Hansa alemana. La Hansa ocupa en el Norte de Europa una situación parecida a la de los grandes puertos italianos del Mediterráneo. Al compás de la penetración alemana surgieron ciudades en el litoral báltico. El impulso partió de Lubeck, fundada en 1158. En 1160 surge Visby, en la isla de Gotland; en 1218, Rostock; Stralsund y Danzig, en 1230; Wismar, en 1269; unos años antes habían surgido Riga y luego Reval (Tallinn). En todas estas ciudades, una activa burguesía mercantil se dedicó a los negocios. A iniciativa de Lubeck, que en 1230 había firmado un tratado de amistad comercial con Hamburgo, las jóvenes ciudades del Báltico constituyeron una liga, a la que pronto se adhirieron los puertos del Mar del Norte. Esta liga recibió el nombre de Hansa, que se aplicaba a las asociaciones de mercaderes. Así surgió la famosa confederación de ciudades marítimas alemanas, que ofrece un contraste muy acusado con las continuas guerras que sostuvieron las ciudades italianas del Mediterráneo. Ello les aseguró, en toda la extensión de los mares del Norte, una preponderancia que debían conservar hasta fines de la Edad Media. Gracias a dicho convenio las ciudades alemanas lograron resistir victoriosamente los ataques de los reyes daneses e impulsar sus progresos en el extranjero.

Las principales bases de operaciones del comercio hanseático en Occidente eran el Stalhof de Londres y la factoría flamenca de Brujas. En Oriente, Novgorod concentraba el comercio con Rusia; por los ríos alemanes sostenían el comercio con la Alemania continental; y por el Vístula, el de Polonia y el espacio báltico. En cambio, la gran vía comercial que antaño relacionaba el Báltico con

Las grandes direcciones del comercio hanseático.



Constantinopla y Bagdad a través de Rusia, se había cerrado desde el establecimiento de los pechenegos, en el siglo XII, a orillas del Mar Caspio.

El comercio hanseático consistía en productos naturales —trigo de Prusia y Polonia, pieles y miel de Rusia, materiales de construcción, pescado seco y salado de Escandinavia— y, como fletes de regreso, transportaba lanas de Inglaterra y sal de Bourgneuf (Gascuña francesa). Todo este tráfico gravitaba alrededor de Brujas, donde los mercaderes alemanes recogían las telas flamencas y las especias procedentes de Italia. El volumen del comercio hanseático igualaba al italiano; pero sus capitales eran inferiores.

A mediados del siglo XIII, Renania abdicó ante la Hansa, mientras en la Alemania del Sur, si bien fueron frecuentes los contactos económicos con Venecia y el comercio mediterráneo, el ámbito danubiano estuvo muy lejos de la prosperidad que alcanzaría a fines de la Edad Media.

El gran comercio en el siglo XIII: Las ferias de Champaña. En el transcurso del siglo XIII, toda Europa, desde el Mediterráneo al Báltico y del Atlántico a las estepas rusas, está abierta al gran comercio. Desde sus focos principales, los Países Bajos en el Norte e Italia en el Sur, irradió a todo el litoral europeo, para difundirse progresivamente a través del continente. Los hombres de negocios italianos fueron los promotores de las sociedades comerciales, los creadores del crédito y los restauradores de la moneda. Según Pirenne, la propagación de sus métodos económicos en el Norte de Europa es tan evidente como debía serlo la del humanismo en los siglos XV y XVI.

El gran comercio medieval tuvo un carácter capitalista. Parece incuestionable que el capitalismo se afirmó desde el siglo XII. Las ganancias comerciales solían invertirse en la compra de inmuebles y fincas rústicas, lo que tuvo notables repercusiones sociales, a las que nos referimos más adelante.

Como manifestaciones del comercio errante, las ferias conocieron su apogeo hasta fines del siglo XIII. Comparadas por Henri Pirenne con las exposiciones universales contemporáneas, las ferias medievales se celebraban en los ámbitos impuestos por la dirección de las grandes corrientes mercantiles. Las más famosas fueron las de Champaña y de Brie (Francia), en la gran ruta comercial que unía Italia y Provenza con los Países Bajos. Una tras otra, tales ferias duraban todo el año. En enero se celebraba la de Lagny-sur-Marne y el martes que precedía a las Carnestolendas, la de Bar; en mayo, la de Provins; en junio, la "feria cálida" de Troyes; en septiembre, la segunda feria de Provins; y en octubre, para cerrar el ciclo, la "feria fría" en Troyes. En el transcurso de los siglos XII y XIII cada feria se prolongaba durante seis semanas y no dejaban entre ellas más intervalo que el necesario para el transporte de la mercancía.

Las ferias de Champaña desarrollaron el crédito y su importancia se debe al contacto que establecieron entre el comercio italiano y la industria flamenca. Alcanzaron su apogeo en la segunda mitad del siglo XIII, para iniciar la decadencia a comienzos de la centuria siguiente. Para Pirenne, la causa esencial de la decadencia —vinculada a las crisis del siglo XIV— radicó en la sustitución del comercio errante por los hábitos mercantiles más sedentarios, así como en el desarrollo de la navegación directa de los puertos italianos y flamencos con

Inglaterra. Una causa muy importante fue, también, el largo conflicto que enfrentó el condado de Flandes con los reyes de Francia de 1302 a 1320, ya que imposibilitó la concurrencia a las ferias de los mercaderes de los Países Bajos. Poco después, la Guerra de los Cien Años les asestó un golpe decisivo. En adelante desapareció aquel gran foco mercantil hacia el cual habían confluido, durante dos siglos, todos los hombres de negocios de Europa.

Moneda y coyuntura económica. Con anterioridad al siglo XI la moneda escaseaba y predominaban los intercambios en especie, la *Naturwirtschaft.* El aumento posterior de los metales preciosos —oro sudanés, explotación de nuevas minas de plata en la Europa Central—, paralelo al aumento de precios, caracterizó la fase de expansión de la economía del Occidente europeo basada en el incremento de la producción y del consumo. Esta fase expansiva —una fase A, en la terminología de François Simiand— culminó en el siglo XIII y contribuye a explicar desde los grandes dispendios ocasionados por la construcción de las catedrales góticas al esplendor de la vida urbana, condicionado por el auge del artesanado y de la actividad mercantil.

Los reinos bárbaros que se repartieron el imperio de Occidente conservaron, como patrón monetario, el sueldo de oro de Constantino; pero esta moneda no solucionó el derrumbamiento provocado por la intrusión musulmana en el Mediterráneo. Desde comienzos del siglo IX desapareció en la monarquía carolingia, cuando ésta se convirtió en un Estado exclusivamente agropecuario. Como escribe Henri Pirenne, el metal amarillo, que la interrupción del comercio mediterráneo desterró de la Europa Occidental, deja de servir, por varios siglos, de moneda de intercambio.

Carlomagno estableció el "monometalismo de plata" y su sistema perdura todavía en los lugares en que circula la libra esterlina. La libra con un peso de 491 gramos —la romana tenía 327— es el punto de partida de la acuñación. Está dividida en 240 unidades de metal puro, que se designan con el nombre de denarios. A su lado existen las monedas de cuenta —1 libra, que equivale a 20 sueldos; 1 sueldo, a 12 dineros; 1 libra, a 240 dineros. En el Occidente europeo, la moneda de oro se conservó sólo en los territorios sometidos a la esfera de influencia de Bizancio —Italia del Sur, Sicilia— y en la España musulmana.

A fines del siglo XII, el desorden monetario de la época feudal había llegado a tal extremo que se imponía una reforma. Los reyes comienzan a recuperar las regalías monetarias, mientras en todas partes se verifica la adecuación del sistema carolingio a las necesidades del comercio: Venecia acuña el *gros* o *matapán*, la Francia de San Luis difunde el *gros tournois* y el *gros parisis*, e Inglaterra la *esterlina.*

Las acuñaciones de oro se reanudaron en Occidente cuando el comercio mediterráneo comenzó a difundir monedas de oro árabes y bizantinas —*hiperperes, besantes, morabetinos*—. En 1231, Federico II acuñó en el reino de Sicilia los *augustales* de oro, obra maestra de la numismática medieval, pero cuya difusión no logró rebasar los límites de la Italia del Sur. La acuñación por Florencia de los primeros florines abrió resueltamente, en 1252, el camino de la expansión del oro en Occidente. Génova lo hizo inmediatamente después y en

1284 Venecia dio con su ducado o *zecchino* una réplica al *florín*. Desde 1266, San Luis acuñó en Francia los primeros denarios de oro. En España la acuñación regular del oro se mantiene desde Alfonso XI de Castilla. En el Imperio, Bohemia lo hizo en 1325, y en Inglaterra, Eduardo III en 1344. En la primera mitad del siglo XIV se difundieron las acuñaciones de oro en los Países Bajos.

Transformaciones sociales. El alza de precios y la fase expansiva de la economía durante el siglo XII, condicionaron notables repercusiones sociales. En la economía agraria, los propietarios —la nobleza— vieron disminuir sus rentas a consecuencia de la devaluación progresiva de la moneda. Ello hizo que muchos nobles se viesen obligados a buscar otras fuentes de ingresos —en el ejército, en la administración real, en el comercio—. Fenómenos como la colonización alemana en el Este, la cruzada contra los albigenses y las aventuras de los angevinos en Italia, fueron, en parte, condicionados por la circunstancia apuntada.

Los burgueses, en cambio, se enriquecieron y sus intereses, al coincidir con los de las monarquías, contaron con la protección de los poderes públicos. La burguesía destinó parte de sus beneficios a la adquisición de fincas rústicas, que les ofrecía a buen precio la nobleza cargada de deudas. Henri Pirenne afirma que, desde principios del siglo XII, toda la alta nobleza de la cuenca del Escalda había contraído deudas con los burgueses de las ciudades. A pesar de las prohibiciones eclesiásticas, los préstamos se hacían con interés, que solía oscilar del 5 al 25 por 100 según el riesgo. En sus fincas, la burguesía se esforzó en introducir la racionalización de la economía en la explotación, lo que provocó el empeoramiento de las condiciones en que se desenvolvía el campesinado. En cambio, los campesinos que disponían de excedentes de cosechas que vendían en los mercados, se enriquecieron fácilmente dada el alza de precios.

El desarrollo del crédito enriqueció a los prestamistas. Seguramente se ha exagerado la importancia económica de los judíos en la Edad Media. Cuanto más adelantado se encuentra un país desde el punto de vista económico, menos prestamistas judíos hay en él. En Flandes, por ejemplo, fueron muy pocos; en cambio, abundaron mucho en la Europa oriental.

El equilibrio institucional del siglo XIII. Observa Jacques Elul que a mediados del siglo XIII existe, desde el punto de vista institucional, una situación de equilibrio entre los cuatro poderes principales. El señorío se encuentra en decadencia, pero la nobleza tiene todavía un poder considerable. La ciudad ha adquirido toda su importancia y ha rematado el proceso de sus instituciones en el régimen municipal. La vida económica equilibra el poder militar de los señores. La Iglesia, con su apogeo en el arte, la cultura y la organización interna, es equilibrada desde los puntos de vista jurídico y político por el rey. El monarca, con su poder rápidamente incrementado, ha logrado que su autoridad y soberanía sea reconocida por todos. Entretanto, la unidad europea se deshace. El *corpus christianorum*, cuya existencia nadie pone en duda oficialmente, de hecho está dislocado. Ya no se aspira a una Europa unida bajo el Papado y el Imperio, mientras los distintos reinos se fortifican y afirman su soberanía recíproca. En busca de la centralización y de la unificación, las monarquías hacen que cristalicen

las fronteras y las rivalidades; y en el interior de cada reino, el régimen de la soberanía centralizada se opone al feudal de la soberanía dispersa. En esta misma dirección actúan el Derecho romano y el aristotelismo, que afirman la preponderancia del Estado como guía de la sociedad hacia la perfección.

La monarquía francesa aprovechó el prestigio cosechado en Bouvines para proseguir la tendencia centralizadora. Los senescales y *baillis*, hasta entonces oficiales feudales, fueron transformados en un verdadero cuadro de funcionarios de la corona. San Luis sustituyó a los nobles por los legistas, los clérigos y los caballeros en el Parlamento, y ordenó la instalación en el Temple de una comisión financiera, a la que Felipe el Hermoso denominó *Chambre des Comptes*.

Por su eficiente organización, la monarquía británica puede ser escogida como modelo en el Occidente europeo. La autoridad del monarca llegaba a todos los ámbitos del país, haciendo que imperaran una sola ley y una sola justicia. De la *Curia regis* o gran consejo del monarca, se desprenden el Parlamento, al que en seguida aludiremos, y varios cargos fundamentales del gobierno, como el *Exchequer* (ministerio de Hacienda), el *Common Bench* (alto tribunal real) y el *Chanceller* (encargado de la ejecución de las órdenes reales). La cuádruple organización de la corte real, dividida en consejo, hacienda, justicia y cancillería, se difunde, ya en el siglo XIV, por los demás Estados europeos.

En la base de la organización local del país se encontraban los condados, herencia de la época anglosajona, a la cabeza de los cuales estaba el vizconde o *sheriff*, que actuaba como un verdadero funcionario de la corona. La realeza británica procuró establecer una sólida administración de justicia.

Guillermo el Conquistador dio a la monarquía anglosajona un sólido apoyo financiero, basado en el catastro conocido con el nombre de *Domesday Book*. Sin embargo, consolidada la institución parlamentaria, la corona británica tendrá que solicitar la aprobación del Parlamento para todo impuesto fuera de los recursos del dominio real. Conviene tener en cuenta que éste quedó fuertemente limitado por la *Charte de la Forêt*, corolario de la Carta Magna, que al oponerse a la extensión de los bosques reales, implicó una concesión esencial para un pueblo agrícola, más sensible a la restricción de las dehesas (*deffensas*, tierras prohibidas) que a las estipulaciones políticas de la Carta Magna.

En Alemania, en el transcurso del siglo XIII registróse una evolución conducente a restringir el derecho electoral. La costumbre de confiar la preparación a unos comisionados implicó reducir a una simple aclamación el papel de la mayoría de los príncipes y, en consecuencia, todos aquellos que no tenían un papel efectivo en la elección se desentendieron, progresivamente, de la asamblea electoral. La restricción de los derechos electorales efectivos fue paralela a la venalidad de los sufragios.

Por lo que se refiere a la Iglesia, el *regale sacerdotium* alemán había acabado por reconocer la dirección de tres arzobispos: el de Maguncia, primado de Alemania; el de Colonia, encargado de consagrar al emperador electo; y el de Tréveris, cuyo poderío podía frenar las ambiciones de los dos anteriores. Al mismo tiempo, entre los señores feudales laicos, los grandes duques de Sajonia, Baviera, Brandeburgo y Bohemia se habían colocado netamente en cabeza. De hecho, los siete citados —tres eclesiásticos y cuatro laicos— habían pasado a

monopolizar el colegio electoral. Pero la limitación del derecho electoral no constaba en ningún texto, ni existían normas para decidir la mayoría. Teniendo en cuenta que la unanimidad era muy difícil de lograr, la minoría podía insurreccionarse contra la mayoría y recurrir a las armas. La resolución de todas estas dificultades quedó aplazada hasta la famosa Bula de Oro del emperador Carlos IV de Luxemburgo (1356), estudiada en el lugar correspondiente, que implicó un equilibrio institucional en el Sacro Imperio Romano Germánico.

Los Parlamentos. Surgidos de las reuniones ampliadas de la *curia regis*, los Parlamentos se difunden por el Occidente europeo como resultado de los fenómenos estructurales aludidos en este capítulo: el movimiento corporativo urbano en el aspecto social, las crecientes necesidades financieras de las monarquías en el aspecto económico y la afirmación del sentimiento nacional a través de los debates con la curia pontificia en el aspecto político. Este último factor tuvo especial importancia en la Francia de Felipe el Hermoso con motivo de las luchas con la teocracia pontificia de Bonifacio VIII.

Cuando la burguesía urbana tuvo suficiente potencialidad económica para contar en los destinos del país, los monarcas la incitaron a participar en las reuniones extraordinarias de la *curia.* El Parlamento –*Cortes* castellanas y portuguesas, *Corts* catalanas, *Etats Généraux* franceses, *Etats* flamencos, *Parliament* inglés– existe cuando se congregan los tres brazos o estamentos del país: nobleza, clero y estado llano. Por primera vez en la historia europea, el estado llano fue llamado a participar en los debates de la *curia* en 1188 en León, reinando Alfonso IX. En la Corona de Aragón, Cataluña tuvo *Corts* desde 1218; Inglaterra poseyó *Parliament* después de la otorgación de la Carta Magna por Juan Sin Tierra en 1215. Francia lo tuvo a partir de 1302, cuando las luchas con Bonifacio VIII obligaron a Felipe el Hermoso a reunir los Estados Generales.

La función esencial de los Parlamentos medievales consistió en la votación de impuestos y tributos, por lo general condicionada a la obtención de diversos privilegios. No tuvieron, en cambio, facultad legislativa ni financiera propia, aunque repetidas veces procuraran alcanzarla.

En Inglaterra el *Parlamento modelo* de 1295, durante Eduardo I, dio a la institución sus rasgos esenciales, que le permitieron ocupar un puesto clave dentro del sistema constitucional del país, entonces en fase de elaboración.

El municipio medieval. En páginas anteriores nos hemos referido al papel de las ciudades en el equilibrio institucional del siglo XIII. Sabemos, ya, que la constitución de éstas fue una obra de marcado carácter revolucionario –movimiento comunal–, que implicó la irrupción de las nacientes clases burguesas en el mundo feudal y señorial. Al margen del régimen de encomienda y prestación personales, la burguesía reclama un estatuto jurídico particular y, una vez obtenido, quiere regir la ciudad mediante organismos representativos competentes: el gobierno municipal.

Ya sabemos que las ciudades nacen por actos fundacionales localizados en la Carta-puebla. "Elemento esencial de estas cartas –que pasan a ser de propios contratos agrarios colectivos en zonas rurales a verdaderos estatutos políticos en

los territorios de más avanzada urbanización– es la determinación de las relaciones entre el fundador y los pobladores. En las ciudades burguesas se fijan en la suspensión de la servidumbre (de ahí el adagio "el aire de la ciudad hace libre"), en la atenuación de los derechos señoriales y sobre todo en la fijación de las competencias. En el ejemplo de las ciudades libres de tipo consular hay un vínculo juramentado. En el de las repúblicas italianas, dictaduras o potestades, parangonables al posterior *corregidor* español. Su teorización está determinada en ciertos tratados de *regimini civitatis*" (Beneyto).

Las ciudades que destacan sobre la multiplicidad de tipos que ofrece la realidad, surgidas a consecuencias de la revolución comunal del siglo XI al XIII, son las que más propiamente se designan con el nombre de *civitates*. Entre ellas destacan las que reciben equivalencia con el título diocesano: las *ciudades de obispo*, como se las llama en la crónica de Alfonso X. En las sedes episcopales subsistía, desde la época romana, una autoridad con funciones de protección y de defensa, que asumía la *tuitio* de la totalidad de los habitantes.

Los tipos de organización municipal en el Occidente europeo son esencialmente tres; el municipio rural, donde predomina el elemento económico, con un *villico* o *merino* a su cabeza, con estructura ligada a la jura impersonal y al poder judicial; el municipio privilegiado, surgido por la aplicación de concesiones nobiliarias, infanzonías, etc.; y el municipio consular, desarrollado en Italia y en el Sur de Francia, con la justicia separada dependiente del rey y designado como *communitatem seu commune* –con la curiosa evolución de los *podestá* italianos, que simbolizan la imparcialidad de los gobernantes–. Hay también tipos intermedios, como las ciudades de señorío, en las que participaban los vecinos junto con el delegado del señor. El territorio anejo a las ciudades se puede definir como zona en la que rige un determinado derecho: *Unos mismos muros, una misma ley*. La recepción romanista hace que en el siglo XIII se forje la figura de la *universitas*, cuerpo de habitantes de una población y titularidad propia de los mismos.

Por su carácter revolucionario, el movimiento comunal llevó al poder a la burguesía triunfante, que usufructuó el gobierno del municipio representado por una poderosa oligarquía de magnates del comercio y del dinero. Al sobrevenir la depresión económica, desde el primer tercio del siglo XIV, esa oligarquía se verá obligada a compartir el gobierno municipal con los pequeños gremios y los artesanos de la industria textil, mientras la marcha progresiva de la realeza hacia el autoritarismo romperá, en beneficio de las monarquías, el equilibrio institucional de la época clásica del Occidente europeo.

El gobierno de la ciudad encuentra apoyo y complemento en los gremios, colegios y cofradías, fruto del espíritu de asociación del artesanado europeo, desarrollado especialmente en los siglos XIII y XIV. Los gremios apoyan a las autoridades y al Consejo de la ciudad en sus tareas específicas de policía de los mercados y de las industrias, y cuidan de la aplicación de sus acuerdos. A cambio de esta cooperación, los gremios son reconocidos por las autoridades municipales, en particular por lo que atañe a la obligatoriedad de pertenecer a ellos todos los que quieran ejercer un oficio determinado en la ciudad. Por este camino, el Consejo suele desentenderse de las funciones de tipo preferentemente económico.

Estudiado ya el movimiento comunal y las características dominantes del municipio, hemos de sintetizar aquí una visión de conjunto sobre los núcleos urbanos de la Edad Media. Es una cuestión que preocupa mucho a la bibliografía contemporánea. Conviene advertir que la evolución urbana transcurre con escasa uniformidad. En consecuencia, no puede existir una historia unitaria de las ciudades.

Ya sabemos que la vida urbana, en franco declive en Occidente desde la crisis del Imperio romano, resurge a partir del siglo XI. En la creación del nuevo espíritu urbano, desde sus modestos orígenes como mercado, se perciben claramente dos causas importantes: el aumento demográfico y la recuperación económica. Sin embargo, como observa Vicens Vives, la ciudad medieval no fue sólo hombre y dinero, ni mero acto jurídico determinado por un príncipe, sino, sobre todo, un espíritu. "Fue, en particular, una *universitas*, es decir, una colectividad social fomentada sobre dos de las peculiaridades más distintivas del tiempo: religión y patriotismo local."

El apogeo de la ciudad medieval corresponde a los siglos XII, XIII y parte del XIV, hasta que sobrevino, en esta última centuria, el cambio de coyuntura que originaría la *gran depresión*, a partir de la crisis demográfica causada por la Peste Negra. Durante esta fase de plenitud se desarrollan las oligarquías burguesas, que suelen constituir una especie de patriciado de sangre, por descender de los antiguos fundadores o pobladores de la ciudad: unas cuantas familias que hicieron una fortuna con la revolución comercial del siglo XII y que luego adquieren propiedades urbanas.

Como escribe Fritz Rörig, el gran tratadista de la Hansa, las ciudades alemanas desempeñaron un papel de primer orden en el *Drang nach Osten*, en la colonización germánica de las tierras del Este. "Entre los rasgos característicos de ese territorio, en cuyo suelo se alzan hoy Berlín y Breslau, Leipzig y Dresde, Danzig y Koenigsberg, está el hecho de que allí los núcleos urbanos eran casi totalmente desconocidos... A las ciudades debe concederse el mérito de haber creado, en el Oriente de Alemania, desde el siglo XII, establecimientos urbanos ajustados al tipo de la antigua ciudad alemana." La importancia de los grandes nexos de tipo económico se pone de relieve, sobre todo, en el nacimiento de los núcleos urbanos del Báltico, a partir de la fundación de Lubeck. Ello desembocaría en la más orgullosa confederación de ciudades alemanas: la Hansa.

Rörig observa que, en el pórtico de la historia de la Hansa podría escribirse esta frase, que al punto parece extraña: "El todo existió antes que las partes". La fundación de las ciudades hanseáticas del Nordeste europeo se verificó como realización de un programa consciente de carácter político y económico: la dominación económica del Báltico por el comerciante alemán. La idea creadora había surgido en las ciudades del Occidente de Alemania. "El modo de su realización, el desplazamiento de audaces grupos de empresarios de una fundación urbana a otra, produjo una relación no sólo económica, sino también –y esto es esencial para la inteligencia de la Hansa– de sangre entre las capas directoras... Profundo sentido encierra lo que en 1274 escribe Reval a Lubeck:

Las dos ciudades están en tan íntima relación como los dos brazos del Crucificado.

Las ciudades italianas y alemanas, se desarrollan con perfecta libertad. En las monarquías occidentales, en cambio, la realeza hizo sentir su autoridad en el desenvolvimiento de los núcleos urbanos. Es la tendencia iniciada en Francia por Felipe Augusto a comienzos del siglo XIII. En Inglaterra, las relaciones entre el Estado y la ciudad llegan a resultados parecidos a los del país vecino.

Uno de los ámbitos europeos en que mejor se desarrolló la cultura urbana fue en Flandes, punto de contacto entre las formaciones nacionales de Francia e Inglaterra y el particularismo del Sacro Imperio. Brujas y Gante, Ypres y Arrás, Douai y Lille florecieron gracias a la industria textil y al tráfico de la lana inglesa. La similitud de intereses entre el conde y los núcleos urbanos hizo que en Flandes se armonizaran el afán de autonomía por parte de las oligarquías burguesas y el mantenimiento de una autoridad de tipo administrativo por parte de los condes.

Lo que las ciudades italianas hicieron en el campo económico sólo encuentra parangón en Flandes, debido a la pujanza de su industria textil. Entre las ciudades flamencas sobresalió Brujas, gran puerto europeo, la plaza hacia la cual convergían las líneas comerciales de todos los ámbitos del continente. El aspecto de la ciudad quedó determinado por el comercio. Los *poorters* de Brujas tuvieron que hacer importantes sacrificios financieros para construir la ciudad, fortificarla y proveerla de edificios públicos. En 1297, la poderosa muralla de unos siete kilómetros de contorno costó diez mil libras, gasto que sólo pudo hacerse con auxilio de los banqueros italianos, los representantes de los Peruzzi y los Bardi. Sus habitantes se enorgullecían, justamente, del mercado nuevo, las esclusas y, sobre todo, de la famosa grúa.

La fuerza de la expansión mercantil, que lo dirigía todo, suele reflejarse en las ciudades consideradas como creaciones arquitectónicas.

Las ciudades más populosas eran, en el Medioevo, las del Norte de Italia, donde Milán y Florencia se acercarían a los 100 000 habitantes a mediados del siglo XIV. Por las mismas fechas, Londres y París apenas llegarían a los 50 000. La capital francesa experimentó un rápido crecimiento. En Alemania, Colonia tenía unos 30 000 habitantes; Lubeck, 25 000; Nuremberg y Danzig, 20 000; Augsburgo, unos 10 000; y Leipzig apenas llegaba a 4 000 a mediados del siglo XV. Las pestes, las hambres y la pavorosa mortalidad infantil perturbaban grandemente el desarrollo de los núcleos urbanos. Rörig aduce el ejemplo de la familia Rorach, de Francfort, que en dos centurias, de fines del XIV a las postrimerías del XVI, vio nacer en su seno 65 niños vivos, pero sólo 18 de ellos sobrevivieron a sus padres y sólo 12 contrajeron matrimonio. Al parecer, entre la población adulta, las mujeres superaban bastante a los hombres.

Los judíos forman barrios separados en las ciudades: a fines del siglo XIII se establece como verdadera obligación para los judíos vivir en el *ghetto*, es decir, en un barrio cerrado, dentro de la ciudad.

En todas partes, las ciudades y la burguesía asumieron una función directiva en la secularización de la cultura. En la burguesía de las ciudades medievales se unen de modo indisoluble los intereses económicos y los espirituales. Se ha hecho notar el paralelismo existente entre la introducción de la escritura para la

administración urbana y los negocios en el siglo XIII y la difusión de la imprenta en el XV.

La partida más considerable en el presupuesto de gastos de las ciudades se destinaba a obras de defensa. En 1379, el 82 por 100 de los gastos de Colonia tenían esa finalidad. En estrecho paralelismo con las medidas de protección militar hallábase el esfuerzo de las ciudades por extender su territorio urbano. A mediados del siglo XIV, Lubeck había adquirido derechos sobre 240 aldeas vecinas, y Erfurt dominaba en una extensión de 600 kilómetros cuadrados.

La ciudad medieval decae desde fines del siglo XIV. "En Italia, la ciudad dominaba al campo; Estados-ciudades de gran extensión limitaban unos con otros. En Francia y en Inglaterra, la realeza subordinó las ciudades al Estado nacional en formación. La ciudad alemana no decayó por incorporarse a un Estado, sino por haber sido sometida por un Estado insuficiente y extraño a su esencia." Los príncipes territoriales triunfaron de la vieja libertad urbana. Los Hohenzollern se apuntaron los primeros éxitos importantes en la lucha entablada entre el poder de los príncipes y la autonomía de las ciudades. "Consumada en 1448 con la sumisión de la doble ciudad de Berlín-Köllen, termina en 1481, en lo esencial, la independencia de las ciudades de la Marca de Brandeburgo, con la sumisión incondicional y durísima de la orgullosa Stendal."

Ya sabemos que paralelamente al despliegue del Occidente se registra la decadencia de Bizancio. Observa Bréhier que Constantinopla, europea y asiática al mismo tiempo, era en la Edad Media una divisoria entre dos mundos: Oriente y Occidente. La ciudad conservó su esplendor hasta el saqueo fatal de 1204 y la desidia de sus ocupantes durante los sesenta años de duración del Imperio latino. Del millón de habitantes que tenía en tiempos de Justiniano, apenas quedaba la mitad a comienzos del siglo XIII, y la restauración de los Paleólogos no pudo devolverle su perdido rango. Si bien el helenismo continuó manteniendo una situación preeminente, Constantinopla era en el Medioevo, como siguió siendo después, la ciudad en que se daban cita todas las razas y se escuchaban todos los idiomas del mundo conocido.

Una muestra de la decadencia de la ciudad, a partir de los Angeles, la ofrece la extinción de los juegos en el Hipódromo. En efecto, el pillaje que siguió a la ocupación de 1204 se cebó en las riquezas del mismo y en su abandono posterior. Luego, los recursos que tenían los Paleólogos fueron demasiado precarios para restablecer la dispendiosa institución de los espectáculos públicos, y el Hipódromo, ya sin funciones, quedó arruinado. Por los siglos XIV y XV era mostrado a los visitantes extranjeros como una curiosidad.

II

LAS MONARQUIAS DE OCCIDENTE. I

Parlamentarismo inglés y apogeo de los Capetos en Francia. Entre la batalla de Bouvines y la Carta Magna inglesa (1214-1215), y el planteamiento de la cuestión sucesoria en Francia, que daría origen a la Guerra de los Cien Años (1328), las grandes monarquías de Occidente, en particular la francesa, conocen su etapa de plenitud medieval, a tenor de los fenómenos de base estudiados en el capítulo anterior. En Inglaterra se desarrolla el régimen parlamentario, desde la Carta Magna de Juan Sin Tierra a las reformas fundamentales de la época de Eduardo I. Como escribe Petit-Dutaillis, el Parlamento inglés del siglo XIII fue, esencialmente, una Asamblea de los grandes señores, que debían al rey, en virtud de la obligación feudal, el consejo de su experiencia. Durante la crisis del reinado de Enrique III, los barones no pensaron en crear un sistema parlamentario propiamente dicho, sino que decidieron intervenir en la administración y en el gobierno como consejeros, invocando el principio feudal de que el vasallo debía aconsejar a su señor. Luego, la reacción aristocrática tuvo que ceder el paso al advenimiento de las clases medias, agrupadas en torno al "protector" Simon de Monfort. Bajo Eduardo I, el Parlamento es considerado como una pieza esencial del mecanismo constitucional del país.

Gracias a los franciscanos y dominicos, que comenzaron a establecerse en Inglaterra hacia 1221, procedentes de Francia, la Iglesia fue, bajo Enrique III, el centro de la vida nacional británica y la institución que inspiró la resistencia a todas las opresiones. La situación cambia radicalmente con Eduardo I –igual que en Francia, de Luis IX a Felipe el Hermoso–. En efecto, con motivo de la guerra francobritánica a causa de Flandes y sus inmediatas derivaciones (alianza Flandes-Inglaterra-Imperio y coalición francoescocesa), el papa Bonifacio VIII trató de imponer su arbitraje y condenó la política de Eduardo I. Pero éste sometió la querella al Parlamento y la pretensión pontificia fue rechazada: Inglaterra afirmaba su plena soberanía respecto de la Santa Sede.

La monarquía de los Capetos en Francia alcanza su plenitud medieval con los reinados de Luis IX y Felipe IV. El primero dio un equilibrio majestuoso a la monarquía feudal y gracias a su energía, el desmembramiento del dominio real entre el monarca y sus hermanos –su padre, Luis VIII, había introducido la costumbre de constituir grandes *apanages* en favor de los hijos segundones de los reyes– no fue nefasto. Luis IX–*Frater Ludovicus*, como le llamaba el pueblo de París– dio el más elevado prestigio moral a la monarquía capétida y consideró que su obligación esencial como monarca consistía en guiar a sus súbditos hacia el cielo. La liberación del Santo Sepulcro se convirtió para él en idea directriz de la política exterior francesa. En el transcurso de su reinado, el desarrollo de las

instituciones se plasmó en la constitución definitiva de la realeza desde los puntos de vista administrativo, judicial y financiero. Mientras el gran feudalismo, a excepción del duque de Aquitania y rey de Inglaterra, ha sido dominado, los campesinos y la burguesía se enriquecen: Etienne Boileau redactó en París su famoso *Livre des Metiers*.

Felipe IV el Hermoso y su equipo de legistas subvirtieron totalmente las concepciones de San Luis: al ideal de la justicia cristiana opusieron la razón de Estado y los principios del Derecho romano, mientras se esforzaron en dar una personalidad independiente a la monarquía francesa, aislada de la Cristiandad. Con caracteres mucho más dramáticos que la Inglaterra de Eduardo I, la Francia de Felipe IV se opuso a la teocracia de Bonifacio VIII para realizar después el proceso de los Templarios. Una política exterior de vastos alcances, motivada por el deseo de dar a Francia sus "fronteras naturales", exigió grandes recursos, cuando presentaba ya síntomas de agotamiento la fase expansiva del siglo XIII.

La "Carta Magna". El conflicto político planteado en Inglaterra durante el reinado de Juan Sin Tierra (1199-1216) –que tendría una segunda versión en tiempos de Enrique III, como veremos– constituye uno de los capítulos más interesantes de la Historia medieval británica. Sus antecesores, Enrique II y Ricardo Corazón de León, habían legado a Juan Sin Tierra una Inglaterra constituida en gran potencia. En el transcurso de quince años, Juan presenció el hundimiento del imperio angevino, fue expulsado de la capital por sus barones y murió proscrito en su propio reino.

La tragedia comenzó con la sucesión del obispo de Canterbury, Huberto Gautier, que motivó un serio conflicto entre el papa, Inocencio III, y el rey británico. El papa designó para ocupar la vacante al cardenal Esteban Langton, a quien se negó a reconocer el monarca. En 1208, Inglaterra fue colocada en entredicho por la Santa Sede y al año siguiente Juan Sin Tierra fue excomulgado. Como dijimos en capítulos anteriores, al ocuparnos del primer gran conflicto europeo, el rey de Francia, Felipe Augusto, acogió a los fugitivos británicos mientras Langton se convertía en jefe de la oposición contra Juan Sin Tierra.

La derrota angloangevina de Bouvines obligó a Juan Sin Tierra a capitular ante sus barones sublevados, los cuales, con el apoyo del clero y de la burguesía londinense, impusieron al monarca la "Carta Magna" (1215), primer monumento de las *libertades inglesas*. La *curia* de los reyes ingleses, limitada a una misión consultiva, integrada por los barones, prelados y delegados de la ciudad de Londres –*Concilium magnum generale*– se convertía ahora en órgano esencial del gobierno, ya que era indispensable su consentimiento para establecer cualquier impuesto real. Los barones, la Iglesia y la burguesía limitaron el absolutismo a que tendía la realeza en nombre de los derechos nacionales. En 1216, ya bajo Enrique III, el *Concilium* tomó el nombre de Parlamento y se convirtió en una asamblea política.

En la Carta Magna de 1215 radica la base de las instituciones sobre las cuales se levantaría el edificio de la Historia británica. El país, con un mayor grado de centralización que las restantes monarquías de la época, se divide en condados, gobernados por funcionarios, los *sheriffs*. El monarca posee en todo el territorio

los poderes jurisdiccionales, que ejerce por medio de jueces y jurados de notables. A fines de la centuria se organiza el procedimiento de apelación para las causas criminales. Bajo la influencia directa del Derecho romano, a través de la famosa escuela de Bolonia, la jurisprudencia y los *statuts* del monarca crean un Derecho nacional coherente.

Francia: Luis VIII y la regencia de Blanca de Castilla. El corto reinado del hijo y sucesor de Felipe Augusto, Luis VIII (1223-1226), inauguró el apogeo medieval francés del siglo XIII. Al empuñar las riendas del poder, Luis VIII tuvo que hacer frente a las reivindicaciones del rey de Inglaterra, Enrique III, quien exigió la restitución de las tierras que Felipe Augusto había confiscado a Juan Sin Tierra en 1202. Ante la negativa del rey de Francia, Enrique III volvió a tomar los títulos de duque de Normandía y conde de Poitou. Luis replicó invadiendo el Poitou y la Saintonge; pero la muerte le impidió ver el fin de la guerra. La misma interrupción brusca conoció la política meridional del rey, encaminada a apurar las posibilidades del triunfo de Muret. Luis VIII logró que Amaury de Montfort hijo del caudillo de la cruzada contra los albigenses, le cediera sus derechos en el *Midi*, y echó las bases de la incorporación a la monarquía de las tierras del conde de Tolosa, Raimundo VII.

La temprana muerte de Luis VIII –su primogénito, San Luis, contaba tan sólo doce años en 1226– impuso la regencia de su esposa, Blanca de Castilla, hija de Alfonso VIII, que se prolongó hasta 1235. La regente, "mujer por el sexo y hombre por el consejo", en frase del cronista Mateo Paris, con verdaderas dotes de estadista, logró salvar los momentos difíciles y supo educar al heredero de la corona para que fuese un verdadero modelo de reyes cristianos. Dotada de un gran sentido práctico, Blanca de Castilla supo procurarse preciosos apoyos –Fernando, conde de Flandes, Teobaldo IV de Champaña– para hacer fracasar la coalición feudal constituida al advenimiento de la regencia. Los adversarios del poder real, acaudillados por Pierre Mauclerc, conde de Bretaña, Enguerrand III de Coucy y Felipe Hurepel, bastardo de Felipe Augusto, sufrieron un duro revés al tratar de imponerse a la corona, a pesar de la ayuda que les prestó Enrique III de Inglaterra. Luego, los enemigos de la reina quisieron vengar el fracaso calumniando su reputación; pero la opinión general se inclinó decididamente por Doña Blanca. Luis IX, educado en el "pragmatismo de los Capetos, la capacidad de organización de los grandes representantes de la dinastía angevina y la reverencia al Derecho que la legislación alfonsina había legado al país de los fueros" (Calmette), tuvo siempre el más profundo respeto hacia su madre, cuya influencia en el gobierno fue preponderante hasta su muerte.

Doña Blanca supo resolver hábilmente el problema meridional legado por su marido y cuya liquidación efectiva realizarían San Luis y Felipe III el Atrevido. En efecto, por el tratado de Meaux o de París, Raimundo VII de Toulouse se obligó a extirpar la herejía albigense en sus dominios y a casar a su única hija, Juana, con Alfonso de Poitiers, hermano de San Luis. Conservando el Languedoc occidental, que después de Juana y Alfonso pasaría a la corona, Raimundo cedió a ésta el Languedoc oriental, organizado en seguida en las senescalías de Beaucaire-Nîmes y Carcasona. De este modo, mientras la Inquisición acaba con los

últimos focos albigenses –Montségur, en Ariège, fue el reducto final (1244)– los Capetos, dueños de la región, destruyen el dualismo entre el Norte de Francia y el *Midi*, y sancionan la obra territorial de la unidad francesa.

La plenitud de la monarquía francesa medieval bajo San Luis. El reinado personal de Luis IX (1235-1270) dio a Francia un inmenso prestigio. El monarca "de mirada angélica y fisonomía graciosa", en frase de un contemporáneo, personificó el misticismo medieval y consideró que la moral cristiana se aplicaba a los reyes como a los simples mortales. En Luis IX, contemporáneo de Santo Tomás, es total el acuerdo entre la fe y la inteligencia. Subordinando a este acuerdo su voluntad, lúcida y enérgica, el rey unió el misticismo con la acción. Como escribe Calmette, "una armonía perfecta entre la convicción y la acción caracterizó el decurso de su vida y la impresionante unidad de su reinado. Su virtud resolvió en un plano ideal las antinomias de las realidades cotidianas, momento curioso y huidizo, en que la aplicación de la ley moral basta para asegurar el funcionamiento simultáneo de los principios contrarios milagrosamente reconciliados. Luis IX es el único jefe de Estado que no obedeció más que a su conciencia. La *monarquía feudal* se adapta a la personalidad del rey. La política exterior y la interior se desarrollan en función del sentido de la justicia, única fuente de la solución de los problemas".

Luis IX tuvo que afrontar el peligro derivado de las coaliciones feudales, a las que proporcionaban un alimento intermitente las intrigas entre la casa de Tolosa, los señores del Sudoeste y la monarquía británica. La crisis alcanza su punto culminante en 1242: Luis IX logra derrotar en Saintes a Enrique III de Inglaterra, lo que impone la sumisión de la nobleza del *Midi*. Pero su concepto de la moral cristiana impide a Luis IX imponer al hijo de Juan Sin Tierra una paz basada en la fuerza. El tratado de París (1259) entre ambos monarcas restablece la paz por el derecho. En virtud de sus cláusulas, se infeuda al monarca inglés todo lo que el francés poseía en las diócesis de Limoges, Cahors y Périgueux, y se le reconoce la sucesión al Agenais y a la Saintonge, si Alfonso de Poitiers, hermano de Luis IX, muere sin descendencia. Enrique III abandona toda pretensión sobre Normandía, Anjou, Turena, Poitou y Maine, y recupera, en feudo, el antiguo dominio de Juan Sin Tierra, en particular la Guyena. Luis IX aprovechó su prestigio, la buena voluntad de su cuñado Enrique III y las circunstancias propicias para despejar el viejo *imbroglio* de las equívocas relaciones francobritánicas. La expulsión violenta e incompleta de los ingleses a partir de 1202 y su presencia en una amplia zona del Sudoeste, con la persistente agitación de la nobleza feudal francesa, constituían peligros evidentes para la corte de París. Luis IX se dio cuenta del peligro y quiso evitar a sus sucesores el duelo encarnizado, que, en efecto, impondría a los Valois una nueva *lucha por la vida*: la Guerra de los Cien Años.

El año anterior –1258– Luis IX y Jaime I de Aragón firmaron el tratado de Corbeil; Jaime I renunció a todas las reivindicaciones catalanoaragonesas al Norte de la frontera fijada en el Paso de Salses y las Albères, a excepción del señorío de Montpellier, y Luis IX, a los derechos que podía invocar sobre los condados catalanes. La resolución de las cuestiones litigiosas por pactos de buena voluntad causó la más favorable impresión entre los contemporáneos. El espíritu de justicia

del rey de Francia le dio una autoridad extraordinaria en todas partes. Las sentencias arbitrales, los *dits* de San Luis, constituyen la prueba de su prestigio.

En el interior, este rey piadoso encontró en su conciencia moral la fuente para modelar sus actos. Un monarca preocupado por sus deberes debía asegurar a sus súbditos una justicia modélica y rápida, una administración escrupulosa y una economía sana. En cuanto a la justicia, San Luis creó el Parlamento, que en sus orígenes no fue otra cosa que la comisión judicial de la curia. Por lo que atañe a la administración, un cuerpo de pesquisidores reales tuvo como misión perseguir los abusos y fiscalizar la actuación de los *baillis*. Y en la economía, ordenó la creación de una comisión financiera, que en tiempos de Felipe el Hermoso se convertiría en la *Chambre des Comptes*; y dictó la famosa ordenanza monetaria de 1265, en virtud de la cual dispuso la acuñación de monedas de oro, de curso legal en todo el país, lo que constituyó un duro golpe contra las acuñaciones señoriales y, en definitiva, contra el feudalismo.

Típico exponente del majestuoso equilibrio alcanzado por la plenitud de la civilización medieval en el siglo XIII, Luis IX murió de tifus ante los muros de Túnez el 25 de agosto de 1270. Siempre le había obsesionado la idea de cruzada y sus expediciones en este sentido serán estudiadas al ocuparnos de Bizancio y el Próximo y Medio Oriente en el siglo XIII.

La guerra de los barones en Inglaterra. La reacción aristocrática que, con el apoyo de la burguesía y del clero, impuso la Carta Magna a Juan Sin Tierra en 1215, según se ha dicho en páginas anteriores, hizo notables progresos durante el reinado de su hijo y sucesor, Enrique III (1216-1272). Muy devoto y de temperamento refinado, el rey inglés actuó siempre como un verdadero pupilo de la Santa Sede. Tres hechos explican la nueva fase revolucionaria: los abusos cometidos por sus consejeros extranjeros, las tentativas de la Santa Sede para avasallar, de acuerdo con el rey, a la Iglesia anglicana, y los fracasos experimentados por la política exterior del monarca.

La revolución de 1258-1265, análoga en su desenvolvimiento a la de 1215-1217, sacudió fuertemente la conciencia del país. Cuando el 2 de abril de 1258 se reunió en Londres el Parlamento —este concepto sustituyó a los de *Magnum Concilium, Coloquium* o *Generale Coloquium*— la paciencia de los ingleses estaba colmada. Uno de los jefes de la oposición era Simón de Montfort, hijo del famoso vencedor de los albigenses en Francia, conde de Leicester y de Bigorra, que había casado con una hermana de Enrique III. Con el apoyo de los grandes aristócratas, Simón de Montfort arrancó del monarca las "Provisiones de Oxford" (1258). La revocación de las mismas por Enrique III y el arbitraje favorable a éste de Luis IX de Francia —*dit* de Amiens— no implicaron el triunfo de la realeza. A la revolución aristocrática siguió la de la clase media rural, mientras la trayectoria revolucionaria, ahora de matiz burgués, escindió el partido de los barones: unos permanecieron fieles a Simón de Montfort y otros se acercaron al rey. Puesto a la cabeza de los elementos populares e indignado contra los barones disidentes, Simón de Montfort obtuvo una neta victoria cerca de Londres, en Lewes (1264) y dio comienzo a su dictadura de quince meses, hasta su derrota y muerte en Evesham (1265) por el nuevo rey, Eduardo I.

Los últimos Capetos y los comienzos de la crisis en Francia. El hijo y sucesor de Luis IX, Felipe el Atrevido (1272-1285), procuró mantener el brillo de la monarquía de los Capetos. Los progresos de la realeza se consolidaron por el funcionamiento de las instituciones y el esplendor alcanzado por la corona desde comienzos de la centuria.

Felipe III inauguró su reinado asegurándose importantes ventajas en el *Midi*. A consecuencia de la política seguida con la casa condal de Tolosa, la monarquía francesa logró adquirir el dominio del Languedoc (1271) al morir de la peste en Italia los tíos del rey, Alfonso de Poitiers y Juana de Tolosa. Por otra parte, una rectificación del tratado de París de 1259 –Amiens, 1279– limitó los beneficios asignados a Enrique III de Inglaterra al morir sin descendencia Alfonso de Poitiers. El rey de Inglaterra se contentó con el dominio de la Saintonge y cedió el del Agenais a Felipe III el Atrevido.

A excepción de algunas intervenciones de menor alcance en Navarra, la política exterior del reinado de Felipe III se centra en torno de la Cruzada francopontificia contra Cataluña, a consecuencia de la excomunión del conquistador de Sicilia, Pedro el Grande, por el papa Martín IV. Este acontecimiento, que estudiamos en el capítulo siguiente, costó muy caro a las armas francesas. Felipe III murió en Perpignan el 5 de noviembre de 1285.

Su hijo y sucesor, Felipe IV el Hermoso (1285-1314), presidió la etapa de transición entre el apogeo de los Capetos y la decadencia del siglo XIV. Prescindiendo aquí de las relaciones con la Corona de Aragón, que se estudian en el capítulo siguiente –reinados de Alfonso III y Jaime II–, los principales objetivos de Felipe IV tendieron a la afirmación de la autoridad de la monarquía, libre de ingerencias de la nobleza feudal, y a redondear la unidad territorial de Francia mediante la anexión a la corona de los condados de Guyena y de Flandes.

Felipe IV opuso al ideal de la justicia cristiana de su abuelo San Luis, la razón de Estado y los principios del Derecho romano. En los consejos áulicos del monarca, los nobles cedieron el lugar a los burgueses, entre los cuales destaca el famoso equipo de legistas acaudillado por Guillermo de Nogaret, profesor de Derecho en Montpellier y campeón anticipado de la razón de Estado. La admisión del derecho público romano en los organismos gubernamentales implicó la restauración de la idea del Estado, eclipsada por el feudalismo. Bajo Luis IX, la resolución de los antinomias mediante la virtud de la santificación, dio a la monarquía feudal un cierto equilibrio. Pero el legista proclama que el rey es como un emperador en su reino y que en él radica la fuente de la ley –"quod placuit principi habet legis vigorem"–. En consecuencia, la monarquía no puede ser feudal. Al lado de Guillermo de Nogaret destacaron Pierre Flotte, Enguerrand de Marigny y Guillermo de Plaisians.

Estos principios dieron un fuerte impulso a la centralización, mientras las crecientes necesidades del Estado obligaron a prestar atención preferente a las cuestiones financieras –creación de la *Chambre des Comptes*.

Con el fortalecimiento de la autoridad de la monarquía, Felipe el Hermoso emprendió una política de unidad territorial, basada en el principio de las "fronteras naturales" de Francia, que a su vez refleja los progresos alcanzados por las corrientes individualistas. Como escribe Pirenne, Francia se aísla del resto de la

Cristiandad y adquiere una personalidad independiente, a la que no podía aspirar en el sistema medieval, fundado en la concepción unitaria del Imperio. Sin embargo, la monarquía no rompe con la idea del poder universal; pero sustituye la noción del Imperio por la de una sociedad de naciones cristianas agrupadas bajo la hegemonía de Francia. "Este ideal nuevo, expuesto por Pierre Dubois, reemplaza la supremacía universal del Papa –que Santo Tomás introdujo en el dogma cuando desaparecía en la realidad de los hechos– por la autoridad soberana de las monarquías, bajo la hegemonía de una de ellas." Así se inaugura una nueva era política cimentada en el triunfo del individualismo –monarquías nacionales y hegemonía– contra el universalismo de la Alta Edad Media –Pontificado e Imperio.

Como condición previa para dar a Francia la frontera del Rin, Felipe IV necesitaba arrebatar al Imperio los Países Bajos y afirmar su autoridad en el condado de Flandes. En páginas anteriores hemos aludido a la prosperidad económica de las principales ciudades flamencas: Brujas, Gante, Ypres, Arrás, Douai, Lille. La oposición de los artesanos y del bajo pueblo contra las oligarquías burguesas degeneró en un largo conflicto, en el transcurso del cual el conde de Flandes, Guillermo de Dampierre, sostuvo las reivindicaciones populares, mientras las clases oligárquicas se vieron apoyadas por Felipe el Hermoso. Cuando aquél solicitó el concurso de Eduardo I, Flandes se convirtió en campo de batalla entre Inglaterra y Francia.

Frente a la coalición angloflamenca, a la que se unió el Imperio, Felipe IV solicitó la ayuda de Escocia y procedió a confiscar el feudo inglés de Guyena, mientras ocupaba el condado de Flandes ante la pasividad del emperador Adolfo de Nassau y el reembarque de Eduardo I para resistir un ataque escocés. Pero la ocupación de Flandes por el aliado de la oligocracia suscitó un enérgico levantamiento del partido popular en las ciudades. Los agentes del rey de Francia murieron a manos del pueblo en los célebres *Mâtines* de Brujas, réplica de las "Vísperas sicilianas". Apoyados por el conde de Namur, derrotaron a la caballería francesa en la batalla de Courtrai (1302). Dos años después, sin embargo, Felipe IV logró imponerse y anexionó a la corona de Francia la casi totalidad del condado de Flandes de lengua francesa. A juicio de Pirenne, la política de las fronteras naturales de Felipe el Hermoso aparece claramente en la ayuda prestada al conde de Hainaut, vasallo del Imperio, contra su propio vasallo de Flandes, y luego contra el emperador Alberto de Austria. "Pero, ayudando a los condes de Hainaut a rechazar la soberanía imperial en el preciso momento en que las ciudades flamencas rehusaban admitir la suya, el rey de Francia preparaba, sin darse cuenta, la futura independencia de los Países Bajos."

Las guerras sostenidas por Felipe IV –fenómeno semejante dióse en la Inglaterra de Eduardo I– hicieron que el monarca procurara obtener recursos con los bienes de la Iglesia. Este hecho y la incompatibilidad entre la teocracia pontificia y la monarquía nacional desencadenó el conflicto con Bonifacio VIII. A la pretensión de Felipe el Hermoso de destinar a la guerra contra Inglaterra el producto de los impuestos sobre el clero, percibidos para la cruzada contra Cataluña de su padre Felipe el Atrevido, Bonifacio VIII replicó con la bula *Clericis laicos*: el Papa prohibía la cobranza de cualquier impuesto sobre el clero sin

autorización pontificia. Felipe IV contestó prohibiendo todo envío de oro y plata a Roma. De momento, el Papa cedió, ya que Francia proporcionaba la mayor parte de los ingresos de la curia pontificia. Pero la polémica fue agriándose cada vez más, mientras los legistas franceses comenzaron a entrar en contacto con los adversarios italianos del Papa, los Colonna. Luego, el proceso del obispo de Pamiers, Bernard Saisset, amigo personal de Bonifacio, desató la cólera de éste, que en una serie de bulas combativas –*Ineffabilis Amoris, Salvator mundi* y *Ausculta fili*– trató de imponer en Francia las doctrinas teocráticas más integrales. A juicio de Calmette, el desafío lanzado por el pontífice causó una enorme sensación en Francia y despertó el patriotismo y la réplica, equivalente a lo que había sido Bouvines frente al Imperio. Felipe IV convocó una reunión de los Tres Estados y respaldado por su voto unánime, se dispuso a afrontar la situación. Por su parte, Bonifacio VIII reafirmó su postura por las bulas *Unam Sanctam* y *Iuxta Verbum* (1302-1303), mientras trataba de imponer a Francia la subordinación al Imperio.

La réplica de Nogaret fue fulminante. De acuerdo con los Colonna, penetró violentamente en el palacio de Anagni, donde se había refugiado el pontífice, y le hizo objeto de insultos y amenazas, a consecuencia de los cuales Bonifacio murió (11 de octubre de 1303). El "atentado de Anagni", y la escandalosa victoria de Nogaret, inaugurarían la era de los papas de Avignon.

Al proceso de Bonifacio VIII siguió el de los Templarios. Las acuciantes necesidades financieras impulsaron a Felipe el Hermoso a apoderarse de las riquezas acumuladas por la Orden del Temple, que se había convertido en una gran empresa bancaria. Les acusó de herejía y ante la pasividad del papa francés Clemente V, condenó a la hoguera al gran maestro de la Orden, Jacobo de Molay, para confiscar después los bienes de la misma. La bula *Vox in excelso* (1312) pronunció la supresión de los Templarios. Poco después, y por idénticos motivos, los judíos sufrieron la misma suerte.

La rama directa de los Capetos se extinguió con los hijos de Felipe el Hermoso, que reinaron sucesivamente: Luis X (1314-1316), Felipe V (1316-1322) y Carlos IV (1322-1328). La crisis francesa, ya iniciada en los últimos años del gobierno de Felipe IV, se acentuó a marchas forzadas, mientras aparecían esporádicas reacciones de tipo feudal contra la autoridad de la monarquía. El conflicto sucesorio planteado al morir Carlos IV en 1328, implicó la nueva entrada en liza de Inglaterra y los grandes señores del *Midi*; y la Guerra de los Cien Años, iniciada entonces, constituye el conflicto que simboliza el período de depresión en que entra el Occidente europeo desde el segundo tercio del siglo XIV.

El parlamentarismo inglés bajo Eduardo I y Eduardo II. Acabamos de referirnos a las empresas exteriores de Eduardo I (1266-1307). En la segunda mitad del siglo XIII, la trayectoria británica hacia el régimen parlamentario es paralela a la expansión territorial del país. En 1284, Eduardo I anexionó a la Corona el País de Gales.

Las acuciantes necesidades financieras impuestas por la política internacional del rey plantearon nuevamente las relaciones entre la Corona y el Parlamento por los subsidios. El llamado *Parlamento modelo* de 1295 constituye un jalón

importante en el desarrollo del régimen parlamentario. La elección de los diputados da a la institución sus rasgos esenciales. El acusado debe ser juzgado por sus pares y los impuestos consentidos por los contribuyentes: ello define los rasgos de un derecho público peculiar. Convertido en órgano de gobierno, el Parlamento inglés debe a Eduardo I su fisonomía característica.

Ello no quiere decir que la realeza británica practicara una política distinta de la de Francia. El proceso hacia la afirmación de la monarquía es paralelo, con la particularidad de que en Inglaterra no existían grandes feudos y, en consecuencia, la autoridad real se pudo organizar más rápida y sistemáticamente que en Francia. El Parlamento, considerado como pieza esencial en el sistema constitucional, completa las instituciones reales precisadas por el monarca —estatutos de Wetsminster (1275, 1285, 1290) y de Gloucester (1279)— y la jurisprudencia de los romanistas, entre los que destaca Francisco Accurse, que elaboran un Derecho nacional coherente.

La misma decadencia observada en Francia durante los reinados de los hijos de Felipe el Hermoso, se registra en Inglaterra desde la muerte de Eduardo I en 1307 al golpe de Estado dado por su nieto, Eduardo III, en 1330. Eduardo II, rey débil y sin personalidad alguna, vióse obligado a capitular ante los barones sublevados en 1309, a quienes reconoció una supervisión del poder real —*Ordainers* de 1301-1311—; y acabó siendo destronado por su esposa, Isabel de Francia. La regencia de ésta (1327-1330), iniciada por el llamado *Manifiesto de Wallingford*, dio el poder a su favorito, Roger Mortimer de Wigmore, y empeoró mucho la situación en que se debatía la crisis del poder monárquico. El golpe de Estado de 1330 hizo recaer el gobierno en manos de una personalidad fuerte, Eduardo III, quien iniciaría la lucha con Francia —Guerra de los Cien Años.

III

LAS MONARQUIAS DE OCCIDENTE. II

Las grandes conquistas cristianas en España. Durante el siglo XIII, Castilla y la Corona de Aragón, alcanzan su época de plenitud. Ambos reinos apuran las consecuencias de la batalla de las Navas (1212) y logran realizar los grandes avances sobre los territorios dominados por los musulmanes: el valle del Guadalquivir y la región levantina. Al morir los dos grandes monarcas, Fernando III el Santo y Jaime I el Conquistador, el problema de la Reconquista queda reducido al reino de Granada, es decir, a la situación que, dos siglos y medio después resolverán los Reyes Católicos.

La plenitud peninsular del siglo XIII no se refleja sólo en los avances espectaculares de la Reconquista, sino que aparece también en los factores de base —la población, la economía—, en la amplia recepción de las corrientes europeas —el estilo gótico, los centros universitarios—, en la convivencia basada en la tolerancia entre cristianos y musulmanes y en el equilibrio político del mecanismo social. Ello no quiere decir, sin embargo, que la corona logre imponerse sobre las fuerzas nobiliarias, ni que las clases burguesas tengan el peso suficiente para que el mentado equilibrio sea estable. La nobleza aprovechará las minorías de edad de los reyes para dar rienda suelta a sus ambiciones, mientras verá reforzado su poder, sobre todo en Castilla, por el latifundismo que caracterizó la política repobladora de la monarquía en el valle del Guadalquivir.

Resuelto por San Fernando el problema de la unificación política de la Meseta con la definitiva unión de Castilla y León, desaparecieron los litigios fronterizos entre ambos. Castilla y Aragón, a su vez, procedieron a fijar un límite en el Sudeste (Tratado de Almizra), que si bien no hizo desaparecer las causas de fricción entre ambos reinos, estableció las bases de un acuerdo sobre el problema suscitado por la reconquista de Murcia y el Sur de Valencia. En el ámbito pirenaico, el forcejeo francoaragonés se dirimió a favor de los designios de la monarquía francesa. Ante la reiterada presión de Castilla y la Corona de Aragón, Navarra cayó en la órbita de Francia (casa de Champaña, 1234); y por lo que se refiere al Pirineo Oriental, Jaime I sancionaría el desastre de Muret (1213) por el tratado de Corbeil de 1258. La gran expansión mediterránea posterior facilitada por el abandono del sueño ultrapirenaico, fue condicionada a su vez, en parte, por la riada de oro, que buscó refugio en Cataluña huyendo de los ejércitos cruzados de Simón de Montfort. En el fracaso del imperio pirenaico aragonés, tanto en Navarra como en el Languedoc, la monarquía francesa, su beneficiaria, contó con el apoyo del Pontificado.

La época de Alfonso el Sabio, pródiga en manifestaciones culturales, abre el paso al fenómeno que caracteriza la vida política castellana hasta los Reyes

Católicos: la violenta oposición entre la monarquía y la nobleza, acrecentada por el planteamiento y desarrollo de la cuestión sucesoria entre Sancho el Bravo y los Infantes de la Cerda. La Reconquista ha entrado en una fase de estancamiento. Ello explica que no puedan ser apuradas las últimas consecuencias de las campañas de San Fernando con el dominio del Estrecho.

También la Corona de Aragón experimenta en la segunda mitad del siglo XIII, la lucha entre la monarquía y la nobleza, de la que constituyen pruebas bien definidas los Privilegios General y de la Unión, otorgados por Pedro el Grande y Alfonso III. Pero en el reino catalanoaragonés, la política exterior, centrada en la expansión mediterránea, se apunta éxitos sustanciales que se consolidan durante el reinado de Jaime II. El desplazamiento hacia Occidente de la lucha entre güelfos y gibelinos, que Castilla no pudo aprovechar –fracaso de las pretensiones imperiales del Rey Sabio–, dio a Pedro III el Grande de Aragón la oportunidad de lanzarse sobre Sicilia. En frase de Montero Díaz, la empresa italiana de Pedro III fue la entrada en acción de España en el mundo, con el mismo sentido expansivo, en líneas generales, que la política internacional de los Habsburgos en el siglo XVI.

La unificación de la Meseta y la incorporación de Andalucía: A la muerte de Alfonso VIII (1214), heredó la corona de Castilla su hijo Enrique I, menor de edad (1214-1217), en cuyo período renováronse las disputas nobiliarias que ya habían agitado la minoría de su padre. La imprevista muerte del rey niño en 1217, hizo que ciñera la corona su hermana doña Berenguela, casada con Alfonso IX de León, la cual renunció en el hijo de ambos, Fernando III. El príncipe Fernando, después de hacer frente a las pretensiones de su padre, el rey leonés, logró en 1230, al morir éste, llevar a cabo la unificación política de los reinos de la Meseta.

El reinado de Fernando III el Santo (1217-1252) constituye el mas brillante exponente de los grandes avances de la reconquista castellana. Como ha escrito Julio González, el rey empleó un cuarto de siglo (1225-1252) en la empresa reconquistadora por la cual se hizo cristiano el valle del Guadalquivir. "En ese tiempo la acción del monarca se dirige a varios problemas y objetivos, que pueden concretarse en dos grandes metas: la primera, la de Jaén, meta y camino fundamentalmente, y, la última, la sevillana término efectivo de su acción, no de sus afanes; la conquista de Córdoba y la incorporación de su dilatada campiña se ofreció impremeditadamente y sin grandes dificultades en comparación con las otras."

Veintidós años de luchas más o menos sistemáticas, costó a Fernando III la conquista de Jaén, que logró en 1246. Jaén, "fortaleza frente a la Baja Andalucía o frente a la restante parte de la Alta y en especial frente a la representada por la Meseta", encierra un gran valor estratégico, que en la Historia militar peninsular puede rastrearse desde los tiempos púnicos a la batalla de Bailén, durante la Guerra de la Independencia. La conquista de Jaén coronó el dominio de la Alta Andalucía por los cristianos. En su primera campaña (1225), Fernando III se apoderó de Andújar y otras poblaciones próximas a Córdoba, que caería en sus manos en 1236. En pago del auxilio prestado a su aliado, el califa Almamún, para recuperar el trono de Marruecos, permitió éste a los castellanos establecerse en la ciudad.

En 1241 las tropas castellanoleonesas ocuparon Murcia, en cumplimiento del acuerdo firmado entre el príncipe Alfonso y el rey moro murciano, Mohamed-ben-Alí. Ello motivó un litigio fronterizo con Aragón, del que nos ocuparemos al estudiar el reinado de Jaime I. En 1248, después de un cerco tenaz, Fernando III logró apoderarse de Sevilla. En las operaciones militares cooperó activamente una escuadra castellana al mando del almirante Ramón Bonifaz, quien venció a los musulmanes en el Guadalquivir y destruyó, por choque, el puente de barcas que unía la ciudad con el barrio de Triana. A la toma de Sevilla siguieron las de Medina-Sidonia, Arcos, Cádiz, Sanlúcar y otras poblaciones del Sur. Sólo quedaba a los musulmanes el reino de Granada, que subsistió hasta 1492, y algunos territorios de Huelva, de los que se apoderó Alfonso X el Sabio.

La reconquista en Aragón: Mallorca y Valencia, y los problemas limítrofes con Castilla. Cuando Pedro II el Católico murió en la batalla de Muret (1213), su heredero, el infante Jaime, no contaba sino cinco años de edad. El legado pontificio Pedro de Benevento, que se había hecho cargo del príncipe por orden de Inocencio III, convocó una asamblea en Lérida (1214), en la cual representantes de Cataluña y Aragón procedieron a organizar la regencia. Asumió el poder, con el título de procurador, el conde Sancho, hijo de Ramón Berenguer IV, mientras de la custodia del rey niño se hizo cargo el maestre del Temple, Guillermo de Montredón. La política de intervencionismo en Occitania, desarrollada por el conde Sancho, motivó la enérgica intervención del papa Inocencio III. En efecto, parecía que la Corona de Aragón quería volver sobre los pasos de Pedro el Católico ante la cuestión de los albigenses y la cruzada pontificia que en el *Midi* acaudillaba Simón de Montfort. La retirada del conde Sancho en 1218 implica la renuncia a todo intervencionismo en el *Midi* –que años después quedó ratificada por el tratado de Corbeil– y dejaba al rey niño a merced de las maquinaciones nobiliarias, que perturbaron la paz interior del reino hasta el acuerdo de Alcalá, en 1227. La sumisión de los señores feudales al ya enérgico Jaime I, que entonces contaba veintiún años de edad, permitió afrontar dos empresas importantes: una en el interior, la incorporación del condado de Urgel, y otra en el exterior, la conquista de Mallorca, a la que seguiría la de Valencia.

Los grandes avances de la reconquista en la Corona de Aragón implicaron un cambio fundamental en la política expansiva de la monarquía. En efecto, hasta comienzos del siglo XIII, la monarquía catalanoaragonesa dirigió sus principales esfuerzos hacia la constitución de un imperio pirenaico. Jaime I, en cambio, acepta la lección de Muret y orienta sus pasos hacia la vertiente marítima (objetivo catalán: Mallorca) y la dirección meridional (objetivo mancomunado de Aragón y Cataluña: Valencia).

La conquista de Mallorca, en la que por primera vez se puso de relieve la potencialidad de la marina catalana, fue la coronación de una política tenazmente perseguida desde los días del conde Ramón Berenguer I, y obedeció a razones estratégicas y económicas. La expedición salió del puerto de Salou en 1229 y a fines del mismo año la isla de Mallorca estaba ya en manos del Conquistador. Menorca, que no sería conquistada hasta 1287 por Alfonso el Liberal, se sometió a Jaime I en calidad de tributaria. La conquista de Ibiza tuvo lugar en 1235.

Al regresar de Mallorca, Jaime I pensó inmediatamente en la conquista de Valencia, que ya había iniciado su padre, Pedro el Católico. En 1233 cayó Burriana y el 28 de septiembre de 1238 se rindió la ciudad de Valencia. En 1244 y 1245 tuvo lugar la conquista de los últimos baluartes del reino de Valencia: Játiva y Biar.

A pesar de los acuerdos castellanoaragoneses, que delimitaban las respectivas esferas de influencia –Tudillén, Cazorla– se suscitaron graves desavenencias al confluir las huestes de San Fernando y de Jaime I en la región del Sudeste peninsular. En efecto, el infante castellano Alfonso, futuro yerno del Conquistador, vigilaba celosamente desde Murcia los avances de los catalanoaragoneses, y al ordenar la ocupación de Enguera, que los tratados asignaban a éstos, se encontró con que Jaime I ocupó, en represalia, Villena y otras poblaciones, situadas en la zona de Castilla. El tratado de Almizra (26 de marzo de 1244), zanjó las disputas, reservándose la región de Alicante para Castilla.

Años más tarde, Jaime I ayudó a Alfonso X de Castilla a sofocar una rebelión en Murcia. En 1266 ocupó y repobló la región, para cederla, después al rey de Castilla. A principios del siglo XIV –reinado de Jaime II– Alicante, Elche, Orihuela y toda su región fueron anexionadas al reino de Valencia y, por tanto, a la Corona de Aragón.

En 1258, Jaime I y San Luis de Francia firmaron el tratado de Corbeil, que sancionó el desastre de Muret y, en consecuencia, ratificó el abandonismo de la tendencia ultrapirenaica. A cambio de la renuncia de Luis IX a los derechos que podía alegar sobre los condados catalanes como descendiente de Carlomagno, Jaime I le cedió lo que poseía en el Mediodía francés, reservándose sólo, entre otros pequeños territorios, el Rosellón y Montpellier. La renuncia a la política ultrapirenaica, permitió concentrar todos los esfuerzos en la expansión mediterránea catalanoaragonesa de los siglos XIII-XV.

Navarra en la órbita de Francia. Antes de que el tratado de Corbeil sancionara la renuncia a todo intento de proseguir la expansión ultrapirenaica y que, en consecuencia, la corona de Aragón se resignara a la integración del *Midi* por la monarquía francesa, ésta logró apuntarse una baza importante en el Pirineo Occidental, haciendo llegar su influencia a Navarra (dinastía de Champaña). Ante las presiones castellana y aragonesa, Navarra cayó en la órbita de Francia.

Al regresar Jaime I de la conquista de Mallorca, se planteó de nuevo la cuestión navarra. El rey Sancho VII el Fuerte, héroe de las Navas, amenazado por San Fernando y carente de sucesión, entró en negociaciones con Jaime I. Ambos monarcas acordaron, en Tudela, nombrarse recíprocamente sucesores (el que sobreviviera heredaría al otro), y, hasta que llegara la hora, Jaime auxiliaría a Sancho en el conflicto que pudiera estallar con Castilla (1230). Pero surgieron dificultades en cuanto a los medios que ambos tendrían que aportar, y el tratado quedó sin efecto. En 1234 murió Sancho VII el Fuerte, y el trono navarro pasó a su sobrino Teobaldo de Champaña, a quien apoyaban, además de los naturales del país, Francia y el Pontificado. Jaime I, que ya había comenzado la invasión de Navarra, firmó treguas con Teobaldo.

La Casa de Champaña reinó en Navarra hasta 1285, con los monarcas Teobaldo I (1234-1252), Teobaldo II (1252-1270), Enrique I (1272-1274) y Juana I (1274-1285). Los dos primeros acompañaron a San Luis en sus cruzadas por tierras de Oriente. La anexión del país a Francia se produjo mediante el matrimonio de Juana con el rey Felipe IV el Hermoso. Navarra continuó oscilando bajo la órbita francesa hasta que, en 1515, Fernando el Católico la incorporó a la Corona de Castilla.

La época de Alfonso el Sabio. Con el hijo menor de San Fernando, Alfonso X el Sabio (1252-1284), la reconquista castellana comienza a entrar en la fase de paralización que, salvo episódicas reacciones, duraría hasta los Reyes Católicos. Al mismo tiempo, y a compás de los primeros síntomas de crisis, se hace cada vez más patente la lucha entre la monarquía y la nobleza, que a fines del reinado contribuiría a enrarecer el ambiente suscitado por la cuestión dinástica.

Siendo infante, don Alfonso había contribuido a la expansión castellana por el valle del Guadalquivir y la región de Murcia. Luego, ya rey, proyectó una expedición al Norte de Africa, que no llegó a realizarse, con el intento de resolver el problema del Estrecho. Sin embargo, las fuerzas concentradas fueron empleadas en la conquista de Cádiz y de Cartagena, con lo que sufrió un rudo golpe el corso musulmán. Poco después, tomó la plaza de Niebla y varias otras poblaciones del Algarbe. Una reacción islámica, apoyada en la alianza entre Granada y Marruecos, pudo ser dominada con el apoyo de Jaime I de Aragón.

Una vez más Castilla trató de imponerse a Navarra al morir Teobaldo I en 1253; pero Alfonso X vióse obligado a frenar sus ambiciones, mientras la corona navarra recaía en el hijo de aquél, Teobaldo II. Al año siguiente —1254— el rey castellano renunció a sus derechos al ducado de Gascuña —dote de la mujer de Alfonso VIII— con lo que el Bidasoa se convirtió en línea fronteriza entre las dos porciones del País Vasco. Ello originó una acusada rivalidad mercantil entre ambas.

Pero la cuestión capital de la política exterior del Rey Sabio fue el "fecho del Imperio". El 18 de marzo de 1286, Alfonso X recibió en Soria a Bernardino Lancea, síndico y embajador de la República de Pisa, quien le ofreció la corona del Imperio germánico, a la sazón vacante. Ello fue un intento del gibelinismo italiano, que luego recogería, triunfante, Pedro III el Grande de Aragón. Alfonso tomó en cuenta las posibilidades políticas que se le ofrecían en Italia, que no pudieron realizarse, tanto por la oposición pontificia —negativa a reconocer a Alfonso como representante de los Staufen— cuanto por el hecho de no ser Castilla una potencia mediterránea. El Rey Sabio fue elegido emperador; pero no logró ser reconocido como tal, mientras el "fecho del Imperio" contribuía a restarle popularidad en España. Como ha escrito Steiger, la recepción del título imperial de manos de Lancea representa para Alfonso el momento crucial de su vida y la causa de su ocaso.

Los primeros síntomas de crisis económica —alteraciones en el valor de la moneda, tasas para las mercancías— agudizaron los conflictos entre el rey y la nobleza latifundista, entre la tendencia autoritaria del monarca y las veleidades anárquicas de la aristocracia, considerablemente reforzada en su posición por el

signo que había presidido la repoblación de las tierras extremeñas y del valle del Guadalquivir. A ello añadiéronse las inesperadas consecuencias derivadas de una nueva reacción islámica en el Estrecho.

En efecto, contando con la alianza de los moros granadinos, los benimerines —que habían sustituido a los almohades en el dominio del Norte de Africa— desembarcaron en Tarifa y derrotaron a los primeros contingentes castellanos que acudieron a combatirles. El primogénito del Rey Sabio, Fernando de la Cerda, cuando se preparaba para salir al encuentro de los benimerines con nuevas fuerzas, murió en Ciudad Real (1275), dejando dos hijos de su matrimonio con Blanca, hija de San Luis de Francia, al mayor de los cuales correspondía la corona según las disposiciones adoptadas por Alfonso X en las Partidas. Pero el hijo menor de éste, Sancho, reclamó para sí la corona, invocando costumbres anteriores y ofreciendo grandes mercedes a los nobles.

El planteamiento de la cuestión dinástica, que acabaría por resolverse en favor de las pretensiones de Sancho, llamado el *Bravo*, polarizó en torno a los pretendientes las diversas tendencias nacidas al amparo de la crisis castellana. Como ha observado Américo Castro, la muerte del de la Cerda debilitó el no muy intenso occidentalismo de Castilla, representada en este caso por el romanismo alfonsino, en contra de la idea popular y local representada por el infante Sancho. En primer lugar, éste encontró amplio apoyo entre la nobleza descontenta y, muy pronto, entre el estado llano, el pueblo, cuya irritación contra los judíos comenzó a manifestarse cuando Sancho rompió los frágiles soportes en que descansaba la estructura del reino. La indisciplina y los trastornos civiles que duran hasta la época de los Reyes Católicos, comienzan en este momento. Ello coincide con la vida intensa desplegada por las Hermandades de Castilla.

Alfonso X murió en Sevilla en 1284. Con su último testamento, que no se cumplió, desheredaba a Sancho, daba el trono de Castilla al hijo mayor de don Fernando de la Cerda y formaba dos nuevos reinos: el de Sevilla y Badajoz para el infante Juan, y el de Murcia, para el infante Jaime.

El problema del Estrecho y el equilibrio peninsular. Durante el reinado de Sancho IV el Bravo (1284-1295) se agudizó el conflicto entre la monarquía y la nobleza, mientras el nuevo monarca tenía que hacer frente a las complicaciones de la política internacional, de la que constituían una baza excelente los despojados infantes de la Cerda.

Al morir Fernando III el Santo en 1252, dejó trazada a sus herederos la orientación estratégica que debía regir el avance conquistador: Marruecos. En efecto, sólo la posesión del territorio marroquí podía garantizar la existencia de una Castilla poderosa y libre de preocupaciones en su frontera meridional. Para ello había que resolver previamente el problema del Estrecho, cuyas manifestaciones durante la época de Alfonso el Sabio ya han sido examinadas.

Apoyados los infantes de la Cerda por Aragón y Granada, Sancho IV se alió con Felipe IV el Hermoso de Francia (tratado de Lyon de 1288). Rotas las hostilidades, tropas aragonesas entraron en Castilla, mientras Sancho IV devastó la comarca de Zaragoza. Pero la nueva orientación dada a la política exterior aragonesa por Jaime II, al que más adelante nos referimos, y el planteamiento del

acuciante problema del Estrecho, invirtieron este estado de cosas. En efecto, reunidos en Monteagudo Sancho IV y Jaime II (1291), pactaron una alianza, con intervención del rey de Granada, dirigida contra Marruecos. Este fue dividido en esferas de influencia, correspondiendo a Castilla desde el Muluya hacia Ceuta, y a Aragón, del Muluya en dirección a Bugía y Túnez. Sancho atacaría al sultán Abenjacob sitiando Tarifa y Jaime cooperaría al sitio con una escuadra de diez galeras. En octubre de 1292, Sancho IV se apoderó de la plaza de Tarifa. Un intento africano para recuperar la plaza, apoyado por el hermano del rey castellano, don Juan, fracasó ante la lealtad de Alonso Pérez de Guzmán. En frase de Jaime II, la colaboración entre Castilla y la Corona de Aragón fue un "*creixement d'amor y d'amistat*". Sin embargo, la realidad de la política internacional aragonesa antes del tratado de Anagni (1295), hizo que Sancho IV manifestara sin rodeos que no cometería la locura de perder la amistad del rey de Francia y de la Iglesia Romana por la del rey de Aragón. Según la señora Gaibrois de Ballesteros, esta frase resume el pensamiento político de Sancho IV. En las entrevistas de Logroño de 1293, el abismo entre ambos monarcas peninsulares se había consumado. Sancho IV murió en Toledo, víctima de la tuberculosis, en 1295. De su esposa, la enérgica reina María de Molina, sobrina de San Fernando, dejaba un niño de nueve años, Fernando IV.

Durante la minoría de Fernando IV (1295-1312), se encargó del gobierno la reina madre, doña María de Molina. Inteligente y de carácter muy enérgico, la regente salvó de mayores males el agitado período.

Los demás Estados peninsulares aprovecharon la minoría de Fernando IV y los manejos de los infantes de la Cerda para aunar sus esfuerzos y plantear reivindicaciones, desde Portugal a Navarra –entonces en la órbita de Francia– y de Granada a Aragón. Una nueva fase se inauguró a partir de 1304 –sentencia de Torrellas– que permitió la reconciliación entre Castilla y Aragón, distanciadas por el problema de Murcia y, en definitiva, por el forcejeo hacia el equilibrio peninsular. En 1308, la Corona de Aragón, Castilla y Portugal firmaron el tratado de Campillo, en el que acordaron el plan para expulsar a los musulmanes de la Península. Los primeros objetivos previstos, ambos frustrados, fueron la conquista de Almería por Jaime II y la de Algeciras por Fernando IV. Como contrapartida, las tropas de Guzmán el Bueno lograron adueñarse de Gibraltar. La muerte del rey castellano (1312) y la nueva minoría aplazaron las operaciones bélicas encaminadas a resolver el problema del Estrecho hasta 1326.

La plenitud de la Corona de Aragón bajo Pedro III y Jaime II. En la segunda mitad del siglo XIII, la herencia italiana de los Staufen tuvo importantes repercusiones en Castilla y en la Corona de Aragón. Alfonso X el Sabio, sin el apoyo de una política mediterránea, fracasó en el "fecho del imperio". Pedro III, en cambio, logró éxitos resonantes. Durante su corto reinado (1276-1285), el desplazamiento hacia Occidente de las luchas entre güelfos y gibelinos desencadenó el conflicto mediterráneo entre la Corona de Aragón y los angevinos, apoyados por el Pontificado y la monarquía francesa. En frase de Ferran Soldevila, la reivindicación de Sicilia, y después su defensa y conservación, es el eje alrededor del cual gira todo el reinado de Pedro el Grande.

Los proyectos de Federico II hacia un imperio germanizado en el Mediterráneo no pudieron realizarse, a pesar de que en él influían dos espléndidas tradiciones políticas: la imperial, por los Staufen, y la normanda por su madre, Constanza. A partir de 1268 se instaló en Italia del Sur el dominio de Carlos de Anjou o de Provenza, acogido con gran hostilidad. El estallido de la revolución conocida con el nombre de "Vísperas Sicilianas" (31 de marzo de 1282), brindó al rey de Aragón la oportunidad de reivindicar la herencia siciliana, puesto que su esposa, Constanza, era hija de Manfredo, el regente de la isla muerto por los angevinos en la batalla de Benevento.

Dominada la rebelión sarracena en Valencia y la sublevación de la nobleza pirenaica catalana acaudillada por los condes de Urgel, Pallars y Foix, Pedro el Grande estaba en condiciones de proseguir la expansión mediterránea catalanoaragonesa. Siguiendo una constante histórica, el rey quiso ocupar Sicilia desde el Norte de Africa. Así, desembarcó en Alcoll y, si por un momento se planteó el dilema de Túnez o Sicilia, pronto no tendría opción. En efecto, el papa Martín IV, inclinado a los francoangevinos, denegó a Pedro el Grande los subsidios solicitados para una cruzada en el Norte de Africa. El rey de Aragón aceptó la corona ofrecida por una embajada siciliana. El 30 de agosto de 1282 desembarcó en Trápani, acogido con entusiasmo delirante. Coronado en Palermo, se apoderó de toda la isla.

La hostilidad francopontificia frente a este hecho consumado, originó un movimiento de descontento en el reino de Aragón, manifestado en las Cortes de Zaragoza de 1283. Los aragoneses acusaban al rey de violar sus privilegios y pretendían que el Fuero de Aragón se hiciese extensivo a todo el territorio valenciano. Ante la respuesta poco satisfactoria del rey, decidieron formar una *Unión* y presentaron, para su juramento, el *Privilegio General*, recopilación de todos los fueros del reino. En vista de la situación internacional, el monarca cedió. Se resistió, sin embargo, a la pretensión de que el Fuero de Aragón se hiciera extensivo a todo el reino de Valencia, adoptándose, de momento, una solución transaccional.

Como réplica a la conquista de Sicilia, el papa Martín IV excomulgó a Pedro el Grande (1283) y otorgó la investidura de los reinos de la Corona de Aragón a Carlos de Valois, hijo del rey de Francia, Felipe el Atrevido. Las hostilidades en la frontera pirenaica se iniciaron en el mismo año de la excomunión (1283) y en el transcurso de las mismas los franceses se adueñaron del Valle de Arán.

La cruzada francopontificia, después de fracasar en el Coll de Panisars, invadió el Ampurdán por el de la Massana y logró ocupar la plaza de Gerona. Sin embargo, la enérgica resistencia de los catalanes y la gran victoria alcanzada por el almirante Roger de Lauria sobre la flota angevina en el golfo de Rosas, invirtieron totalmente la situación. Los cruzados se vieron obligados a repasar el Pirineo, hostilizados por los famosos almogávares. Pedro el Grande había triunfado en toda la línea; pero cuando se preparaba para atacar a su hermano Jaime II de Mallorca, y a su sobrino, Sancho IV de Castilla, que habían auxiliado a los cruzados, le sorprendió la muerte. En su testamento dividió los reinos entre sus hijos, Alfonso y Jaime, dando al primero Cataluña y Valencia, y al segundo, Sicilia.

Educado en el más ardiente gibelinismo, el primogénito de Pedro el Grande, Alfonso III el Liberal, reinó sólo seis años (1285-1291), en el transcurso de los cuales tuvo que hacer frente a graves dificultades de índole interna y externa. El problema capital consistía en zanjar las cuestiones pendientes con el Pontificado y Francia, sin sacrificar las tendencias expansivas de la Corona de Aragón.

En las postrimerías de su vida, Pedro el Grande había encargado a Alfonso la conquista del reino de Mallorca, para castigar la traición de su rey, Jaime II, aliado de Francia y del Pontificado. Alfonso logró fácilmente apoderarse de Mallorca e Ibiza (1285) y, al año siguiente llevó a cabo la conquista de Menorca. Con una finalidad primordialmente comercial y de colonización, Alfonso III y su hermano Jaime de Sicilia desplegaron una política de vastos alcances, concretada en los siguientes extremos: vasallaje de Túnez y amistad con Granada, Tlemecén y Egipto.

Invocando el pretexto de que el soberano había tomado el título de rey sin haber jurado previamente los fueros aragoneses, la poderosa *Unión* se irguió frente a Alfonso, **mientras entraba en relaciones con Castilla** y Francia. Algunos unionistas llegaron incluso a reconocer como rey a Carlos de Valois. Alfonso III se vio obligado a ceder y a jurar los abusivos *Privilegios de la Unión*. En virtud de sus cláusulas, la autoridad real sufría limitaciones de tal importancia como las siguientes: no podía proceder contra ningún miembro de la *Unión* sin una sentencia del Justicia y la aprobación de las Cortes aragonesas, a las cuales, además, reconocía el derecho de designar a los consejeros reales e incluso de deponer al rey si éste no cumplía los Privilegios. En la práctica, sin embargo, Alfonso III fue lo suficientemente enérgico para conservar el prestigio de la Corona.

En cuanto al problema capital antes aludido, el zanjar las diferencias con Francia y la Santa Sede sin sacrificar el imperialismo mediterráneo, el reinado de Alfonso III representa la fase de transición entre la obra de Pedro el Grande y la plenitud de la Corona catalanoaragonesa bajo Jaime II. Las negociaciones, por iniciativa de Eduardo I de Inglaterra, alternaron con las armas y sufrieron muchas vicisitudes. Entre la conferencia de París (1286) y la paz de Tarascón (1291), actos que abren y cierran, respectivamente, los intentos de zanjar las diferencias entre la Corona de Aragón, Francia y el Pontificado durante el reinado de Alfonso III, se sucedieron las conferencias de Burdeos, Olerón, Canfranc, Gaeta y Perpiñán. Si bien en Tarascón se sentaron las bases fundamentales que conducirían después a los tratados de Anagni, la repentina muerte de Alfonso III (18 de junio de 1291) dejó la cuestión sin resolver.

Jaime II (1291-1327) heredó el difícil problema que su hermano y antecesor, Alfonso III, no pudo solucionar: Sicilia, con la paz con el Pontificado y Francia, que envolvía el levantamiento del entredicho pontificio y la revocación de la investidura de los reinos catalanoaragoneses a Carlos de Valois. En los dos primeros años de su reinado (1291-1293), Jaime II propugnó la alianza con Castilla, al objeto de formar un bloque entre esta monarquía, la Corona de Aragón y Sicilia, con el apoyo del gibelinismo italiano y la ayuda diplomática de Inglaterra, para oponerse a sus adversarios: el Pontificado, Francia y los Anjou. Asegurado su frente terrestre por el tratado de Monteagudo en 1291 –con la

Castilla de Sancho IV— la corte aragonesa podía atacar a fondo la solución del problema siciliano. Pero el tratado de Monteagudo, en la mente de Jaime II, sólo fue un medio para actuar en Sicilia; y, para Sancho IV, un modo indirecto de proyectar su influencia en el Mediterráneo y de aspirar a la hegemonía peninsular. Sancho buscaba la amistad de Aragón para el presente y la de Francia para el futuro.

En las entrevistas de Logroño (1293), puestas de relieve las intenciones de Sancho el Bravo, termina la etapa que podría llamarse castellana de la política siciliano-mediterránea de Jaime II. En adelante, éste ya no podía temer un ataque castellano, ante la presencia del peligro benimerín en el Estrecho. Las dificultades de Francia, por otra parte, aumentaban debido a la creciente rivalidad entre ella e Inglaterra. Sin embargo, faltándole al rey de Aragón la ayuda castellana, no le quedaba más remedio que tomar en consideración la idea de la renuncia a Sicilia. Así comenzó a gestarse la atmósfera que conduciría a los tratados de Anagni.

Reunido con Carlos II de Nápoles en La Junquera (1293), Jaime II renuncia a la isla de Sicilia a cambio de unas pingües compensaciones: Córcega y Cerdeña. Antes de dar el paso decisivo, sin embargo, todavía el rey de Aragón intentará asegurarse Sicilia a cambio de ayudar a Francia contra Inglaterra. En este momento, en la mente del rey aragonés, Francia asumiría el papel que entre 1291 y 1293 representó Castilla. Pero el pontífice Bonifacio VIII, último representante de la idea teocrática, impuso sus puntos de vista.

Los tratados de Anagni de 1295, que restablecieron la paz entre el Pontificado, Francia, la Corona de Aragón y los Anjou, fueron, en definitiva, un triunfo para los planes mediterráneos de Jaime II. En efecto, la renuncia a Sicilia —neutralizada en 1302 por el tratado de Caltabellota— le fue compensada por la investidura del reino de Cerdeña, otorgada en 1297. Los tratados de Anagni, que dejaron sin solucionar muchas cuestiones pendientes, plantearon de nuevo la rivalidad franco-aragonesa, en los aspectos económico e imperialista. En el Mediterráneo, el reino de Mallorca, del que formaba parte la lugartenencia del Rosellón, en los Pirineos Orientales, convertido en aliado de Francia en las pasadas luchas, y por ello ocupado por Alfonso III en 1285, fue restablecido en virtud del convenio de Argelés de 1298, aunque con el carácter de vasallo de la Corona de Aragón. En el mismo convenio se acordó que el Valle de Arán, ocupado por los franceses en 1283, quedara colocado bajo el secuestro pontificio, en espera de la solución del litigio sobre a cuál de ambos contendientes pertenecía. El pleito duró hasta 1313 y terminó con el triunfo de las pretensiones de Jaime II. Con ello, el valle de Arán —llave estratégica de los Pirineos Centrales— fue reincorporado a la Corona de Aragón. Tanto en el frente mediterráneo como en el pirenaico, las ventajas de Jaime II eran, pues, sustanciales.

La anarquía castellana durante la minoría de Fernando IV el Emplazado, fue aprovechada por Jaime II para realizar dos expediciones victoriosas por tierras del Sudeste (1296-1304). En ellas, el rey de Aragón logró incorporar a sus Estados el territorio de Alicante.

En 1302, los famosos almogávares, que el tratado de Caltabellota dejó inactivos, aceptaron la petición de auxilio formulada por el emperador de Constantinopla, Andrómico II, atacado por los turcos. En competencia con

Génova por rivalidades comerciales, la célebre Compañía Catalana al mando de Roger de Flor proyectó la influencia de la Corona de Aragón hasta los ámbitos del Mediterráneo Oriental. Después de un período de nomadismo guerrero (1302-1311), los almogávares consolidaron su obra con la fundación de los ducados de Atenas y Neopatria (1311-1460), que hicieron patente la influencia catalanoaragonesa en la península helénica.

Hemos aludido a la intervención catalanoaragonesa en las revueltas castellanas de la minoría de Fernando IV. La intervención se explica, probablemente, por las plazas de Alicante, Cartagena y Almería, de óptima situación estratégica para la política mediterránea de Jaime II y respecto de los territorios norteafricanos que el tratado de Monteagudo de 1291 colocó bajo la esfera de influencia de la Corona de Aragón. En 1308, ambos monarcas cristianos, Jaime II y Fernando IV, acordaron la desmembración del reino de Granada. En pago de la ayuda prestada, Jaime II recibiría el puerto de Almería. Los objetivos de la campaña eran: Algeciras, por parte de Castilla, y Almería, de Aragón. Ambas expediciones acabaron en un desastre.

Jaime II intentó hacer llegar la influencia catalanoaragonesa a Chipre y Tierra Santa, y, para ello, casó en 1315 con María de Lusignan; pero tales proyectos resultaron fallidos. Mientras tanto, el gran monarca catalanoaragonés abrigó propósitos de predominio en Castilla, secundados por una política matrimonial de altos vuelos. Las ingerencias aragonesas en Castilla terminaron cuando ciñó la corona el enérgico Alfonso XI. La última empresa de envergadura de Jaime II fue la expedición y sujeción de Cerdeña a su corona (1323-1324), objetivo fundamental de su política exterior, como ha demostrado el excelente estudio de Vicente Salavert.

El reino de Portugal en el siglo XIII. Con Sancho II (1223-1247), la monarquía portuguesa reemprendió vigorosamente la reconquista. La toma de la plaza de Elvas (1226) permitió fijar la frontera en Evora y Jurumenha. A la muerte de Alfonso IX de León pudieron zanjarse las diferencias con Castilla, ahora limítrofe con Portugal.

Pero las luchas entre la Corona y la Iglesia agravadas por la intervención al lado del feudalismo eclesiástico del hermano del rey, el infante Fernando, vuelven a ensombrecer el estado del reino. El papa Inocencio IV quiso remediar el mal deponiendo a Sancho II en el concilio de Lyon (1245) y desligando a los súbditos portugueses del juramento de fidelidad a la Corona. La persona elegida por el Pontífice fue el conde Alfonso de Bolonia, hermano del monarca, que residía en Francia desde hacía bastantes años. El conde de Bolonia desembarcó en Lisboa en 1246 y comenzó una guerra civil, en la que auxilió a Sancho II el futuro Alfonso X de Castilla.

Muerto Sancho II, pudo recoger la corona su hermano y oponente Alfonso de Bolonia, con el nombre de Alfonso III (1248-1279). Este monarca llevó a cabo la reconquista del Algarbe y se apoyó en los municipios, en el desarrollo de una política encaminada a oponerse a la turbulenta nobleza, mientras se recibía en el país el Derecho romano y comenzaba a emplearse el portugués en los documentos oficiales. Las Cortes de Leiria de 1254 fueron las primeras en que aparece

representado, en Portugal, el estado llano por medio de los procuradores de las ciudades.

Su hijo, don Dionís (1279-1325), el *rey-trovador* y el *rey-labrador*, fundó la Universidad de Lisboa, confirmada por bula del papa Nicolás IV en 1290, e intervino en los conflictos castellanos de la minoría de Fernando IV el Emplazado. Por mediación de la reina Isabel de Aragón, hija de Pedro el Grande, en 1279 se firmó la paz de Alcañices (1297), reconociendo a Portugal las conquistas efectuadas y pactándose el doble matrimonio de Fernando IV con la infanta Constanza, y el de la hermana del monarca castellano, la infanta doña Beatriz, con el príncipe Alfonso, heredero de la corona portuguesa.

Dionís protegió el desarrollo de las fuentes de riqueza, en particular la exportación de cereales y las manufacturas textiles, y actuó enérgicamente frente a las pretensiones del alto clero y de la turbulenta nobleza. En sustitución de los templarios, fundó la Orden de Cristo (1319).

Las instituciones en la Baja Edad Media. Bosquejamos aquí, prescindiendo de los límites cronológicos asignados a este capítulo, una visión de síntesis del proceso institucional de la España cristiana durante la Edad Media, desde el siglo XI a mediados del XV.

Desde fines del siglo XI hasta comienzos del siglo XIII puede considerarse como etapa de transición entre la Alta y la Baja Edad Media, que a su vez se refleja en el terreno político como período de equilibrio militar entre musulmanes y cristianos. El ruralismo, la economía natural, la concepción privativista de las instituciones públicas —monarquías patrimoniales— y la organización rudimentaria del Estado, ceden el paso, a partir del siglo XIII, a la intensificación de la repoblación, la afirmación de la industria y del comercio, la vida urbana, con la creación de la institución municipal, germen del Estado moderno, el asentamiento del Estado sobre concepciones netamente públicas y la intervención de los estamentos del país en los organismos gubernamentales —Cortes, Parlamentos—. En la estructuración de las instituciones medievales hispánicas intervienen, como observa Font Rius, los siguientes elementos e influencias: la tradición romano-visigoda, actuante como factor de continuidad, que se plasma en el neogoticismo leonés y en las aspiraciones imperiales hasta Alfonso VII; el decisivo elemento germánico; el elemento franco, que irrumpe por las inmigraciones y las peregrinaciones a Santiago de Compostela, y se plasma en las manifestaciones de tipo feudal; la influencia de la Iglesia, y del resurgir del Derecho romano. Para Menéndez Pidal, la tendencia *unitaria* se plasmaría en la idea imperial leonesa, que en la Baja Edad Media, con la trayectoria característica hacia la diversidad en todo el Occidente europeo sería arrinconada en nombre de la plena soberanía de los diversos Estados: del *imperio hispánico a los cinco reinos*. No podemos entrar aquí en detalles sobre el reflejo de esta cuestión en la historiografía reciente. Sólo apuntamos la innegable crisis del visigotismo y la creciente valoración del legado romano, que en los reinos hispánicos medievales sustituye la idea de "paternidad-filiación" por la de "hermandad entre iguales".

El órgano supremo del gobierno es el monarca y a su lado aparece la *curia regis*, cuyas funciones se especializan desde fines del siglo XII para dar origen a las

Cortes, los concilios eclesiásticos, la cancillería, las Audiencias, etc. De las reuniones ordinarias de la *curia regis* deriva el Consejo Real, que aparece definitivamente estructurado a mediados del siglo XV. Las reuniones extraordinarias dan origen a las Cortes en los siglos XII-XIII. En Castilla no hay una división por brazos; en los demás reinos, en cambio, sí. Como organismos representativos de las Cortes surgen, desde el siglo XIV, las Diputaciones –la Generalidad–, aunque sólo en los reinos de la Corona de Aragón y en Navarra.

En cuanto a la administración central, nunca fueron bien discernibles la del Estado de la de la Corte del Rey. En los reinos occidentales de la Reconquista no existe ningún cargo o funcionario que represente o sustituya al monarca con carácter general para todo el reino. En la Corona de Aragón existe, para estos fines, el *lloctinent general*. En las Partidas del Rey Sabio figuran, entre los cargos de la administración central, el mayordomo (administrador de la Casa real y jefe de la burocracia), los funcionarios militares, la cancillería y los funcionarios eclesiásticos. En las Ordenanzas de Pedro IV de Aragón constan el mayordomo (servicios de la Casa real), el camarlengo (servicio del monarca), el maestro racional (hacienda) y el canciller (especie de secretario general del Estado). Del canciller dependen el vicecanciller, los notarios y los escribanos.

La administración territorial en Castilla y León, una vez desaparecida la división visigoda, se caracteriza por la aparición de territorios y condados, comprendiendo distritos inferiores: *ciudades* y *alfoces*. A partir del siglo XIII, el condado es sustituido por la *merindad*, a la que se añaden, en Murcia y Andalucía, los *adelantamientos de fronteras*. En Cataluña, los *condados* y *marcas* dentro del Imperio franco ceden el paso, a partir del siglo X, a la jerarquía constituida por los condes, vizcondes, vegueres y bailes. Ya en la Baja Edad Media, la cúspide de la jerarquía la ocupan el gobernador general y el baile general, magistraturas existentes, también, en los otros reinos de la Corona de Aragón.

Hacia los siglos XI-XII, como ya sabemos, las entidades locales comienzan a adquirir funciones propias, ejercidas a través de organismos y autoridades populares: el municipio, que en Castilla y León se desarrolla plenamente entonces. En la Corona de Aragón, en cambio, su evolución es más tardía y suele verificarse por mandatos reales a lo largo del siglo XIII. Como en el resto del Occidente europeo, el municipio decae a fines de la Edad Media. La magistratura de los corregidores representa la irrupción del autoritarismo monárquico en los ayuntamientos.

La administración financiera se establece en el siglo XIII. A su frente figuran, en Castilla, el mayordomo, almojarife o tesorero real, para crearse, en el siglo XV, la *Casa de Cuentas*. En Navarra se encarga de ello la Cámara de Comptos, creada por Carlos el Malo en el siglo XIV. En la Corona de Aragón existe el maestro racional, que tiene como subordinados al tesorero y al escribano de ración. El carácter privado de los recursos que nutrían la hacienda real en la Alta Edad Media cede el paso, a partir del siglo XIII, a la imposición de carácter público: impuestos directos e indirectos, ordinarios y extraordinarios.

Por lo que atañe a la organización militar, existe la obligación de todos los hombres de empuñar las armas (*anubda*), pero las diversas jurisdicciones impiden una organización jerárquica unitaria. La guerra ofensiva recibe el nombre de

fonsado(*hueste*, expedición larga; *cavalcada* simple razia). La defensiva se llama *apellido*. En la Baja Edad Media intervienen las milicias concejiles y somatenes, mientras se dota a la organización del ejército de una mayor unidad y estructura —capitanes, adalides, almocadenes—. En los siglos XII-XIII aparecieron en España las Ordenes militares, que participaron activamente en los grandes avances de la Reconquista. La marina comienza, en los reinos occidentales, en el siglo XII, bajo los auspicios del arzobispo de Santiago, Diego Gelmírez, para organizarse en el transcurso de la Baja Edad Media. La marina catalana, que hizo posible la expansión mediterránea de la Corona de Aragón de los siglos XIII-XV, se remonta al siglo IX con la escuadra organizada por los condes de Ampurias para repeler a los normandos.

La administración de justicia se especializa en la Baja Edad Media. En Castilla existen los alcaldes de corte y, desde fines del siglo XIV, la Cancillería. En Aragón, el Justicia Mayor es el juez de contrafuero. La de carácter territorial y local, a cargo de los merinos mayores, adelantados de frontera, pesquisidores, veedores y corregidores en Castilla, corresponde, en Cataluña, a los *vegueres* y *batlles*, y en Aragón y Valencia, a los *justicias* o zalmedinas. En el proceso mandan las partes, mediante la prueba, antes de la recepción romano-canónica; a partir del siglo XIII, después de ésta, tiene un carácter público. La recepción romano-canónica, elaborada por la escuela de Bolonia en el siglo XII, se difunde casi inmediatamente en Cataluña. En Castilla se refleja en la centuria siguiente con las *Partidas* de Alfonso X.

IV

EL PONTIFICADO Y EL IMPERIO: LA CRISIS DEL "DOMINIUM MUNDI"

El ocaso de los poderes universales. El despliegue de las corrientes individualistas al compás de la expansión europea del siglo XIII, arruinó los intentos hacia el dominio universal por parte de los papas y emperadores. La centuria, inaugurada por la teocracia pontificia de Inocencio III, a la que nos hemos referido en páginas anteriores, acabó con el dramático pontificado de Bonifacio VIII, cuyas luchas con la Francia de Felipe el Hermoso ya conocemos. Parecido fracaso experimentó el intento imperial de Federico II. La vieja idea teocrática de la gobernación de la cristiandad por el Papa y el Emperador tuvo que batirse definitivamente en retirada con la caída de los Staufen a mediados del siglo XIII. El vacío dejado por la crisis del *dominium mundi* fue ocupado por el despertar de las nacionalidades en Italia y Alemania.

El Sacro Imperio existió como realidad política mientras tuvo el soporte de la unidad feudal, caracterizada, en el terreno económico, por el régimen señorial cerrado, y en el social, por la división jerárquica de la sociedad. Como apunta Pirenne, cuando el renacimiento de la vida económica en Occidente condicionó el desarrollo de la vida urbana y el retroceso del feudalismo, el Sacro Imperio se disgregó porque representaba ese tipo de civilización ya rebasado por las nuevas condiciones vitales.

Comprendiendo la situación, Federico II intentó vigorizar el Sacro Imperio mediante una política claramente orientada hacia el dominio del Mediterráneo desde el reducto siciliano. Pero su proyecto de restauración imperial chocó de nuevo con la teocracia pontificia. Además de las irreconciliables pretensiones hegemónicas de papas y emperadores, que ya conocemos, en el duelo establecido entre Federico II y Gregorio IX hay que tener en cuenta la incompatibilidad entre la defensa de la más pura ortodoxia por parte de la Santa Sede y el programa del Staufen encaminado al restablecimiento de la unidad mediterránea por la tolerancia religiosa y la independencia del poder temporal. Este duelo, en el que alcanzó su apogeo y su crisis el *dominium mundi*, planteó en su totalidad la lucha entre ambas potestades, enfrentadas por el dominio de Italia.

En 1250, al morir Federico II, no quedaba más que un título decorativo del antiguo Imperio alemán y de su posición hegemónica en la Cristiandad de Occidente, mientras los príncipes germánicos, aprovechando la entrega de aquél a sus intereses italianos, veían allanado el camino hacia la independencia total. Después de la crisis del "Gran Interregno" (1256-1273), Rodolfo de Habsburgo presidió la etapa de transición entre la idea del Imperio cristiano y el camino que conduciría a un Estado nacional alemán. El centro de gravedad de Alemania se desplazó hacia Viena, con lo que Bohemia y Hungría pasaron a desempeñar

papeles decisivos. La política territorial y dinástica de Rodolfo, continuada por sus inmediatos sucesores, Adolfo de Nassau y Alberto de Austria, logró éxitos positivos, a pesar de que ya no era posible retroceder en la evolución histórica que había encumbrado a los príncipes, en detrimento de la autoridad de los monarcas. Alberto de Austria fracasó ante la oposición de los campesinos de las comarcas montañosas de Uri, Schwyz y Unterwalden, a los cuales la reciente apertura del San Gotardo había conferido una particular importancia. La confederación constituida para el auxilio mutuo por los "cantones" en 1291, puede considerarse como el acta de nacimiento de Suiza.

Durante el siglo XIII, la expansión alemana hacia el Este, el *Drang nach Osten*, conoció éxitos sustanciales. El marquesado de Brandeburgo rebasó el Oder a mediados de la centuria, mientras quedaban sometidas las regiones orientales de Mecklemburgo y Pomerania. A partir de 1226, la Orden Teutónica emprendía la conquista de Prusia, y la de los Portaespada difundía el germanismo por Livonia y Estonia.

La personalidad y el programa de Federico II. Coronado en Aquisgrán en 1215, cuando el papa Inocencio III, su maestro y protector –fallecido al año siguiente–, personificaba el apogeo del sacerdocio en la Edad Media, Federico II, hijo de Enrique VI y de Constanza de Sicilia, debió a su ascendencia compleja el contraste de tendencias que informaron su personalidad. Sicilia, encrucijada de influencias mediterráneas, era como un espejo donde se reflejaban las tres grandes civilizaciones medievales: la occidental, la helénica y la musulmana. La isla fue para Federico II la pieza maestra de su construcción imperial mediterránea, y los tipos de civilización que en ella convivían pueden contribuir a explicar su tendencia al sincretismo, su tolerancia rayana en el escepticismo. Aunque hijo de su tiempo, el Staufen se nos presenta como un hombre "moderno", de mentalidad casi renacentista, preocupado por la unidad italiana y la compenetración de la Cristiandad con el Islam.

Federico II se distinguió por lo atrevido de sus ideas políticas y por el entusiasmo con que acogió el ambiente oriental, desde el harén a los baños. Imitó a los califas en su política centralizadora y en sus prácticas económicas y fiscales, y se dejó captar por los efluvios de la cultura islámica. Hablaba varios idiomas y mereció de Dante la calificación de iniciador de la poesía italiana. Fundó la Universidad de Nápoles y protegió las escuelas de Mesina y de Palermo, cuyos médicos árabes y judíos dieron un fuerte impulso a esta ciencia en el siglo XIII. Su gran obsesión consistió en difundir por el Occidente la filosofía árabe, y al servicio de esta idea Federico II contribuyó a la revelación de Aristóteles, que provocaría una gran transformación en la escolástica. Sus contactos con los sabios de la España musulmana y su debilidad por Averroes completaron los que mantenía con la *élite* árabe-persa. En su época fue considerado como un incrédulo y Dante le coloca en el Infierno.

Creador de la primera monarquía autoritaria en Europa, la de Sicilia, Federico II fracasó en su empeño por lograr la unidad de Italia. En cuanto a Alemania, ya hemos dicho que el nieto de Barbarroja, absorbido por los problemas italianos, favoreció la fragmentación del Reich al dejar en libertad las

tendencias feudales. Luego, cuando las necesidades de la lucha contra el Pontificado le obligaron a buscar ayuda al Norte de los Alpes, Federico II adoptó una política oportunista, combinando el autoritarismo con las concesiones a los príncipes territoriales y a las ciudades, a fin de obtener apoyos para la causa imperial. Con ello, arruinó la obra de su abuelo, Federico I, y contribuyó a la disgregación del Reich en un mosaico de principados y ligas urbanas. En contraste con los países del Occidente europeo, que tienden hacia la unificación, Alemania es sustituida por las *Alemanias*.

La Cruzada y la ruptura con Gregorio IX. Inocencio III murió en 1216 creyendo haber resuelto definitivamente sus dos grandes preocupaciones: la suerte de la monarquía siciliana, separada del Imperio, y las relaciones entre los dos poderes universales. En efecto, Federico II acababa de declarar que una vez coronado en Roma, emanciparía a su hijo Enrique y le cedería el reino de Sicilia, que sería administrado, durante su minoridad, por personas de confianza elegidos de común acuerdo con el Papa, soberano del reino normando. El porvenir inmediato se encargó de rectificar tales perspectivas.

Desde el primer momento Federico II pensó en reemprender la política de su padre, Enrique VI, y para ello necesitaba acabar con el régimen instituido por su bula Eger, que imponía la separación entre Sicilia y el Imperio. Honorio III (1216-1227), sucesor de Inocencio III, estaba muy lejos de poseer la autoridad y el prestigio de éste. Paso a paso, el Staufen dio claras muestras de que prescindía de la separación antedicha. En 1216-1217 confirió a su hijo Enrique el ducado de Suabia. La perspectiva que Inocencio III había descartado adquiría cuerpo: un rey de Sicilia que podía ser elegido como soberano alemán y emperador. Ante las protestas del pontífice, Federico II maniobra hábilmente y aparenta ceder, para volver a la carga con renovados empujes. En abril de 1220, la Dieta de Francfort procede a la elección del joven Enrique, mientras su padre acude a Roma para recibir la diadema de manos de Honorio III y renovar el voto de Cruzada. Un acuerdo suscrito en Monte Mario zanjó provisionalmente las diferencias entre ambas potestades. Una vez más, el emperador renovó la garantía dada contra toda unión real entre Sicilia y el Imperio. Pero Federico no era sincero. Invocando pretextos de diversas índoles, aplazó el cumplimiento de su voto de Cruzada, mientras en las postrimerías del pontificado de Honorio III, las divergencias sobre el estatuto religioso de Sicilia, las fronteras de los Estados de la Iglesia y la unión del reino normando con el Imperio, amenazaban desembocar en una lucha abierta.

El nuevo papa, Gregorio IX (1227-1241), poseía algo del temperamento volcánico de Gregorio VII y se mostró dispuesto a actuar con la mayor energía desde el primer momento. Así, cuando Federico, invocando una enfermedad, aplaza una vez más la Cruzada, es excomulgado por el papa (1227). El emperador replica mediante un manifiesto, que entabla una polémica entre las dos potestades que aspiran al *dominium mundi*. Al año siguiente —1228— Federico II emprendió la Cruzada, pesando sobre él una sentencia de excomunión. La Cruzada de Staufen (la sexta) se estudia en el capítulo siguiente.

La situación de Italia: güelfos y gibelinos. La ruptura entre las dos potestades

franqueó el paso a la lucha armada. Gregorio IX obtuvo el apoyo de la Liga Lombarda, con lo que la Italia del Norte entró de lleno en el conflicto. Ya sabemos que Federico II aspiraba a la unificación de la Italia siciliana, pontificia y real, y hasta cierto punto el confusionismo imperante favorecía sus proyectos. En efecto, desde los Estados pontificios a la muralla alpina, dominaba la anarquía. Cada ciudad era una plaza fuerte y en ella se disputaban el poder dos facciones, vinculadas nominalmente a los partidos güelfo y gibelino; pero, en realidad, movidas por intereses locales y egoístas. La situación se caracterizaba por una "fluidez" extraordinaria. Los señores y las ciudades de Lombardía, Toscana y Liguria, apoyan ora al papa ora al emperador, siguiendo los intereses de la facción política o del grupo social —nobles y grandes burgueses, de un lado, y *popolani*, de otro —momentáneamente en el poder. Pero en medio de la confusión, dos partidos dominan la vida italiana: los güelfos, amigos del papa, y los gibelinos, del emperador. Milán, cabeza de la Liga Lombarda, fue naturalmente güelfa, y Pisa y Pavía se distinguieron por su gibelinismo. Federico II presentó a los güelfos como súbditos rebeldes, lo que le valió simpatías en Inglaterra y Francia.

Al mando de un ejército pontificio, Juan de Brienne, suegro de Federico, invadió Nápoles y obtuvo una serie de éxitos rápidos; pero el Staufen, de regreso de la Cruzada en junio de 1229, reconquistó los territorios perdidos. El cansancio impuso el tratado de San Germano de 1230. La reconciliación, aunque precaria, implicó el levantamiento de la sentencia de excomunión que pesaba sobre Federico II.

El apogeo imperial: Cortenuova. Mientras Federico II procuraba acentuar su celo ortodoxo para atraerse al papa con el fin de formar un frente común contra la burguesía lombarda, los romanos aspiraban a constituir una República urbana, semejante a las del Norte de Italia. La Santa Sede se oponía a estos deseos, y en 1232 un movimiento revolucionario obligó a Gregorio IX a refugiarse en Rieti cerca de Spoleto, y a pedir ayuda al emperador en su calidad de protector de la Iglesia. Pero Federico II procuró dar largas al asunto, mientras absorbía su preocupación una grave crisis en Alemania, a la vez de carácter político y religioso. En efecto, el Reich se encontraba en estado de efervescencia ante la tentativa para establecer allí la Inquisición. Este tribunal pudo instaurarse con pocas dificultades en el Sur de Europa; pero no logró arraigar en el Norte. Ello contribuye a explicar el hecho de que las herejías procedentes del Sur pudieran ser dominadas, mientras ocurrió lo contrario con las originarias del Norte. El ejemplo del protestantismo ahorra comentarios.

Apoyada por los franciscanos, la tentativa para establecer la Inquisición en Alemania fracasó, después de haber contribuido a provocar un alzamiento parecido al de los albigenses del *Midi* francés: la guerra de los frisones. A la crisis religiosa hay que añadir la anarquía política y el desorden social: burgueses contra feudales, campesinos contra caballeros. En Alemania dominaba el *Faustrecht*, es decir, el derecho del puño o del más fuerte. Por otra parte, el hijo de Federico II, Enrique, actuaba por su cuenta y contribuía al desenvolvimiento urbano del país mediante una serie de privilegios a los municipios.

La crisis romana y alemana, a que acabamos de referirnos, impusieron un

nuevo acuerdo entre el papa y el emperador. Este ayudó a Gregorio IX a someter a los romanos, y, en contrapartida, la Santa Sede otorgó varias compensaciones al Hohenstaufen en Alemania, entre ellas la excomunión del rebelde Enrique, hijo de Federico, quien había contraído una solemne alianza con los irreductibles enemigos del gibelinismo, las ciudades lombardas.

El período comprendido entre 1235 y 1241 constituye el apogeo de Federico II. En la Dieta de Maguncia instituyó un nuevo estatuto para el gobierno del Reich, mientras aprovechando una rebelión del duque de Austria, confiscó sus dominios y logró de los príncipes la elección de su segundo hijo, Conrado, como Rey de Romanos. Libre de preocupaciones en Alemania, Federico quiso resolver de una vez el problema lombardo, lo que implicaría la reanudación de la lucha con la Santa Sede. En efecto, un ejército imperial obtuvo una resonante victoria en Cortenuova sobre las milicias lombardas (1237), lo que implicó la sumisión de la Italia del Norte. Como réplica, Gregorio IX excomulgó de nuevo al emperador. Cortenuova permitió a Federico II realizar en la Italia del Norte el sueño de su abuelo Barbarroja: la transformación de un territorio fragmentado en diversas municipalidades en una monarquía centralizada.

A falta del apoyo lombardo, Gregorio IX negocia una alianza con Génova y Venecia (1238), mientras en esta fase resolutiva del *dominium mundi*, el Papado y el Imperio se lanzan a una publicística trepidante en defensa de sus respectivos puntos de vista. Nadie parece darse cuenta de que el porvenir impondrá una solución: la afirmación de las nacionalidades, tan alejada del imperialismo gibelino como de la teocracia güelfa. La lucha exige cada día mayores recursos, y al mostrarse insuficientes las medidas fiscales pontificias y las exacciones de Federico en Sicilia, las dos potestades tuvieron que recurrir a los empréstitos. Parece incuestionable una relación entre el desenvolvimiento de la Banca italiana y la lucha a que nos referimos.

La ofensiva pontificia en Alemania obtuvo escasos resultados a pesar de la liga constituida por Baviera y Bohemia. La ofensiva de los mongoles –en 1241 penetran en Silesia y poco después en Hungría– actuó en favor de Federico al imponer la cohesión en el Reich. A la ofensiva del Papado en el Imperio replicó Federico con redoblados ataques contra Gregorio IX y la Iglesia en Italia. Gregorio IX murió en Roma, casi centenario, en 1241, en el momento en que su rival comenzaba a recorrer la fase descendente de su reinado.

El fin del "dominium mundi". Después del pontificado relámpago de Celestino IV fue elegido para ceñir la tiara el genovés Sinibaldo Fieschi, que tomó el nombre de Inocencio IV (1243-1254). La presión ejercida por los partidarios de emprender una Cruzada contra los infieles, previa la pacificación de la Cristiandad, y los buenos oficios del emperador de Constantinopla, Balduino I, desembocaron en la paz de San Juan de Letrán (1244), tan precaria como las anteriores. Casi inmediatamente, Federico se negó a ratificar el tratado, mientras Inocencio, como réplica, se trasladó a Lyon, donde reunió un concilio para examinar los males de la Iglesia y las persecuciones que le infería el emperador. Es interesante tener en cuenta que la estancia de la curia pontificia en Lyon implicó el comienzo de la expansión de la Banca italiana por el Occidente europeo.

Invocando el principio teocrático, el Concilio de Lyon pronunció la deposición del emperador, mientras el papa renovaba contra él la sentencia de excomunión. En una serie de circulares a los soberanos europeos, Federico niega al papa toda intervención en materia temporal. Admite que, como jefe del poder espiritual, el pontífice puede excomulgar, pero rechaza el derecho que se atribuye Inocencio de privar de la Corona a un rey. Incluso San Luis de Francia se resiste a admitir la teocracia y continúa tratando al Hohenstaufen como soberano. Ello demuestra hasta qué punto estaban lejanos los tiempos de Gregorio VII y de Enrique IV. En la plenitud del mundo medieval en que se persigue la instauración de un majestuoso equilibrio en todas las formas vitales, la *élite* europea no estaba dispuesta a transigir con las exigencias del programa gibelino ni con las pretensiones del Sacerdocio reivindicando la totalidad del *dominium mundi.*

La lucha suprema entre las dos potestades tiene por teatro Italia y Alemania. Después de haber dominado una rebelión güelfa en Parma y de atraerse a Venecia, rival tradicional de Génova, Federico II habla de paz y solicita la mediación de San Luis. Pero una entrevista celebrada en Cluny entre éste y el papa acordó el matrimonio del hermano del rey francés, Carlos de Anjou, con Beatriz de Provenza, heredera del condado, a cuya mano aspiraban, para sus respectivos herederos, Jaime I de Aragón y Federico II. Después del fracaso en sus miras hacia Provenza, Federico vio su posición minada en suelo italiano por la redoblada actividad del güelfismo, y cuando el emperador quiso dar un giro espectacular a los acontecimientos mediante un golpe de fuerza contra Lyon, residencia del Papa, una nueva rebelión güelfa en Parma le obligó a desistir de sus propósitos. Por su situación al pie de los Apeninos, Parma dominaba las comunicaciones con Toscana y su dominio era indispensable al emperador. Pero los parmesanos obtuvieron una gran victoria en febrero de 1248, que significó el reverso de Cortenuova.

Mientras la lucha acababa de adquirir un giro fatal para las ambiciones imperialistas en Italia, Inocencio IV no cesaba de buscar adversarios a Federico II en el corazón del Reich, lo que planteó una vez más la guerra civil en Alemania. Sus beneficiarios fueron las ciudades. En 1247, año en que fue elegido el anti-rey Guillermo de Holanda, apareció la "Liga de las ciudades del Alto Rin", en la que se agruparon Brisach, Colmar, Hagenau, Mulhouse y Zurich, entre otras ciudades; y en 1241, Lubeck y Hamburgo firmaron el pacto fundacional de la futura Hansa. En 1255, ya muerto Federico II, surge la "Liga del Rin", con Maguncia, Colonia, Espira, Worms, Estrasburgo y Basilea. En estas asociaciones de ciudades predominan las motivaciones económicas, centradas en la seguridad de las vías de comunicación y en la expansión del tráfico.

La muerte de Federico II en Castel Fiorentino el 13 de diciembre de 1250 cerró la última tentativa de gran estilo encaminada a instituir en el Occidente europeo una autoridad laica superior a las demás, apoyada en una formación territorial. Pero la lucha por el *dominium mundi* había arruinado también las pretensiones hegemónicas pontificias. El último representante de la teocracia, Bonifacio VIII (1294-1303), tuvo que batirse en retirada ante los embates de Felipe IV el Hermoso, según se ha dicho en páginas anteriores al estudiar el apogeo de los Capetos en Francia. La ruina del Imperio y del Sacerdocio por lo

que se refiere a sus ambiciones respectivas hacia el *dominium mundi*, constituye un reflejo del individualismo, del equilibrio y del despertar de las nacionalidades en la Europa del siglo XIII.

La Italia comunal. La pujanza de las ciudades italianas, facilitada por la expansión europea del siglo XIII, recibió un fuerte impulso a consecuencia de los choques entre las tres grandes fuerzas hostiles: el Imperio, el Sacerdocio y el feudalismo. Apoyadas en las corporaciones de artesanos y con una especial preocupación por los problemas económicos, las repúblicas urbanas italianas florecieron particularmente en el Valle del Po. Ya nos hemos referido antes al alcance que hay que dar a la división entre güelfos y gibelinos. Es incuestionable que el florecimiento de la organización comunal implicó la atomización del país, aunque al lado de la fuerza centrífuga actúa otra de signo contrario con una tendencia clara hacia la unidad.

Como hemos visto, Federico II, desde su reducto siciliano, pretendió lograr la unidad de Italia. Con las constituciones de Melfi de 1231, el gran Staufen organizó el reino de Sicilia en sentido absolutista y humanista, para implantar los mismos principios en el Norte después de la batalla de Cortenuova. Teniendo en cuenta que en su geografía administrativa estaban incluidos los Estados de la Iglesia, no es aventurado afirmar que concibió una Italia unificada. Pero, a partir de 1250, la muerte de Federico II y el colapso de los Staufen dieron renovados impulsos al particularismo comunal, mientras la intranquilidad y el fermento revolucionario condicionaron la aparición de dictaduras y tiranías. En los albores del siglo XIV se fundan varias dinastías locales, como los Este en Ferrara, los Malatesta en Rímini y los Gonzaga en Mantua.

Las tentativas de Federico II encaminadas a la unificación de Italia, fueron proseguidas, en la segunda mitad de la centuria, por Carlos de Anjou y de Provenza, a quien la Santa Sede confirió la investidura del reino de Sicilia. En los capítulos precedentes hemos estudiado los proyectos del ambicioso hermano de San Luis. Después de su triunfo en Tagliacozo (1268), Carlos de Anjou consolida su posición en el Sur e impone su autoritarismo en toda la península; pero las famosas *Vísperas Sicilianas* (1282) dieron un rudo golpe a la hegemonía angevina y condicionaron la entrada en escena del rey de Aragón, Pedro III el Grande. El duelo entre angevinos y aragoneses, ya estudiado en páginas anteriores, tuvo repercusiones del más alto interés en la península italiana.

El Gran Interregno y la Alemania de la segunda mitad del siglo XIII. La política güelfopontificia encaminada a debilitar la posición de Federico II en el Reich y la independencia que el gran conflicto atribuyó a los príncipes territoriales, explican la crisis llamada del "Gran Interregno", que durante unos años hizo desaparecer todo resto del poder central en Alemania. La pluralidad y la centrifugación señorearon el cuerpo del Reich alemán.

Al morir Federico II, Guillermo de Holanda disputaba la corona de Alemania a su hijo, Conrado IV. Este, convencido de que el punto neurálgico de la cuestión radicaba en Italia, se trasladó a la península de los Apeninos para disputar el dominio de la misma a Manfredo, bastardo de Federico II, quien soñaba en

reemprender la obra de su padre. Pero Conrado murió en Savello, en 1254, no dejando más que un hijo de corta edad, Conradino –la futura víctima de Carlos de Anjou después de la batalla de Tagliacozo de 1268–. En 1256 murió Guillermo de Holanda.

La elección de 1257, lejos de aclarar la situación, la complicó todavía mas. Los designados, Ricardo de Cornualles, hermano de Enrique III de Inglaterra y cuñado de Federico II, y Alfonso X de Castilla, sobrino del gran Staufen, carecieron de toda autoridad efectiva. Durante mucho tiempo, Alemania dejó de jugar un papel importante en la política internacional. Hay que tener en cuenta que Pisa, actuando a cuenta del "pueblo del Imperio" y en el interés de sus relaciones mercantiles, ofreció la corona al rey castellano: síntoma evidente del deslizamiento hacia el Sur, hacia Italia, del centro de gravedad del Imperio. Pero Alfonso no apareció jamás en suelo alemán y Ricardo de Cornualles sólo en contadas ocasiones. Entre los múltiples factores que caracterizan la disgregación del cuerpo del Imperio destacan la Liga de las ciudades del Rin, la Bohemia de Otocar II y el Estado prusiano.

En 1254, las ciudades renanas, favorecidas por la política de Federico II, concluyeron en Worms un pacto de gran importancia. Frenada momentáneamente por Guillermo de Holanda, la Liga del Rin consolidó su situación independiente durante el Interregno. Al mismo tiempo, Bohemia conoció una época de crecimiento y de emancipación. El país, ocupado por checos y eslovacos, quienes tuvieron que hacer frente a los germanos y a los magiares, constituyó uno de los escenarios del *Drang nach Osten*, es decir, de la proyección alemana hacia el Este, inclinándose por el Imperio en su lucha con el Sacerdocio y reconociendo la soberanía alemana. Otocar I (1192-1230) inauguró la dinastía nacional de los Premyslidas, que llevó a su mayor apogeo Otocar II (1253-1278). Este monarca constituyó la gran Bohemia, mediante la anexión de los ducados de Austria, Estiria, Carniola y Carintia. Pero el esplendor fue efímero. Como veremos, la reacción alemana a cargo de Rodolfo de Habsburgo, derrotó a Otocar y redujo el país al ducado originario. La dinastía checa se extinguió a fines del siglo XIII con Bratislao III. En la centuria siguiente, Bohemia pasó a la casa de Luxemburgo.

Prusia fue evangelizada desde comienzos del siglo XIII por los cistercienses bajo la protección del duque Conrado de Mazovia. Ante una reacción pagana, éste llamó al gran maestre de la Orden Teutónica, Hermann de Salza, quien emprendió la conquista sistemática de Prusia, conjugando la expansión germánica con la cristianización del territorio. El pontificado apoyó sus esfuerzos. Gregorio IX organizó varias diócesis, mientras surgían núcleos urbanos –Thorn, Kulm Marienwerder– que atestiguaban la pujanza del *Drang nach Osten*.

La situación general exigía, mientras tanto, una rápida solución del Interregno alemán. El nuevo papa, Gregorio X, elegido en 1272, acariciaba el proyecto de una Cruzada que continuara la obra de San Luis, muerto en Túnez en 1270. Pero ello era imposible sin solucionar previamente el problema alemán. Descartados Alfonso X de Castilla y los Staufen, así como el rey de Francia, Felipe III, y muerto Ricardo de Cornualles, el pontífice apoyó la candidatura de Otocar II de Bohemia y suscitó la elección de 1273. Pero la energía del checo asustó a los electores y éstos se inclinaron unánimemente, por un personaje

modesto, Rodolfo de Habsburgo (1273-1291), partidario de los Staufen, señor del castillo de Habitsburg, construido en 1020 en Aargau –que daría el nombre a la dinastía–, y landgrave de Alsacia.

Rodolfo de Habsburgo supo interpretar las exigencias del momento en beneficio de una política encaminada a salvar la situación en Alemania. Así renunció al sueño italiano y al espejismo del imperio universal. Derrotó a Otocar II en Dürnkrut y distribuyó los dominios austriacos de la Gran Bohemia entre los miembros de su propia familia de los Habsburgos. La desaparición del Estado checomoravo condujo a la formación de un nuevo Estado en el Este: la Gran Austria. En Alemania, la política de Rodolfo persiguió los tres objetivos siguientes: la reivindicación de todos los bienes y derechos usurpados a la Corona, la renovación de la paz pública –*Landfriede*– y de los estatutos de las ciudades, y el desarrollo de la economía en el Norte, favoreciendo las empresas de la Hansa.

A la muerte de Rodolfo, los electores votaron a Adolfo de Nassau (1291-1298), contra el cual se levantó Alberto de Austria, hijo de Rodolfo, elegido a su vez en Francfort después de su triunfo en la batalla de Goellheim, que costó la vida a su rival. Alberto de Austria (1298-1308), que en política internacional maniobró al compás de las luchas entre Bonifacio VIII y Felipe IV de Francia, prosiguió la obra de su padre en el interior del Reich. Después de Enrique VII de Luxemburgo (1308-1313), cantado por el Dante, que se empeñó vanamente en rehabilitar en Italia la idea imperial, una doble elección dejó a dos competidores en presencia: Luis de Baviera y Federico de Austria. La guerra civil llamaba nuevamente a las puertas de Alemania.

La continuación del "Drang nach Osten". Hemos de proseguir ahora el estudio de la expansión germánica hacia el Este, cuyas primeras etapas fueron examinadas al ocuparnos del Sacro Imperio en el siglo XII. Hay que tener en cuenta que en la Edad Media, Francia opuso una barrera infranqueable a todo intento de expansión alemana hacia el Oeste. La batalla de Bouvines constituye, a este respecto, un ejemplo definitivo. Por el contrario, el Este europeo ofrecía un amplio campo expansivo.

Aprovechando el abandono de los problemas alemanes por Federico II y la crisis del Gran Interregno, los herederos de Alberto el Oso, Juan I y Otón III de Brandeburgo, beneficiados a su vez por la escasa resistencia escandinava, prosiguieron el empuje hacia el Norte. Una victoria lograda por Otón sobre los daneses en Bonrövede hizo posible la fundación de ciudades llamadas a un gran porvenir, como Berlín, Königsberg y Francfort del Oder.

En paralelismo con la política de los acánidas desde Brandeburgo, hay que citar el dinamismo de los caballeros teutónicos. Ya hemos aludido a la intervención de Hermann de Salza. La acción de la Orden se hizo extensiva a Lituania. Sus avances fueron tan considerables que desde 1283 los monjes-soldados poseían toda la región prusiana. En 1309 el Gran Maestre, Siegfried von Fenchwagen, instala su sede en Marienburgo (hoy Malborg) e inaugura el período de los caballeros teutónicos, caracterizado por el gran impulso dado a la germanización y la evangelización. A medida que se intensifica la colonización agraria, la Prusia de la Orden Teutónica como el Brandeburgo de los

Hohenzollern, se convierten en activos focos comerciales. Hasta la profunda depresión iniciada a mediados del siglo XIV, las ciudades de Thorn, Kulm Elbing y Danzig, adquieren renovada importancia.

Los Estados satélites: Bohemia, Polonia, Hungría. De Bohemia ya nos hemos ocupado en páginas anteriores al referirnos al Gran Interregno alemán y a la política de Rodolfo de Habsburgo. Aquí nos limitamos, en consecuencia, al estudio de Polonia y Hungría.

Ya sabemos que Polonia constituyó uno de los espacios preferidos de la expansión alemana hacia el Este. A principios del siglo XIII, Lesko I procuró dominar la anarquía nobiliaria y logró conservar en manos de su dinastía –los Casimíridas– el núcleo territorial polaco, pero no pudo evitar la dispersión de las provincias periféricas, aglutinadas alrededor de Enrique I de Silesia. Los desastres de la invasión mongol, la extinción de la dinastía de los Piast al morir Boleslao V en 1285 y el impulso teutónico hicieron que Polonia dejara prácticamente de existir durante varios lustros. A comienzos de la centuria siguiente, Ladislao Lekiebek, príncipe de Bzcec, y su hijo, Casimiro el Grande, procedieron a la reconstrucción del Estado polaco.

La Hungría forjada por Ladislao el Santo y **Kolemán**, a que nos referimos en capítulos anteriores, tuvo que enfrentarse con la expansión veneciana en el Adriático y con la política balcánica de los Comnenos de Bizancio. Sin embargo, la recuperación del país se afirmó durante el reinado de Andrés II (1205-1235). La célebre Bula de Oro, que le impuso la nobleza en 1222, ha sido comparada a la Carta Magna inglesa. Pero la nobleza húngara era mucho más poderosa que la británica e impuso a los campesinos condiciones muy duras. Dedicadas al cultivo del suelo, las clases humildes húngaras abandonaron el comercio a los extranjeros. Ello favoreció la inmigración alemana: casi todas las ciudades magiares son de fundación germánica.

Hungría sufrió una invasión de los mongoles, que devastaron el país después de la batalla de Mohi (1249). Para reparar las ruinas, el rey Bela IV (1235-1270) abrió las puertas del país a una inmigración masiva alemana y fortificó las fronteras mediante la creación de banatos o marcas defensivas, como la de Severin. Con los últimos Arpad, Esteban V (1270-1272), Ladislao IV (1272-1290) y Andrés III (1290-1301), el Estado húngaro se debatió entre las veleidades de la gran nobleza y los ataques de los checos, austriacos y venecianos. A la muerte de Andrés III, el último representante de la dinastía, el país tuvo que afrontar un interregno con peligros evidentes de guerra civil. La nobleza, los grandes magnates, eran los verdaderos dueños del Estado, mientras la minoría alemana se agitaba fuertemente. En 1301, la dinastía angevina de Nápoles reclamó el trono de Hungría, basándose en los derechos que le confería el matrimonio de la hija de Esteban V, María, con Carlos el Cojo, hijo de Carlos de Anjou. En 1309, el nieto de éstos Carlos Roberto, con el apoyo de la Santa Sede, de la nobleza croata y de los magnates de la Hungría meridional, fue reconocido rey e inauguró el período angevino de la historia de Hungría.

V

LOS IMPERIOS DE CONSTANTINOPLA Y DE NICEA Y LAS ULTIMAS CRUZADAS

Bizancio a comienzos del siglo XIII. Como vimos en capítulos anteriores, la cuarta Cruzada, concluida con la toma de Constantinopla por los occidentales (1204), tuvo como resultado el fraccionamiento del Imperio bizantino y la fundación en su territorio de varios Estados, unos latinos y otros griegos. Los primeros –imperio latino de Constantinopla, reino de Tesalónica, principado de Acaya y ducado tebanoateniense– recibieron la organización feudal imperante en el Occidente de Europa. Los segundos fueron el imperio de Nicea y el de Trebisonda, en Asia Menor, y el despotado del Epiro, en el Norte de Grecia. El poderío de Venecia se extendió sobre las islas bizantinas de los mares Egeo y Jónico, la isla de Creta y otros varios puntos del litoral y del interior.

El conde de Flandes, Balduino, fue elegido emperador de Constantinopla y señoreó la mayor parte de la Tracia. Bonifacio de Montferrato, designado rey de Tesalónica, extendía su autoridad a Macedonia y Tesalia. Guillermo de Champlitte y después Godofredo de Billehardouin, gobernaron, como príncipes, la Morea. Otón de la Roche fue duque de Atenas y Tebas. En los tres Estados griegos reinaban: en Nicea (Bitinia), Teodoro I Láscaris; en Trebisonda, Alejo I Comneno; y en el despotado del Epiro, Miguel I Angel Ducas Comneno.

Los dos Estados vecinos, el segundo imperio búlgaro con sus soberanos Kaloyán y Juan Asen II, y el sultanato de Iconium o Rum en Asia Menor, participaron activamente, sobre todo Bulgaria, en la compleja vida internacional que a partir de 1204 se desarrolló sobre los despojos del Imperio bizantino. Como escribe Vasiliev, la totalidad del siglo XIII transcurrió en continuas luchas de los Estados citados, que efectuaron entre sí las más dispares combinaciones. Ora lucharon los griegos contra los usurpadores francos, turcos y búlgaros; ora unos griegos contra otros griegos, introduciendo varios elementos de discordia en la perturbada vida interna bizantina; ora los francos se batieron contra los búlgaros, y así sucesivamente. En medio de una gran confusión, la diplomacia alternaba con las armas.

Después de la catástrofe que para Bizancio implicó la cuarta Cruzada, se planteó el problema de saber cuál sería el centro político, económico, religioso, intelectual y nacional en torno al cual pudiera desarrollarse la idea de la unión y del orden. "Los Estados feudales del Occidente y las posesiones mercantiles venecianas, siguiendo cada uno sus propios intereses, contribuyeron, dentro de la anarquía general, a aumentar la desintegración del Imperio, no acertando ni a crear un orden nuevo ni a conservar intacta la herencia que recibieron a raíz de la cuarta Cruzada." Poco tiempo bastó para poder comprobar que el Oriente quedaría dueño de sus propios destinos.

El Imperio de Nicea y el papel de Bulgaria. La idea de la reunificación griega y de la restauración del Imperio bizantino partió del imperio de Nicea, de donde procedía Miguel Paleólogo, que en 1261 se adueñó de Constantinopla y restableció el antiguo imperio de Bizancio. Por un momento pareció que la restauración bizantina correspondería al despotado del Epiro; pero, a la larga, éste hubo de retroceder ante la creciente importancia de Nicea y renunciar a ejercer una acción decisiva en el Oriente cristiano.

El fundador del "Imperio en el exilio" de Nicea fue Teodoro Láscaris, emparentado por su esposa, Ana, hija del ex emperador Alejo III, con las familias de los Angeles y de los Comnenos. Teodoro se había refugiado en el Asia Menor en el momento en que los cruzados tomaban Constantinopla en 1204, y en el Estado de Nicea por él fundado se acogieron muchos personajes eclesiásticos y numerosos miembros de la nobleza civil y militar de Bizancio. Teodoro Láscaris reinó hasta 1222, en que le sucedió su yerno, Juan III Ducas Vatatzés, el más capaz y enérgico de los emperadores de Nicea (1222-1254). Luego ocuparon el trono Teodoro II (1254-1259) y Juan IV (1258-1261). Este último fue depuesto por Miguel Paleólogo, restaurador de Bizancio.

La crítica situación del nuevo Estado bitinio, amenazado en Oriente por el poderoso sultán seldjúcida de Iconium y en Occidente por el imperio latino de Constantinopla, fue salvada por la intervención de los búlgaros. Al ocuparnos del imperio bizantino en el siglo XII vimos que el zar búlgaro Kaloyán había sido un terrible enemigo de los Angeles. Esta rivalidad continuó con el imperio latino, ya que en ella se discutía el predominio de la península balcánica. Frente al enemigo común, el imperio latino, concluyóse un acuerdo "antihistórico" entre los griegos y búlgaros. El 15 de abril de 1205, Kaloyán derrotó a Balduino en la batalla de Adrianópolis. Balduino fue hecho prisionero y muerto probablemente por orden del zar búlgaro, siendo sustituido en el trono de Constantinopla por su hermano Enrique de Hainaut (1206-1216). Poco después de la batalla murió el anciano dux Enrique Dandolo, quien dirigió la retirada nocturna del ejército deshecho en Adrianópolis.

La batalla de Adrianópolis, al abatir la pujanza del dominio franco en Constantinopla, salvó al imperio de Nicea y abrió ante él las más ambiciosas perspectivas, mientras comenzaba a suscitarse entre los griegos un poderoso movimiento antibúlgaro, que Kaloyán quiso atajar con implacable saña. La sangrienta campaña de éste en Tracia y Macedonia terminó bruscamente en 1207, al caer asesinado mientras cercaba Tesalónica.

Posteriormente, Teodoro I Láscaris consiguió algunos éxitos frente a los seldjúcidas de Iconium; pero fracasó en sus propósitos de apoderarse del imperio latino de Constantinopla, cuyo titular, Enrique de Hainaut, había procurado, en la medida de lo posible, colmar el abismo que separaba Oriente de Occidente.

Juan III Ducas: el despotado del Epiro y el imperio de Tesalónica. El sucesor de Teodoro I Láscaris, Juan III Ducas Vatatzés (1222-1254), consolidó la obra del fundador del imperio de Nicea. Entonces se disputaban la preponderancia en Oriente cuatro Estados: el imperio latino, el de Nicea, el despotado del Epiro y el imperio búlgaro de Juan Asen II. La política exterior de Juan III Ducas consistió

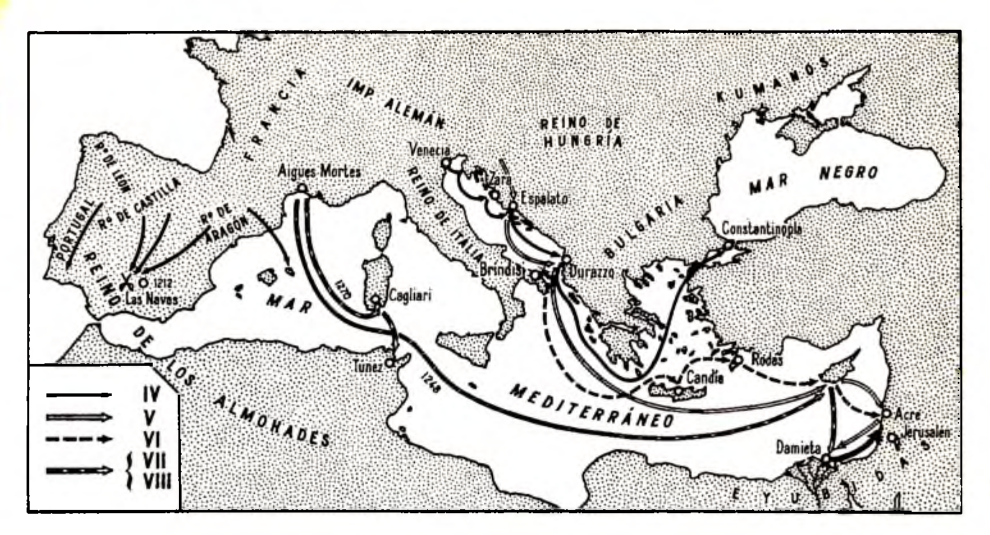
en alternar la diplomacia con las armas. Tuvo la suerte de que los tres Estados de la Península balcánica no se concertaran nunca para una acción decisiva y siguieran una política titubeante.

Para el desarrollo posterior del imperio de Nicea era indispensable la desaparición del despotado del Epiro, segundo Estado griego que agrupaba a los patriotas y de donde podía nacer una restauración del imperio bizantino al margen de Nicea. Al no lograr ambos Estados llegar a las concesiones mutuas que hicieran posible la unificación helénica, la lucha era inevitable.

El despotado del Epiro, con capital en Arta, abarcó al principio los territorios del Epiro, Acarnania y Etolia, y comenzó a practicar una política de altos vuelos con Teodoro Angel. Este, después de hacer prisionero al emperador de Constantinopla, Pedro de Courtenay, cuñado y sucesor de Enrique de Hainaut (1216), conquistó el reino de Tesalónica, primer feudo del imperio latino de Oriente. Con la toma de Tesalónica y el crecimiento del despotado del Epiro, que ahora llegaba del Adriático al Egeo, Teodoro Angel entendió que tenía derecho a la corona imperial, lo que equivalía a negar el título a Juan III Ducas, exaltado al trono de Nicea. Coronado por el arzobispo independiente de Ochrida "y de toda Bulgaria", Demetrio Comatenos, el flamante conquistador de Tesalónica, revistió la púrpura y el calzado rojo, distintivos característicos de los basileos bizantinos. Ello implicó la ruptura política entre Tesalónica y Nicea y la escisión religiosa entre la Iglesia griega occidental y el patriarcado de Nicea, llamado también de Constantinopla. En consecuencia, a partir de 1222, fecha en que fue proclamado el imperio de Tesalónica, hubo en el Oriente cristiano tres imperios: los dos griegos de Nicea y Tesalónica y el latino de Constantinopla, más debilitado cada día. La historia ulterior del siglo XIII se desarrolló en función de las relaciones recíprocas de los tres imperios. El reino búlgaro de Juan Asen fue un cuarto y decisivo factor que intervino en los destinos de los mencionados imperios.

El Imperio latino, el reino de Jerusalén y la quinta Cruzada. Acabamos de aludir a la decadencia del imperio latino y al cautiverio de Pedro de Courtenay. Sucedió a éste su hijo segundo, Roberto (1218-1228), quien apenas pudo hacer otra cosa que obstaculizar la embestida de las dinastías griegas contra sus dominios. Idéntico panorama ofrecen los latinos de Asia. Las dos familias que se disputaban el trono de Jerusalén, Lusignan y Montferrato, se repartieron la herencia. Hubo dos reyes de Jerusalén, sin que ninguno de ellos poseyera la ciudad santa. En 1194, Enrique de Champaña pudo restablecer la unidad; pero fracasó en sus propósitos de recuperar la capital. A raíz de la cuarta Cruzada, el nuevo rey, Amalarico II de Lusignan, vióse obligado a tratar con los turcos, mientras Felipe Augusto de Francia, a quien había pedido auxilio, se limitó a enviar al conde Juan de Brienne, casado con María, hija de Conrado de Montferrato, a fin de que sucediera a éste.

Inocencio III, en el apogeo de la teocracia pontificia, fue incapaz de organizar una nueva Cruzada; pero esta idea, que renacería bajo San Luis, no se había perdido entre las gentes humildes. En junio de 1212, un joven pastor de Cloyes, cerca de Vendôme (Francia), después de una visión, logró agrupar algunos millares de jóvenes. Nicolás de Colonia fue el Gauterio sin Dinero del nuevo Pedro



Rutas de las Cruzadas: IV. Cuarta Cruzada: Venecia-Constantinopla. — V. Quinta Cruzada: Andrés de Hungría y el duque Leopoldo VI de Austria. — VI. Sexta Cruzada: Federico II. — VII y VIII. Cruzadas de San Luis.

el Ermitaño, y sus compañeros tuvieron un fin desastroso. Los que no se repatriaron fueron hechos cautivos y convertidos en esclavos en los países musulmanes.

El nuevo papa, Honorio III, organizó la quinta Cruzada, cuyos jefes fueron el rey de Jerusalén, Juan de Brienne; el cardenal Pelagio, legado del Papa, y el duque de Austria, Leopoldo VI. Los cruzados lograron apoderarse de Damieta, en Egipto, el 2 de febrero de 1220, éxito efímero y sin repercusiones en la situación general.

La alianza grecobúlgara. Los emperadores griegos de Nicea y de Tesalónica, Juan III Ducas y Teodoro Angel tenían un enemigo común: el imperio latino de Constantinopla. Pero ya sabemos que cada uno de ellos aspiraba a adueñarse de Constantinopla por sus propios medios y a realizar en su provecho la restauración del Imperio bizantino. Al luchar por separado contra el imperio latino, ambos Estados griegos acabaron por hallarse frente a frente.

Poco después de ser coronado, Juan III de Nicea abrió la lucha contra los latinos en Asia Menor y se apoderó de las islas de Lesbos, Quíos y Samos en el Archipiélago. Luego adueñóse de Adrianópolis, que hubo de abandonar a la llegada de un ejército de Teodoro Angel, conquistador de la mayor parte de Tracia. La evacuación de Adrianópolis por Juan III hizo que Tesalónica, cuyas posesiones se extendían del Adriático a los accesos del Mar Negro, tuviera al alcance de la mano la restauración del Imperio bizantino. Sin embargo, Teodoro Angel vióse obligado a abadonar sus proyectos ante la amenaza de los búlgaros, que también tenían designios sobre Constantinopla.

Juan Asen II (1218-1241), el representante más brillante de la dinastía, encarnaba la idea de crear un gran imperio búlgaro, que debía unificar toda la población ortodoxa de la península balcánica, con capital en Zarigrad (Constantinopla). Este proyecto chocaba con los intereses de los dos imperios griegos y necesariamente había de producir conflictos.

Fracasado el plan de Juan Asen II de erigirse en regente del emperador de Constantinopla, Balduino II, que sólo contaba once años de edad al suceder a su hermano mayor, Roberto de Courtenay (1228), ante la cerrada oposición de los caballeros y del clero, quienes impusieron la candidatura del rey "titular" de Jerusalén, Juan de Brienne, el recelo que estas ambiciones suscitaron arruinaron la amistad entre Bulgaria y Tesalónica. En efecto, Teodoro Angel atacó por sorpresa a los búlgaros. La batalla decisiva libróse en 1230 en Cloconitza –Semidye– entre Adrianópolis y Filipópolis, y terminó con la completa victoria de Juan Asen, socorrido por la caballería kumana o poliana. Aquella acción arruinó al foco helénico de Occidente –imperio de Tesalónica– que parecía a punto de restaurar el imperio bizantino.

Luego Juan Asen negoció la alianza de los Estados ortodoxos de Oriente contra el imperio latino. Sus ejércitos y los de Juan III de Nicea asediaron la capital, Constantinopla, en 1245; pero hubieron de levantar el cerco sin resultado positivo. La alianza grecobúlgara se disgregó cuando Juan Asen comprendió que el imperio de Nicea era un rival mucho más peligroso que el debilitado de Constantinopla. Por este camino, el zar búlgaro cambió de política, se erigió en defensor del imperio latino, buscó la amistad del Papa y declaró su fidelidad respecto de la Iglesia Católica.

La sexta Cruzada y la decadencia latina en Oriente. En plena lucha con el Papado por el *dominium mundi*, como hemos visto en el capítulo anterior, el excomulgado Federico II Hohenstaufen, reemprendiendo la política de imperialismo marítimo de su padre, Enrique VI, llevó a cabo otra Cruzada –la sexta– , mientras abrigaba el propósito de restablecer la unidad mediterránea por la tolerancia religiosa y la independencia del poder temporal. Federico partió en 1227, después de haber casado con Isabel, hija de Juan de Brienne, y dio a la cuestión de Oriente una solución realista: el condominio cristiano-musulman de Jerusalén.

La hostilidad de Federico II hacia el Pontificado se extendió a cuanto éste apoyaba. El Pontificado veía en el imperio latino de Oriente la posibilidad de una unión de las dos Iglesias, mientras los intereses de Federico II coincidían con los de Juan III Ducas. El alemán era hostil al imperio latino porque consideraba a éste como un elemento eficaz del influjo y poder pontificios, y Juan Ducas tenía al Papa por su adversario religioso, ya que Roma no quería reconocer al patriarca ortodoxo de Nicea –Constantinopla– y ponía obstáculos al plan del emperador niceno: adueñarse de Constantinopla.

Las relaciones entre ambos emperadores se estrecharon todavía más al enviudar Juan III de su primera esposa, Irene, y contraer nuevas nupcias con Constanza, hija de Federico II. La alianza se deshizo al morir ambos emperadores –Federico en 1252 y Juan en 1254.

Mientras tanto, el imperio latino de Constantinopla sufría una grave decadencia, que no pudo conjurar el nuevo emperador, Juan de Brienne (1229-1237), reducido al dominio de la capital. Por su parte, el Pontificado desaprobó el condominio de Jerusalén, negociado por Federico II, y nombró como rey a Enrique de Chipre. Aprovechando estas discordias, los egipcios reconquistaron la ciudad santa y derrotaron a los cristianos en Gaza (1245). El sucesor de Juan de Brienne, su yerno Balduino II, fracasa en sus propósitos de lograr que una nueva Cruzada restablezca su dominio en la península balcánica. Como veremos, la idea de Cruzada sólo permanecía viva en San Luis de Francia.

La invasión mongol y las conquistas de Juan III en Occidente. A mediados del siglo XIII los mongoles sometieron toda Armenia e irrumpieron en Asia, donde amenazaron gravemente al sultanato seldjúcida de Iconium y a los territorios del débil imperio de Trebisonda. Ante el peligro común, los tres Estados de Asia Manor –los imperios de Nicea y Trebisonda y el sultanato de Iconium– se unieron contra los invasores; pero fueron derrotados. Felizmente, los mongoles suspendieron sus actividades en Asia Menor, lo que permitió a Juan III preparar una acción decisiva en la Península balcánica.

La muerte de Juan Asen II en 1241 había señalado el fin del apogeo del segundo imperio búlgaro. Los débiles sucesores de Juan no pudieron conservar las conquistas. Con la muerte del emperador búlgaro fracasaba el segundo intento de crear un imperio grecobúlgaro con capitalidad en Constantinopla. Ni el zar Simeón en el siglo X ni sus sucesores del XII, Kaloyán y Juan II, pudieron alcanzar tal fin. La última tentativa en este sentido –a cargo de los servios– había de hacerse en el siglo XIV.

Aprovechando la decadencia búlgara, Juan III pasó a Europa y en pocos meses logró apoderarse de las regiones tracias y macedonias ocupadas por Juan II. Luego sometió Tesalónica y el despotado del Epiro. El emperador niceno había dejado de tener rivales griegos al otro lado del Bósforo. Al finalizar su reinado en 1254, sus posesiones se extendían del Mar Negro al Adriático. Salvando la Grecia central y el Peloponeso, sólo faltaba la ciudad de Constantinopla para que el antiguo imperio bizantino pudiera considerarse reconquistado.

Como escribe Vasiliev, la obra exterior de Juan III Ducas Vatatzés fue importantísima. "Eliminando sucesivamente a los pretendientes al papel de restauradores del imperio, esto es, los soberanos de Tesalónica, Epiro y Bulgaria, sometió territorios cuya posesión significaba de hecho la restauración del Imperio bizantino. Miguel Paleólogo no hizo, en 1261, sino aprovechar los obstinados esfuerzos y la actividad enérgica de Juan III, el más grande de los emperadores de Nicea. La generación siguiente le consideró como el *padre de los griegos.*"

Los últimos Láscaris y la restauración del Imperio bizantino. Los últimos emperadores de Nicea fueron el hijo y el nieto de Vatatzés, Teodoro II Láscaris (1254-1258) y Juan IV Láscaris (1258-1261). En su corto reinado, Teodoro II creó un ejército poderoso, sostuvo difíciles campañas contra los búlgaros y logró conservar intacto el imperio heredado de su padre. Juan IV, niño de siete años al llegar al trono, y el regente, Jorge Muzalón, no pudieron llevar a buen puerto los

asuntos públicos. Entonces intervino el astuto y ambicioso Miguel Paleólogo, pariente de Juan Vatatzés y hombre intrigante y violento, pero con talento militar. Aunque Juan III y Teodoro II habían sospechado de él, le habían dado cargos de confianza. Hábil en ocultarse en momentos de peligro, una vez había encontrado asilo en la corte del sultán de Iconium.

Las posesiones balcánicas del imperio de Nicea estaban entonces amenazadas por el despotado de Epiro, el cual había organizado contra los nicenos una coalición en la que entraban el rey de Sicilia, Manfredo, bastardo de Federico II, y el príncipe de Acaya, Guillermo de Villehardouin. Después de una serie de felices operaciones dirigidas por Miguel Paleólogo, en 1259 se libró la batalla decisiva de Pelagonia, en la Macedonia occidental, que constituyó un fracaso completo para los aliados. Este hecho de armas tuvo decisiva importancia para la restauración del Imperio bizantino. Los territorios del déspota del Epiro fueron reducidos a sus posesiones hereditarias. El Imperio latino quedaba privado del apoyo del príncipe de Acaya, en el momento en que reinaba en Constantinopla el débil y apático Balduino II (1237-1261).

Para asegurar el éxito, Miguel Paleólogo firmó un acuerdo con los genoveses. Ya sabemos que los intereses mercantiles de Venecia y Génova chocaban en Oriente. Después de la cuarta Cruzada y de la fundación del Imperio latino, Venecia se había creado una situación excepcional en los Estados de Oriente. Génova no podía tolerarlo. Conociendo esta rivalidad, Miguel Paleólogo entró en tratos con los genoveses, que desembocaron en el convenio de Nymphaeum firmado en marzo de 1261 y ratificado en Génova. El acuerdo —verdadera alianza ofensivodefensiva contra los venecianos— traspasaba a los genoveses la supremacía comercial ejercida en Levante por la República de San Marcos. Génova obtenía la libertad perpetua de comercio en todas las provincias del Imperio, y privilegios importantes en Constantinopla y en las islas de Creta y Eubea. Esmirna quedaba bajo el dominio de los genoveses. El Mar Negro quedaba cerrado a todos los mercaderes extranjeros, salvo los genoveses y pisanos. Por su parte, los genoveses se comprometían a conceder la libertad de comercio a los súbditos del emperador y a ayudar a Miguel con su flota, siempre que las naves no fuesen empleadas contra el Papa o los amigos de Génova. La flota genovesa tenía extrema importancia para Miguel, pues debía contribuir a recuperar el objetivo supremo: Constantinopla.

El 25 de julio de 1261, las tropas de Miguel Paleólogo se apoderaron sin combate de Constantinopla. Miguel, que se hallaba en Asia Menor, se dirigió en seguida a la capital, donde entró a primeros de agosto entre las aclamaciones de la población. Tomó el nombre de Miguel VIII y fundó la dinastía de los Paleólogos mientras el derrotado Balduino II huía a Europa a pedir socorro para su causa y ejercer el triste papel de emperador en el exilio. La destrucción del imperio creado por la cuarta Cruzada presagiaba el próximo fin de los establecimientos latinos nacidos de la primera.

Las Cruzadas de San Luis. La decadencia de la idea de Cruzada en el siglo XIII, antes aludida, tuvo una brillante excepción: Luis IX de Francia, cuyo *gran dessein* fue el triunfo del cristianismo sobre el Islam y la restauración del

catolicismo en Tierra Santa. A ello se encaminaron sus cruzadas contra Egipto (1248) y Túnez (1270).

En cumplimiento del voto formulado durante una enfermedad, Luis IX planeó el ataque contra el Islam por tierras de Egipto, desde donde podría avanzarse hacia Tierra Santa. Era el primitivo programa de la cuarta Cruzada. Al frente de la séptima Cruzada, Luis IX ocupó Damieta, en el valle del Nilo, y emprendió la marcha hacia El Cairo; pero un ataque por sorpresa de las tropas del sultán Malek-el-Sali provocó un gran desastre en las fuerzas expedicionarias. San Luis fue hecho prisionero (1250). Liberado posteriormente mediante la entrega de Damieta y la promesa de un crecido rescate, realizó una visita como peregrino a Tierra Santa, mientras iba a desarrollarse el último acto del drama latino en Constantinopla.

Como un reflejo de las luchas entre el Pontificado y el Imperio por el *dominium mundi*, en Palestina reinaba el caos. Jerusalén pertenecía a Conradino, heredero de Federico II, o a Hugo de Chipre, hijo de Enrique de Chipre, designado rey por la Santa Sede contra las pretensiones del Hohenstaufen. Génova y los Hospitalarios apoyaban al primero, y los Templarios, Venecia y Pisa, al segundo.

La ocasión era muy propicia a los musulmanes, que no cesaron de progresar. La pérdida de Jaffa (1268) hizo que Acre se transformara en el reducto supremo de la resistencia latina en Asia. Fracasada la cruzada catalana de Jaime I el Conquistador, entró nuevamente en escena Luis IX de Francia.

Es probable que la octava y última Cruzada —la segunda de San Luis— fuera en gran parte inspirada por el hermano del monarca francés, rey de Nápoles, Carlos de Anjou. En todo caso, los preparativos y la cantidad de fuerzas reunidas no respondieron, ni de lejos, a los resultados obtenidos. Se trataba de atacar el Islam por sorpresa, en el Norte de Africa, y llegar hasta Jerusalén; pero al desembarcar en Cartago, procedentes de Aigues Mortes (17 de julio de 1270), las tropas expedicionarias fueron diezmadas por una epidemia. El propio rey de Francia expiró ante los muros de Túnez el 25 de agosto siguiente.

La muerte de San Luis y el fracaso de su Cruzada hubieran provocado la caída inmediata de la dominación occidental en Asia, si un ataque de los mongoles no hubiera obligado al sultán de Egipto, Bibars, a concluir una tregua de diez años con los latinos (1272). Pero el usurpador Kelaun prosiguió la ofensiva en 1285, y se apoderó del castillo templario de Margat y de Trípoli, para poner sitio a San Juan de Acre en 1290, ciudad que cayó en sus manos poco después. Con ello, los cristianos perdieron el único reducto que les quedaba en el continente asiático. La Tierra Santa, ocupada a fines del siglo XI, volvía a manos de los infieles dos centurias después.

El problema de la unión de las dos Iglesias. La cuarta Cruzada, desarrollada contra la voluntad del papa Inocencio III, abrió vastos horizontes a la expansión del catolicismo. El principal problema eclesiástico de la época consistía en el restablecimiento de la unión de las Iglesias de Oriente y Occidente, que parecía posible por los cambios registrados en el Oriente cristiano con la fundación del Imperio latino. Después de organizar la Iglesia católica en los territorios caídos en poder de los occidentales, había que procurar que acatasen la supremacía de

Roma los territorios griegos que en 1204 quedaron independientes, entre los que ocupaba el primer lugar el imperio de Nicea. Pero las negociaciones, iniciadas desde el primer momento, no condujeron a ningún resultado práctico.

No obstante, Inocencio III logró una notable victoria hacia el final de su pontificado. El concilio de Letrán de 1215 proclamó al Papa jefe supremo de la Iglesia de Oriente y declaró a los patriarcas latinos de Constantinopla, Jerusalén y Antioquía, jerárquicamente subordinados a la Santa Sede. Para que su victoria fuese completa, Inocencio III necesitaba la unión religiosa, la sumisión espiritual de la población griega. Pero esto no pudieron obtenerlo ni él ni sus sucesores.

El Imperio de Nicea tenía su patriarca griego ortodoxo, que seguía titulándose patriarca de Constantinopla. Los nicenos consideraban la sede patriarcal transferida a su Estado como provisional y esperaban que más adelante volvería a Constantinopla, su verdadero lugar de residencia.

A mediados del siglo XIII, al hacer crisis la alianza entre los imperios alemán y niceno a que antes nos hemos referido, pareció llegado el momento decisivo de la unión de las Iglesias. Juan III Ducas puso las siguientes condiciones, que fueron aceptadas por el papa Inocencio IV: le sería devuelta Constantinopla, se restauraría el patriarcado de dicha ciudad y el emperador y el clero latino abandonarían el territorio griego. Como dice Vasiliev, el papa, para restablecer la unidad del mundo cristiano, estaba dispuesto a sacrificar el imperio fundado por los cruzados, mientras Juan III Ducas aceptaba sacrificar la independencia de la Iglesia griega a cambio de recuperar la capital del imperio. Las dos partes abandonaron del todo su política tradicional. Pero el acuerdo no pasó de proyecto. Luego volvieron a reanudarse las negociaciones, aunque con idéntico resultado negativo. El Imperio de Nicea había logrado mantener la Iglesia y el patriarcado griego, los cuales fueron trasladados a Constantinopla cuando Miguel Paleólogo restableció el Imperio bizantino en 1261.

La cultura bizantina en tiempos del Imperio de Nicea. Al caer el imperio bizantino en manos de los occidentales por la cuarta Cruzada y fragmentarse en varios Estado latinos y griegos, Nicea, además de ser el centro de la ulterior unificación política de los helenos, se convirtió en un foco poderoso de actividad intelectual. Se decía entonces que Corinto era célebre por su música, Tesalia por sus tejidos, Filadelfia por sus zapatos y Nicea por su filosofía. Todos los miembros de la dinastía Lascárida se mostraron protectores decididos de las ciencias y de las letras y se interesaron mucho por elevar el nivel intelectual del país. La figura más importante de la vida espiritual del imperio de Nicea es la del escritor y profesor Nicéforo Blemmidas, que tuvo como discípulos a Teodoro II y al historiador y estadista Jorge Acropolita.

El movimiento ideológico del período del imperio de Nicea ocupa un lugar muy importante en la historia de la civilización bizantina. "La corte de Nicea fue el centro intelectual que, en medio de las discusiones políticas, las encarnizadas luchas internacionales y los desórdenes internos del Imperio latino, salvó, prosiguió y mantuvo la obra del primer renacimiento helénico, contemporáneo de los Comnenos, posibilitando el ulterior surgimiento y desarrollo del segundo renacimiento helénico bajo los Paleólogo." (Vasiliev).

VI

LA UNIFICACION DE ASIA POR LOS MONGOLES

El pueblo de las estepas. El septentrión asiático, al Norte de los mares Caspio y Aral y del imperio chino, constituía el dominio de pueblos nómadas pertenecientes a la raza altaica (tangutos, manchúes, turcos, mongoles, etc.). En el transcurso del siglo XII, los mongoles habitaban el territorio que hoy se conoce con el nombre de Mongolia Exterior, en torno a la cuenca superior de los ríos Onon y Kerulen. Su civilización era rudimentaria y se organizaban en tribus de pastores nómadas –*ke-er-un irgen* o "gente de la estepa"–, que con sus carros y tiendas desmontables trashumaban en pos de sus rebaños en la estepa que se extiende en la divisoria del Gobi; y en tribus de cazadores –*hoy-in-irgen*– que vivían de la caza en la *taiga* siberiana. Una aristocracia superpuesta a la clase de los guerreros, constituía la minoría dominante, bajo cuya autoridad vivían los sometidos a la clientela y las tribus vencidas. Los nobles elegían el jefe de la tribu, y éstos, agrupados en grandes asambleas designaban el *Khan* o jefe supremo.

Los pastores de la estepa eran habilísimos jinetes y arqueros. "El mongol del siglo XIII es esencialmente el jinete-arquero que aparece, acribilla a flechazos al adversario, se oculta, desaparece, reaparece más lejos para verificar un nuevo ataque, hasta que el enemigo desconcertado y agotado, se hallaba a punto para un asalto final. La movilidad de esta caballería le confería una ubicuidad alucinante que constituía ya una ventaja estratégica considerable sobre los ejércitos de la época. Además, el virtuosismo de los pastores o cazadores mongoles en el uso del arco equivalía, desde el punto de vista de la táctica, a una especie de *tiro indirecto*, de no menor influencia sobre el resultado del combate. Chinos, iranios, rusos, polacos y húngaros iban a tener una cruel experiencia de esto" (Grousset).

Con un idioma clasificado por los lingüistas en el grupo turco-mongol, estos pastores nómadas tenían un tipo físico bien caracterizado: talla mediana, tez amarilla-morena, barba rala y pómulos salientes. Su vestido consistía en una casaca de pieles de animales y cubrían su cabeza con una especie de bonete puntiagudo. Sus costumbres recuerdan las de los antiguos hunos. El nombre de mongoles (*mong-wu*) comienza a emplearse por vez primera en los textos chinos del siglo VIII para referirse a una tribu de la estepa, ubicada, probablemente, en la Mongolia oriental, a retaguardia de los pueblos turcos. A los mongoles se aplicó también el nombre de una pequeña tribu del grupo, la de los tártaros o tátaros.

Gengis-Khan y sus conquistas. Temudjin, el futuro Gengis-Khan (1167-1227), jefe que debía dar a los mongoles el "imperio del mundo", aunque descendía de los antiguos *Khans* del país, tuvo una infancia miserable. El apoyo de los keraitas, pueblo turcomongol que profesaba el cristianismo nestoriano y

que vivían en la Mongolia Central, le permitió imponerse a los tártaros, que deambulaban por el Oeste hacia los confines de China y de la Manchuria septentrional. Una vez logrado esto, se impuso a sus primeros aliados, los keraítas, y se anexionó la Mongolia Central. En 1204 aplastó a los naimanos, victoria que le permitió señorear la Mongolia occidental. En 1206, después de derrotar a las tribus de la Alta Mongolia, fue reconocido como *Khan* supremo de los mongoles y pueblos aliados en una asamblea solemne o *kuriltai*. Por entonces disponía de 150 000 jinetes. De nuevo, como en tiempos de Atila, una marea devastadora, de una crueldad inusitada, surgía del Altai.

Observa Calmette que el militarismo de Gengis-Khan fue el instrumento de su prodigiosa fortuna. La unidad táctica de su ejército era el *tough*, que comprendía diez divisiones, subdivididas en diez batallones. El *tough*, centro de este curioso sistema decimal, tenía por estandarte una cola de caballo. Los combatientes estaban sometidos a una disciplina rigurosa y sus armas características eran una especie de sable curvo y el arco.

Después de haber logrado la unificación de la Mongolia bajo su autoridad, Gengis-Khan emprendió la conquista del fragmentado imperio chino de los Song. Pekín cayó en sus manos en 1215, sus habitantes fueron exterminados y la ciudad arrasada. Cuando se disponía a aniquilar a los diez millones de seres que habitaban la China, para convertir el país en una inmensa estepa, se le hizo comprender que podía lograr impuestos considerables de los vencidos. Sobre estas bases se organizó la conquista. Luego entró en liza el Turquestán, sometido a los *karaquitanos* emigrados de China, cuyo poder había usurpado, a comienzos del siglo XIII, un enemigo personal de Gengis-Khan, Kutchlung. Derrotado éste y anexionado el país a los mongoles, le tocó el turno al sultanato de Jovaresmia, imperio turco islamizado que había suplantado a los seldjúcidas en Persia y Transoxiana y que se extendía sobre los actuales Uzbequistán, Afganistán e Irán. Gengis-Khan lo invadió, tomó Bujara y Samarcanda, y saqueó las principales ciudades del país, representativas del poderío económico del Asia Central. Como escribe Grousset, en estas incursiones los mongoles colocaban en primera fila a los habitantes de los pueblos en el asalto de las plazas fuertes y después les asesinaban. "Mataban a todos los seres vivos, incluso a los perros y los gatos. Tanto ignoraban aquellos nómadas todo lo que tiene una utilidad, no sólo para la vida urbana, sino para la economía agrícola más elemental, que incendiaban y arrasaban los poblados, aniquilaban los cultivos, destruían las canalizaciones y quemaban las sementeras. Se esforzaban, en suma, por convertir las tierras de labranza en terrenos baldíos, en llevar la gleba a su estepa natal únicamente utilizable para su caballería."

Entre 1221 y 1222, dos lugartenientes de Gengis-Khan, Djebe y Subotei, llevaron a cabo un gigantesco *raid* en torno del mar Caspio, a través de Persia, el Cáucaso y Rusia meridional. Saquearon Rely y Hamadán, ascendieron al Cáucaso, devastaron Georgia, descendieron a la estepa rusa, donde obtuvieron una resonante victoria cerca del mar de Azov, y regresaron a Asia por el Volga inferior. La última campaña personal de Gengis-Khan tuvo lugar en el Nordeste de China contra el reino tanguto del Si-Hia (Kan-su) cuya capital, Ning-hia, fue tomada por sus lugartenientes en el momento en que él acababa de morir (1227). En veinte

años había conquistado un inmenso imperio que abarcaba la mayor parte de Asia, desde Jovaresmia y del Indo a Manchuria, y todo el Sur de Rusia. Todo ello, al precio de torrentes de sangre. Grousset ha comparado la conquista mongol a una irrupción de pieles rojas en las granjas del Canadá y de Nueva Inglaterra. Gengis-Khan, que impuso en sus dominios una disciplina de hierro –la "paz mongol"– tuvo, sin embargo, el mérito de situar a los mongoles en el camino de la civilización, apelando a los Kitanos, penetrados de la cultura china, y sobre todo a los turcos uiguros, de Turfán, Qarachar y Kutcha, que pusieron a su disposición sus letrados budistas o nestorianos. "El cristianismo nestoriano, aclimatado entre los turcos de la Alta Asia desde largo tiempo atrás, se benefició de este régimen de favor de la familia gengiskhánida y con el budismo de los Kitanos contribuyó a suavizar muy rápidamente las costumbres de los mongoles."

La organización del Imperio mongol. Gengis-Khan había organizado el inmenso imperio al compás de las conquistas. El poder del gran *Khan,* elegido por el *Kuriltai* o asamblea aristocrática, era de naturaleza feudal ya que ocupaba la cúspide de una jerarquía establecida sobre los lazos de fidelidad personal de los nobles respecto de él. Sin embargo, como representante en la tierra del dios Tängri, cuyo culto muestra la influencia de elementos iranios, su poder es absoluto. Sus conquistas son la expresión de la voluntad divina, en virtud de la cual aparece como propietario de todos los territorios conquistados. La influencia uigur se reflejó de modo notable en la escritura, gracias a la cual pudo constituirse una cancillería mongol.

Se ha observado que probablemente ninguna civilización como la de los mongoles estuvo tan sometida a los imperativos de la geografía y del clima. "Su habitat estepario experimentaba variaciones extremas de temperatura: una primavera corta, un verano tórrido y seco, un invierno riguroso y helado; vientos de una extrema violencia barrían aquellas llanuras en las que no encontraban ningún obstáculo. Este clima frugal forja una salud a toda prueba e impide la supervivencia de los enfermos. Ello explica que la raza mongol sea muy robusta. La ruda existencia de los cazadores y pastores necesita una adaptación al medio: torso masivo y tórax desarrollado sobre piernas arqueadas por el uso constante del caballo; una vista penetrante y de gran agilidad" (Perroy).

Entre los mongoles nómadas la sociedad se jerarquiza en cuatro clases: la aristocracia dirigente, los hombres libres o guerreros, los hombres del común y los esclavos, a los que en cierta medida se equiparan los domésticos y los artesanos. Con Gengis-Khan esta jerarquía aparece consolidada y toma caracteres de tipo feudal. "La noción del *ulus* se hace extensiva al Imperio y al pueblo entero. El imperio se convierte en el *ulus* mongol, el *pueblo-Estado*, y en el patrimonio del clan imperial."

En el siglo XIII, los mongoles estaban muy lejos de la economía primitiva en que vivieron en períodos anteriores, desconociendo los signos monetarios y reducidos a un simple intercambio de productos. La constitución del imperio gengiskhánida implicó la reapertura de las antiguas rutas mercantiles, como la de la seda, que la inseguridad de la estepa había hecho abandonar. Los mercaderes extranjeros reaparecieron en la Alta Asia y en China, cuyos puertos alcanzaron

una actividad extraordinaria. "Por vía terrestre o marítima, las relaciones comerciales se intensifican con el Irán, donde reina la dinastía mongol de Hulagu, y de donde proceden los tapices, esmaltes, armaduras y guarnicionería. La influencia china, que se manifiesta entonces en las miniaturas persas, es la consecuencia de este intercambio. También se establecen contactos con Europa. Muchas rutas caravaneras unían la desembocadura del Don con Pekín a través del kanato mongol de los Quipchak, el Norte del Turquestán chino, la Mongolia y Karakorum... Venecia y Génova, habiendo establecido factorías en Crimea y colonias en Persia, hicieron que el mundo occidental, por vez primera en su historia, se encontrara en relaciones directas con el Extremo Oriente: consecuencia paradójica de las conquistas destructivas llevadas a cabo por los mongoles" (Perroy).

La expansión del Imperio bajo Ogodei. Al morir Gengis-Khan, el imperio mongol, influenciado por la cultura turco-persa, se encontró ante el dilema de la elección del nuevo emperador por la aristocracia y el triunfo del principio dinástico. Teóricamente continuó vigente el primero, pero en la práctica los hijos de Gengis-Khan se repartieron sus conquistas, con la particularidad de que el tercero, Ogodei, a quien su padre designó como sucesor, obtuvo sin dificultad la ratificación por el *Kuriltai*. De los tres restantes, Djotchi obtuvo las estepas al Norte del Mar de Aral y la región del Balkhach hasta la desembocadura del Volga; Djaghatai, la región del Ili (Semiretchié), a la que sus sucesores agregaron Kachgharia y Transoxiana, y Tolui, la Mongolia oriental. A Ogodei correspondió el Sudeste de Mongolia (regiones del Emil y del Tarbagatai).

Bajo el reinado de Ogodei (1229-1241), el imperio mongol asimiló la organización de los grandes imperios asiáticos bajo la influencia de los consejeros *Kitanos* o *uigures* (budistas o nestorianos) del monarca. "El imperio –decía uno de ellos– se fundó a caballo, pero no puede gobernarse a caballo." Después de haber establecido la capital del imperio en Karakorum, Ogodei prosiguió las conquistas; en 1231 los mongoles acabaron de someter Persia, para lanzarse, inmediatamente, contra la Europa oriental y China.

Un gran ejército mongol mandado por Batú, hijo y sucesor de Djotchi y sobrino de Ogodei, invadió Rusia, saqueando y tomando las ciudades de Riazán, Vladimir y Kiev (1237-1240). Gran parte de Rusia quedó sometida a los mongoles hasta fines del siglo XV. Desde allí los mongoles dirigieron frecuentes *raids* contra Polonia, Silesia, Hungría, Dalmacia, Bohemia y Moravia. En la expedición de 1240-1241, Batú, después de aplastar al ejército magiar en Mohi, lanzó sus vanguardias hasta los alrededores de Viena. Los mongoles no trataron de mantenerse de un modo permanente en Polonia y Hungría, pero conservaron su soberanía sobre los principados rusos y, particularmente, el dominio directo de las estepas de la Rusia meridional, que Batú agregó a sus antiguos dominios situados al este del Volga. De este modo fue fundado el Khanato mongol del Sur de Rusia –*Khanato de Quipchak* o de la *Horda de Oro*–, cuyos últimos representantes se perpetúan en Crimea hasta fines del siglo XVIII. Su capital, establecida por Batú en Saraï, en el Volga, sustituyó a Itil, la antigua metrópoli de los Jázaros, como gran mercado internacional, donde se dieron cita los

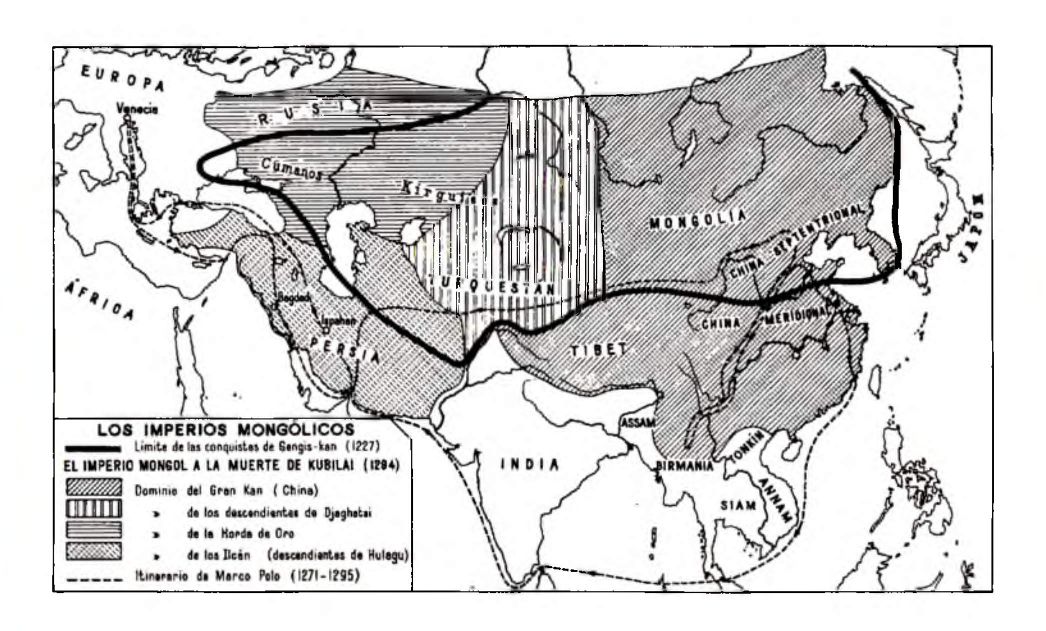
mercaderes venecianos y genoveses para entrar en contacto con el tráfico de caravanas del Asia Central.

La Europa del gótico se mostró impotente para oponer una resistencia militar efectiva ante los mongoles. El papa Inocencio IV convocó un concilio en Lyon (1245) del que salió el acuerdo de negociar. La Universidad de París creó cátedras de mongol y de árabe, mientras se establecían relaciones diplomáticas con la corte de Karakorum. Pero la amenaza mongol se extendía; en 1257 sucumbía Cracovia, mientras Rusia se islamizaba rápidamente. Como apunta Pirenne, el Islam, sólidamente instalado en Europa y con su reducto en el Khanato de Quipchak, preparaba una nueva guerra santa contra la Cristiandad.

Al mismo tiempo, Ogodei emprendió la conquista del reino *Kin* de la China septentrional, cuya última capital, Kai-fong, en el Ho-nan, cayó en manos de los mongoles en 1233. La muerte de Ogodei –1241– detuvo el empuje mongol, y su sucesor, Guyuk (1241-1251) intentó organizar el imperio sobre una base universal, extensiva a todas las razas y religiones.

Apogeo del poder mongol. El reinado de Mongka (1251-1259) marca el apogeo del poderío mongol. Al embajador flamenco de Luis IX, Ruysbroeck o Rubruck, que fue a su encuentro en 1253 para proponerle una alianza contra el Islam, Mongka respondió que las *religiones eran como los cinco dedos de la mano, siendo el budismo la palma.* En 1256, Mongka reunió un concilio general del budismo.

El gran Khan estaba muy al corriente de las cosas de Europa. "Sabía que Luis IX ejercía la hegemonía entre los príncipes cristianos y estaba dispuesto a reconocerle este carácter a condición de que le prestara vasallaje. Puesto que, del



mismo modo que sólo hay un Dios no debe haber en el mundo más que un soberano. Jamás había sido edificado un imperio tan vasto y jamás la teoría del imperio universal había sido formula con tanta fuerza" (Pirenne).

Para llegar al "imperio del mundo", Mongka necesitaba conquistar la China de los Song e imponerse a la Cristiandad y al Islam. En efecto, mientras ordenaba la invasión de China, su hermano menor, Hulagu, enviado a Persia como gobernador, destruyó el califato abbasí de Bagdad (1258). Así fue fundado, en favor de la familia de Hulagu, el Khanato mongol de Persia, que con centro en Azerbaidjan, duraría hasta 1335. Los Khanes de Persia, Hulagu (1256-1265), Abaka (1265-1282), Argun (1282-1291) y Ghazan (1295-1304), desempeñaron un papel importante, no sólo en la historia de Asia sino también en la de Europa. Sus adversarios naturales fueron los mamelucos de Siria y Egipto, campeones del islamismo. Ello explica que los Khanes persas no sólo favorecieran, por reacción, a los cristianos indígenas —nestorianos, monofisitas o armenios— sino que también ofrecieran su alianza a los últimos cruzados. "Se les vio, incluso, proponer a estos últimos la reconquista de Jerusalén, dominada por los mamelucos, oferta que desgraciadamente no se tomó en consideración, lo que llevó al fracaso definitivo de las Cruzadas (embajada sin resultado del nestoriano mongol Rabban Cauma a París, bajo el reinado de Felipe el Hermoso (1287) y caída de San Juan de Acre (1291)" (Grousset).

La colaboración entre el cristianismo y el poderío mongol, que parecía establecerse a raíz de la caída del califato abbasí de Bagdad y apuntaba a un neto triunfo sobre las ruinas del Islam, fue muy poco duradera. Las luchas entre el Pontificado y el Imperio, y la rivalidad de las repúblicas italianas, mucho mas preocupadas por el dominio del puerto de Acre que por el de Jerusalén, patentizaban las discordias de los cristianos, que a su vez facilitaron la reagrupación del Islam. Por hostilidad contra el rey de Armenia y el príncipe de Antioquía, aliados con Hulagu, Tiro y Acre no vacilaron en aliarse con los mamelucos de Egipto. Con el apoyo de los cruzados, el ejército musulmán reconquistó Damasco y restableció allí el poder del Islam. Por otra parte, el Khan musulmán de la *Horda de Oro* rompió con sus hermanos de raza, los mongoles, por haber destruido el califato de Bagdad, y se alió con el sultán de Egipto contra el *Khan* de Persia, mientras Miguel Paleólogo, aprovechando las disensiones entre los cruzados, restablecía el Imperio griego en Constantinopla con ayuda de la flota genovesa.

La época de Kubilai y las relaciones con el Occidente. A la muerte de Mongka fue proclamado gran Khan su hermano Kubilai (1259-1295) quien logró conquistar la totalidad de la China de los Song. Abandonando la estancia en Karakorum, Kubilai instaló su capital en Pekín, llamada en turco-mongol Khanbalik o "ciudad del Khan" (palabra que los viajeros occidentales convirtieron en *Kambaluc*). Este cambio de residencia demostró claramente que, con Kubilai, el imperio mongol de Gengis-Khan iba a convertirse en imperio chino. En efecto, Kubilai quiso hacer de su dinastía (los Yuan), (1298-1368), la heredera de las diecinueve dinastías imperiales chinas.

Kubilai presidió en la China de los Yuan una época de gran esplendor,

apoyado en el despliegue de las posibilidades mercantiles de los ámbitos meridionales del país. Esta prosperidad, sin embargo, no podía desvirtuar el hecho de que la China vivía bajo un régimen de opresión extranjera, en el que todos los cargos públicos de importancia estaban en manos de funcionarios mongoles. Por esta causa, los emperadores se mostraban recelosos respecto a cualquier manifestación autóctona de la vida china: el taoismo fue perseguido, mientras el budismo, por su espíritu más ecuménico, fue protegido por la corte de Pekín.

La ruina del comercio hindú motivada por la expansión del imperio de Delhi hacia el Sur de la India, repercutió gravemente en la China, puesto que los únicos lazos que aseguraban la coexistencia entre el pueblo chino y los Yuan consistían en el bienestar derivado de la pujanza mercantil. La inflación, como remedio destinado a apuntalar la situación económica, tuvo, a la larga, efectos desastrosos, que ensancharon el abismo entre la población y sus dominadores extranjeros. Ante esta situación, los Yuan redoblaron las medidas represivas, entre ellas la obligación de que todos los chinos aprendieran el mongol y la requisa de armas y caballos. Los chinos replicaron con disturbios y motines: las milicias urbanas se aliaron con los "bandidos" del campo en un mismo afán libertador contra el dominio extranjero.

Kubilai mantuvo relaciones con el Occidente. Sus predecesores habían recibido ya la visita de dos embajadores llegados de la Europa Occidental: el franciscano Juan de Piano Carpini, enviado por el Pontífice a Mongolia en 1246, y Guillermo de Rubruck, otro franciscano enviado por San Luis de Francia cerca de Mongka, que había visitado Karakorum en 1254. Kubilai recibió asimismo la visita del célebre veneciano Marco Polo, llegado de Persia, el Pamir y el Turquestán chino, y cuya estancia en China duró de 1275 a 1291. "Bien acogido por Kubilai, Marco Polo tuvo tiempo de visitar las diversas regiones de China, de las que trazó el plan económico (exportación de la seda, importación de especias del océano Indico, importancia del tráfico fluvial por el Yang-tsé, potencia de los gremios chinos, generalización del papel-moneda, riqueza de las ciudades)." A comienzos del siglo XIV, la China fue visitada por varios misioneros católicos, entre ellos los franciscanos Juan de Montecorvino, que fundó un arzobispado en Pekín, y Oderico de Pordenone, que dejó de su visita un relato tan interesante como el de Marco Polo.

Esplendor y decadencia del Imperio de Delhi. El imperio indio de Delhi fundado a fines del siglo XII por el afgano islamizado Mohamed de Ghor, según vimos en el lugar correspondiente, alcanzó su mayor apogeo con la dinastía afgana de los Khalgi, establecida en 1290 gracias a un golpe militar. La personalidad más representativa de la misma fue Ala-ed-Din, quien en calidad de príncipe heredero inició la penetración militar en el Decán y conquistó la capital de los mahratas, Devagiri. A esta anexión siguió la del Gudjerate y la del país de los rajputas, con lo cual la mayor parte de la India aria quedó en su poder. A comienzos del siglo XIV, las campañas del general Melik Kafut aseguraron la sumisión del Decán y de la India drávida hasta el cabo Comorin. Ello puso fin a la independencia del reino drávida de Chola, que desde el siglo IX compartía con los Khmer de Indochina y el imperio de Crividjaya en Sumatra, el dominio de la ruta mercantil entre el

Indostán y China. Los Chola habían logrado imponerse a sus competidores y, con un papel parecido al de Venecia en el Adriático, se adueñaron del monopolio mercantil en el golfo de Bengala y conquistaron Ceilán. Al comenzar el siglo XI, la sumisión de Crividjaya les convirtió en dueños absolutos de la navegación asiática desde el golfo Pérsico a la desembocadura del Yang-tse-Kiang.

La dinastía turca de los Tughlug dio al imperio medieval de la India un digno representante en la figura de Mohamed (1322-1351), que trasladó la capital a Davagiri, en el corazón del país mahrata, y se empeñó en anular las diferencias de casta mediante una política fanática e intolerante. Ello suscitó un poderoso movimiento de reacción contra el dominio afgano. A fines del siglo XIV, los éxitos obtenidos por Tamerlán aceleraron la desintegración del imperio de Delhi.

La época Hojo en el Japón. Después de la edad de oro del shogunato japonés representada por el principado de Yoritomo, la dirección efectiva del país pasó a manos de los regentes o *shikkens* de la familia Hojo, que gobernó de 1200 a 1333. El jefe de esta familia, Hojo Tokimara, logró imponer un régimen autoritario, ante el cual se estrellaron los intentos de desembarco del emperador mongol Kubilai. Este fue el gran servicio que los Hojo prestaron a su país; defender su independencia frente a las reiteradas tentativas de invasión de los Gengiskhánidas.

Entre tanto, la estructura feudal perdió rigidez y al amparo de las transacciones comerciales se desarrolló una clase burguesa, mientras renacía el arte y la vida intelectual. "Dos monjes budistas, Honen y Sinran, predicaron un pietismo que tenía por objeto el *dhyani-buda Amida.* Esta doctrina, el *amidismo*, plena de confianza en la divinidad, alcanzó una especie de quietismo, una religión del corazón llena de ternura. Otros monjes budistas propagaron la doctrina intuitiva de la contemplación o *zen*, que bien pronto se convirtió en una escuela de estoicismo militar para uso de los *samurai*: y el gran reformador Nichiren fundó la secta del *hokkeschu*, especie de misticismo nacionalista, que ejerció una acción política tonificante en el momento de la invasión mongol" (Grousset).

VII

EL CLASICISMO DEL OCCIDENTE MEDIEVAL

Consideraciones generales. Ya sabemos que en el transcurso del siglo XIII, la civilización del Occidente europeo se refleja en el majestuoso equilibrio del clasicismo medieval. Los intelectuales despliegan grandes esfuerzos encaminados a cimentar la unidad cultural del Occidente, mediante la organización de los saberes en sistemas y en síntesis –en *Summas*– que reflejen el equilibrio a que acabamos de referirnos. "La centuria décimo-tercera se caracteriza por el intento supremo del Pontificado hacia la dirección de la vida total de la sociedad. Las Ordenes Mendicantes –franciscanos y dominicos– renuevan la fe de las masas, mediante la predicación y las obras de caridad; y, desde sus cátedras universitarias, integran plenamente en el marco del cristianismo la inquietud de los intelectuales. Las supremas culminaciones culturales del siglo XIII están inmejorablemente representadas por la catedral gótica, las *Summas* teológica y filosófica, el *Roman de la Rose*, *Parsifal* y la *Divina Comedia*. Las clases burguesas se encuentran en plena expansión y se alían con la realeza, en marcha ya hacia el autoritarismo monárquico, frente a la aristocracia feudal. En el fondo, sin embargo, la unidad en el campo de la cultura es más aparente que real, y se encuentra amenazada por el despliegue de corrientes minoritarias de tipo nacionalista, escéptico y secularizador, que se yerguen amenazadoras a partir de 1300" (F. Artz).

Para Calmette, el brillo y el equilibrio de la civilización medieval en el siglo XIII pueden sintetizarse en un hecho esencial: el movimiento universitario en toda su plenitud, que coincide con una nueva y poderosa oleada de espíritu filosófico. "Se produce un nuevo contacto, más amplio, con el Islam. A través de las traducciones latinas de textos árabes, los occidentales descubren el pensamiento griego. El aristotelismo, casi desconocido hasta entonces, es asimilado rápidamente por la Cristiandad, que en su inmensa mayoría permanecía fiel a Platón." Ello explica que el siglo XIII constituya una de las épocas más brillantes del pensamiento occidental. Francia asume entonces, de una manera resuelta, la dirección de los países occidentales en lo tocante a las cosas del espíritu.

El mundo espiritual del siglo XIII: Las Universidades. Como observa Julián Marías, el siglo XIII marca una nueva etapa en el pensamiento y en la filosofía, caracterizada por el incitante helénico. "Hasta este momento, la filosofía cristiana se había constituido sobre la base de escasos escritos griegos, de tipo platónico o neoplatónico; en el siglo XIII irrumpe en el área filosófica de Occidente la figura máxima de Grecia, y la Escolástica tiene que hacerse cuestión de esta filosofía maravillosamente profunda y aguda, pero distinta de su tradición, que le aportan los árabes. Hay una etapa de asimilación del pensamiento aristotélico; es la obra

que realizan, sobre todo, San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino; esto enriquece enormemente las posibilidades de la Escolástica, pero tal vez desvía al mismo tiempo a la filosofía cristiana de otros caminos por los que su genio original hubiera podido llevarla. En todo caso, la presencia de Aristóteles señala el paso a una época nueva y fecundísima."

El mismo autor se refiere al papel importante que cupo a España en la transmisión de la ciencia helénica al Occidente a través de los árabes. La escuela de traductores de Toledo, fundada por el arzobispo don Raimundo, constituyó uno de los focos de mayor actividad del Occidente europeo. "Se traducen libros árabes y judíos: Alfarabí, Algazel, Avicena, Avicebrón; luego los árabes traen a Occidente las versiones de Aristóteles, éstas se traducen al castellano y de aquí al latín, o bien al latín directamente." Entre los traductores sobresalen Domingo Gundisalvo, Gerardo de Cremona y Juan Hispano. En el Occidente europeo se hacen también algunas traducciones directas del griego, entre las que destacan las del obispo de Lincoln, Roberto Grosseteste y las de Guillermo de Moerbecke, a quien Santo Tomás encargó la revisión de las traducciones de Aristóteles.

La asimilación cultural del aristotelismo por la sociedad cristiana de Occidente, paralela a la labor de los mendicantes desde las cátedras universitarias —que Artz expresa así: "*they undertook the work of making Christianity acceptable to intellectuals*"— no pudo hacerse de una manera repentina. Un concilio provincial, reunido en París (1210), prohíbe las obras de Aristóteles sobre filosofía natural. Más tarde, el papa Gregorio IX ordenó una revisión de Aristóteles, para permitir su lectura después de corregido. "De hecho, el auge de Aristóteles es cada vez mayor, hasta el punto de que en 1366 los legados del papa Urbano V requieren la lectura de sus obras para poder licenciarse en Artes. La inmensa labor de Santo Tomás consiguió incorporar al pensamiento cristiano la filosofía aristotélica... Los filósofos cristianos, en posesión de un instrumento mental incomparablemente superior, llegan a su plena madurez". Como veremos en la tercera parte, ello fue el punto de arranque del nominalismo, proyectado, ya, hacia el humanismo renacentista.

En páginas anteriores nos referimos ya a los comienzos de la vida universitaria. Hemos de subrayar aquí que los centros universitarios más famosos del Occidente europeo en el siglo XIII fueron París y Oxford. En 1215, el legado del papa Inocencio III, Roberto de Courçon, estableció el primer estatuto oficial de la Universidad de París y el reglamento que debía regir las actividades de sus cuatro facultades: Teología, Artes (filosofía), Derecho y Medicina. Luego se fundó la de Oxford, cuyos maestros insistieron especialmente en el aspecto empírico y científico del aristotelismo. Con ello prepararon el advenimiento del nominalismo ockamista y, posteriormente, del empirismo británico. La Universidad de Cambridge sólo se organiza plenamente en el siglo XIV. Bolonia brilla en el siglo XIII por los estudios jurídicos, en la fase de recepción del Derecho romano. Entre los demás centros universitarios —en 1500 el Occidente europeo poseía setenta y siete Universidades— citemos las de Padua, Salamanca, Toulouse, Montpellier, Praga, Viena, Heildelberg, Colonia, Valladolid, etc.

El principal representante de la teocracia pontificia, Inocencio III, desarrolló una política universitaria conducente a la dirección exhaustiva de las inquietudes

culturales de la época por la Iglesia. El revulsivo producido en los espíritus por la asimilación del helenismo fue encauzado, en armoniosa síntesis basada en la ortodoxia, por los "hombres de confianza" de la Santa Sede, que se infiltraron metódicamente en las cátedras universitarias: los franciscanos y los dominicos. Franciscanos y dominicos fueron, a su vez, las más grandes figuras de la filosofía medieval: a los primeros pertenecieron San Buenaventura, Rogerio Bacon, Duns Escoto y Guillermo de Ockam; y a los segundos, San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino y el maestro Eckhart.

En las Facultades, "cada maestro tomó la costumbre de rodearse de un bachiller, como suplente y sucesor eventual, con lo que se creó una orientación destinada a perpetuarse en el profesorado. La uniformidad encontró un poderoso correctivo: la diversidad de cátedras y tendencias. Por ello, la Universidad conservó el carácter de laboratorio del pensamiento que constituye su fuerza... A despecho de la forma escolástica de la enseñanza y de una ortodoxia a veces muy estrecha, el horizonte del espíritu pudo ensancharse y elevarse cada día" (Calmette).

El escolasticismo tradicional: San Buenaventura. El franciscano *Doctor seraphicus*, San Buenaventura (1221-1274), discípulo y sucesor de Alejandro de Hales en París, representa en el siglo XIII el "espíritu de continuidad", es decir, la incorporación a las nuevas tendencias de la filosofía escolástica y la continuación de las grandes corrientes de la mística especulativa de la centuria anterior. Su doctrina la sintetiza Marías en los siguientes términos: "El fin de los conocimientos humanos es Dios. Este conocimiento se alcanza de distintos modos y por distintos grados, y culmina en la unión mística. La inspiración agustiniana es patente en San Buenaventura. La filosofía, para él, es en realidad *itinerarium mentis in Deum.* Se conoce a Dios en la naturaleza, por sus vestigios; se le conoce, de un modo más inmediato, en su propia imagen, que es nuestra alma –vuelve el tema del hombre interior de San Agustín y San Anselmo–; cuando la gracia comunica las tres virtudes teologales, se ve a Dios *in imagine* en nosotros, y, por último, se conoce a Dios directamente, en su ser, en su bondad, en el misterio trinitario mismo, y, como culminación, en la contemplación extática, en el *ápice de la mente* (*apex mentis*), según la expresión de Buenaventura".

De las obras de este autor –*Comentarios a las Sentencias, Questiones disputatae, De reductione artium ad theologiam, Breviloquium, Itinerarium mentis in Deum*– arranca una fecunda corriente de la especulación medieval, cuya controversia con el tomismo vivifica el pensamiento de la época y estaba llamada a tener una espléndida continuación en la física matemática del Renacimiento.

La filosofía aristotélico-escolástica: San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. A la intelectualidad occidental del siglo XIII se le plantea un problema capital: el encuentro con Aristóteles, cuya obra se movía en un plano completamente diferente de la unión íntima entre teología y filosofía, presupuesto de la Escolástica. "El aristotelismo no es sólo la lógica perfectísima del *Organon*; no es tampoco únicamente un arsenal de conceptos –materia, forma, sustancia, accidente, categorías, etc.– útiles para operar sirviéndose de ellos; es, antes que nada, *una filosofía*, una metafísica, pensada en griego, desde

supuestos radicalmente distintos, no cristianos, y que, sin embargo, en muchos sentidos parecen *la verdad*. ¿Qué hacer con esto? Aristóteles habla de Dios, y dice de él cosas extremadamente agudas e interesantes, habla del mundo y del movimiento, y da razón de ellas con una penetración luminosa hasta entonces desconocida. Pero este Dios no es el Dios cristiano; no es creador, no tiene tres personas, su relación con el mundo es otra; y el mundo aristotélico tampoco es el que salió de las manos de Dios según el Génesis" (Marías).

El descubrimiento de Aristóteles implicó la incorporación de su filosofía a la problemática del siglo XIII. En ello radica, indudablemente, la *síntesis* más característica de la época, que posibilitaría el despliegue del clasicismo medieval del Occidente europeo. El escolasticismo platónico y agustiniano, tuvo que afrontar la totalidad del aristotelismo para incorporarlo al sistema ideológico de la Edad Media. Esta empresa fue llevada a cabo, por dos dominicos, San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino.

Alberto de Bollstädt o de Colonia (1193-1280), llevó a cabo una prodigiosa labor de erudición, que hizo posible la síntesis de su discípulo Tomás de Aquino. Para la interpretación y asimilación de las doctrinas filosóficas de Aristóteles, hace *paráfrasis* de las mismas, añadiéndoles comentarios de los tratadistas musulmanes y judíos. Desde entonces, "Aristóteles es algo que está a la mano, que se puede estudiar y utilizar fácilmente. Está ya intentada la difícil incorporación; los materiales están ya dispuestos: la mente de Santo Tomás encontrará ya hecha por su maestro la labor más penosa y menos profunda, y podrá dedicarse al trabajo superior y realizarlo".

Tomás de Aquino (1225-1274), el *Doctor angelicus*, expuso de una manera sistemática todo su pensamiento y el de toda la Escolástica en la *Summa Theologica*, y realizó la plena adaptación de la filosofía griega de Aristóteles al pensamiento cristiano de la Escolástica. No se trató de un eclecticismo artificial ni de una mixtificación ingeniosa, sino de una verdadera reconciliación entre Aristóteles y el cristianismo.

El tomismo, en efecto —Santo Tomás tenía una personalidad demasiado vigorosa para plegarse a las ideas peripatéticas de un modo sumiso—, parte de un principio capital: la verdad es *una* y, en consecuencia, tienen que coincidir necesariamente la verdad revelada y la verdad racional, la fe y la ciencia, la teología y la filosofía. Utillado con una dialéctica magistral, el idealismo tomista triunfó plenamente en su propósito de restablecer la armonía entre la inquietud intelectual suscitada por el despertar del pensamiento pagano y la revelación cristiana. El equilibrio quedaba restablecido y el siglo XIII encontró en él el reposo a que aspiraba: la plenitud intelectual, puesta de relieve por el acuerdo perfecto entre la filosofía, es decir, la ciencia, y el dogma. Calmette opina que, en el fondo, el idealismo tomista constituye el soporte intelectual del idealismo político de San Luis.

Las primeras fisuras: el averroísmo y el neoescolasticismo inglés: Bacon. El pensamiento no puede inmovilizarse y la búsqueda eterna que constituye su razón de ser no tardaría en descubrir las fisuras que presentaba el equilibrio maravilloso, pero inestable, del tomismo. Comentado por una mente cristiana y occidental,

Aristóteles vivificó la escolástica, pero, ¿qué ocurriría por obra de otros exégetas con distinta concepción del mundo? El peligro que ello entrañaba lo puso de relieve el comentador árabe de Aristóteles, el cordobés Averroes, por completo al margen del principio de conciliar la filosofía helénica con la ortodoxia. Frente al principio capital del tomismo, la *verdad es una*, Averroes proclamó la teoría de la *doble verdad*, de gran influencia en el averroísmo latino de Sigerio de Brabante.

En el mismo campo de la Escolástica, el núcleo inglés, de filiación tradicional, platónico-agustiniano, centró su principal atención en el cultivo de las ciencias experimentales. Su principal representante, Rogerio Bacon (1210-1292), es el verdadero fundador de la ciencia positiva y soñó con oponer a la *Summa* tomista una enciclopedia puramente científica. Las obras de Bacon –*Opus majus, Opus minus, Opus testium*– comprendían los conocimientos científicos de la época. Este franciscano inglés es un verdadero investigador y experimentador. Aplica la matemática a la física, fabrica instrumentos ópticos, es alquimista, astrólogo y lingüista, y cree que la experiencia, enlazada con la intuición sobrenatural de la mística, constituye la fuente principal de certeza.

La difusión del averroísmo, de un lado, y el cientificismo de Bacon, de otro, constituyen las primeras fisuras abiertas en el tomismo, que preludian las inquietudes intelectuales de la centuria siguiente.

La filosofía hispana: Llull. En el transcurso del siglo XIII, la intelectualidad hispana dio varias figuras de relieve al pensamiento occidental. El lusitano Pedro Hispano, que alcanzó el pontificado con el nombre de Juan XXI, destacó en el estudio de la medicina, la teología y la filosofía, y escribió unas *Summulae logicales* que alcanzaron justo renombre en su época. El valenciano Arnau de Vilanova, médico y teólogo, que desempeñó funciones diplomáticas por encargo de Jaime II, es una personalidad de singular relieve. Pero la figura de mayor interés es la del mallorquín Ramón Llull (1233-1315), de vida errabunda, animada por un incontenible afán apostólico, que le llevó a recorrer grandes zonas de Africa y Asia entregado a la conversión de los infieles. Las obras principales de Llull, el *Doctor iluminado*, son: *Libre de contemplació en Déu, Art abreujada d'atrobar veritat (Ars compendiosa inveniendi veritatem seu Ars magna et mayor), Liber de ascensu et descensu intellectus, Ars generalis ultima*, y el *Libre de amic e amat*, que forma parte de su novela filosófica *Blanquerna*.

Llull parte de un principio básico: la razón debe demostrarlo todo, y, en consecuencia, la prueba racional de las verdades cristianas es el supuesto para la conversión de los infieles. En el *Ars magna*, el célebre pensador mallorquín expone su procedimiento para encontrar la verdad y probarla de una manera automática. "Consiste en una compleja combinación de conceptos, referentes, sobre todo, a Dios y al alma, que forman unas tablas susceptibles de manejarse como un simbolismo matemático para hallar y demostrar los atributos de Dios. Estas tablas, de manejo difícil de comprender, se multiplican y complican cada vez más. Esta idea de construir la filosofía de un modo deductivo y casi matemático, mediante una combinación general, ha ejercido luego una fuerte atracción sobre otros pensadores, en especial sobre Leibnitz; pero el valor filosófico de estos intentos no es más que problemático."

La literatura bajo-medieval. En el transcurso del siglo XIII, desde los confines de la Europa central hasta la Península Ibérica se difunde la poesía de los trovadores –difusión facilitada por la dispersión de los provenzales fugitivos después de la guerra de los albigenses– y de los *minnesänger* (cantores amorosos) alemanes, estos últimos, desde su núcleo originario de Austria. A fines de la centuria, en consonancia con el despliegue de las ciudades, surge una literatura de marcado carácter burgués, de signo realista, crítico y mordaz, que dio rienda suelta a sus manifestaciones a medida que se debilitaba la autoridad de la Iglesia sobre la intelectualidad occidental. La literatura burguesa –otro signo de la *diversidad* bajo-medieval– impulsó lógicamente el cultivo de las respectivas lenguas romances, mientras el latín era relegado a la categoría de lengua de la teología, la filosofía y la diplomacia. Los moldes heroicos, líricos y amorosos de trovadores y *minnesänger* fueron abandonados por las nuevas concepciones de signo realista, capaces de satisfacer el interés de las estructuras sociales de la época.

La literatura trovadoresca en provenzal renace artificialmente en pleno Languedoc en la primera mitad del siglo XIV con la fundación, en 1323, de unos verdaderos juegos florales en Tolosa, destinados a premiar las mejores poesías que se presentaran al concurso. Esta escuela poética, que perdura durante casi todo el siglo XV, se caracteriza por su frialdad, su falta de originalidad y su monotonía. En 1393, Juan I de Aragón crea las fiestas poéticas de Barcelona, imitando las de Tolosa.

De la conjunción de la literatura trovadoresca del Norte y de los principios de la escuela de la Magna Grecia nace en Italia el *Stil Nuovo*, que culminó con el florentino Dante Alighieri (1265-1325), que despliega su poderoso genio poético al servicio de la interpretación del clasicismo medieval. En la *Vita nuova*, Dante hace gala de su maestría en el dominio de la lírica, y en la *Divina Comedia*, verdadera "Summa" poética del Medioevo, logra compendiar los ideales de una época que iba desvaneciéndose ante sus propios ojos.

La herencia del Dante fue recogida por Petrarca, al que Renán calificó de primer hombre moderno. Petrarca (1304-1374), que ejerció una influencia avasalladora en la gestación del individualismo y del humanismo renacentistas, brilla por la inspiración lírica de las estrofas y rimas de su *Canzoniere*, imitado en todo el Occidente europeo. Boccaccio (1313-1373), el celebrado autor del *Decameron* se muestra como un característico representante del humor de las clases burguesas y un acerado fustigador de los vicios de la época.

En todos los países del Occidente europeo, el desarrollo de los géneros literarios en romance motiva una floración de cronistas, como Joinville y Froissart, en Francia; el canciller Pedro López de Ayala, en Castilla, y en la Corona de Aragón, Desclot, Muntaner y Dezcoll. Sin embargo, como manifestación propia de la época, la literatura de signo burgués se caracteriza por su tendencia realista y crítica. En Francia, la poesía cortesana y señorial es combatida por el ciclo fabulístico que constituye el *Roman de Renart* y, sobre todo, por el *Roman de la Rose*. Esta última obra, iniciada por Guillermo de Lorris y continuada por Juan de Meung, constituye la creación más representativa del Doscientos y en la parte correspondiente a Meung, se expone una especie de

filosofía del naciente mundo burgués, con ataques a los clérigos, en especial los frailes mendicantes, y audaces consideraciones sobre el origen de los reyes y de la propiedad, así como explicaciones racionales de ciertos fenómenos, a los cuales la superstición popular convertía en hechos milagrosos.

En la poesía de los *minnesänger* alemanes se encontraban restos de la antigua poesía germánica, que pronto es abandonada por la influencia francesa (así en las cortes del Rin y del Danubio, la de Viena especialmente). Aparece un tipo de poesía de influencia francesa de gran vitalidad: en veinticinco años se encuentran más de medio centenar de adaptaciones de argumentos franceses y provenzales. En el siglo XIII aparece la gran figura de W. von Vogelweide, en cuya obra cabe distinguir dos aspectos: trovador, que sigue los postulados de la escuela de Viena, y cantor popular. Son notables sus poesías breves de tema político, las *Sprüche*, en las que critica a Roma sin asomo de herejía. Después de un período caracterizado por los imitadores de éste, la poesía alemana florece con los *meistersinger* o maestros cantores, con características parecidas a la escuela de Tolosa.

El *Roman de la Rose* y el *Decameron*, de Boccaccio, tuvieron una brillante resonancia en Inglaterra, donde Chaucer (1340-1400) escribió los *Cuentos de Canterbury*, destinados a un público desarrollado en el ambiente burgués de la época. En sus relatos, de fondo satírico, desfilan los diversos tipos sociales, el mercader, el criado, el médico, el clérigo, y el autor los describe con un realismo que se ha comparado al de los primitivos flamencos en el paisaje. Como hizo Dante con el italiano, Chaucer creó la lengua nacional inglesa, a base del dialecto londinense. Se ha observado que en la obra de Chaucer desfila toda la *old merry England*.

La dirección confesional en la poesía, introducida por Colin Huset y Rutebeuf, dará, en la segunda mitad del siglo XV, la gran figura de François Villon, cuya obra, al margen de la metafísica amorosa petrarquista, entonces imperante, está vinculada a la más cruda realidad vital.

La lírica galaico-portuguesa, recogida en los cancioneros de Ajuda, Vaticana y Colocci-Brancuti (siglos XIII-XIV) cultiva tres tipos: las cantigas de amor, de amigo y de escarnio. En Castilla, una figura compleja, dotada de una originalidad poderosa, Juan Ruiz, el famoso arcipreste de Hita, nos ha legado una obra despreocupada y magistral en su *Libro de Buen Amor*; y el infante don Juan Manuel, una celebrada exposición de anécdotas con intenciones morales, *El conde Lucanor*. Con la maestría lírica del marqués de Santillana, Castilla recibe las influencias de la Escuela de Tolosa y de Italia, que también se acusan en Cataluña y Valencia con las relevantes figuras de Jordi de Sant Jordi y de Ausias March. La crítica y la imitación de Boccaccio caracterizan la obra de Bernat Metge.

De los cantares de gesta, todavía vigentes en los siglos XIII y XIV, y del *roman courtois*, surge la novela de caballerías. Hay noticias de un *Amadis* del siglo XIII y se conservan unos fragmentos de 1420. La crisis de la novela caballeresca se pone de relieve con el *Tirant lo Blanch*, de Joanot Martorell, que Dámaso Alonso ha calificado de "novela moderna". Con el *Blanquerna*, de Ramón Llull, se inicia la novela social.

En el teatro medieval cabe distinguir los espectáculos juglarescos, la

dramaturgia religiosa (*miracles*, misterios, moralidades) y la profana (*jeux*, farsas). Las sátiras de carácter social y colectivo, reflejo de la perturbación que caracteriza el crepúsculo medieval, se hacen patentes en las lúgubres *Danzas de la Muerte*; *Totentanz*, en Alemania; *Danse macabre*, en Francia. Holbein dará a este asunto, muy repetido en la Edad Media, forma gráfica inmortal en sus *Simulacros de la muerte*, colección de grabados (Lyon, 1538), que han sido calificados de "Danza macabra del Renacimiento".

El arte gótico. La catedral gótica, como *Summa* del siglo XIII en el campo de las artes plásticas, resume el majestuoso equilibrio del clasicismo medieval en Occidente y la irradiación de la cultura francesa. Del románico al gótico asistimos al desplazamiento de la gravedad, de la pesadez germánica –en la decadencia del Sacro Imperio– por el dinamismo del *esprit* francés. Si el tomismo fue, hasta cierto punto, el apoyo doctrinal de la monarquía de San Luis, la famosa catedral de Nuestra Señora de París, considerada como la obra clásica del gótico, constituye el símbolo de su proyección artística.

Como escribe Emile Mâle, la palabra gótico, que designa el arte más grande del mundo después del griego, tuvo durante mucho tiempo un significado peyorativo. Durante el clasicismo francés, La Bruyère escribió: 'Se ha abandonado por completo el orden gótico, que la barbarie había introducido en los palacios y en los templos". El descubrimiento de la Edad Media por el romanticismo devolvió al gótico su plena consideración ante la Historia. Chateaubriand, en su *Genio del Cristianismo*, comprendió la grandiosidad de la catedral gótica.

La Iglesia concibió la catedral como un gran libro en el que se leía la Historia del mundo. "Estamos en el siglo de la certeza, en los tiempos en que Vicente de Beauvais, contemporáneo y amigo de San Luis, encerraba todo el saber humano en su *Speculum maius*. Esta *Summa* comprende cuatro partes o, como dice el autor, cuatro Espejos, que son los de la Naturaleza, la Ciencia, la Moral y la Historia. El pensamiento de la Edad Media tiene tanta unidad que las innumerables figuras de la Catedral, que también es una *Summa*, tienen cabida en estos cuatro grandes capítulos (Mâle).

Entre las novedades constructivas del gótico está la bóveda ojival, cuya difusión se debe, en gran parte, al abad Suger y un grupo de prelados, amigos suyos. En frase de Cirici Pellicer, Nuestra Señora de París crea un tipo de belleza perfecta, de armonía en reposo, cuya euritmia llegará a dominar, incluso, sobre las nerviosas tortuosidades del flamígero, en el otoño de la Edad Media. "Pero su certero equilibrio dura poco: el gusto por la fastuosidad de los alarifes, que quieren sacar partido de los nuevos métodos constructivos hasta convertir un templo en una preciosa arqueta de cristal policromo, alumbra el gótico radiante, cuyo monumento más significativo es la "Sainte Chapelle" del palacio real de París, construido por designio de San Luis". En íntima relación con el naturalismo franciscano, la escultura se vincula a la arquitectura y origina la filigrana de las fachadas monumentales, entre las que sobresalen las de los templos catedralicios de Reims y de Estrasburgo. La fusión de ambos elementos dará origen a las fachadas flamígeras, como la de Rouen.

Como si respetara las características diferenciales de los países europeos, la difusión del gótico, impulsado por los cistercienses –como los cluniacenses habían hecho con el románico– se adapta a las peculiaridades regionales. En Alemania triunfaron la verticalidad y la espacialidad –catedral de Ulm, San Lorenzo de Nuremberg–. Holanda difunde el ladrillo, material más al alcance de la mano que la piedra. Inglaterra, con una evolución peculiar, construye las famosas catedrales de Lincoln y de Salisbury.

Los países mediterráneos recibieron los elementos constructivos y decorativos del gótico a través, sobre todo, de la austeridad cisterciense. "Ello hizo posible la conservación de los caracteres plásticos esenciales del románico y la formación de un estilo que, aunque suele conocerse con el nombre de gótico, es opuesto al espíritu del goticismo propio. Así, a lo lineal del Norte, el Sur opone las masas plásticas; a la preponderancia de los huecos, la de los plenos; a la verticalidad, la horizontalidad; a lo fastuoso, lo simple; a las tres naves, la nave única; al arbotante, el contrafuerte; a la aguja, la terraza. La cristalización más pura de este estilo mediterráneo lo constituye el gótico catalán y, dentro de él, el monasterio de Pedralbes, construido en 1324-1325. La grandiosa simplicidad de esta arquitectura, lo mismo engendra la nave mayor del mundo en la catedral de Gerona, a principios del siglo XV (1417), que la mole augusta del palacio papal de Avignon (1334-1352)." La insuficiencia de las modalidades mediterráneas se reflejó, incluso, en Francia y en la adaptación adriática del goticismo. En los palacios venecianos, la horizontalidad dominante en Cataluña se combinó en la tradición policroma bizantina para bordar, con galerías de encaje marmóreo, palacios como el de los Dogos y la famosa "Ca d'Oro".

Ya hemos aludido a la influencia del naturalismo franciscano en la escultura gótica. El tránsito respecto del románico consiste en abandonar el hieratismo por un frescor típicamente naturalista. Como apunta Cirici, el antiguo Pantocrátor terrible, sentado en su trono de justicia, ha cedido el paso a la bondadosa suavidad del "Beau-Dieu" de Amiens (1225-1236), "y como si el trueque todavía no bastara, la misma imagen del Salvador, con su gesto sobrenatural de bendición, cede pronto el puesto a la imagen más humana de la Virgen, que es quien preside el poema en piedra de Reims." Es digno de mención el primor con que fueron ejecutadas las esculturas en marfil y las pequeñas estatuas de orfebrería. Por otra parte, la escultura gótica se preocupa de los seres creados, del hombre, de los animales y de las plantas y refleja, como observa Perroy, las dos tendencias esenciales del alma en el siglo XIII: la búsqueda inmediata de la ternura divina y la observación directa de las cosas. Ello se refleja en el abandono de los temas convencionales y fantásticos del románico por los motivos reales.

El grupo escultórico del Rin, cuyas obras maestras son la arqueta de los Reyes Magos, de la catedral de Colonia, y la imagen de la Sinagoga de la catedral de Estrasburgo, se caracteriza por su energía y sobriedad, que contrastan con la apacible belleza de la escultura francesa. Se ha observado que este gusto, que cabe calificar de clásico, es paralelo a las auras renacentistas de la pintura italiana de la época. El amplio desarrollo de la vidriería, para llenar los grandes vacíos de las catedrales góticas, informa el desarrollo de la pintura gótica en Francia y se refleja, incluso, en las miniaturas, de las que constituyen un buen ejemplo las del

"Salterio de San Luis". En Inglaterra, en cambio, las miniaturas siguen la tradición anglosajona, que daría una impronta especial al gótico británico. Acaso el ejemplar más notable sea el "Salterio de la Reina María", de principios del siglo XIV.

Si la verticalidad de la catedral gótica simboliza una plegaria en piedra dirigida hacia el cielo, las vidrieras completaban el templo, al iluminar sus naves con una luz que parece venir de otro mundo. "La vidriera, con sus piezas coloreadas unidas con tiras de plomo, se remonta a los tiempos carolingios; su dibujo es el de las telas coptas o bizantinas que se colgaban frecuentemente delante de la abertura de las ventanas para taparlas y que encerraban en círculos escenas religiosas; su técnica es la de la orfebrería *cloisonnée*, reemplazando el oro por el plomo y el graneado por el vidrio" (Mâle).

En España, la arquitectura gótica está representada, principalmente, por las grandes catedrales de Burgos, León y Toledo, en Castilla, y las de Barcelona, Zaragoza, Gerona, Valencia y Palma de Mallorca, en la Corona de Aragón. La escultura, caracterizada por su naturalismo y elegancia, acusa la influencia francesa. En la pintura sobresale Ferrer Bassa, del que se conservan las pinturas murales de la capilla de San Miguel, en el monasterio barcelonés de Pedralbes.

La música medieval. La más joven de las Bellas Artes, la Música, comenzó a experimentar cambios de importancia en el siglo IX, en paralelismo con el desarrollo de las secuencias y del drama litúrgico. De entonces data la primera música armonizada de que tenemos noticia. Muchos de los cambios introducidos en la notación musical entre 850 y 1100 han sido atribuidos al monje italiano Guido de Arezzo, fallecido en 1050.

En el transcurso de los siglos XI y XII comenzó a florecer la musica profana, de modo particular en Francia y Alemania —trovadores, *minnesänger*—, que acompañaban sus recitales con violas, arpas y cítaras. A partir del año 1200, el Norte de Francia, cuna del gótico, se convirtió en el pricipal centro impulsor de la música religiosa y profana: el órgano experimentó notables modificaciones y los tratadistas relacionados con la catedral de Nuestra Señora de París dedicaron especiales cuidados a los himnos litúrgicos. Recoge los progresos realizados hasta 1250 el *Ars Cantus Mensurabilis*, de Franco de Colonia.

Desde comienzos del siglo XIV se abrió camino la "Ars nova", definida en el tratado del mismo título, escrito en 1325 por Felipe de Vitri. La "Ars nova" implicaba la adopción de nuevos procedimientos rítmicos y de cambios sustanciales en la armonización, y se oponía a la "Ars antiqua" de los tiempos anteriores. Ello motivó varios conflictos con las autoridades eclesiásticas; en 1324, el papa Juan XXII condenó las reformas introducidas por las nuevas orientaciones en el canto gregoriano. Entre los principales tratadistas de la centuria sobresalen el poeta francés Guillermo de Machaut y el compositor italiano Landini. La música comenzó entonces a desempeñar un papel importante en la vida de las sociedades, ya que no sólo era la compañera inseparable de las ceremonias del culto, sino que apenas transcurría una ocasión señalada, una festividad cualquiera sin el complemento musical adecuado. Una persona que regresaba de un largo viaje era recibida con música, y a los visitantes distinguidos se les daba la bienvenida con

cánticos. Los ejércitos iban a la guerra con sus bandas de música. Los cantores y los instrumentos musicales aparecen frecuentemente en la pintura de la época. La música era enseñada en las escuelas, y entre la aristocracia y la burguesía se difundía el estudio del canto y de los distintos instrumentos musicales.

La protección y el estímulo que los músicos encuentran en las capillas palatinas, fundadas por los reyes a semejanza de la que tenían los papas en Roma, dio un gran impulso a la música en el siglo XV. Destacaron, entonces, Inglaterra, Borgoña, el Norte de Francia y Flandes. Dunstable, muerto en 1453, al que se deben varias innovaciones de gran interés, acaudilló la escuela de compositores ingleses, cuya influencia se reflejó muy pronto en la flamenco-borgoñona de Dufay y de Okehem. Con el discípulo de este último, Josquin des Prés, la música de la escuela flamenca alcanzó su momento de mayor esplendor. La semilla fructificó hasta tal punto que, según los especialistas, los compositores neerlandeses del Quinientos apenas tendrían rival hasta la época de Juan Sebastián Bach.

Los contactos con las culturas orientales. En capítulos anteriores, al estudiar la renovación cultural del Occidente europeo en los siglos XI y XII, examinamos el intercambio científico con las culturas orientales. Ello se refleja en todos los dominios. La Universidad bizantina ejerce una inspiración clara sobre los moldes en que se crean las del mundo occidental. Los géneros literarios de Occidente, principalmente franceses, penetran en Oriente por los núcleos de Chipre y de Siria. El gótico, por ejemplo, se difunde por las islas mediterráneas y el Asia Menor. El *Crak de los Caballeros*, calificado de la mayor fortaleza del mundo feudal, atestigua la presencia en Siria del arte militar de Occidente.

La influencia es continua del Oriente al Occidente y a la inversa. Ya nos referimos al papel de España, a través de la Escuela de Traductores de Toledo, como transmisora al Occidente de la cultura clásica, que conocía por los árabes. El "descubrimiento" de Aristóteles suscitó el tomismo y, luego, el averroísmo, cuando se estudió el aristotelismo sin una expurgación previa de sus ideas difíciles de conciliar con la religiosidad occidental.

La Península Ibérica, ocupada por la cristiandad y el Islam fue un ámbito propicio para tales intercambios. Américo Castro, en un libro ya famoso, *La realidad histórica de España*, ha sostenido que las características diferenciales hispánicas, respecto de los demás países del Occidente europeo, radican, precisamente, en el hecho de haber sido el país, durante la Edad Media, una especie de crisol en el que se elaboró el sincretismo hispano-islámico-judaico. Esta tesis ha suscitado entusiasmos y críticas, entre ellas, la del maestro de los medievalistas españoles, don Claudio Sánchez Albornoz –*España, un enigma histórico* (Buenos Aires, 1957) quien opina que las diferencias aludidas se deben a la Reconquista y la repoblación, que implicaron la falta de feudalismo y de burguesía–; pero no puede negársele el mérito de haber planteado una problemática del mayor interés.

Uno de los defensores más conspicuos de la "amalgama" intelectual en el siglo XIII fue Federico II en su reducto siciliano, punto de contacto entre las dos porciones de la Cristiandad, la bizantina y la occidental, y el Islam. El emperador

hablaba el alemán, el italiano, el latín, el francés, el griego y el árabe. Fomentó en lo posible la fusión de razas, a base de los matrimonios mixtos, y se mostró siempre atraído por la ciencia musulmana. En 1224 creó la Universidad de Nápoles, mientras impulsaba el desenvolvimiento de la famosa Escuela de Medicina de Salerno, cuyo profesorado estaba constituido por médicos musulmanes. Arabes y judíos fueron, también, los profesores de la Escuela de Medicina de Montpellier. Uno de los protegidos por Federico II, el astrólogo Miguel Scot, tradujo varias obras por encargo del emperador.

Si el contacto estimuló el desarrollo de las tres civilizaciones que se encontraban en aguas del Mediterráneo, en cambio, las relaciones fueron más precarias y difíciles entre el Occidente y el Asia oriental. El contacto, sin embargo, existió, gracias a la navegación litoral, a los caminos de caravanas y, sobre todo, a la unificación asiática por los mongoles. En ello desempeñó un papel importante, como enlace entre Europa y Asia, el Khanato mongol del Sur de Rusia. Nos hemos referido ya a los viajes de los enviados occidentales a China, que culminan en la prodigiosa aventura de Marco Polo. El cristianismo penetra profundamente en el corazón del continente amarillo con las misiones franciscanas. Ello implica, a su vez, el abandono definitivo de la idea de Cruzada, sustituida por la tentativa de convertir a los tártaros al cristianismo. Esta empresa se vincula a la extraordinaria actividad del mallorquín Ramón Llull.

El programa de Ramón Llull constituyó uno de los objetivos del pontífice Juan XXII, quien impulsó las misiones en los confines periféricos de la Cristiandad. A comienzos del siglo XIV, los franciscanos habían logrado crear varias comunidades cristianas en Asia. El arzobispo de Pekín, Juan de Montecorvino, propagó el cristianismo por tierras del Extremo Oriente.

En los últimos tiempos medievales fueron muy escasas las aportaciones del pensamiento oriental al acervo de Occidente. Los asiáticos que llegaron a Europa no aportaron ninguna novedad y fueron asimilados rápidamente.

Por lo que atañe a la introducción de novedades de orden práctico, parece que durante las Cruzadas los cristianos aprendieron de los musulmanes el empleo de las armaduras, la ballesta, la trompeta y el tambor. La irrigación y las obras hidráulicas pasaron, asimismo, de los musulmanes a los occidentales en sus principales puntos de contacto: Asia Menor y España. Desde el siglo XIII, el Occidente importó sedas y tejidos procedentes de Oriente.

De China proceden, probablemente, el papel —por mediación de los árabes, para fabricarse, primero, en España y en Italia del Sur—, la pólvora y la brújula. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que un hallazgo científico o técnico logrado en ámbitos distintos, no supone siempre un intercambio o una imitación.

BIBLIOGRAFIA

Sobre **el siglo XIII** en su conjunto destaca la síntesis de L. GENICOT, *Europa en el siglo XIII*, Barcelona, 1976.

Para la **economía**, la **sociedad** y las **instituciones**: L. GENICOT, *Sur les temoignages d'accroissement de la population en Occident du XI au XIII siècle*, "Cahiers d'Histoire Mondiale", I (1953); J. C. RUSSELL, *British Mediaeval Population*, Nuevo México, 1948; R. REINHARD, *Histoire et demographie*, "Revue Historique", 203 (1950). Una visión

de conjunto, al día, sobre la demografía medieval en la ponencia de CIPOLLA, DHONDT, WOLFF y POSTAN, en el Congreso de Ciencias Históricas de París (1950); R. S. LOPEZ, *Majorcans and Genuese on the North Sea in the XIII Century*, "Revue belge de Phil. et d'Hist.", 29 (1951); E. H. BYRNE, *Genoese Shipping in the Twelfth and Thirteenth centuries*, Cambridge, 1930, A. SAPORI, *Le compagnie italiane in Inghilterra*, "Moneta e Credito", 12 (1950); A. DUPONT, *Les relations commerciales entre les cités maritimes de Languedoc et les cités méditerranènnes d'Espagne et d'Italie du X au XIII siècle*, Nimes, 1942; G. RAMBERT, *Histoire du commerce de Marseille*, 1949-1951. 3 vol.; R. S. LOPEZ, *Settecento anni fa: il ritorno all'oro nell'occidente duecentesco*, "Rivista Storica Italiana". 1953; A. LOEHR, *Oesterreichische Geldgeschichte*, Viena, 1946; J. V. NEF, *Mining and Metallurgy in medieval Civilisation*, en "Cambridge Economic History", II; E. A. KOSMINSKIJ, *Etude sur l'histoire agraire de l'Anglaterre au XIII siècle*, Moscú, 1947; POSTAN, *The famulus, the estate labourer in the 12th. and 13th. centuries*, Cambridge, 1954; PEYER, *Zur Getreidepolitik Oberitalienischer Städte im XIII Jahrhundert*, Viena, 1950; P. S. LEICHT, *Operai, artigiani, agricoltori in Italia dal secolo V al XVI*, **Milán, 1946; F. RÖRIG,** *Hansische Beiträge zur deutschen Wirtschaftsgeschichte*, Breslau, 1928; M. WETKI, *Studien zum Hanse-Norwegen Problem*, "Hansische Geschichtsblätter", 70 (1951); R. PAGEL, *Die Hanse*, Oldemburg, 1942; A. SAPORI, *Le marchand italien au Moyen Age*, París, 1952; THRUPP, *The merchant class of medieval London, 1300-1355*, Londres, 1948; J. LESTOCQUOY, *Patriciens du Moyen Age. Les dynasties bourgeoises d'Arras du XI au XV siècle*, Arras, 1945; J. LESTOCQUOY, *Aux origins de la bourgeoisie. Les villes de Flandre el d'Italie sous le gouvernement des patriciens: XI-XV siècles*, París, 1952; R. DE ROOVER, *Money banking and credit in mediaeval Bruges. Italian merchant Bankers, Lombards and money changers. A study in the origin of banking*, Cambridge, 1948; del mismo, *The Medici Bank. Its organisation, management, operations and declive*, Nueva York, 1946; POSTAN, *Trade and Industry in the Middle Ages*, 1952, es el vol. II de la *Cambridge Economic History*; PETIT-DUTAILLIS, *Les communes françaises. Caractère et evolution des origines au XVIII siècle*, París, 1947; H. PLANITZ, *Die deutsche Stadt im Mittelalter von der Römerzeit bis zu den Zunftkämpfen*, 1954; H. VAN WERVEKE, *Bruges et Anvers*, Bruselas 1944; R. DOCHAERD, *L'expansion économique belge au Moyen Age*, Bruselas, 1946; HIGOUNET, Ch. *La grange de Vaurelent. Structure et exploitation d'un terroir cistercien de la plaine de France, XII-XIVe siècles*, París, 1965.

Sobre las **monarquías de Occidente** en esta época, véase: A. R. MYERS, *England in the late Middle Ages (1307-1536)*, Londres, 1952; S. B. CHRIMES, *An introduction to the administrative history of Medieval England*, Oxford, 1953; S. K. MITCHELI, *Taxation in Medieval England*, New Haven, 1951; B. WILKINSON, *The constitutional history of Medieval England, 1216-1399*, Londres, 1952, 2 vols. F. THOMPSON, *"Magna Carta". Its role in the making of the English Constitution: 1300-1629*, Minnesota, 1948; E. POWER, *The Wool Trade in English Medieval History*, Oxford, 1941; J. R. STRAYER, *Laicisation of French and English Society in the XIIIth. Century*, "Speculum", XV (1940); E. PERROY, R. DOUCET y A. LATREILLE, *Histoire de la France. I. Des origines à 1789*, París, 1950; CLAPHAM, J., *A concise history of Britain*, Cambridge, U. P., 1966.

Para **España**, en el siglo XIII, véanse las obras ya citadas, a las que puede añadirse la *Historia económica* de J. VICENS VIVES (Barcelona, 1959). Cuantas referencias se deseen sobre el movimiento bibliográfico, en *Bibliografía histórica de España e Hispanoamérica* (Indice Histórico Español), Barcelona, a partir de 1953. Pueden verse, en especial, además de las obras ya citadas en la pág. **142**, las siguientes: A. H. DE OLIVEIRA MARQUES, *A população portuguesa nos fins do seculo XIII*, en "Revista da Faculdade de Letras", Lisboa, 1958, núm. 2; F. SOLDEVILA, *Pere el Gran. Primera part: l'Infant*, Barcelona, 1950-1958, 3 vols.; J. GONZALEZ, *Alfonso IX*, Madrid, 1944, 2 vols.; y del mismo, *Regesta de Fernando II*, Madrid, 1943; UBIETO, A. *Ciclos económicos de la Edad Media española*, Valencia, 1969.

Sobre la **crisis del dominium mundi**: G. DE VERGOTTINI, *Studi sulla legislazione imperiale di Federico II in Italia. Le leggi del 1220*, Milán, 1952; K. HAMPE, *Deutsche Kaiser-Geschichte in der Zeit der Salien und Staufen*, Leipzig, 1929; J. DIEFFENBACHER, *Deutsches Leben im XII und XIII Jahrhunderte*, Berlín, 1914; R. FOLZ, *L'idée d'empire en Occident du V au XIV siècle*, París, 1953; F. BERNINI, *I comuni italiani e Federico II di Svezia. Gli inizi: 1212-1219*, Reggio, 1950; NASSALI-ROCCA, *Federico II*, Brescia, 1948; G. M. MONTI, *Lo stato normanno-svevo. Lineamente e ricerche*, Trani, 1945; VITALE, *Guelfi e Ghibellini a Genova nel Duecento*, "Rivista Storica Italiana", 1948; B. GEBHARDT, *Frühzeit und Mittelalter*, tomo I del *Handbuch der deutschen Geschichte* (8.ª edición), 1954; P. RASSOW, *Deutsche Geschichte im Ueberblick*, 1953; A. C. SHANNON, *The pope and heresy in the 13th. century*, 1949.

Para **Bizancio y las últimas Cruzadas**: R. LEE WOLFF, *Romania: the latin Empire of Constantinople*, "Speculum", 1948; J. LONGNON, *L'Empire latin de Constantinople et la principauté de Morée*, París, 1949; H. HABASHY, *L'expedition de St. Louis en Egipte et en Syrie*, El Cairo, 1949; A. STENDER PETERSEN, *Das problem der ältesten byzantinischrussisch - nordischen Beziehungen*, "X Congreso Internacional de Ciencias Históricas", vol. III (Relazioni), Florencia, 1955.

Sobre la **unificación de Asia por los mongoles**: R. GROUSSET, *L'empire des steppes*, París, 1939; del mismo, *L'Empire mongol*, París, 1941; J. BARCKHAUSEN, *L'Empire jaune de Genghis-Khan*, París, 1935; B. VLADIMIRTSOV, *Gengis-Khan*, París, 1948; del mismo, *Le régime social des Mongols*, París, 1948; L. HAMBIS, *Gengis-Khan*, París, 1973; A. C. MOULE, *Christians in China before the Year 1550*, Londres, 1930; P. PELLIOT, *Les Mongols et la Papauté*, "Revue de l'Orient chrétien" (1922-1931).

Para el clasicismo del Occidente medieval: L. HALPHEN, *Les Universités au XIII siècle*, "Revue Historique", CLXVI y CLXVII (1931); J. CRUZERILLE, *Les mistiques allemands du XIII au XIX siècle. Les écoles et l'enseignement*, Ottawa, 1933; R. LANE POOLE, *Medieval throught and learning*, Londres, 1932; F. VAN STEENBERGHEN, *Aristote en Occident*, Lovaina, 1946; F. CALASSO, *Gli ordinamenti giuridici del rinascimento medievale*, Milán, 1948; E. R. CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media latina*, México, 1976; A. C. CROMBIE, *Robert Grosseteste and the origins of experimental science: 1100-1700*, Oxford, 1953; G. SARTON, *Introduction to the History of Science*, Baltimore, 1948; E. ERMINI, *Storia della Università di Perugia*, Bolonia, 1947; CALCATERRA, *Alma mater studiorum. L'Università di Bologna nella storia della cultura e della civiltà*, Bolonia, 1948; P. KIBRE, *The nations on the mediaeval Universities*, Cambridge, 1948; HAUSER, A., *Historia social de la literatura y del arte*, Madrid, 1964.

TERCERA PARTE

La época de la gran depresión

I

SOCIEDAD, ECONOMIA E INSTITUCIONES

Consideraciones generales. En el primer cuarto del siglo XIV se puso de relieve la ruptura del equilibrio majestuoso a que había llegado la plenitud europea de la centuria anterior. Entonces dio comienzo una larga etapa de profundas perturbaciones, que se prolongaron hasta fines del siglo XV. Las mentalidades sociales, las creencias religiosas, el espíritu científico, las estructuras económicas y las formas políticas experimentan profundas transformaciones. Los aspectos más salientes de la crisis a que nos referimos —que los especialistas designan con los nombres de "La catástrofe", "Los tiempos difíciles", "La época de la gran depresión"— consisten en las grandes epidemias (peste negra, por ejemplo), la guerra de los Cien Años, la embestida otomana en el Próximo Oriente y el repliegue de la Cristiandad, y los males de la Iglesia, en particular el Cisma de Occidente.

La crisis del Pontificado y de la Iglesia en los siglos XIV y XV debilitó su posición en los espíritus y contribuyó a la ruina de la unidad cultural europea. Como escribe Genicot, la Edad Media, heredera de San Agustín, cultivó una gran ambición: ordenar la ciudad terrestre a la "civitas Dei" y dar con ello unidad y estabilidad a la primera. "Al precio de un gran esfuerzo proseguido durante siglos, hubo un momento en que el ideal pareció realizado. Santo Tomás, los maestros de Amiens, Dante, construyeron la síntesis cristiana que el Medioevo se propuso edificar." Sin embargo, a partir de 1300 el esfuerzo se relaja. Un número creciente de sabios, artistas y literatos se muestran rebeldes a toda disciplina y reivindican su libertad creadora. La unidad clásica del siglo XIII se rompe. Cuna del ockamismo, con su pleno contenido nominalista e individualista, la Universidad de Oxford asume, con la de Praga, la responsabilidad de encauzar la Teología por las vías del reformismo. Los Países Bajos comparten, con Borgoña e Italia, la tarea de dirigir la escultura y la pintura por el camino del realismo. Bajo la égida de la Iglesia, guía de la razón e inspiradora de las artes, los siglos XII y XIII aspiraron a ordenar las ciencias en torno de la teología, y las técnicas, de la arquitectura. El poderoso despliegue del individualismo hizo que la Edad Media acabara en la diversidad. Sin embargo, en frase de Genicot, "mientras exista una civilización occidental y una Iglesia cristiana, la Edad Media, que engendró a la primera y se inspiró en la segunda, permanecerá viva"

El XIV fue un siglo inquieto y crítico. En sus comienzos, Felipe el Hermoso de Francia se enfrentó con el papa Bonifacio VIII y los ataques contra los Vicarios de Cristo se sucedieron periódicamente. En tales ataques pueden bucearse los orígenes de la Reforma. En parte, el nacionalismo inspiró la tendencia crítica de Dante, Marsilio de Padua, Guillermo de Ockam, Wyclef y Huss. A mediados de la centuria comenzó la guerra de los Cien Años y Europa fue diezmada por la peste negra. Francia abdicó la hegemonía cultural ante Italia –el pintor Giotto, el músico Landino, los escritores Dante, Petrarca y Boccaccio– e Inglaterra –poesía de Chaucer, filosofía de Ockam, ideas reformistas de Wyclef y de los lolardos, música de Dunstable.

El siglo XV presenció el fin de la guerra de los Cien Años y la afirmación de las monarquías autoritarias. El Papado, superado el "cautiverio de Babilonia", el Gran Cisma y el movimiento conciliar, gozó de un período de tranquilidad, precursor de la tempestad de la Reforma. Los progresos de la secularización y del clasicismo se afirman día a día. Con la figura de Leonardo da Vinci –un florentino como Dante, Petrarca, Boccaccio, Giotto y Landino– Italia produce el genio científico más poderoso de Europa. El desarrollo del Renacimiento italiano es paralelo al esplendor gótico en el Norte de los Alpes. Van Eyck, Villon, los *Meistersingers* alemanes, Josquin des Prés y Tomás de Kempis pertenecen todavía al mundo medieval. Sólo Durero, Erasmo y unas cuantas figuras más acusan la influencia de las nuevas corrientes italianas. Flandes es el gran centro de la pintura nórdica y en la música ocupa un destacado primer plano en Europa.

Lentamente, el tipo de civilización, de agrícola y feudal, se va transformando en urbano, burgués y capitalista. Conviene tener en cuenta, que la transición del mundo medieval al moderno no acaece, propiamente hablando, en la época que estudiamos, sino que sus orígenes radican en los cambios verificados con el despertar de Europa desde el siglo XI. En realidad, a fines del siglo XII la transición aludida ha abierto ya la senda a todas las posibilidades futuras.

Retroceso demográfico. A comienzos del siglo XIV, la población del Occidente europeo, en continuo acrecentamiento desde el XI, invirtió bruscamente la curva demográfica. Es posible que, en parte, el estancamiento y luego el retroceso fueran debidos a una disminución de la natalidad, prueba manifiesta de una menor vitalidad y optimismo. Pero los factores capitales fueron las hambres y las pestes, particularmente crueles en el siglo XIV. A fines del Medioevo se añadió precisamente a la liturgia de las oraciones la nueva invocación: "*A fame, bello et peste, libera nos Domine*".

El hambre de 1315 a 1317 azotó a todo el Occidente europeo, al Norte de los Alpes y de los Pirineos: Yprés, gran centro de la industria pañera flamenca, perdió la décima parte de su población. El hambre, al crear un estado de menor resistencia fisiológica, contribuyó a la difusión y a la virulencia de las epidemias. La más tristemente célebre fue la "peste negra" (1347-1351), traída a Europa por las relaciones comerciales con el Extremo Oriente. Los mongoles contagiaron a los genoveses en Jaffa (Crimea) y un navío genovés trasladó el germen de la infección a Italia, desde donde, en pocos meses, se extendió hasta España, Inglaterra y Escandinavia. Las zonas menos afectadas fueron los Países Bajos, el Este de

Franconia, Bohemia y Silesia. Entre 1348 y 1374, Inglaterra perdió el 40 por 100 de su población —de 3 750 000 habitantes a 2 250 000. Pérdidas semejantes sufrieron Francia e Italia. También fueron virulentas las epidemias de 1360-1363, 1371-1374, 1381-1384, 1400, etc. Al parecer, el retroceso demográfico continuó durante la primera mitad del siglo XV. Dado el estado actual de nuestros conocimientos, es prematuro generalizar. En las postrimerías del Cuatrocientos, el cambio de coyuntura, al crear condiciones más favorables, hizo posible un aumento sensible en la población del Occidente europeo.

La economía: a) la fase de contracción. Desde comienzos del siglo XIV, la economía del Occidente europeo, en continuo progreso a partir del año 1000, entró en un período, si no de contracción, al menos de clara estabilización. La raíz de este fenómeno hay que buscarla en un "estado de saturación", cuyos efectos fueron agravados por falsos remedios. La producción no aumenta porque no lo exige la demanda. La industrialización ha ocupado las zonas idóneas. En el Occidente, la población invierte el sentido de la curva demográfica y más allá del Elba ha cesado la expansión colonizadora y mercantil que había llevado a los campesinos alemanes a las tierras eslavas y a los comerciantes hasta el corazón de Rusia.

Hacia 1350, la estabilización ha cedido el paso a la contracción, a un largo período de desequilibrio económico que con sus variantes regionales se prolongó hasta fines del siglo XV. El retroceso demográfico, a que antes nos hemos referido, la atonía en el mundo de los negocios y el estancamiento financiero, presiden la aludida fase de depresión. El descenso de la producción agrícola, la escasez de mano de obra y la inmovilización de capitales coinciden con la presión otomana en Oriente y una serie de guerras en mares y tierras —la de los Cien Años— que obstaculizan seriamente la vida industrial y mercantil. En las crisis consiguientes hay desequilibrios muy marcados entre la oferta y la demanda, se suceden las malas cosechas, escasean los víveres y se desorganiza la vida económica, ya que la gente reserva su dinero para lo indispensable. Los precios agrícolas se hunden y la falta de brazos impone el alza en los salarios. Las guerras exigen impuestos y la adopción de medidas inflacionistas, que a su vez provocan las consiguientes desvalorizaciones monetarias.

Al lado de la depresión económica, los conflictos sociales, que estudiamos más adelante, y la aparición de doctrinas comunizantes. El flamenco Van Maerlant escribe en sus *Wapene Martijn*: "Hay dos palabras funestas en el mundo: *mío* y *tuyo*. Si pudieran ser suprimidas, en todas partes reinarían la paz y la concordia. Todos, hombres y mujeres, serían libres y ya no habría esclavos. Todo sería común, el pan como el vino... Los bienes abundan; es indispensable transformarlos en propiedad comunal y que los pobres se aprovechen de ellos. Así cesarían todas las guerras y el alma se purificaría del pecado".

Si bien las variantes regionales imponen mucha cautela a la hora de formular conclusiones de carácter general, los especialistas (J. Vicens Vives, refiriéndose concretamente a Cataluña) distinguen los siguientes períodos durante la centuria en que la contracción económica fue más intensa: desencadenamiento de la crisis económica general (1380-1420), ligeros síntomas de recuperación (1420-1445),

fase aguda de la depresión (1445-1455) y etapa de inmovilización deflacionista (1455-1490).

Por su potencialidad financiera lograron zafarse de la crisis general las ciudades que habían logrado tesaurizar las riquezas derivadas de la expansión del siglo XIII. A fines de la Edad Media las grandes potencias económicas de Europa son las ciudades de los Países Bajos, del Báltico y de Italia. Como escribe Genicot, intermediaria obligada entre Oriente y Occidente, rebosante de capitales y hábil en manejarlos, Italia conserva una indiscutible hegemonía económica en los siglos XIV y XV. Pero su ruina se prepara por la penetración turca en Oriente y los grandes descubrimientos geográficos, que inauguran la era de la economía atlántica.

La economía: b) el cambio de coyuntura. En las postrimerías del siglo XV, el Occidente europeo vuelve a encontrar su cohesión y su unidad. Las monarquías autoritarias o preeminenciales afirman la posición del Estado, la sociedad encuentra de nuevo un equilibrio jerárquico y la economía experimenta el beneficioso estímulo de la restauración del orden público y las posibilidades de los nuevos mercados. El cambio de coyuntura —de la depresión del siglo XV a la expansión del XVI, condicionada en gran parte por los grandes descubrimientos geográficos y el aflujo de metales preciosos americanos— se pone de manifiesto por la entrada en una fase de renovación demográfica, económica y social.

Los autores de la época percibieron con toda claridad el fenómeno que apuntamos. Así el francés Claude de Seyssel escribió: "Con las gentes —aumento de población— crecen los bienes, las rentas y las riquezas". En todo caso, a últimos del siglo XV se prefiguran los rasgos de la expansión económica de la centuria siguiente. Al parecer, la novedad más importante consistió en el desarrollo rápido que alcanzaron las explotaciones mineras en la Europa Central a partir de 1460, ya que ello permitió emprender una labor de saneamiento monetario. Como escribe Perroy, "por encima de los nacionalismos económicos y de las fronteras políticas, el Occidente despertó a una economía verdaderamente europea del mismo modo que adquirió conciencia de su civilización renacentista".

Las nuevas corrientes comerciales. Durante el siglo XIV y comienzos del siglo XV se crearon nuevas corrientes comerciales y se desarrollaron o transformaron las que ya mencionamos al ocuparnos del esplendor medieval del siglo XIII. En ello jugaron un papel considerable las zonas menos afectadas por la depresión económica. Las ciudades mercantiles de Alemania del Norte, integradas en la Hansa, conocieron su apogeo en el siglo XIV. A las noticias que hemos dado sobre el comercio hanseático, añadiremos que la Hansa, después de una lucha prolongada, logró imponerse a Dinamarca, adueñándose del Báltico y de los estrechos —paz de Stralsund, 1370.

En la misma época adquirió notable importancia el desarrollo económico del Sur de Alemania y de los países danubianos —industria textil, metalúrgica, minera (producción argentífera en Bohemia). Augsburgo, Nuremberg, Ratisbona, Ulm y Viena se beneficiaron de esta actividad. Los mercaderes de Nuremberg exportaron géneros hacia el Oeste —Colonia, ferias renanas y del Ródano, Londres— el

Norte –Lubeck– y el Este –Rusia–. En el Mediterráneo, Venecia continuó siendo la conexión entre el espacio hanseático y el oriental.

Hasta fines del siglo XIV las ciudades italianas se beneficiaron, para su comercio con el Extremo Oriente, de las facilidades dadas por la dominación mongol en Asia. A fines de la centuria, los progresos de los turcos en Asia Menor dificultaron seriamente los contactos con Oriente por la vía de Trebisonda. Las factorías genovesas y venecianas en Crimea permitieron mantener un comercio activo con el Sur de Rusia y parte del Asia Central, y las del Archipiélago y Egipto, con los restantes ámbitos asiáticos, a condición de valerse de los intermediarios otomanos. Las factorías del Africa del Norte –reinos de Túnez y de Tremecén, donde desembocaban las rutas del oro procedentes del Sudán– jugaron asimismo un papel importante en el comercio exterior de las ciudades italianas. Destacaron, entre éstas, Siena, Lucca, Prato, Venecia, Génova, Milán y Florencia. Florencia convirtióse en potencia marítima por la anexión de Pisa en 1406 y la de Liorna en 1421.

En la segunda mitad del siglo XIV se incrementaron los contactos entre los hombres de negocios italianos –genoveses, principalmente– con la Península Ibérica: el Mediterráneo occidental proporcionaba el acceso al Atlántico, la gran vía de comunicación con los focos del Noroeste europeo. El desarrollo de las relaciones marítimas a través del Atlántico entre el mundo mediterráneo y el del Mar del Norte constituyó la transformación más profunda que se produjo en la estructura del comercio internacional durante el siglo XIV. La ruina progresiva de las ferias de Champaña quedó subsanada por el desarrollo de las comunicaciones terrestres entre Italia y el Noroeste de Europa por el San Gotardo. Rutas marítimas y terrestres convergen hacia Londres y Brujas. Los progresos en la técnica mercantil –letra de cambio, contabilidad por partida doble– facilitaron el desarrollo del gran comercio y redujeron los efectos de la depresión económica.

El comercio hanseático continuó siendo importante en el siglo XV: Danzig alcanzó entonces su mayor interés como foco de exportación de cereales hacia el Occidente. Pero la decadencia de la Hansa era inminente. La competencia inglesa y la holandesa, las vicisitudes escandinavas, los conflictos con la Orden Teutónica y, sobre todo, la sumisión de Novgorod –factoría principal de su comercio con Rusia– al príncipe de Moscú, Iván III, la hicieron inevitable.

En el Occidente europeo, además de la actividad de los hombres de negocios italianos, ya referida, cabe destacar la creciente importancia de las exportaciones laneras de la rica cabaña castellana hacia Brujas, así como el auge adquirido por las ferias de Lyon, apoyadas por la monarquía francesa. Gran interés ofrece el comercio marítimo normando –lanas inglesas, vino de Borgoña, pescado de Dieppe, hierro español–. Amberes adquirió gran relieve por sus exportaciones de paños británicos.

En el transcurso de la segunda mitad del siglo XV, dos acontecimientos capitales, las conquistas turcas y los grandes descubrimientos geográficos, implicaron cambios substanciales en la orientación de las grandes corrientes comerciales. La expansión otomana eliminó progresivamente de la Europa oriental y de Asia a la mayor parte de los establecimientos genoveses y florentinos. Venecia, en cambio, gracias a su autoridad en Creta y a su protectorado sobre la

isla de Chipre, mantuvo contactos considerables con el Próximo Oriente musulmán, en particular con Egipto y Siria. En todo caso, el dominio turco sobre el comercio con Asia fue absoluto y, en consecuencia, Italia perdió, en la segunda mitad del siglo XV, el lugar preponderante que hasta entonces había ocupado en el gran comercio internacional.

Escapa ya del marco de este libro la consideración de los grandes descubrimientos geográficos. Como antes hemos indicado, ellos abrieron las rutas del Atlántico y del Indico y contribuyeron a arruinar la posición privilegiada que en el mundo de las relaciones mercantiles disfrutaban las ciudades italianas.

La inquietud social en el campo. Desde comienzos del siglo XIV, el despliegue del individualismo y la difusión del Derecho romano habían precipitado la evolución hacia la explotación individual del suelo agrícola. Haciéndose perpetuo, el estatuto de la tierra había implicado la servidumbre; por el contrario, al transformarse en temporal –arrendamientos a plazo– hizo libres a las clases rurales. En 1315, Luis X de Francia dictó una célebre ordenanza declarando libres a todos los siervos de la corona y poco después invitó a todos los señores a que hicieran lo mismo en sus dominios.

Al incidir la depresión económica en el campo –los especialistas señalan que ésta afectó particularmente a la agricultura y a los labradores– se planteó una aguda crisis social. En efecto, los propietarios, nobles, eclesiásticos y burgueses, impulsados por el racionalismo económico, procuraron sacar el mayor beneficio de sus fincas, en el momento en que la desaparición del régimen señorial, excluyendo al cultivador de la solidaridad dominical preexistente, le abandonaba a sus propias fuerzas para resistir la crisis agraria. El antiguo siervo había logrado la libertad; pero se encontraba aislado y sin recursos en un mundo que apenas le ofrecía posibilidad de ganarse la vida. La lucha social entre ricos y pobres, entre propietarios y los que nada poseían, era inevitable.

En 1324 estalló la revuelta de los *kerels* en la región marítima de Flandes. Los campesinos rehusaron pagar los derechos a los señores y los diezmos a la Iglesia, y organizados en bandas armadas, impusieron su voluntad por el terror hasta que fueron derrotados en la batalla de Cassel (1328). Un movimiento similar fue la *jacquerie* en Francia, que azotó la comarca de la Vendée a partir de 1357. En 1381 estallaron violentos conflictos rurales en Inglaterra y por la misma época se planteó la cuestión de los payeses de remensa en Cataluña, que no se solucionaría hasta una centuria después, durante el reinado de Fernando el Católico –sentencia de Guadalupe, 1486.

Antagonismos sociales en las ciudades. Con la depresión económica estalló en las ciudades el descontento contra las oligarquías urbanas, es decir, contra la gran burguesía que en los siglos XII y XIII había monopolizado los cargos municipales. También aquí la oposición se polariza entre ricos y pobres, entre los "grandes" y los "pequeños". Son muy expresivas las denominaciones "biga" y "busca", propias de los grupos rivales que se enfrentan en la Barcelona del siglo XV. La lucha provoca la reforma de los gobiernos municipales, reservando su parte de intervención a cada una de las grandes agrupaciones en que se dividía la

población: la alta burguesía, los pequeños gremios y los artesanos de la industria textil. Desde fines del siglo XIV surgen los "gremios de compañeros", es decir, las asociaciones profesionales de los más débiles, a los cuales la fosilización del gremio impedía alcanzar la categoría de maestro. Se trata, en definitiva, de una lucha de los artesanos contra los patronos.

Como escribe Henri Pirenne, tales fenómenos revelan un antagonismo económico y social en el seno de las ciudades. Pero el orden establecido era lo suficientemente poderoso para zafarse de la presión de los artesanos y de los obreros libres. No hubo, por otra parte, conjunción de miras entre los revolucionarios de la ciudad y los del campo, pertenecientes a dos mundos distintos. Los príncipes y la nobleza acudieron en ayuda de los que se sentían amenazados: grandes mercaderes, rentistas de la alta burguesía y maestros-artesanos. Durante el siglo XV la oleada comunizante e igualitaria, surgida en la centuria anterior, se estrellaría contra la coalición fatal de todos los intereses que había unido. En frase de Henri Pirenne, "las perturbaciones sociales y las tendencias comunistas amedrentan a todos aquellos que tienen algo que perder y les echan en brazos del poder soberano, del príncipe, a quien consideran como su único refugio; los mismos artesanos, amenazados por los compañeros, hallan en aquél su protector, por el hecho de encarnar el principio del orden"

Proteccionismo, capitalismo y mercantilismo. El sistema corporativo urbano, dominado por el gremio, impuso un exclusivismo económico, con proteccionismo cerrado para evitar la competencia. Ello agravó, por ejemplo, la crisis agraria, al oponerse a la creación de industrias rurales, impidiendo a los labradores ganarse un salario suplementario con el trabajo industrial a domicilio. También entró en conflicto con el naciente capitalismo moderno, simbolizado en las empresas del famoso hombre de negocios francés Jacques Coeur. El impulso capitalista de las postrimerías del Medioevo se revela por indicios que demuestran su vigor. Pirenne recuerda que el tipo de interés, que en general se había mantenido entre el 12 y el 14 por 100, baja, desde comienzos del siglo XV, al 10 y al 5 por 100. La aceptación de las letras y el protesto perfeccionan el funcionamiento del crédito. En Génova, la *Casa di San Giorgio*, fundada en 1407, parece haber sido el primer establecimiento bancario de los tiempos modernos, y se ha podido comparar la cotización de sus acciones, por su importancia e influencia sobre la situación financiera, con la de los "consolidados" ingleses de los siglos XVII y XVIII. Otros establecimientos bancarios famosos fueron el *Centurioni*, de Génova; el *Soranzo*, de Venecia, y el *Medici*, de Florencia.

Durante el siglo XIV, en que el proteccionismo urbano llegó a su apogeo, la depresión hizo que los poderes públicos anunciaran la dirección de la economía con el mercantilismo. Los Estados se inspiraron en el ejemplo de las ciudades, y, en el fondo, su política consistió en la extensión del proteccionismo urbano por todo el ámbito de su jurisdicción territorial. De este modo se inicia la evolución que a la postre, rompiendo con el internacionalismo medieval, impregnará a los Estados, unos frente a otros, de un particularismo tan exclusivo como lo fue el de las ciudades durante siglos. Así comienza la política mercantilista, cuyos primeros indicios se revelan en Inglaterra desde mediados del siglo XIV.

El autoritarismo monárquico. En el transcurso de las crisis de los siglos XIV y XV, se destruye el equilibrio institucional de la época gótica y la monarquía va en busca de dos objetivos fundamentales: la unificación del poder político y la centralización. La debilitación de las estructuras feudales y municipales es paralela al despliegue del poder central del rey y a la afirmación del autoritarismo monárquico.

Entonces comienza a formularse una doctrina concreta de la monarquía, al mismo tiempo que se precisa una especie de Constitución consuetudinaria. Los verdaderos creadores de una doctrina de la realeza en el siglo XIV fueron los legistas, influenciados por el Derecho romano. Los legistas emprenden una lucha sistemática contra los poderes que obstaculizaban la tendencia autoritaria de los reyes: la Iglesia, el Imperio y el feudalismo. Afirman el carácter soberano del monarca: "el rey es emperador en su reino". En general puede afirmarse que del rey dependen todos los poderes, todas las autoridades, todas las decisiones. Este principio fue la conquista monárquica del siglo XIV.

Conviene tener en cuenta que la administración territorial y local es una pieza esencial de la centralización: a mayor centralización se hace indispensable una administración numerosa y especializada. Ello es paralelo a la tendencia a la reunión de poderes en manos del rey, a la organización del poder financiero en beneficio de la monarquía y a la tendencia hacia la unificación del poder militar. En este último aspecto recordemos que al lado de las mesnadas feudales, el monarca constituye un ejército nacional, que le asegura una independencia cada vez más creciente.

Las grandes líneas que acabamos de señalar caracterizan la trayectoria de las monarquías occidentales. Como veremos, el autoritarismo se afirma en Francia con los reinados de Carlos V, Carlos VII y Luis XI, y en Inglaterra con Enrique VII Tudor, después de la guerra de las Dos Rosas. Por lo que se refiere al Sacro Imperio, si bien la Bula de Oro de Carlos IV (1356) dio a la monarquía alemana una estabilidad desconocida hasta entonces, en cambio nada logró en el camino de la integración del país: el mosaico alemán adquirió caracteres legales de permanencia. El poder, tanto real como imperial, continuó siendo una pura mística y su valoración efectiva dependió del prestigio de su titular.

II

LA CRISIS DE LA IGLESIA: LOS PAPAS DE AVIGNON, EL CISMA Y EL TRIUNFO DE LA POLITICA MONARQUICA DE LA SANTA SEDE

El planteamiento de la crisis. Varios acontecimientos escalonados de 1291 a 1303, inauguran un nuevo período en la historia de la Iglesia. En 1291, la caída de San Juan de Acre, último reducto latino en Palestina, selló el fracaso final de las Cruzadas. Tres años después, la elección de Pedro de Morone –Celestino V– para la silla pontificia mostró la fuerza adquirida por las corrientes espirituales difundidas por el franciscanismo; y la insólita renuncia de aquel pontífice a la tiara a los pocos meses puso de relieve la importancia adquirida por la administración eclesiástica –incompatible con el idealismo de Celestino V– y por el Sacro Colegio en el gobierno de la Iglesia. En 1303, el brutal asalto contra Anagni de los Colonna y de Guillermo de Nogaret, y la citación de Bonifacio VIII por el rey de Francia, Felipe el Hermoso, ante un Concilio general para responder de la acusación de herejía, afecta a la misma estructura del gobierno de la Iglesia y pone de relieve la intromisión de la ideología laica en las cuestiones eclesiásticas.

Estos hechos demuestran la decadencia del sistema de organización del mundo cristiano, elaborado progresivamente por los Papas a partir de la reforma gregoriana, que culminó en el siglo XIII con la fundación de Universidades y la dirección de la vida espiritual del pueblo por las Ordenes mendicantes. Ante los primeros síntomas de divorcio entre la mencionada organización y la marcha de la civilización occidental a fines del siglo XIII, Bonifacio VIII intentó una reacción doctrinal apoyada en una nueva Cruzada. Pero los reyes de Francia y de Inglaterra, cuyo concurso era indispensable, se preocupaban mucho más de su querella por la Aquitania que de una expedición a Oriente. En estas condiciones, como escribe Yves Renouard, las pretensiones teocráticas que Bonifacio VIII afirmó en la Bula *Unam Sanctam* carecían de eficiencia práctica. Teniendo en cuenta que la Cruzada era indispensable para apoyar la reacción doctrinal, la imposibilidad de ponerla en marcha condenaba previamente al fracaso el programa teocrático de Bonifacio VIII. En consecuencia, no quedaba más que un camino: la adecuación de la organización de la Iglesia a las nuevas condiciones de vida de las sociedades occidentales. Esta fue la tarea llevada a cabo por los papas de Avignon.

El Pontificado en Avignon. A la muerte de Bonifacio VIII, poco después del atentado de Anagni, su sucesor, Benedicto XI (1303-1304), quiso liquidar el pasado mediante una política de conciliación, que apenas tuvo tiempo de ensayar, dado que ocupó menos de un año la silla de San Pedro. Benedicto XI se había establecido en Perusa, ciudad del ducado de Spoleto, en busca de la seguridad que no le brindaba Roma, perturbada por los conflictos que enfrentaban a los Gaetani contra los Colonna.

En el nuevo cónclave, reunido en Perusa, los cardenales se agrupan en dos partidos hostiles: los bonifacianos y los antibonifacianos o defensores de la política de Felipe el Hermoso. Después de once meses de discusiones, la presión de Felipe IV, secundada por el cardenal Napoleón Orsini, se apuntó un resonante triunfo con la elección del arzobispo de Burdeos, Bertrand de Got, que tomo el nombre de Clemente V (1305-1314). El nuevo Papa era un gascón, muy interesado en zanjar las diferencias francobritánicas por el ducado de Aquitania, obstáculo primordial, como ya se ha dicho, que imposibilitaba una nueva Cruzada. Coronado en Lyon, en presencia de Felipe el Hermoso, Clemente V acaba por escoger, como residencia provisional de la curia, el convento de los Frailes Predicadores de Avignon, ciudad del condado venesino que constituía un enclave pontificio en el reino de Francia. A su vez, Avignon era un enclave en dicho condado, posesión de los Anjou de Provenza-Nápoles. Como veremos, el cuarto papa de Avignon, Clemente VI, compró la ciudad a la reina Juana de Nápoles. Las luchas y ambiciones de la aristocracia romana hacían poco deseable la presencia de los papas en la Ciudad Eterna, mientras Clemente V, impuesto por Francia, simbolizaba el tránsito de la teocracia a la tutela del Pontificado por el poder civil.

El equipo de legistas que rodeaba a Felipe el Hermoso, capitaneado por Guillermo de Nogaret, quiso aprovechar a fondo la victoria cosechada con el atentado de Anagni. La debilidad de Clemente V facilitó el proceso de los templarios, resuelto en el concilio de Vienne. Por la bula *Rex gloriae* (1311), se anulan todas las sentencias dictadas por Bonifacio VIII desde 1300. Felipe IV era declarado inocente e incluso Guillermo de Nogaret era defendido de su atentado de Anagni. Bonifacio VIII resultaba culpable no de herejía, sino de obstinación.

El nuevo papa, también francés, fue el obispo de Avignon, Jacques Duèse, elegido después de un cónclave muy prolongado, que tomó el nombre de Juan XXII (1316-1334). Este continuó considerando a Avignon como residencia provisional del Pontificado y se empeñó en restablecer el orden en los Estados de la Iglesia como condición previa para el retorno de la curia a Roma. Para ello se apoyó en la alianza güelfa, constituída a base de los Anjou y Florencia, y decidió combatir a los gibelinos —Milán, Verona, Pisa y Lucca—. En 1319 el Papa nombró al cardenal Bertrand du Poujet jefe de la expedición que debía neutralizar en la Italia del Norte la influencia de los Visconti de Milán y restablecer la autoridad de la Santa Sede en Bolonia y la Romaña.

Al mismo tiempo, Juan XXII consagra sus esfuerzos a la Cruzada; pero, una vez más, el conflicto franco-inglés por la Aquitania, en vísperas del estallido de la guerra de los Cien Años, hace ilusorio cualquier intento encaminado a lanzar contra los turcos las fuerzas coaligadas de la Cristiandad occidental. Por otra parte, el cisma imperial planteado en 1313, a la muerte de Enrique VII, tuvo repercusiones negativas en Italia para la política de Juan XXII. En efecto, Luis de Baviera, consolidado en el Imperio después de la victoria de Mùhldorf, acudió en socorro de Mateo Visconti, y el ejército del legado Bertrand du Poujet tuvo que levantar el sitio de Milán y retirarse en desorden. Luego, la expedición a Roma del emperador Luis de Baviera reforzó al gibelismo italiano, mientras el *Defensor Pacis* de Marsilio de Padua propugnaba que todo el poder de la Iglesia radica en el pueblo cristiano y en el Concilio general, añadiendo que el primado del Papa no era mas

que honorífico y que los reyes tenían a su cargo la inspección de la Iglesia. Luis de Baviera declaró depuesto a Juan XXII e hizo nombrar un antipapa, el franciscano Pietro da Corvara, que tomó el nombre de Nicolás V. Pero tales excesos suscitaron una profunda reacción y Luis de Baviera tuvo que regresar a Alemania.

El güelfismo puede restablecer la situación en Italia del Norte gracias al apoyo de Juan de Bohemia, quien sugirió al Papa la constitución de un reino vasallo en Lombardía; pero una sublevación general arruinó, a la vez, los proyectos de Juan XXII y del rey de Bohemia. La expulsión de Bolonia del legado Bertrand du Poujet implicó la definitiva ruina de la política italiana de Juan XXII (1334).

A pesar de sus esfuerzos para regresar a Roma, la curia pontificia permaneció en Avignon durante los dieciocho años del pontificado de Juan XXII. Desde la ciudad del Ródano, el papa pudo desarrollar, a la vez, una política internacional de altos vuelos y una vigorosa centralización de la Iglesia. Avignon, en efecto, era un excelente punto de contacto entre el ámbito septentrional, cada vez más importante para la Cristiandad, y los focos neurálgicos de ésta: Roma y los Santos Lugares.) Instalando sucursales fijas en la ciudad, las compañías comerciales florentinas hicieron de Avignon una de las grandes plazas mercantiles de Occidente, en las cercanías de las ferias de Beaucaire, Saint-Gilles y Pézenas. Desde 1330, Avignon sustituyó a Marsella –arruinada por el largo conflicto entre los Anjou y la Corona de Aragón por el dominio de Sicilia– como centro económico y bancario de Provenza y de las regiones del valle inferior del Ródano.

Al jurista Juan XXII, que había llegado a sostener proposiciones desconcertantes, como la de que la visión beatífica sólo se alcanzaría después del juicio universal, sucedió el cisterciense, también francés, Jacques Fournier. con el nombre de Benedicto XII (1334-1342). El nuevo papa abolió el nepotismo, hizo importantes definiciones dogmáticas en la bula *Benedictus Deus* y emprendió una serie de reformas en los monasterios, mientras adoptaba un criterio bastante estrecho –en contraste con su antecesor– en lo referente a los graves problemas políticos y administrativos. Reconociendo la imposibilidad de un pronto retorno a Roma, y dándose cuenta de las ventajas que ofrecía la situación de Avignon, este pontífice austero, rigorista y meticuloso transformó en normal la residencia de los papas en la ciudad del Ródano. Para ello inició la construcción de un suntuoso palacio.

Su sucesor Clemente VI (1342-1352) –el arzobispo de Rouen, también francés, Pierre Roger– fue una de las más brillantes personalidades del siglo XIV. Se encontró colocado frente a los tres grandes problemas de la Cruzada, de la guerra franco-inglesa y de las posesiones italianas de la Santa Sede, y como sus predecesores, quiso poner fin al conflicto que enfrentaba a las dos grandes monarquías de Occidente. Le causó un profundo disgusto el desastre de Felipe VI en Crècy (1346), y su intervención fue decisiva en las treguas subsiguientes entre los beligerantes. En cuanto a la Cruzada, Clemente VI consideró que la lucha franco-británica no debía impedir una acción militar en Oriente y que era necesario salvar a toda costa los últimos reductos cristianos en aquel ámbito geográfico: el reino de la Pequeña Armenia y el de Chipre. Si los monarcas no cooperaban, la Cruzada había de organizarse según el modelo de Urbano II, es

decir, bajo la jefatura directa del Papado. Así lo hizo Clemente VI y una expedición organizada por él logró apoderarse de Esmirna en 1344, pero poco después los latinos de Oriente devolvieron la plaza a los turcos a cambio de una paz precaria y de garantías contra la piratería. Clemente VI se indignó, ya que consideraba que un éxito en Oriente ayudaría decisivamente al Pontificado a restablecer su autoridad en la Cristiandad occidental.

Mientras Clemente VI reivindicaba en Italia la política de Juan XXII, entre 1342 y 1346 quebraron casi todas las grandes compañías comerciales y bancarias florentinas, al desencadenarse la crisis a que nos hemos referido en el capítulo anterior. Esta crisis, que afectó a todas las grandes plazas comerciales del Occidente y de los países mediterráneos, pone de relieve, a juicio de Renouard, la solidaridad política y económica de la Cristiandad, también demostrada por el problema de la Cruzada. Todo el Occidente experimenta la sacudida de una grave crisis económica, política y militar, que la epidemia de la peste negra de los años 1348-1351, transformó en una catástrofe física y moral.

En esta atmósfera general de guerras, perturbaciones, ruinas y catástrofes, Roma vióse afectada por las rivalidades nobiliarias de los Orsini y de los Colonna, mientras el partido popular de la urbe encontraba un jefe extraordinario en el notario Cola di Rienzo, quien en mayo de 1347 se proclamó tribuno, intitulándose "por la voluntad de Jesucristo, Nicolás, caballero del Espíritu Santo, severo y clemente, liberador de Roma, celador de Italia, gran amigo del mundo y tribuno augusto". Al usurpar de modo tan manifiesto la autoridad del papa, Clemente VI envió un legado a Roma para condenar a Cola di Rienzo y recuperar el poder en la ciudad.) Las simpatías que antes había sentido por el tribuno, en parte gracias a la amistad entre éste y Petrarca, se habían transformado en abierta hostilidad. En 1348, Cola Di Rienzo fue expulsado de Roma por una violenta reacción de los barones de la ciudad acaudillada por los Colonna y sostenida por la reina Juana de Nápoles.

Tales perturbaciones obstaculizaban gravemente el retorno del Pontificado a Roma. En el momento en que Clemente VI se instalaba en el suntuoso palacio recién terminado de Avignon, después de haber comprado la ciudad a la reina Juana de Nápoles por 80 000 florines, el papa proclamó el Jubileo de 1350, en virtud del cual multitud de peregrinos cristianos se dirigieron a Roma. La peste negra de 1348-1350 aseguró el éxito del Jubileo, ya que mucha gente, cuya vida había respetado la epidemia, quiso postrarse en acción de gracias ante el sepulcro de los Apóstoles. El Jubileo de 1350, que coincide con el apogeo del Avignon pontificio, planteó con toda su gravedad el problema que irritaba a tantos espíritus, sobre todo en Italia: los papas residían en la ciudad del Ródano, mientras Roma era el centro espiritual de la Cristiandad. Si el Pontificado lograba restablecer su autoridad sobre los Estados italianos de la Santa Sede, le sería muy difícil resistir la llamada de Roma. Brígida de Suecia, llegada a la Ciudad Eterna para el jubileo de 1350, permanece en ella esperando el retorno del papa. Su actitud simboliza la esperanza mística de las almas ansiosas del retorno del Pastor junto al rebaño de San Pedro.

El cardenal Albornoz restablece la autoridad pontificia en Italia: regreso de

los papas a Roma. Lemosino como su antecesor, Inocencio VI (1352-1362) –Etienne Aubert, profesor de la Universidad de Tolosa– volvió a los proyectos de reforma monástica de Benedicto XII y, convencido de que era inútil toda tentativa de Cruzada sin el restablecimiento de la paz entre Francia e Inglaterra (objetivo muy problemático), comprendió que la inmediata tarea de la Iglesia debía consistir en recuperar su autoridad sobre las provincias italianas. Contó para ello con la inestimable colaboración del cardenal español Gil de Albornoz, a quien nombró legado en Italia y vicario general en todas las posesiones de la Iglesia.

Empleando un método a la vez guerrero, conciliador y jurídico –promulgación de Constituciones para los distintos territorios–, Albornoz triunfó plenamente, en parte, gracias a la sumisión al papa del emperador Carlos IV de Luxemburgo.

Inocencio VI murió en 1362, después de haber tenido que preocuparse de defender Avignon de la actitud amenazadora de las Grandes Compañías, es decir, de los mercenarios que, al parecer, proyectaban asaltar los tesoros concentrados en la curia pontificia. Su sucesor Urbano V (1362-1370) –Guillaume de Grimoard, prior de San Víctor de Marsella– fue el más piadoso de los papas de su siglo y dedicó su atención preferente a los problemas que consideró esenciales: el de la Cruzada y el de la residencia pontificia. En cuanto al primero –con la conquista de Gallipoli en 1356 los turcos habían puesto el pie en Europa–, los esfuerzos del pontífice resultaron vanos, y por lo que se refiere al segundo, Urbano V decidió trasladar la Sede pontificia a Roma. En octubre de 1367 al encontrar inhabitable el palacio de Letrán, se instaló en el Vaticano. Pero la reapertura de la guerra de Cien Años en 1369 –Urbano V estaba convencido de que la salvación del Oriente cristiano, así como el problema de la unión de las dos Iglesias dependía de la paz entre las dos grandes monarquías de Occidente– decidió al papa a regresar a Avignon, desde donde podía entablar más fácilmente negociaciones con Carlos V de Francia y Eduardo III de Inglaterra. Murió a los tres meses de haber llegado a la ciudad del Ródano (1370).

El nuevo papa, Gregorio XI, también francés (1370-1378) –el cardenal lemosino Pierre Roger de Beaufort–, impulsado por las exhortaciones de Santa Catalina de Siena y teniendo en cuenta la actitud levantisca de Florencia, que se separó de la causa güelfa, trasladó nuevamente la curia a Roma en 1376, dos años antes de su muerte. Al terminar la era de Avignon –la "cautividad de Babilonia", según la expresión de los partidarios de Roma–, el Pontificado entraría en una crisis mucho más grave: el cisma de Occidente.

Avignon y la centralización monárquica de la Iglesia. Es incuestionable que durante la estancia del Pontificado en Avignon recibió un fuerte impulso la trayectoria hacia la centralización general de la Iglesia bajo la autoridad del vicario de Jesucristo. Ello se manifestó en tres aspectos principales: el nombramiento de los beneficiados, es decir, de los clérigos que poseían beneficios eclesiásticos en toda la Cristiandad, el de la percepción de impuestos sobre tales beneficiados y el de la constitución de la Iglesia.

El desenvolvimiento de la fiscalidad pontificia fue, a la vez, causa y efecto de

esta centralización administrativa, y constituyó la obra característica de los papas de Avignon. La fiscalidad pontificia organizóse en función de la Cruzada, Hasta el siglo XIII, el papa y el Sacro Colegio vivían de las rentas de los dominios de la Iglesia, como los reyes y los señores feudales de los suyos respectivos. Inocencio III sentó las bases de la fiscalidad pontificia al instituir la *décima* sobre los beneficios eclesiásticos. Los papas de Avignon, al reservarse la colación de todos los beneficios eclesiásticos, incrementaron de un modo muy considerable los ingresos de la curia pontificia. Los organizadores de la fiscalidad pontificia fueron Juan XXII y su camarero Gasberto de Laval convertido en una especie de ministro de Finanzas de la corte de Avignon. Una vez elaborado el sistema financiero, los ingresos de la Santa Sede se distribuían en las cinco categorías que se reseñan: las rentas de los dominios de la Iglesia, los censos pagados por los reinos cristianos vasallos y por los monasterios e iglesias exentos de la autoridad del ordinario y protegidos por el papa, los impuestos percibidos sobre los titulares de beneficios, los productos de la jurisdicción espiritual de la Santa Sede, y las donaciones, legados y rentas diversas. Conviene tener en cuenta que los impuestos sobre los beneficios eclesiásticos constituían la mitad de las sumas ingresadas en las arcas del tesoro apostólico. En consecuencia hubo un estrecho paralelismo entre la centralización administrativa de la Iglesia y la fiscalidad pontificia.

Como escribe Renouard, del examen del sistema financiero organizado por Juan XXII se deduce que la mayor parte de los ingresos de la Santa Sede procedían de Francia –donde radicaban quince de las treinta colectorías organizadas– y que la partida mayor en el presupuesto de gastos estuvo destinada al pago de las tropas que durante cuarenta años lucharon para restablecer la situación pontificia en la Península italiana.

La centralización administrativa y financiera de la Iglesia bajo la autoridad del papa favoreció la solución monárquica del problema de la estructura de la Iglesia, planteado desde la reforma gregoriana. Pero esta evolución hacia la monarquía pontificia encontró serios obstáculos. Frente a la tesis monárquica de los papas, los cardenales propugnaban una solución oligárquica –el poder lo compartirían el papa y el colegio cardenalicio–, mientras, a raíz del conflicto entre Bonifacio VIII y Felipe IV el Hermoso, un amplio sector de la opinión manifestóse partidario de la supremacía del Concilio sobre el pontífice –tesis democrática.

Ya hemos apuntado que la centralización monárquica de la Iglesia y el desarrollo de la fiscalidad pontificia tendían en último término a la Cruzada. La reconquista de los territorios italianos de la Santa Sede y el restablecimiento de la paz entre Francia e Inglaterra, eran las condiciones previas. Pero el siglo que comenzó con la disolución de los templarios, símbolo de las Cruzadas, y presenció después una serie de desastres –repliegue de los hospitalarios a Rodas, amenaza turca sobre Constantinopla–, se encargó de demostrar que la organización monárquica y centralizada de la Iglesia no podía justificarse en su propósito inicial: la victoria sobre los turcos. Tampoco pudo justificarse en la reforma moral, que había condicionado el movimiento gregoriano.

En efecto, frente a la política desplegada por los papas de Avignon se levantaron peligrosos adversarios procedentes del franciscanismo y de la sociedad

laica. El conflicto que enfrentaba a los franciscanos conventuales, partidarios de mitigar el precepto de la pobreza del fundador, contra los franciscanos espirituales, vinculados al eremitismo inicial de la Orden, fue zanjado por Juan XXII en un sentido "práctico", propio del hombre convencido de que la pobreza absoluta no es más que una aspiración del espíritu. Esta decisión levantó contra el papa no sólo a los espirituales, sino también a parte de los conventuales, mientras los más avanzados, los "fratricellos", excluidos de la Iglesia por la decisión del pontífice, proclamaron que ellos constituían la verdadera Iglesia evangélica, renovada por Francisco de Asís y perseguida por la "falsa Iglesia", la de los papas.

Esta oposición anarquizante a una Iglesia jerarquizada, monárquica y dogmática, encontró el concurso de buen número de intelectuales, entre los que destacó Marsilio de Padua, el panfletista de Luis de Baviera, a quien ya conocemos. Sus ideas fueron completadas, más tarde, por Guillermo de Ockam Juan Wyclef y Juan Huss, a los que después aludiremos. Frente a la ostentación de la riqueza por los burgueses y los grandes señores, la pobreza que exaltaban los frailes menores consolaba a los humildes, que esperaban que en la vida eterna se invertirían los papeles. Este movimiento fue difundido en gran escala por la predicación y el ejemplo de los mendicantes, como lo demuestra el éxito alcanzado por los terciarios franciscanos. Un profundo misticismo se desenvuelve en todas partes, mientras en algunos ámbitos, como en Alemania, el interdicto a consecuencia de las luchas entre los papas y el emperador Luis de Baviera, al motivar la falta de ceremonias litúrgicas, desarrolla la oración en común y el misticismo individual entre los laicos, alimentado con la lectura de Eckhart y de Tauler.

Los papas de Avignon, preocupados por grandes problemas –la Cruzada, la unión de las dos Iglesias, el conflicto francobritánico– no entraron en pleno contacto con una poderosa corriente de opinión cristiana hondamente preocupada por la vida espiritual, y esta corriente, escandalizada luego por el Cisma, llegó a la conclusión de que sólo el Concilio general –es decir, la solución democrática– podía llevar a cabo la reforma de la Iglesia *in capite et in membris* que no habían realizado los papas de Avignon, a pesar de que su política monárquica la había hecho más necesaria.

El cisma de Occidente. La importancia del Sacro Colegio en el gobierno de la Iglesia se puso de relieve con la doble elección de 1378, que desencadenó el Gran Cisma por obra de los cardenales. Ya al morir Clemente VI en 1352, los cardenales reunidos en cónclave acordaron que el favorecido con la elección pontificia debía limitar el número del Sacro Colegio a veinte miembros y obtener el consentimiento del mismo para toda elevación al capelo cardenalicio y todo acto importante de gobierno. Pero Inocencio VI, una vez elegido, declaró nulo el acuerdo citado. Este fracaso de los cardenales se convirtió en triunfo en 1378: ellos hicieron el cisma y ellos intentaron poner fin al mismo, como veremos, mediante el sínodo de Pisa de 1409.

El gran cisma de Occidente (1378-1417) simboliza la crisis del cosmopolitismo católico y la lucha entre los nacionalismos italiano y francés, personificados en los miembros respectivos del Colegio de Cardenales. Al morir

Gregorio XI, el cónclave reunido en el Vaticano, bajo la presión del pueblo que gritaba: ¡Queremos un papa romano o al menos italiano! , eligió al obispo de Bari, Bartolomeo Prignano, que tomó el nombre de Urbano VI (1378-1389).

Pero la falta de tacto del nuevo papa y su manera ruda de tratar a los cardenales contribuyó a hacer inevitable el conflicto. Trece cardenales franceses se retiran a Anagni, rehusan entrar en relaciones con Urbano VI y denuncian su elección "porque no se hizo libremente, sino por el terror". Y después de haber recibido un escrito del rey de Francia, Carlos V, en el que éste declara compartir sus dudas y temores, deciden elegir por unanimidad, en Fondi, al cardenal Roberto de Ginebra, que toma el nombre de Clemente VII (1378-1394). El cisma se consolida cuando Carlos V de Francia reconoce a Clemente VII.

Esta doble elección implicó la división de la Cristiandad en dos obediencias y debilitó la autoridad pontificia frente a la de las distintas monarquías. Alrededor de Clemente VII se agrupan los aliados de Francia –Sicilia, Escocia, Castilla, Aragón, Navarra, Portugal, Chipre, condado de Saboya– y al lado de Urbano VI, los de Inglaterra –Flandes, Polonia, Hungría, Alemania y la mayor parte de Italia–. De momento, Roma fue considerada como residencia normal de la Santa Sede por ambos papas. Urbano VI se instaló en la urbe, pero el castillo de Sant' Angelo estaba en manos de los franceses. Este hecho y el apoyo de la reina Juana de Nápoles inclinaron a pensar a Clemente VII que podría expulsar fácilmente de la Ciudad Eterna a su adversario; pero el castillo de Sant' Angelo fue conquistado por los urbanistas y las huestes clementinas derrotadas en Marino. Ello obligó a Clemente VII a retirarse a Nápoles, donde en contra del partido tomado por la reina Juana, el pueblo sentía las más vivas simpatías por Urbano VI, antiguo obispo de Bari. La hostilidad de la opinión napolitana hizo que Clemente VII abandonara la esperanza de una inmediata reconquista de Roma y decidiera acogerse a la única ciudad de los Estados pontificios que podía ofrecerle garantías para el desempeño de su cometido: Avignon. La ciudad del Ródano se erigía en competidora de la del Tíber. Proporciona una idea de la confusión imperante en las conciencias el hecho de que mientras Santa Catalina de Siena trabajaba incansablemente por Urbano VI, el gran apóstol San Vicente Ferrer empleaba todo su influjo en favor de Clemente VII.

A la muerte de Urbano VI fue elegido, en Roma, Bonifacio IX (1389-1404) y a la de Clemente VII, en Avignon, el aragonés Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII (1394-1416). Así continuaba la existencia de dos curias rivales. Las vacantes que se producían eran provistas por ambas, lo que hacía que el cisma tomara cuerpo en las diócesis y en las abadías. En todas partes el poder eclesiástico se humilla ante el civil. Ante esta situación, núcleos bien intencionados propugnan medios para liquidar el cisma. Ya en 1380-1381, los profesores alemanes Gelnhausen y Langestein propusieron la *vía synoldi* o *concilii*, es decir, la doctrina conciliar, que después fue defendida por conspicuos representantes de la Universidad de París, como Pedro d'Ailly y Gerson. Al lado de la solución por la *vía concilii* se proponía la *vía cessionis*, es decir, la renuncia de los dos papas; y también la *vía compromissi*, o sea la aceptación de un arbitraje. Pero el cisma continuaba sin resolver y a la muerte de Bonifacio IX le sucedió Inocencio VII (1404-1406) y a éste, Gregorio XII (1406-1415). Los tres

citados tuvieron que enfrentarse con la obstinación de Benedicto XIII, el antipapa de Avignon. En 1407 se convino celebrar una reunión en Savona, entre Gregorio y Benedicto XIII, pero el primero no acudió y en cuanto al segundo consta que sólo iba con la confianza de que induciría a su adversario a la renuncia.

El intento cardenalicio: el sínodo de Pisa y el cisma tricéfalo. Los cardenales, que habían desatado el cisma, quisieron poner fin al mismo y a espaldas de los papas respectivos, Gregorio XII y Benedicto XIII, reunieron el sínodo de Pisa (marzo-agosto de 1409). Si las medidas propugnadas por los cardenales en Pisa se hubieran aplicado y si en efecto, Alejandro V, hubiera logrado convertirse en pontífice único, la importancia del Sacro Colegio en el gobierno de la Iglesia se hubiera visto reforzada y en trance de desenvolverse el sistema oligárquico preconizado por los cardenales. Pero la cerrada oposición de Roma y de Avignon rindió vanos los propósitos del Colegio y la designación de Alejandro V. El cisma tricéfalo desacreditó al Sacro Colegio y reforzó el principio de la monarquía pontificia.

Alejandro V tuvo un sucesor, Juan XXIII, quien, momentáneamente, pudo instalarse en Roma y lograr la adhesión de Francia, mientras Benedicto XIII vióse obligado a abandonar Avignon y refugiarse en la fortaleza valenciana de Peñíscola, y Gregorio XII pudo conservar la obediencia de Nápoles y Hungría. La solución, reclamada cada vez más imperiosamente por la opinión pública, constituirá la obra del emperador Segismundo de Luxemburgo, intérprete de un triunfo, efímero, de la idea conciliar.

El concilio de Constanza y el fin del cisma: Martín V. Después del sínodo de Pisa, a que acabamos de referirnos, no quedaba otra solución para zanjar el cisma que la idea conciliar, equivalente al sistema democrático en el gobierno de la Iglesia. Conviene tener en cuenta que la afirmación de los derechos del Sacro Colegio —doctrina oligárquica— y el intento conciliar —tesis democrática— constituyen el reflejo en el gobierno de la Iglesia de la lucha planteada por la estructura de las monarquías occidentales: a los reyes, que como los papas intentaban reforzar el autoritarismo monárquico, se oponían, de un lado, la gran nobleza, deseosa de perdurar el régimen feudal, y, de otro, el movimiento de opinión —nobleza, clero, burguesía— que propugnaba un sistema *pactista.*

Desde la muerte de Bonifacio VIII, la tendencia conciliar había ganado muchos adeptos. La costumbre de convocar un concilio para resolver las principales cuestiones planteadas decidió a Clemente V a reunir el de Vienne de 1311, en el que se discutieron la reforma de la Iglesia, la Cruzada y la suerte de los templarios. Pero en Vienne el papa actuó como jefe único y absoluto de la Iglesia y la asamblea tuvo un carácter meramente consultivo. A pesar de este precedente, la vía conciliar fue considerada como el recurso más adecuado por los adversarios del poder pontificio. Felipe el Hermoso había indicado el camino: solamente el concilio podía restablecer la vida normal de la Iglesia ante un papa acusado de herejía. Pero sólo las perturbaciones derivadas del Gran Cisma impusieron el camino conciliar como único posible para la salvación de la Iglesia.

Ya hemos indicado que el emperador Segismundo patrocinó la solución del

cisma. El antipapa Juan XXIII, expulsado de Roma, encontró asilo y protección en la corte imperial, desde donde convocó el concilio para la ciudad de Constanza.

El concilio inauguró sus tareas el 1 de noviembre de 1414. Juan XXIII tenía depositadas sus esperanzas en el crecido número de prelados italianos partidarios suyos, que se desvanecieron al decidirse que en las votaciones definitivas no habría más que los cuatro votos de las naciones de Italia, Alemania, Francia e Inglaterra y más tarde, un quinto, el de España. Los cardenales tenían también un voto, el sexto.

Después de declararse el concilio legítimamente reunido bajo la protección del Espíritu Santo, procesó y depuso a Juan XXIII, mientras lograba que Gregorio XII presentara su renuncia. Así lo hizo éste en la sesión del 4 de julio de 1415, declarando previamente que con su autoridad pontificia legitimaba el Concilio. Con este acto quedaba éste legitimado de hecho y con facultad para elegir un nuevo papa. Por esta razón, el concilio de Constanza desde la sesión catorce –la de la renuncia y declaración de Gregorio XII– es ecuménico, el XVI de la serie. Durante los años 1415 a 1416, el concilio de Constanza trabajó en las cuestiones de la fe, sobre todo contra la herejía de los husitas. Al año siguiente, una vez terminado el proceso contra Benedicto XIII, el papa Luna, que fue depuesto por "perjuro, cismático y hereje", se decidió finalmente a la elección del nuevo papa: el 11 de noviembre salió elegido el cardenal Odón Colonna, que tomó el nombre de Martín V (1417-1431). El Gran Cisma había terminado y todas las naciones cristianas reconocieron al nuevo pontífice.

Además de liquidar el cisma, el concilio de Constanza tuvo que preocuparse de reagrupar las fuerzas eclesiásticas ante las convulsiones desencadenandas por la acción conjunta de la herejía dogmática de Wyclef y de Huss, las corrientes místicas populares y la subversión social, todo ello, en gran parte, condicionado por la depresión económica y paralelo a la crisis que azotaba las conciencias.

John Wyclef (1329-1384), teólogo de Oxford, influenciado por los fratricellos y el apocalipticismo de Joaquín de Fiore, prefigura el anglicanismo del siglo XVI. El estallido del Gran Cisma sirvió a Wyclef para arreciar en su campaña contra el Papado, en sus obras *De potestate papae* y *De Ecclesia.* Vio en la Sagrada Escritura la única fuente de la fe, negó la transubstanciación en la Eucaristía y atacó con vehemencia el culto de las imágenes y las indulgencias. Sus imitadores, los lollardos, esto es, los sembradores de cizaña (*lollium*), radicalizaron sus doctrinas, pero los Lancáster, de acuerdo con la Santa Sede, emprendieron una reacción vigorosa y los principales jefes de la secta –Purvey, Hereford, Arton, Parker, Bedeman– fueron ejecutados (1427).

Más adelante, al ocuparnos de la Europa Central, examinamos el husitismo checo. Juan Huss (1369-1415), rector de la Universidad de Praga, sostuvo con mayor vehemencia doctrinas análogas a las de Wyclef. Llamado a Constanza, y provisto de un salvoconducto –las autoridades eclesiásticas dirán que el documento garantizaba la seguridad del viajero, no la del heresiarca– Huss fue condenado a la hoguera y quemado el 26 de mayo de 1416. Las repercusiones del husitismo son estudiadas en el lugar antes citado.

El triunfo de la política monárquica de la Santa Sede. Como observa Pirenne,

del mismo modo que los papas de Avignon se inspiraron, para su política de signo monárquico, en el ejemplo de la Francia de Felipe el Hermoso, los concilios imitaron las instituciones parlamentarias inglesas. Los reunidos en Constanza organizaron un gobierno de la Iglesia mediante concilios periódicos, que se reunirían cada diez años; pero los papas anularon esta tentativa democrática. Apoyándose en la evolución general del Occidente de Europa hacia el absolutismo, Eugenio IV logrará imponerse al concilio de Basilea y restablecer la monarquía pontificia. Conviene tener en cuenta que la tesis conciliar fue apoyada, en un principio, por las monarquías, en su deseo de liberarse de la tutela pontificia; pero el choque se produjo desde el momento en que los concilios hicieron suyo, a este propósito, el mismo programa pontificio.

En cumplimiento de las decisiones adoptadas en Constanza –Martín V, sin embargo, proclamó la superioridad del papa sobre el concilio en 1418– el pontífice convocó un nuevo concilio que se reuniría en Pavía, en 1423. Trasladada la reunión a Siena, a causa de una epidemia, quedó claramente planteada la irreductibilidad de las dos posiciones: monarquía pontificia - doctrina conciliar, que adquirió caracteres decisivos con el sucesor de Martín V, Eugenio IV (1432-1447), durante el sínodo de Basilea y el concilio de Ferrara-Florencia. El éxito logrado por Eugenio IV al firmar con el emperador de Oriente, Juan VIII, la unión entre las dos Iglesias aseguró el triunfo del papa sobre el concilio, es decir, la victoria de la política monárquica de la Santa Sede.

Los papas tuvieron que enfrentarse también con las monarquías autoritarias y con los fermentos nacionalistas en pugna con el cosmopolitismo de la Santa Sede. En este sentido tuvieron que entrar en la vía de las concesiones, mediante los concordatos, para salvaguardar su autoridad espiritual. En Francia, la Pragmática de Bourges (1438), que sometía el clero a la realeza, impuso un fuerte retroceso a la fiscalidad pontificia en beneficio de los poderes temporales y dio un notable impulso a la tendencia galicana. En 1472, Paulo II y Luis XI firmaron el Concordato de Amboise. Las relaciones entre los príncipes alemanes y la Santa Sede fueron reglamentadas por el concordato de Francfort de 1447.

Mientras se adaptaba al régimen político de los Estados nacionales con los concordatos, la Iglesia acentuaba su organización sobre bases cada vez más centralizadas. Fueron precisadas las funciones de la curia, órgano vital de la monarquía pontificia, en particular, por lo que se refiere a las atribuciones de la *Cámara secreta*, embrión de la futura Secretaría de Estado del Vaticano. Después de la crisis conciliar se registró una nueva oleada de misticismo, que encontró su expresión en la *Imitación de Cristo* (1430), de Tomás Hämerken, llamado vulgarmente Kempis.

El papa que puso fin al cisma, Martín V, hizo reinar de nuevo el orden en Roma, pero se excedió en su nepotismo en favor de sus familiares, los Colonna. Su sucesor, Eugenio IV, perteneció a la familia rival, la de los Orsini, que a su vez resultó favorecida en el disfrute de las prebendas pontificias. Aprovechando las dificultades del papa en el concilio de Basilea, un nuevo movimiento comunal instaló en el Capitolio romano a los "siete gobernadores de la libertad" (1434). Pero la resistencia del castillo de Sant' Angelo y los excesos de los revolucionarios permitieron a Eugenio IV regresar victorioso a la Ciudad Eterna.

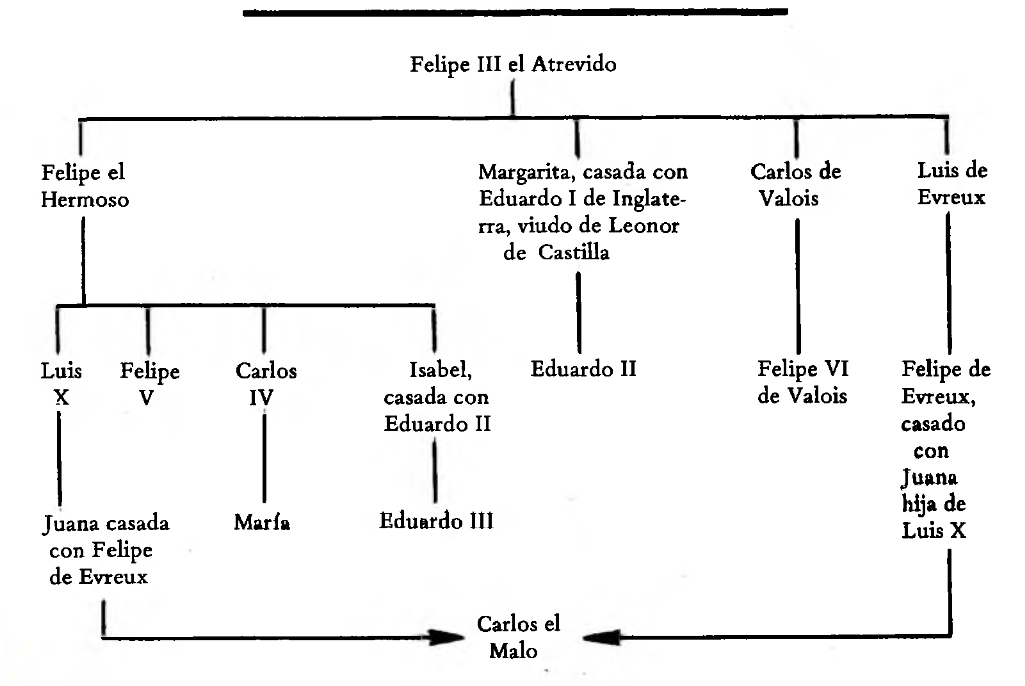
Durante el pontificado de Nicolás V (1447-1455), hizo su aparición el movimiento humanístico y uno de sus artífices, Lorenzo Valla, fue nombrado secretario apostólico, mientras el programa italiano de Alfonso V el Magnánimo de Aragón, incompatible con los obstáculos que siempre puso Roma a toda tentativa de unificación política de la península de los Apeninos, tendió a superar esta dificultad instalando a una persona adicta en la silla de San Pedro. En efecto, al morir Nicolás V resultó elegido el valenciano Calixto III, de la familia Borja (1455-1458), que inauguró un nepotismo desmedido, mientras daba muestras de cierta indiferencia frente al movimiento humanista. El pleno triunfo de éste en la sede vaticana corresponde al pontificado de Eneas Silvio Piccolomini, Pío II (1458-1464).

III

LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

Francia e Inglaterra en vísperas del conflicto. En 1328, al morir el tercer y último hijo de Felipe el Hermoso, Carlos IV, sin descendencia masculina, la asamblea de los barones franceses entregó la regencia –en espera del casi inmediato alumbramiento de la reina– al primo hermano del monarca difunto, Felipe de Valois. El nacimiento de una princesa inauguró la crisis sucesoria en la corona francesa, que desembocaría en la guerra de los Cien Años entre los Valois de Francia y los Plantagenet de Inglaterra. El cuadro genealógico adjunto pone de relieve los derechos que podían alegar los pretendientes al trono de San Luis.

Los barones franceses elevaron al trono al regente, Felipe de Valois –Felipe VI (1328-1350)– fundándose en que sólo cabía tomar en consideración la descendencia en línea masculina. Dado que las hembras no podían ceñir la corona, tampoco transmitían el derecho sucesorio a sus hijos. Felipe de Valois era un



colateral, mientras Eduardo III de Inglaterra era el pariente más próximo del rey difunto, aunque sus derechos –por ello se le descartaba– procedían de su madre, Isabel de Francia, hija de Felipe el Hermoso. En la corte de Londres, en cambio, se razonaba de un modo muy distinto. Sus argumentos pueden concretarse así: la exclusión de las hembras del trono se debía a la *fragilitas sexus*, pero ello no implicaba su incapacidad para transmitir los derechos sucesorios. De hecho, la inclinación de los señores franceses por Felipe de Valois estuvo motivada básicamente por el deseo de eliminar al Plantagenet Eduardo III. El instinto nacional privó, a la hora de la decisión, sobre los principios jurídicos.

A fines del siglo XIV, en plena polémica sobre los derechos al trono, fue invocada la pretendida *ley sálica* para justificar la exclusión de las hembras. En su acepción originaria, esta ley no se refería a la sucesión de la corona, sino sólo a la exclusión de las hembras de la "tierra sálica" –patrimonial– entre los antiguos francos salios. Sin embargo, desde el siglo XVI se impuso la idea de que la repetida exclusión derivaba de la ley sálica. Como tantas veces ocurre en la Historia, un error acabó engendrando una verdad, y el derecho salio se convirtió en norma constitucional de la monarquía francesa. Felipe VI tomó posesión del reino y citó a Eduardo para que le prestara homenaje como duque de Guyena. Así lo hizo, aunque con reservas, el monarca inglés. La ceremonia se celebró en la catedral de Amiens (6 de junio de 1329), mientras comenzaban las interminables polémicas sobre la herencia de los Capetos.

El monarca francés fue, en frase de Calmette, un caballero coronado, exponente de un mundo de fiestas, torneos y galanterías que fenecía con el ocaso del Medioevo. Su divisa, *Vivre noblement*, contrasta con la que adoptó su rival, Eduardo III: *It is as as is it* (es como es). Son los símbolos respectivos de una época idealista y caballeresca que muere y de otra que nace con el signo del realismo pragmático.

Felipe VI inició su reinado "con el encantamiento de una triunfante cabalgata", verdadero canto de cisne de la caballería francesa. A petición de su vasallo, el conde de Flandes, Luis de Maele, el primer Valois destrozó en Cassel a las milicias comunales flamencas, rebeladas contra su señor. Ello contribuyó a envenenar el problema de Flandes en vísperas del conflicto de Inglaterra. Luego Felipe VI se enemistó en su propio reino con el poderoso clan de los Artois, a consecuencia de la sentencia pronunciada contra Roberto de Artois en un pleito sucesorio de carácter feudal. En el apogeo de su reinado, vencedor de los burgueses y artesanos flamencos, y aureolado con el prestigio de monarca justiciero, Felipe fue llamado a arbitrar un pleito de la nobleza alemana, que le proporcionó el pretexto para celebrar suntuosas fiestas en Compiègne. Considerándose como jefe indiscutible de la Cristiandad occidental, soñó con dirigir una nueva Cruzada, de acuerdo con el pontífice de Avignon, Juan XXII. Sin embargo, muy pronto se verían arruinadas todas aquellas ambiciones de grandezas, hasta verse amenazada la Corona misma de Francia.

En 1330, según dijimos, mediante un golpe de Estado, Eduardo III de Inglaterra acabó con la regencia de su madre, Isabel de Francia, y empuñó las riendas del poder. Enérgico y oportunista, el monarca británico dedicó el período comprendido entre 1330 y 1340 –en esta última fecha tomó el título de rey de

Francia y desencadenó abiertamente el conflicto— a una activa preparación diplomática y militar de la guerra, haciendo suyas las directrices heredadas de su abuelo, Eduardo I.

Causas de la guerra de los Cien Años. La lucha entre los Valois y los Plantagenet, que constituye uno de los acontecimientos más decisivos de la época de la "gran depresión" en el Occidente europeo, fue, aparentemente, una querella dinástica, superpuesta, en realidad, a la tentativa inglesa de imponer su dominio en Francia y a los deseos franceses de apoderarse del ducado de Guyena. Tradicionalmente, la guerra de los Cien Años ha sido considerada como el episodio final y decisivo del conflicto entre las monarquías francesa e inglesa —entre el soberano y el vasallo— iniciado desde la conquista de Gran Bretaña por el normando Guillermo I a fines del siglo XI. La historiografía actual continúa aceptando la influencia de la rivalidad bisecular en el estallido de la lucha que nos ocupa, pero procura poner de relieve los otros términos del problema.

Surgido de la antinomia resultante de la conquista normanda de Inglaterra —Guillermo, duque de Normandía y por ello vasallo del rey de Francia, al ser coronado en Westminster se convierte también en rey sin dejar de ser vasallo del monarca francés por sus feudos continentales—, el conflicto francobritánico procede de una situación equívoca. En efecto, no sólo eran radicalmente incompatibles las nociones de vasallaje y soberanía, sino que un mismo príncipe no podía ser a la vez, sin que se suscitaran graves dificultades, feudatario fuera del país y soberano dentro del mismo, ya que siempre llegaría el momento en que los deberes feudales chocarían con los intereses soberanos. El tratado de París de 1259, al que nos referimos en el lugar correspondiente, no hizo más que soslayar la dificultad fundamental, mientras localizaba sobre todo en Guyena el motivo de fricción constante entre ambas monarquías.

Ya hemos aludido a la querella dinástica como causa inmediata de la guerra: Eduardo III rompió las hostilidades en 1340 al tomar el título de rey de Francia. Entre las demás motivaciones del conflicto destacan la pugna entre soberanía y vasallaje en Guyena, la lucha de influencias en Flandes, los choques en Bretaña y la cuestión de Escocia. Prescindiendo del aspecto económico, al que después aludimos, nada nuevo hemos de añadir a la rivalidad en Guyena. El choque en Bretaña será, en realidad, accidental y tardío. Escocia fue para los franceses una maniobra de diversión, es decir, un objetivo aprovechado para crear dificultades al adversario. Quedan, pues, el problema de Flandes y las cuestiones económicas involucradas en Guyena.

En Flandes, además de la privilegiada situación estratégica, el problema francobritánico venía planteado por la cuestión lanera. La lana, materia prima de la industria textil belga, se importaba de Gran Bretaña, con lo que Flandes, vasalla feudal de Francia, se encontraba bajo la dependencia económica de su proveedor británico —como veremos, Castilla exportaba también lanas a los Países Bajos. Eduardo III tuvo una política lanera y especuló con los intereses comerciales de la burguesía flamenca, captándose la amistad de las comunidades del país. En Guyena y Gascuña, el aspecto económico de la rivalidad francobritánica lo proporcionó el dominio del mercado del vino y de la sal.

Guerra del vino, de la sal y, sobre todo, de la lana: así podría definirse esta lucha desde el punto de vista económico. La "guerra de la lana" movilizó a las cuatro grandes potencias atlánticas: Inglaterra y Castilla como productoras –la producción lanera castellana se encontraba en plena fase ascendente desde 1300–, y Francia y Flandes como tejedores y compradores. Castilla auxilió a Francia contra Inglaterra, que era su rival directa en el suministro de la lana nórdica. Flandes con el puerto de Brujas y Guyena con el de Burdeos dominaban las rutas marítimas y mercantiles del Noroeste europeo. Para Francia e Inglaterra, el gran conflicto implicó, en último término, la lucha por la hegemonía en los mares.

Se discute acerca de las verdaderas intenciones de Eduardo III a partir del golpe de Estado de 1330. Por una parte se le supone empeñado en llevar hasta sus últimas consecuencias el imperialismo de los Plantagenet, con el intento de imponer el dominio británico en Francia. Un poeta inglés de la época definió este programa en pocas palabras: *Anglia, Scotia, Flandria, Francia rege sub uno*. Por otra parte se le supone una intención defensiva: sus pretensiones al trono francés no tendrían otro objeto que presionar a Felipe VI para que le reconociera la plena soberanía del ducado de Guyena. Notemos que en este caso la situación equívoca del vasallaje hubiera sido sustituida por un verdadero imperio, incompatible con la existencia de Francia como gran potencia. Y no faltan quienes insisten en los proyectos ofensivos de Felipe VI. El primer Valois, después de anexionar el Delfinado a la corona y de lograr del rey de Mallorca la entrega de la ciudad de Montpellier, intentó arrebatar la Guyena a Eduardo III mediante la aplicación del derecho feudal, mientras se aliaba con los escoceses, en lucha contra el monarca británico. Esta doble amenaza incitó al soberano inglés, en 1337, a hacer valer sus derechos a la corona de Francia.

La preparación de la lucha. Entre 1330 y 1337, los futuros rivales se observan y preparan en silencio. En la corte de Londres se ha refugiado Roberto de Artois, quien se convierte en el consejero de Eduardo III para los asuntos francos. El monarca británico entra en contacto con el emperador Luis de Baviera y los condes de Holanda y de Zelanda. Felipe VI cuenta con el apoyo de los papas de Avignon, del rey de Bohemia y conde de Luxemburgo, Juan el Ciego, y del príncipe-obispo de Lieja. Aprovechando unos incidentes ocurridos en Guyena, el monarca francés decreta la reversión a la corona del feudo aquitano (24 de mayo de 1337), pero no se preocupa de hacerla efectiva mediante la ocupación militar de Burdeos. Por su parte, Eduardo III declara nulo el homenaje de Amiens y envía a París al obispo de Lincoln, portador de un desafío. Era la fórmula feudal de la ruptura diplomática.

Sin embargo, el comienzo de las hostilidades sufrió un aplazamiento, al ponerse de relieve la fragilidad de la alianza imperial, en la que Eduardo III había edificado su política exterior. En efecto, Luis de Baviera, excomulgado por el Pontificado, había nombrado a Eduardo "vicario del Sacro Imperio", comprometiéndose a defender sus derechos al trono de los Capetos. Pero el apoyo del emperador tuvo escasa solidez. Luis de Baviera esperaba que la alianza inglesa le proporcionaría un medio efectivo para intimidar a la corte pontificia de Avignon. Cuando el papa Benedicto XII se negó en redondo a entrar en

negociaciones sobre el particular, el monarca británico temió que la alianza alemana implicara la abierta hostilidad pontificia.

Por esta causa, Flandes se situó en un destacado primer plano. Mientras Felipe VI envió a un nuevo conde, Luis de Nevers, con la misión de asegurar la fidelidad política de los flamencos, Eduardo III recurre a la presión económica y prohibe las exportaciones laneras, lo que implica la paralización de la industria pañera y la miseria en el artesanado de las ciudades. Los artesanos se sublevan y llevan al poder, en Gante, al tribuno burgués Jacques van Artevelde, quien toma en sus manos la dirección del condado y ofrece su alianza a Inglaterra. Se habían quemado las etapas que conducirían a la decisión final. En último término la proclamación definitiva del monarca británico, como rey de Francia, dependía de la actitud que adoptasen los flamencos y ésta de aquélla. El acuerdo anglobelga significó, para los seguidores de van Artevelde, la fortuna económica del país y la liberación del mismo de la tiranía condal impuesta por Francia. Con una república flamenca en trance de formación, Eduardo III tomó el título de rey de Francia en Gante, el 8 de febrero de 1340. Las hostilidades comenzarían en primavera. En el acuerdo a que acabamos de referirnos, los flamencos se comprometieron a sostener las pretensiones de Eduardo III a la corona de Francia, y el monarca inglés, a acuñar una misma moneda de oro y plata en Francia, Flandes y Brabante, que tendría curso legal en Inglaterra. Como indica Pirenne, se trata de la primera convención monetaria firmada en el Occidente europeo.

Comienzos de la guerra: La Esclusa, Crécy, Calais. Hemos dicho que las hostilidades comenzaron en la primavera de 1340. A la vista del puerto de Brujas, por donde se exportaban las manufacturas textiles belgas, la escuadra angloflamenca destruyó a la francesa en el combate naval de La Esclusa (24 de junio). El Parlamento inglés saludó a Eduardo III con el título de "rey del mar". La Gran Bretaña había comenzado su carrera hacia la hegemonía oceánica. Durante treinta años, los ingleses señorearán los mares del Norte.

Después de La Esclusa, los dos adversarios se observan sin decidirse a una nueva acción, momento que aprovechan los legados pontificios para lograr la firma de las treguas de Espléchin (septiembre de 1340). Entonces estalló el conflicto sucesorio del ducado de Bretaña, al morir Juan II de Montfort. Los franceses apoyan a la sobrina de éste, Juana de Penthièvre, y los ingleses, al hermano del duque difunto, Juan IV. Notemos cómo ahora se invertían los papeles en cuanto al derecho sucesorio de las hembras. La diplomacia pontificia, obstinada en lograr la pacificación, impuso la firma de nuevas treguas a Francia e Inglaterra (Malestroit, 1343).

Mientras Bretaña es azotada por una guerra feudal, Flandes experimenta nuevas perturbaciones sociales, que desembocan en el asesinato del tribuno burgués, van Artevelde, y en la restauración de la autoridad condal. De momento, ello implica para Inglaterra la pérdida de su cabeza de puente en el Norte y obliga a Eduardo III a desembarcar en Normandía para subsanar la defección flamenca. El desembarco tuvo lugar en Saint-Vaast-la-Hougue (julio de 1346). Pocas semanas bastaron para que Normandía cayera en poder de los ingleses. Tres meses después, la infantería nacional inglesa, sostenida por vez primera por la artillería, derrotó

completamente a la caballería francesa en Crécy y se apoderó de Calais. La peste negra que entonces hizo su aparición en Francia, paralizó la guerra. La diplomacia pontificia entró nuevamente en acción y logró la firma de las treguas de Calais —28 de septiembre de 1347—. Estas treguas durarán hasta el 6 de abril de 1354.

Inicialmente, la guerra de los Cien Años fue el choque de dos concepciones militares. Mientras Felipe VI y sus caballeros luchaban en el campo de batalla como si se tratara de una exhibición en un torneo feudal, Eduardo III capitaneó un ejército que casi podría calificarse de moderno. Sus tropas disponían de un arco perfeccionado, última palabra de la balística de la época, tres veces más rápido que el genovés, adoptado en Francia. Para el asalto, los infantes estaban dotados de un largo cuchillo, embrión de la futura bayoneta. Crècy, como Aljubarrota cuando los proyectos portugueses de Juan I de Castilla, fue la victoria de una estrategia realista sobre la estrategia feudal. Encierra un profundo simbolismo la muerte en Crècy del rey de Bohemia Juan el Ciego, heroicamente atado a su caballo. Todos los caballeros franceses lucharon como ciegos.

Nuevos triunfos ingleses y crisis constitucional en Francia. El tratado de Brétigny. El hijo menor de Felipe VI, Juan II el Bueno (1350-1364), ganó a su padre en estériles ideales caballerescos y fue inferior al mismo en inteligencia y dotes políticas. Poseía la vanidad y el carácter impulsivo del caballero feudal y su epíteto de *Bueno* quiso significar su valor en el combate.

Mientras el país experimentaba los efectos de la depresión económica, para sufragar las suntuosas fiestas de la coronación el monarca recurrió a la devaluación monetaria, acuñando piezas con una tercera parte de cobre en sustitución del oro. En plena apoteosis caballeresca fundó la Orden de la Estrella, que prohibía a sus titulares retroceder en el combate, mientras el ambiente cortesano se enrarecía por la rivalidad entre los dos favoritos del monarca: Carlos de España, un descendiente de don Fernando de la Cerda, y Carlos el Malo, futuro rey de Navarra, que un día reivindicará, como nieto de Luis X, la herencia de los Capetos.

La nueva fase de la guerra, abierta en 1354, comenzó a preocupar seriamente a los franceses cuando el Príncipe Negro, heredero de la corona británica, emprendió una expedición de castigo por el Languedoc al año siguiente. Eduardo de Gales salió de Burdeos, desde donde gobernaba la Guyena inglesa, y se dirigió al *Midi*, donde se le reunieron buen número de señores meridionales, entre ellos, los condes de Foix. Todo el Languedoc fue saqueado y los expedicionarios recogieron un inmenso botín. El éxito obtenido decidió al Príncipe Negro a repetir la expedición, tomando ahora como objetivo el valle del Loira. Sus fuerzas obtuvieron sobre los franceses, mandados personalmente por Juan II, un éxito decisivo en Poitiers (19 de septiembre de 1356). En el combate cayó prisionero Juan II, quien rindió su espada después de luchar heroica e inútilmente, de acuerdo con los estatutos de la Orden de la Estrella. El hundimiento del ejército feudal y la captura del rey —que fue trasladado a Inglaterra— desencadenaron una grave crisis en Francia, cuyos fundamentos radican en la depresión de la época. En este sentido la fermentación social se manifestó también entonces en Inglaterra, aunque con el resultado de asociar estrechamente el Parlamento con la realeza.

Antes de salir para la desastrosa campaña de Poitiers, Juan II convocó los Estados Generales para procurarse 30 000 combatientes y un subsidio de cinco millones de libras. La Asamblea se congregó normalmente, pero la catástrofe de Poitiers abrió un horizonte insospechado, mientras el delfín, Carlos, asumía la carga del poder. En Inglaterra, a comienzos del siglo XIII, surgió un parlamentarismo con el derrotado Juan Sin Tierra. ¿Qué ocurriría en Francia?

Desde los comienzos de los Estados Generales, destacaron en sus reuniones dos personalidades vigorosas: Roberto Lecoq, obispo de Laon, y Estaban Marcel preboste de los mercaderes de París. Lecoq era un inflamado partidario de Carlos el Malo de Navarra y un adversario de los Valois. Marcel interpretó las aspiraciones de la burguesía en aquel momento crítico. En efecto, el esfuerzo financiero que solicitaba la corona recaería, principalmente, sobre los burgueses. Y éstos, acaudillados por Marcel, se negaron a votar subsidios sin reservarse el control de las finanzas de la Corona por una comisión nombrada por la Asamblea. El delfín aceptó el nombramiento de un nuevo Consejo a base de miembros de la Asamblea. Se acordó que los Estados Generales celebrarían dos sesiones anuales, sin perjuicio de las reuniones extraordinarias en caso de necesidad. El régimen que se instauraba aparecía como constitucional y parlamentario: irresponsabilidad de la corona, responsabilidad de los consejeros o ministros ante los Estados Generales y convocatoria y reunión de estos últimos de modo regular. Conviene tener en cuenta, sin embargo, que los Estados Generales de Francia no ofrecían la unidad del Parlamento inglés, ya que su división en tres órdenes, votando por separado, les incapacitaba para una acción de gran alcance destinada a imponerse a la realeza.

La falta de unidad en la acción de la Asamblea permitió maniobrar al delfín Carlos y a sus consejeros íntimos, mientras Esteban Marcel, al ver obstaculizados sus proyectos de reforma en el campo de la legalidad, recurrió a la acción directa. Al parecer, el tribuno burgués, inspirándose en la política seguida en Flandes por van Artevelde y teniendo presente, a juicio de Calmette, la organización peculiar del principado de Cataluña, abrigó el propósito de transformar el territorio francés en una federación de comunidades democráticas, cuyo lazo de unión radicaría en la autoridad monárquica. Un documento custodiado en los Archivos de Ypres, demuestra la voluntad de Marcel de conjugar la acción de los organismos comunales. Como apunta el autor citado, la unión de las municipalidades constituiría el principio directivo de un régimen esencialmente burgués y constitucional.

Después de haber entrado en relación con las ciudades flamencas, a las que dirigió un verdadero manifiesto político, Marcel organizó un partido burgués disciplinado, que tomó como distintivo un gorro con los colores de París: el rojo y el azul. Por primera vez en la historia de Francia, la *commune* de París se colocaba al frente de una revolución política. Ante la resistencia del delfín y de sus fieles, la multitud, excitada por Marcel, invadió la residencia del príncipe y asesinó al mariscal de Champaña y al de Normandía (22 de julio de 1358), mientras el caudillo burgués ponía en la cabeza del delfín el gorro de su partido. Esta jornada revolucionaria, que convirtió al futuro rey en prisionero del pueblo de París, fue planeada fríamente por Marcel para yugular la resistencia de los aristócratas que

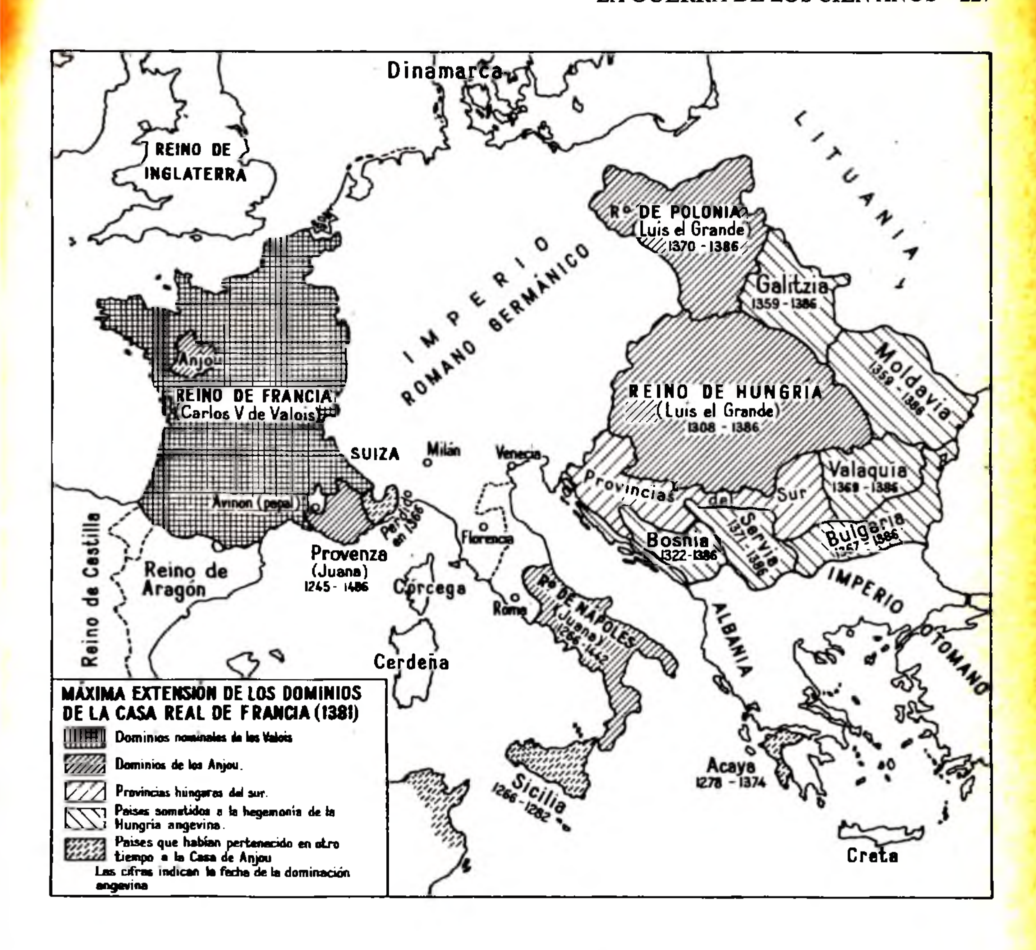
rodeaban al delfín; y, como la *Grande Peur* de 1789, desencadenó la revolución en el campo: la *jacquerie* (mayo-junio de 1358).

La nobleza designaba con el nombre de Jacques Bonhome al campesino en general. Cuando se difundió la noticia del golpe de Estado revolucionario dado en París por Marcel, los agricultores de la Vendée, sometidos a dura servidumbre, se sublevaron contra la nobleza terrateniente. Como un reguero de pólvora, la agitación campesina, con su secuela de asesinatos, incendios y pillajes se difundió sobre todo por el Beauvaises y la Ile de France. Su jefe, Guillermo Carles, entró en contacto con Marcel, pero muy pronto se puso de relieve el abismo que separaba a los burgueses y artesanos de la ciudad de los labriegos del campo. En todo caso, la *jacquerie* implicó la radicalización del camino revolucionario iniciado por los burgueses de Marcel, y la lógica de la Historia reservaría a éste el triste fin de los moderados cuando suena la hora de las posiciones extremas. La causa del delfín saldría beneficiada por la adhesión de las fuerzas, digamos conservadoras, que antes habían apoyado la "revolución desde arriba" de Marcel; pero que ahora se encerraban en un conservadurismo a ultranza, al sonar el momento de la "revolución desde abajo".

La caballería feudal francesa, que no había logrado defender el país contra los ingleses, se lanzó a la represión de la *jacquerie*, acaudillada por Carlos el Malo de Navarra. Este, al frente de un ejército de gentilhombres, destrozó a las milicias campesinas e hizo decapitar a su jefe, Guillermo Carles. La represión fue cruel y en todas partes los aristócratas se entregaron a la caza de los labriegos al grito de "muerte a los villanos".

Aplastada la revuelta campesina, el delfín Carlos se instaló en Compiègne, al amparo de la agitación popular reinante en París y convocó los Estados Generales, que le otorgaron los subsidios pedidos. Esteban Marcel, que para intimidar a la regencia había entrado en tratos con Carlos el Malo de Navarra, cuyos contactos con los ingleses eran del dominio público, fue asesinado el 31 de julio de 1359. El delfín Carlos entró en París, donde fue acogido con gran entusiasmo.

Las perturbaciones a que acabamos de referirnos obligaron al delfín Carlos a negociar la paz. En su dorada prisión londinense, Juan II el Bueno había firmado una verdadera capitulación; en virtud de la cual la mitad del territorio francés pasaba a los Plantagenet. El delfín Carlos, apoyado por los Estados Generales, rehusó someterse y Eduardo III prosiguió la campaña con un amago de ataque a Reims y luego a París. Ahora los ingleses se encontraban con una resistencia inesperada en todas partes, un sentimiento de patriotismo hacía que el pueblo y el gobierno formasen, en Francia, un bloque compacto. Cuando un furioso temporal destruyó el tren de equipajes del ejército británico –el *Black monday* o lunes negro: 13 de abril de 1360– Eduardo III dulcificó sus exigencias y pudo llegarse a la paz de Brétigny (3 de mayo siguiente). En virtud de sus cláusulas, la herencia de Carlos IV, que había desencadenado el conflicto, quedó repartida entre Eduardo III y Juan II el Bueno. El monarca inglés obtuvo en plena soberanía las regiones de Gascuña, Guyena, Poitou y Calais, y el pago de una indemnización de guerra de tres millones de libras. En compensación, Eduardo III renunció a sus derechos al trono de Francia. La paz de Brétigny redujo el territorio francés a los límites de la época de Felipe Augusto.



La recuperación de Francia bajo Carlos V. Con la elevación del delfín a la corona bajo el nombre de Carlos V (1364-1380), Francia encontró un hábil administrador que supo rodearse de gentes de singular valía –Nicolás Oresmes, Felipe de Mézières, Raul de Presle. La inteligente liquidación de la crisis constitucional, a que nos hemos referido y la necesidad de allegar fondos para el pago de las indemnizaciones de guerra hicieron indispensable una reorganización financiera, que dio bases sólidas al autoritarismo monárquico. Los especialistas encuentran muchos rasgos del despotismo ilustrado del siglo XVIII en la política seguida por Carlos V el Sabio. El monarca sintió el prestigio de la corona: ordenó la construcción de los castillos de Vicennes y de Beaute-sur-Marne, y fue un notable bibliófilo. A él se debe la fundación de la biblioteca del Louvre. Para proseguir la guerra contra los ingleses buscó un jefe realista, completamente desligado de la aparatosa e ineficaz estrategia de la caballería feudal, y lo encontró en el famoso bretón Bertrand Duguesclin.

El programa de Carlos V tendió, básicamente a la recuperación de Francia y a la revisión del tratado de Brétigny. Cuando subió al trono, la inquietud en el país era mantenida y fomentada por tres problemas: la agitación navarra, la guerra feudal en Bretaña y las depredaciones de las Grandes Compañías. Después de la paz de Brétigny, Carlos el Malo de Navarra, eterno conspirador siempre en contacto con los ingleses, juzgó el momento propicio para coronar sus ambiciones; pero el desastre sufrido por sus tropas en Cocherel (1364), a manos de Duguesclin, despejó la enrarecida atmósfera que sus manejos habían creado. La guerra feudal en Bretaña, a la que ya nos referimos en páginas anteriores, fue zanjada mediante una transacción por los tratados de Guérande y Avignon.

Quedaba el problema de las Grandes Compañías, que con sus depredaciones mantenían el país en un estado de inquietud constante. Carlos V envió aquellos incómodos huéspedes al reino de Castilla, en auxilio de Enrique de Trastamara, hermano bastardo de Pedro el Cruel –a quien apoyaban Inglaterra, Navarra, Granada y Portugal– que intentaba arrebatarle el trono con la complacencia de Pedro el Ceremonioso de Aragón. El plan de Carlos V tendía a un doble objetivo: deshacerse de las Compañías y asegurar la influencia francesa en Castilla. Después de las vicisitudes que se estudian en el lugar correspondiente, el plan del monarca francés logró un triunfo total: el drama de Montiel aseguró la corona castellana en las sienes de Enrique II de Trastamara (1369) y en la reapertura de las hostilidades contra Inglaterra, pudo contar con el inapreciable auxilio de la marina de Castilla.

En 1368, Carlos V denunció el tratado de Brétigny y al año siguiente, Bertrand Duguesclin, elevado al cargo de gran condestable de Francia, inició una ofensiva sistemática en Guyena, en el transcurso de la cual obtuvo éxitos notables contra las huestes adversarias del Príncipe Negro, de Robert Knolles y del duque de Lancáster. La estrella del condestable brilló sobre todo en la batalla de Pontvallain (1370). Mientras en las primeras fases de la guerra Inglaterra había triunfado gracias a la alianza flamenca y castellana, ahora la situación se había invertido. La entronización de los Trastamara en Castilla y la amenaza de una hegemonía inglesa en aguas del Canal, además del problema lanero, ya referido, soldaron la alianza francocastellana. En cuanto a Flandes, Carlos V compró su alianza restituyendo las ciudades de Lille, Douai y Orchies. En estas condiciones, la flota de Castilla derrotó a la británica en La Rochela (1372). Por su parte, Duguesclin rechazó a los ingleses hasta los muros de Burdeos y Bayona. Vencida en el mar, Inglaterra no tuvo más remedio que entrar en negociaciones. Estas se iniciaron en Brujas, para proseguir en Leulinghen. Entonces fallecieron con pocos meses de intervalo el Príncipe Negro y su padre Eduardo III (1376-1377). Las negociaciones francobritánicas desembocaron en la firma de unas treguas que duraron de 1377 a 1414. Los ingleses sólo conservaron el dominio de Burdeos, Bayona, Calais y Cherburgo.

La crisis social y política en ambas monarquías. El período de duración de las treguas a que acabamos de referirnos –1377-1414– casi coincide plenamente con el desencadenamiento de la crisis económica de la centuria. Las repercusiones sociales y políticas de la crisis dieron un acusado paralelismo a la trayectoria de Francia e Inglaterra en el período que nos ocupa.

En Francia, la minoría de Carlos VI (1380-1422), entregó el poder a sus tíos, Luis de Anjou, Felipe de Borgoña, Juan de Béry y Luis de Borbón, cuya regencia tuvo que prolongarse por la locura del monarca. Los príncipes se reparten las prebendas del reino y muy pronto sus rivalidades colocan al país al borde de la guerra civil. Como ya se ha dicho, el malestar no es exclusivo de Francia, sino que azota a todo el Occidente. En Inglaterra, la depresión económica condiciona las redobladas exigencias de la nobleza sobre el campesinado, a las que éste replica desencadenando una verdadera *jacquerie* bajo la dirección del demagogo Wat Tyler (1384). En Flandes, los artesanos, acaudillados por los tejedores de Gante, se apoderan del gobierno de las ciudades y desencadenan una verdadera revolución social, que los ejércitos franceses yugulan en la batalla de Roosebeke (1382). En la misma Francia, el pueblo de las ciudades se subleva al grito de "Viva Gante". En todas partes estalla una oleada de demagogia y de misticismo que acompaña el ocaso definitivo del mundo feudal y su sustitución por una sociedad individualista en pleno proceso de crecimiento.

La abolición del fogaje, acordada en 1381, condenó a la monarquía francesa a vivir de los recursos del dominio real, es decir, implicó el retorno al feudalismo, contra el cual había luchado la política autoritaria de Carlos V. Mientras tanto, los movimientos sediciosos de la *harelle* de Rouen, y de los *maillets* de París, anuncian la grave insurrección de los *Chaperons Blancs* de Flandes, conducente a la instauración de una república belga. La suerte del movimiento democrático desencadenado en el Occidente europeo dependía, en gran parte, de lo que ocurriese en los Países Bajos. El conde de Flandes, desbordado por los acontecimientos, recurrió a su yerno, Felipe el Atrevido de Borgoña, quien, con la ayuda de un ejército francés, obtuvo el resonante triunfo de Roosebeke, antes aludido. Ello abrió el paso a una fuerte represión. Fueron abolidos los privilegios de las ciudades flamencas y a su regreso a Francia, el ejército de Carlos VI se dedicó a perseguir a todos los comprometidos en la agitación democrática.

En esta situación se produjo el golpe teatral de Reims (1385): el rey licenció a sus tíos y entregó el poder a una coalición formada por su hermano, Luis de Orleáns, y los antiguos consejeros de su padre, los llamados *marmousets*. Mientras Carlos VI, cuya violenta locura se desencadena poco después, continúa demostrando que es incapaz de gobernar personalmente, Luis de Orleáns se encarga de la vida cortesana y de la política exterior, y los *marmousets* recaban para sí la responsabilidad de las tareas administrativas. Pero este régimen colegiado pudo evitar las funestas consecuencias que la rivalidad entre los tutores del rey, los duques de Orleáns y de Borgoña, proyectaría sobre el país. En efecto, al morir Felipe el Atrevido de Borgoña en 1404, su hijo y heredero, Juan Sin Miedo, aprovechó las desenfrenadas orgías de Luis de Orleáns para acaudillar a los descontentos y emprender una guerra sin cuartel. Tres años después, Luis caía asesinado por unos esbirros a sueldo de Juan Sin Miedo, dejando un hijo, Carlos, casado con Bona de Armagnac, hija del conde Bernardo VII. Ello desencadenó la guerra civil entre los borgoñones y los armagnacs, cuyos jefes respectivos fueron Juan Sin Miedo y Bernardo VII. Los armagnacs, es decir, el grupo orleanista, se apoyaron en las clases privilegiadas y en las fuerzas conservadoras, mientras Juan Sin Miedo de Borgoña intentó convertirse en jefe de la demagogia popular,

nuevamente desencadenada al amparo de la crisis del poder. No se trataba ya de la burguesía enriquecida de la época de Esteban Marcel, sino de la agitación desplegada por los gremios parisinos más turbulentos, en particular el de los matarifes y el de los desolladores. Cuando el radicalismo revolucionario –revolución *cabochienne*, así llamada por el nombre del agitador, Simon Caboche– echó a los burgueses y a los elementos moderados, en general, en brazos de los armagnacs, Juan Sin Miedo no vacilará en entrar en contacto con los ingleses, en busca del acuerdo que exigían las ciudades pañeras flamencas. En 1414, al reemprenderse las hostilidades en la guerra de Cien Años, la nueva fase del conflicto descansa en las rivalidades políticas entre los clanes de Orleáns y de Borgoña, y en una lucha social entre las fuerzas conservadoras y el movimiento democrático del proletariado urbano. Al frente de los primeros se encuentra la monarquía francesa, mientras la corona británica aparece acaudillando la oleada popular.

En páginas anteriores nos hemos referido al paralelismo entre la trayectoria histórica de Francia y de Inglaterra en las postrimerías del siglo XIV y los comienzos del siglo XV. El hijo y sucesor de Eduardo III, Ricardo II (1377-1399), el último monarca de la dinastía Plantagenet, después de la regencia de sus tíos, que se comportaron con parecidas miras egoístas a los de Carlos VI de Francia, quiso, una vez mayor de edad, emprender una política de tipo autoritario. Ya nos hemos referido anteriormente a la revolución *tylerista*, a la que hay que añadir las campañas místicas, nacionalistas y demagógicas de Wyclef y de los lollardos, paralelas al husitismo checo. La política autoritaria de Ricardo II necesitaba imponerse al Parlamento y procurarse directamente los indispensables recursos financieros que la hicieran viable. Para ello, el monarca practicó extorsiones y confiscó bienes, pero la oposición suscitada por su programa acabó favoreciendo las ambiciones de la Casa de Lancáster que logró encumbrarse hasta las gradas del trono en 1399.

Ricardo II, reaccionando contra el imperialismo continental de sus antecesores, quiso poner en marcha una política exterior basada en el "espléndido aislamiento" de Inglaterra. El objetivo era, pues, claro: hacer la paz con Francia abandonando las posesiones de la Corona británica al otro lado del Canal. Ello permitiría a la realeza concentrar su atención en los problemas internos y afirmar el autoritarismo monárquico frente a la aristocracia y al Parlamento.

Ya hemos aludido a la oposición suscitada por el programa de Ricardo II. La impopularidad de sus medidas encaminadas a afirmar el poder monárquico, de la que se hizo intérprete la Cámara de los Comunes, favoreció los proyectos de los Lancáster. Juan de Gante, hermano del Príncipe Negro, Eduardo de Gales, y su hijo, Enrique de Lancáster, se erigieron en cabezas visibles de la oposición contra Ricardo II. Con el concurso de la Cámara de los Comunes, que se impuso a la privilegiada de los Lores, Enrique de Lancáster destronó a Ricardo II y ciñó la corona con el nombre de Enrique IV (1399-1413).

El nuevo monarca británico se hizo intérprete del nacionalismo inglés, que exigía la continuación de la política imperialista en Francia. Enrique IV tuvo que preocuparse de consolidar la dinastía de los Lancáster. Al morir pudo legar a su hijo y heredero, Enrique V, la misión de llevar nuevamente la guerra al continente.

El imperialismo de Enrique V de Lancáster: Azincourt y tratado de Troyes. Con el nuevo rey de Inglaterra, Enrique V de Lancáster (1413-1422), sonó la hora del gran asalto del imperialismo británico medieval. Este monarca abrigó el propósito de erigirse en caudillo del Occidente para dirigir una Cruzada contra los turcos, después de lograr previamente la unificación de las monarquías francesa e inglesa. El concepto de la "doble monarquía" constituye la premisa fundamental del programa europeo de los Lancáster.

Enrique V desembarcó en Normandía, inaugurando la fase borgoñona de la guerra de Cien Años, en agosto de 1414. En octubre del año siguiente, sus tropas lograron una aplastante victoria sobre la caballería francesa al mando del conde Bernardo de Armagnac en la batalla de Azincourt. Inmediatamente, el monarca británico dejó entrever sus intenciones sobre la corona de Francia, mientras se reconciliaba con la Santa Sede –al finalizar el Cisma de Occidente– aprovechando la reacción autoritaria suscitada por la demagogia de los lollardos. Conviene recordar aquí que el conflicto francobritánico, dado el apoyo prestado a los Valois por los papas de Avignon, había soliviantado a la opinión inglesa contra el Pontificado, mientras la oleada democrática suscitada por la crisis económica había desembocado en un nacionalismo religioso, cuyo portavoz fue Wyclef. Las ideas de éste influyeron en la actitud del Parlamento y de los Lancáster, pero cuando fueron superadas por el radicalismo de los lollardos, los elementos moderados se acercaron de nuevo a la Santa Sede. Ello explica la conducta de Enrique V.

La invasión lancasteriana de Francia se realizó con la complacencia de los borgoñones, en guerra civil contra los armagnacs, según dijimos anteriormente. Después de Azincourt, el jefe del clan borgoñón, Juan Sin Miedo, plenamente convencido del triunfo final de Inglaterra, entró en tratos formales con Enrique V y se comprometió a ayudarle con todas sus fuerzas desde el momento en que las tropas británicas dominaran una parte considerable del país. Mientras tanto, su ayuda sería secreta. Ya nos referimos en páginas anteriores a la maniobra audaz de Juan Sin Miedo de erigirse en jefe de la oleada democrática de las ciudades. En realidad la jefatura de este movimiento, en Francia, revertía ahora a los Lancáster. El proselitismo inglés del clan borgoñón contaba con el valioso apoyo del pueblo de París.

Bajo tales premisas, Enrique V inauguró la campaña de 1417. Derrotó frente a las costas de El Havre a una flota genovesa al servicio de los Valois y en rápidas incursiones logró adueñarse de las plazas de la Baja Normandía. Prosiguiendo su ofensiva, los ingleses extendían su dominación como una mancha de aceite–Rouen, Auge, Cotentin, Cherburgo, etc. Estos éxitos desencadenaron la furia revolucionaria en París, de donde fueron expulsados los armagnacs después del asesinato de su jefe, Bernardo VII. La capital cayó en manos de Juan Sin Miedo, quien a duras penas pudo contener el furor de las turbas.

Mientras el avance británico progresaba en dirección a la Ile de France, los restos del partido armagnac se reagruparon alrededor del delfín, el futuro Carlos VII, quien reunió un Parlamento en Poitiers, decidido a impulsar la resistencia del país contra la coalición angloborgoñona. Pero Enrique V pretende reinar efectivamente en Francia y para ello abriga el propósito de contraer matrimonio

con la princesa Catalina, hija de Carlos VI, con lo que la causa del delfín quedaría descartada. La solución definitiva estaba en manos de Juan Sin Miedo. En un supremo intento de conciliación de todos los franceses para formar un frente compacto contra los Lancáster, el círculo armagnac que rodeaba al delfín Carlos convino una entrevista entre éste y el duque de Borgoña, que se celebró en Pouilly (11 de julio de 1419). Acordadas nuevas conversaciones en el puente de Montereau, sobre el Yonne, los séquitos respectivos de ambos príncipes desenvainaron sus espadas y Juan Sin Miedo murió asesinado. Recordemos que la muerte de Luis de Orleáns en 1407 había desencadenado la guerra civil entre los borgoñones y los armagnacs. El asesinato de Juan Sin Miedo en 1419 abrió la puerta a la dominación inglesa en el corazón de Francia.

Al difundirse este hecho en las ciudades, el partido popular y borgoñón se impuso completamente, mientras el hijo y heredero de Juan Sin Miedo, Felipe el Bueno (1419-1467), vio en el atentado la justificación suficiente para entrar en abierta alianza con Enrique V de Inglaterra. En compensación, éste se comprometió a ayudarle en sus propósitos de adueñarse de todo el ámbito de los Países Bajos. El delfín Carlos, que en aquel momento representaba la conciencia nacional e intentaba reconquistar una por una todas las fortalezas perdidas, era considerado como un perturbador del orden y un enemigo de la paz. El supremo intento del obispo de París, Gérard de Montagu, de agrupar a todos los franceses alrededor del delfín para luchar después contra los ingleses, no condujo a ningún resultado práctico. Felipe el Bueno de Borgoña no pensaba más que en vengar a su padre y cuando logró la adhesión de la reina Isabel al plan lancasteriano, era inevitable la capitulación de Francia ante Inglaterra.

En efecto, las negociaciones entre Enrique V de Lancáster, el duque de Borgoña y la reina Isabel desembocaron el 21 de mayo de 1420 con la firma del tratado de Troyes. El delfín fue audazmente desheredado bajo la acusación de haber cometido crímenes horribles y se acordó el matrimonio de su hermana Catalina de Francia con el rey de Inglaterra. A la muerte del rey loco, Carlos VI, la corona recaería en Enrique V y luego en sus herederos. La doble monarquía se convertía en una realidad oficial. El tratado fue jurado en Troyes y en París, y el 2 de junio siguiente se celebró en la catedral de Troyes el matrimonio entre Catalina de Francia y Enrique V. La primera aportó a su marido, en dote, el reino de las flores de lis. Los representantes del pueblo de París, en respuesta a una carta del rey de Inglaterra, declararon su satisfacción por el acontecimiento. Recordemos que el tratado de Troyes fue negociado por el grupo borgoñón, cuyas relaciones con el movimiento democrático ya conocemos. El Parlamento y la Universidad de París, así como los Estados Generales del reino, aceptaron el hecho consumado. De momento, al menos, el imperialismo lancasteriano había triunfado en toda la línea con el tratado de Troyes, que implicó la revisión del conflicto dinástico planteado en 1328 en favor de Inglaterra.

IV

EL FIN DE LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS Y LAS CRISIS INGLESA Y FRANCESA. LOS INTENTOS BORGOÑON Y PIRENAICO

La revisión del tratado de Troyes: cisma monárquico en Francia. Frente al tratado de Troyes de 1420, al que acabamos de referirnos, el grupo armagnac, que rodeaba al delfín Carlos en Berry, encarnó la resistencia asumiendo la voluntad del sentimiento nacional francés. Muy pronto el imperialismo lancasteriano de la doble monarquía y de la hegemonía en el Occidente europeo pudo comprobar que donde las fuerzas angloborgoñonas no dominaban, el tratado de Troyes carecía de virtualidad. Ya en 1421 Enrique V dióse perfecta cuenta de que la combinación diplomática por sí sola no había resuelto el problema francés y de que sería indispensable la sistemática ocupación militar del país. La muerte inesperada, al año siguiente, del monarca inglés (31 de agosto) y del rey loco, Carlos VI (21 de octubre), precipitó los acontecimientos.

En efecto, en virtud de lo acordado en Troyes, el hijo de Catalina de Francia, Enrique VI, nacido el 6 de diciembre de 1421, proclamado ya rey de Inglaterra a la muerte de su padre Enrique V, lo fue también en Francia con el fallecimiento de su abuelo Carlos VI. Al declinar la regencia el duque de Borgoña, Felipe el Bueno, asumió el cargo un inglés: el duque de Bedford, tío del rey niño. Mientras tanto, el delfín Carlos, al tener noticia de la muerte de su padre, decidió tomar el título de rey con el nombre de Carlos VII. Francia se encontraba abocada a un cisma monárquico entre el rey de París, Enrique VI, y el rey de Bourges, Carlos VII.

El cisma monárquico desencadena la guerra civil, la anarquía y el bandolerismo; fenómenos agravados por las repercusiones sociales de la depresión económica y de las grandes devaluaciones monetarias. Las victorias militares de Enrique V, la alianza angloborgoñona y el tratado de Troyes han dado a los Lancáster una situación preponderante. En 1422, los ingleses detentan la mayor parte del suelo francés. Poseen Normandía y Guyena, los viejos feudos de los Plantagenet reconquistados por Enrique V, y las regiones de Picardía, Champaña e Ile de France anexiones recientes de los Lancáster, así como la soberanía de Bretaña. La capital, París, está en sus manos y las grandes instituciones del reino —el Parlamento y la Universidad— han reconocido a Enrique. Por otra parte, la alianza borgoñona les asegura la fidelidad de Flandes, el Artois, la Borgoña propiamente dicha y los feudos imperiales de los Países Bajos y del Franco-Condado. Carlos VII se ve reducido al dominio de las provincias centrales del país: Berry, Orleanesado, Turena, Poitou y Anjou, a las que se añaden, al Este, Sur y Oeste, el Delfinado, la región de Lyon, Provenza, Auvernia, Languedoc, parte de la Saintonge y la plaza de La Rochela.

La reapertura de las hostilidades. Entre 1422 y el episodio crucial de la guerra constituido por el sitio de Orleáns y la aparición de Juana de Arco (1428-1429), la ventaja se inclina, primero, del lado de los Lancáster, para dar luego un giro en favor de Carlos VII, y volver de nuevo al punto de partida.

En la primera fase, los ingleses se beneficiaron no sólo del apoyo del duque de Borgoña, que cubrió sus flancos nórdico y oriental, sino también del concurso del duque de Bretaña, Juan V, en el Oéste, y del conde de Foix, Juan I, cuya rivalidad con la casa de Armagnac hizo que contrarrestara en el *Midi* la fidelidad del Languedoc a la causa de Carlos VII. La serie de éxitos británicos culmina con la brillante victoria lograda por el regente, duque de Bedford, en Verneuil (17 de agosto de 1424). Verneuil fue un éxito semejante a los de Crècy, Poitiers y Azincourt.

La situación se invirtió bruscamente cuando el duque de Gloucester, hermano del regente Bedford, pretendió apoderarse del Hainaut, por cuya causa entró en conflicto con el duque de Borgoña, Felipe el Bueno. Por otra parte, Carlos VII logró atraerse al hermano del duque de Bretaña, Richemont, ofreciéndole la espada de condestable, mientras en el *Midi*, Juan I de Foix y Mateo de Castellbó abandonaban la causa inglesa. Pero la capacidad maniobrera del duque de Bedford logró volver las aguas a su cauce y los ingleses reemprendieron la ofensiva. Sus tropas lograron éxitos de consideración en Champaña, y en el Oeste –conquista de Pontorson por Warwick. Aprovechando la coyuntura favorable, uno de sus jefes, Salisbury, al frente de un poderoso ejército, puso sitio a la plaza de Orleáns, llave del Loira, el 12 de octubre de 1428.

La lucha por Orleáns: Juana de Arco. El pragmatismo británico ignoró en aquel momento que la plaza de Orleáns se encontraba protegida por una doble salvaguardia. En efecto, el señor de la ciudad, Carlos de Orleáns, había caído prisionero en la batalla de Azincourt y los ingleses se habían comprometido a respetar sus dominios por un tratado. Por otra parte, el ataque equivalía a rehusar la observancia de una costumbre feudal, que prohibía todo acto de hostilidad contra el dominio de un señor incapacitado para acudir en su defensa. Como escribe Calmette, el sitio de Orleáns hizo el efecto de un atentado impío. Orleáns fue el símbolo que hizo cristalizar el sentido nacional de los franceses. Todavía continuaba entonces la magnífica defensa de Mont-Saint-Michel, la fortaleza que jamás se rindió a los ingleses. Pero esta defensa apasionó sólo al declinante mundo feudal, mientras que la resistencia de Orleáns caló muy hondo en el alma del pueblo. Las corrientes místicas llegaron a identificar la lucha por la plaza del Loira con un juicio de Dios.

Un esfuerzo desesperado a cargo del conde de Clermont para interceptar un convoy de provisiones del enemigo acabó en un desastre: las huestes francesas fueron derrotadas en Rouvray (12 de febrero de 1429). Esta acción se conoce con el nombre de "batalla de los arenques", puesto que los víveres consistían en arenques salados destinados a la alimentación de los soldados en tiempo de Cuaresma. Cuando se desesperaba ya de poder salvar la plaza, entró en juego Juana de Arco, que realizó el prodigio de unir a los franceses bajo la bandera de un poderoso movimiento de piedad monárquica.

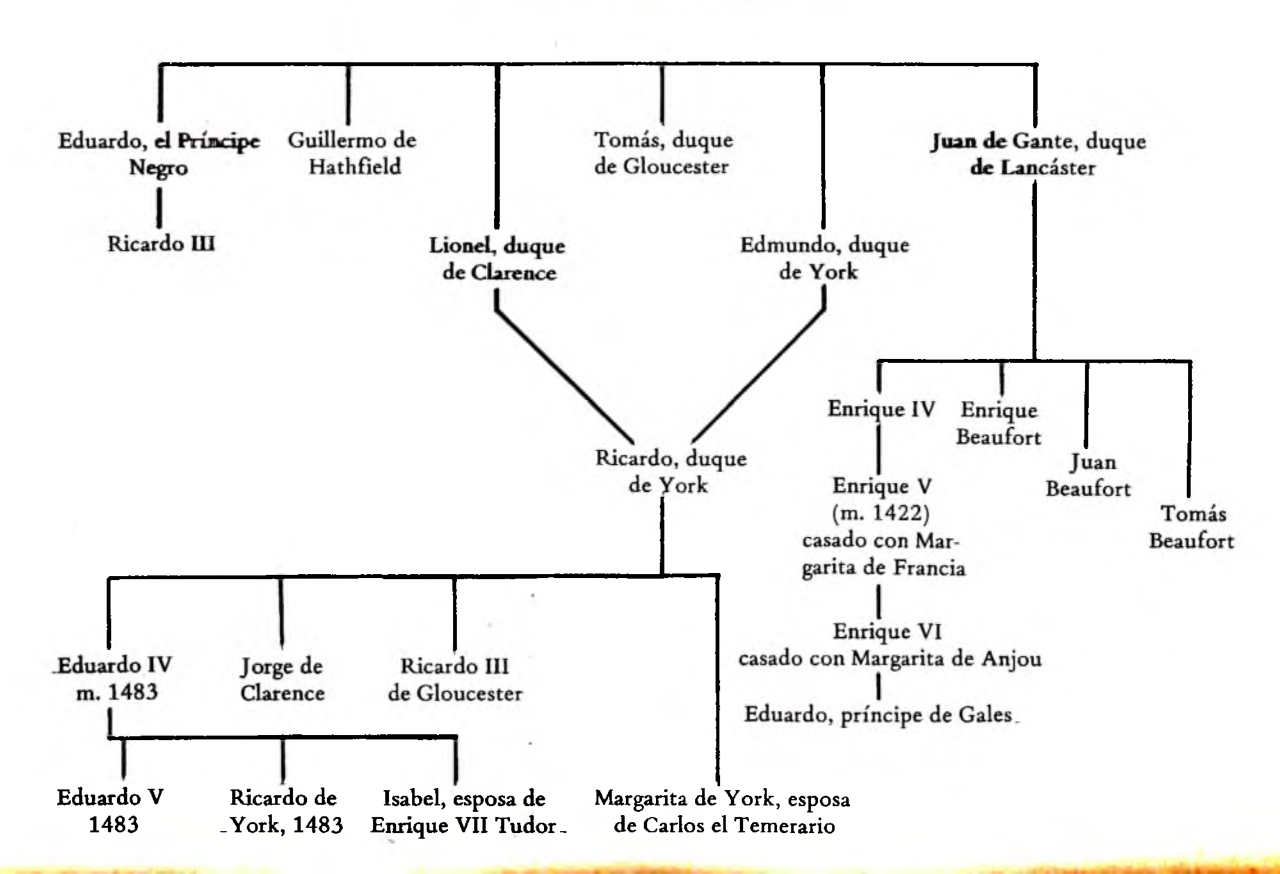
Juana de Arco, la "doncella de Orleáns", nacida en Domremy el 6 de enero de 1412, de un matrimonio campesino, fue educada en un ambiente de religiosidad franciscana y de misticismo. A los trece años, tuvo la primera visión sobrenatural en el huerto de sus padres: una voz acompañada de unos rayos de luz la exhortó a ser buena. Luego las visiones se hicieron más frecuentes hasta serle revelado que debía acudir al lado del rey y que ella liberaría la plaza de Orleáns del cerco británico.

Después de vencer muchas dificultades, Juana logró presentarse al rey de Bourges en Chinon, el 23 de febrero de 1429, saludándole en estos términos: "*Je suis venue avec mission de par Dieu de donner secours au roy et au royaume, et vous mande le Roi des Cieux par moy que serez sacré et couronné à Reims, et serez lieutenant du Roi des Cieux, qui est roi de France*". En una entrevista secreta con el monarca, Juana descubrió "la solución mística del problema nacional", al revelar a Carlos VII su legitimidad. Como escribe Calmette, "humanamente insoluble, el problema del cual dependía la suerte del país, el del nacimiento de Carlos VII, fue resuelto de un modo divino, Juana descifró el enigma en nombre del Omnisciente. ¿Qué creyente podía dudar desde entonces? El deber apareció con toda claridad. En el momento decisivo, el misticismo fue el resorte principal de la Historia. En adelante, Francia tendría un solo rey"

Para liberar la plaza de Orleáns, Juana insistió en que debía ponerse a la cabeza de las fuerzas francesas. Una doble encuesta, en Chinon y Poitiers, se pronunció en favor de la Doncella, y los hombres de armas aceptaron combatir a sus órdenes. Juana fue considerada como enviada del Cielo: el ejército no obedecería a una mujer, sino a "una criatura en forma de mujer". Después de exhortar al rey de Inglaterra, en un famoso manifiesto, a evacuar las tierras francesas, la Doncella logró introducir un convoy con víveres a los sitiados de Orleáns, cantando las estrofas del *Veni Creator*. Luego penetró ella en la plaza sitiada y dirigió furiosos contraataques contra los asaltantes, hasta que, completamente desmoralizados, los ingleses emprendieron la retirada el domingo 8 de mayo de 1429. Orleáns había sido liberada por la Doncella.

Esta victoria tuvo una resonancia inmensa. Luego, los contingentes fieles a Juana de Arco emprendieron operaciones de limpieza en el valle del Loira con el fin de poder realizar el segundo punto del programa: la consagración de Carlos VII en la catedral de Reims, que, en efecto, tuvo lugar el 17 de julio del mismo año. Después de la consagración de Carlos VII como rey de Francia, comenzaron los sinsabores para Juana de Arco, que no terminaron hasta la hoguera de Rouen. Los manejos egoístas del favorito del monarca, el gran chambelán La Trémouille, y el genio versátil del rey, paralizaron las operaciones militares en el momento en que los ingleses se batían en retirada en todas partes. Juana fracasó en sus intentos de apoderarse de París y al acudir en auxilio de Compiègne, atacada por los borgoñones, fue capturada por éstos el 24 de mayo de 1430. Felipe el Bueno la entregó a los ingleses por 10 000 escudos de oro. Para desacreditar a Juana era preciso arrebatarle su aureola, La Doncella fue procesada por un tribunal eclesiástico presidido por Pierre Cauchon, obispo de Beauvais y partidario de la doble monarquía. El proceso, celebrado en Rouen, condenó a Juana de Arco a la hoguera por hereje, relapsa, apóstata a idólatra (30 de mayo de 1431). Con su

INGLATERRA: LOS DESCENDIENTES DE EDUARDO III



muerte, la Doncella de Orleáns aseguró el triunfo de la causa de Francia. Las poderosas corrientes místicas del pueblo vieron en el martirio de Juana la prueba de su santidad y la de la misión divina de la monarquía.

El tratado de Arras y la conquista de Normandía y Guyena. Mientras Francia se dispone a continuar la lucha contra los ingleses, Felipe el Bueno de Borgoña, una vez lograda la integración de los principados de los Países Bajos, busca un acuerdo con Carlos VII. El borgoñón dióse perfecta cuenta en aquel momento de que la doble monarquía implicaría una grave amenaza para sus dominios. Con ayuda de la diplomacia pontificia, Felipe el Bueno convocó una conferencia en Arras (1435) y, al ponerse de manifiesto la imposibilidad de llegar a un acuerdo entre los Valois y los Lancáster, se firmó la paz por separado entre Francia y Borgoña. El tratado de Arras, con el cambio de frente borgoñón, rompió el equilibrio de fuerzas: Inglaterra había perdido la guerra.

Consecuencia inmediata del tratado de Arras fue la ocupación de París por las fuerzas de Carlos VII, quien pudo hacer su entrada en la capital en 1437. El agotamiento y las presiones de la diplomacia pontificia impusieron las treguas de Tours, de 1444, que durarían hasta 1449.

Francia aprovechó las treguas para reorganizar el ejército y las finanzas. En 1449, según acabamos de decir, se reanudaron las hostilidades a consecuencia de la intervención inglesa en Bretaña, contra el duque Francisco I de Montfort, que había prestado homenaje a Carlos VII. Entonces sonó la hora de recuperar la Normandía, según la expresión del cronista de la época, Berry. Entre octubre de 1449 y agosto del año siguiente, los capitanes de Carlos VII lograron apoderarse de Rouen y de Cherburgo. Con la ocupación de esta última plaza, los ingleses se vieron expulsados del Norte de Francia y reducidos al Sudoeste, es decir, a la Guyena.

La conquista de Guyena fue más difícil puesto que el comercio del vino entre Burdeos y los puertos ingleses había creado fuertes lazos de solidaridad entre la población del ducado y la corona británica. Burdeos cayó en manos de los franceses, por vez primera, el 12 de junio de 1451, y Bayona, el 20 de agosto siguiente. Pero los ingleses lograron recuperar Burdeos el 23 de octubre de 1452 para perderlo definitivamente un año después, a raíz de la derrota de Castillon. Esta batalla implicó la caída del baluarte británico del Sudoeste en poder de Carlos VII. En adelante, los ingleses quedaron reducidos a la plaza de Calais. Para celebrar sus triunfos, Carlos VII ordenó acuñar medallas conmemorativas y revisar el proceso de Juana de Arco.

La guerra de las Dos Rosas y la afirmación del autoritarismo monárquico en Inglaterra. Al sonar la hora de los desastres en la guerra de los Cien Años, Inglaterra experimentó una grave crisis interna, conocida con el nombre de guerra de las Dos Rosas, de la que debía salir la afirmación del autoritarismo monárquico por el primer Tudor, Enrique VII. La dinastía de Lancáster, que había triunfado con la afirmación del imperialismo británico en el continente, no pudo resistir la prueba de los desastres. Sus mismos derechos fueron puestos en duda. Como demuestra el cuadro genealógico adjunto, el heredero más cercano de Ricardo II

era Ricardo de York, y no los descendientes de Juan de Gante. Los York escogieron como emblema la rosa blanca y los Lancáster la roca encarnada.

La guerra estalla en 1460 y las clases aristocráticas se enfrentan furiosamente. Destaca el conde de Warwick, jefe del clan Neville, partidario de los York. En áspera lucha con la reina, Margarita de Anjou, Ricardo duque de York, se convierte en *protector* y logra una notable victoria en Northampton, seguida, a los pocos meses, del desastre de Wakefield (1460), en el que perdió la vida. Su hijo y heredero Eduardo triunfa a su vez en Towton y el rey Enrique VI es encerrado en la Torre de Londres.

Entonces inaugura su reinado Eduardo IV de York bajo la tutela del conde de Warwick, quien se opone a las tentativas de los Lancáster-Anjou. Cuando Eduardo se emancipa de la tutela de Warwick y contrae matrimonio con Isabel Grey, del clan de Woodwille, el poderoso magnate pasa a la oposición, se reconcilia con Margarita de Anjou con la intervención de Luis XI de Francia y entroniza de nuevo a Enrique VI. Pero cuando Luis XI quiere apurar las ventajas y sueña con una coalición anglofrancesa dirigida contra Carlos el Temerario de Borgoña, cuñado de Eduardo IV, los dos afectados reaccionan vigorosamente: Warwick fue derrotado y muerto en Barnet (1471), y Eduardo IV, definitivamente entronizado en Londres (1471-1483). A su muerte, la corona pasó a Enrique VII Tudor, heredero conjunto de los York y los Lancáster, quien consolidó la nueva dinastía después del brillante triunfo cosechado en Bosworth.

La guerra de las Dos Rosas diezmó a la nobleza británica y afirmó la supremacía de la Cámara de los Comunes sobre la de los Lores. Con el advenimiento de Enrique VII terminó la crisis feudal y quedó establecida la paz, mientras se inauguraba en Inglaterra la era del autoritarismo monárquico. Un tribunal supremo de justicia, la "Cámara Estrellada", afirmó la preeminencia del monarca sobre el complejo feudal en descomposición.

A partir de 1471, Eduardo IV y luego Enrique VII, dieron entrada en la Cámara de los Lores a una nueva nobleza de origen real, encargada de defender en el Parlamento la voluntad del monarca. Por otra parte, la destrucción del régimen señorial durante la guerra de los Cien Años impuso una profunda reorganización en la Cámara de los Comunes. Como los Estados Generales en Francia, el Parlamento inglés constituía la representación de los cuerpos privilegiados: la nobleza, el clero y las ciudades. Pero la ruina del régimen señorial, la especulación de los burgueses sobre las fincas rústicas y los acotamientos (*enclosures*) que durante la guerra civil realizaron los propietarios para favorecer la cría de carneros ante el desenvolvimiento de la industria pañera y la exportación de lanas a Francia, puso de relieve un nuevo estado de cosas que era preciso afrontar. En efecto, Enrique VII se erigió en protector de los campesinos y les dio entrada en la Cámara de los Comunes, perdiendo los burgueses el monopolio de la representación del tercer estado. El monarca dispuso que los condados eligiesen representantes y atribuyó el derecho electoral a todos los poseedores de fincas que proporcionasen una renta de 40 shellings. Como observa Pirenne, el derecho público acababa de franquear una importante etapa, atribuyendo los derechos políticos no sólo al nacimiento, sino también a la fortuna, a la riqueza. Había nacido el régimen censitario.

La liquidación de la guerra de los Cien Años: el tratado de Picquigny. Hasta el tratado de Picquigny de 1475, que resolvió definitivamente el largo conflicto francobritánico, Luis XI de Francia, rey desde 1461, vivió con la pesadilla del peligro inglés, a pesar de sus maniobras diplomáticas durante la guerra de las Dos Rosas, a que nos hemos referido. La situación se complicó extraordinariamente con la crisis feudal francesa y los proyectos imperialistas de Carlos el Temerario de Borgoña, que después estudiamos.

En 1474, el tratado de Londres entre Carlos el Temerario y Eduardo IV persiguió la desmembración de Francia y el reparto de la herencia de los Capetos entre Borgoña e Inglaterra. Eduardo IV desembarca en Calais el 4 de julio con fuerzas numerosas para iniciar la última campaña de la guerra de los Cien Años, pero encuentra resistencias por todas partes. Un ataque a la plaza de San Quintín termina en un fracaso, mientras Carlos el Temerario se ve inmovilizado por la diplomacia de Luis XI. El monarca inglés, desilusionado ante los obstáculos de una campaña que se le había anunciado como un simple paseo militar, se decide a negociar a espaldas del Temerario. El 14 de agosto de 1475, en Dives, fue firmado el armisticio entre Francia e Inglaterra. Los delegados británicos, después de haber solicitado por pura fórmula, los ducados de Normandía y Guyena, hicieron proposiciones concretas, que los franceses aceptaron sin vacilar: Eduardo IV se daría por satisfecho si Luis XI le pagaba, inmediatamente, 75 000 escudos como indemnización de guerra, más una pensión anual de 50 000, y si se comprometía a pactar el matrimonio del delfín con una princesa inglesa.

El armisticio de Dives implicó el fin de la guerra de los Cien Años. Una entrevista celebrada en Picquigny pocos días después entre Eduardo IV y Luis XI dio lugar a la firma de varias convenciones diplomáticas que solucionaron definitivamente el conflicto. La primera convención consiste en una tregua de siete años, duradera hasta el 29 de agosto de 1482, con la libertad de comercio entre los súbditos respectivos. El segundo acto dispone que el rey de Francia pagará 75 000 escudos al de Inglaterra, quien, satisfecha la suma, regresará a su país, dejando rehenes en garantía de la retirada de las fuerzas militares. Un tercer acto dispone que ambos reyes permanecerán unidos toda la vida. Para sellar la unión entre ambas dinastías, el delfín Carlos contraerá matrimonio con la princesa Isabel, hija de Eduardo, y Luis XI asignará a su nuera una renta de 60 000 escudos. La última convención estipula que Luis XI satisfará anualmente a Eduardo, a partir de 1476, una pensión de 50 000 escudos. La victoria final de Francia había impedido la unión dinástica de las dos monarquías, en las que la guerra había contribuido a desarrollar la conciencia nacional. Es digno de tener en cuenta el hecho de que, en Gran Bretaña, la lengua inglesa reemplazó a la francesa entre las clases aristocráticas y como idioma oficial en los actos administrativos. El fin de la guerra de las Dos Rosas y el de la de los Cien Años implicó para Inglaterra el abandono de la política continental y la activa preparación para las empresas marítimas.

La crisis feudal y la afirmación del autoritarismo monárquico en Francia. En el transcurso de la guerra de los Cien Años, la formación de la unidad territorial francesa se confunde con el acrecentamiento del dominio real. En 1349, Felipe VI

de Valois compró la ciudad de Montpellier al rey de Mallorca y, en 1378, adquirió el Delfinado, que formaba parte del antiguo reino de Arlés. Con ello las fronteras de Francia llegaron a los Alpes. Sin embargo, la persistencia de las ideas feudales explica que mientras el rey centraliza al país bajo su autoridad directa al mismo tiempo lo desmembra confiriendo a sus hijos segundones grandes dominios o apanages. Así, Juan II el Bueno entrega a sus hijos Borgoña, Maine, Anjou, Berry y Auvernia.

Ya sabemos que Carlos VII recorrió las primeras etapas hacia la instauración del autoritarismo monárquico en Francia, mediante una serie de reformas financieras, militares y administrativas impuestas por la guerra, mientras procuraba, con la ayuda de grandes capitalistas como Jacques Coeur, impulsar el desarrollo económico del país. Pero el feudalismo era todavía poderoso y en 1440 se alzó en armas contra el monarca, desencadenando el movimiento llamado de la *Praguería*, cuyos jefes fueron el delfín Luis –futuro Luis XI–, los duques de Borbón y de Alençon y el conde de Armagnac. Si bien Carlos VII se impuso fácilmente, los grandes señores feudales todavía intentaron un último esfuerzo durante Luis XI.

La primera crisis del nuevo reinado fue la del "Bien Público". Al subir al trono, el monarca reacciona sistemáticamente contra la situación anterior –revocación en masa de los funcionarios, supresiones de pensiones y privilegios, vejaciones fiscales contra el clero, restricciones en los derechos de caza de los nobles. Los descontentos se alían bajo la jefatura de grandes señores feudales como Carlos el Temerario, conde de Charolais y heredero de Borgoña, Francisco II de Bretaña y el hermano del rey, Carlos de Francia. El feudalismo sublevado intenta captarse las simpatías de la opinión e invoca el *Bien Público*, pero las clases burguesas se desentienden de la aventura. La indecisa batalla de Montlhery (1465), la resistencia de París y la habilidad del monarca –la "araña universal"– desembocaron en los tratados de Conflans y de Saint-Maur, que implicaron una regresión en el camino de la unidad francesa. Los conjurados obtuvieron pingües compensaciones: Carlos de Francia recibió en *apanage* el ducado de Normandía. Pero Luis XI reaccionó muy pronto. Dándose cuenta de los peligros que entrañaba un duque sospechoso en Normandía, situada entre Bretaña y Borgoña, y dispuesto a hacer el juego a Inglaterra, ocupó el ducado normando con el pretexto de los tratos de su hermano con la corte de Londres. Luego el monarca se traslada a Péronne para negociar un acuerdo con Carlos el Temerario, que acaba de suceder a su padre Felipe el Bueno como duque de Borgoña (1468). La estancia del rey en la ciudad borgoñona coincide con una insurrección de los habitantes de Lieja contra Carlos el Temerario, quien, indignado, hace caso omiso del salvoconducto otorgado a su regio huésped y le impone el tratado de Péronne: Luis XI tiene que pasar por la humillación de acompañar al Temerario en la expedición punitiva contra Lieja, aliada secreta del rey de Francia, y se obliga a compensar a Carlos de Francia o de Berry, su hermano, de la pérdida de Normandía cuya inalienabilidad respecto de la corona habían decretado los Estados Generales reunidos en Tours.

De nuevo, la consumada habilidad de Luis XI logra restablecer la situación. Consigue que su hermano, Carlos de Francia, acepte la Guyena en vez de la

Champaña –compensación acordada en Péronne– con lo que le aleja de la esfera de influencia del Temerario. Por otra parte, la restauración de los Lancáster en Inglaterra significa un grave contratiempo para Carlos el Temerario, cuñado de Eduardo IV de York, mientras la muerte del duque de Guyena constituye otra baza importante para la causa de Luis XI.

Sin embargo, la decoración cambia rápidamente. Las incidencias de la guerra de las Dos Rosas, ya referidas, acaban favoreciendo a Eduardo IV, quien en estrecha alianza con el Temerario –tratado de Londres, 1474– se dispone a recomenzar la contienda de los Cien Años. Por su parte, el duque de Borgoña, acusando a Luis XI de la muerte de su hermano, Carlos de Francia, pretende resucitar la Liga del Bien Público. Como escribe Calmette, de 1472 a 1475, Francia experimenta la amenaza de una coalición de la nobleza del país con Borgoña e Inglaterra y Juan II de Aragón, cuya política diplomática a raíz de la revolución catalana desatada en 1462 se examina en el capítulo siguiente. Pero Luis XI acaba por triunfar. El viraje de 1475 –tratado de Picquigny– y la muerte de Carlos el Temerario en Nancy, rompen definitivamente el equilibrio entre el feudalismo y la Corona, la que desde este momento se orienta decididamente hacia una nueva época. Luis XI salvó a Francia del imperialismo británico, del peligro borgoñón y de los manejos de los señores feudales, y a su muerte en 1483, el triunfo del autoritarismo monárquico era indiscutible.

El ensayo borgoñón: Carlos el Temerario. En los albores de la Modernidad, dos vigorosas personalidades, Carlos el Temerario de Borgoña y Gastón IV de Foix, intentaron transformar sus dominios en formaciones imperialistas, destinadas a ocupar un destacado primer plano en el concierto de pueblos del Occidente europeo. El duque borgoñón soñó con la creación de la "Gran Borgoña" –resurrección ampliada de la antigua Lotaringia, es decir, un gran Estado entre Francia y el Imperio. El conde de Foix aspiró a fundar un gran imperio pirenaico, sólidamente asentado en ambas vertientes de la cordillera. Las dos personalidades, en consecuencia, quisieron potenciar núcleos geohistóricos que serían absorbidos con la consolidación de las directrices políticas de los grandes Estados –unidad francesa por Luis XI, unidad española por los Reyes Católicos– y que, por otra parte, eran incompatibles con la concepción geométrica de las fronteras rígidas, involucrada en el racionalismo renacentista.

Al fallecer sin sucesión en 1361 el duque de Borgoña –territorio entre Saboya y Champaña– Felipe de Rouvres, heredó el ducado el rey de Francia, Juan el Bueno, quien lo cedió a su hijo segundo, Felipe el Atrevido, mientras la corona francesa recaía en el primogénito, Carlos V. Este, para descartar la influencia inglesa en los Países Bajos, gestionó el matrimonio de su hermano con Margarita, heredera del condado de Flandes, cuya mano había sido prometida al duque de Cambridge por el tratado de Douvres de 1364. La boda entre Felipe el Atrevido y Margarita se celebró en Gante en 1369 y, de momento, constituyó un éxito francés. Los territorios de los Países Bajos, paulatinamente desgajados del Imperio en beneficio de Francia, constituían un potente núcleo económico –industria textil– y adquirían cada día mayor importancia tanto por su óptima situación geográfica cuanto por centrarse en ellos gran parte de la

rivalidad entre Francia e Inglaterra. A principios del siglo XIII, la derrota británica de Bouvines colocó el condado de Flandes bajo la estrecha dependencia francesa; pero la posterior rebeldía de las ciudades flamencas y el estallido de la guerra de los Cien Años hizo que de nuevo los condes de Flandes se convirtieran en árbitros de las querellas entre las dos poderosas monarquías de Occidente.

Con el matrimonio entre Felipe el Atrevido de Borgoña y Margarita de Flandes, quedó constituido un vasto conglomerado territorial, cuyo núcleo radicaba en la encrucijada de caminos de Borgoña. Flandes y Borgoña, asociadas por una unión personal, tendieron a juntarse a través de Champaña y de Lorena, y a engrandecerse hacia el Zuiderzée y el curso del Rin, mientras la vecindad de la Borgoña condal o Franco Condado a los cantones suizos, señalaba otra posible meta expansiva. Hemos dicho antes que el enlace de Felipe el Atrevido con Margarita de Flandes constituyó, en principio, un éxito francés. Lo fue atendiendo a la rivalidad inglesa; pero el engrandecimiento de Borgoña, consecuencia del mismo, llegó a constituir una gravísima amenaza para Francia. En efecto, los grandes duques borgoñones de la dinastía Valois, cada vez menos franceses, se dejaron ganar por la influencia flamenca que implicaba un acercamiento a Inglaterra. Cuando ello sea una realidad, Francia conocerá los momentos más comprometidos de la guerra de los Cien Años. Y cuando en Arras (1435) Borgoña incline su potencialidad del lado francés, este país se verá libre de la presión británica.

Felipe el Atrevido desarrolló una inteligente política matrimonial, de la que hizo un verdadero sistema. En 1385 casó a su hijo y heredero, Juan, con Margarita de Baviera, y a su hija, Margarita, con el hermano de esta última, Guillermo. Fruto de sus combinaciones fue la incorporación de los territorios de Limburgo y Brabante, que constituían un primer paso sólido hacia el dominio total de los Países Bajos.

A la muerte de Felipe el Atrevido en 1404, heredó el conglomerado borgoñón su hijo Juan Sin Miedo (1404-1419), quien siguió las huellas de la política paterna, aunque obrando con mucha mayor independencia respecto de Francia. Juan Sin Miedo actuó como príncipe flamenco, es decir, miró con buenos ojos a Inglaterra, mientras procuraba apurar las posibilidades que la debilidad del Imperio le deparaba en el Norte de sus dominios. Su sobrino, Juan de Brabante, casó con Jacqueline de Baviera, heredera del Henaut y de Holanda. Apoyando al obispo de Lieja, Juan de Baviera, logró cosechar la gran victoria de Othée, en la que las armas borgoñonas ganaron un gran prestigio. Ello proyectó hasta la cuenca del Mosa la influencia de Juan Sin Miedo.

La alianza angloborgoñona causó a Francia el desastre de Azincourt (1415) y el desplazamiento de los armagnacs por el partido borgoñón en el gobierno francés. Pero Juan Sin Miedo apenas pudo gozar de su triunfo, pues fue asesinado por orden del delfín el 10 de septiembre de 1419 (drama del puente de Montereau).

La obra de Juan Sin Miedo fue proseguida con renovados esfuerzos por su hijo y sucesor, Felipe el Bueno (1419-1467), quien reafirmó la alianza británica con objeto de coronar la obra de la unificación política de los territorios del Mosa y del Escalda. En 1421 adquirió el condado de Namur y poco después logró que

Jacqueline de Baviera le cediese el Henaut, Holanda y Zelanda. Las anexiones prosiguen con la adquisición de Brabante, Limburgo y Luxemburgo, mientras los señoríos eclesiásticos de Lieja, Cambrai y Utrecht se ven obligados a reconocer el protectorado de Felipe el Bueno. Con los territorios anexionados a su corona, el duque borgoñón formó los "Países Bajos", denominación que aparece en este momento.

El gran imperio borgoñón, sueño del hijo de Felipe el Bueno, Carlos el Temerario, estaba en marcha. En 1435, consolidado su poderío, Felipe el Bueno firmó con Francia la paz de Arras, cuya importancia por lo que se refiere a consolidar la situación francesa en la guerra de los Cien Años ya conocemos. Si bien Felipe el Bueno no pudo lograr que el emperador le concediera el título de rey, se consideró como un verdadero soberano y con ocasión de su matrimonio con Isabel de Portugal creó la famosa Orden del Toisón de Oro, rival de las Ordenes reales. La corte borgoñona alcanzó entonces un esplendor inusitado, mientras el prestigio de Felipe el Bueno le autorizaba a presentarse como jefe de la proyectada Cruzada europea para rescatar la ciudad de Constantinopla, caída en poder de los turcos en 1453.

El hijo y sucesor de Felipe el Bueno, Carlos el Temerario (1467-1477), aspiró a rematar el proceso de crecimiento del conglomerado borgoñón transformándolo en una gran potencia europea, entre Francia y el Imperio. Violento, infatigable, apasionado e impulsivo, Carlos el Temerario quiso ceñir sus sienes con una corona real y crear la "Gran Bretaña". Para ello, la tarea inmediata debía consistir en soldar territorialmente los conglomerados septentrional y meridional de sus dominios, es decir, Flandes y Borgoña, mediante la conquista de Alsacia y Lorena.

El gran adversario de Carlos el Temerario fue Luis XI de Francia, empeñado en realizar la unidad francesa, incompatible con la supervivencia del Estado borgoñón. Es lógico que ambos rivales se aprovecharan de las respectivas dificultades y que las proyectaran en el plano de la política internacional de la época. Así, el Temerario fue uno de los jefes de la Liga del Bien Público —coalición de la nobleza feudal francesa, dispuesta a hacer fracasar la tendencia de Luis XI hacia el autoritarismo monárquico—, mientras el monarca francés alimentó las insurrecciones flamencas —Gante, Lieja— contra el borgoñón.

El apogeo del Temerario se sitúa entre la sorpresa de Péronne (1468), y el cambio favorable a Luis XI de 1475. En esta época los contemporáneos dieron a Carlos el título de gran duque de Occidente o de Poniente. Casado en terceras nupcias con Margarita de York y estrechamente ligado a Inglaterra, el Temerario ocupó Alsacia y Lorena (1469-1473); pero al reanudarse la ofensiva británica, se entretuvo en estériles maniobras de diversión en el Imperio —sitio de Neuss— mientras gestionaba, sin éxito, la concesión del título real del emperador Fernando II. Luis XI aisló diplomáticamente a Borgoña por la paz de Picquigny de 1475, mientras procuraba enfrentar a Carlos con una serie de dificultades que debilitasen gravemente su posición. El Temerario cayó en la trampa y labró su ruina mediante una "trilogía de desastres", según frase de Calmette. Los dos primeros fueron la campaña de Neuss, ya aludida, y la lucha contra Renato de Lorena, lanzado contra él por la sutil diplomacia de Luis XI. El último fue la

campaña de Suiza, donde sufrió las célebres derrotas de Grandson y Morat. En un acceso de ira ante tan repetidas derrotas, Carlos el Temerario equipó otro ejército y en lo más crudo del invierno acudió a rescatar la ciudad de Nancy, que había caído nuevamente en poder del duque de Lorena. Cogido entre el ejército de auxilio y los defensores de la plaza, y traicionado por el condottiero Nicolás de Campobasso, que a instigación de Luis XI lo abandonó en la batalla, cortándole la retirada, el Temerario fue completamente derrotado el 6 de enero de 1477. Carlos cayó del caballo al saltar un foso en la huida y fue muerto sin que lo reconociesen, y su cadáver encontrado entre el fango. Renato de Lorena recobró su ducado, mientras la hegemonía de Borgoña se derrumbaba para siempre.

Al morir el gran duque de Occidente quedaba como única heredera de sus dominios su hija María, cuyo matrimonio preocupó seriamente a las cancillerías. Luis XI, rebosante de satisfacción por la muerte de su rival, se apresuró a sacar el mayor partido posible de la indefensión de la joven duquesa. Rápidamente se apoderó de las ciudades ribereñas del Soma, de los feudos franceses del ducado —Charolais, Auxerre, Mâcon, etc.—, y proyectó invadir el Artois y el Henaut mientras ocupaba la plaza de Dijon y entraba en negociaciones con el Imperio, ofreciéndole Holanda y Zelanda, a cambio de quedarse él con lo demás. Pero el Franco Condado, es decir, la Borgoña condal, rehuyó someterse a los propósitos del rey francés, mientras la joven duquesa María encontraba en Maximiliano de Austria, hijo del emperador Federico III, un pretendiente capaz de hacer retroceder a Luis XI. La boda entre ambos príncipes celebróse en Gante el 22 de mayo de 1477, cuatro meses después del trágico fin de Carlos el Temerario. Inmediatamente, las potencias rivales de Francia —Inglaterra y España— reconocieron a Maximiliano y María como duques de Borgoña.

La subsiguiente guerra francoaustriaca, en el transcurso de la cual las huestes de Maximiliano lograron apuntarse la victoria de Guinegatte (7 de agosto de 1479), terminó con el tratado de Arras de 1482. En virtud de sus cláusulas, estipulóse el matrimonio del delfín —el futuro Carlos VIII— con Margarita de Austria, hija de Maximiliano y María. El conglomerado borgoñón se distribuiría así: Francia conservaría Picardía y la Borgoña propiamente dicha, y el resto quedaría en poder de Austria, a excepción de las regiones del Franco Cindado, Mâconnais, Auxerre, Salins, Bar-sur-Seine y Noyón, que constituirían la dote de Margarita.

Esta solución de compromiso fracasó cuando la política de los Beaujeu impuso el matrimonio del delfín Carlos, ya rey de Francia, con Ana de Bretaña, heredera de este ducado. Carlos VIII, ganado por el espejismo italiano, liquidó las cuestiones litigiosas para dar a Francia carta blanca al otro lado de los Alpes —tratados de Etaples, Senlis y Barcelona, con Inglaterra, Borgoña y España. El único que nos interesa en este lugar es el de Senlis (1493), en virtud del cual Carlos VIII restituyó a Felipe el Hermoso, hijo de Maximiliano y de María, el Artois y el Franco Condado, que habían sido entregados a Francia en concepto de dote de Margarita. Para robustecer la independencia de Borgoña respecto de Francia, y en el plano de las directrices esbozadas por la diplomacia de Juan II de Aragón, en 1496-1497 tuvo lugar el doble matrimonio español: Felipe el Hermoso casó con Juana, hija de los Reyes Católicos, y el hermano de ésta, Juan, con la

hermana de aquél, Margarita, antes prometida de Carlos VIII de Francia. Del primer matrimonio nació Carlos V, a través del cual la herencia del Temerario —Países Bajos, Borgoña, Franco Condado— se vinculó a la política exterior del Imperio hispánico durante los Habsburgo.

El sueño de Carlos el Temerario prefiguró el imperio de Carlos V. Disponiendo de grandes medios financieros, gracias a la floreciente industria textil de los Países Bajos, en estrecha relación de dependencia con las importaciones de lana inglesa, el gran duque de Occidente intentó ser elegido emperador mediante la distribución de pingües sumas a los electores y concibió el ambicioso proyecto de extender sus dominios desde el Mar del Norte al Mediterráneo. Para ello pretendió que el anciano monarca, Renato de Anjou, le cediese sus derechos al trono de Nápoles. Como escribe Pirenne, así quedó esbozada la concepción de un imperio continental —precursor del de Carlos V— apoyado en el Mar del Norte, Países Bajos e Italia.

Ya hemos visto cómo se hundieron los sueños imperialistas de Carlos el Temerario, tanto por sus propios errores cuanto por la sutil diplomacia de su gran rival, Luis XI. Pero el triunfo de éste no rebasó los límites de la unidad francesa, puesto que los proyectos del Temerario pasarían a informar, desde el mismo instante de su muerte en Nancy, la política internacional de los Habsburgo.

El intento pirenaico: Gastón de Foix. Estado feudal pirenaico, llamado a grandes designios en la coyuntura medial del siglo XV, el condado de Foix comenzó a adquirir relieve en la segunda mitad del Trescientos, aprovechando las dificultades con que tropezaban sus poderosos vecinos, el reino de Francia y la Corona de Aragón. Las rebeliones nobiliarias que pusieron en peligro el trono de Pedro el Grande entre los años 1276 y 1278, tuvieron un destacado jefe en el conde Roger Bernat de Foix. A pesar de su fracaso, éste firmó con el obispo de Urgel un importante tratado estableciendo el *pareaje* de Andorra, origen del coprincipado que perdura en nuestros días. El pareaje de Andorra fue un paso de gran importancia en el acrecentamiento de la influencia del condado de Foix en la vertiente meridional pirenaica.

A fines del siglo XIV, ciñó la corona condal de Foix Mateo de Castellbó, quien, habiéndose casado con una hija del rey de Aragón, Juan I, aspiró a esta corona al morir su suegro sin hijos varones. Pero fue llamado a la sucesión Martín I el Humano, hermano del rey difunto, mientras el de Foix, dispuesto a mantener sus pretendidos derechos con las armas, sufrió una severa derrota, a consecuencia de la cual le fue confiscado el vizcondado de Castellbó. Este tropiezo, que colocó en malparada situación al condado de Foix, pudo ser superado gracias a la prudente política llevada a cabo por los sucesores de Mateo.

El conde Juan I, padre de Gastón IV, fue un consumado diplomático. Aprovechando las guerras civiles entre borgoñones y armagnacs, que azotaban el territorio francés a principios del siglo XV, logró imponer su hegemonía en el *Midi*, en contra de las mismas pretensiones de los condes de Armagnac, rivales seculares de los de Foix. Si por un momento secundó la política inglesa en la

guerra de los Cien Años, hasta el extremo de adherirse al tratado de Troyes, que hacía de Francia una verdadera provincia británica, luego Juan I intuyó la recuperación francesa bajo Carlos VI, y le prestó incondicional apoyo. Como premio a sus servicios, el monarca galo le confirió el cargo de lugarteniente general en el Languedoc, con lo que Juan de Foix logró la más completa ratificación de su política en el Sur de Francia. Bajo la obediencia directa del conde de Foix estaban colocados todos los territorios comprendidos entre los valles del Soule y las fronteras occidentales del Rosellón. Al patrimonio hereditario formado por los vizcondados de Bearn, Marsan, Gavardan, Nebouzan y condado de Foix propiamente dicho, se habían reunido Bigorra, Mauvesin, Villemur, Auterive, Thor, Calmont, Marquefave y Lautrec. En la vertiente hispánica de la cordillera pirenaica, las posesiones de la casa de Foix abarcaban, además del vizcondado de Castellbó —devuelto a los sucesores de Mateo por Martín el Humano—, el territorio de Baridá y los valles de Asua, Caboet, Ribalera, Santa Cecilia, San Juan, Tirbia y Vallferrera. A ello hay que añadir la cosoberanía de Andorra, como ya se ha dicho.

Pero el aspecto más interesante de la política del conde Juan I en la vertiente hispánica de la cordillera pirenaica radica en sus pretensiones al trono navarro. En 1402 casó con la infanta Juana, hija del rey Carlos III el Noble y de Leonor de Castilla. En las capitulaciones matrimoniales, estipulóse que si Carlos III moría sin descendientes varones, ceñirían la corona los condes de Foix. Pero Juana murió sin hijos en 1409 y por este motivo pasaron los derechos al trono navarro a su hermana Blanca, casada en primeras nupcias con el rey de Sicilia, Martín el Joven, y en segundas con el hermano de Alfonso el Magnánimo, el futuro Juan II de Aragón. El conde de Foix, fracasado en sus intentos de casarse con su cuñada Blanca, contrajo segundas nupcias con Juana de Albret. De este matrimonio nació Gastón IV el 26 de noviembre de 1423.

Brillante y audaz, esforzado guerrero, político realista y experto diplomático, el nuevo titular del condado de Foix, Gastón IV (1436-1472), se propuso desde el primer momento fundar un gran imperio pirenaico, sólidamente asentado en ambas vertientes de la cordillera. Ya hemos dicho que este proyecto puede compararse con el ensayo coetáneo del gran duque de Occidente, Carlos el Temerario, de crear un gran Estado borgoñón entre Francia y el Imperio.

La política de Gastón IV tiene un objetivo definido: Navarra. Su autoridad era obedecida en la vertiente nortepirenaica desde el golfo de Gascuña al Mediterráneo, mientras en la meridional tenía el vizcondado de Castellbó y la cosoberanía de Andorra. Navarra le permitiría consolidar su posición en los Pirineos Occidentales y, al propio tiempo, le proporcionaría el poderío indispensable para lanzarse a una trepidante política respecto de la Corona de Aragón, aspirando a soldar Navarra, Andorra, Castellbó y las comarcas mediterráneas. Si lo lograba, sería una realidad el imperio pirenaico, con la cordillera como espina dorsal. En función del supremo anhelo navarro, Gastón de Foix hirió mortalmente el prestigio de los ingleses en Guyena. Este hecho, que le permitió pasar repetidas facturas a la corte de París, tenía una explicación sencilla e interesante: los británicos apoyaban a los beamonteses navarros, el partido hostil a los designios de la casa de Foix.

Poco antes de morir, el conde Juan I de Foix, padre de Gastón, reanudó la política matrimonial con la corte de Pamplona. Obtuvo para su hijo la mano de la princesa Leonor, hija de Juan II y de Blanca. De este modo Gastón IV se convirtió en cuñado del desgraciado príncipe Carlos de Viana, heredero del reino. A falta de descendencia de éste, el trono navarro recaería en su hermana mayor, Blanca, casada con Enrique IV de Castilla. Leonor, esposa de Gastón IV, ocupaba el tercer lugar. Ello explica que el conde de Foix sólo comenzara a interesarse vivamente por la cuestión navarra a partir de 1450, al producirse la ruptura entre Juan II y Carlos de Viana. Al ocuparnos de la crisis navarra en el capítulo siguiente, estudiamos la participación que el conde de Foix tuvo en el desarrollo de los sucesos hasta el año 1466, fecha de la muerte de su cuñada Blanca, que abría toda clase de posibilidades a su esposa, Leonor. Por esta causa reanudamos ahora el relato a partir del acontecimiento citado.

Al morir Blanca, Gastón IV no se contenta con el cargo de lugarteniente de Navarra que le había conferido con anterioridad su suegro Juan II, sino que quiere ceñir la corona real. En realidad, desde el punto de vista legal, tenía razón. Era a su esposa Leonor —fallecidos Carlos de Viana y Blanca— a quien correspondía la herencia materna y no a Juan II, simple rey consorte. En esta aspiración, Gastón IV encontró apoyo en Luis XI, siempre dispuesto a aumentar la influencia francesa en la vertiente meridional de la cordillera pirenaica.

Pero el trono navarro sólo fue a parar a los condes de Foix después de la muerte de Gastón IV. Ello debióse a las complicaciones políticas del Occidente europeo, que protagonizaron Luis XI de Francia y Juan II de Aragón. Gastón IV tendió varias veces un puente entre ambas monarquías para anular las pretensiones de Castilla al dominio de Navarra; pero al estallar la abierta rivalidad entre los monarcas citados, fue perdiendo posiciones.

Como en el caso de la gran Borgoña de Carlos el Temerario, Francia y la Corona de Aragón desvanecieron los sueños imperialistas de Gastón de Foix. Cuando se preparaba para intervenir en Navarra en apoyo de sus partidarios, los agramonteses, después de haber recuperado el cargo de lugarteniente de Juan II, Gastón IV murió en Roncesvalles el 9 de julio de 1470. Contaba, sólo, cuarenta y nueve años de edad.

Los sueños navarros de Gastón IV se vieron realizados siete años después de su muerte. La ambiciosa Leonor, que tanto partido tuvo en la política de su marido, sólo pudo ceñir la corona real unos días: del 3 de enero al 12 de febrero de 1479, entre la muerte de su padre, Juan II, y la suya propia.

En 1470 había muerto en accidente caballeresco el primogénito de Gastón IV, casado con Magdalena de Francia, hermana de Luis XI. De este matrimonio nacieron dos hijos: Francisco Febo y Catalina. Francisco Febo reinó en Navarra desde 1479, al morir su abuela, Leonor, a 1483, y le sucedió su hermana Catalina, casada con Juan de Albret. El hijo segundo de Gastón IV, Juan, vizconde de Narbona, disputó, sin éxito, el trono a su sobrina.

Ya dijimos que Gastón IV había patrocinado la aproximación francoaragonesa para anular las pretensiones castellanas. De momento triunfó, pues sus herederos ciñeron la corona navarra. Pero Castilla volvería a la carga, representada por un príncipe aragonés, Fernando el Católico. Si fracasaron, por la

oposición de la condesa viuda de Foix, Magdalena de Francia, los proyectos de casar a los hijos de los Reyes Católicos, Juana y Juan, con Francisco Febo y Catalina, el propio rey Católico, viudo de doña Isabel, casó en segundas nupcias (1505) con Germana de Foix, nieta de Gastón IV e hija de Juan de Narbona, quien, como hemos dicho, había disputado infructuosamente a su sobrina Catalina la herencia navarra. Y en 1512, Fernando el Católico anuló definitivamente el dominio de la Casa de Foix en Navarra, incorporando este reino a Castilla.

Por otra parte, el matrimonio entre Catalina de Foix-Navarra y Juan de Albret, unió en un bloque compacto a las dos mayores potencias del *Midi*. Y un nieto de ambos, Enrique de Bearn, heredero de inmensos dominios, al ceñir la corona de Francia con el nombre de Enrique IV, contribuiría a detener el auge hispánico en Europa representado por Felipe II, biznieto de aquel don Fernando el Católico que había expulsado a sus abuelos del trono de Navarra.

CRONOLOGIA DE LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

1328	Muerte de Carlos IV, último rey de la línea directa de los Capetos y advenimiento de la línea colateral de los Valois con Felipe VI.
1328-1350	Reinado de Felipe VI.
1337	Felipe VI confisca la Guyena, feudo del rey de Inglaterra Eduardo III.
1340	Batalla naval de La Esclusa: destrucción de la flota francesa.
1346	Triunfo inglés de Crècy.
1347	Sitio y conquista de Calais por los ingleses.
1348	La Peste Negra.
1350-1364	Reinado de Juan II el Bueno.
1355	Reunión de los Estados Generales.
1356	Triunfo inglés en Poitiers: Juan II cae prisionero. Regencia del delfín Carlos.
1358	Esteban Marcel y Carlos el Malo de Navarra, dueños de París.
1360	Paz de Brétigny.
1364-1380	Reinado de Carlos V y recuperación de Francia: Duguesclin.
1380-1422	Reinado de Carlos VI.
1399	Advenimiento de los Lancáster en Inglaterra.
1409	Comienza la guerra civil entre borgoñones y armagnacs.
1412	Nace Juana de Arco.
1413	Revuelta de los *Cabochiens*.
1415	Triunfo inglés de Azincourt.
1419	Drama de Montereau: asesinato de Juan Sin Miedo de Borgoña. Alianza entre Inglaterra y Borgoña.
1420	Tratado de Troyes: Enrique V de Lancáster es reconocido heredero de Carlos VI.
1422-1461	Reinado de Carlos VII.
1428-1429	Sitio de Orleáns: Juana de Arco.

1431	Proceso y suplicio de Juana de Arco.
1449	Francia reconquista Normandía.
1453	Francia reconquista Guyena.
1460-1471	Guerra de las Dos Rosas en Inglaterra.
1474	Tratado de Londres entre Eduardo IV y Carlos el Temerario: proyecto de reparto de la monarquía francesa.
1475	Eduardo IV desembarca en Francia.
1475	Armisticio de Dives.
1475	Tratado de Picquigny: fin de la guerra de los Cien Años.

V

EL EQUILIBRIO PENINSULAR Y LAS CRISIS HISPANICAS

Consideraciones generales. La época de la "gran depresión" se caracteriza en los reinos hispánicos por las luchas motivadas por el equilibrio peninsular y las manifestaciones de la crisis en forma de guerras civiles, mientras el consabido forcejeo entre la monarquía y la aristocracia ofrece caracteres distintos según la importancia respectiva de las clases burguesas. En la Corona de Aragón y en Portugal, la influencia de las oligarquías ciudadanas barcelonesa y valenciana, y lisboeta, respectivamente, contribuye a amortiguar el choque y ambos países se desenvuelven en una línea de continuidad, orientados, respectivamente, hacia la expansión mediterránea (hasta mediados del siglo XV) y la atlántico-africana, que recibiría su impulso definitivo con los grandes descubrimientos geográficos. En Castilla, en cambio, con una polarización social más acusada, el choque revistió caracteres más dramáticos. Baste considerar que la rebelión de la nobleza contribuyó decisivamente a entronizar la dinastía bastarda de los Trastamara, tras el fratricidio de Montiel. La reacción posterior de la monarquía contra los grandes aristócratas, desde Enrique II a Enrique III, fue hasta cierto punto contrarrestada por una circunstancia de base: la lana de la riquísima cabaña meseteña, que unió a los latifundistas y al Estado (confirmación de los privilegios de la Mesta) en un mismo ideal de motivaciones económicas.

Las exportaciones laneras, que ocasionaron el florecimiento de grandes mercados interiores —Medina del Campo— y de la fachada cantábrica del país —Bilbao, fundada en 1300, es una ciudad próspera en menos de cien años— colocaron a Castilla en plenas relaciones con el mundo occidental. Es el "impulso hacia fuera" de los Trastamara, que combinado con otras motivaciones, como la plena conciencia del peligro otomano, llevará a Enrique III a una trepidante política en el Mediterráneo e incluso en el Oriente, con sus embajadas al gran Khan de los tártaros. Por esta razón algunos autores modernos, como Carmelo Viñas y Luis Suárez, interpretan la paralización de la Reconquista no como un signo de debilidad sino como una muestra de fortaleza, que se proyecta hacia el exterior.

Con un Portugal orientado hacia la expansión marítima y dotado de las suficientes energías para rechazar los deseos castellanos de anexión —Aljubarrota—; un reino nazarí de Granada que no es más que un residuo musulmán —sobre todo después del fracaso benimerí del Salado—, y una Navarra caída en la órbita de Francia, el peso específico en el cuerpo peninsular se lo reparten Castilla y la Corona de Aragón, amiga de Francia, la primera, y adversaria, la segunda. Ya sabemos que la lucha por el equilibrio peninsular entre ambas se había inclinado ligeramente en favor de la última en el primer tercio de

la centuria —época de Jaime II—, cuando la Corona de Aragón, victoriosa de la presión francopontificia, conoció su momento de plenitud y madurez. La estrecha colaboración entre ambas coronas ante la última amenaza africana, que dio sus frutos con las victorias del Salado y Algeciras, abrió el paso, después a las guerras entre Pedro el Cruel y Pedro el Ceremonioso involucradas en el conflicto dinástico castellano —rebelión de Enrique de Trastamara— y, en definitiva, versión hispánica de la guerra de los Cien Años. Al llegar la hora de la paz, el equilibrio se dirimió en favor de Castilla —tratado de Almazán en 1375. Mientras la crisis se acentúa en la Corona de Aragón desde las postrimerías del reinado del Ceremonioso y encuentra su simbolismo en la extinción de la dinastía de estirpe catalana a la muerte de Martín el Humano, Castilla logra afirmar su posición bajo las enérgicas manos de Enrique III el Doliente. La hegemonía castellana, sancionada por el tratado de Almazán, no tardaría en verse reafirmada considerablemente con la elevación de Fernando de Antequera, hermano de Enrique III, al trono aragonés, a raíz del Compromiso de Caspe.

La empresa hacia la unidad dinástica, robustecida por el pensamiento humanista, fue paralela a la fortuna de los Trastamara de la rama menor aragonesa, en particular de Juan II. Siguiendo una constante histórica, la concentración de fuerzas internas y afines ante la embestida exterior, el retorno ofensivo de Francia sobre la frontera pirenaica durante la época de Luis XI, hizo que la réplica de Juan II buscara la estrecha cooperación castellano-aragonesa para resistir el ataque. Por este camino se llegó al enlace de los príncipes Fernando e Isabel, de trascendentales consecuencias en la Historia de España.

El siglo XV peninsular, hasta 1479, tiene un denominador común: la crisis, manifestada en forma de guerras civiles en Castilla, Navarra y Cataluña. También se manifestó en Portugal, aunque como un simple episodio que liquidó la acción de Alfarrobeira. El auge económico de Castilla a consecuencia de las exportaciones laneras acentuó el papel hegemónico de los grandes latifundistas, de la aristocracia territorial, en lucha contra la tendencia autoritaria de la Corona —política del condestable Luna, por ejemplo. En Navarra se dan cita en la contienda las parcialidades de Beaumont y Agramont, representativas de dos mundos de mentalidad distinta, la Montaña y el Llano. Sobre estos factores de base incide la discordia entre el rey padre, Juan, y el primogénito, Carlos de Viana. En Cataluña, la crisis económica, el forcejeo social entre la oligarquía burguesa (la *biga*) y el pueblo menudo (la *busca*) en las ciudades y la agitación remensa en el campo, y la lucha política entre el pactismo y el autoritarismo monárquico, presidieron diez años de guerra civil que provocó la ruina del país. Ya hemos indicado que las repercusiones internacionales de este conflicto, centradas en las ambiciones de Luis XI de Francia, hicieron brotar en el ánimo de Juan II la idea del matrimonio castellano (Fernando e Isabel), base de la España de los Reyes Católicos.

La solución del problema del Estrecho. Al morir Fernando IV en 1312 dejó un hijo de apenas un año de edad, Alfonso. Esta circunstancia colocó al reino de Castilla frente a otra larga minoría (1312-1325), en el transcurso de la cual la crisis interna, provocada por las luchas entre la realeza y la nobleza, y explotada

por los musulmanes granadinos, alcanzó caracteres dramáticos. De nuevo adquirió singular relieve la abuela del rey niño, doña María de Molina, cuyos esfuerzos encaminados al restablecimiento de la paz interior fueron secundados por las ciudades del reino. El municipio de Valladolid y las Cortes allí reunidas proclamaron mayor de edad a Alfonso al cumplir los catorce años (octubre de 1325).

Alfonso XI inauguró su reinado personal (1325-1349) con una enérgica represión de la anarquía nobiliaria y la reanudación de las hostilidades contra Granada, decidido a resolver de una vez el acuciante problema del Estrecho. Cuando los granadinos pidieron auxilio a los benimerines africanos, quedaron sentadas las premisas para un gran choque entre musulmanes y cristianos. Alfonso XI contó con la cooperación de la marina catalana —pactos de Agreda y Tarazona de 1328, tratado de Madrid de 1339— y, en el momento decisivo del Salado, con el auxilio militar de Alfonso IV de Portugal. Abulhasán buscó la ayuda de la marina genovesa, rival de la catalana en el Mediterráneo.

Después de cinco meses de sitio, los benimerines lograron apoderarse de Gibraltar (1333), mientras Alfonso XI y los africanos acumulaban preparativos para el dominio del mar y resolver el problema del Estrecho. Un éxito inicial de la escuadra benimerí-genovesa motivó una vigorosa reacción cristiana, cuyas tropas derrotaron completamente al ejército benimerí que sitiaba Tarifa junto al río Salado (30 de octubre de 1340). Por última vez, Africa era expulsada de España. Deseando apurar este éxito, Alfonso XI prosiguió la ofensiva y logró tomar Algeciras en 1344. El gran rey castellano murió de la peste mientras sitiaba Gibraltar en 1349. A partir de este momento, la empresa de la Reconquista deja de constituir una preocupación fundamental para el reino de Castilla.

En su política interior, Alfonso XI procuró frenar las veleidades anárquicas de la nobleza y dedicó especiales cuidados a la organización política y administrativa del país, reemprendiendo, con mayor fortuna, los ideales de su bisabuelo Alfonso el Sabio.

Los Trastamara castellanos y el equilibrio peninsular. De su matrimonio con María de Portugal no le quedaba a Alfonso XI otro hijo que su sucesor Pedro I (1350-1369). En cambio, de las relaciones ilícitas entre el monarca y la dama sevillana Leonor de Guzmán nacieron cinco bastardos, encumbrados con toda clase de larguezas: Enrique, conde de Trastamara; Fadrique, maestre de Santiago, Fernando, Tello y Juan. Las luchas intestinas —la burguesía al lado de Pedro I y la nobleza aglutinada en torno a Enrique de Trastamara—, el forcejeo por el equilibrio peninsular entre Castilla y Aragón, y las complicaciones internacionales —guerra de los Cien Años— constituyen los distintos factores del drama en que se iba desarrollando la crisis castellana desde las postrimerías de la centuria anterior.

Las viejas rivalidades por la cuestión de Alicante, los conflictos suscitados por el aprovechamiento de los pastos en el sistema ibérico y el deseo de Pedro el Cruel de obtener para Castilla una amplia salida al Mediterráneo, en el momento en que su contemporáneo, Pedro el Ceremonioso de Aragón, llevaba a cabo la reintegración del mar latino, provocaron el choque entre ambos Estados peninsulares. En la primera etapa de la guerra (1356-1361), Pedro I atacó

Barcelona con una escuadra y el Ceremonioso invadió el alto valle del Ebro. Al iniciarse las hostilidades en 1356, Pedro IV de Aragón firmó un tratado de alianza con Enrique de Trastamara —convenio de Pina— al que se adhirieron varios caracterizados representantes de la aristocracia castellana. La segunda etapa de la guerra se prolongó de 1362 a 1375 y se inició con una vigorosa ofensiva del rey castellano, que ocupó parte de Aragón y logró penetrar en el reino de Valencia. En vista de la situación crítica, las Cortes catalanas de 1364 decidieron ayudar considerablemente al Ceremonioso. Entonces entraron en acción las "Compañías Blancas", con el apoyo de Francia y del Pontificado, para iniciar en la Península una acción marginal de la guerra de los Cien Años contra Pedro I el Cruel, aliado de Inglaterra.

La entrada en acción de las Compañías Blancas, al mando de Bertrand Duguesclin, decidió la lucha con bastante rapidez en favor de Aragón y del pretendiente Trastamara. Los castellanos tuvieron que abandonar el territorio ocupado y Enrique de Trastamara fue coronado rey de Castilla en Burgos (1366). Pero la ayuda inglesa —expedición del Príncipe Negro— dio nuevos bríos a Pedro el Cruel, vencedor de su hermanastro en la batalla de Nájera (1367). Ante la presión de los ingleses, Pedro IV el Ceremonioso de Aragón fue distanciándose de Enrique de Trastamara y de la poco segura alianza francesa, y llegó a concluir una tregua con su rival de tantos años.

Sin embargo, el decidido apoyo que el de Trastamara encontró por parte de la nobleza castellana, rebelada contra Pedro el Cruel, y la decisiva ayuda de Carlos V de Francia, invirtieron de nuevo los términos de la situación. El paulatino alejamiento del Ceremonioso no impidió que varios barones catalanes y aragoneses, ganados a la causa de Enrique de Trastamara, favorecieran el paso a través de la Corona de Aragón de un nuevo ejército que el bastardo castellano había reclutado en el Mediodía francés. Así llegó el acto final del drama en Montiel (23 de mayo de 1369), donde Pedro I murió a manos de su hermano bastardo Enrique de Trastamara.

Pero el pleito que enfrentaba a los dos grandes reinos peninsulares no quedó resuelto y Enrique II de Trastamara, ya rey de Castilla, se negó a entregar al Ceremonioso las plazas prometidas —Murcia. Sin embargo, el esfuerzo de tantos años, la peste y la falta de vituallas decidieron a Pedro IV de Aragón a aceptar el tratado de Almazán de 1375. Los términos del acuerdo apenas paliaron la inutilidad de tantos esfuerzos para ensanchar el reino catalano-aragonés, mientras el matrimonio del futuro Juan I de Castilla con la princesa Leonor, hija del Ceremonioso, puso la primera y remota piedra de la unión de las dos Coronas.

Ascendido al trono de Castilla a raíz del fratricidio de Montiel, Enrique II (1369-1379) representa una vigorosa reacción nobiliaria, francófila, antiislámica y antijudía contra el filoislamismo, la tendencia burguesa y la alianza inglesa de Pedro el Cruel. Enrique II, el de las "Mercedés", tuvo un drama íntimo: para los nobles era el representante de sus ideales, mientras que el rey aspiró a engrandecer el poder monárquico a imitación de Francia. La lucha entre la realeza y la aristocracia revistió, todavía, caracteres más definidos que en las etapas anteriores. Desde este momento, Castilla ensayará los dos caminos posibles para dominar a la nobleza: la realización de una vigorosa política exterior, camino seguido por

Enrique II y Juan I, y la destrucción de la independencia nobiliaria, característico de Enrique III y de los Reyes Católicos.

En nombre del principio de la legitimidad monárquica, Fernando I de Portugal invadió Castilla, mientras dos magnates ingleses, los duques de York y de Lancáster, casados con Constanza e Isabel, hijas de Pedro I y María de Padilla, alegaban derechos a la Corona. Por su parte, Carlos II el Malo de Navarra detentaba algunas plazas castellanas, y el rey de Aragón, Pedro IV el Ceremonioso, se alineaba en el frente anticastellano, invocando el no cumplimiento por parte de Enrique del convenio de Pina de 1356, al que antes nos hemos referido. Pero Enrique II reaccionó vigorosamente y orientó su política exterior codo a codo con Francia. En efecto, desde 1369, es decir, desde el drama de Montiel, el curso de la guerra de los Cien Años se desvió totalmente en favor de Francia. La causa de ello radica en la presencia regular de las flotas castellanas en el Canal de la Mancha, donde cortaron las comunicaciones entre Inglaterra y el continente. Por esta razón, la derrota de Castilla constituía la condición previa para la recuperación de las armas inglesas. Pero la escuadra castellana, al mando de Fernán Sánchez de Tovar, logró grandes victorias sobre la marina británica.

Al morir Enrique II en 1379, legó a su hijo y sucesor, Juan I, una posición hegemónica en la Península, que aseguraban, respecto de Portugal, Aragón y Navarra, los tratados de Santarem, Almazán y Briones.

Ya hemos indicado que Juan I (1379-1390) continuó la política de su padre. En 1381 se renovó la guerra con Portugal, acordándose, para ponerle fin, el matrimonio de la heredera del reino lusitano, Beatriz, hija de Fernando I, con el hijo segundo del rey de Castilla; pero habiendo enviudado Juan I se casó con la prometida de su hijo. Como ha escrito Suárez Fernández, la crisis de 1383 (muerte de Fernando I) acompañó el proceso de alumbramiento de la nacionalidad portuguesa. "El Portugal de los burgueses y de los marinos lucha por su existencia y cuando las leyes tradicionales le vuelven la espalda, crea un derecho que le permita obtener un rey." En efecto, los portugueses se negaron entonces a unirse a Castilla y proclamaron rey al maestre de la Orden de Avis, también llamado Juan I, hijo bastardo del rey Pedro.

Las tropas castellanas entraron en Portugal y pusieron cerco a Lisboa, aunque se vieron precisadas a levantarlo por haberse desarrollado una epidemia entre ellas (septiembre de 1384). En una nueva entrada, sufrieron un severo desastre en Aljubarrota (15 de agosto de 1385), en la Extremadura portuguesa. Con este triunfo el maestre de Avis logró consolidarse en el trono lusitano. Continuando el sistema de alianzas de la época de Enrique II, Castilla contó con el apoyo francés y Juan de Avis con el de Inglaterra. Así el duque de Lancáster, a quien ya conocemos, entró en Galicia y se apoderó de varias plazas. Pero Juan I llegó con él a un acuerdo –tratado de Bayona en 1388– que borraba las consecuencias políticas y dinásticas de Montiel. Allí se pactó el matrimonio del heredero del trono de Castilla, Enrique, con Catalina de Lancáster, hija del duque Juan de Gante y nieta de Pedro el Cruel. Los esposos tomaron el título de Príncipes de Asturias.

En la guerra de Portugal –escribe Suárez Fernández– se enfrentaron dos conceptos de vida diferentes: la burguesía lusitana contra el espíritu caballeresco

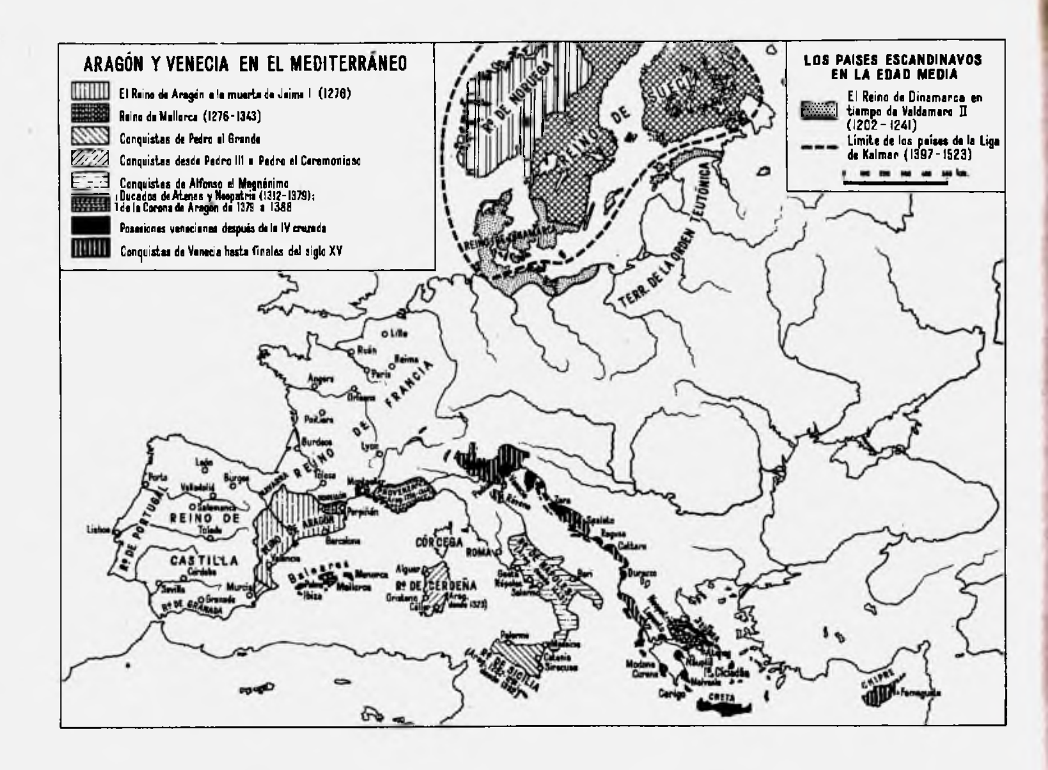
de Castilla. El maestre de Avis era incluso muy popular entre los aldeanos, que en Beria estaban realizando una verdadera *jacquerie*. En Aljubarrota sucumbió la hegemonía militar franco-castellana, asentada diez años antes con la victoria de La Rochela. El desastre debilita a la monarquía castellana y la aristocracia redobla sus pretensiones. "La vieja pugna renace, precisamente en el seno de las Cortes, que desarrollan su poder al máximo en los cinco años que quedan de gobierno a Juan I. Bastará una ocasión fortuita, la minoría de Enrique III, para que esta pugna se convierta en guerra civil. Está en marcha el proceso político del siglo XV castellano." Aljubarrota implicó un giro hacia el pacifismo, hacia la defensiva estricta en política exterior, que durará hasta 1492. La paz con Portugal –1389– significó el apartamiento de Castilla de la guerra de los Cien Años.

En la política interior, los tres puntos salientes de la labor organizadora de Juan I son el Consejo Real, las Audiencias y las Hermandades. Esta época, como ya hemos apuntado, marca el apogeo de las Cortes en la vida política castellana. Por vez primera, las Cortes adquieren conciencia plena de la tremenda eficacia del arma que poseen al controlar los recursos económicos de la monarquía.

Después de una minoría turbulenta, Enrique III (1390-1406), afirmó progresivamente el poder monárquico frenando las demasías nobiliarias y el poder de las Cortes. En las relaciones internacionales, el rey completó el viraje de su padre hacia el pacifismo. A esta actitud le empujan la decadencia militar, el agotamiento de las ciudades, el espíritu rebelde de determinados sectores nobiliarios, la liquidación del conflicto dinástico con la casa de Lancáster –él ha sido la prenda de la reconciliación por su matrimonio con Catalina, hija de Juan de Gante–, el triunfo económico de Castilla en los mercados de Bretaña y Flandes (exportaciones laneras) y, sobre todo, el afán de dirigir los esfuerzos de la Cristiandad hacia una defensa común del Oriente europeo, amenazado por la embestida de los osmanlíes.

Enrique III sintió una gran preocupación por el Mediterráneo y aspiró a intervenir en él desde los puntos de vista económico, político y religioso. Por esta razón sintió la angustia de la amenaza otomana. Dado el caso de que los tártaros de Tamerlán cayeran sobre la espalda de los otomanos, el peligro para Europa quedaría neutralizado. Este es el sentido de las famosas embajadas al Gran Khan –Enrique Payo de Soto, Ruy González de Clavijo. Enrique III apartó a Castilla de la guerra de los Cien Años y llevó a cabo un ligero acercamiento del país a Inglaterra. El problema exterior más importante, las relaciones con Portugal –reconciliación entre la monarquía castellana y la casa de Avis– quedó normalizado por las treguas de 1402.

El rey castellano favoreció la empresa contra las Islas Canarias, llevada a cabo por el aventurero francés Jean de Bethencourt, que juró fidelidad a Enrique III. La escuadra salió del puerto de La Rochela en 1402, y si bien al principio Bethencourt obtuvo algunos éxitos, luego las cosas tomaron otro rumbo. Ante el Cisma de Occidente, los Trastamara adoptaron primero una actitud neutral, para entrar en la obediencia del papa de Avignon, Clemente VII, durante el reinado de Juan I. Luego, Enrique III, deseando resolver el grave problema, se apartó de la obediencia de Benedicto XIII, el antipapa Luna.



La reintegración mediterránea bajo Pedro IV de Aragón. En la Corona de Aragón sucedió a Alfonso IV el Benigno (1327-1336) –que proyectó una cruzada contra Granada en estrecha alianza con Alfonso XI de Castilla–, su hijo Pedro IV. El largo reinado de éste (1336-1387), constituye una época de tensión patética, caracterizada por la sumisión de la nobleza y la agrupación del imperio marítimo en el Mediterráneo. Nacido en Balaguer en 1319, toda la infancia de Pedro vióse afectada por recelos y desconfianzas: primero, por las pretensiones de su tío, el infante Pedro, de heredar a su hermano Alfonso el Benigno si éste moría en la expedición a Cerdeña; y luego por el afán de su madrastra, Leonor de Castilla, de favorecer a sus hijos. Ello endureció el carácter del príncipe y le convirtió en jefe de un bando político de Aragón. Cuando Pedro IV llegó al trono en 1336, el bando aragonés se mostró intransigente en la cuestión de las donaciones a los hermanastros del Ceremonioso, aun a riesgo de desencadenar una guerra con Castilla, que defendía el derecho de los infantes. Pero el tío del monarca, el infante Pedro, captándose la voluntad del joven rey, hizo que éste, criado en las montañas de Aragón y jefe de un partido de tendencias "continentales", se convirtiera en un soberano auténticamente catalán, es decir, con su atención proyectada hacia las cuestiones mediterráneas. Bajo la guía de su tío, partidario decidido de la armonía peninsular, fue restablecida la concordia

con Castilla (1338) en el momento en que la invasión benimerí aconsejaba el esfuerzo común que se vería premiado con las decisivas victorias del Salado y de Algeciras.

En seguida se planteó el problema mallorquín —que estudiamos más adelante— en el que a los lazos feudales se unían las exigencias imperialistas del monarca y del comercio barcelonés. Resuelto definitivamente este problema a raíz de la dramática jornada de Lluchmajor (1349), se abordaron importantes cuestiones internas. La presencia en la Corte del Ceremonioso de los consejeros "roselloneses", como el famoso Bernat de Cabrera, entre los cuales figuraban buenos conocedores del Derecho romano y canónico, y el contacto con la organización política del reino mallorquín recientemente incorporado, dieron lugar a una notable transformación en la estructura administrativa del país (*Ordinacions*). El propósito del rey de declarar heredera a la infanta Constanza, en lugar del hermano, Jaime, es sólo la muestra más palpable de esta corriente. Invocando este pretexto, aunque obedeciendo a un conjunto de causas sociales y políticas, los nobles aragoneses renovaron la famosa *Unión* (1347), a la que pronto se unieron algunas ciudades de Valencia. Fue necesaria la fidelidad de los catalanes y la habilidad de Bernardo de Cabrera para atraer a Lope de Luna y su partido al lado del rey. La batalla de Epila y la rendición de los valencianos dieron fin a la revuelta con la victoria del monarca. Sin embargo, el triunfo del poder real no fue decisivo, quizá porque se logró aprovechando las discordias existentes en cada uno de los reinos integrantes de la Corona de Aragón, lo que hizo necesario atemperar los frutos del triunfo con las mercedes otorgadas a los fieles. Ello explica que, a veces, el Ceremonioso envidiase la pujanza de su gran rival, Pedro el Cruel de Castilla. Como escribe Ramón Gubern, en el fondo de las empresas del Ceremonioso se descubre una cuestión tirante y decisiva: la relación política a establecer entre el soberano y la representación del país, consciente de su fuerza y decidida a hacer sentir su voz en el gobierno del reino. En circunstancias difíciles, el constante ensayo de nuevas soluciones llegó a fijar los términos fundamentales de un sistema y a concretar la institución de la Diputación del General o Generalidad.

En los años mediales del siglo XIV, después de Epila, la Peste Negra trastornó toda la vida del país y, como en toda Europa, sembró las raíces de un desequilibrio económico y humano, de graves consecuencias. A raíz de su victoria contra la Unión, Pedro IV prosiguió la política mediterránea, respondiendo a las exigencias de la economía catalana. Para vencer la rivalidad genovesa, centrada en Cerdeña, se alió con Venecia (1351). En el transcurso de la expedición (1352-1355), el Ceremonioso no logró dominar Cerdeña. El acuerdo de 1355 con el juez de Arborea sancionó el fracaso. La obra de la reintegración mediterránea no se completó hasta la generación siguiente, cuando Sicilia fue reincorporada a la Corona de Aragón, y Cerdeña quebrantada en sus reiteradas y estériles tentativas de independencia. En los últimos años del reinado, la situación financiera del monarca se hizo cada vez más difícil, y la fermentación social del país, más evidente y de signo amenazador.

La situación se agravó durante el corto reinado de su hijo y sucesor, Juan I (1387-1396). El nuevo soberano, que consumió sus desvelos en empresas de un

decorativismo estéril –se le llamó el *Cazador* y el *Amador de toda gentileza*– quiso intervenir en la política castellana durante la minoría de Enrique III, orientó las relaciones del país hacia la amistad con Francia y estrechó los vínculos con los papas de Avignon. Como en Castilla, también se registraron en la Corona de Aragón matanzas de judíos en 1391.

Durante este reinado, la política mediterránea logró apuntarse un éxito con la reincorporación de Sicilia a la Corona de Aragón. En 1390, el sobrino del monarca, Martín, hijo del futuro Martín el Humano, casó con la reina María de Sicilia y, después de vencer algunas resistencias, ambos esposos fueron reconocidos como reyes en Trápani y Palermo. En cambio, se perdieron definitivamente los ducados de Atenas y Neopatria, que desde los días de Jaime II simbolizaban la presencia catalanoaragonesa por tierras de Grecia.

Al morir Juan I heredó el trono su hermano Martín I el Humano, último rey de la dinastía catalana en la Corona de Aragón. Encontrándose éste entonces en Sicilia, se encargó del gobierno su esposa, María de Luna, la cual vióse obligada a rechazar un ataque del conde de Foix, que se creía con derechos al trono por su matrimonio con una hija del difunto rey. A su regreso, absorbieron la atención del rey Martín las complicaciones del cisma de Occidente –su gran amigo, Benedicto XIII, presidiría después el entierro del monarca–, los ataques berberiscos en el litoral mediterráneo y las luchas en Cerdeña, donde murió su hijo, Martín el Joven, rey de Sicilia. Este acontecimiento planteó el problema sucesorio en la Corona de Aragón.

El reino de Mallorca. Al morir Jaime I el Conquistador (1276), heredó el reino de Mallorca, al que se habían agregado los condados del Rosellón y Cerdaña y el señorío de Montpellier, el hijo segundo del rey, Jaime, mientras el primogénito, Pedro el Grande, recibía Aragón, Valencia y Cataluña. En el momento en que las luchas entre güelfos y gibelinos, desplazadas hacia el Occidente, plantearían la pugna francoaragonesa en el Mediterráneo y en el Pirineo, la creación del reino de Mallorca, con sus dependencias ultrapirenaicas, constituía un factor de perturbación geopolítica, incompatible con la tendencia hegemónica de los reyes de Aragón. Ya hemos visto el interés de Francia en conservar la independencia mallorquina. Con ello la corte de París tenía un aliado natural para frenar la política mediterránea de la Corona de Aragón.

Entre la creación del reino de Mallorca por Jaime I y su definitiva incorporación a la Corona de Aragón por Pedro IV el Ceremonioso, transcurrieron setenta y tres años (1276-1349). Durante este período el reino insular fue gobernado por los siguientes monarcas: Jaime II (1276-1311), Sancho (1311-1324) y Jaime III (1324-1349). Jaime II se reconoció feudatario de su hermano Pedro el Grande (1279), pero estrechó sus relaciones con Francia y auxilió a Felipe III el Atrevido en su "cruzada" contra la Corona de Aragón. Ello hizo que Pedro el Grande decidiera ocupar las Baleares, empresa que realizó su hijo Alfonso III. Restaurado después el reino de Mallorca en virtud de los acuerdos de Argelés de 1295, Jaime II, feudatario de su sobrino, también Jaime II de Aragón, reinó pacíficamente hasta su muerte. Su heredero, Sancho, continuó las buenas relaciones con Jaime II, gravemente perturbadas con motivo de la

designación de su sucesor. El rey de Aragón pretendía que la sucesión le correspondía a él, mientras el de Mallorca se inclinaba por su sobrino Jaime, hijo del infante Fernando de Morea. La herencia recayó en el sobrino, Jaime III, quien reinó pacíficamente hasta que su cuñado, Pedro el Ceremonioso de Aragón, decidió no dejar un cabo suelto en su política de reintegración mediterránea. Ocupadas por éste las Baleares y el Rosellón (1343-1344), Jaime III hizo un desesperado esfuerzo para recuperar sus Estados; pero fue derrotado y muerto en la batalla de Lluchmajor (1349). Con ello Mallorca perdía definitivamente su independencia y quedaba incorporada a los dominios de los reyes de Aragón.

Capetos y Evreux en Navarra. Desde la muerte de Sancho VII el Fuerte en 1234 y de la introducción en Navarra de la dinastía de Champaña, el país giró en la órbita de Francia. Hasta cierto punto, ello fue el desenlace lógico de las presiones castellana y aragonesa, así como de la política pirenaica de la monarquía francesa. En definitiva, Castilla, Aragón y Francia agarrotaron la expansión territorial navarra y redujeron la misión de este reino a la custodia de los pasos occidentales del Pirineo y del camino del Ebro.

Ya vimos en el lugar correspondiente cómo la casa de Champaña se extinguió en 1305, al morir la reina Juana I. Luego el país fue incorporado a la corona de Francia, a la que perteneció hasta 1327, durante los reinados de Luis X, Felipe V y Carlos IV. A la muerte de este último, la crisis sucesoria francesa, que contribuiría a desencadenar la guerra de los Cien Años, fue aprovechada por las Cortes de Pamplona para negarse a reconocer a Felipe VI de Valois y proclamar a Juana II, hija del anterior rey Luis X y casada con el conde Felipe de Evreux (1328).

La nueva dinastía perduró hasta 1425, con los reinados de Juana y Felipe (1328-1349), Carlos II el Malo (1349-1387) y Carlos III el Noble (1387-1425). El segundo tomó parte muy activa en las guerras entre Castilla y Aragón, así como en las derivaciones de la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra.

Los primeros Trastamara en Aragón. Ya sabemos que al morir Martín I el Humano (1410) quedó planteada la cuestión sucesoria en la Corona de Aragón. Los principales candidatos a la Corona aragonesa, eran los siguientes: Luis, duque de Calabria; Jaime, conde de Urgel; Alfonso, duque de Gandía; Fernando, infante de Castilla; y Fadrique, conde de Luna. Martín I murió el 31 de mayo de 1410 sin haber decidido nada. Quedaban, por lo tanto, abiertos dos caminos para resolver el problema: la solución *política*, mediante la entronización del nieto bastardo de Martín, Fadrique, previamente legitimado; y la solución *jurídica*, mediante la elección del aspirante de mejor derecho.

Durante el interregno se suscitaron varias dificultades. Los parlamentos de los distintos reinos que integraban la Corona, que debían ser los encargados de asegurar la continuidad del gobierno, no existían al tiempo de producirse el interregno, ya que el único entonces reunido, el de Cataluña, se había disuelto por la muerte del rey Martín. El tranquilo estado del principado hizo posible la reunión de un parlamento en Barcelona, encargado de atender a las más perentorias necesidades del gobierno del país. Aragón y Valencia, en cambio,

aparecían divididas en bandos rivales: Lunas y Urreas, y Centelles y Vilaraguts. Los sicilianos se agitaban y pretendían proclamar rey al nieto bastardo de Martín, Federico de Luna. Mallorca gozaba de una paz relativa.

En un primer momento, descartada ya la solución política, antes aludida, la situación se polarizó alrededor de dos candidatos: Luis de Anjou y Jaime de Urgel. El asesinato del jefe del partido angevino y arzobispo de Zaragoza, García Fernández de Heredia, por el urgellista Antón de Luna, hizo que los partidarios del napolitano solicitaran el apoyo del príncipe castellano Fernando de Antequera, cuyas tropas entraron en Aragón y en Valencia, en apoyo del gobernador aragonés Gil Ruiz de Lihore y del bando valenciano de los Centelles. Por su parte, Jaime de Urgel recorría el principado de Cataluña al frente de sus mesnadas. El mal cariz que tomaban los acontecimientos fue zanjado por la concordia de Alcañiz entre los Parlamentos catalán y aragonés –luego se adhirieron los valencianos–, en cuya negociación influyeron mucho los consejos de Benedicto XIII, el papa Luna, artífice del Compromiso por sus intereses en el Cisma de Occidente. Allí se acordó el nombramiento de nueve personas –tres por cada reino– que se reunirían en Caspe y elegirían al candidato de mejor derecho. Los designados fueron, por Aragón, el obispo de Huesca, Domingo Ram el donado de Portaceli, Francisco de Aranda, y el letrado Berenguer de Bardají; por Cataluña, el arzobispo de Tarragona, Pedro Sagarriga, el jurista Guillem de Vallseca, y el *Conseller* de Barcelona, Bernardo de Gualbes; y por Valencia, el prior de la Cartuja, Bonifacio Ferrer, el dominico fray Vicente Ferrer, y el jurista Giner Rabasa, sustituido después por el letrado Pedro Beltrán. El 24 de junio de 1412 fue elegido rey de Aragón el Trastamara Fernando de Antequera.

En la historiografía, el fallo de Caspe continúa siendo polémico. Para el malogrado historiador valenciano M. Dualde, constituye una clara muestra de la madurez política de la Corona de Aragón. El "antequerismo", como un factor básico del "visigotismo" en la formación de la unidad española, ha sido exaltado por D. Ramón Menéndez Pidal, en uno de sus últimos trabajos, dedicado precisamente al Compromiso de Caspe, que ha merecido una réplica, ponderada y minuciosa, de F. Soldevila. Por su parte, P. Vilar ha visto en el fallo de Caspe la réplica aragonesa al anterior triunfo del Ceremonioso sobre la Unión; y J. Vicens Vives, el desplazamiento de la oligarquía feudal catalana, representada por Jaime de Urgel, por la burguesía barcelonesa en la dirección de la vida política del Principado. Estos dos últimos autores valoran debidamente el viraje *continentalista* de la Corona de Aragón, a consecuencia del hundimiento de Cataluña con la crisis de la Baja Edad Media.

Fernando de Antequera obtuvo, en Caspe, la unanimidad aragonesa, la mayoría valenciana y la minoría –el voto del burgués Bernando de Gualbes– catalana. Al apoyar la causa de Fernando de Antequera, la burguesía catalana hizo triunfar con la nueva dinastía la fórmula pactista como derecho constitucional de la Corona de Aragón. Conviene tener en cuenta, también, un interés económico que vinculaba a los burgueses catalanes con Fernando de Antequera: el negocio de las lanas castellanas de la Mesta, en manos del poderoso infante de la casa de Trastamara.

Los principales problemas que preocuparon a Fernando I de Antequera

(1412-1416) fueron la rebelión armada del conde Jaime de Urgel, la adaptación de la nueva dinastía a la mentalidad política de la Corona de Aragón, las cuestiones mediterráneas y pirenaicas, y el fin del Cisma de Occidente. A raíz del fallo de Caspe, la rebelión de Jaime de Urgel estuvo apoyada por Inglaterra. A cambio de la ayuda británica, Jaime prometió a los ingleses la isla de Sicilia, en el caso de lograr adueñarse de la Corona de Aragón. En las hostilidades, Navarra se mantuvo neutral y Castilla apoyó a Fernando I. La desesperada tentativa de Jaime condujo a la dramática encerrona de Balaguer y a la caída del pretendiente en poder de su directo rival (31 de octubre de 1413).

Coronado después en Zaragoza, Fernando de Antequera celebró Cortes a los catalanes en Montblanc, en cuyas sesiones, como ha escrito Vicens Vives, "se puso de relieve por primera vez el abismo mental que en varios aspectos separaba a los naturales del principado de la monarquía autoritaria". Las Cortes de 1413 regularizaron y dieron forma estable y permanente a la Diputación del General de Cataluña o Generalidad. Ello consagró el triunfo del principio pactista.

En el Mediterráneo, Fernando I tuvo que preocuparse de someter la endémica rebeldía de Cerdeña y de poner coto a las veleidades independentistas de Sicilia, enviando a dicho reino, como lugarteniente –secundando los deseos de Benedicto XIII, el papa Luna, que esperaba alcanzar Roma con el himeneo principesco y las cuatrocientas lanzas del almirante de Castilla– a su hijo Juan (futuro Juan II), que casaría con la reina Juana de Nápoles. Luego Juana II rompió el compromiso y tendió su ya provecta mano a Jacobo de Borbón, conde de la Marca. Dominado el alzamiento de Jaime de Urgel, Fernando I emprendió una política de cuidadosa vigilancia en los territorios pirenaicos, para subsanar el colapso momentáneo que el fallo de Caspe había ocasionado en el ámbito fronterizo.

Sin relegar al olvido los intereses de los Trastamara en Castilla –lucha contra la política del condestable Alvaro de Luna durante el reinado de Juan II– la actividad primordial de Alfonso V el Magnánimo (1416-1458), hijo y sucesor de Fernando I, se centró en el Mediterráneo, donde inyectó el trepidante dinamismo castellano a la expansión marítima catalana. Sus primeros pasos se encaminaron a asentar sólidamente el dominio aragonés en Cerdeña y Córcega, donde la rivalidad tradicional genovesa constituía un obstáculo siempre amenazador. Llamado por la reina Juana de Nápoles, para que le prestara auxilio contra los angevinos, prometiéndole a cambio la sucesión en aquel reino, el Magnánimo envió una armada que fue acogida con grandes fiestas. De pronto, sin embargo, Juana II revocó sus promesas y nombró heredero a Luis de Anjou. Este fracaso espoleó al rey de Aragón a acometer de nuevo la empresa con renovados bríos, aprovechando la primera coyuntura favorable. Durante los siete años que permaneció en la península, desarrolló una política internacional con la mirada fija en Nápoles. Después de haber llevado a cabo una expedición a Túnez, Alfonso inició nuevas negociaciones con Juana II. en las cuales volvió a adquirir la misma situación de doce años antes. Ante la oposición del papa Eugenio IV, quien concertó una liga con el emperador y las ciudades del Norte de Italia, el Magnánimo se retiró a Sicilia y realizó una expedición a Trípoli.

La muerte de Juana II (1435) y su nombramiento de heredero a favor de

Renato de Anjou –hermano de Luis, fallecido también– impulsaron a Alfonso a la conquista de Nápoles. El Papa lanzó contra él a los genoveses y al duque de Milán, Francisco Sforza, y el Magnánimo fue vencido y hecho prisionero en el combate naval de Ponza. Sin embargo, muy pronto logró la libertad y la ayuda del milanés, y después de varias vicisitudes, logró conquistar Nápoles, en cuya capital hizo su entrada el 26 de febrero de 1443.

Como ha escrito Dupré Thesseider, la política de Alfonso V, a partir de la conquista de Nápoles, se caracteriza por haber convertido a este reino en el núcleo central del imperio aragonés. Además de la casi constante hostilidad del Pontificado, Alfonso V tuvo enfrente a los angevinos y sostuvo una lucha política, ideológica y mercantil en Florencia, propulsora del güelfismo y aliada de Francia. Quiso dominar el Adriático y el Tirreno, mediante una política de bases que recuerdan los presidios españoles de la época de Felipe II. El punto débil del Magnánimo radicó en la desproporción entre sus sueños de grandeza y las posibilidades reales. ¿Aspiró al reino de una Italia unida? La historiografía no se ha pronunciado todavía sobre esta cuestión. Desde Nápoles, Alfonso hizo sentir su presencia en los Balcanes –ayudando al caudillo albanés Scanderberg contra los turcos– y en Oriente, asumiendo la defensa de la Cristiandad contra la embestida otomana que en 1453 había logrado apoderarse de Constantinopla. El rey de Aragón juntó el ideal de cruzada al imperialismo mediterráneo, intuyó el valor de la tríplice Nápoles-Florencia-Milán en la estructuración futura de Italia, y el de Borgoña en la política de cerco a Francia, ampliando el horizonte de la política diplomática de la Corona de Aragón.

La crisis política bajo Juan II de Castilla. Durante el reinado de Juan II (1406-1454) irrumpió en Castilla la larga crisis política que presidiría los destinos del país hasta la consolidación de los Reyes Católicos. Hasta 1412, año en que fue elegido rey de Aragón por el Compromiso de Caspe, ejerció la regencia castellana el infante Fernando, que en lucha con los musulmanes se apoderó de la plaza de Antequera. La energía del regente contuvo los prodromos de crisis, que rebrotaron al encargarse del gobierno la reina madre, doña Catalina, al cesar aquél. Es evidente, sin embargo, que la preocupación de Don Fernando de asegurar una sólida posición a sus hijos en Castilla contribuyó a la anarquía posterior.

Según ha bosquejado J. Vicens Vives, los fenómenos de base de la mentada crisis castellana radican en el desquiciamiento social provocado por el alza de precios a consecuencia de las exportaciones laneras, que enriquecieron, de un lado, a los conversos y a los grandes mercaderes, y, de otro, a la aristocracia latifundista; los primeros, a través de las exportaciones por el litoral cantábrico al Norte de Europa, y los segundos, por la vía del Sur –Sevilla– hacia el Mediterráneo. La situación interna de Castilla se polariza en torno a la rivalidad entre la política del condestable Alvaro de Luna, astro ascendente hacia el cenit del autoritarismo regio, y las ambiciones de los infantes de Aragón, acaudillados por el duque de Peñafiel, luego rey de Navarra y de Aragón (Juan II), representativas de un mundo cerrado, caballeresco, aristocrático y latifundista, incapaz de vertebrar el reino. En 1427, los infantes de Aragón lograron, acaudillando el bando nobiliario, el destierro de don Alvaro; pero a la hora de recoger los frutos de esta victoria,

su jefe, Juan de Peñafiel, rey de Navarra desde 1425, se mostró incapaz de dirigir un movimiento que satisfaciera las exigencias de la burguesía y del pueblo. Conduciéndose como jefe de una coalición feudal, no tuvo arrestos para impedir el retorno a la corte de don Alvaro de Luna, recibido triunfalmente en Segovia (1428). La subsiguiente guerra con Navarra y Aragón (1429-1430) fue desatada por don Alvaro, deseoso de terminar de una vez con el partido aragonés de Castilla. Las treguas de Majano, que pusieron fin a la contienda, representan la mayor humillación aragonesa ante Castilla. Ni Cataluña ni Navarra quisieron secundar la política castellana, basada en intereses familiares, de sus reyes Alfonso V y Juan. Muchos nobles castellanos, exiliados por don Alvaro de Luna, cayeron prisioneros en la batalla de Ponza (1435), al lado de los reyes hermanos de Aragón y Navarra.

A pesar de sus triunfos posteriores, la posición de Alvaro de Luna comienza a eclipsarse en 1435, al firmarse la paz de Toledo entre Castilla y Aragón, puente a través del cual Juan de Navarra puede regresar a Castilla con nuevas pretensiones de imponer su dominio. Por entonces se verificó el enlace entre el heredero de la corona, Enrique, y la princesa Blanca de Navarra, hija de aquél.

En 1439 surge en Castilla el fantasma de la guerra civil al producirse un choque abierto entre el condestable Luna y el adelantado de León, Pedro Manrique, jefe de una coalición feudal. Entonces Juan de Navarra entra en Castilla como fiel de la balanza y pronto llega el segundo destierro de don Alvaro. A raíz de la sorpresa de Medina del Campo (1441), el rey de Navarra se impone y durante dos años y medio asume el papel de árbitro en Castilla. Fracasa de nuevo, al chocar con los mismos escollos que antes habían procurado su ruina: incapacidad para resolver la bicefalia gubernamental, adscripción a una miope política de aristocratismo feudalizante, desprecio de lo popular. Viudo de Blanca de Navarra, Juan casó en segundas nupcias con Juana Enríquez, hija del almirante de Castilla. En 1443, al ver que su posición vacilaba, Juan de Navarra da un golpe de Estado en Rámaga, depurando a la corte para restablecer la situación lograda en Medina del Campo. Pero esta victoria fue efímera, ya que el infante Enrique, heredero de la Corona, cambió de frente por los consejos del obispo de Avila, Lope de Barrientos, alma de la contraliga aristocrática que llevando a su frente al príncipe de Asturias había de servir de ariete para restaurar la posición de don Alvaro en Castilla. De este modo, la acción del príncipe de Asturias había dislocado el homogéneo bloque de la aristocracia castellana.

La batalla de Olmedo (1448) fue un gran triunfo de Alvaro de Luna contra la revolución aristocrática dirigida por el rey de Navarra. En la acción se impuso la táctica de los peones castellanos del bando realista, cuyas saetas y jabalinas diezmaron las nutridas filas de los caballeros feudales. Eliminado de nuevo el rey de Navarra —muy pronto los beamonteses de este reino con su caudillo, el príncipe de Viana, constituirán un peón hábilmente movido por don Alvaro— su papel lo heredan en Castilla el heredero, don Enrique y el marqués de Villena, mientras la posición del condestable se debilita por los considerables obstáculos que a su dictadura colocan las clases burguesas de las ciudades, la nobleza y el pueblo. Don Alvaro de Luna, olvidando que la expulsión de Castilla de los infantes de Aragón se había debido al general deseo de restituir al monarca en su

plenitud real, pretendió convertir aquella victoria en peana de una omnipotente dictadura. De aquí las continuas fricciones con el príncipe de Asturias, con la reina Isabel, con sus mismos antiguos partidarios; de aquí la imposibilidad de apaciguar los espíritus, el encrespamiento general de las pasiones, la división interna, y la guerra exterior. Don Alvaro no podía dar la paz a Castilla y esto decretaba su ruina a corto plazo. Cuando el condestable ordenó el asesinato de Alonso Pérez de Vivero, fue la gota que desbordó el ya colmado vaso, el gesto que hizo inclinar al monarca del lado de los que exigían la eliminación del valido. Don Alvaro de Luna fue preso en Burgos y decapitado en Valladolid el 5 de julio de 1453. Al año siguiente murió el rey Juan II.

La crisis navarra y sus consecuencias. A causa de las presiones aragonesa y castellana, que hemos examinado en los lugares oportunos, el reino de Navarra quedó reducido a un menguado papel territorial en el concierto de los reinos hispánicos durante la Baja Edad Media, y proyectado hacia la influencia francesa —dinastías de Champaña, Capetos y Evreux. Ninguno de estos monarcas dio al país una orientación nacional y se limitaron a columpiarse a uno y otro lado de los Pirineos, sirviendo de contrapeso a las influencias procedentes del valle del Garona y de la meseta castellana. Carlos II el Malo (1343-1387) fue el representante típico de esas dinastías: un monarca que defendió sus intereses personales y anduvo mezclado en la lucha francobritánica y en la guerra civil castellana, arruinando a los navarros al socaire de una situación en la que nada se les había perdido.

El reinado de Carlos III el Noble (1387-1425) representa, en cambio, una etapa de restauración del país. Inteligente, caballeroso y justiciero, el monarca remedió los estragos causados por las últimas contiendas internacionales, espurgó las banderías del país, unificó los barrios de su capital, Pamplona (Privilegio de la Unión, 1423), protegió las actividades mercantiles y fundó un verdadero Estado navarro. Pero en los umbrales del siglo XV, Navarra era todavía un pueblo "relativamente bárbaro". Tenía una extensión de unos 12 000 kilómetros cuadrados —además de los territorios actuales, la zona de Ultrapuertos, al Norte de los Pirineos, y algunas fajas fronterizas frente al valle del Ebro— poblados por 100 000 habitantes. Navarra se encontraba dividida en dos grupos de mentalidad distinta: la Montaña y el Llano. La primera, dedicada al pastoreo y a las actividades forestales, era de lengua éuskara y sus habitantes se distinguían por un temperamento independiente y altanero; la segunda, agrícola y mercantil, en el área del castellano, experimentaba la influencia de las corrientes culturales y políticas que remontaban el Ebro desde Aragón o descendían de las altas parameras castellanas.

Condicionadas por el temperamento benevolente de Carlos el Noble surgieron las casas de **Beaumont** y **Agramont**, cuyas encontradas apetencias habían de resultar fatales para el reino y le conducirían, casi exámine, a la división territorial y a la sujeción política en 1512. Beaumonteses y agramonteses, por razón de intereses y ubicación geográfica de sus principales posesiones, respondieron en sus respectivas facciones a los dos mundos navarros que acabamos de analizar: aquéllos fueron la gente de la Montaña; éstos, la del Llano. Sus

enconadas vicisitudes tuvieron ocasión de manifestarse en toda su amplitud con motivo de las diferencias que estallaron entre Juan de Aragón y el príncipe de Viana, a la muerte de doña Blanca (1441), esposa y madre, respectivamente, de los contendientes. Esta princesa, que heredó el reino navarro a la muerte de su padre, Carlos III, había casado en primeras nupcias con Martín el Joven de Aragón y, en segundas, con el duque de Peñafiel, Juan (1421), el futuro Juan II de Aragón.

La lucha entre padre e hijo, quedó abiertamente planteada en 1450, a consecuencia de la situación equívoca en que la difunta reina, doña Blanca, había heredado al príncipe de Viana. Este había recibido la corona al fallecer su madre en 1441; pero en el testamento doña Blanca le rogó "de no querer tomar el título de rey sin el consentimiento y la bendición del dicho señor su padre". Ya sabemos que el objetivo fundamental de éste era la defensa de la posición de los Trastamara —de los infantes de Aragón— en Castilla, en lucha con el condestable Alvaro de Luna, quien, a su vez, atizó las rencillas navarras. Después de su derrota en Olmedo, don Juan necesitaba el concurso del reino navarro para rehacer su posición en Castilla. Por esta causa comenzó a ensancharse el abismo entre padre e hijo, que al incidir sobre las banderías ya conocidas del país —beaumonteses y agramonteses— se convirtió en despiadada guerra civil. Los vianistas fueron los beaumonteses y los juanistas los agramonteses. El conflicto tuvo inmediatas repercusiones internacionales: los primeros se apoyaron en Inglaterra contra Francia (guerra de los Cien Años) y en el partido castellano adicto a don Alvaro de Luna; los segundos encontraron un poderoso aliado en el ambicioso cuñado del de Viana, Gastón de Foix, casado con la infanta Leonor, que en 1479, a la muerte de su padre, Juan, heredó el trono navarro.

La batalla de Aybar (1451), decidida a favor de los agramonteses y juanistas, no resolvió la situación. La posterior reacción de los beaumonteses hirió el amor propio de Juan, quien, en 1455, desheredó a Carlos y a su hermana doña Blanca, recientemente repudiada por el heredero de Castilla, el infante don Enrique, y traspasó sus derechos sucesorios a la hermana menor, Leonor, casada con Gastón IV de Foix. Carlos de Viana y Blanca murieron, respectivamente, en 1461 y 1466. A partir de este momento, el problema navarro incide directamente en las repercusiones internacionales de la revolución catalana contra Juan II y en el imperialismo pirenaico de Gastón de Foix.

La crisis castellana bajo Enrique IV. Las luchas intestinas del reinado de Juan II de Castilla no habían obstaculizado del todo las luchas contra los musulmanes. En dos campañas, el condestable Luna había cosechado notables éxitos —victoria de la Higueruela. La empresa se renovó al subir al trono Enrique IV (1454-1474), con la recuperación de Gibraltar por el duque de Medina-Sidonia; pero muy pronto absorbió las energías del país la agravación de la crisis política. El monarca abrigó vastos proyectos de reforma y restauración del reino, encaminados a socavar el poderío de la aristocracia. El programa revolucionario de la corte, fomentado en gran parte por los conversos, despertó el recelo de los nobles, quienes estrecharon sus filas para defender sus intereses amenazados: la posesión de tierras, mercedes y juros.

Después de haber repudiado a su primera esposa, Blanca de Navarra, Enrique IV casó en segundas nupcias con la princesa Juana de Portugal. Al cabo de seis años, la reina dio a luz una niña, que se llamó también Juana, como su madre. La liga aristocrática, adversaria del monarca, acusó a Enrique de *impotente* y atribuyó la paternidad de la infanta al favorito del rey, don Beltrán de la Cueva. Doña Juana fue conocida con el mote de *La Beltraneja*, que vino a ser el grito de guerra de sus rivales en la guerra civil que dirimió la sucesión castellana después de la muerte de Enrique IV. Sin embargo, las Cortes juraron por sucesora del trono a doña Juana y también la reconocieron los dos hermanos del rey Enrique, Alfonso e Isabel.

Pero la liga aristocrática, opuesta al autoritarismo monárquico que ahora representaba don Beltrán de la Cueva, como antaño don Alvaro de Luna, tramó una conspiración para apoderarse de la persona del rey y asesinar al favorito. Fracasado este plan, los nobles confabulados exigieron que se revocase el reconocimiento de doña Juana como heredera de la corona, ademas de varias concesiones que aumentaban el poder de la liga aristocrática. El rey, en exceso flexible, se avino a reconocer como heredero a su hermano el infante Alfonso. La rectificación posterior del monarca motivó la réplica del bando aristocático, que declaró la deposición de Enrique (Farsa de Avila, 1464) y el encumbramiento de su hermano Alfonso. Pero la presión popular, con amplias repercusiones en todo el país, y los recelos entre los caudillos del movimiento aristocrático –el marqués de Villena, el arzobispo de Toledo– agrietaron el bloque revolucionario y facilitaron el triunfo de las tropas reales en el encuentro de Olmedo (1467). La repentina muerte de Alfonso convirtió a la princesa Isabel en jefe del partido aristocrático. Reunida ésta con su hermano, Enrique IV, en el monasterio de Jerónimos situado en el campo de Guisando, se llegó a un acuerdo en virtud del cual los rebeldes reconocerían el gobierno de Enrique, siempre que éste admitiera la sucesión en el trono de la princesa Isabel (1468). Esta fórmula de reconciliación careció de efectos prácticos, ya que a las protestas de la reina, atacada en su honra y en el derecho de su hija, uniéronse las vacilaciones del monarca y las repercusiones de la situación internacional. Don Enrique terminó por romper el tratado de Guisando (1470), en parte por haber rechazado doña Isabel el matrimonio que su hermano le propuso con el rey de Portugal y haberse casado con el infante don Fernando de Aragón (1469). Mediaron después nuevos intentos de conciliación, que no condujeron a ningún resultado práctico. Enrique IV murió en 1474, sin haber resuelto de un modo decisivo el problema de la sucesión a la corona, aunque el último acto positivo de su vida consistiera en la revocación del mentado acuerdo de Guisando y en el consiguiente reconocimiento de su hija doña Juana, como heredera del trono. Con ello quedaba planteada sobre el tapete la futura suerte de los partidos castellanos en lucha y, además, el problema de la orientación general de la política del país, hasta entonces claramente inclinada a la órbita francesa.

Juan II de Aragón y la revolución catalana: la unidad peninsular. Los grandes éxitos que la política de Alfonso el Magnánimo proporcionó a la Corona de Aragón en el ámbito mediterráneo tuvieron su reverso negativo, en particular por

lo que se refiere al agotamiento del país ante el despliegue de unos objetivos muy superiores a las posibilidades reales. Al compás de las crecientes dificultades surgió una atmósfera preñada de malestar casi general en el principado de Cataluña. En las Cortes de 1454-1458 se fueron perfilando los ideales pactistas de la oligarquía nobiliaria y burguesa, ante las exigencias revolucionarias de las clases bajas urbanas —*la busca*— y de las masas campesinas —los remensas—. El acceso de los artesanos y de los gremios a los puestos de mando del municipio barcelonés (1455), la devaluación de la moneda exigida por los hombres de negocios, las peticiones de bienes y de libertad personal por parte de los payeses de remensa, constituyen los factores de base del movimiento revolucionario, que estalló al socaire de la tirantez de relaciones entre el nuevo monarca, Juan II (1458-1479), y su hijo el príncipe de Viana, cuyas primeras vicisitudes, centradas en Navarra, ya conocemos.

La oportunista reconciliación entre padre e hijo en 1460 fue quebrantada a los pocos meses por Carlos de Viana, al obstaculizar gravemente los planes de su padre en el escenario castellano. El monarca aragonés, en un arrebato de ira provocado por falsas acusaciones, decidió el arresto de su hijo en Lérida (1461). Este acto encendió la mecha de la revolución catalana, que en sus diez años de duración provocaría la ruina del país y la intervención francesa de Luis XI. Ante la prisión del *Primogénito*, los catalanes se levantaron unánimemente y obligaron a Juan II a hincarse de rodillas. El rey decretó la libertad del príncipe y aceptó un código de amplias concesiones políticas —capitulación de Villafranca del Panadés, 1462— que convertirían al Principado, como ha escrito Vicens Vives, en una República coronada.

Unos meses después, muerto ya el príncipe de Viana, la oposición entre la oligarquía burguesa y el autoritarismo del monarca desembocó en el juego antagónico de dos minorías radicales y audaces, que impusieron la guerra civil. Mientras la mayor parte del clero, de la nobleza y de los siervos de la gleba —los payeses de remensa— se alinearon al lado de Juan II, la burguesía y los gremios lo combatieron a muerte.

Al producirse la ruptura violenta en mayo de 1462, Juan II buscó la protección de Luis XI de Francia, mientras la Generalidad decidía el destronamiento del monarca y proclamaba rey a Enrique IV de Castilla. Con ello la corona de Castilla hacía suya de nuevo la trepidante política mediterránea de Pedro el Cruel; pero la presión francesa —tradicional alianza francocastellana— y el oro repartido a manos llenas por Juan II, apoyado por los restantes reinos de la Corona de Aragón, impusieron la retirada a Enrique IV. Los catalanes ensayaron entonces el apoyo de Portugal y de Borgoña mediante la coronación del condestable Pedro de Portugal, cuyos reveses militares le descartaron muy pronto. "En 1466, después de la derrota de Prats del Rey y de la rendición de Tortosa, Barcelona habría capitulado ante el monarca aragonés si el partido francófilo no hubiera impuesto la candidatura de Renato de Anjou como sucesor del fallecido condestable de Portugal. Elegir a Renato, conde de Provenza, equivalía a nombrar a su sobrino Luis XI de Francia, abriendo a este país las puertas de los Pirineos. Luis XI abandonó la causa de Juan II. Sus tropas obtuvieron importantes triunfos, de modo que habrían logrado establecerse firmemente en Cataluña sin la

complicada y astuta actividad diplomática del monarca aragonés, quien puso en juego el poderío de Inglaterra, Bretaña, Borgoña y Nápoles, y, en el último instante, el de Castilla. La sumisión de Barcelona en 1472, salvando los principios teóricos del alzamiento revolucionario, indican el franco éxito del programa antifrancés de Juan II" (Vicens Vives.).

Como advierte el mismo autor, la última baza del juego se discutió sobre el tapete castellano. Enrique IV había intentado mantener un equilibrio inestable entre las ambiciones de la aristocracia, su hermana Isabel y su hija, Juana, y las presiones de Aragón y de Francia. Fue precisamente la aglutinación de fuerzas ante la presión francesa de Luis XI el factor que impulsó a Juan II al matrimonio de su hijo, Fernando, con la princesa castellana, Isabel. A la muerte de Enrique IV quedó planteada la guerra de Sucesión en Castilla, en la que además de los derechos respectivos de Juana e Isabel iba a dirimirse el papel del país en la organización peninsular y en la política internacional. Francia y Portugal apoyaron a doña Juana; Aragón y sus aliados —Nápoles, Borgoña, Inglaterra—, a doña Isabel. El triunfo de la coalición isabelina acabó con la duplicidad de influencias de los Trastamaras en el país e hizo posible la unidad peninsular —a excepción de Portugal— de los Reyes Católicos.

El reino de Granada. En 1238 se fundó, por Muhammad I ibn al-Ahmar, el reino nazarí de Granada, que después de las grandes conquistas de Fernando III el Santo en Andalucía se convirtió en el último refugio de los musulmanes en España. Comprendía la totalidad del territorio situado al Sur de Sierra Nevada, así como el tramo de la costa andaluza hasta Gibraltar. El dominio de algunas plazas importantes del Estrecho, por donde fácilmente podía recibir auxilios de Africa, le hacía hasta cierto punto temible para los reinos cristianos. Este peligro desapareció con la derrota de los benimerines en el Salado por Alfonso XI en 1340.

Como causas de la subsistencia del reino de Granada hasta su conquista por los Reyes Católicos a fines del siglo XV, se han invocado la situación geográfica, al amparo de los contrafuertes de Sierra Nevada; la tutela de los marroquíes; la división de las esferas de influencia en la Reconquista entre Castilla y Aragón; la política de los Trastamara... En realidad, el problema es más hondo y para enfocarlo correctamente es necesario recurrir a los factores de tipo estructural.

Hay que tener en cuenta que una vez desintegrado el califato de Córdoba en el primer tercio del siglo XI, la hegemonía económica musulmana se centró en Sevilla, para trasladarse a Granada a partir de las grandes conquistas de Fernando III en Andalucía. Entonces se concentraron en el reino nazarí granadino muchos musulmanes andaluces —sobre todo, a raíz de la sublevación de 1263— que desarrollaron una agricultura próspera en las vegas y un activo comercio con Africa por los puertos de Almería y Málaga. El artesanado urbano era, asimismo, muy activo.

La subsistencia del reino granadino, hasta fines del siglo XV se explica, en gran parte, por motivaciones de tipo económico. "Castilla y Aragón mimaron a los reinos de Taifas, primero, y al reino de Granada, después, porque de ellos recibían tributos holgados y fáciles. A partir del siglo XIV, cuando sólo quedó Granada, a

Castilla le interesó mantener abierta la puerta del oro, que llegaba del Sudán. De esta manera, Castilla, por excepción en la Baja Edad Media, fue el gran centro de la acuñación monetaria áurea, obteniendo con ello una ventaja para competir holgadamente con los demás reinos del Occidente europeo. Ese oro procedente del Sudán, que llegaba a Granada a través de los puertos berberiscos, iba a Castilla gratuitamente, porque consistía en las parias que los granadinos pagaban a sus poderosos vecinos... Ello hizo que ningún monarca castellano, hasta la época de los Reyes Católicos, cuando la economía fue totalmente subvertida por el capitalismo, matara la gallina de los huevos de oro, que era precisamente el reino de Granada'' (Vicens Vives).

El reino de Portugal. Con el reinado de Alfonso IV el Bravo (1325-1357), monarca que combatió valerosamente en el Salado contra los benimerines y fomentó el desarrollo mercantil de Lisboa, Portugal volvió a sostener frecuentes conflictos con la monarquía castellana. Pedro I (1357-1367) –esposo, siendo infante, de la famosa dama gallega Inés de Castro– representa, como su contemporáneo y homónimo de Castilla, la reacción popular contra las clases privilegiadas, y su discutida figura (tirano cruel o monarca justiciero) ha suscitado una copiosa literatura.

Fernando I (1367-1383), tataranieto de San Fernando, aspiró a la corona de Castilla a raíz del fratricidio de Montiel, y unido con Aragón y Granada, guerreó contra Enrique II de Trastamara (1369-1371). Poco después comenzó la segunda guerra con Castilla por la alianza del portugués con el duque de Lancáster, hijo de Eduardo III de Inglaterra. El duque, casado con una hija de Pedro I de Castilla, hacía valer sus derechos apoyado por el lusitano. La intervención del legado pontificio, Guido de Montfort, logró restablecer la paz. El sitio de Lisboa por Enrique II planteó a Fernando I la necesidad de reforzar las defensas de la capital portuguesa.

Una nueva alianza del duque de Lancáster con el portugués –mientras los Trastamara castellanos apoyaban a Francia en la guerra de los Cien Años– produjo otra invasión de fuerzas castellanas, que fueron rechazadas en el Alemtejo. Sin embargo, en el mar, la escuadra lusitana fue derrotada en aguas de Saltes. Fernando I favoreció las construcciones navales y, en beneficio de la agricultura dictó la famosa ley *das Sesmarias* (1375), castigando con la pérdida de sus tierras a los propietarios que no las cultivasen.

Al morir Fernando I en 1383, la extinción de la línea masculina planteó un problema sucesorio en la monarquía portuguesa, que se resolvió por medio de la lucha armada. Los pretendientes al trono eran los hijos de Pedro I y doña Inés de Castro, don Juan y don Dionís, el gran maestre de la Orden de Avis, don Juan, hijo bastardo de Pedro I y doña Teresa Lourenço, y el rey de Castilla, Juan I. Las capitulaciones matrimoniales de este último con Beatriz, la hija de Fernando I, establecían que si el monarca portugués moría sin descendencia masculina –como así ocurrió– la corona pasaría a su única hija, la reina de Castilla.

Con el apoyo del pueblo y de la burguesía lisboeta, Juan de Avis fue aclamado en la iglesia de Santo Domingo de la capital como *regidor y defensor del reino.* Ya dijimos que Juan I de Castilla defendió sus derechos con las armas, pero

fue derrotado en Atoleiros y, definitivamente, en Aljubarrota. Unos meses antes de esta última batalla, las Cortes de Coimbra proclamaron rey a Juan I de Avis (6 de abril de 1385). El fundador de la casa de Avis fue un monarca popular, que gobernó con el apoyo de las Cortes. Teniendo en cuenta que la rancia nobleza había reconocido los derechos de doña Beatriz, la esposa de Juan I de Castilla, el maestre de Avis creó una nueva nobleza adicta. Su situación puede compararse a la de los Trastamara en Castilla.

La política africana merece consideración especial. En 1415, los hijos de Juan I de Avis y de Felipa de Lancáster, Duarte, Pedro y Enrique –Enrique el Navegante– conquistan la plaza de Ceuta. Inmediatamente comenzaron los descubrimientos marítimos, patrocinados por don Enrique, gran maestre de la Orden de Cristo y gobernador del Algarbe. En 1418, Juan Gonzalves Zarco y Tristán Vaz Teixeira descubren la isla de Porto Santo, y al año siguiente Bartolomé Perestrello colonizó la isla de Madera. En 1431, Gonzalo Velho Cabral descubrió la isla de Santa María, del grupo de las Azores.

Al morir Juan I en 1433, le sucedió su hijo Duarte o Eduardo I (1433-1438), que en su corto reinado quiso remediar las excesivas concesiones otorgadas a sus partidarios por su padre Juan de Avis. Para ello promulgó la *ley mental*, así llamada porque se aplicó antes de publicada, existiendo en la mente del rey y llevándose a cabo sin haber sido promulgada. Durante el reinado de don Duarte, la escuela de Sagres prosiguió los descubrimientos geográficos (cabo Bojador, Río de Oro). El infante Enrique sitió la plaza de Tánger en 1437, pero los marroquíes infligieron una grave derrota al ejército expedicionario y los portugueses se vieron obligados a firmar una capitulación en la que se pactaba la entrega de Ceuta, quedando como rehén en poder de los musulmanes el príncipe Fernando, que murió en el cautiverio. El desastre de Tánger y la prisión de don Fernando llevaron al sepulcro al monarca, definido por Oliveira Martins como un prototipo de bondad al que persiguió la desgracia en su corto reinado.

Su hijo y sucesor, Alfonso V el Africano (1438-1481), tuvo que afrontar el cisma provocado entre los partidarios de la tendencia marítima –burguesía de Lisboa y Oporto– y el programa continental de la nobleza latifundista. Al frente de los primeros se colocó el infante don Pedro, hijo de Felipa de Lancáster y regente durante la minoridad de Alfonso V, mientras que los segundos reconocían como jefes a los duques de Braganza y de Viseo. Alfonso V, llegado a la mayor edad, casó con su prima Isabel, hija del infante don Pedro. Este matrimonio disgustó a la nobleza territorial del país, y los magnates más representativos, acaudillados por el duque de Braganza, lograron convencer al rey de que don Pedro quería usurparle la corona.

De momento don Pedro se contentó con retirarse a Coimbra, pero la presión de sus partidarios le decidió a zanjar la cuestión por la fuerza de las armas. Reclutó un ejército de seis mil hombres y emprendió el camino de la corte, pero fue derrotado y muerto en Alfarrobeira (1449) por las tropas del rey. Más adelante, en pleno triunfo de los descubrimientos geográficos y, en consecuencia, de la política preconizada por la burguesía lisboeta, don Pedro fue rehabilitado y enterrado en el monasterio de Batalha.

El desastre del infante Pedro en Alfarrobeira y el consiguiente triunfo de la

tendencia continental, contribuyen a explicar la intervención de Alfonso V en la guerra civil castellana, en apoyo de Juana la Beltraneja, segun se ha dicho en páginas anteriores. El nuevo monarca portugués, Juan II (1481-1495) afirmó la monarquía autoritaria o preeminencial, entregándose resueltamente a la causa que había sido derrotada en Alfarrobeira. En vez de las rencillas fronterizas con Castilla, objetivo nobiliario, Portugal se orienta decididamente hacia la expansión marítima. El lema de Juan II fue: *Pela lei e pela grei.* En las Cortes de Evora de 1481-1482 se autorizó a los corregidores a entrar en tierras señoriales para conocer de los abusos cometidos en la administración de justicia, y fueron adoptadas otras medidas encaminadas a desarmar al feudalismo nobiliario. La monarquía autoritaria triunfó en toda la línea y los jefes de la oposición aristocrática, los duques de Braganza y de Viseo, fueron ejecutados por orden del rey.

Juan II dio un renovado impulso a los descubrimientos geográficos, premiados con el hallazgo de la ruta del Cabo de Buena Esperanza por Bartolomé Díaz en 1486. El monarca murió antes de que Vasco de Gama se hiciera a la vela para descubrir el camino marítimo a la India, legando a su hijo y sucesor, Manuel I el Afortunado, el honor de presidir la época áurea de las gestas ultramarinas portuguesas.

VI

ITALIA EN LA BAJA EDAD MEDIA

El Mediterráneo y la rivalidad angevino-aragonesa. Ya sabemos que, desde las Cruzadas, el Mediterráneo constituía el verdadero centro de gravitación de Europa y por sus aguas pasaban las principales arterias comerciales. Italia, con su posición central en él, a caballo sobre estas rutas marítimas, era el corazón que expandía y regulaba todo aquel sistema circulatorio. Como escribe Vicente Salavert, en ello radicaba el origen de su grandeza, al par que la causa de su servidumbre; a ello debían las repúblicas italianas el papel principal desempeñado durante los siglos XI y XII y su espléndido presente, en el XIII, y los demás comunes, en general

La Italia comunal, demasiado unitaria para dar lugar a divisiones rígidas y demasiado múltiple para una constitución uniforme, constituía, a pesar de su fragmentación política, una profunda unidad moral (Salvatorelli). Pero ello no era suficiente: Italia necesitaba la unidad y la fuerza, en paralelismo con la trayectoria seguida por las monarquías occidentales. La monarquía normanda pudo haber sido el núcleo de osificación italiano en el siglo XII, pero su extinción y la lucha por el *dominium mundi* provocaron un fuerte vacío, que acudieron a llenar las ambiciones de las potencias extrañas. "La incomprensión por parte del Papa de esta servidumbre geopolítica que pesaba sobre la península determina fundamentalmente la tragedia de Italia y pone a Europa en grave peligro frente al bullir de los mundos mongol y musulmán, ya que siembra la desunión y la discordia entre las naciones cristianas, y, mientras estorba todo intento de unificación nacional italiana desde el exterior, se revela incapaz de realizarla por su cuenta, ni aun después de la muerte de Federico II, que pareció consagrar por un momento la victoria total de la curia romana" (Salavert). En la segunda mitad del siglo XIII, Italia convirtióse en un mosaico de repúblicas, caracterizado por la crisis comunal y la lucha entre güelfos y gibelinos. La primera, de raíz eminentemente social y económica, desembocó en la instauración del régimen personal de la "señoría". En cuanto a la segunda, como [illegible]s, los güelfos defendían la política pontificia y el particularismo med[illegible] gibelinos, los ideales imperiales y la oposición laica a las ingerencias de la Iglesia en las cosas temporales.

Cuando el papa Urbano IV llamó en su auxilio a la casa de Francia, cediendo a Carlos de Anjou, hermano de San Luis, el reino de Sicilia en calidad de feudo pontificio, la cuestión mediterránea e italiana se agravó extraordinariamente. El papa consideró que el angevino era la única baza para la reconquista de Sicilia, presupuesto indispensable para dar efectividad a sus ideales teocráticos, pero ello implicó el desplazamiento de la pugna güelfo-gibelina hacia el Occidente y brindó la gran oportunidad a la Corona de Aragón —Pedro III el Grande—, mientras sus

incidencias ahogarían los últimos restos de la unidad universalista medieval de raíz religiosa. De momento, Carlos de Anjou logró imponerse a los últimos Staufen —Conrado, Conradino— en Benevento y Tagliacozzo (1266-1268), pero el estallido de las Vísperas Sicilianas en 1282, vino a demostrar que el problema estaba muy lejos de haber encontrado una solución viable.

En efecto, el núcleo catalano-aragonés, afianzado definitivamente por las grandes conquistas de Jaime I y con una clara orientación mediterránea desde el forzado abandono de las pretensiones imperialistas en el *Midi* por el tratado de Corbeil (1258), se dispuso a recoger la herencia que los Staufen y el gibelinismo dejaban vacante en Italia. Conviene tener en cuenta que Carlos de Anjou se había interpuesto ya en su camino, ganando la partida de Provenza por su matrimonio con la heredera; luego, su investidura como rey de Sicilia anula todo posible provecho del matrimonio del infante don Pedro —el futuro Pedro el Grande— con Constanza, la hija de Manfredo de Sicilia, y él es también quien ensombrece el fracaso del Conquistador en Cerdeña (1267). Entre el angevino y el heredero de la Corona de Aragón se desarrolla una verdadera rivalidad personal: si Pedro fomenta el levantamiento de Marsella en 1263 y mantiene estrechas relaciones con los gibelinos italianos, tomando parte desde 1269 en todas las intrigas contra el angevino, la mano de Carlos aparece en varios de los disturbios internos de la Corona de Aragón.

La guerra del Vespro y sus consecuencias. Coronado rey de Sicilia, en San Pedro de Roma, en 1266, Carlos de Anjou vio inmediatamente la posibilidad de acaudillar a los güelfos en Italia —como había intentado hacerlo Manfredo con los gibelinos— y ensayar el desarrollo de una política hegemónica en la península. Los güelfos, además del papa, contaban ahora con un soberano dueño de la Italia del Sur. Este dualismo entrañaba un peligro, puesto que el Pontificado tenía que tomar precauciones contra el peligro de una unificación italogüelfa bajo manos distintas de las suyas, del mismo modo que antes había luchado contra los intentos unificadores gibelinos. La prosecución de las luchas entre los Estados italianos proporcionaría frecuentes motivos de intervención al nuevo rey de Sicilia y a la Curia. Tales luchas favorecían la expansión de los comunes más poderosos y la concentración del poder en el interior de los mismos "—señorías"— a través de la oposición entre *nobili* y *popolani*.

Carlos de Anjou intentó imponerse en Italia como jefe del güelfismo y soñó con la conquista del Oriente. Para ello necesitaba el concurso pontificio y la no intervención del Imperio. Pero el papa Gregorio X (1271-1276) comenzó a obstaculizarle el camino, poniéndose de acuerdo con el emperador Rodolfo de Habsburgo y entorpeciendo la política oriental del angevino, mediante la unión de las Iglesias en el concilio de Lyon en 1274. El nuevo pontífice, Nicolás III (1273-1280) acentuó todavía más la hostilidad de la Curia contra el rey de Sicilia, quien al producirse la vacante en 1280 se impuso al cónclave reunido en Viterbo y logró que los cardenales eligieran a su candidato, el francés Martín IV (1280-1285), que nombró a Carlos vicario pontificio y favoreció totalmente su política en Italia y en Oriente. Pero entonces —30 de marzo de 1282— estalló en Sicilia el furioso levantamiento antifrancés conocido con el nombre de Vísperas

Sicilianas (*Vespro siciliano*), verdadera revolución nacional y, al mismo tiempo uno de los primeros ejemplos en que la fuerza popular se proyectó arrolladora en el marco estatal. Sicilia, que ya se había rebelado contra la política monárquica y absolutista de Federico II, presencia ahora una nueva explosión comunal contra el análogo proceder del angevino; la feroz reacción de éste y la desastrosa conducta del papa francés Martín IV, al meter a los sicilianos en un callejón sin salida, transforman el problema en una guerra a vida o muerte, de innegable carácter nacional, haciendo recobrar su anterior importancia a la nobleza militar. Con todo ello, el movimiento toma nuevos derroteros pasando a ser un episodio transcendental de las luchas de güelfos y gibelinos, y cuando la necesidad de la ayuda obliga a las fuerzas comunales sicilianas a aceptar el gobierno del rey de Aragón, la cuestión adquiere dimensiones internacionales y sus vibraciones se extienden desde Sicilia a Inglaterra y de Granada a Bizancio. Después de veinte años de encarnizada lucha –hemos estudiado sus incidencias al ocuparnos de la plenitud de la Corona de Aragón bajo Jaime II– "la paz de Caltabellota de 1302 arrancó a los angevinos la isla para reducirlos a simples reyes de Nápoles; rubricará la firma de defunción que el atentado de Anagni había puesto a las pretensiones teocráticas del Pontificado y proporcionará a la Casa de Aragón la cabeza de puente que, si permitirá la legendaria expedición de los catalanes a Oriente, hará también nacer la ilusión de convertir la porción occidental del Mediterráneo en un mar interior siciliano-aragonés, según la conocida frase atribuida al almirante Roger de Lauria, de que no sólo galera alguna, pero ni aun los peces del mar, se atreverían a surcar sus aguas sin el permiso del rey de Aragón, expresión que revela claramente el sentido de la pugna franco-aragonesa" (Salavert).

La guerra del "Vespro" tuvo, pues, consecuencias importantes, tanto en Nápoles como en Sicilia. En Nápoles, los reyes angevinos se vieron obligados a apoyarse en el feudalismo, que aumentó su influencia a costa del poder monárquico y de la solidaridad del reino. En Sicilia se constituyó definitivamente el poder del Parlamento, asamblea de origen normando formada por la nobleza, el clero y representantes de las ciudades, que presidió la vida de la isla –con atribuciones semejantes a las del Parlamento británico– hasta 1312. También aumentó el poder de la aristocracia, cuyas luchas con los comunes y la autoridad regia condicionaron la decadencia de la isla. Sicilia, además, se separó de la órbita propiamente italiana para entrar en la de la Corona de Aragón. Nápoles, en cambio, se orientó con mayor fuerza hacia los problemas típicamente italianos. En todo caso, la influencia que bajo los normandos había ejercido en el Mediterráneo el reino del *Mezzogiorno* decreció mucho y en ello radica, como apunta Salvatorelli, una de las causas de la definitiva caída de la dominación cristiana en Siria.

La Italia central y septentrional. Durante la guerra del "Vespro" se acentuó la "fluidez" en la trayectoria de las ciudades y de los comunes más importantes de la Italia septentrional y central. En Milán se impuso la señoría del obispo Otón Visconti, mientras se agravaba la crisis de los Monferrato. En 1294, el emperador Adolfo de Nassau consagró jurídicamente la autoridad de Mateo Visconti, pariente del obispo, en el Norte de Italia, como vicario del Reich; pero poco

después los Visconti fueron desplazados por los Toriani. En 1308, Guido de la Torre fue proclamado capitán vitalicio del pueblo: fórmula habitual para la constitución de la "señoría". En Verona se impusieron los Della Scala y más al Sur –Ferrara, Módena, Reggio– los Este.

La lucha entre Génova y Pisa por la hegemonía en el mar Tirreno terminó a favor de la primera –batalla de Meloria de 1284–. Pisa tuvo que renunciar a sus pretensiones sobre Córcega y ceder a su rival parte de Cerdeña. Después de Meloria, los adversarios de Pisa, Florencia y Lucca, constituyeron una liga con Génova, a la que se sumó la mayor parte de Toscana, bajo la bandera güelfa. Entonces Pisa expulsó a los gibelinos por medio del conde Ugolino della Gherardesca y firmó la paz con la liga toscana; pero una coalición de las grandes familias pisanas logró imponerse; el conde Ugolino fue encarcelado y murió de hambre con sus fieles (1288), tragedia inmortalizada por Dante en el penúltimo canto del *Infierno*. Sin embargo, la paz de Fucecchio impuso a los pisanos la obligación de permitir el tránsito a través de su territorio de las mercancías de los comunes agrupados en la liga toscana.

En Florencia, un movimiento desencadenado por Giano della Bella llevó a los *Ordinamenti di giustizia* contra los magnates y la alta burguesía. En la ciudad estalló una nueva lucha entre los Cerchi –elementos nobiliarios y residuos del gibelinismo– y los Donati –alta burguesía mercantil y bancaria. La división de la vecina Pistoia entre *Cancellieri* blancos y *Cancellieri* negros, que se fusionaron con las citadas facciones florentinas, hizo que los Cerchi tomaran el nombre de *blancos*, y los Donati, de *negros*. Con los blancos militó Dante Alighieri.

Génova desarrolló una amplia expansión comercial, que la llevó a nuevas luchas con Venecia por los Estrechos y el Mar Negro. Para su política oriental, Génova había logrado una especie de monopolio con ayuda del emperador Andrónico II y del rey de Chipre; Venecia quiso romperlo y entró en negociaciones con los tártaros de Crimea, a fin de lograr un establecimiento colonial que pudiera rivalizar con el genovés de Caffa. En 1294, los genoveses obtuvieron un resonante triunfo en Laiazzo, en la costa de la Armenia Menor; en 1296 los venecianos incendiaron Pera y penetraron hasta Caffa. Las hostilidades prosiguieron hasta la paz de Milán de 1299, firmada por mediación de Mateo Visconti, que reconoció el *statu quo*.

Una escuadra veneciana recorría constantemente las aguas del Adriático con el fin de asegurar el dominio exclusivo de las mismas por la República de San Marcos. Ello provocó frecuentes conflictos con Padua, Treviso, Ferrara, Rávena, Cervia, Bolonia y Ancona. De particular importancia era para Venecia el dominio de la Istria marítima. En el interior, Venecia experimentó el acrecentamiento del poder de la aristocracia, que en la *Serrata del Gran Consiglio* (1297) obtuvo la mayor parte de sus reivindicaciones. El fracaso de la conjura popular-señorial de Baiamonte Tièpolo contra la concentración oligárquica, condujo a la institución de una magistratura política, el *Consiglio dei Dieci* (Consejo de los Diez).

El fracaso de las tentativas imperiales, angevinas y pontificias. En el transcurso de la primera mitad del siglo XIV, el particularismo italiano se impuso a las tentativas encaminadas a superarlo, en beneficio de la unidad monárquica de

la península, a cargo del Imperio, de los angevinos de Nápoles y de los papas de Avignon.

Como veremos al ocuparnos de Alemania, el emperador Enrique VII de Luxemburgo (1308-1313) reivindicó el programa de los césares anteriores al Gran Interregno y se lanzó a una política de signo monárquico en Italia. Saludado cariñosamente por el Dante —quien en su tratado *De Monarchia* había expuesto un programa gibelino moderado: la independencia del emperador, cuyo poder era de origen divino, era compatible con el respeto debido al papa—, Enrique VII se presentó en Italia a fines de 1310. Pero los proyectos del Luxemburgo fracasaron por la oposición de las Repúblicas urbanas y del rey de Nápoles, Roberto de Anjou (1309-1343). Tratando de dominar la resistencia, Enrique VII se alió con el rey de Sicilia, Federico y preparó una expedición contra Nápoles; pero el papa Clemente V, presionado por el monarca francés Felipe el Hermoso, excomulgó al emperador, que murió poco después en las inmediaciones de Siena (24 de agosto de 1313).

Parecido fracaso experimentó otra tentativa imperial, a cargo de Luis de Baviera, que suscitó la consiguiente oposición del angevino napolitano Roberto, aliado fiel de los papas de Avignon y, como éstos, instrumento de la política francesa. Pero las ciudades del Norte de Italia sólo estaban dispuestas a someterse al protectorado angevino para hacer frente al peligro procedente de Alemania. Una vez pasado éste, Roberto tuvo que enfundar sus pretensiones.

El proyecto de mayor envergadura fue el del papa Juan XXII (1316-1334). Apoyándose en Francia —la dinastía francesa de los Anjou reinaba en Nápoles y en Hungría— y en los Luxemburgo, titulares de la corona de Bohemia, intentó someter Italia al Pontificado. Teniendo en cuenta que Nápoles, con los Anjou, era un feudo de la Santa Sede, Juan XXII quiso lograr algo parecido en el Norte de la península, cuya soberanía otorgó al rey de Bohemia, Juan el Ciego. Pero de nuevo los focos urbanos reaccionan y forman la liga de Ferrara. Una batalla dada junto a esta ciudad en 1333 arruinó definitivamente el sueño hegemónico de Juan XXII.

Las señorías y la crisis italiana de la segunda mitad del siglo XIV. En el transcurso de la centuria 1250-1348, los progresos económicos y sociales de los comunes italianos acompañaron la evolución política de los mismos hacia el advenimiento de las clases populares. Los comunes rurales decretan la abolición del feudalismo y procuran difundir la pequeña propiedad independiente; y en los comunes urbanos, dedicados a actividades de tipo industrial y mercantil, se agita una multitud de artesanos, que pugna por establecer el *Governo del Popolo.* Forman el *popolo* los artesanos, a cuya organización corporativa se añade ahora la de carácter militar y político. Cuando el artesanado logra el triunfo de sus reivindicaciones, el gobierno de las ciudades toma un carácter dual: al lado de las antiguas magistraturas —*podestà, Consigli comunali*— el pueblo designa representantes, que adquieren creciente influencia en la vida de los comunes. El *popolo* tiene un jefe supremo, político y militar, el *Capitano*, que en las inminentes luchas civiles moviliza a sus subordinados y los lanza a la batalla contra los grupos oligárquicos.

Con el fracaso de las tentativas de unificación a que antes nos hemos

referido, Italia entra en un período caracterizado por el desenvolvimiento de las señorías locales y regionales. La transformación de los comunes en el régimen personal de las señorías, iniciado en el Norte de la península a fines del siglo XIII, se hizo extensiva al centro durante la centuria siguiente. Entre las señorías cabe citar la de los Visconti en Milán, la de los Scaligeri en el Véneto, la de los Gonzaga en Mantua, la de los Carraresi en Padua y la de los Pepoli en Bolonia. En Lucca y Pisa se sucedieron Uguccione della Faggiuola y Castruccio Castracani. Incluso en Florencia y en Génova hubo señorías temporales, que no atacaron la estructura comunal.

La institución de las señorías siguió caminos diversos: a veces el *podestà* o el *capitano del popolo* se convirtieron en magistraturas vitalicias y concentraron en sus manos todos los poderes comunales; otras, la facción victoriosa proclama señor a su jefe. A juicio de Salvatorelli, las señorías se impusieron a la nobleza, compensaron de la pérdida del gobierno y de la libertad a la burguesía rica otorgándole una mayor seguridad y tranquilidad social, y contaron con el beneplácito de las clases populares. Con la formación de las señorías coincide el incremento de las milicias mercenarias y la transformación de las mismas en *Compagnie di ventura*, al mando de los *condottieri*.

A pesar de la coyuntura medial del siglo XIV, se puso de relieve el orgullo personal, las ambiciones y la falta de escrúpulos de las distintas señorías, que añadieron a las rivalidades tradicionales entre los Estados italianos otros motivos de fricción.

Venecia y Génova prosiguieron su rivalidad colonial y mercantil, con resultado alterno, hasta la paz de Turín de 1381, en la que actuó como mediador el conde de Saboya, Amadeo VI. La presión de las señorías vecinas –los Scaligeri en el Adigio, los Carraresi en Padua y los Visconti en el Garda y el Mincio– obligó a la República de San Marcos a vigilar atentamente el frente continental.

En las llanuras del Véneto se planteó otro duelo de gran interés: la rivalidad entre los Visconti de Milán y los Scaligeri de Vicenza y Verona. A mediados del siglo XIV, la señoría de los Visconti, bajo la jefatura del arzobispo de Milán, Giovanni, se extendía por la Lombardía, Emilia, Piamonte y Liguria, con inclusión de Génova. Como observa Barbagallo, se trata de la conquista económica de la llanura padana y del dominio de las grandes vías de comunicación entre la Europa central y la Italia peninsular. Además, la anexión de Génova y la ocupación de puertos fluviales en el Po, permitiría unir el Tirreno con el Adriático. Los Scaligeri, en decadencia, aunque conservan intacto el núcleo de su Estado, constituido por Vicenza y Verona, aglutinan las diversas coaliciones antivisconteas, en las que intervienen los condes de Saboya y los marqueses de Monferrato, ambos con dominios en el Piamonte.

Entre los problemas que agravaron la situación política italiana en la segunda mitad del siglo XIV cabe destacar el vacío provocado en Nápoles y en los Estados pontificios. En Nápoles, el reinado de Juana I (1343-1382), nieta de Roberto I de Anjou, se desarrolló en medio de una crisis aguda, en la que las diversas ramas de la familia angevina –de Hungría (la reina casó en primeras nupcias con Andrés, hermano de Luis I de Hungría), de Tarento y de Durazzo– constituyeron facciones que devastaron el país. Al fin logró adueñarse del reino Carlos III de

Durazzo, que murió asesinado en Hungría en 1386 y dejó planteado de nuevo el problema de la sucesión napolitana.

Parecida situación atraviesan los Estados pontificios, faltos de gobierno desde 1305 con el traslado de los papas a Avignon. Por esta razón, el Lacio, la Romaña y las Marcas fueron comunes independientes y señorías improvisadas, como Perusa, Todi y Asís. Incluso Roma es un común, como en los tiempos lejanos de Arnaldo de Brescia. En 1339, la "República romana" envió a buscar a Florencia una copia de sus *Ordinamenti di giustizia*, la famosa legislación contra los privilegiados. En 1347 y en 1354, un joven *popolano*, el notario Cola di Rienzo, entusiasta de la Antigüedad clásica, asume la magistratura de tribuno romano con poderes dictatoriales y quiere restaurar el régimen de la Roma republicana. Peor van las cosas todavía en el resto del Estado pontificio. En Vitervo y Civitavecchia señorean los Vico; en Urbino, los Montefeltro; en Camerino, los Várano; en Rímini y buena parte de las Marcas, los Malatesta; en Forli y Cesana, los Ordelaffi; en Faenza, los Manfredi; en Rávena, los Polenta; en Bolonia, primero los Pepoli y luego los Visconti.

La crisis de los dos Estados, el napolitano y el pontificio, favoreció extraordinariamente la proliferación de las compañías de mercenarios y del bandolerismo. Refiriéndose a los males que ello desató en Italia, escribió Petrarca: "*mai fino ad oggi si udi parlare di Compagnie ordinate a danno del genere umano*".

La decadencia de Nápoles y de los Estados de la Iglesia hacen que sean considerados una presa fácil por los potentados del Norte, en particular los Visconti, cuya expansión oriental ha sido detenida por Venecia y la occidental por los principados del Piamonte. En 1355, los sobrinos del arzobispo Giovanni, Bernabó y Galeazzo, fijan sus miradas en la Italia cispadana y desarrollan una política imperialista en el centro de la península. En 1380, Bernabó quiere intervenir, aliado con el rey de Francia, en la lucha por la sucesión napolitana contra Carlos de Durazzo y no oculta sus propósitos de elevar la señoría viscontea a la hegemonía peninsular.

En cuanto a Florencia, su posición defensiva en la Toscana, de acuerdo con el reconquistador de los Estados pontificios, el cardenal Albornoz, en el trienio 1375-1378 se alió con los Visconti y sostuvo una guerra inextricable contra el papa Gregorio XI y sus aliados de la Romaña. Luego la plebe de la ciudad se sublevó contra la oligarquía burguesa –revolución de los *Ciompi* (1378-1382). Pero los excesos de la demagogia provocaron la reacción aristocrática de los Albizzi, preludio de los cambios que acabarían por llevar a los Médicis al poder.

Como escribe Barbagallo, lo peor de la crisis italiana de la segunda mitad del siglo XIV no fueron los episodios políticos o militares, sino la espantosa anarquía derivada de los mismos, que dilapidó la riqueza acumulada en tres centurias de trabajo. La peste negra diezmó la península, con pocas interrupciones, de 1348 a 1383 y sus efectos fueron nefastos en una economía en depresión, que a su vez provocó frecuentes agitaciones sociales, como la ya mencionada de los Ciompi –el *Popolo di Dio* florentino–, de carácter apocalíptico como los lollardos ingleses.

El Quattrocento. Los Visconti y la lucha con Venecia y Florencia. Con el

Papado inmovilizado por el Cisma, sonó la hora de los Visconti en el Norte de Italia. En 1385, el señor del Estado de Milán, Gian Galeazzo, comenzó a desarrollar una política hegemónica de vastos alcances, que recibió su sanción legal diez años después, cuando el Imperio le otorgó el título de duque. La política expansiva de Gian Galeazzo (1385-1402) despertó los lógicos recelos de Venecia, que comenzó a rodearse de dependencias continentales —la *Terra ferma.*

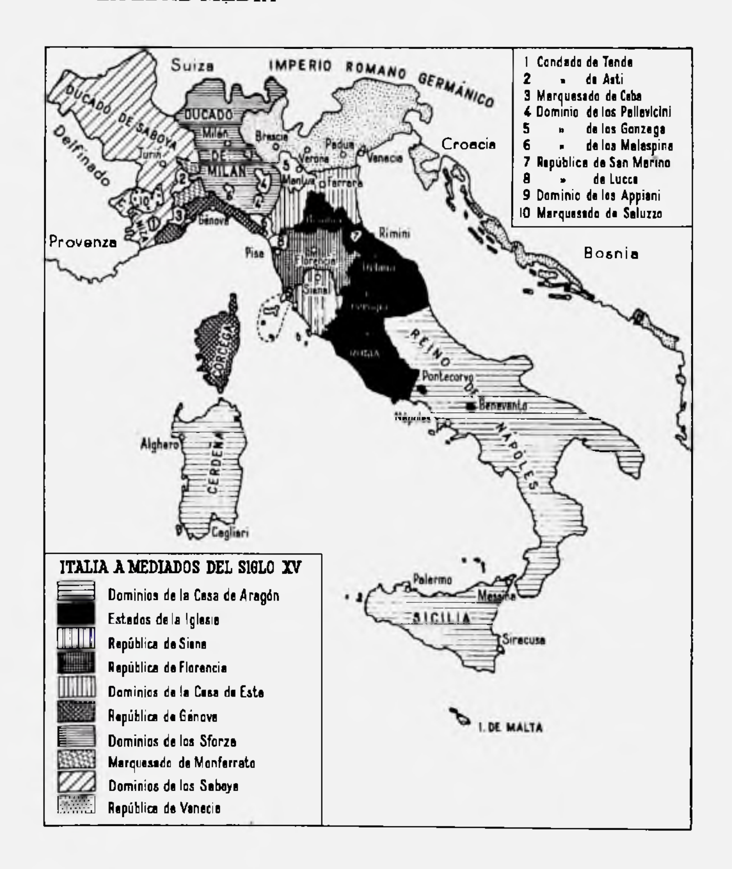
La reacción veneciana vióse favorecida por la crisis viscontea a la muerte de Gian Galeazzo, con la minoridad de sus hijos Juan María y Felipe María Visconti. Convertido este último en único dueño del Estado milanés (1412-1447) y decidido a reconstruir el principado visconteo, Venecia y Florencia sostuvieron contra él tres guerras sucesivas. Si Felipe María pudo resistir las embestidas de la coalición, gracias a su habilidad diplomática, Venecia logró redondear sus dominios continentales mediante la anexión de Zara, Friul, Treviso, Brescia y Bergamasco. Génova quedó nuevamente sometida a Lombardía. Al término de estas luchas, en 1433, no ofrecía dudas que el Norte de Italia quedaría sujeto al dominio de dos potencias: Milán y Venecia.

La lucha por Nápoles: el triunfo aragonés. A la tentativa de hegemonía italiana desde el Norte a cargo de Gian Galeazzo, sucedió otra desde el Sur, desarrollada por Ladislao de Nápoles, quien al amparo de las perturbaciones del Gran Cisma, pudo actuar libremente en Roma e incluso en Toscana. Pero a su muerte, en 1414, quedó definitivamente arruinada esta tentativa encaminada a la unificación de Italia desde el Sur.

Durante el reinado de Juana II (1414-1435), hermana de Ladislao, Nápoles atravesó otra crisis importante, en parte desencadenada por las fantasías de la propia reina, al adoptar sucesivamente como herederos a Alfonso V de Aragón y a Luis II de Anjou. El triunfo del primero, que hizo su entrada triunfal en Nápoles en 1443, después de superar, aliándose con Milán, el desastre que le infligieron los genoveses en Ponza en 1435, instaló en el corazón de la península italiana a una de las personalidades más vigorosas del Quattrocento.

Cosme de Médicis, Alfonso el Magnánimo y Francisco Sforza. Desde comienzos del siglo XV, Florencia aprovechó las crisis napolitana y viscontea para asegurar su posición en la Italia central. Cuando el prestigio de la oligarquía dominante de los Albizzi quedó arruinado por los gravámenes fiscales derivados de las guerras con los Visconti, Cosme de Médicis, heredero de la inmensa fortuna atesorada por su padre, Juan, banquero pontificio, fue llamado a la señoría de la ciudad (1434-1464). Con su hermano Lorenzo como consejero, Cosme de Médicis instauró una dictadura de hecho bajo la apariencia republicana y presidió la época áurea del Renacimiento florentino.

Después de la conquista de Nápoles y de la tregua con Génova —la gran rival de la marina catalana en el Occidente del Mediterráneo—, la situación de Alfonso el Magnánimo vióse amenazada por Francisco Sforza, yerno de Felipe María Visconti de Milán, quien apoyado por éste y por el papa mantenía la bandera de la rebelión napolitano-angevina en las Marcas. Alfonso V fue apoyado entonces por el duque Lionello de Este, cuyo her-



mano, Borso, propugnaba la candidatura del aragonés a la monarquía italiana.

La muerte del duque de Milán, sin descendencia, mantenía fijas las miradas en el Estado visconteo. Alfonso V, convencido de que quien se apoderara de Milán tendría en sus manos la hegemonía peninsular, logró el reconocimiento de la sucesión por parte de Felipe María Visconti; pero a la muerte de éste (1447), el municipio de Milán proclamó la República Ambrosiana.

Este acontecimiento preparó la guerra general en Italia. En efecto, Francisco Sforza se erigió en duque de Milán, y Alfonso V replicó aliándose con Venecia, Saboya, Monferrato, Ferrara, Mantua y el papa Nicolás V. Así se dibujaron dos coaliciones en Italia: la integrada por Venecia y Nápoles, con el apoyo problemático del emperador Federico III; y la formada por Milán y Florencia, respaldada por el rey de Francia Carlos VII.

La paz de Lodi y la Liga Itálica. Después de cuatro años de encarnizada lucha en Lombardía y Toscana, se llegó a la conclusión de que si se quería evitar la intromisión de Francia en las cuestiones peninsulares, era indispensable llegar a un

acuerdo general, que salvaguardase el equilibrio de las potencias italianas. El 9 de abril de 1454, Venecia y Milán firmaron la paz por separado en Lodi, a la que después se adhirió Florencia. Al mismo tiempo se puso en marcha la llamada Liga Itálica, en virtud de la cual los principales Estados de la península se comprometían, por un período de veinte años, al respeto mutuo de sus territorios y a formar un ejército común para hacer frente a una eventual agresión. La Liga Itálica iba dirigida esencialmente contra Francia, así como contra el peligro turco —Mohamed II se había apoderado de Constantinopla en 1453— y las pretensiones hegemónicas de Alfonso V el Magnánimo.

El rey de Aragón no se adhirió a la Liga hasta enero de 1455, ya que deseaba saldar primero las cuentas pendientes con Génova. El ataque contra la República de San Jorge, entusiásticamente apoyado por Cataluña, culminaría la política oriental del Magnánimo, que murió cuando estaba a punto de recoger el fruto de sus desvelos.

Para resistir la embestida del Magnánimo, Génova se entregó en brazos de Francia. Como escribe Vicens Vives, la Francia preponderante de la segunda mitad del siglo XV era la verdadera adversaria de la paz de Italia. Convencido de esta realidad, Alfonso V procuró sustituir la teórica e ineficaz Liga Itálica por una diplomacia realista. Milán, Florencia y Nápoles, aliadas en un mismo propósito, darían a la península la vertebración necesaria para su ordenación pacífica. Ello explica tanto los enlaces matrimoniales entre las dinastías de Aragón y de los Sforza, de 1455, como la tentativa de aproximación hacia el señor de Florencia, Cosme de Médicis. Los hechos se encargarían de darle la razón. Italia se aguantaría en el futuro vertebrada por Milán, Florencia y Nápoles, la triple alianza que ideó e hizo posible Alfonso el Magnánimo.

Las crisis de los albores de la Modernidad. El período de cuarenta años transcurrido entre la paz de Lodi y la expedición de Carlos VIII de Francia (1454-1494), es considerado tradicionalmente en la historia de Italia como una época de estabilidad y de paz. La península, libre de dominaciones extranjeras, parece haber alcanzado una cierta organización nacional, a través de la pentarquía —Milán, Venecia, Florencia, Roma y Nápoles— que decide sobre los destinos de Italia.

La realidad es, sin embargo, bastante distinta. Ya hemos aludido a la discrepancia entre la Liga Itálica y la diplomacia realista de Alfonso el Magnánimo. Por otra parte, el proceso de la consolidación interna de los Estados hegemónicos deja mucho que desear, ya que a pesar de ciertas medidas de carácter autoritario, todos ellos, en mayor o menor escala, continúan siendo conglomerados de ciudades y territorios diversos. El que conservaba mayores características medievales era el Estado de la Iglesia y los más sólidos y unificados, el ducado de Milán y la República de Venecia. Florencia experimentaba periódicas rebeliones de las ciudades sometidas. En cuanto a Nápoles, al constante conflicto interno entre la monarquía y los barones se añadía la tradicional rivalidad entre aragoneses y angevinos.

Además del peligro turco, el período que estudiamos se caracteriza por cuatro crisis graves: la guerra de Juan de Anjou, la conjura de los Pazzi en

Florencia, la guerra de Ferrara y la conjura de los barones en Nápoles, que en definitiva abrieron el camino a la rivalidad franco-española en la península —guerras de Italia.

La debilidad de la Liga Itálica se puso de relieve con la expansión turca en el Mediterráneo central, que amenazó la integridad de algunos Estados italianos y los intereses mercantiles de toda la península. Al referirnos a la política oriental de Alfonso el Magnánimo hemos aludido a la actividad antiotomana del monarca aragonés afincado en Nápoles.

Génova y Venecia sufrieron particularmente graves daños. Los genoveses perdieron muy pronto casi todas sus colonias —1453, Pera; 1456, Imbros, Samotracia y Lemnos; 1462, Lesbos, 1475, Caffa, en Crimea—, y Venecia, condenada a la misma suerte, pudo ofrecer mayor resistencia. Después de la toma de Constantinopla, los venecianos firmaron la paz con los turcos; pero las hostilidades se reemprendieron en 1463, con varia fortuna. Mientras el almirante Víctor Capello reconquistaba Atenas, un ejército veneciano fue derrotado en Patrasso. En 1470, una expedición otomana conquistó Negroponto, después de porfiada lucha.

La liga entre las potencias italianas, forjada por el papa Paulo II en 1471, no logró resultados prácticos, a pesar de los esfuerzos desplegados por el nuevo pontífice, Sixto IV. Los turcos realizaron dos incursiones contra Friul (1473-1477) y Venecia vióse obligada a firmar una paz onerosa, cediendo Scutari y obligándose al pago de tributos (1479). Luego, Mohamed II, que pensó seriamente en conquistar Italia, ocupó Otranto (1480), reconquistada al año siguiente por los napolitanos. La muerte del sultán (1481) alejó el peligro que se cernía sobre Italia.

Venecia logró una adquisición importante, que la compensó en parte de las pérdidas sufridas: la del reino de Chipre, cedido a la República de San Marcos por la viuda del último Lusignan, la veneciana Catalina Cornaro (1489).

Cuando el papa Pío II, deseoso de la reconciliación italiana para constituir un frente unido contra los turcos, reconoció como rey de Nápoles a Ferrante I, el hijo y sucesor de Alfonso el Magnánimo, los angevinos del reino, capitaneados por los Orsini, príncipes de Tarento, reclamaron la ayuda de Juan de Anjou, hijo de Renato, cuyas fuerzas fueron completamente derrotadas en Troia (Apulia, 1462). Esta guerra angevina en Nápoles fue paralela a la lucha por Génova, cuyos habitantes, con la ayuda de Francisco Sforza de Milán, lograron expulsar a los franceses en 1461.

A la guerra angevina siguió la conjura florentina de los Pazzi (1478), encaminada a expulsar a los Médicis del poder. El fracaso de la conjura aumentó el poder de que gozaba en la capital de Toscana la familia de banqueros, representada entonces por Lorenzo el Magnífico.

La crisis subsiguiente fue la guerra de Ferrara (1482-1484), desencadenada por un ataque de Venecia, apoyada por Sixto IV, contra Hércules de Este, aliado con Ferrante de Nápoles. Por la paz de Bagnolo, los venecianos obtuvieron varias concesiones por parte de Ferrara.

Poco después (1485-1492), estalló la conjura de los barones napolitanos: angevinos contra aragoneses y defensores del feudalismo nobiliario contra el

autoritarismo monárquico de Ferrante I y de su hijo Alfonso, duque de Calabria. Ello desencadenó una guerra general, en la que el papa, Génova y Venecia, sostuvieron a los conjurados, mientras Milán, Florencia y Siena apoyaron a Ferrante.

Los protagonistas de tales crisis buscan la ayuda extrajera: la española, por parte de Nápoles y Sicilia; y la francesa, por el grupo angevino. Con Carlos VIII de Francia y los Reyes Católicos de España, la península italiana se convierte en uno de los objetivos primordiales de la política exterior de ambas potencias.

VII

ALEMANIA Y LA EUROPA CENTRAL

Característica general. La crisis definitiva del Sacro Imperio como poder universal efectivo desde la muerte de Federico II a mediados del siglo XIII, y el fracaso del intento posterior de Rodolfo de Habsburgo de crear un Estado alemán, libre de ambiciones ecuménicas, condicionaron la dislocación de Alemania en un caos feudal. La depresión de los siglos XIV y XV dio una mayor amplitud a este fenómeno. En efecto, la feudalización del país, paralela a la anulación del poder imperial, acompañó la trayectoria de la sociedad plasmada en el binomio señorío-servidumbre de las clases campesinas, a tenor de las incidencias referidas al estudiar los fenómenos de base en las postreras centurias medievales. A mediados del siglo XIV, la constitución imperial de Carlos IV de Luxemburgo —Bula de Oro— sancionó la transformación de Alemania en una federación de Estados. La tentativa de su hijo Segismundo de afirmar nuevamente la concepción imperial universalista basada en el cuerpo alemán —doctrina elaborada por los juristas del *Reichskammergericht* (Tribunal Supremo del Imperio) y defendida por el cardenal Nicolás de Cusa en los albores del humanismo—, no condujo a ningún resultado positivo. Practicando una ambiciosa política matrimonial y dinástica, los Habsburgo labraron la fortuna de Austria.

La acción conjunta de varias fuerzas adversas imposibilitó la plasmación de un Estado alemán dotado de la vertebración necesaria. El agotamiento de la "marcha hacia el Este" y el despertar de la conciencia nacional de los Estados satélites, que tomó la forma de una violenta reacción antialemana —el husitismo checo, por ejemplo—, suscitó las consiguientes dificultades en el Este —Hungría y Bohemia escaparon de las manos de las dinastías alemanas a la muerte de Alberto II; Polonia rechazó la marca germánica—, mientras en Renania y en el ámbito danubiano, los contactos con los grandes focos económicos y mercantiles del Occidente difundieron la civilización urbana, burguesa y artesana. Como observa Pirenne, Renania se organiza como un cuerpo político diferenciado, orientado hacia Francia y los Países Bajos; Lorena y Luxemburgo se unen a Borgoña; Suabia experimenta la atracción de Francia y Lombardía, y Suiza se constituye como una federación de ciudades y cantones libres, agrupados en la vía comercial del San Gotardo, entre el Norte de Italia y el Rin. Para el autor citado, la centrifugación dominante en el Sacro Imperio acaba polarizándose en la constitución de dos Alemanias: la del Centro y del Este, de características feudales y señoriales, dispuesta a la lucha contra los eslavos por el dominio de los espacios orientales; y la del Oeste y del Sur, urbana, precapitalista, burguesa y artesana, plenamente incorporada a las inquietudes del mundo occidental.

El contraste entre las dos Alemanias, que reafirmaría la crisis religiosa del

siglo XVI —área luterana en el Centro-Este y reducto católico con focos calvinistas en el Oeste-Sur— fue ensanchado en el XIV por las repercusiones de la guerra de los Cien Años y el florecimiento de la ruta económica Alto Danubio - Rin - Mar del Norte, en relación con el despliegue de la Hansa y la prosperidad de la Alemania del Sur. La ruina del comercio francés y los quebrantos sufridos por la marina mercante británica, a consecuencia de la guerra de los Cien Años, dieron a la Hansa la preponderancia económica en los mares del Norte, mientras las ciudades renanas se beneficiaban del mismo conflicto por la desviación del gran comercio internacional desde las ferias de Champaña al Rin.

El cisma alemán: Luis de Baviera. Al ocuparnos de la situación de Alemania en el siglo XIII, dijimos que a la muerte de Enrique VII de Luxemburgo la doble elección de 1314 había dejado a dos competidores en presencia: Luis de Baviera y Federico de Austria. Enrique de Luxemburgo, con escasas dotes de estadista, había roto con la tradición política de los primeros Habsburgo de concentrar su atención en el interior del Reich y abandonar el sueño imperialista. Tratando de rehabilitar el programa de Federico II, Enrique de Luxemburgo se hizo coronar en Roma; pero no logró dominar la resistencia italiana, acaudillada por Roberto de Anjou, rey de Nápoles. Parecido fracaso experimentó, como veremos, Luis de Baviera.

Hemos dicho que la elección de 1314 fue doble: el cisma que en la segunda mitad del siglo XIV afectó a la Iglesia, tuvo en la primera un precedente en el Sacro Imperio que implicó una guerra civil de siete años de duración. Alemania sufría de nuevo las perturbaciones del interregno. El campo de batalla fue la Alemania del Sur, donde radicaban los dominios de los dos rivales: Luis de Baviera y Federico de Austria. La lucha arruinó a la nobleza y favoreció los intereses de las ciudades y del campesinado. Al despliegue de los ciudadanos y campesinos se vincula el acontecimiento más notable de este período: la consolidación de la independencia helvética.

Ya nos referimos en capítulos anteriores a la confederación de los cantones establecidos en 1291, que puede considerarse como el acto de nacimiento de Suiza. Celosos de sus prerrogativas señoriales, los Habsburgo de Austria constituían el adversario natural de los cantones suizos. Durante la guerra civil alemana a que nos referimos, Luis de Baviera se alió con los suizos. El momento era propicio. En enero de 1314, los habitantes del cantón de Glaris cometieron un acto de agresión contra el monasterio de Einsiedlen. Federico de Austria encargó a su hermano Leopoldo que castigara a los responsables. Pero la expedición punitiva de éste experimentó una derrota decisiva en Morgarten (13 de noviembre de 1315) a manos de los campesinos y montañeses de los cantones de Schwytz, Unterwalden y Uri. Unas semanas después, los héroes de la independencia suiza sellaron la unión de los tres cantones. Así quedaba constituido el primer núcleo de una Suiza libre, al que después se agregaron otros cantones: Lucerna, Zurich, Berna. La confederación libre de cantones rurales y focos urbanos, agrupados alrededor de la vía comercial del San Gotardo, entre Italia y Renania, se había impuesto a los Habsburgo.

El episodio de Morgarten tuvo grandes repercusiones en Alemania. En otras

partes, los elementos favorables a Federico de Austria acusaron el golpe y procuraron adecuar su conducta a la nueva situación, mientras los partidarios de Luis de Baviera, principalmente el campo y las ciudades, vieron engrosar sus filas. Ante las vacilaciones de Federico, Luis de Baviera decidió cortar el nudo gordiano del cisma imperial mediante una batalla decisiva. Su triunfo en Mühldorf (1322), donde cayó prisionero Federico de Austria, fue el último acto de la guerra civil alemana.

La dieta de Nuremberg de 1323 marca el punto culminante de la carrera de Luis de Baviera; pero la euforia del triunfo le impulsó a protagonizar de nuevo, con dos papas, Juan XXII y Benedicto XII, las luchas de Felipe el Hermoso con Bonifacio VIII. Otra vez se enfrentaron el Pontificado y el Imperio resucitando las querellas entre la teocracia y la supremacía del poder civil. Pero la lucha sólo sirvió para envenenar los panfletos del famoso polemista del bando imperial, Marsilio de Padua, y agrupar alrededor de Luis de Baviera las fuerzas del nacionalismo germánico (dieta de Rhense, 1338). El emperador llegó hasta la elección de un antipapa –Nicolás V– y a pretender el señorío de Italia; pero sus proyectos fracasaron.

Carlos IV de Luxemburgo: la Bula de Oro. Elegido por los adversarios de Luis de Baviera, Carlos de Luxemburgo, rey de Bohemia y emperador de Alemania con el nombre de Carlos IV (1346-1378), francés de lengua y de corazón, gozó de las simpatías de la corte pontificia de Avignon y despertó los recelos del nacionalismo germánico y de los elementos opuestos a la teocracia. Se temía que su inclinación por Francia le llevara a comprometer la suerte del Reich en la lucha dramática que esta potencia sostenía con Inglaterra. Pero el emperador, con habilidad y paciencia, y con el apoyo de las ciudades contra los príncipes refractarios, desarmó a sus adversarios y abordó resueltamente el problema básico que Alemania tenía planteado: el del Estatuto imperial, mediante la famosa Bula de Oro de 1356, que rigió los destinos del Reich durante toda la época moderna.

A través de los siglos XII y XIII, se había acentuado la evolución conducente a restringuir el derecho electoral. La costumbre de confiar la designación a una comisión redujo el papel de la mayoría de los príncipes a aclamar al elegido. La restricción de los derechos electorales efectivos y la venalidad de los sufragios se daban conjuntamente. Por lo que atañe a la Iglesia, el *regale sacerdotium* alemán se había colocado bajo la dirección de tres arzobispados: el de Maguncia, primado de Alemania, el de Colonia y el de Tréveris. Entre los feudales, ocupaban un lugar destacado Sajonia, Baviera, Brandeburgo y Bohemia. Los tres grandes eclesiásticos y los cuatro grandes laicos se habían destacado tanto de sus colegas que consuetudinariamente todos se inclinaban ante sus decisiones. Pero esta limitación del derecho electoral no figuraba en ningún texto. Por otra parte, el derecho electoral no se vinculaba a un linaje, sino a un Estado feudal determinado. ¿Qué solución debía adoptarse ante la desmembración de un Estado? En principio, se requería la unanimidad para que una elección fuera válida. Como este caso sólo podía darse pocas veces, la minoría podía alzarse contra la mayoría y recurrir a las armas. El derecho pontificio era discutido y el reciente conflicto entre Luis de

Baviera y los papas de Avignon había planteado de nuevo este acuciante problema. Se hacía necesario, por lo tanto, dar una constitución laica al Imperio, que descartara las intervenciones de los papas.

La resolución de las dificultades mencionadas constituyó la tarea que se impuso Carlos IV en la Bula de Oro, que dio una Constitución definitiva al primer Reich alemán. Los votos eclesiásticos no ofrecían ninguna dificultad, ya que el derecho consuetudinario los reservaba a los arzobispados de Maguncia, Colonia y Tréveris. En cambio, los votos laicos planteaban serios problemas. El caso más sencillo era el de Bohemia, de cuyo reino era titular el mismo emperador. Carlos IV hizo que los Wittelsbach y los margraves de Brandeburgo renunciaran a todos sus derechos sobre el feudo checo. En Baviera, acuerdos familiares disponían la alternancia en el ejercicio de las funciones electorales entre la rama bávara propiamente dicha y la del Palatinado. Carlos dispuso que la dignidad electoral quedara adscrita a esta última. Los restantes electorados fueron el de Sajonia y el de Brandeburgo.

Los siete electorados, considerados indivisibles y provistos de derechos de regalía, constituían la base de la pirámide del Imperio, cuyo vértice ocupaba el emperador. El imperio sería electivo e independiente de Roma, ya que si la coronación por el papa convertía al Rey de Romanos en emperador, los pontífices no podían conferir la dignidad imperial a quien no fuese Rey de Romanos, es decir, el designado por los electores alemanes. En el plazo de un mes después de la muerte del titular del Imperio, el arzobispo de Maguncia convocaría a los electores, que se reunirían en Francfort del Main y designarían al sucesor por mayoría de votos. La consagración del elegido se verificaría en Aquisgrán. Durante la vacante, el conde palatino del Rin asumiría el cargo de *provisor Imperii.*

A pesar del caos feudal en que se debatía el país, que había implicado el triunfo de la fragmentación –la heptarquía significó el reconocimiento de otros tantos Estados independientes de hecho–, la Bula de Oro dio al Imperio una estabilidad constitucional y una acusada independencia frente al poder pontificio. Pero Alemania, mejor dicho, las Alemanias, era un verdadero mosaico de soberanías territoriales, en el que el poder central tenía mucho más de pura mística que de autoridad efectiva.

Los últimos Luxemburgo. La impotencia del poder imperial quedó plenamente demostrada con el sucesor de Carlos IV, su hijo Wenceslao (1378-1400), falto de las mínimas condiciones de tacto y energía para continuar la obra paterna. Su reinado marca la regresión más profunda experimentada por la autoridad imperial. La fragmentación triunfa en todo el ámbito del país y la fórmula plural –las Alemanias– adquiere carta de naturaleza como organización definitiva del Reich. "El antiguo *regnum* toma el aspecto de mosaico y la inconsistencia de magma fluido característico del Estado imperial que la Edad Media agonizante lega al Renacimiento y a los tiempos modernos." La centrifugación dinámica multiplica las agrupaciones rivales que se enfrentan en todas partes, mientras las familias nobiliarias que la fortuna de los Luxemburgo había descartado están dispuestas a aprovechar la primera oportunidad que los

acontecimientos les deparen. En 1380, Wenceslao renovó los poderes del señor de Milán, Juan Galeazzo Visconti, como vicario imperial en Italia y unos años después le concedió el título ducal mediante el pago de una crecida suma. A las protestas que suscitó este hecho se añadieron muy pronto las motivadas por el acercamiento del emperador a Francia y al papado de Avignon, rompiendo con la política de Carlos IV —que contaba con la casi unánime simpatía del Reich— de prestar obediencia a los papas de Roma durante el cisma. Ello precipitó la conspiración final. Los cuatro electores del Rin anunciaron la deposición de Wenceslao el 20 de agosto de 1400 y eligieron como sucesor suyo en el imperio a Roberto de Baviera (1400-1410).

El nuevo titular del Reich se empeñó en trasladarse a Roma para recibir la corona imperial de manos del papa; pero sus tentativas en este sentido sólo favorecieron la política egoísta de los clanes alemanes, dispuestos a acabar con los últimos restos de la autoridad imperial. Roberto se mostró incapaz de afrontar el problema capital del momento: resolver el cisma que implicaba una profunda crisis en la unidad católica. A su muerte, la agravación del cisma planteó a los electores la necesidad de recurrir a una personalidad capaz de imponer el prestigio del Imperio con el restablecimiento de la unidad en la suprema jerarquía de la Iglesia católica. Fue elegido el hijo segundo del fallecido Carlos IV, Segismundo (1411-1437), último jefe que la Casa de Luxemburgo dio al Reich alemán.

Sin poseer todas las cualidades de su padre, Segismundo abrigaba el sincero propósito de salvar en lo posible la dignidad del Imperio y de poner fin al cisma pontificio. En este último aspecto triunfó; el concilio de Constanza y el cónclave de 1417 devolvieron la unidad a la Iglesia, según se ha dicho en el lugar correspondiente. En el Reich, en cambio, el proceso de descomposición estaba tan avanzado que bien poco pudo lograr el emperador. Fracasó particularmente en sus intentos encaminados a obstaculizar los de los duques de Borgoña, empeñados en labrarse un brillante porvenir en los territorios situados entre Francia y el Imperio.

La Casa de Austria. Al morir Segismundo de Luxemburgo, sonó la hora del retorno definitivo de la Casa de Austria a la dirección del Sacro Imperio. La elección recayó en el yerno de aquél, Alberto II de Austria, que sólo reinó un año y constituyó un mero puente para el acceso a la jefatura del Reich de su primo Federico III de Estiria, padre de Maximiliano y abuelo de Carlos V. El germanismo, falto de cohesión, estaba a punto de intentar alzarse con la hegemonía europea, resucitando la idea del *dominium mundi* en los planos territorial y místico.

Federico III (1439-1493) no intentó oponerse al pujante feudalismo alemán y concentró su atención en las posesiones patrimoniales de la Casa de Austria —Austria propiamente dicha, Estiria, Carniola y Carintia, erigidas en archiducado. Los Estados satélites, Bohemia, Hungría y Polonia, se yerguen amenazadores, mientras que en la misma Alemania algunas formaciones territoriales comienzan a presagiar un brillante futuro, como Brandeburgo. Federico se dedica a tejer combinaciones matrimoniales que aseguren la posición de los Habsburgo: *Bella gerant fortes, tu, felix Austria, nube, nam quae Mars dat aliis, tibi regna Venus.* Este famoso dístico, que Matías Corvino de Hungría dedicó al emperador,

simboliza el despliegue de Austria en el corazón de Europa. Al lograr para su hijo, Maximiliano, la mano de María de Borgoña, heredera de Carlos el Temerario, Federico III hizo posible el imperio de Carlos V. La divisa del emperador expresa su fe inconmovible en los destinos de los Habsburgo de Austria: A.E.I.O.U., y puede interpretarse a la vez en latín y en alemán: *Austria est imperare orbi universo* y *Alles Endreich ist Osterreich Unterthan.*

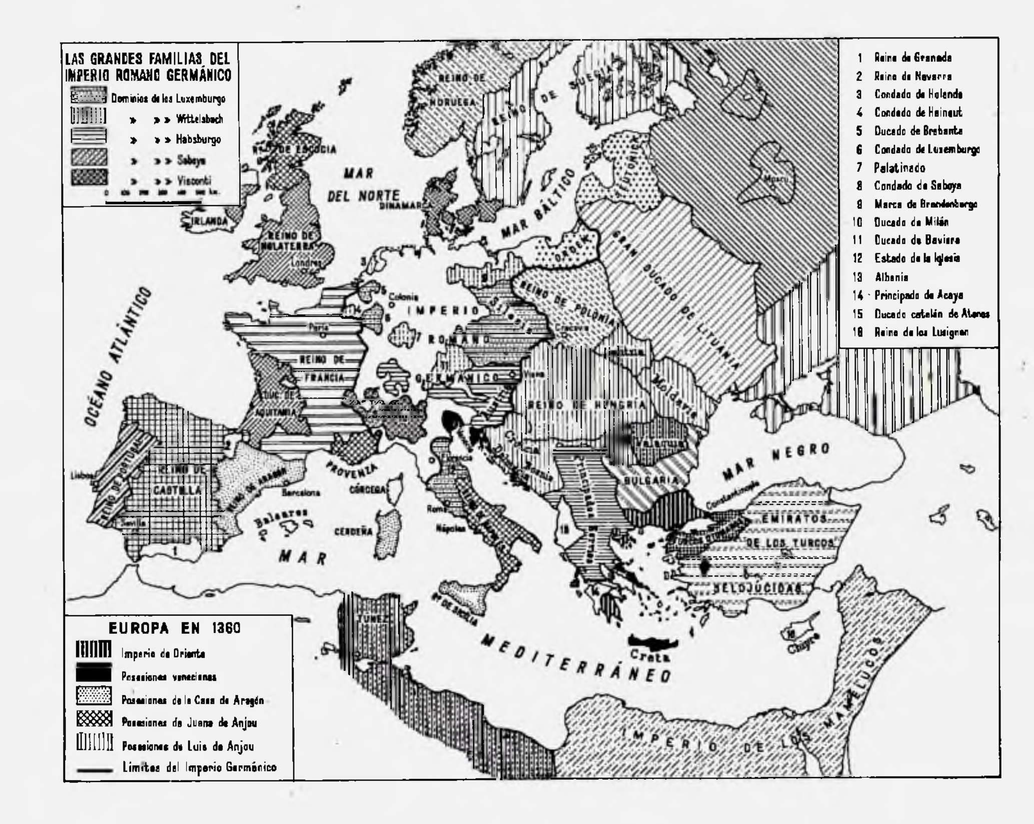
El ocaso de la expansión del germanismo. A mediados del siglo XIV, coincidiendo con los factores determinantes de la depresión de la centuria, particularmente la peste negra, la poderosa oleada del *Drang nach Osten* germánico mostró claros síntomas de agotamiento. Como ha escrito Georg Stadtmüller, la fiebre de la colonización alemana, que durante dos centurias había inundado el ámbito comprendido entre el Báltico y el Mar Negro, acababa de entrar en su fase de agotamiento.

El retroceso de la influencia alemana en el Nordeste, Este y Sudeste de Europa se acentuó en el transcurso del siglo XV. Hungría y Bohemia escaparon de la autoridad de las dinastías germánicas a la muerte de Alberto II. La Hansa, que había alcanzado un gran desarrollo en la centuria anterior, entró en un período de decadencia. La Orden Teutónica sufrió el famoso desastre de Tannenberg a manos de los polacos y lituanos (1410) y se vio obligada a firmar la paz de Thorn. La embestida otomana en los Balcanes, al separar el territorio polaco del ámbito del Mar Negro, condicionó, en gran parte, el movimiento expansivo de Polonia hacia el Oeste y la lucha entre germanos y eslavos. Casimiro Jagellón arrebató por dos veces a los caballeros teutónicos la plaza de Mariemburgo en 1457 y 1460. Por la segunda paz de Thorn, la Orden tuvo que ceder varios territorios; pero conservó el dominio sobre la Prusia Oriental. A pesar de la detención del movimiento expansivo alemán y del poderoso esfuerzo polaco, el germanismo legó al siglo del Renacimiento excelentes bases de partida para futuros avances.

Entre los horizontes preferidos por la colonización alemana destacó el ámbito del Nordeste europeo. Allí confluyeron los esfuerzos de los emperadores, de los margraves, de los grandes señores feudales y de los caballeros teutónicos, y los focos germánicos creados, estimulados por el incentivo de las "nuevas patrias", según la expresión de Toynbee, prepararon lentamente el despliegue de la potencia prusiana, cuyo dinamismo asombraría al mundo.

El despliegue de la conciencia nacional en los Estados satélites: Hungría y Bohemia. Con la colonización alemana y los movimientos migratorios de los pueblos albaneses y rumanos, el mapa de las nacionalidades del Sudeste europeo recibió su forma casi definitiva. Los fenómenos posteriores —invasiones otomanas expansión de los servios y croatas hacia Hungría, colonización estatal de los Habsburgo— tuvieron un alcance muy limitado. En el año 1500, el reparto de las nacionalidades en el Sudeste de Europa era, esencialmente, idéntico al de nuestros días.

Entre los magiares y los checos, incorporados a la cultura occidental, el despertar de la conciencia nacional tuvo dos raíces: una idea propia del Estado y una reacción contra las tentativas de avasallamiento por parte del elemento



germánico. En Hungría, la cooperación entre la realeza y la burguesía de origen alemán fue paralela a la oposición entre esta última y la nobleza autóctona. En Bohemia, la aversión de los checos contra la supremacía alemana desembocó, a comienzos del siglo XV, en la revolución husita, plasmada en el intento de establecer una Iglesia nacional en el país.

En el transcurso del siglo XIV, Hungría fue gobernada por la dinastía francoitaliana de los angevinos (1309-1392). Carlos I (1309-1342) procuró obstaculizar el poderoso despliegue del feudalismo magiar y reafirmar el prestigio de la monarquía, mientras favorecía la inmigración extranjera –alemanes, checos polacos, búlgaros y rumanos– e impulsaba la explotación de los yacimientos auríferos del país que figuraban entre los más ricos de la Cristiandad medieval. Carlos I desplegó una política exterior de vastos alcances, encaminada a proporcionar a la dinastía angevina una posición preponderante desde el Báltico al Adriático, apoyándose en sus tíos Casimiro de Polonia y Roberto de Nápoles.

Su hijo y sucesor, Luis el Grande (1342-1382), no ahorró esfuerzos para la plena integración del país en la órbita occidental; pero el raquitismo de la burguesía húngara esterilizó sus mejores propósitos. Mientras su padre, Carlos I, había soñado con una constelación de Estados angevinos en el Oriente europeo,

que puede parangonarse con los proyectos del fundador de la dinastía, Carlos de Anjou, de tallarse un imperio en la Romania, Luis el Grande orientó su principal actividad hacia el Adriático, donde prefiguró las realizaciones mediterráneas de la Austria-Hungría del siglo XIX –intervención en Dalmacia, organización de la República de Ragusa contra Venecia–. A la muerte de Casimiro III en 1370, Luis el Grande fue reconocido como rey de Polonia. También intervino en el Bajo Danubio, haciendo suyas las viejas reivindicaciones de los Arpad: su soberanía llegó a ser reconocida desde el Leitha al Mar Negro.

Luis el Grande favoreció el desarrollo de la cultura húngara con la fundación de la Universidad de Pecs y presidió una de las etapas de mayor esplendor de la Hungría medieval. Pero su obra fue efímera. La articulación social del país basada en el latifundismo aristocrático era incompatible con una monarquía de tipo occidental, y un abismo se interponía entre los puntos de vista de la nobleza y de la realeza en cuanto a la plasmación política de la conciencia nacional. Por otra parte, las dificultades que oponían a la independencia húngara las ambiciones germánicas y las miras polacas, fueron transformadas en insuperable obstáculo por las conquistas turcas que convirtieron el territorio magiar en marca defensiva de la Cristiandad centroeuropea.

A la muerte de Luis el Grande en 1382, le sucedió su yerno, el emperador Segismundo. Con ello Hungría, teóricamente independiente, de hecho volvió a ingresar en la órbita del Imperio. Durante la época de Federico III, la embestida otomana devolvió al país el señorío de sus destinos. Un magnate, Juan Hunyade, inmortalizó su nombre defendiendo brillantemente la plaza de Belgrado en 1456. Su hijo, Matías Corvino, proclamado rey (1458-1490), encarnación auténtica de la independencia magiar, mantuvo a raya a los Habsburgo y a los otomanos. A su muerte, Hungría tuvo que escoger entre convertirse en satélite de Polonia o inclinarse resueltamente ante los Habsburgo de Austria. La presión otomana en la cuenca danubiana impuso la unión con Austria y con el imperio.

Bohemia pasó a la Casa de Luxemburgo con Juan el Ciego (1310-1333), hijo del emperador Enrique VII. La nueva dinastía checa, apoyándose en la burguesía urbana, en particular la de Praga, y con el concurso de funcionarios procedentes de los Países Bajos y de Francia, orientó los destinos del país según los moldes occidentales. Ya nos hemos referido a la aversión del elemento checo contra la influencia alemana. Por otra parte, comenzaba a preocupar la situación religiosa, caracterizada por la difusión de la herejía valdense. El obispo de Praga, Juan de Drazice, se mostró contemporizador y fue llamado a la corte pontificia de Avignon, donde permaneció varios años. A su regreso a Bohemia contribuyó decisivamente al despliegue de la cultura checa, muy influenciada por la francesa. Juan de Bohemia obtuvo notables éxitos en su política exterior, en los que se apoyó su hijo y sucesor, Carlos IV.

Carlos IV, rey de Bohemia y titular del Sacro Imperio (1333-1378), contribuyó a liberar el país de la tutela alemana al feudalizar el cuerpo del Sacro Imperio y encontró en la burguesía urbana checa, enriquecida por el comercio y las explotaciones mineras, el principal apoyo para su política monárquica de cuño occidental. En 1348 fundó la Universidad de Praga, dotándola de privilegios parecidos a los que gozaban las de París y Bolonia, y transformó la capital del reino en

una de las ciudades más interesantes de la época. Praga asumió un papel de primer orden en el conjunto del Imperio en los aspectos económico, político e intelectual. El estado monárquico y nacional checo se apoyó en la burguesía de Praga, gran mercado de la Europa Central en el siglo XIV. La política exterior de Carlos IV se orientó hacia el Norte, con el Báltico como objetivo. Incorporó a sus Estados Silesia, Lusacia y la marca de Brandeburgo, lo que le permitió dominar la mayor parte del curso del Oder. Sólo el ducado de Pomerania era el obstáculo natural que le separaba del puerto de Stettin.

Con los últimos Luxemburgo, también reyes de Bohemia y titulares del Sacro Imperio, las intrigas dinásticas y las perturbaciones políticas a las que nos hemos referido en páginas anteriores, facilitaron la incubación de la crisis husita, que estalló violentamente durante el reinado de Segismundo.

La revolución husita y el triunfo de los Habsburgo. El despertar del nacionalismo checo, que los Luxemburgo no habían encauzado en lo que tenía de movimiento de protesta contra la supremacía alemana —la dinastía quiso la integración del país en el mercado del Sacro Imperio—, desembocó a comienzos del siglo XV en una revolución de carácter religioso y nacional, el husitismo. Esta doble vertiente pone de relieve sus objetivos primordiales: reacción contra las exacciones fiscales pontificias y protesta contra el avasallamiento por parte del Imperio. A ello hay que añadir, como reflejo de la crisis económica europea, una profunda insatisfacción en los sectores sociales más débiles. La difusión del husitismo implicó la liberación del país de las influencias occidentales y devolvió a Bohemia sus características peculiares. Sin embargo, su fundador, Juan Huss, demócrata, místico y conspicuo representante del movimiento antialemán, se hizo intérprete de la agitación social que en la misma época afectaba al proletariado urbano occidental. Huss combinó en una doctrina coherente las ideas albigenses y valdenses con las del inglés Wyclef, y en 1412 fue excomulgado. Por entonces, la herejía husita se había difundido ya, además de Bohemia, en Polonia, Hungría y Croacia.

El Concilio de Constanza, reunido para poner fin al Cisma de Occidente, convocó a Huss, quien hizo su presentación después de haber obtenido un salvoconducto del emperador Segismundo. Al negarse a abjurar de sus errores, Huss fue ejecutado en la hoguera, ante la puerta de la ciudad de Constanza, el 6 de julio de 1415. Entonces los discípulos de Huss, Ziska, Pistna y Procopio, desencadenaron una verdadera revolución, en la que los elementos democráticos aspiraron a una reforma radical de la sociedad, mientras la nobleza se contentaba con determinadas concesiones religiosas —la comunión en las dos especies, de ahí su nombre de utraquistas, frente al de taboristas que adoptaron los demócratas, de la sede que escogieron, Tabor. Las fuerzas combinadas de la realeza y de los utraquistas de Ziska se impusieron fácilmente a los taboristas, cuya suerte fue análoga a la experimentada por la *jacquerie* francesa y por el movimiento tylerista inglés.

El realismo del emperador Segismundo y de los cardenales reunidos en el Concilio de Basilea (1434), pudo resolver el carácter religioso del conflicto husita mediante determinadas concesiones a la Iglesia checa, entre ellas la comunión en

las dos especies –*Compactata de Iglau.* La satisfacción dada al ala aristocrática del movimiento hizo que la revolución husita desembocara en una acentuada reacción social, que redujo a las masas rurales del país a estrecha servidumbre. En busca de apoyos para luchar contra los husitas, Segismundo había casado a su hija con Alberto de Austria, quien, a su muerte (1437), le sucedió, a la vez como rey de Bohemia y Hungría. Después de la experiencia democrática husita, la nobleza checa sacrificó el interés nacional a sus egoísmos de clase y entregó el país a los Habsburgo, representantes del germanismo contra el cual Bohemia se había levantado unánimemente unos años antes.

La crisis del Imperio bajo Federico III permitió a Bohemia sacudir la tutela austriaca y darse por jefe a un señor husita, Jorge Podiebrad, caudillo del utraquismo checo, quien se hizo coronar rey en 1457. El levantamiento armado de las provincias católicas –Moravia y Silesia–, la excomunión pontificia y la reclamación de la corona por Matías Corvino de Hungría, suscitaron graves dificultades, que Podiebrad logró dominar hasta su muerte en 1471. Luego Bohemia y Hungría se integraron en la órbita de los Jagellones, hasta que la presión otomana en la cuenca danubiana inclinó definitivamente la balanza del lado de los Habsburgo.

El despertar de Polonia y su esplendor durante los grandes Jagellones. Los síntomas de agotamiento del impulso germánico hacia el Este, desde comienzos del siglo XIV, facilitaron el despliegue de la conciencia nacional polaca bajo el caudillaje de Ladislao Lekiebek (1319-1333). Este monarca, apoyándose en la marea antialemana que inundaba el país, maniobró hábilmente. Así obtuvo la cooperación de Bohemia contra la Orden Teutónica y la de los países escandinavos contra Brandeburgo. Luego buscó apoyos en Hungría y Lituania, aunque sus desmesurados propósitos expansivos crearon al Estado polaco serias dificultades.

Su hijo Casimiro el Grande (1333-1370) completó la organización del Estado polaco, rematada por la Corte suprema de Cracovia e imitó a Carlos IV de Bohemia y a los angevinos de Hungría por lo que se refiere al impulso de la riqueza del país. Sin embargo, la articulación social y económica del mismo obstaculizó los propósitos del monarca, ya que sólo los judíos constituían una burguesía de negocios.

Para el desarrollo de su programa reformista de cuño occidental, Casimiro el Grande liquidó el pasado y abrió nuevos horizontes a la política internacional del país. Cedió la región de Silesia a Bohemia por la paz de Vysehad, que le valió el abandono de las pretensiones de los Luxemburgo al trono de Cracovia. El apoyo húngaro le permitió liquidar las cuestiones pendientes con la Orden Teutónica por el tratado de Kalicsz de 1343, mediante el cual ésta conservó Pomerania y Kulm pero restituyó las regiones de Kujavia y Dobrzyn. Careciendo de descendencia, Casimiro garantizó el acceso al trono de Polonia de su sobrino Luis el Grande de Hungría por el segundo tratado de Vysehad (1339), confirmado por el de Bude (1355), de acuerdo con Bohemia y con la curia de Avignon. Luis aceptó estas condiciones: recuperar los territorios polacos perdidos, en particular, Pomerania, conferir los cargos sólo a los polacos y respetar los privilegios del país. Respaldado

por los acuerdos citados, Casimiro el Grande dirigió sus miradas hacia el Este, aprovechando la descomposición de los principados rusos de Galitzia-Volinia para adueñarse de estos territorios entre 1340 y 1366.

Casimiro el Grande presidió una etapa de enriquecimiento de Polonia, en la que intervinieron los judíos —establecidos en gran número en el país después de las Cruzadas—, los griegos y los armenios. Estas minorías se dedicaron especialmente al artesanado y al comercio, y gozaron de la protección del monarca. Un analista polaco refiere que Casimiro encontró una "Polonia de madera" y dejó una "Polonia de piedra", aludiendo al gran número de castillos, iglesias y fortalezas que se construyeron durante su reinado. La fundación de la Universidad de Cracovia en 1364, implicó el establecimiento de un notable foco de la cultura occidental en el ámbito eslavo del Este.

En virtud del pacto sucesorio anteriormente referido, a la muerte de Casimiro el Grande ocupó el trono polaco Luis de Anjou (1370-1382), cuyo reinado, eminentemente gris, hizo bascular el péndulo polaco por la vía de la depresión. El monarca que había proporcionado días de esplendor al trono magiar de San Esteban, resultó funesto en el país de Lekiebek. Para compensar a la alta nobleza que había aceptado sin resistencia su acceso al trono, Luis otorgó el privilegio de Kaschaw, que implicó una peligrosa abdicación del poder central. La realeza reconoció la independencia de hecho de la orgullosa aristocracia feudal y se comprometió a no atentar jamás contra sus prerrogativas. Con ello el país comenzaba a deslizarse por el plano inclinado que conduciría al nefasto régimen de los *Pacta Conventa*, principal causa de la debilidad de la monarquía y del Estado polacos en la época moderna. A la muerte de Luis de Anjou, la oligarquía polaca descartó del trono a su hija primogénita, María de Hungría, y proclamó a su hermana menor, Eduvigis, a la que impuso el matrimonio con el duque Jagellón de Lituania, el cual adoptó el nombre de Ladislao II al convertirse al catolicismo.

La unión polacolituana proporcionó considerables ventajas a ambos países. Los polacos reforzaron considerablemente su posición para luchar contra sus adversarios tradicionales, y los lituanos obtuvieron el concurso de una cultura superior y la rápida difusión del cristianismo.

Ladislao II Jagellón (1382-1434) vigorizó el Estado polacolituano, cuyos componentes quedaron situados en un plano de igualdad por el pacto de Vilna (1401), y haciéndose intérprete del odio de las poblaciones bálticas contra la explotación económica de los caballeros teutónicos, dirigió un poderoso ejército contra éstos, que obtuvo la resonante victoria de Tannenberg (1410). Este triunfo fue la señal de un vigoroso levantamiento antigermánico en los países bálticos, así como el comienzo de la grandeza territorial de Polonia. En el Este, el héroe nacional lituano, Vitantas, obrando con plena independencia de hecho, cosechó varios triunfos sobre el principado moscovita, y con su muerte en 1430, facilitó la integración efectiva de los dos Estados de la unión. Ladislao III (1434-1444) hizo la paz con los caballeros teutónicos y murió en la desastrosa batalla que los cruzados orientales dieron a Mohamed II de Turquía en Varna, donde quedó decretado el próximo fin del Imperio bizantino.

Casimiro IV (1444-1492) consolidó la herencia que le habían legado los anteriores Jagellones. Estabilizó las fronteras orientales mediante la firma de un

acuerdo con el principado moscovita y se preparó para obtener el mayor fruto posible de la agitación imperante contra el elemento germánico. En efecto, después de varias décadas de luchas contra la explotación de la Orden Teutónica, las ciudades y la nobleza de Prusia aceptaron la soberanía polaca y el gran maestre de la Orden vióse obligado a ceder a Casimiro IV la Prusia Occidental con las ciudades de Thorn, Mariemburg, Elbing y Danzig, mientras se reconocía vasallo del rey polaco por los territorios de la Prusia Oriental (tratado de Thorn, 1466). Este acuerdo diplomático convirtió a Polonia en potencia báltica. El ámbito prusiano, a excepción de las ciudades litorales, fuertemente germanizadas por la inmigración masiva alemana, recuperó pronto su antigua fisonomía eslava.

El reino de Polonia-Lituania constituyó entonces uno de los Estados de mayor extensión territorial de Europa. Sus límites alcanzaban desde el Báltico al Mar Negro y desde los Cárpatos al Dnieper. En la terminología grata a Jacques Pirenne se trataba, sin embargo, de un imperio continental, falto de una vertebración eficaz a causa de los innumerables señoríos prácticamente independientes que se repartían el territorio. La vida urbana quedaba reducida a la capital, Cracovia, a las ciudades prusianas del Oeste y a las rusas del Este. En realidad, el monarca no era más que el *primus inter pares* y las grandes decisiones recaían en la oligarquía nobiliaria con sus dos Asambleas, un Senado de dignatarios y una Dieta de caballeros. A comienzos del siglo XVI, la Constitución de Radom estableció que no podía promulgarse ninguna ley sin el consentimiento de ambos organismos.

No obstante el fracaso del poder monárquico, que gravitó negativamente sobre los destinos del reino de Polonia-Lituania, la difusión de la cultura occidental bajo los Jagellones, desde el foco humanista de la Universidad de Cracovia, implicó un positivo acercamiento de los pueblos eslavos del Oeste a las inquietudes de la Cristiandad latina. El conglomerado territorial reunido por los grandes Jagellones, la reacción antigermánica y la influencia latina explican que en las crisis religiosas del siglo XVI, fuera Polonia el reducto del catolicismo en el Oriente europeo.

La Confederación suiza. En páginas anteriores nos referimos a la confederación de los cantones helvéticos constituida en 1291 y a su brillante triunfo de Morgarten, sobre Leopoldo de Austria, durante el cisma imperial alemán (1315). La confederación nació al amparo de la vía mercantil que el renacimiento económico del siglo XI había trazado entre el Adriático y el Mar del Norte —Venecia y Brujas—. El incremento del tráfico durante las dos centurias siguientes condicionó la apertura del collado del San Gotardo y el trazado de un puente para salvar el obstáculo del río Reuss.

Estos hechos motivaron un cambio trascendental en las condiciones de vida de los habitantes de las comarcas adyacentes de Uri y Schwyz, quienes abandonaron sus prácticas agropecuarias para dedicarse al transporte de mercancías a cuenta de los burgueses del Norte de Italia. La primitiva comunidad rural, bajo el señorío de los Habsburgo, muy pronto estuvo en disposición de rescatar los derechos dominicales. Cuando el emperador Rodolfo de Habsburgo, en busca de nuevos recursos, quiso percibir un derecho de peaje sobre las

caravanas que cruzaban el territorio, estalló una sublevación. Los habitantes de Uri y Schwyz encontraron el apoyo de los campesinos de Unterwald. Esta confederación de los tres cantones (1291) se impuso a los Habsburgo en Morgarten (1315). Así surgió el núcleo originario de Suiza como una federación de repúblicas.

El malestar social y la agitación artesana y democrática que a comienzos del siglo XIV, a consecuencia de los primeros síntomas de crisis, afectó con mayor o menor intensidad a todos los focos urbanos europeos, tuvo profundas repercusiones en Lucerna, desembocadura de la vía del San Gotardo. La oligarquía burguesa que gobernaba la ciudad pudo mantener a raya al partido popular gracias al apoyo de los Habsburgo. Sin embargo, en 1332 los artesanos lograron hacerse con el poder e inmediatamente impusieron la adhesión de la ciudad de Lucerna a la federación suiza de los tres cantones. Pocos años después (1351), Zurich siguió el mismo camino por procedimientos casi idénticos. En la ciudad se había desarrollado un poderoso núcleo artesano dedicado al trabajo de la seda. La ascensión de los elementos populares al poder fue seguida por la incorporación de Lucerna a los cantones.

La adhesión de Lucerna fue contemporánea de la de Berna. Como hace notar Pirenne, Berna, antiguo burgo militar y feudal, en el camino del San Gotardo al Rin, comenzó a albergar una comunidad burguesa y artesana desde el siglo XI, al amparo de las nuevas condiciones económicas. Cuando estos elementos lograron desplazar del poder a la aristocracia feudal, se adhirieron a la confederación. El autor citado observa que con ello Berna obtuvo un apoyo contra la reacción señorial, la seguridad de sus relaciones económicas y la paz con Zurich, cuya rivalidad comercial temían. "La ruta del tráfico atraía, en una liga de defensa de sus libertades, a los campesinos y burgueses que vivían de la misma." Sobre las asociaciones de ciudades alemanas, como la Hansa, de carácter preferentemente mercantil, Suiza tenía la ventaja de integrar elementos campesinos y montañeses al lado de los burgueses y artesanos. Ello dio a la federación helvética una notable consistencia desde el primer momento.

Al federarse, los cantones y los focos urbanos suizos afirmaron su independencia respecto de sus señores, los Habsburgo. Un nuevo intento, a cargo de Leopoldo III de Austria, ratificó el hecho consumado en Morgarten: la caballería austriaca fue completamente derrotada en Sempach por las milicias suizas (1386). La presión de los Habsburgo acentuó la solidez de la federación helvética, transformada en una verdadera comunidad política. Una dieta tuvo a su cargo la seguridad del tráfico sobre las rutas que constituían la razón de ser del país. La unión de los ocho cantones desembocó en la constitución de un Estado republicano, al que la constante hostilidad de los Habsburgo obligó a darse una estructura militar, defensiva, apoyada en las milicias populares. Los conflictos europeos del siglo XVI proporcionarán ocupación lucrativa a muchos mercenarios suizos.

Para asegurar su dominio del San Gotardo y su posición en la vía comercial entre el Norte de Italia y Renania, los cantones suizos procuraron ensanchar su territorio con la ocupación del Valais y de Argovia. A mediados del siglo XV, los intereses renanos de Berna entraron en lógico conflicto con las ambiciones

imperialistas de los duques de Borgoña, empeñados en constituir un gran Estado entre Francia y el Imperio, que abarcaría todo el ámbito cruzado por la vía comercial entre el Adriático y el Mar del Norte. La ocupación de Alsacia y Lorena por Carlos el Temerario y sus deseos de predominio en Italia, que le hubieran permitido dominar a su voluntad la vida económica de Suiza, desencadenó un conflicto armado, en el que, una vez más, el triunfo sonrió a la confederación helvética. Después de ser derrotado en Morat y en Grandson, Carlos el Temerario encontró la muerte ante los muros de Nancy (1477). El hundimiento del sueño borgoñón permitió a los suizos anexionarse Friburgo y Soleure.

El cambio de coyuntura en la segunda mitad del siglo XV, con el mejoramiento de las condiciones económicas, favoreció el predominio de las ciudades sobre los cantones montañeses y agropecuarios, cuyos habitantes, liberados de la opresión señorial, fueron sojuzgados por la burguesía capitalista. Ello motivó una grave crisis interna, resuelta con el triunfo de las ciudades y la emigración de muchos campesinos, que se enrolaron como mercenarios al servicio de monarcas extranjeros.

Por su matrimonio con María de Borgoña, la heredera de Carlos el Temerario, el emperador Maximiliano I personificó las dos tendencias adversarias de la confederación helvética: la de los Habsburgo y la de los duques de Borgoña. Cuando Maximiliano obtuvo que una Dieta reunida en Worms decretara un impuesto a pagar por todo el Imperio, los suizos se negaron a satisfacerlo y no vacilaron en recurrir nuevamente a las armas. La derrota del emperador en la guerra de Suabia le obligó a reconocer la independencia de la confederación helvética (1491). Esta victoria contra el abuelo de Carlos V fue seguida por la incorporación de dos nuevos cantones: el de Basilea y el de Schaffhouse, que proporcionaron a Suiza una posición sólida en el Rin.

VIII

EL IMPERIO BIZANTINO DE LOS PALEOLOGO, LOS PROBLEMAS BALCANICOS Y LA CUESTION DE ORIENTE

El imperio de los Paleólogo. En 1261, con la restauración griega en Bizancio por Miguel Paleólogo, el Imperio de Oriente comprendía el ángulo Noroeste del Asia Menor, buena parte de Tracia y Macedonia, Tesalónica y varias islas del Norte del Egeo. El Bósforo y el Helesponto, arterias importantísimas en lo político y comercial, se hallaban incluidas en el Imperio restaurado. Pero éste no era más que una sombra del antiguo imperio comneno. Sólo Constantinopla mantenía su brillo incomparable.

Los restos del antiguo imperio griego se hallaban amenazados desde todas partes: al Este por los turcos, al Norte por los servios y búlgaros, los venecianos ocupaban parte del Archipiélago, los genoveses eran dueños de algunos puntos del Mar Negro, y los caballeros latinos dominaban el Peloponeso y una parte de la Grecia central. Miguel Paleólogo no logró reunir todos los centros griegos, ya que Trebisonda siguió llevando una existencia separada. Sin embargo, el Restaurador dio al Imperio su mayor extensión durante el último período de su existencia. A pesar de ello, como escribe Charles Diehl, el imperio del primer Paleólogo fue "un cuerpo débil, enflaquecido y mísero, con una cabeza enorme: Constantinopla". En torno a ese organismo envejecido crecían y se afirmaban algunos pueblos más jóvenes, como los servios de Esteban Dushan y los turcos osmanlíes. Las repúblicas mercantiles italianas, Génova y Venecia, monopolizaban el comercio del Imperio y reducían a éste a una franca dependencia económica y hacendística. Desde el primer momento quedó planteado el problema de la herencia de Bizancio, involucrado en el dominio de los Balcanes.

En contraste con la decadencia exterior, la vida interna de la Bizancio de los Paleólogo tuvo gran importancia. El renacimiento del patriotismo entre la población griega volvió sus miradas hacia la antigüedad helénica clásica, circunstancia que a su vez condicionó el florecimiento de la vida intelectual y artística.

La dinastía de los Paleólogo descendía de una conocida familia griega, que había dado a Bizancio, desde los tiempos de los Comnenos, varios jefes militares, inteligentes y enérgicos. Aquella familia, en el transcurso de los años, había emparentado con las imperiales de los Comnenos, los Ducas y los Angeles. Los Paleólogo ocuparon el trono bizantino durante 192 años (1261-1453), siendo, por lo tanto, la dinastía más duradera de toda la historia del Imperio de Oriente.

Miguel VIII y el Mediterráneo occidental. Como escribe Vasiliev, la clave de la política exterior de Miguel VIII Paleólogo (1261-1282) fue su actitud ante el reino de las Dos Sicilias. Con arreglo a esta actitud se desarrollan sus relaciones

con Génova, Venecia y la curia pontificia, así como sus tratos con los turcos en Oriente.

Ya sabemos que al morir Federico II en 1250, heredó el reino de las Dos Sicilias su hijo natural, Manfredo, quien siguió la política tradicional de hostilidad a Bizancio, de sus antecesores. A él se dirigió, solicitando ayuda para recuperar el trono, el último emperador latino de Bizancio, Balduino III. También entró en tratos con Manfredo el podestá de los genoveses de Constantinopla, proponiéndole un plan para ocupar la ciudad por sorpresa. Al saberlo, Miguel VIII expulsó de la capital a los genoveses y entabló negociaciones con Venecia. De este modo la República de San Marcos recuperó sus antiguos privilegios en el Levante, y se comprometió a pelear al lado de los griegos, si éstos eran atacados por Génova.

La instalación del dominio francés de Carlos de Anjou —hermano de Luis IX— en Sicilia, a consecuencia de las luchas entre el Pontificado y el Imperio, a que nos referimos en el lugar correspondiente, tuvo notables repercusiones en Bizancio. Al invitar a Carlos a ocupar Sicilia, el papa no sólo pensaba en la eliminación de los Hohenstaufen, sino también en la ayuda que el príncipe francés prestaría a la restauración del Imperio latino en Oriente. En 1265, el papa Clemente IV expresaba la esperanza de que, con el apoyo de Carlos, la situación del Imperio se restablecería —*imperii Romaniae status reformabitur.* Carlos aplastó a Manfredo en Benevento (1266), Sicilia y Nápoles pasaron a manos francesas, y el hermano de Luis IX fue proclamado rey de las Dos Sicilias.

La política de Carlos de Anjou respecto a Bizancio no tardó en desvelarse. En presencia del papa concluyó el tratado de Viterbo con el emperador latino Balduino II, en cuyas cláusulas renacían todas las pretensiones normandas sobre Bizancio. Balduino cedía a Carlos sus derechos sobre todas las posesiones francesas en el antiguo Imperio latino, reservándose tan sólo Constantinopla y algunas islas del Archipiélago. Miguel VIII Paleólogo replicó negociando con el papa la unión de las Iglesias, con lo que le inclinó a seguir una política conciliadora, y entendiéndose de nuevo con los genoveses, a quienes reservó un barrio en el arrabal de Gálata. Cuando el de Anjou inició su ataque apoderándose de Corfú, Miguel VIII no vaciló en recurrir al arbitraje de San Luis, a quien ofreció de nuevo la unión de las Iglesias.

Pero Carlos de Anjou no cejaba en sus propósitos y a su alrededor se congregaban todos los descontentos del emperador de Nicea, Juan IV Láscaris, que había huido de su prisión para refugiarse en la corte angevina, y Balduino II. Prosiguiendo su política, Miguel VIII concluyó en Lyon, con el papa Gregorio X, la unión de las Iglesias y obtuvo una resonante victoria sobre Carlos de Anjou y sus aliados. Las cosas cambiaron cuando el príncipe francés consiguió situar en el solio pontificio a Martín IV, quien rompió la unión acordada con Miguel VIII, y púsose incondicionalmente de parte del rey de Sicilia. En 1281 se concluyó una alianza entre Carlos de Anjou, emperador latino titular, y Venecia, a fin de obtener "la recuperación del imperio de Romania, detentado por Paleólogo". Formóse una potente coalición contra Bizancio, en la que se integraron las fuerzas de las posesiones latinas en los antiguos territorios del Imperio, los de Italia, Francia, la flota veneciana, el papa, los servios y los búlgaros. En tan crítica

situación, Bizancio se salvó por el desastre angevino a consecuencia de las "Vísperas Sicilianas" (1282), que a su vez hicieron posible la conquista de Sicilia por Pedro III el Grande de Aragón y prepararon las bases de una inteligencia amistosa entre los emperadores bizantinos y los monarcas catalanoaragoneses. También Venecia cambió radicalmente de política, acercándose hacia los beneficiarios de la situación: Pedro III y Bizancio.

Osmanlíes y servios durante la época de los dos Andrónico. Durante la época de Andrónico II (1282-1328) y de Andrónico III (1328-1341), el imperio bizantino experimenta la presión de los osmanlíes, en el Asia Menor, y de los servios, en los Balcanes. Osmanlíes y servios, al luchar contra Bizancio, se proponían aniquilar el imperio griego, sustituyéndolo por un Estado grecoturco o grecoeslavo. Carlos de Anjou había fracasado en su propósito de fundar un Estado grecolatino. En el siglo XIV, el ilustre soberano servio, Esteban Dushán, pareció a punto de crear un gran Imperio eslavo. Pero varias circunstancias hicieron que los turcos osmanlíes realizaran cumplidamente su plan: fundar a mediados del siglo XV un Estado grecoeslavoturco, incluyendo a búlgaros y servios.

Los turcos osmanlíes afirmaron decisivamente su influencia en Oriente durante el período de los dos Andrónico. En su avance hacia el Asia Menor, los mongoles empujaron hacia el Oeste a las hordas turcas de la tribu de los oghuz (ghuzz), los cuales, al llegar al territorio seldjúcida, fueron autorizados por el sultán para permanecer en Asia Menor. Luego, a raíz de la división del sultanato seldjúcida, los turcos se hicieron independientes. A fines del siglo XIII, Otmán u Osmán fundó la dinastía otomana u osmanlí, que gobernó Turquía hasta 1923.

Desde el siglo XIII, los otomanos comenzaron a hostigar las reducidas posesiones del Imperio paleólogo en Asia Menor y a duras penas pudo éste conservar las plazas de Brusa, Nicea y Nicomedia. Para hacer frente al peligro osmanlí, Andrónico II buscó el auxilio de las famosas "compañías catalanas" (almogávares), que al mando de Roger de Flor llevaron a cabo notables hazañas y lograron establecer un dominio catalán en parte de Grecia –ducados de Atenas y Neopatria–. Esta expedición, en la que se refleja la rivalidad mediterránea entre la Corona de Aragón, de un lado, y Génova y los Anjou, de otro, ha sido estudiada al ocuparnos del reinado de Jaime II.

Los almogávares habían luchado con éxito contra los osmanlíes; pero al surgir el conflicto con los bizantinos, los turcos amenazaron de nuevo las fronteras del Imperio de los Paleólogo. Esta amenaza vióse facilitada por la lucha civil que sobrevino entre los dos Andrónico, abuelo y nieto. El sultán Otmán y luego su hijo Orján se adueñaron de las principales ciudades bizantinas de Asia, como Brusa –que pasó a ser la capital del Estado osmanlí–, Nicea y Nicomedia, y no tardaron en alcanzar las riberas del mar de Mármara. Al morir Andrónico III en 1341, los osmanlíes eran los verdaderos dueños de Asia Menor y tenían la firme intención de llevar la guerra a Europa.

Mientras el peligro otomano crecía en Oriente, se perfilaba otro muy grave en Servia, en la primera mitad del siglo XIV. Los servios y los croatas habían aparecido en los Balcanes en el siglo VII, en tiempos del emperador Heraclio, ocupando el Oeste de la península. Los croatas, moradores de Dalmacia y la

región comprendida entre el Drave y el Save, se convirtieron al catolicismo, aproximándose a Occidente, y en el siglo XI se incorporaron al reino magiar. En cambio, los servios siguieron fieles a Bizancio y a la Iglesia oriental. A principios del siglo XII apareció entre los servios una tendencia unitaria, mientras en Bulgaria se produjo el movimiento conducente a la formación del segundo imperio búlgaro. Así como en Bulgaria la familia de los Asen había encabezado el movimiento, en Servia ejerció un papel semejante al de los Nemania.

En la segunda mitad del siglo XII, Esteban Nemania fundó el Estado servio y en felices campañas contra Bizancio y Bulgaria ensanchó notablemente los límites del país. El Imperio latino de Oriente había encontrado, pues, dos serios rivales en Europa: Servia y Bulgaria, y en el momento en que aquél fue sustituido por el bizantino –1261–, la decadencia de Bulgaria convirtió a Servia en el más importante Estado balcánico. Servia, como veremos, alcanzó su apogeo con Esteban Dushán (1331-1355), época que coincide a su vez con una activa colonización albanesa en Grecia.

Servia bajo Esteban Dushán. Durante el reinado de Andrónico III, el monarca servio Esteban Dushán logró adueñarse del Norte de Macedonia y de la mayor parte de Albania, y al llegar al trono de Constantinopla un emperador menor de edad, en el momento en que Bizancio aparecía desgarrado por luchas intestinas –Juan V (1341-1391) y Juan VI Cantacuceno (1341-1354)– los proyectos de Dushán miraban ya a la misma capital del Imperio de Oriente. Como escribe Vasiliev, el rey servio, negociando ya con Juan V, ya con Cantacuceno, y aprovechando la compleja situación del Imperio, cuyas fuerzas estaban paralizadas por las turbulencias interiores, ocupó la casi totalidad de Macedonia y abrigó grandiosos proyectos referentes al dominio de Constantinopla. Así como los reyes búlgaros, Simeón y los Asen, habían tendido a liberar de la dominación bizantina a los territorios eslavos, creando un Estado eslavo único, Dushán tomo el título de basileo y autócrata y se propuso fundar, en lugar de Bizancio, un nuevo Estado serviogriego. Para ello le importaba la adhesión del clero griego de los países sometidos.

El día de Pascua de 1346 fue memorable en la historia servia. "En la capital de Esteban Dushán, Scopia –Skopié o Usküb, en la Macedonia septentrional– se reunió toda la nobleza del reino servio, el alto clero con el arzobispo de Servia a su cabeza, el clero griego y el búlgaro de las regiones conquistadas, y una nutrida representación del monasterio de Athos. Aquella solemne y numerosa asamblea tenía por objeto legitimar y consagrar la revolución política ejecutada por Dushán: la creación de un nuevo Imperio."

Una vez coronado y creyendo muy fácil la conquista de Constantinopla, Dushán no advirtió las dificultades que se oponían a su plan. En primer lugar existía el poder creciente de los turcos, que también ambicionaban Bizancio y contra los que no podía medirse el mal organizado ejército servio. Además, la ocupación de Constantinopla exigía una flota, que a Esteban le faltaba. Para ello intentó aliarse con Venecia; pero este proyecto fracasó. La intervención del zar servio en los asuntos interiores de Bizancio no dio resultados tangibles. Y a su muerte, en 1355, el mismo imperio ser-

vio se disgregó. Con ello, la tercera y mayor tentativa de los eslavos para fundar en los Balcanes un gran imperio con Constantinopla por capital, terminó en un fracaso. La península balcánica quedaba abierta, casi sin defensa, a los proyectos de conquista de los turcos osmanlíes.

Conquistas turcas en los Balcanes. Al finalizar el reinado de Andrónico III en 1341, los turcos se habían adueñado casi en absoluto del Asia Menor y estaban resueltos a instalarse en tierra europea. Facilitaron este propósito las guerras civiles del Imperio, que sobre todo en la época de Juan Cantacuceno, llevaron a los turcos a intervenir muchas veces en las turbulencias interiores de Bizancio. En efecto, éstos se instalaron en Europa –regiones de Tracia y de Gallípoli– aunque sometidos a las autoridades bizantinas. Pero a mediados del siglo XIV se apoderaron del castillo de Zympa, en el Quersoneso trácico. Cantacuceno intentó comprar a precio de oro la evacuación de Zympa, sin resultado.

En 1354, casi todo el litoral de Tracia fue devastado por un terrible cataclismo, que destruyó muchas ciudades y fortificaciones. Los turcos, instalados en Zympa, aprovecharon la ocasión para ocupar varias ciudades del Quersoneso abandonadas por sus moradores, como Gallípoli, que se convirtió en base de ulteriores penetraciones en los Balcanes. La noticia de la toma de Gallípoli por los turcos sumió a los bizantinos en la desesperación.

Aprovechando las turbulencias incesantes de Bizancio, Bulgaria y Servia, los turcos establecidos en Gallípoli continuaron sus avances en los Balcanes. Murad I, tras ocupar varios puntos fortificados en las cercanías de Constantinopla, se adueñó de Filipópolis y Adriánopolis, y comenzó a amenazar Tesalónica. Luego, el mismo sultán atacó a los servios. La batalla decisiva riñóse en el verano de 1389 en la llanura de Kosovo (*Kosovo polié*, Campo de los Mirlos): Servia quedó sometida a Turquía. Pocos años después cupo la misma suerte a Bulgaria.

Relaciones de Bizancio con Génova y Venecia. En las páginas anteriores hemos hecho alusión al tema. Miguel VIII Paleólogo había otorgado la supremacía a Génova, aprovechando en beneficio propio el antagonismo existente entre las dos repúblicas. A fines del siglo XIII, la pérdida de todas las posesiones cristianas en Siria implicó un grave quebranto para Venecia. Por otra parte, los genoveses, instalados en el Bósforo, comerciaban activamente en el ámbito del Mar Negro y en Crimea había colonias genovesas junto a las venecianas. Ante el grave peligro que amenazaba su supremacía mercantil, Venecia declaró la guerra a Génova, dirimida, en parte, en aguas bizantinas. La flota veneciana devastó las orillas del Bósforo e incendió el arrabal de Gálata, donde moraban los genoveses. La colonia genovesa se refugió tras los muros de Constantinopla, y el emperador, Andrónico II, apoyó activamente a los refugiados. Los venecianos que habitaban la capital fueron pasados a cuchillo. Luego los genoveses obtuvieron permiso para rodear Gálata de un foso y de un muro, y muy pronto el barrio se ornó con numerosas construcciones, públicas y privadas. Gálata vino a ser un Estado genovés dentro del Estado bizantino. Con ello la república de Liguria, además de su importancia comercial, adquirió un notable ascendiente político en el Imperio bizantino.

La carencia de una flota por parte de los Paleólogo dio gran facilidad a los

genoveses para monopolizar el comercio de importación del Mar Negro y de los estrechos. Según datos de la época, las rentas de las aduanas de Gálata subían anualmente a doscientas mil piezas de oro, mientras Bizancio apenas recibía treinta mil. Los proyectos de Cantacuceno encaminados a la construcción de una flota para liberar al Imperio de los genoveses fracasaron y éstos acrecentaron su influencia anexionándose las alturas inmediatas a su barrio de Gálata.

Este incremento de la influencia genovesa repercutió en Venecia, que consideraba a Génova como su más temible rival en Oriente. Los intereses de ambas repúblicas chocaban particularmente en los mares Negro y de Azov, donde los genoveses se habían instalado en Crimea –en Caffa y Tanais, en la desembocadura del Don–, y tendían a monopolizar el comercio del Bósforo. La tristemente famosa "peste negra", iniciada en 1348, aplazó por dos años la guerra entre Venecia y Génova, que con varias vicisitudes se prolongó hasta la conferencia de Turín en 1381, encargada de solucionar la cuestión candente del monopolio mercantil genovés en los mares Negro y de Azov. Según las condiciones de paz, Génova renunciaba a cerrar a los venecianos el Mar Negro y el acceso de Tanais. Las naciones mercantiles pudieron reanudar así sus relaciones con esta última ciudad, que por su situación en la desembocadura del Don era uno de los más importantes centros de comercio con los pueblos orientales. Sin embargo –como observa Vasiliev–, la suerte ulterior de ese tráfico dependía de los osmanlíes, en cuyas manos estaban los destinos futuros del Oriente cristiano.

La época de Manuel II (1391-1425): Nicópolis y Angora. Desde el momento en que Manuel II subió al trono de Constantinopla, el dominio efectivo del imperio bizantino quedó prácticamente reducido a la capital. La única ventaja para ésta consistía en el mal estado de la flota otomana. En efecto, los turcos, aunque señoreaban ambas orillas del estrecho de los Dardanelos, no podían impedir del todo a Bizancio que comunicase con el mundo exterior.

Los progresos otomanos en los Balcanes indicaban el peligro inminente que amenazaba a Europa. La conquista de Bulgaria y la sumisión casi total de Servia situaban a los turcos en las fronteras magiares. Para contrarrestar el peligro, Segismundo de Hungría organizó una cruzada, cuyas fuerzas fueron completamente derrotadas por los turcos en la batalla de Nicópolis (margen derecha del Danubio inferior) en 1396. En represalia, los otomanos talaron las regiones que aún pertenecían nominalmente al Imperio y de donde los bizantinos podían esperar recursos. Devastaron la Tesalia y, al parecer, se apoderaron de la ciudad de Atenas, mientras algunos cuerpos expedicionarios sometieron a un terrible estrago la Morea o Peloponeso, donde reinaba, como déspota, el hermano de Manuel II. Una expedición francesa de auxilio, al mando del mariscal Boucicaut, no logró despejar la atmósfera de gravísimo peligro en que se debatía Bizancio.

Para salvar al país de este peligro, Manuel II emprendió una larga peregrinación por la Europa occidental, sin que obtuviera resultados apreciables. Pero un suceso ocurrido en Asia Menor salvó providencialmente la grave crisis bizantina. A fines del siglo XIV, el disgregado imperio mongol unificóse de nuevo bajo Tamerlán (Timur-Lenk, el "Timur, el cojo"), quien llevó a cabo una serie de

devastadoras campañas en la Rusia meridional, el Norte de la India, Mesopotamia, Siria y Persia. En la que ahora nos interesa, el jefe mongol, pasando de Siria al Asia Menor, chocó allí con los osmanlíes, a los cuales derrotó completamente en la célebre batalla de Angora o Ankara (1402). Los turcos quedaron tan quebrantados por este desastre que no pudieron emprender una acción decisiva contra Constantinopla, y así el agonizante Imperio bizantino pudo durar medio siglo más.

Es digno de tener en cuenta que en la primera mitad del siglo XV, cuando las posesiones imperiales se limitaban a Constantinopla y comarcas tracias adyacentes, así como a las regiones de Tesalónica y el Peloponeso, esta última se convirtió en parte esencial del imperio griego. Los hombres del Cuatrocientos descubrieron que el Peloponeso era una base de lucha contra los otomanos. Mientras la Grecia del Norte era presa de los turcos y el resto de la vieja Hélade estaba a punto de sucumbir, se creó en el Peloponeso una conciencia nacional y un foco de patriotismo griegos, que acariciaban el sueño de regenerar el Imperio y de oponerse a la expansión militar otomana. Este programa fue impulsado por el sabio humanista Gemisto Plethon. Diehl escribe: "Mientras Constantinopla decrece y se hunde, un Estado griego trata de nacer en Morea. Y por vanas que sean sus aspiraciones, por estériles que sus deseos puedan parecer, no por eso deja de ser uno de los fenómenos más curiosos y notables de la historia bizantina esa recuperación de la conciencia del helenismo, esa comprensión y preparación obscura de un porvenir mejor".

La época de Juan VIII (1425-1448): Varna. En las postrimerías del reinado de Manuel II, los turcos sitiaron Constantinopla (1422); pero se vieron forzados a retirarse sin lograr el objetivo propuesto. De todos modos, el asedio de 1422 fue el prólogo de la catástrofe de 1453.

Bajo Juan VIII, la extensión territorial del Imperio era muy modesta, ya que sólo dependían de su autoridad efectiva Constantinopla y sus contornos inmediatos. Las demás partes del Imperio —el Peloponeso, Tesalónica y algunas lejanas ciudades de Tracia— eran gobernadas por sus hermanos, en calidad de principados casi independientes.

En 1430 los turcos conquistaron Tesalónica, cuya caída produjo viva impresión en Venecia y en toda la Europa occidental. De nuevo, Bizancio recurrió al auxilio de los países latinos: Juan VIII abrigó la esperanza de un apoyo eficaz de Occidente, logrado merced a la intervención del Papa. Con este propósito, Juan pasó a Italia, donde fue firmada la "Unión de Florencia", a la que después aludimos. El papa Eugenio IV predicó una nueva Cruzada y logró aglutinar contra los turcos las fuerzas de los húngaros, polacos y rumanos. Se formó un ejército cristiano mandado por Ladislao, rey de Polonia y Hungría, con el concurso del famoso jefe magiar Juan Hunyade. En la batalla de Varna (1444), los cruzados sufrieron una derrota total. Esta fue la última tentativa del Occidente para ayudar a la agonizante Bizancio, si exceptuamos los proyectos de Alfonso V de Aragón, a que nos referimos en el lugar correspondiente. A partir de 1444, Constantinopla quedó abandonada a su triste destino.

Constantino XI (1449-1453): la conquista de Constantinopla por los turcos. Desde los comienzos de su reinado, el sultán turco Mahomet II ultimó los preparativos para terminar con el Imperio bizantino, reducido al subir al trono Constantino XI, hermano de Juan VIII, a Constantinopla con las comarcas adyacentes de Tracia y la mayor parte de Morea. Mahomet construyó al Norte de la ciudad, en la orilla europea del Bósforo, una fortificación torreada (Rumeli-Hissar), que cortó las comunicaciones de Constantinopla con el Mar Negro. Con ello, la capital quedó privada de sus importaciones trigueras. Luego el sultán invadió Morea, para que ésta no acudiese en ayuda de Constantinopla en el momento crítico. Y después de estos preliminares, Mahomet asedió la gran ciudad.

Constantino hizo cuanto fue posible para sostener la desigual lucha que se preparaba y pidió socorro a Occidente. Un cardenal romano de origen griego, Isidoro, para solemnizar el restablecimiento de la paz entre las Iglesias, celebró un oficio "de unión" en Santa Sofía, lo que produjo gran agitación en la capital. Uno de los más altos dignatarios bizantinos, Lucas Notaras, pronunció entonces sus famosas palabras: "Más vale ver reinar en Constantinopla el turbante de los turcos que la mitra de los latinos".

El sitio comenzó a principios de abril de 1453 y en la defensa participaron activamente venecianos y genoveses. El asalto decisivo dióse en la noche del 28 al 29 de mayo. Constantinopla cayó en manos de las huestes de Mahomet II. En 1456, éste arrebató Atenas a los francos y en breve toda Grecia, incluso el Peloponeso, se le sometió. El famoso Partenón, donde en la Edad Media hubo una iglesia dedicada a la Virgen, fue transformado en mezquita por orden del sultán. En 1461, los turcos se adueñaron de Trebisonda, capital de un imperio otrora independiente, y ocuparon los restos del despotado del Epiro. El Imperio bizantino ortodoxo dejó de existir y en su lugar establecióse un gran Estado musulmán, el cual trasladó su capital desde Adrianópolis a Constantinopla, en adelante llamada Estambul.

La dominación otomana en la antigua Bizancio no implicó el abandono del título imperial por parte de los Paleólogo. A fines del siglo XV lo reivindicó Andrés Paleólogo, nieto de Manuel II, quien cedió sus derechos de una parte a Carlos VIII de Francia y de otra a Fernando el Católico de España. A su vez, la hermana de Andrés, Sofía Paleólogo, transmitió a Iván III de Moscú las pretensiones sobre *Tsaregrad,* la ciudad de los césares, Constantinopla; desde entonces, Moscú se convirtió, en el espíritu de los rusos ortodoxos, en la "tercera Roma", y en la vengadora, en nombre de la cristiandad oriental, del gran desastre de 1453. En ello radican los orígenes de las miradas zaristas sobre el Cuerno de Oro, que condicionaron aspectos decisivos de la cuestión de Oriente en los tiempos modernos.

La Iglesia bizantina y los proyectos de unión con la romana. La historia religiosa de la época de los Paleólogo tiene gran interés, tanto por lo que se refiere a las relaciones de la Iglesia grecooriental con Roma cuanto por lo que atañe a los movimientos religiosos que informaron la vida interior del Imperio. Como escribe Vasiliev, las relaciones con Roma, en forma de frecuentes tentativas de aproximación, fueron paralelas —salvo la Unión de Lyon— al incremento del

peligro turco, que a juicio de los emperadores sólo podía conjurarse mediante la intercesión pontificia ante la Europa occidental. La actitud del Papa frente a las propuestas del emperador bizantino, dependía con frecuencia de las condiciones de la vida internacional del Occidente.

Bajo los Comnenos, dos emperadores habían buscado la unión, no sólo espoleados por el peligro turco, sino también con la esperanza de reconstruir, con la ayuda del Papa, el antiguo Imperio romano. Pero el primer Paleólogo –Miguel VIII– expuso pretensiones mucho más modestas. En efecto, ya no cabía pensar entonces en expansiones occidentales del Imperio, sino en la defensa de éste, con apoyo del Papa, contra el Occidente, personificado en la política agresiva de Carlos de Anjou. Así nació la primera Unión, concluida en Lyon en 1274, acordada sobre las bases siguientes: el emperador adoptaba el *filioque* y el pan ácimo y aceptaba la supremacía pontificia. Además, Miguel consentía en ayudar al Papa para la proyectada Cruzada con miras a liberar Tierra Santa, a condición expresa de que Carlos de Anjou cesara en toda hostilidad. La Unión no satisfizo a ninguna de las partes y fue revocada, en 1281, por el nuevo papa, Martín IV, creación de Carlos de Anjou.

Desde el siglo XII se advierten en la Iglesia bizantina dos partidos opuestos, que luchan por alcanzar la influencia y el poder en la administración eclesiástica: el de los celotas, ardientes defensores de la ortodoxia, partidarios de someter al emperador a la rigurosa disciplina de la Iglesia y opuestos a la Unión con Roma; y el de los políticos o moderados, colocados en un plano diametralmente opuesto. Los primeros se apoyaron en las masas populares y los segundos en las minorías ilustradas. Los conflictos fueron frecuentes, particularmente cuando los arsenitas –celotas que siguieron la tendencia del patriarca Arsenio– chocaron de un modo abierto con el emperador. En la primera mitad del siglo XIV, los celotas y monjes dominaron gradualmente al clero secular. Este movimiento terminó con el triunfo completo de los monjes del Athos sobre el patriarcado de Constantinopla en la época de las llamadas luchas hesicastas –"hombres que viven en el reposo"–, que aspiraban a la unión total con Dios mediante la "hesiquia" o silencio.

La presión de los turcos en las fronteras del Imperio obligó a éste a buscar nuevos contactos con Roma y el Occidente. En 1369, el papa Urbano VI y el emperador Juan V ultimaron la llamada "Unión de Roma", que no produjo más resultados prácticos que la de Lyon. En la centuria siguiente, el concilio de Florencia decretó otra Unión (1439), que tampoco fue aceptada en Oriente.

El Imperio bajo los Paleólogo. El Imperio griego restaurado en 1261, ya muy disminuido en extensión y siempre decreciendo, amenazado, además, por los normandos, turcos, servios, venecianos y genoveses, se convirtió, bajo los Paleólogo, en un Estado secundario, sin vida normal ni estable. "La completa desorganización de todos los mecanismos del Estado y la decadencia del poder central son rasgos distintivos de este período."

La época de los Paleólogo señalóse por un desarrollo de la propiedad rural en gran escala, lo que provocó la ruina de las clases campesinas. El odio de los pobres contra los ricos no sólo desgarraba los campos, sino también las ciudades del Imperio. El movimiento revolucionario que estalló en 1341 en Adrianópolis, al ser

proclamado emperador Juan Cantacuceno, tomó la forma de una insurrección, victoriosa, al principio, del pueblo contra las oligarquías poderosas, propagándose luego a otras ciudades del Imperio, sobre todo en Tesalónica, donde los elementos democráticos fueron acaudillados por los celotas.

Observa Bréhier que en la ruina económica de Bizancio intervinieron dos causas: "la desvalorización de la moneda, que condujo a la acuñación de oro en Occidente –*florin,* en Florencia (1252), *ducado* veneciano (1284)–, y la situación de Constantinopla, convertida en campo de batalla entre Génova y Venecia, que se disputaban su mercado y la penetración en el Mar Negro".

En 1261, después de la reconquista de Constantinopla, Miguel Paleólogo hizo una refundición monetaria, en virtud de la cual el *hyperpere* descendió a 9 y luego a 5 quilates. Las acuñaciones de monedas de oro en Occidente, a que acabamos de referirnos, acabaron por desorganizar el sistema monetario bizantino: los *hyperperes* ya no fueron considerados como monedas de cambio y sólo entraron en los pagos evaluados en florines o ducados. Juan VIII acuñó sólo monedas de plata y de cobre, mientras el gobierno se sostenía gracias a los créditos otorgados por la República de San Marcos.

Con los Paleólogo acentuaron su importancia las colonias extranjeras en Constantinopla. Ocuparon el primer lugar las de Génova y Venecia, constituidas en un verdadero Estado, con su *podestà*, sus consejos y sus almacenes. La de Génova estaba en Gálata y la de Venecia en el Cuerno de Oro. "Estas colonias dependían íntimamente de sus metrópolis; los conflictos que tienen con el gobierno imperial son frecuentes y siempre se resuelven en beneficio de ellas. Génova trata de aliarse con los turcos, pero desea sostener el régimen bizantino que le aporta tantos beneficios. Venecia, por el contrario, mientras apacigua a los turcos, tiene miedo de que la caída de Bizancio le arrebate sus posiciones en Oriente; pero en vez de salvar el Imperio sigue destrozándolo y arruinando su comercio, que no se sostiene más que en Morea. Venecia, dueña ya de Tesalónica, ambiciona también la posesión del último asilo del helenismo, y prepara Monemvasia, su principal puerto, para campañas marítimas" (Bréhier).

En tiempos de Andrónico II se estableció en Constantinopla una poderosa colonia de catalanes, que después de varias alternativas fue reorganizada en 1438. Los puertos de Marsella, Montpeller y Narbona sostuvieron un activo comercio con Constantinopla en el siglo XIV. En 1431 fueron concedidos importantes privilegios a Ragusa, república que había conquistado su independencia contra Bizancio, Venecia y Hungría. Al mismo tiempo, Florencia obtenía el antiguo barrio de los pisanos, arruinado a consecuencia de la toma de Pisa por los florentinos en 1406. Bréhier hace notar que las últimas concesiones a los extranjeros se hicieron precisamente en vísperas del asalto definitivo en 1453, y muchas quedaron sin poder llevarse a efecto por la conquista otomana. "La expropiación de Bizancio por los mercaderes de Occidente fue total, pero ni aun así se logró salvar a la ciudad de la conquista turca."

La profunda decadencia política, militar y económica del Imperio de los Paleólogo contrasta con el florecimiento de las ciencias, las letras y las artes. En este sentido, Constantinopla, Mistra y Tesalónica brillaron como en los mejores tiempos del Imperio. "Los filósofos, con Gemisto a la cabeza, explicaban las

doctrinas de Platón y Aristóteles. Retóricos y filósofos que habían estudiado los mejores modelos de la antigüedad clásica y se esforzaban en igualar su estilo, atraían grupos numerosos de entusiastas oyentes y discípulos, presentando, por su actividad e inclinaciones, una sorprendente semejanza con los humanistas italianos. Historiadores en cantidad estimable fijaban con su pluma el recuerdo de los últimos tiempos del Imperio. La intensa vida eclesiástica, con su movimiento hesicasta, y el eterno problema unionista, dejó huella muy profunda merced a sus obras dogmáticas, ascéticas, polémicas y místicas. En la literatura hubo un resurgir de la poesía. Y al renacimiento literario acompañó un renacimiento artístico, que dejó monumentos de gran valor... En vísperas de sucumbir toda entera, la totalidad de la Hélade reúne sus energías espirituales para lanzar un último fulgor y presagiar el futuro renacimiento helénico del siglo XIX'' (Vasiliev).

En el siglo XIV vivió el sabio más famoso de la época de los Paleólogo: Nicéforo Gregoras, digno de comparación con los mejores representantes del humanismo occidental. El más apreciado de sus libros es la *Historia romana*, que abarca los sucesos transcurridos entre 1204-1359. Los estudios filosóficos estuvieron sobre todo representados por Jorge Gemisto Plethon, unido por estrechos vínculos al Renacimiento italiano. A la época de los Paleólogo se remonta el último gran monumento jurídico bizantino: la compilación escrita en el siglo XIV por el juez de Tesalónica, Constantino Harmenópolus, y conocida con los nombres de *Hexabiblos* –seis libros– y de Prontuario.

Por lo que se refiere a las artes plásticas, también la época de los Paleólogo presenció un verdadero renacimiento bizantino. Destacaron la arquitectura religiosa, los frescos y mosaicos, y los iconos y manuscritos iluminados.

Un rasgo distintivo del renacimiento bizantino consiste en su vinculación con el pasado, en el respeto a las tradiciones, en gran parte porque el poder creador y el espíritu de independencia estaban refrenados por la severa autoridad del Estado y la Iglesia ortodoxa. Las características primordiales del pasado de Bizancio eran el formalismo y el convencionalismo. Por esta causa resulta sorprendente la intensa actividad creadora de la época de los Paleólogo. Desde fines del siglo XIV, Bizancio ejerció una notable influencia cultural sobre el Occidente –Italia–, en particular con los grandes humanistas, Manuel Crisoloras, el ya citado Jorge Gemisto y Besarión de Nicea.

El reino de Chipre. Por su situación geográfica, las grandes islas del Mediterráneo Oriental –Chipre, Creta y Rodas– se convirtieron en puestos avanzados del Occidente europeo frente a Asia y a Egipto. A su interés militar, como posiciones de vanguardia en caso de ataque y de refugio en caso de retirada, se añadió su importancia económica, como *escalas de Levante* para las repúblicas mercantiles italianas. La decadencia del Imperio bizantino y las conquistas otomanas situaron en un destacado primer plano a las islas del Mediterráneo oriental. Creta, adjudicada a los venecianos a raíz de la fundación del imperio latino de Constantinopla, tuvo sobre todo un interés económico. Rodas, en cambio, sede de los hospitalarios de San Juan de Jerusalén desde 1309, destacó como reducto militar. Pero el papel principal correspondió a Chipre.

La historia de la dominación occidental en Chipre comenzó a fines del siglo

XII, cuando el rey inglés, Ricardo Corazón de León, conquistó la isla, que luego vendió a Guido de Lusignan, rey de Jerusalén. A medida que el Asia latina iba siendo absorbida por las conquistas musulmanas, Chipre acentuaba su carácter de colonia de poblamiento y, en consecuencia, su importancia económica. Una era de gran prosperidad se abrió para la isla en 1291, cuando la caída de San Juan de Acre la convirtió en centro esencial de la latinidad en Oriente. Esta prosperidad duraría hasta mediados del siglo XIV, en que Chipre cayó bajo la esfera de influencia genovesa. A fines del siglo XV quedó convertida en colonia veneciana.

Las instituciones bizantinas. La situación interior del Imperio bizantino y su sistema de gobierno experimentaron profundas modificaciones desde el advenimiento de los Comnenos. Cuando subió al trono Alejo I, la crítica situación financiera le obligó a recurrir a los bienes de la aristocracia territorial y de los monasterior. Observa Vasiliev que en el castigo de las conjuras de tipo político, las confiscaciones de tierras sustituyeron a menudo a la pena de muerte. El mismo destino sufrieron los bienes conventuales, que a menudo fueron entregados, por vía de gratificaciones perpetuas –*caristikia*– a determinadas personas, que recibieron por ello el nombre de caristicarios. Este sistema se ha comparado a la secularización de los bienes de los monasterios bajo los emperadores iconoclastas. Insuficientes las confiscaciones para sanear la Hacienda, los emperadores recurrieron a la alteración del valor de la moneda y al incremento de los impuestos, que asfixiaban a las clases modestas. No hemos de insistir aquí sobre la situación financiera y económica del Imperio, que hemos examinado en páginas anteriores.

Bajo los Comnenos y los Angeles se llevaron a cabo varias reformas de tipo administrativo. Los estrategas o jefes militares, gobernadores de los antiguos *temas* o provincias del Imperio, fueron sustituidos –al reducirse los límites de éste y en consecuencia, al disminuir la extensión de las provincias– por funcionarios de inferior categoría, los *dux*.

Durante los Paleólogo, los rasgos distintivos consisten en la completa desorganización de todos los mecanismos del Estado y la decadencia del poder central. "Las largas luchas dinásticas de los dos Andrónico y de Juan V con Cantacuceno; los esfuerzos de los emperadores para ganarse el favor del Papa mediante una unión nunca aprobada por las masas; los viajes, que a veces resultaron humillantes, de los emperadores a la Europa Occidental; los intentos de los basileos, no menos denigrantes, para congraciarse con los sultanes, ya pagándoles tributo, ya residiendo por fuerza en sus cortes, ya casando a las princesas imperiales con príncipes muslimes, fueron cosas que debilitaron y degradaron a los ojos del pueblo el poder de los basileos bizantinos" (Vasiliev).

La feudalización del Imperio, iniciada con anterioridad a la restauración griega de los Paleólogo, debilitó progresivamente la organización centralizada de Bizancio. Hundida la economía, devastadas las provincias y sin apenas posibilidad de recaudar impuestos en las mismas, no se podía alimentar a los soldados y la miseria reinaba por doquier. Los emperadores, sin embargo, continuaban rodeándose del boato tradicional, y merecerán del viajero español del siglo XV, Pero Tafur, este sabroso comentario: "El estado del emperador es tan espléndido

cual lo ha sido siempre, pues que no omite ninguna de las antiguas ceremonias, mas es, en verdad, como un obispo sin sede". Describiendo las solemnidades del matrimonio de Juan V, Nicéforo Gregoras escribe: "En esta época el palacio estaba en tal desnudez que no se podía encontrar una sola copa o jarro de oro o de plata. Unos eran de estaño, otros de arcilla... y no hablo ya de las coronas y ropas, que sólo tenían la apariencia de oro y piedras preciosas, pues en realidad eran de cuero y se contentaban con dorados, semejantes a los que fabrican a veces los curtidores, y en parte con cristales que reflejan diversos tintes. Aquí y allá se veían, muy raramente, piedras preciosas que tenían un fulgor verdadero y el brillo de las perlas, que no engaña a la vista. La antigua prosperidad y los esplendores del Imperio bizantino habían producido una tal decadencia, se habían extinguido y perecido tanto, que no puedo hoy sin vergüenza exponeros el relato".

Esta decadencia es paralela a los retrocesos del helenismo en el ámbito balcánico y en Asia Menor, allí, a causa de las infiltraciones eslavas y luego de la oleada turca, y aquí, por la irrupción de persas, seldjúcidas y otomanos. La cultura grecolatina, combinada con la idea cristiana, se refugia en Constantinopla. "La lenta agonía del helenismo, paralela a la reducción de los límites de Bizancio, y la transferencia de la llama clásica al Occidente constituyen los hechos más significativos de la historia de los Balcanes durante los mil años de su lucha por la vida" (Calmette).

En las tropas de los Paleólogo abundaban los mercenarios de distintas nacionalidades, ya que la progresiva reducción del territorio del Imperio y la debilidad numérica de su población no permitían sostener un ejército nacional. Entonces aparecieron las compañías catalanas —almogávares—, turcas, genovesas, venecianas, servias y búlgaras. Muchas veces, los mercenarios, por falta de pagas se dedicaban a la devastación de ciudades y de provincias enteras. Los esfuerzos encaminados a restaurar la marina no desembocaron en ningún resultado práctico. La flota bizantina era incapaz de enfrentarse con las naves genovesas y venecianas y ni siquiera podía medirse con la recién creada de los osmanlíes. En el siglo XIV y primera mitad del XV, las escuadras de las repúblicas italianas señoreaban en absoluto los mares Egeo y Negro.

La antigua organización administrativa en "temas" o provincias, deshecha durante el dominio de los occidentales —Imperio latino— no pudo restablecerse debidamente con los Paleólogo, puesto que no había territorios bastantes para el sistema de gobierno regional. Ya hemos dicho antes que, durante los Comnenos, desapareció el título de estratega, sustituido por el de duque. Las provincias, separadas de la capital por las adquisiciones territoriales de los turcos y de los servios, se convirtieron en despotados, cuyos gobernadores actuaron las más de las veces con una plena independencia de hecho. A fines del siglo XIV, Tesalónica tuvo como déspota a uno de los hijos de Juan V, mientras el despotado de Morea era gobernado, también, por hijos o hermanos de los basileos. El cesaropapismo de los emperadores de Oriente no pudo evitar que, en consonancia con la crisis desatada a partir de siglo XI, el Estado centralizado de la época áurea acabara en una verdadera dispersión, en un neto predominio de la tendencia centrífuga sobre la centrípeta. Tampoco fue capaz, por otra parte, de dar a la institución imperial la estabilidad suficiente, a falta de normas que regularan la sucesión a la corona.

IX

LAS UNIONES ESCANDINAVAS Y LOS COMIENZOS DEL PRINCIPADO MOSCOVITA

Escandinavia en la Baja Edad Media. Como escribe Lucien Musset, la segunda parte de la Edad Media fue para varios países europeos la época en que se constituyeron uniones políticas de vasto alcance. En efecto. en 1382 tomó cuerpo la unión polacolituana y el siglo XV vio la fusión de los principados de Novgorod y Moscú. Apenas existía un ámbito más propicio a un movimiento de signo integrador que Escandinavia, dominio de una civilización bastante uniforme y sometida a las mismas transformaciones económicas y a la misma intrusión germánica. "La Alta Edad Media había sido un período de expansión; a fines del siglo XIII las posiciones escandinavas comienzan a retroceder mientras la iniciativa pasa a manos de los alemanes. Dividido, el Norte estaba en posición difícil; unido, representaba todavía una fuerza considerable. La unión escandinava no fue una simple combinación del azar, nacida del juego imprevisible de las alianzas matrimoniales entre soberanos, sino que durante una época respondió a las tendencias profundas, sobre todo de la aristocracia." Desde el siglo XIV, la solidaridad económica es un poderoso elemento de vinculación entre las aristocracias escandinavas: en tanto la nobleza domina toda la vida económica, ello explica y justifica la unión nórdica. Se trata sólo de unión y no de fusión. "La comunidad escandinava tendrá bases constitucionales precarias; el oportunismo será su móvil dominante: Suecia pudo salir de la misma, pero la unión se mantuvo, reducida a Dinamarca, Noruega e Islandia, durante tres siglos, sin crear lazos indisolubles entre sus miembros."

El movimiento unitario nórdico comenzó en 1262, cuando Islandia reconoció la soberanía del rey de Noruega. Luego, dos uniones sucesivas, producidas por las mismas causas, contribuyeron a edificar, a medio siglo de distancia, la unidad política del mundo escandinavo: en 1319, la unión sueconoruega en favor de Magnus Eriksson, y en 1389, a consecuencia de la victoria de Falköping, la reina Margarita se convirtió en soberana de los tres reinos.

Durante la etapa de expansión del siglo XIII, Escandinavia había sostenido frecuentes relaciones con Occidente; pero a partir de la centuria siguiente éstas se reducen casi por entero a Alemania. Este factor contribuye a explicar la casi inmediata aceptación del luteranismo germánico por el Norte. Sólo a partir del siglo XIX, Escandinavia comenzará a orientar su economía hacia el mundo anglosajón.

A partir del siglo XIII comenzaron a adquirir notable relieve económico las pesquerías escandinavas, cuyas reservas, en particular el arenque, pudieron prepararse gracias a la sal del Luneburgo alemán. Ello condicionó, en parte, la

talasocracia hanseática, mientras el desarrollo urbano de las ciudades escandinavas ofrece caracteres análogos al cuadro administrativo de las ciudades alemanas. La inmigración alemana es bastante poderosa en los siglos XIII y XIV. La Hansa apoyó la unidad escandinava. A pesar de las protestas de los mercaderes nacionales, todos tuvieron que someterse a los "*universis mercatoribus de Hansa Theutonicorum*" —en 1343 aparece este nombre por vez primera—, ya que la Hansa les proporcionaba el indispensable trigo polaco. El poderío de la Hansa alcanzó su plenitud a fines del siglo XIV y, a pesar de los progresos del comercio inglés, la poderosa organización germánica conservó un cuasi-monopolio hasta 1530, en que fue suplantada por los holandeses. De los tres países escandinavos, Suecia fue el más favorecido por el comercio hanseático.

Desde comienzos del siglo XIV, la explotación de las minas de hierro y de cobre, así como de los recursos forestales, inyectó nueva savia a la economía escandinava. Sin embargo, el Norte europeo no pudo hurtarse a la crisis europea —etapa de la gran depresión— y en las postrimerías de la Edad Media los tres países escandinavos aparecen en plena decadencia. En todos ellos la aristocracia se ha feudalizado, mientras el campesinado experimenta una presión acusada por parte de los poseedores del suelo. La existencia de un campesinado numeroso, económico y políticamente libre, había constituido la fuerza y la originalidad del Norte durante la primera parte de la Edad Media. Pero las dificultades financieras de los soberanos, la instauración del feudalismo y los desastres de las guerras y de las epidemias —peste negra— redujeron al campesinado escandinavo, en el transcurso de los siglos XIII-XV, a una condición semejante a la de los países occidentales.

La unión sueconoruega. En 1319, el joven Magnus Eriksson, hijo de la princesa Ingeborg de Noruega y del duque Erik de Suecia, se encontró heredero de los dos reinos. De hecho, el poder fue ejercido por la aristocracia, impulsada por el deseo de debilitar a la monarquía. De momento, nadie pensó en transformar la geografía política del Norte; pero la acción personal de Ingeborg cambió los planes nobiliarios. En 1332, ésta obtuvo la incorporación de la Escania sueca, mientras su hijo Magnus, proclamado entonces mayor de edad, tomó el título de rey de Suecia, Noruega y Escania, y reinó sobre un conglomerado de territorios que se extendía desde el Kattegat al mar Blanco. Pero la reacción danesa, representada por el rey Valdemar Alterdag, y las luchas dinásticas, que estallan en torno al trono de Magnus Eriksson, arruinan, de momento, la obra unitaria.

La unión danesanoruega y la reina Margarita. Unos años después, la unión se vislumbró de nuevo, encarnada en la princesa Margarita, hija de Valdemar Alterdag y esposa del rey de Noruega, Hakon VI. Regente de Dinamarca desde 1376 y de Noruega a partir de 1380, Margarita dirigió personalmente las relaciones exteriores de ambos países, en particular con Suecia. A su alrededor actúa un equipo de funcionarios devotos, en su mayor parte daneses. Después de haber obtenido de los condes de Holstein el reconocimiento de la soberanía danesa sobre el Schleswig, Margarita logró atraerse a la mayoría de la nobleza

sueca, disgustada con su rey, Alberto de Mecklemburgo. En 1388 fue reconocida por reina de los tres países escandinavos y al año siguiente sus tropas infligieron una grave derrota a los contingentes de Alberto en Västergötland. El partido mecklemburgués sólo conservó en Suecia el castillo de Estocolmo, cuya resistencia prolongaron los mercaderes y los piratas de Rostock y de Wismar. Al capitular Estocolmo en 1398, la unión escandinava ya estaba en marcha. Del lago Ladoga a la lejana Groenlandia y del cabo Norte al Ejder, no había más que una soberanía acatada por todos. Sin embargo, esta soberanía pertenecía a una mujer que carecía de herederos. En Kalmar se intentó buscar una solución a este problema.

La unión de Kalmar. Ante todo, Margarita escogió un heredero y en 1389 hizo proclamar en Noruega, en calidad de tal, a su sobrino Erik de Pomerania, reconocido también por Suecia y Dinamarca en 1396. Había llegado el momento de dar a la unión escandinava una base jurídica. En junio de 1397 se reunieron en Kalmar ciento treinta y tres personalidades de los tres reinos, quienes prestaron juramento de fidelidad a Erik y redactaron una especie de Constitución escandinava en nueve artículos: Erik gobernaría mientras viviese en los tres países, éstos permanecerían unidos para siempre bajo un monarca hereditario o en su defecto elegido en común, la política exterior sería conjunta. La base de la Unión era, pues, bastante limitada, ya que el único vínculo común era la persona del soberano.

En 1406, ante la presencia de delegados de los tres reinos, Erik de Pomerania casó con Felipa, hija de Enrique IV de Inglaterra. Aunque le falta una base institucional sólida y definitiva, la Unión está en marcha. En ella predomina Dinamarca y el personal dirigente se recluta entre los germanodaneses. El sólido prestigio de Margarita evita las recriminaciones; pero a la muerte de la reina en 1412, comienzan las dificultades. En efecto, inmediatamente estalló en el Schleswig-Holstein un movimiento de protesta contra Erik de Pomerania, mientras en Suecia hacía rápidos progresos el partido contrario de la Unión. El alzamiento armado del Schleswig-Holstein provocó el bloqueo de Suecia por la Hansa, y en consecuencia, la paralización de las exportaciones de hierro de la comarca de Dalecarlia. Esta región designó como portavoz de sus quejas a Engelbreset Engelbrektsson, quien muy pronto logró adueñarse de toda la Suecia meridional. Un *riksdag* reunido en Arboga, en 1435, otorgó a Engelbrekt la regencia de Suecia; pero Erik logró salvar la Unión otorgando a su rival el feudo de Orebro.

Después de nuevas negociaciones conducentes a perfeccionar la Unión —Kalmar, 1436, 1438— sustituyó a Erik de Pomerania su sobrino Cristóbal de Baviera, quien murió muy pronto (1448). Entonces los suecos eligieron por rey a un gran aristócrata, Karl Knutsson, mientras los daneses reconocieron por soberano a Cristián de Oldemburgo, sobrino del duque de Holstein. Cristián, dotado de excelentes cualidades, logrará fundar la dinastía que continúa reinando en Dinamarca después de rebasar los quinientos años de su existencia.

Reconocido también por los noruegos, Cristián I, con el apoyo de la flota hanseática, trató de reducir a los suecos de Karl Knutsson. La lucha tuvo sus

altibajos; pero a la muerte de éste, en 1450, su sobrino Sten Sture restableció la independencia sueca. En 1471, en Brunkeberg, las huestes alemanas de Cristián I fueron completamente derrotadas por las milicias urbanas y los arqueros de Dalecarlia de Sten Sture. Hasta su muerte, ocurrida diez años después, Cristián I se desinteresó de las cuestiones suecas para centrar su atención en el Schleswig. Le sucedió su hijo, Juan, a quien Sten Sture consintió una satisfacción puramente formal: Juan fue proclamado rey de Suecia; pero el ejercicio del poder recaería en el Consejo (acuerdo de Kalmar, 1483). Sin embargo, la presión rusa en Finlandia y Carelia y las complicaciones de la política alemana de Juan motivaron nuevas discordias, a través de las cuales se vislumbró de nuevo la Unión. Lo intentó el hijo y sucesor de Juan, Cristián II.

La ruina de la Unión de Kalmar (1501-1523). Virrey de Noruega desde 1516, donde se apoya en la burguesía mercantil y favorece el comercio autóctono contra el monopolio hanseático, el príncipe Cristián es ya un verdadero político del Renacimiento. Su padre, Juan, continúa administrando Dinamarca y los ducados hasta su muerte en 1513, mientras en Suecia había sucedido a Sten Sture (1503) otro regente, Svante Nilsson Sture. Una tentativa de Juan para recuperar el trono sueco, con la ayuda de la flota danesa, no logró éxito y la paz de Malmoe implicó el reconocimiento del *statu quo*.

Después de vigorizar el poder monárquico en Dinamarca y Noruega, y de implantar una política en beneficio de la burguesía danesa y contraria a los intereses de la Hansa y del feudalismo alemán, Cristián II, cuñado de Carlos V —casó con Isabel, hermana de éste—, preparó la guerra contra Suecia, donde Sten Sture había sucedido a su padre Svante Sture. Cristián comenzó por aislar diplomáticamente a su rival, renovando el pacto de la amistad con Rusia y comprando la neutralidad benévola de Mecklemburgo y de la Hansa. En 1520, el ejército expedicionario danés logró una victoria decisiva sobre las aguas heladas del lago Asunden. El Consejo sueco reconoció por rey a Cristián II y la Unión fue restablecida por última vez.

La sangrienta represión desencadenada contra los suecos refractarios al nuevo orden de cosas —"baño de sangre" de Estocolmo, 1520—, tuvo consecuencias inmediatas. En efecto, un pariente de Sten Sture, el joven Gustavo Eriksson Vasa, sublevó a los mineros de Dalecarlia, cuna de la independencia sueca, y el 6 de junio de 1523 fue elegido rey de Suecia en el *riksdag* de Strängnäs: la Unión, rechazada por los suecos, quedaba difinitivamente disuelta. En aquel momento, su último campeón, Cristián II, perdió el trono. La crítica situación financiera de Dinamarca, agravada por la guerra con Lübeck, hizo que la nobleza de Jutlandia proclamara rey al primogénito de Cristián, el príncipe Federico, coronado en Viborg en 1523 y reconocido también por Noruega. Cristián II embarcó para los Países Bajos, en espera de obtener el apoyo de su cuñado Carlos V. Fracasada una tentativa para recuperar el trono, murió en la prisión de Kalundborg, en 1559.

En el primer tercio del siglo XVI, el ámbito escandinavo, dividido en dos agrupaciones —la unión danesanoruega, subsistente hasta 1814, y la unión suecofinlandesa, desaparecida en 1809— y convertido al protestantismo, rompió con su pasado medieval.

La conquista de Rusia por los mongoles. Desde comienzos del siglo XIII (como se ha estudiado en el capítulo sexto de la segunda parte), las tribus mongoles dedicadas al nomadismo al Este del lago Baikal, fueron agrupadas por un jefe ambicioso y enérgico, Gengis-Khan, quien en pocos años logró dominar el Asia Central, China del Norte, Afganistán y Persia. En 1223, viviendo todavía Gengis-Khan, los mongoles hicieron su aparición en el Sudeste de Rusia y por el Cáucaso se lanzaron al asalto de las llanuras del Don. Como sabemos, Rusia se encontraba entonces muy dividida. La zona meridional del país –en franca decadencia desde el siglo XII por la ruina de su comercio a causa de las agresiones cumanas y el desplazamiento de las grandes rutas del tráfico entre Asia y Europa– comprendía una federación de principados, bajo la hegemonía de Kiev. En el Noroeste, Novgorod constituía, en realidad, una república independiente, en contacto con el foco económico del Báltico. Los principados de Suzdal y Vladimir, en el Nordeste, habían sido colonizados por gentes procedentes del Sur.

Frente a la primera invasión mongol de 1223, un ejército conjunto de los principados rusos meridionales, al mando de Mstislav el Temerario, fue derrotado en Kalka, al Norte del Mar de Azov. Luego los mongoles batieron sucesivamente a los polovtsos y a las huestes de Kursk, Galitch, Tchernigov y Kiev. Con ello terminó la primera invasión mongol, de simple reconocimiento.

El principado de Suzdal, en el Nordeste del país, al margen de las hostilidades, sufrió quince años después el ataque definitivo de los mongoles, acaudillado por el khan Batu y el general Subutai. Los invasores, después de haber yugulado la resistencia búlgara en la región del Kama, se encontraron ante los muros de Riazan, que rehusó someterse; pero los mongoles conquistaron e incendiaron todas las ciudades de Suzdal. Batu prosiguió la ofensiva hasta apoderarse de Moscú, Vladimir, Rostov e Iaroslavl. Luego, detenido a causa de las inundaciones en su marcha hacia Novgorod, comenzó su repliegue hacia el sur, para acampar en el Don y el Volga inferior. En 1240 saqueó la ciudad de Kiev. Cinco años después, el franciscano viajero Juan de Piano Carpini apenas pudo contar en ella dos centenares de casas rodeadas por un inmenso cementerio. A continuación Batu cruzó Galitzia, Hungría y Polonia, para regresar por Bulgaria y el Mar Negro a las estepas del Volga.

A mediados del siglo XIII, el imperio mongol abarcaba gran parte del espacio eurasiático, del Pacífico al Adriático. Rusia formaba una provincia del mismo –el *ulus* de la Horda de Oro– con capital en Sarai, en el Volga inferior. Esta ciudad sustituyó a Itil, la antigua capital de los jázaros, como gran mercado internacional, donde los mercaderes venecianos y genoveses entraban en contacto con las caravanas asiáticas.

La conquista mongol, que provocó la islamización y sobre todo la orientalización de Rusia, devastó y despobló los núcleos urbanos del país. Rusia tuvo que pagar onerosos tributos y proporcionar hombres para las empresas militares mongoles. Sus príncipes se vieron obligados a prestar homenaje al gran Khan y a trasladarse a Mongolia cuando se les citaba.

Los comienzos del principado moscovita. Una vez superados los primeros desastres, la vida tendió a normalizarse. Si bien las relaciones continuaban

interrumpidas entre el Norte y el Sur, y la región de Suzdal se encontraba aislada del Occidente, las caravanas circulaban libremente hacia el Asia Central y Oriental. Los khanes mongoles acabaron contentándose con la percepción de tributos, y respetaron la organización política y administrativa de los principados rusos, así como la estructura social y las creencias religiosas de los habitantes. Las sucesivas expediciones armadas de los mongoles en el país –una docena entre 1252 y 1327– estuvieron destinadas a intervenir en las querellas intestinas de los príncipes rusos.

Bajo el yugo mongol se constituyó en Rusia el núcleo territorial del gran ducado de Moscú. Sus orígenes fueron muy modestos. El príncipe de Vladimir, Alejandro Nevski, que resistió con éxito la presión de los escandinavos y de los Portaespada, y supo tratar hábilmente a los mongoles, al morir en 1263 dejó a su hijo Daniel Alejandrovich un dominio insignificante: Moscú. El pequeño principado de Moscú tenía una población bastante densa y se encontraba fuera del radio de acción de las expediciones mongólicas, y era un nudo importante de comunicaciones fluviales entre el Volga superior, el Oka y el Dnieper, es decir, en el corazón de la Mesopotamia rusa –*Mejdouriékié*– al amparo por sus bosques, lagos y pantanos, de las presiones, lituana al Norte y tártara o mongol al Sur. Daniel engrandeció su dominio con la anexión de Peréiaslav-Zaliéski y al morir le sucedió su hijo Jorge (1303-1325), que se apoderó de Kolomna y Mojaisk, y buscó el apoyo del khan mongol Uzbek para luchar contra el gran príncipe de Vladimir, Miguel de Tver. Cuando éste fue ejecutado por orden del khan, Jorge logró que se le reconociera el título de gran príncipe. Entonces dio comienzo un largo período de rivalidades entre Tver y Moscú. Jorge fue asesinado por el hijo de su rival, Dimitri, mientras un hermano de éste, Alejandro, fue reconocido como gran príncipe.

Las discordias continuaron. Cuando Alejandro se puso a la cabeza de una insurrección popular contra la dominación extranjera, un hermano del asesinado Jorge, Iván, asumió el mando de las huestes mongólicas de represión. El triunfo de Iván implicó el engrandecimiento de Moscú con la ayuda de la Horda de Oro –tuvieron que prestarle obediencia Tver, Suzdal y Riazán–. Iván Kalita (el Limosnero, 1328-1341), pudo gobernar luego pacíficamente. Construyó la primera iglesia de piedra de Moscú, la Asunción, y transformó la ciudad en capital política y religiosa de Rusia, al lograr que los metropolitanos de Vladimir se establecieran en el Kremlin, la famosa fortaleza cuya construcción había iniciado.

El Estado ruso-lituano. Después de sus éxitos, Iván Kalita parecía a punto de lograr la integración de las tierras rusas en torno del principado moscovita. Pero a ello aspiraba también el Estado lituano.

A mediados del siglo XIII, el príncipe lituano Mindvog se apoderó de las regiones rusas de Grodno y Novogrodek, y acarició el propósito de aglutinar la resistencia de los príncipes rusos contra la dominación mongol. Esta política fue reemprendida, en 1316, por otro príncipe, Guedimino, bajo cuyo mando Lituania se extendió del Báltico al Duna superior y al Dnieper, englobando Pinsk, Brest, Polotsk-Tchernigov y la Volynia, con Vilna por capital. Era un Estado mixto ruso-lituano

La rivalidad entre los dos componentes estalló con el sucesor de Guedimino, Olgerd (1345-1377), quien apoyó a los príncipes de Tver y a los mongoles contra Simón el Fiero, hijo de Iván Kalita, para unirse luego a él cuando los polacos amenazaron la Volynia. Olgerd aprovechó los desastres de la peste negra, de la que murió Simeón, para apoderarse de Kiev y de la Podolia y llegar hasta el Mar Negro. Luego obtuvo de Bizancio la erección de una sede metropolitana "de Kiev y de toda Rusia", en competencia con la moscovita. Moscú quedaba desposeído del gran principado en beneficio de Suzdal, con lo que parecía asegurado el triunfo de Lituania.

Apoyando una reacción moscovita, el metropolitano de la ciudad, Alexis, logró restablecer el equilibrio con el elemento lituano y obtuvo del khan de Sarai el retorno del gran principado al hijo de Iván II, Dimitri, quien aprovechó la muerte de Olgerd y las disensiones que estallaron entre sus hijos para lanzarse contra los mongoles. En 1380 obtuvo una brillante victoria en Kulikovo (región del Don), aunque dos años después Moscú fue saqueado por Tokhtamych, lugarteniente de Tamerlán. Pero Moscú se había mostrado capaz de agrupar a la cristiandad rusa contra los infieles. Cuando en 1386 se verificó la unión entre Polonia y Lituania por el matrimonio entre el duque Jagellón y la princesa Eduwigis —lo que implicó la entrega de las regiones occidentales lituanas a la influencia polaca y católica—, Moscú apareció como el único reducto de la ortodoxia contra la latinidad.

Moscú libera a Rusia de la soberanía mongol y reivindica la herencia de Bizancio. El sucesor de Dimitri, Basilio I (1389-1425), contuvo en el Oka una fuerte ofensiva de Tamerlán y procuró resolver el conflicto pendiente con Lituania mediante la fijación de la línea fronteriza entre ambos Estados, en el curso del río Ugra. La época de Basilio II el Ciego (1425-1462), a excepción de los últimos años, se caracterizó por la anarquía y el caos, que imposibilitaron apurar las ventajas que ofrecía la evidente descomposición de la Horda de Oro. Las postrimerías del reinado, en cambio, tuvieron un balance positivo. Basilio logró imponer su autoridad a las repúblicas de Novgorod, Pskov y Viatlza, y se anexionó Riazán y Borovsk.

En 1439, el metropolitano de Moscú, Isidoro, se adhirió a la unión entre las dos iglesias —católica y ortodoxa— decretada por el concilio de Florencia; pero Basilio II le desautorizó. Desde la caída de Constantinopla en poder de los turcos (1453), Moscú adquirió plena conciencia de ser el último reducto de la ortodoxia, la "tercera Roma".

En vísperas de la liberación del país del dominio mongol por Iván III, la civilización rusa ofrecía los rasgos siguientes: En contacto ininterrumpido con Bizancio, Novgorod actúa como importante foco cultural en el Norte de Rusia, en particular desde el establecimiento en la ciudad de Teófanes el Griego, en la segunda mitad del siglo XIV, que impulsó un verdadero renacimiento. En Novgorod se desarrolló una interesante escuela de iconos. Rostov es núcleo de irradiación de la vida religiosa y monástica rusa, cuyas fundaciones se difunden por todo el país. Como los cluniacenses en Occidente, los monasterios rusos, difundiendo el pensamiento de San Sergio, procuran llevar a todas partes los

aperos del labrador y las predicaciones apostólicas. En todos los monasterios importantes se copian manuscritos y se les adorna con bellas miniaturas, mientras se procede a la redacción de anales destinados a referir todos los acontecimientos de la vida rusa. El búlgaro Cipriano, metropolitano de Moscú (1390-1406) y el servio Pacomio escriben vidas de santos. A fines del siglo XIV, Moscú ha experimentado notables transformaciones. Teófanes el Griego y su discípulo Andrés Rublev –autor del famoso icono de la Santa Trinidad– decoran las iglesias del Kremlin.

El hijo y sucesor de Basilio II, Iván III (1462-1505), procedió a la transformación del dominio patrimonial moscovita en el Estado ruso. Mientras los turcos, después de la conquista de Constantinopla, irrumpían por la Europa balcánica y danubiana, Iván recogió la herencia bizantina y liberó a Rusia de los mongoles. Se alió con los khanes de Crimea y de Kazán y destruyó el khanato de Sarai, con lo que la Horda de Oro quedó prácticamente aniquilada. Ello coincide con la conquista de Granada por los Reyes Católicos: los musulmanes eran rechazados pues, al mismo tiempo, en ambos extremos de Europa. Sólo subsistieron, como vestigio de las invasiones turcas y mongoles, los khanatos de Crimea, Kazán y Astrakán. En 1472, Iván contrajo matrimonio con Sofía Paleólogo, sobrina del último emperador bizantino, Constantino XI, y se convirtió en heredero del Imperio de Oriente. Adoptó el título de soberano o zar, el águila bicéfala y el ceremonial bizantino. Sabios griegos y artistas y técnicos italianos afluyeron a Moscú. La reivindicación de la herencia bizantina implicó la sucesión del basileus como emperador y como jefe de la Iglesia ortodoxa. Rusia se convirtió en la "Santa Rusia", la "Nueva Israel", con la misión de hacer triunfar en la tierra el reino de Cristo. Moscú fue la "tercera Roma". En ello radica la doble motivación imperial y mesiánica de la política de los zares.

La destrucción de la Horda de Oro coronó la hábil política oriental de Iván III. El objetivo inmediato consistió en rechazar a los lituanos hacia el Oeste, sometiendo como acto previo a la república de Novgorod y al principado de Tver. Expulsó de Novgorod a los mercaderes hanseáticos y confiscó sus almacenes. En 1492, aprovechando la separación de Lituania y Polonia a la muerte de Casimiro IV, invadió el territorio lituano y obtuvo que el príncipe Alejandro le reconociera como soberano de la totalidad de Rusia. Otras campañas proporcionaron a Iván la anexión de Tchernigov, Briansk, Putivl, Gomel y buena parte de los distritos de Smolensko y Vitebsk.

En el interior, la política de Iván tendió a imponerse a los boyardos y a la afirmación de la autoridad del zar. A su muerte, el principado moscovita se había transformado en el Estado ruso de los tiempos modernos, heredero del cesaropapismo bizantino.

X

LA DECADENCIA DE ASIA

El fin del imperio mongol. Siguiendo una norma constante en el desarrollo de las sociedades humanas, la asimilación por el medio ambiente de los khanatos mongoles, que los descendientes de Gengis-Khan fundaron en China, Persia y Turquestán, produjo la disgregación del imperio. Ello ocurrió a mediados del siglo XIV, bajo la doble acción del retorno del Islam y del triunfo del feudalismo turco. En China la reacción nacional que dio el poder a los Ming, puso fin, en 1368, a la dinastía mongol de los Yuan (1280-1368), bajo la cual el país había alcanzado una civilización floreciente. La dinastía mongol de Persia, conquistada por la cultura irania y enteramente musulmana desde fines del siglo XIII, se extinguió en 1335; los grandes señores, de origen persa o mongol, se disputaron su herencia o crearon efímeros reinos provinciales. Lo mismo ocurrió en los khanatos del Turquestán ruso y chino actuales, donde los sucesores de Djaghatai sólo pudieron conservar su autoridad en la región del Ili (Semiretchié) y en el Sin-Kiang, mientras el feudalismo turco se declaraba independiente en la Transoxania en 1346. A su vez, la pérdida de Persia implicó, para los mongoles, la de Asia Menor, donde los turcos seldjúcidas obtuvieron de nuevo la independencia. Como veremos, con el reparto del sultanato seldjúcida surgiría el núcleo originario del poder otomano. El feudalismo turco, representado por el sultanato de Delhi, logró, incluso, unificar en parte la India, que se fragmentó de nuevo en varios reinos musulmanes.

Las conquistas de Tamerlán. En 1370, uno de los jefes turcos de la Transoxiana, Timur o Tamerlán, fue reconocido como rey del país e inmediatamente comenzó sus conquistas. Fanático musulmán, amante de la literatura persa y dotado de un gran genio militar, Tamerlán sólo en apariencia quiso restaurar el imperio de Gengis-Khan. En treinta y cinco años de reinado (1370-1405), sometió toda el Asia Anterior. Sus crueldades no fueron menores que las de los gengiskhánidas, puesto que en todas partes pirámides de cabezas humanas atestiguaban la presencia de sus hordas. Después de someter el Irán, invadió el khanato ruso de la Horda de Oro y, luego, el sultanato turcomusulmán de la India septentrional, saqueando Delhi en 1398. Devastó Siria, en lucha con los mamelucos, y en las postrimerías de su reinado, después de haber obtenido la resonante victoria de Ankara o Angora sobre el otomano Bayaceto II (1402), llevó sus ejércitos hasta el Egeo, a la vista de Constantinopla.

El imperio de Tamerlán se disgregó a su muerte. Mientras sus descendientes, los timúridas —Chah Rock, Olug-beg—, lograban conservar el Irán oriental y la Transoxiana y hacían de Herat y de Samarcanda focos brillantes de la civilización

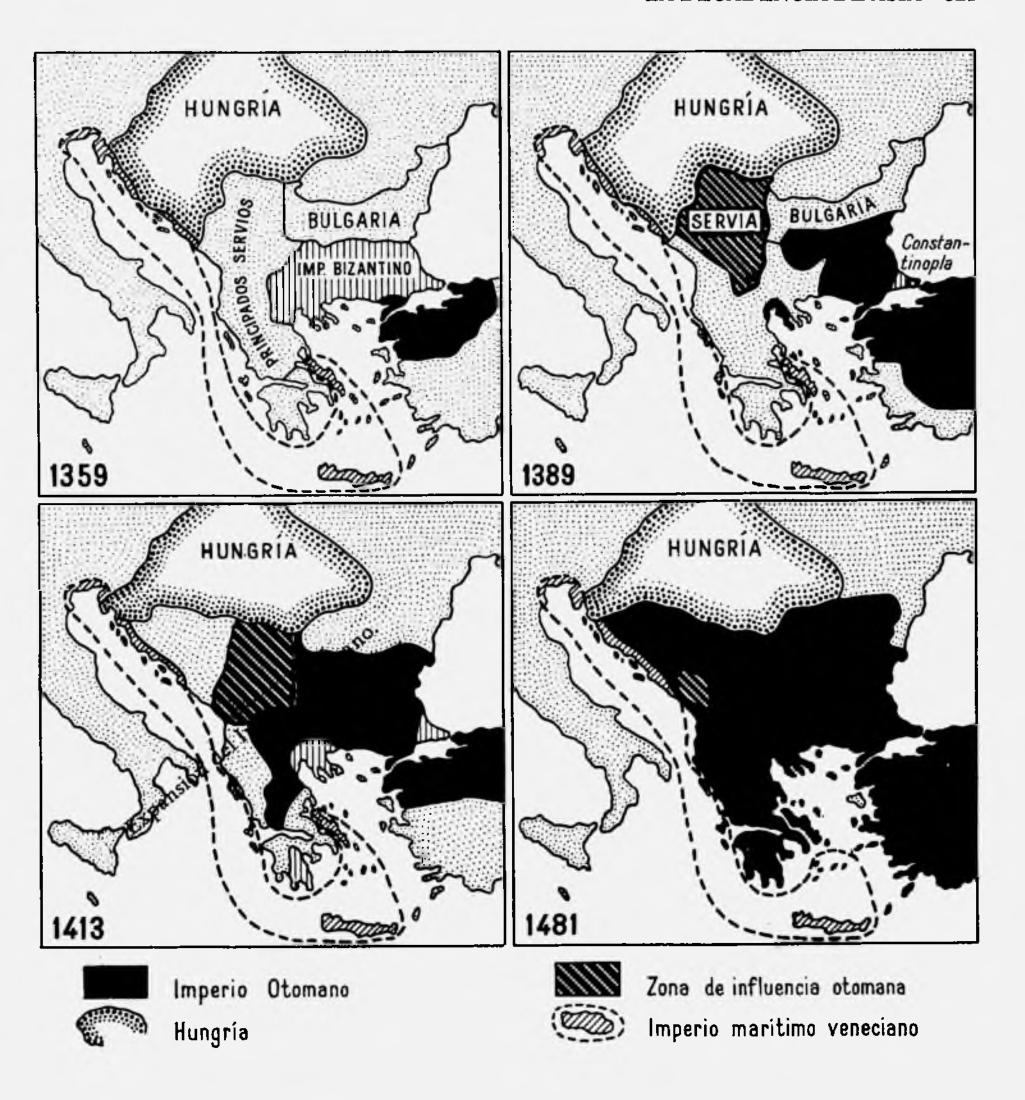
persa, el Irán occidental era objeto de disputa entre las diversas hordas turcomanas, llamadas del "Carnero Negro" y del "Carnero Blanco". Estos turcomanos fueron derribados por una dinastía nacional persa, la de los sefévidas, que restableció la independencia irania a fines del siglo XV.

Tamerlán, considerado un momento por los cristianos —a raíz de su triunfo en Ankara— como instrumento providencial de la derrota osmanlí, tiene extraordinaria importancia por haber asestado un golpe definitivo a la prosperidad asiática medieval. Por sus devastadoras campañas, el Asia centro-occidental, desde el Sir-Daria al golfo Pérsico y del Ganges al Mediterráneo, había quedado convertida en un colosal montón de escombros. Sería necesario el transcurso de varios siglos para reparar tanta devastación y exterminio.

La formación del poder otomano. Conocemos ya la fortuna de la dominación seldjúcida en Asia Menor, cuyos sultanes habían arrebatado a los bizantinos la parte oriental y central de la meseta de Anatolia. En el transcurso de los siglos XII y XIII, los seldjúcidas habían desarraigado la civilización helénica del Asia Menor para convertir el territorio en una especie de Turquestán que representara, en frase de Grousset, la definitiva plasmación de Turquía, moldeada por la cultura irania. Los seldjúcidas "se complacían en llevar nombres persas sacados de la epopeya irania del *Châhnamé*: Kai-Khosrau, Kai-Kaus, Kai-Kobâd. De hecho, su corte estaba penetrada en alto grado de cultura irania. El persa representaba el mismo papel de lengua civilizada que el latín en el Occidente medieval. Uno de los más grandes poetas místicos (*coûfi*), Djelal ed-Rûmi (1207-1273), había llegado de Balj para fundar en Konia su célebre orden de derviches".

Al extinguirse a comienzos del siglo XIV, la dinastía seldjúcida, la Anatolia musulmana fue repartida entre distintas familias aristocráticas turcas. La de Karaman se estableció en la región de Konia; las de Kermianm, Saru-Khan y Aidin arrebataron a los bizantinos los territorios de Lidia y Jonia; y la de Otmán, fundadora del poder otomano, fue llamada a un prodigioso destino.

Con la disgregación del sultanato seldjúcida, los otomanos u osmanlíes se habían adjudicado la porción Noroeste de la antigua Frigia, en los confines de la rica provincia de Bitinia. El epónimo de la dinastía, Otmán (m. 1326) y su hijo Orkan (1326-1360), echaron los cimientos del poder otomano y comenzaron a expansionarse a costa del imperio bizantino, al que arrebataron las ciudades bitinias de Brusa, Nicomedia y Nicea. Orkan contó con la colaboración de su hermano Aladino, que instituyó el famoso cuerpo de jenízaros, con los niños cristianos arrebatados a sus familias y convertidos al Islam. Los jenízaros constituyeron un ejército profesional permanente —cosa nueva en el mundo— y combatían al lado de la caballería proporcionada por los grandes feudatarios. Casado con la hija del usurpador Juan VI Cantacuceno, Orkan intervino en las querellas bizantinas. Los *jenízaros*, los *timars* o feudos militares y los *sandiaks* ó provincias fueron las bases esenciales de la organización otomana. Con Murad I (1360-1389), el sultanato otomano afirmó considerablemente su poderío. Murad logró imponer su hegemonía a las demás dinastía turcas de Anatolia, mientras lograba extender sus dominios a Europa con las conquistas de Adrianópolis,



Rumelia y Macedonia. Al irrumpir en los Balcanes, los otomanos lograban lo que no habían podido conseguir los árabes y los seldjúcidas. La resistencia de los servios fue yugulada en Kossovo.

El hijo y sucesor de Murad I, Bayaceto el Rayo –*Yildirim*– (1389-1402) pudo emprender acciones de gran envergadura contra el Sudeste de Europa, en el transcurso de las cuales logró la completa sumisión de Servia y de Bulgaria. Como ya se ha dicho, Bayaceto logró un resonante triunfo de Nicópolis (1396) contra la cruzada hungaroborgoñona, mientras imponía resueltamente su autoridad sobre los grandes dominios feudales de Anatolia. Cuando se disponía a asestar el golpe definitivo contra el Imperio bizantino, atacando la capital, Constantinopla, sufrió

un grave revés en Ankara, a manos de Tamerlán (1402). Este desastre otomano prolongó la vida del Imperio bizantino. Sin embargo, la muerte de Tamerlán y la desintegración de su imperio hizo posible la inmediata recuperación osmanlí. En efecto, un hijo del derrotado en Ankara, Muza, logra rehacer la unidad otomana y cosecha una resonante victoria sobre Segismundo de Luxemburgo, que intentó aprovechar la confusión turca para intervenir en el bajo Danubio.

Gracias a la complicidad de los griegos, Mohamed I logró deshacerse de Muza y obtener el poder, pero su política filobizantina provocó una reacción turca, acentuada con el desastre que la flota veneciana infligió a la otomana en 1416. Su sucesor, Murad II, reemprendió la conquista sistemática de los Balcanes. Detenido ante los muros de Belgrado, heroicamente defendida por Juan Hunyade, el sultán firmó en Szegedin el tratado en virtud del cual se fijaba la frontera turca en Hungría (1444). Rotas nuevamente las hostilidades, Ladislao de Hungría fue derrotado y muerto en Varna. En aquel momento, sólo lograba zafarse de la presión otomana el heroico Scanderberg, defensor de la independencia de Albania.

Mohamed II, hijo y sucesor de Murad, se propuso desde el primer momento apoderarse de Constantinopla. Para cerrar el Bósforo ordenó la construcción de las fortalezas de Rumili-Hiçar y Anadolu-Hiçar. Un ingeniero húngaro fundió para él cañones de gran calibre, y en abril de 1453 un fanático ejército musulmán, cuyo espíritu compara Calmette con el de los Cruzados ante Jerusalén en 1099, bloqueó la capital de los Paleólogo. Después de un sitio de cincuenta días, Constantinopla cayó en sus manos el 29 de mayo de 1453.

Durante siglos, los otomanos permanecieron sólidamente instalados en el Sudeste europeo. Hungría y Austria se convirtieron en puestos avanzados de la Cristiandad y la misma Viena, capital de los Habsburgo, se estremecería más de una vez ante la amenaza turca.

La China de los Ming. A mediados del siglo XIV, una revolución nacional china, originaria de las provincias meridionales del país, destronó a los gengiskhánidas –dinastía Yuan– e impuso en el poder a los Ming. El jefe de la revuelta, el monje budista Tchu Yuang-tchang, elevado a la categoría de emperador con el nombre de Hong-wu, fue el fundador de la nueva dinastía nacional, que rigió los destinos del país en el período comprendido entre 1368 y 1644. En un principio, los Ming –*la luz*– establecieron la capitalidad en Nankín, para trasladarla a Pekín a comienzos del siglo XV. Su fervoroso nacionalismo se trocó en seguida en violenta xenofobia. Los extranjeros fueron perseguidos y China se replegó sobre sí misma, en el momento en que las fulminantes campañas de Tamerlán la aislaban del mundo.

Después de las tendencias imperialistas de Yong-lo, los Ming procuraron mantenerse a la defensiva en presencia de las hordas de Mongolia. "Replegado en sí mismo, el pensamiento chino manifestaba las mismas tendencias conservadoras. El confucianismo de los letrados reaccionaba contra las religiones extranjeras, incluso contra el budismo, favorecido por la dominación mongola. En el arte, los pintores Ming cristalizaron en un academicismo pleno de talento las creaciones libres de los grandes paisajistas Song. En cuanto a la cerámica, el país continuó fabricando monocromos, principalmente objetos de color verde pálido, todavía

muy bellos –aunque sin la luminosidad característica de los Song–, a los que agregó piezas de decoración pictórica dominados por azules magníficos, pero que señalaban un gusto característico del período" (Grousset).

El retorno a la tradición china hizo que el país volviera los ojos hacia la antigüedad clásica con la revalorización de las épocas Han y Tang. Cuando las campañas de Tamerlán interrumpieron las rutas caravaneras del Asia occidental, China intentó adueñarse de las rutas marítimas de Oriente y sus navíos alcanzaron el Indico, el golfo Pérsico e incluso los puertos del Africa oriental. Pero al restablecerse el tráfico de las caravanas en el centro del continente amarillo, la marina china decayó rápidamente.

Mediante una serie de afortunadas expediciones militares, Hong-Wu logró destruir los últimos restos del imperio gengiskhánida en Karakorum Su sucesor, Yong-lo (1404-1424), reivindicó la soberanía china sobre Corea, Manchuria, Mongolia, Tibet e Indochina. De momento tuvo éxito e incluso Annam prestó vasallaje al Celeste Imperio en 1425.

Los Ming basaron su gobierno en los principios del absolutismo patriarcal e igualitario propios de la tradición china. El Estado se consideró dueño del suelo agrícola, mientras procuraba fomentar la vida mercantil y la prosperidad pública. A mediados del siglo XV, el gobierno cayó en manos de los eunucos palatinos y comenzó a ponerse de relieve la decadencia de la dinastía, que continuaría rigiendo los destinos del país hasta mediados del siglo XVII.

Los Ashikaga en el Japón. Los shogunes de la familia Hojo lograron mantenerse en el poder en el Japón, hasta mediados del siglo XIV, en que fueron desplazados del mismo por la energía del emperador Go-Daigo.

El descontento producido por las excesivas prerrogativas concedidas a la nobleza feudal, paralelas a la opresión del bajo pueblo, hicieron posible la reacción de Go-Daigo, cuyas fuerzas lograron derribar las orgullosas torres de Kamakura. Pero la era del feudalismo nipón no había terminado y una nueva casa feudal, la de los Ashikaga, puso fin a la efímera restauración del poder del *tenno* y restableció, en su provecho, el shogunato, que conservó en sus manos hasta el siglo XVI.

En efecto, uno de los miembros de la familia Ashikaga, que acababa de apoyar la fugaz tentativa imperial, Takauji, ocupó Kamakura, se proclamó shogún en 1335 y fomentó un cisma en la familia imperial para imponer su autoridad. Sus proyectos viéronse cumplidos al año siguiente, gracias a la victoria lograda sobre el emperador Go-Daigo en Minatogawa, cerca de Kobe. Ello implicó la difusión del feudalismo japonés. Los sangrientos conflictos suscitados en el seno de la misma familia Ashikaga afirmaron la autoridad de los grandes señores locales. La anarquía y la confusión duraron hasta comienzos del siglo XVI, cuando las fuerzas sociales desarrolladas al amparo de la vida mercantil y el renacimiento del espíritu sintoísta prepararon el advenimiento de la monarquía unificada de los Tokugawa.

Los representantes más destacados de los Ashikaga fueron además del fundador de la dinastía, Takauji (1336-1358), Yochimitsu (1368-1394) y Yochimara (1443-1474). Takauji, el mejor shogún de la dinastía, se impuso a las facciones y concluyó el cisma abierto por sus predecesores, haciendo que Go Kameyana, del

Sur, cediera las insignias reales a Go Kamatsu, del Norte. Yochimitsu dedicó especiales cuidados a la reforma de la administración y a la lucha contra la piratería que infestaba el archipiélago nipón. Yochimara fue un gran mecenas del renacimiento japonés, que convirtió su corte de Kyoto en emporio de las letras y artes orientales.

El auge de la vida comercial japonesa, condicionado por la reapertura de las relaciones económicas con la China, afirmó la pujanza de las clases burguesas, que encontraron un poderoso auxiliar en los monasterios, hasta entonces acaparadores de metales preciosos. Los templos búdicos nipones representaron un papel idéntico al de los Templarios en Occidente. La riqueza de las burguesías urbanas hizo posible que las ciudades compraran privilegios de inmunidad y autonomía a sus antiguos señores laicos y eclesiásticos. De este modo las ciudades se convirtieron en islotes dominados por el espíritu burgués frente al feudalismo agrario del resto del país. Esta evolución, semejante a la del Occidente europeo, hirió mortalmente el régimen de los daimios y suscitó deseos de emancipación entre los siervos de la gleba. El Japón del siglo XV conoció diversas manifestaciones de la inquietud social reinante en el campo, paralelas a la difusión de la mística sintoísta entre las masas populares del país.

El renacimiento japonés. En paralelismo con las corrientes europeas de la misma época, el impulso nipón encaminado a superar la decadencia del período Kamakura ha sido denominado "renacimiento japonés". Como precursores, en el campo de las letras, cabe citar al poeta Kenko Hochi y al historiador Kitabatake Chikafusa, que depuran el idioma y rebosan sensibilidad estética. Sus continuadores, Kuakami Kiyotsugu y Seami Motokyo, establecieron las normas del teatro japonés. Desde mediados del siglo XV se encuentra constituido el drama clásico, lírico, de los *No*, por la agregación de un diálogo a las antiguas danzas sagradas que mimaban las viejas leyendas japonesas.

En los dominios del arte, brillan dos escuelas pictóricas: la tradicional *Tosa*, de Kyoto, dedicada a la plasmación pictórica de las escenas de la historia y de la leyenda niponas; y la escuela *Kano*, que sintetiza los valores adquiridos en el transcurso de un período de gran tensión estética. Los *Tosa* asimilan a los grandes maestros chinos de la época Song y tienen en su haber artistas tan notables como Noami, Geiami y Soami, este último, creador de pinturas sin línea, bañadas en brumas y vapores inmateriales. En cuanto a Cheschu, el Rembrandt japonés, consolidó en su patria el prestigio adquirido en la China de los Ming. Entre los *Kano*, Motonobu representa un elegante sincretismo entre la pintura china y la japonesa. Por su exquisito refinamiento cabe citar las creaciones cerámicas de la época.

Durante los Ashikaga se difundió en el Japón la **"ceremonia del té"**, elemento representativo de la vida social, literaria y artística.

Egipto: los mamelucos, última dinastía medieval del mundo árabe. A mediados del siglo XIII, el establecimiento de los mamelucos en Egipto –una dinastía de esclavos de varias razas y nacionalidades que constituían en tierra extraña una oligarquía militar– tuvo gran importancia en los destinos del Próximo

Oriente. Como escribe Hitti, "estos sultanes esclavos limpiaron el suelo sirioegipcio de los últimos vestigios de las Cruzadas y detuvieron para siempre el avance arrollador de las hordas mongólicas de Hulagú y de Tamerlán, que de lo contrario hubieran hecho cambiar el curso de la Historia del Asia Occidental y de Egipto". Los mamelucos gobernaron de 1250 a 1517 sobre uno de los territorios más turbulentos del mundo, hasta que Egipto fue conquistado por el otomano Selim en la última fecha citada.

La serie de los sultanes mamelucos suele considerarse dividida en dos dinastías: la de los bahris, que gobernaron de 1250 a 1390; y la de los buryes, de 1390 a 1517. Los primeros descendían del cuerpo asalariado de guardia del ayyubí al-Salih, quien había hecho acantonar a sus esclavos, en barracones, en la isla de al-Rawdh, en el Nilo, y eran principalmente turcos y mongoles. El origen de los segundos radica asimismo en un cuerpo de guardia y en su inmensa mayoría fueron esclavos circasianos.

La preocupación fundamental de los bahris fue la de consolidar el reino y proteger las fronteras. El sultán más distinguido de la dinastía fue Baibars (1260-1277), quien ganó sus laureles luchando contra los mongoles de Hulagú en los campos de Ayn Jalut. Su fama, sin embargo, radica en las numerosas batallas reñidas contra los cruzados, cuyos establecimientos hirió mortalmente. El acontecimiento más espectacular de su reinado consistió en la restauración de un califato abbasí, puramente nominal, encargado de legitimar el dominio mameluco sobre Egipto, Siria, Diyar-Bark, al-Hijaz, al-Yaman y la cuenca del Eufrates. Entre los sucesores de Baibars destacaron Qalawun y al-Nasir, que rechazaron los intentos de invasión del país por los mongoles.

Los buryes, que suplantaron a los bahris a fines del siglo XIV, constituyen el período de decadencia de los mamelucos. La corrupción de los sultanes y de la oligarquía militar, de la que constituían una especie de *primus inter pares*, es paralela a la pésima situación del reino, azotado por una fuerte crisis económica. A ello hay que añadir la pérdida del comercio indio, motivada por el descubrimiento de la ruta de El Cabo de Buena Esperanza por los portugueses. Por esta causa el tráfico de especias y otros productos tropicales de la India y Arabia se alejó de los puertos de Siria y Egipto, cerrándose así una de las principales fuentes de riqueza de los mamelucos.

El único acontecimiento victorioso de la dinastía bury fue la conquista de Chipre, desde cuyas bases los corsarios hostigaban los puertos de Siria.

El reino mameluco, que había logrado sobrevivir a las devastadoras campañas de Tamerlán en Siria, sucumbió a manos de los otomanos a comienzos del siglo XVI. En Marj Dabiq, a una jornada de camino de Alepo, Selim obtuvo una victoria decisiva sobre los mamelucos de Qansawh (1516). Esta batalla dio a los otomanos el dominio de Siria. Al año siguiente, Selim ocupó Egipto, con lo que el sultanato mameluco desapareció para siempre.

XI

LAS NUEVAS INQUIETUDES CULTURALES

Consideraciones generales. Al plantear la problemática de la época de la "gran depresión" hemos bosquejado los caracteres que presiden la ruptura de la síntesis elaborada por el tomismo en el siglo XIII. A partir del 1300, el majestuoso edificio del clasicismo medieval se cuartea y los intelectuales, siempre al hallazgo de nuevas fórmulas, se entregan en brazos del criticismo, del nominalismo y del racionalismo, dispuestos a recorrer el largo campo que conducirá a las síntesis elaboradas por el humanismo en el siglo XVI y por el clasicismo francés en el XVII, es decir, la trayectoria que, a través de los fecundos hallazgos renacentistas, llevará de Santo Tomás a Descartes y a la ciencia moderna.

La difusión de los comentarios de Averroes a la filosofía aristotélica y el método experimental de Rogerio Bacon abrieron, a fines del Doscientos, las primeras fisuras en el sistema tomista. Luego, el abismo fue ensanchado por el triunfo del nominalismo ockamista, que en definitiva implicaba el de las concepciones individualistas y subjetivistas, rebeldes a toda ordenación jerárquica de carácter disciplinario en nombre de la libertad. La *unidad*, que presidió el clasicismo medieval, abdicó ante la *diversidad* en el período de la gestación inmediata de los tiempos modernos.

El despliegue del individualismo ockamista es paralelo a las tendencias reformistas en el campo de la teología, que impulsan los centros universitarios de Oxford y de Praga. Con ello quedaba abierto el camino a la Reforma protestante, a través de Wyclef y de Huss, que implicaría, en frase de Maritain, el pleno advenimiento del "yo". La unidad cultural del Occidente se había roto y los intelectuales se entregaban a la búsqueda incesante, que constituye la misma esencia del espíritu europeo.

Las inquietudes intelectuales del siglo XIV y los comienzos del humanismo en la centuria siguiente resumen la trayectoria del pensamiento occidental en la época que estudiamos. Su denominador común es la *diversidad*, que en el plano individual llevaría al inconformismo y a la insatisfacción; en el religioso, al libre examen y a la ruptura de la unidad de la Iglesia romana; y en el político, a la organización de Europa como un mosaico de Estados recíprocamente independientes y desligados de la concepción vertical del Imperio. Si bien estas son las facetas que presiden el desarrollo de los tiempos modernos a partir de 1500, sus orígenes inmediatos radican en las inquietudes intelectuales que hunden el clasicismo medieval al rebelarse, en el tránsito del siglo XIII al XIV, contra la síntesis recién elaborada por el tomismo.

Observa Bühler que al acentuarse la dirección hacia el mundo y modificarse en ciertos aspectos la actitud ante Dios, incluso por parte de las gentes piadosas, el

desarrollo de la cultura adquiere una amplitud incomparablemente mayor que antes. "Es, sobre todo, esta amplitud, que en muchos casos se da por satisfecha, naturalmente, con cosas medianas y muy imperfectas, la que produce a veces la impresión de que ahora las fuerzas culturales creadoras declinan con respecto de las de la etapa anterior. Ocurrió, además, en este período, lo que suele ocurrir cuando, después de producirse obras culminantes, sobreviene en muchos aspectos un estado de calma e incluso de retroceso; pero ello no autoriza a hablar ni mucho menos, de una paralización de la voluntad y la capacidad artística, cuando se ve cómo en otros campos de la vida del espíritu y del arte se llega a resultados no menos grandiosos que los de la época anterior."

Como característica general de la época cabe mencionar la secularización de la cultura, impuesta por las ciudades y sus oligarquías burguesas en el momento de su máximo esplendor, que precede inmediatamente al de su decadencia con las consecuencias de la crisis. El *aburguesamiento* de la cultura explica el retroceso de la escolástica y la creciente importancia de las ciencias experimentales y de la literatura profana. En el dominio de las artes plásticas, el gótico clásico del siglo XIII es, por excelencia, la catedral, mientras que el flamígero de los siglos XIV y XV brilla sobre todo en los edificios de carácter civil.

La gran crisis que enlaza los mundos medieval y moderno ofrece, en consecuencia, en el campo de las manifestaciones culturales, unos reflejos del mayor interés.

Juan Duns Scoto y la escuela franciscana. En capítulos anteriores, al estudiar el planteamiento de los grandes temas intelectuales de la Edad Media, indicamos la posición adoptada por los franciscanos ingleses Scoto y Ockam acerca de las tres cuestiones de la creación, los universales y el *logos*. Hemos de limitarnos ahora a exponer su pensamiento en lo que atañe a la crisis del clasicismo medieval.

Juan Duns Scoto, el *Doctor subtilis* (1266? -1308), muestra de modo bien patente en sus obras, *Opus oxoniense* y *De primo rerum omnium principio*, cómo la situación de equilibrio en que la filosofía y la teología aparecen en Santo Tomás va a romperse. Ambas disciplinas "no difieren sólo por su objeto *formal*, sino también por su objeto *material*. La teología se reduce a lo que nos es dado por revelación, de un modo *sobrenatural*; en cambio, todo lo que la razón alcanza *naturalmente* es asunto de la filosofía. La historia del final de la Edad Media y de la época moderna será la progresiva disociación del mundo de la naturaleza y del de la gracia, y el olvido del viejo principio: *gratia naturam non tollit, sed perficit*. La teología no es especulativa, sino práctica. Cada vez desaparece mas la *theologia rationis* para dejar lugar únicamente a la *theologia fidei*. Pronto la *ratio*, el *logos*, se apartará totalmente del *theo*" (Marías).

A diferencia de Santo Tomás, Juan Duns Scoto es voluntarista y afirma la primacía de la voluntad sobre el conocimiento. Sus apreciaciones tienen singular relieve en el tránsito del pensamiento medieval al moderno.

El triunfo del nominalismo: Ockam y la "vía moderna". Guillermo de Ockam (m. 1350) apuró hasta las últimas consecuencias los principios que apuntan en Duns Scoto. En sus obras, *Quaestiones octo de auctoritate*

summi pontificis, Compendium errorum Joannis papae XXII, Breviloquium de potestate papae, defiende al emperador Luis de Baviera contra el papa Juan XXII; y en las tituladas *Super IV Libros Sententiarum, Quodlibeta septem, De sacramento altaris*, etc., desarrolla sus concepciones filosóficas, en las que lleva al máximo la distancia entre la teología y la filosofía. "La ciencia *est cognitio vera sed dubitabilis nata fieri evidens per discursum.* Dios no es razón; ésta es algo que sólo tiene valor *de puertas adentro* del hombre. Dios es omnipotencia, libre albedrío, voluntad sin trabas, ni siquiera las de la razón; el voluntarismo de Duns Scoto se convierte en esta posición, que excluye la razón de la Divinidad y, por tanto, sustrae ésta a la especulación racional del hombre. Dios desaparece del horizonte intelectual y deja de ser el objeto propio de la mente, como había sido en la Edad Media hasta entonces, En este momento comienza el proceso que se puede llamar la *pérdida de Dios* y cuyas etapas son las de la época moderna.

Ya sabemos que, en la cuestión de los universales, Ockam es puramente nominalista. Los universales, el realismo del siglo XII, quedan reducidos a *conceptus mentis significans univoce plura singularia.* Con ello Ockam prepara no sólo el auge del pensar matemático del Renacimiento, sino que constituye un caracterizado representante del despliegue del individualismo, consubstancial a la *diversidad* con que termina el mundo medieval. El individualismo, como primera manifestación del humanismo, se encuentra definido por el culto de los que Petrarca llamó el *quiddam suum et proprium.*

Para el P. Llorca, el fondo del sistema de Ockam está constituido por una persistente crítica sobre las verdades fundamentales de la Iglesia. Así, por ejemplo, el franciscano inglés decía que la transubstanciación, considerada a la luz de la razón, contenía contradicciones. En realidad, las consecuencias del ockamismo en el campo de la Teología eran demoledoras. Sin embargo, halló muchos partidarios en el transcurso de los siglos XIV y XV. "A todo este sistema se le llamo "vía moderna", al paso que a los sistemas dominico y franciscano se les denominó "vía antigua". La lucha entre las dos tendencias llenan las discusiones filosóficas y teológicas de este período. Lo que no se puede negar es que el nominalismo de Ockam conducía al escepticismo, y preparó el camino de Lutero. De hecho, éste estudió en la escuela de Ockam y se apoya en sus ideas."

El ockamismo y el averroísmo. Las ideas expuestas por Ockam prendieron rápidamente en los círculos intelectuales de Inglaterra y Francia. Oxford fue el foco más importante de las tendencias de la *vía moderna*, al que siguieron París y otros centros escolásticos del Continente. Entre sus primeros glosadores cabe citar al dominico británico Roberto Holkot y al maestro parisiense Nicolás de Autrecourt. El discípulo de éste, el cardenal Pierre d'Ailly (1350-1420), cultivó la cosmografía y en su *Imago mundi* influyó en las ideas de Colón sobre la esfericidad de la tierra. El sucesor del cardenal como canciller de la Universidad de París, Juan Gerson, el *Doctor christianissimus* (1363-1429), orientó sus especulaciones hacia el cultivo de la mística.

El defensor más importante del ockamismo a fines del siglo XV fue el alemán Gabriel Biel, miembro de los "Hermanos de la Vida Común". Profesor de

Teología en Tubinga, se convirtió en el representante más caracterizado de la *vía moderna.* En sus obras *Epithome pariter et collectorium circa quatuor sententiarum libros*, y *Supplementum Gabrielis Biel*, expone las ideas de Ockam aunque moderándolas. Ejerció notable influjo, que pone de relieve el hecho de que los ockamistas se llamaran, también, gabrielistas.

El círculo ockamista de París cultivó con especial interés las ciencias naturales y en ello destacaron Juan Buridán, Alberto de Sajonia y Nicolás de Oresme. Este último, obispo de Lisieux, fue un pensador de gran relieve, que dedicó su actividad al cultivo de la física y de la astronomía: *Traité de la sphère.*

El averroísmo latino, representado por Sigerio de Brabante en el siglo XIII, continuó alimentando una notable corriente en la época que estudiamos. Destaca Juan de Jandun, que radicaliza las posiciones referentes a la doctrina de la "doble verdad", según la cual una misma proposición puede ser verdadera en teología y falsa en filosofía, o a la inversa.

La mística especulativa. Surgido del pensamiento franciscano, el misticismo desplegó una poderosa corriente en los siglos XIV y XV, que en parte puede explicarse como una evasión individual, un retiro a la vida interior, ante las agudas crisis de la época. La figura más importante es la del dominico alemán Juan Eckhart (m. 1327), discípulo de Alberto Magno. Mientras se dedicaba a la enseñanza de la escolástica en París, Estrasburgo y Colonia, Eckhart se entregó de lleno a la mística y compuso sus célebres *Sermones, Tractatus* y *Sententiae*, en las que se acusa un influjo neoplatónico. La cierta confusión que podía desprenderse de sus escritos por lo que se refiere al conocimiento de Dios y sus relaciones con el mundo, hizo que, en 1326, la Inquisición incoara un proceso contra él, acusándole de panteísmo. Eckhart, sin esperar la decisión de los jueces eclesiásticos, hizo una profesión solemne de fe y se manifestó dispuesto a rechazar todos los errores que se encontraran en sus escritos.

Su mística especulativa influyó hondamente en el desarrollo de toda la mística alemana, flamenca y francesa del Cuatrocientos, y, de un modo indirecto, en los grandes místicos españoles del siglo XVI. Entre sus inmediatos seguidores cabe citar a los dominicos Juan Tauler, el *theologus sublimis et illuminatus*, y Enrique de Suso, cuya obra *Horologium aeternae sapientiae*, ha sido recientemente calificada como el mejor libro de la mística alemana. La mística neerlandesa está representada, sobre todo, por el agustino Juan Ruysbroek.

A su lado hay que distinguir el misticismo intelectual y didáctico de Gerson y de Tomás de Kempis, y el misticismo sentimental y apasionado de Santa Brígida de Suecia y de Santa Catalina de Siena.

En conexión con el movimiento místico alemán se desarrolló la asociación de los *Amigos de Dios*, que extendió su esfera de influencia en Renania, Suiza y Baviera. Uno de sus más entusiastas propagadores fue el comerciante de Estrasburgo, Rulman Merswin.

Santa Brígida de Suecia y Santa Catalina de Siena simbolizan el movimiento místico del siglo del "cautiverio de Babilonia" y del gran cisma. "Su fisonomía se opone en todo: una rubia, otra morena; la primera del Norte, la segunda del Sur; una aristócrata y princesa, otra hija de un humilde tintorero. Pero su meditación

es de la misma calidad, sus visiones se corresponden y su devoción se vincula estrechamente; su búsqueda del sufrimiento agudo, como camino hacia la perfección, seduce a una generación para la cual el dolor, a fuerza de ser experimentado por el cuerpo, se convierte en familiar a las almas, hasta el punto de que el arte se imbuye de lo patético y multiplica las interpretaciones del mismo con amor y refinamiento" (Calmette).

La Iglesia reaccionó contra el individualismo místico, y, sobre todo, contra los *fratricelli* o espirituales franciscanos, quienes con abnegación parecida a la de Francisco de Asís, pero sin la sumisión a la autoridad jerárquica de que había dado pruebas éste, predicaban el ideal evangélico de la pobreza. Este movimiento surgió en Inglaterra bajo la dirección de Juan Wyclef y no tardó en extenderse al continente, sobre todo a Bohemia, con Juan Huss.

La decadencia de la escolástica y los comienzos del humanismo. La decadencia de la escolástica se acentúa de modo irremediable. Se mantienen las principales escuelas –tomista, escotista, ockamista– pero su actividad se va convirtiendo en un hueco formalismo. Existe una inclinación muy marcada hacia las cuestiones agudas y las discusiones filosófico-teológicas exacerbadas entre escuelas, como sobre la Inmaculada Concepción. Ello explica que se descuiden los asuntos fundamentales de la Teología y que se abandone la iniciativa a los nominalistas. El mismo lenguaje escolástico se llena de tecnicismos y barbarismos, contra el cual reaccionarían muy pronto los humanistas.

Hay algunos comentaristas importantes, como el de Santo Tomás, Cayetano y los escotistas Pedro Tartareto, famoso por sus comentarios a Aristóteles, y el belga Pedro Crockaert, dominico y tomista posteriormente, que fue maestro de Francisco de Vitoria; el escotismo perduró hasta el siglo XVII, y tiene representantes como Wadding, el célebre editor de Duns Scoto, y Merinero, profesor de Alcalá. Pero el último escolástico importante y cuya labor no fue de simple exégesis o enseñanza, es el ockamista Gabriel Biel, al que ya nos hemos referido. La renovación de la escolástica en España en el siglo XVI tiene un carácter distinto y abiertamente influido por el Renacimiento.

El siglo XV se caracteriza por el despliegue del humanismo, que conduce el pensamiento occidental por nuevos derroteros. La antigüedad clásica irrumpe en grandes oleadas y la filosofía cede el paso a las letras puras y al arte. El pensamiento cristiano abandona los grandes problemas de la filosofía pura y se orienta hacia la moral, la devoción de la *Imitación de Cristo*. Pero el estudio de las manifestaciones del humanismo ya cae fuera de los límites de este libro.

La cultura española en la Baja Edad Media. Con las grandes conquistas cristianas del siglo XIII verificóse en los Estados cristianos de la Península Ibérica, una importante transformación cultural, paralela a la experimentada por el resto del Occidente europeo. El romance castellano destierra al latín en los diplomas y se convierte en idioma oficial y cancilleresco en León y Castilla, mientras la lengua vulgar acapara los relatos científicos, históricos y literarios. La abdicación del latín en beneficio del romance implicó una difusión mucho mayor de la cultura, antes patrimonio de pequeñas minorías en iglesias y monasterios.

Alfonso el Sabio impulsó extraordinariamente las empresas culturales en la Castilla del siglo XIII. La *Escuela de Traductores de Toledo*, de tanta importancia en el "Renacimiento europeo del siglo XII, recibe, ahora, el nombre de *escuela alfonsina*. En ella, el arzobispo Rodrigo Ximénez de Rada escribe sus obras históricas –*De rebus Hispaniae, Historia Gothica, Historia Arabum*–, que representan un avance muy notable sobre los cronicones anteriores. Las versiones toledanas se hacen ya en romance y se traducen obras literarias y científicas –de física, química y alquimia–. Alfonso X crea una Escuela de Filosofía en Murcia y otra de árabe y latín en Sevilla.

La Universidad de Salamanca fue confirmada por cédula de Fernando III en 1244, y la de Valladolid, creada en la época del Rey Sabio, interrumpió sus actividades para reanudarlas a comienzos del siglo XIV. En este ambiente favorable a las empresas culturales surgen el *Septenario*, o tratado de las siete artes liberales (*trivium* y *cuadrivium*), y la *Primera Crónica General.* La labor en el campo jurídico viene definida por la traducción del *Liber Judiciorum* y, sobre todo, por la publicación de *Las Siete Partidas* la *Ley de la Mesta*, el *Ordenamiento de las Tafurerías* y varios fueros municipales. La vena lírica, de inspiración galaico-portuguesa, del Rey Sabio, se refleja en las *Cantigas de Santa María.*

Los sucesores de Alfonso X prosiguieron la labor cultural. Sancho IV funda un Estudio General en Alcalá de Henares, mientras los centros universitarios acogen en sus enseñanzas las del Derecho y la Medicina, y amplían su esfera de acción estableciendo instituciones anexas, como los colegios mayores. A mediados del siglo XIV, un cardenal español, Gil de Albornoz, fundó en la Universidad de Bolonia el famoso "Colegio Mayor de San Clemente de los Españoles". La historiografía de siglo XIV está representada, sobre todo, por el canciller Pedro López de Ayala, cuya obra comprende los reinados de Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III, y por su sobrino Fernán Pérez de Guzmán, autor de *Claros varones de Castilla* y de *Generaciones y semblanzas.* Del siglo XV son dignos de mención los cronistas Diego de Valera, Diego Enríquez del Castillo, Alonso de Palencia y Hernando del Pulgar.

Figura de gran relieve en la literatura castellana es la del arcipreste de Hita, Juan Ruiz (1283-1350), cuyo desenfado y crudo realismo campea en su *Libro del Buen Amor.* El infante Don Juan Manuel, sobrino del Rey Sabio, se muestra prosista consumado en su *Conde Lucanor.*

Las primeras auras renacentistas se manifiestan, en Castilla, en el ambiente cortesano que rodea a Juan II. Se abandona el lenguaje castizo de Juan Ruiz y del infante Juan Manuel por otro más aristocrático, de sintaxis latinizante. Acusan la influencia italiana los principales poetas, Santillana, Juan de Mena, Gómez Manrique y el sobrino de este último, Jorge, autor de las excelentes *Coplas* a la muerte de su padre.

En estrecho contacto con las inquietudes ultrapirenaicas y mediterráneas, la Corona de Aragón experimentó, también, profundas transformaciones culturales en los siglos XIII-XV.

Jaime II y Pedro IV el Ceremonioso se preocupan mucho por las empresas de carácter espiritual. El segundo fue un apasionado bibliófilo y legó su biblioteca al monasterio de Poblet. Conquistado por el Renacimiento italiano, el humanismo

levantino cuenta con figuras de gran relieve, como la del cardenal Margarit. Alfonso V el Magnánimo subvenciona la traducción de obras clásicas, colecciona códices y obras de arte, y se convierte en mecenas de humanistas famosos, como Eneas Silvio, Lorenzo Valla, Jorge de Trebisonda y Francisco Filelfo.

En 1300, Jaime II fundó la Universidad de Lérida, tomando como modelo la de Bolonia, que pronto alcanzó relieve por sus estudios jurídicos. Las de Perpiñán y Huesca fueron fundadas por Pedro el Ceremonioso, en 1350 y 1354, respectivamente. En 1400, Martín I el Humano creó en Barcelona una Escuela de Medicina, y Alfonso el Magnánimo dictó, en 1450, unas ordenanzas para crear una Universidad en la capital del principado, que no se estableció definitivamente hasta el reinado de Carlos V. En Valencia funcionaron, desde su conquista por Jaime I, un Estudio General de Gramática y una Escuela de Artes, que al fundirse constituyeron la base de la futura Universidad.

La producción historiográfica es importante. Destaquemos la Crónica de Jaime I, atribuida al propio monarca; la de Pedro III, de Bernat Desclot; la de Muntaner, sobre las gestas de los catalanes en Oriente; y la de Pedro IV, debida a Bernat Dezcoll. En el reino de Aragón cabe mencionar la Crónica de San Juan de la Peña.

Cataluña y Mallorca cultivaron intensamente las ciencias aplicadas a la navegación: la cartografía y la náutica. Destacan los nombres de Angel Dulcert, el judío Cresques —que al convertirse al cristianismo tomó el nombre de Jaime de Mallorca—, Jaime Ferrer y Gabriel de Vallseca. La enseñanza de la Medicina fue fomentada por Jaime I, protector de los Estudios de Montpellier, Valencia y Mallorca. En el campo de las ciencias filosóficas y teológicas, ademas del mallorquín Ramón Llull, ya estudiado, cabe citar el nombre de Arnau de Vilanova, personalidad notable de la época de Jaime II, que cultivó, también, la medicina.

La época de Pedro IV el Ceremonioso, que llena la mayor parte del siglo XIV, se caracterizó por su fecundidad cultural. Al lado del monarca, apasionado bibliófilo y erudito, descollaron su tío, el infante Pedro, conde de Ribagorza, el cardenal Nicolás Rossell y el franciscano Bernat Armengol. A fines de la centuria cabe destacar el impulso dado a la Teología por los franciscanos Bernardo Oliver y Francisco Eiximenis.

Entre los géneros literarios predomina la poesía lírica, influida por la escuela provenzal y después, por los modelos italianos. Cerverí de Gerona es el trovador más caracterizado del siglo XIII. Juan I fundó, a fines de la centuria siguiente, una fiesta poética en Barcelona, a imitación de los Juegos Florales de Tolosa, en la que descollaron Jaime March y Luis de Averó; y protegió a los literatos —Bernat Metge, por ejemplo.

En la época de Martín el Humano, el italianismo se acusa con Jordi de San Jordi. La figura más importante del siglo XV es la del valenciano Ausias March, que cultivó preferentemente los temas amorosos. El género dramático comienza con los cantos y danzas populares —entremeses—, que ceden el paso a las pantomimas de carácter profano y a los dramas de significación religiosa —misterios—, como el sacro-musical de Elche. La novela de caballerías produce una obra maestra: *Tirant lo Blanch*, de Joanot Martorell.

El pensamiento político en la Baja Edad Media. En líneas generales, el pensamiento político medieval es el resultado de la convergencia de tres factores: el cristiano, el clásico o grecorromano y el germánico, con predominio del primero. A su vez, los escritores medievales suelen aparecer confundidos ante la diversidad de las tres fuentes importantes de donde se derivan sus ideas: la Biblia, sobre la realidad de la teocracia hebrea; el derecho romano, como expresión de la autocracia imperial, y la *Política* de Atistóteles, basada en las democracias y oligarquías de las ciudades helénicas. En cuanto a las formas políticas, observa Beneyto que la caracterización de la cultura medieval arranca de la renovación del Imperio por Carlomagno y los Otones, para tipificarse, luego, por la presencia de los principados autónomos y de las *civitates sine superiore*, tributarios de la estructura imperial por cuanto surgen desgajándose y personificándose.

"El Imperio y del lado confesional la Iglesia, se refieren a una unidad popular común: la *communitas, respublica* y *populus* cristianos, que constituyen un solo *corpus.*" En la realidad sin embargo, el contraste era evidente entre los ideales del Sacro Imperio y el complejo mundo feudal.

Al establecerse el Sacro Imperio pudo pensarse que papas y emperadores gobernarían conjuntamente y de una manera armónica la grandiosa concepción plasmada en la Iglesia: Estado universal. Que ello no fue así lo demuestra la casi inmediata querella de las Investiduras a cuyo término el Imperio se desmoronó, convirtiéndose en ciudades libres y Estados feudales. Las luchas entre el Pontificado y el Imperio explican que el punto cardinal del pensamiento político en la Edad Media esté determinado por la relación entre la potestad eclesiástica y la secular.

En el período transcurrido entre los siglos IX y XIV, los principales defensores de la doctrina de la supremacía eclesiástica fueron el obispo de Lyon, Agobardo; el arzobispo de Reims, Hincmaro; los papas Nicolás I y Gregorio VII, San Bernardo de Claraval, Juan de Salisbury, Santo Tomás de Aquino y el papa Inocencio III. Los gobernantes seculares se opusieron a los defensores de la supremacía eclesiástica, basándose, principalmente, en que si bien la sociedad política es divina por su origen, los monarcas, como agentes de la voluntad suprema, sólo eran responsables ante Dios. A pesar de los conceptos expuestos por San Agustín en *De civitate Dei*, la mayor parte de los tratadistas medievales, eclesiásticos o laicos, sostenían que el fin fundamental del Estado era ético, es decir, el sostenimiento de la justicia y del Derecho. Para reprimir la inclinación del hombre hacia el pecado era necesaria una organización y en este sentido la autoridad de los gobernantes era considerada como sagrada.

Desde las postrimerías del siglo XI, en conexión con el florecimiento de las ciudades italianas, comenzó a gozar de actualidad la obra jurídica de Justiniano. De la Universidad de Bolonia partió el estudio del Derecho romano —Arcusio, Bartolo, Baldo—, que pronto se difundió en los demás países de Occidente. Bartolo de Sassoferrato, el "príncipe de los juristas, sostuvo que el emperador era *Deus in terris*, que su soberanía era inalienable y que cualquier atentado a su potestad constituía un sacrilegio. Su distinción entre los Estados que reconocen a un superior y los que no lo tienen, representa el fundamento de una sociedad o familia de naciones independientes, así como del Derecho internacional.

Basándose en el Derecho romano, los legistas del siglo XII, con la protección de Federico Barbarroja, sostienen que el poder de los emperadores es una continuación de la autoridad, nunca interrumpida, de los césares romanos. Entonces renace el *quod placuit principi habet legis vigorem.* Con el ocaso del Imperio, a partir de Federico II, la autoridad política se refuerza en manos de los reyes de las distintas monarquías.

De un lado, el resultadó inmediato del renacimiento del Derecho romano consistió en fortificar la autoridad de los gobernantes y contribuir al establecimiento de las monarquías autoritarias o preeminenciales; y de otro, preparó el desarrollo de las ideas democráticas del otoño de la Edad Media, ya que muchos juristas sostenían que el pueblo podía recuperar en cualquier momento la potestad otorgada al emperador o al monarca, y que las funciones legislativas tenían que ejercerse con el consejo de una Asamblea o de un Senado.

A comienzos del siglo XIV, las controversias entre la Iglesia y el Estado, se concentran alrededor del forcejeo que sostienen el pontífice Bonifacio VIII y el rey de Francia, Felipe IV el Hermoso, que luego se traslada a la secular pugna entre el Pontificado y el Imperio en tiempos de Enrique VII y de Luis de Baviera. Definen la posición eclesiástica la bula *Unam Sanctam*, de Bonifacio VIII; el teólogo francés Egidio Romano; el fraile Augustinus Triumphus, en su *Summa de potestate ecclesiastica*: y el pontífice Juan XXII. En favor de los poderes seculares se pronuncian Juan de París *–De potestate regia et papali–*, Pierre Dubois *–Quaestio de potestate papae–*, Dante, Marsilio de Padua y Guillermo de Ockam Estos últimos requieren un breve comentario.

En su *Monarchia*, el florentino Dante Alighieri expone tres tesis fundamentales: la necesidad del Imperio, el derecho de los romanos al mismo y la dependencia directa de Dios del emperador, para ofrecer, en conjunto, la teoría más sistemática de la época sobre la necesidad del *Imperio universal.* "Las ciudades, las naciones y los reinos –dice– deben regirse por un poder común a todos ellos para el sostenimiento de la paz." Su gibelinismo queda perfectamente reflejado al afirmar que si bien el Papa y el Emperador reciben su autoridad de Dios, el poder de este último es soberano en todas las cosas que pertenecen al gobierno del mundo.

Rector de la Sorbona a comienzos del siglo XIV, Marsilio de Padua (1270-1340) ofrece en su *Defensor pacis,* la "novedad política". "Para Marsilio –concluye Beneyto– el organismo político civil dispone de autonomía doctrinal. La moral no puede servir de pretexto para resistir a la ley. La Iglesia no tiene competencia para valorar los actos de la *civitas.* La vida social es una, y acoge todos los poderes; el *regnum* actúa en esferas de universalidad y reúne a cuantos viven en su territorio. A Marsilio de Padua se debe, por tanto, la primera concepción de un Estado completo, que incluye lo moral, hace autónomo lo jurídico y mantiene la unidad de sus miembros. Es, así, antecedente de Hobbes y de la línea totalitaria. En su época representó la más vigorosa reacción frente al curialismo y la respuesta civil a la postura eclesiástica del *De potestate,* de Egidio Romano."

Ya hemos aludido a la influencia de Ockam en los derroteros de la cultura bajomedieval. El franciscano inglés brinda la mejor síntesis de sus ideas políticas en el *Breviloquium.* Se muestra partidario del Imperio, siguiendo la línea de

Dante, y, si bien ataca la *plenitudo potestatis* del Papa, se liga a una posición media frente al teocratismo y reacciona contra los excesos de Marsilio de Padua.

Las ideas de Marsilio de Padua y de Guillermo de Ockam ejercieron profunda influencia en los teólogos Juan Wyclef y Juan Huss, cuya actitud claramente nacionalista ya conocemos. La cuestión más importante que atrae la atención de los pensadores en las postrimerías de la Edad Media es el movimiento conciliar. Nada hemos de añadir aquí a lo que ya se dijo al estudiar detenidamente la crisis de la Iglesia.

Del gótico flamígero al Renacimiento. En consonancia con la crisis del mundo occidental desde mediados del siglo XIV, la serenidad del primer gótico cedió paso a los juegos complicados de curvas y contracurvas, a la profusión decorativista, y al abarrocado dramatismo del gótico flamígero. Se trata de un fenómeno parecido al que se registra en los siglos XVI y XVII-XVIII, con el tránsito de la serenidad renacentista a la floración barroca. El paralelismo podría fundarse, incluso, en motivaciones de amplia perspectiva, comparando, de un lado, los siglos XIII y XVI, y, de otro, el XIV-XV con el XVII.

Siguiendo la terminología de Rickman, que dio los nombres de "primitivo", "decorado" y "perpendicular" a los períodos sucesivos del gótico británico, se ha dicho que el flamígero constituye, en parte, una derivación del "decorado" inglés, al que pertenecen el crucero de la catedral de Wells y las ondulantes nerviaciones del claustro de Gloucester. De fines del siglo XIV y principios del XV es, también, la famosa catedral de Milán, en cuya construcción colaboraron muchos artistas europeos.

Del mismo modo que el gótico propiamente dicho se simboliza en los templos catedralicios, el flamígero constituye el exponente de la arquitectura civil, que alcanza su mayor esplendor en Flandes y en el Norte de Francia. Citemos, entre los edificios mejor logrados, el Palacio de Justicia de Rouen, el mercado de Brujas con su típico *beffroi* y los Ayuntamientos de Bruselas, Lovaina y Arras.

El otoño del Medioevo en los Países Bajos fue la cuna de las formas nerviosas, el dramatismo abarrocado y el modelado cóncavo de la escultura flamígera. Los artífices Jean de Marville y Claus de Werwe, autores de la tumba del duque Felipe el Atrevido de Borgoña, y Claus Sluter, autor de *El Pozo de Moisés*, dieron a sus obras un acentuado patetismo, en el que la muerte acompaña siempre a la vida. La misma tendencia sigue Moiturier, en la tumba del mariscal Felipe Pot, de fines del siglo XV. "En la serenidad mística, el triunfo de los elegidos inspira a los van Eyck la *Apoteosis del Cordero*, y el Apocalipsis, hasta Durero, preocupa a los grabadores, miniaturistas y artesanos."

Pero el patetismo no agota el realismo del siglo XV. Así, en Alemania, Conrad Witz y la escuela de tallistas de madera que entonces se constituye continúan por el mismo camino, aunque pronto la influencia italiana lo dulcifica. En plena expansión de las formas clásicas desde Italia, Tilman Riemenschneider representa una reminiscencia del goticismo sereno.

En la pintura, la orfebrería, la tapicería —Arras, Tournai, Bruselas— el realismo de la observación y la perfección técnicas se alían con la sensibilidad de

la época. André Beauneveu, ilustrador del "Salterio del duque de Berry", avanza hacia el realismo por la corporeidad y la caracterización personal de los personajes. Pol de Limburg, en las "Muy Ricas Horas del Duque de Berry", da entrada a las escenas campestres y los castillos reales, en un ambiente de límpida pureza. "Una novedad en el arte ilustrativo, que aparece en el tránsito de los siglos XIV-XV, es la xilografía, cuyo país de elección es Alemania. Empleada en un principio para los naipes, lo fue después para estampas de devoción, entre las cuales se produjeron, al mediar el siglo XV, obras de infinita delicadeza, como *La Virgen y el Niño*, de Wolfenbüttel. En la pintura vidriera se introduce el patetismo de las crucifixiones, como la que preside el ábside de la catedral de Viena (hacia 1340) aunque no decae la gracia quebradiza y sonriente de la Virgen natural, que aparece en las vidrieras de Eaton Bishop, de comienzos del siglo XIV" (Cirici)

Las obras maestras de la tapicería gótica están constituidas por la gran serie de Nicolás Bataille para el duque de Anjou y, sobre todo, por las obras procedentes de los talleres de Arras, fundados por los duques de Borgoña. "Las series francesas de la región de Tours, como la *Dama del Unicornio*, a la cual pertenecen alegorías de los cinco sentidos, cuentan entre lo más perfecto de la última tapicería gótica, arte profano por excelencia, si bien coetáneamente aparecen vestigios de la tapicería monástica, tan floreciente en época románica, en el tapiz de *Pascua*, de Lüne." La orfebrería cuenta con obras maestras, como el aguamanil de Goslar, y descubre el esmalte en *champlevé* sobre fondo trabajado, que da una pieza perfecta en la copa de los reyes de Francia e Inglaterra, de fines del siglo XIV.

Párrafo aparte merece la escuela pictórica flamenca, sobre tabla, del siglo XV. Ya hemos aludido al famoso *Cordero místico* de Hubert van Eyck. El realismo se manifiesta en los bien logrados retratos de Juan van Eyck, hermano del anterior –*El hombre del clavel*– y de Roberto Campin –*El hombre del turbante rojo*–. Con el *Descendimiento* de Van der Weyden aparece el sentimiento en la pintura flamenca. El paisajismo se muestra en el holandés Van der Goes; la belleza señorial, en Hans Memling; y el gusto dramático, con Juan Mostaert –*Ecce Homo*–. La pintura flamenca tuvo un área de difusión muy considerable.

El gótico nunca logró aclimatarse totalmente en Italia. En pleno siglo XIII, Arnolfo di Cambio, en la Señoría de Florencia, crea el tipo de palacio que predominará con el Renacimiento y marca su fidelidad al arco romano de medio punto frente al apuntado del gótico; mientras Cimabue, en la pintura, se desprende de la sujeción a las normas bizantinas, atraído por el naturalismo franciscano. En el XIV, Duccio, en Siena y Giotto, en Florencia, representan, respectivamente, el espiritualismo delicado y el sentido del relieve por las combinaciones elementales de masas, presidido por el acercamiento a lo humano sin olvidar las preocupaciones religiosas, plasmadas en dramática tensión –*El beso de Judas*.

En España, el siglo XIV es, sobre todo, el siglo catalán, cuyas características definen la catedral de Barcelona, iniciada la centuria anterior, y una serie de edificios civiles, como el palacio real de Poblet. El gótico catalán está relacionado con el provenzal, mientras el castellano acusa la influencia del Norte de Francia.

En la pintura brillan los hermanos Serra, Jaime y Pedro, mientras en Castilla el florentino Starnina forma escuela en la catedral de Toledo.

Un fenómeno artístico peculiar es el arte mudéjar. "En Castilla la Vieja y León, en torno de los núcleos de Sahagún y Alba de Tormes, con Avila y Segovia, se desarrolla una importante arquitectura mudéjar, toda de ladrillo, con sistema típico de contrarrestos y bóvedas, aunque sin ostentación de arabismo. En cambio, Castilla la Nueva, desde la Toledo musulmana, impone otra dirección, que arranca del Cristo de la Luz –mezquita de Bib-al-Mardom– con su combinación de ladrillo y mampostería, arcos de herradura, decoración de arquillos enlazados y empleo de yeserías para ornamento de los interiores." También es importante el mudejarismo en Aragón, donde dejó obras maestras, como las torres de Teruel y la fachada de la parroquieta de la Seo de Zaragoza.

Reducidos los musulmanes españoles, a partir de las conquistas de San Fernando, al reino nazarí de Granada, aportan el último destello estético del Oriente en la Península. Destaca la Alhambra de Granada, en la que triunfan la geometría, las yeserías, los maderajes suntuosos, el alicatado y, con ellos, el "lazo" como tema ornamental. El influjo del arte granadino se refleja en el Alcázar que Pedro el Cruel construyó en Sevilla y en numerosos edificios toledanos, entre ellos la sinagoga de Samuel Levi (El Tránsito).

En los dominios del arte, el siglo XV es de Castilla, del mismo modo que el XIV había sido de Cataluña. La vitalidad realista y el decorativismo irradiados por los artistas borgoñones –renacimiento nórdico– despertaron en el arte castellano energías que parecían dormidas, y sus artífices convirtieron lo aprendido en sustancia propia. Ademas del influjo norteño, contribuye a dar vida al nuevo estilo lo mudéjar, que se une a los elementos del gótico florido para crear nuevos modos de decoración arquitectónica. Cataluña se mantiene fiel al estilo gótico, como Aragón y Valencia, aunque estos dos últimos logran reaccionar cuando, poco después, degenera y muere el arte del Principado. Entre las obras arquitectónicas del siglo XV en Castilla, que culminarán en el gótico isabelino, destacan San Juan de los Reyes, en Toledo, obra de Juan Guas y Enrique de Egas; la Capilla del Condestable, en la catedral de Burgos, de Simón de Colonia; y el palacio de los duques del Infantado, en Guadalajara, obra de Lorenzo Vázquez. El italianismo triunfa a comienzos del siglo XVI. En la Corona de Aragón destaca el arquitecto Guillem Sagrerà, autor de la Lonja de Palma de Mallorca. En cuanto a la pintura cabe citar a los catalanes Dalmau y Huguet, al valenciano Rodrigo de Osona el Viejo, al aragonés Hernando del Rincón, al castellano Pedro Berruguete y al andaluz Bartolomé Bermejo. Una consideración final. El naturalismo franciscano, que en Francia originó el gótico, contribuirá a producir en Italia el Renacimiento, vinculado al humanismo y a la mentalidad del hombre "moderno". Con la difusión del clasicismo renacentista por el Occidente europeo, las inquietudes culturales de la Baja Edad Media se encauzan por derroteros que ya escapan a nuestra consideración en estas páginas.

BIBLIOGRAFIA

Para la **sociedad, economía e instituciones:** POSTAN, *Some economic evidence of declining population in the late Middle Ages*, "Economic Historical Review", 1950; Y. RENOUARD, *Conséquences et interêt démographique de la Peste Noire de 1348*, "Population", 1948; H. VAN WERVEKE, *De Zwarte Dood in de zuidelijke Nederlanden*, Bruselas, 1950; E. PERROY, *Les crises du XIV siècle*, "Annales", 1949; R. H. HILTON, *Y eut-il une crise générale de la féodalité?*, "Annales", 1951; F. LUTGE, *Das XIV-XV Jahrhundert im der Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, "Jahrbuch für Nationaloekonomie", 162 (1950); MOLLAT, POSTAN, JOHANSEN, SAPORI, VERLINDEN, *L'economie européenne aux deux derniers siècles du Moyen Age*. "X Congreso Internacional de Ciencias Históricas", vol. VI, (Relazioni), Florencia, 1955 (Fundamental); SWEEZY-DOBB-TAKAHASHI-MILTON-HILL-LEFEBVRE: *La transición del feudalismo al capitalismo*, Madrid, 1967, (desde puntos de vista marxistas); M. HEIMPEL, *Das Wesen des deutschen Spätmittelalters*, "Archiv fur Kulturgeschichte", 35 (1953), plantea el tránsito del siglo XIII al XIV; Y. RENOUARD, *Le grand commerce du vin au Moyen Age*, "Revue Historique de Bordeaux", 1952; AMMANN, *Mittelalterliche Wirtschaft im Alltag. Quellen zur Geschichte von Gewerbe, Industrie und Handel des XIV und XV Jahrhunderts aus den Notariatsregistern von Freiburg im Uchtland*, Aarau, 1950; Y. RENOUARD, *Les hommes d'affaires italiens du Moyen Age*, París, 1949; R. S. LOPEZ, *Economie et architecture médiévales*, "Annales", 1952: la construcción de catedrales sería una de las causas de la depresión económica a partir de mediados del XIV; R. DOEHAERD-C. KERREMANS, *Les relations commerciales entre Gênes, la Belgique et l'Outremont, 1400-1440*, Bruselas, 1952; C. MARINESCO, *L'Ile de Rhodes au XV siècle*, "Miscellanea Giovanni Mercati", V, Ciudad del Vaticano, 1946; G. DUPONT-FERRIER, *Du Moyen Age aux temps modernes, 1328-1610*, París, 1933; M. MOLLAT, *Le commerce maritime normand à la fin du Moyen Age*, París, 1952; PH. WOLFF, *Commerces et marchands de Toulouse*, Toulouse, 1954; H. LAURENT, *Un grand commerce d'exportation au Moyen Age. La draperie des Pays-Bas en France et dans les pays mediterranéens*, París, 1935; R. DE ROOVER, *L'evolution de la lettre de change du XIV au XVII siècle*, París, 1953; A. BOSSUAT, *Les emprunts royaux au debut du XV siècle*, "Revue historique de Droit fraçais et étranger", 1950; PH. DOLLINGER, *Patriciat noble et patriciat bourgeois à Strasbourg au XIV siècle*, "Revue d'Alsace", 99 (1950-1951); del mismo, *Le patriciat des villes du Rhin supérieur et ses dissensions internes dans la première moitié du XIV siècle*, "Schweizerische Zeitschrift für Geschichte", III (1953); HUGENHOLTZ, *Drie boerenopstanden uit de XIV eeuw. Onderzoek naar het opstanding bewustzijn*, Haarlem, 1949, estudia la tendencia revolucionaria del campesinado en el siglo XIV; S. PASCU, *Rascoale taranesti in Transilvania. Epoca Voevodatului*, Cluj. 1947, trata de las revueltas del campesinado en Transilvania; J. BOUTRUCHE, *La crise d'une societé. Seigneurs et paysans du Bordelais pendant la Guerre de Cent Ans*, París, 1947; CRAEYBEKX, J.: *Un gran commerce d'importation: le vin de France aux anciens Pays-Bas (XIII-XVI siècles)*, París, 1958; M. LOMBARD, *Caffa et la fin de la route mongole*, "Annales", 1950; J. A. VAN HOUTTE, *Bruges et Anvers, marchés nationaux ou internationaux du XIV siècle au XVI siècle*, "Revue du Nord", XXXIV (1952); J. A. GADE, *The Hanseatic Control of Norwegian Commerce during the late Middle Ages*, Leyden, 1951; M. MOLLAT, *Les affaires de Jacques Coeur. Journal du procureur Dauvet*, París, 1952-1953; C. MARINESCU, *Jacques Coeur et ses affaires aragonaises, catalanes et napolitaines*, "Revue Historique", 205 (1951); H. MITTEIS, *Die Krise des deutschen Königswahlrechts*, 1950; A. H. BENNA, *Der Kaiser und der König von Frankreich im Recht des spaten Mittelalters*, "Zeitschrift der Savigny Stiffung für Rechtgeschichte", 68 (1951); S. MOCHI ONORIJ, *Fonti canonistiche dell'idea moderna dello Stato*, Milán, 1951; P. VINOGRADOFF, *Roman Law in Medieval Europe*, Oxford, 1929; E. COORNAERT, *L'Etat et les villes à la fin du Moyen Age. La politique d'Anvers*, "Revue Historique", 207 (1952); HEERS, J. *Occidente en los siglos XIV y XV. Aspectos económicos y sociales*, Barcelona, 1973.

Sobre la *crisis de la Iglesia:* ED. PERROY, *L'Anglaterre et le grand schisme d'Occident*, París, 1933; N. VALOIS, *La France et le grand schisme d'Occident*, París, 1896-1902; del mismo, *La crise religieuse du XV siècle. Le Pape et le Concile, 1418-1450*, París, 1909; V. MARTIN, *Les origines du galicanisme*, París, 1939; Y. RENOUARD, *La papaute d'Avignon*, París, 1959, una síntesis excelente; del mismo, *Les relations des papes d'Avignon et les compagnies commerciales et bancaires de 1316 à 1378*, París, 1941; G. MOLLAT, *Les papes d'Avignon*, París, 1950 (9.ª edición); M. FERGUSON, *The Chirch in a changing World*, "American historical Review", 59 (1953), donde sostiene que la crisis que sufre la Iglesia en la Baja Edad Media va desde Bonifacio VIII al concilio de Trento; G. C. COULTON, *Five centuries of Religion. IV. The last days of medieval monachism*, Cambridge, 1951; HUGHES, *History of the Church. III. The Revolt against the Church. Aquinas to Luther*. Londres, 1947; F. RAPP, *La Iglesia y la vida religiosa en Occidente a fines de la Edad Media*. Barcelona, 1973.

Sobre la Guerra de los Cien Años y las *crisis inglesa y francesa:* ED. PERROY, *La guerre de Cent Ans*,

París, 1945; E. DEPREZ, *Les préliminaires de la Guerre de Cent Ans*, París, 1902; M. S. CORYN, *Bertrand du Guesclin, 1320-1380*, París, 1934; AUG. BAILLY, *La Guerre de Cent Ans*, París, 1943; PH. CONTAMINE, *La guerre de Cent Ans*, París, 1968; G. PEYRONNET, *Les relations politiques entre la France et l'Italie principalement au XIV siècle et dans la première moitié du XV*. "Le Moyen Age", LV-LVI (1949-1950); H. S. LUCAS, *The Low Countries and the Hundred Years' War*, "Ann. Arbor", 1929; R. BOUTRUCHE, *La crise d'une société. Seigneurs et paysans du Bordelais pendant la guerre de Cent Ans*, París, 1947; E. PERROY, *Feudalism or Principalities in fifteenth century France*, "Bulletin of the Institute of Historical Research", XX (1945); G. DODU, *Les Valois. Histoire d'une maison royale (1328-1589)*, París, 1934; H. PIRENNE, *Un grand commerce d'exportation au Moyen Age: les vins de France*, "Annales", V (1933); J. CALMETTE, *Le grand regne de Louis XI*, París, 1938; A. R. MYERS, *England in the late Middle Ages*, Londres, 1952; K. B. MC. FARLANE, *John Wycliffe and the beginnings of English Nonconformity*, Londres, 1952.

Para los **intentos borgoñón y pirenaico**: J. CALMETTE, *Les grands ducs de Bourgogne*, París, 1949; A. KLEINCLAUSZ, *Histoire de Bourgogne*, París, 1924; J. BARTIER, *Charles le Téméraire*, Bruselas, 1946; F. QUICKE, *Les Pays-Bas à la veille de l'unification bourguignonne (1356-1384)*, Bruselas, 1947; P. BONNENFANT, *Philippe le Bon*, Bruselas, 1943; H. LAURENT-F. QUICKE, *Les origines de l'Etat bourguignon. L'accession de la maison de Bourgogne aux duchés de Brabant et de Limbourg*, Bruselas, 1939; M.-R. THIELEMANS, *Bourgogne et Anglaterre*, Bruselas, 1966; J. REGLA, *La cuestión de los Pirineos a comienzos de la Edad Moderna. El intento imperialista de Gaston de Foix*, "Estudios de Historia Moderna" (Barcelona), I, 1951.

Por lo que se refiere al **equilibrio peninsular** y a las **crisis hispánicas**, nos remitimos a las obras y bibliografía ya citadas. Véanse, de todos modos, para este último período de la Edad Media: J. GONZALES, *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, Madrid, 1950, 3 vols.; L. SUAREZ FERNANDEZ, *Juan I, rey de Castilla (1379-1390)*, Madrid, 1955; del mismo, *Navegación y comercio en el golfo de Vizcaya. Un estudio sobre la política marinera de la Casa de Trastamara*, Madrid, 1959; y también, *Política internacional de Enrique II*, en "Hispania" (Madrid), XVI, 62 (1956); C. VIÑAS, *De la Edad Media a la Moderna. El Cantábrico y el Estrecho de Gibraltar en la Historia política de España*, "Hispania", I-IV (1940-1941); P. E. RUSSELL, *The English Intervention in Spain and Portugal in the time of Edward III and Richard II*, Oxford, 1955; V. SALAVERT Y ROCA, *Cerdeña y la expansión mediterránea de la Corona de Aragón, 1297-1314*, Madrid, 1956; J. REGLA CAMPISTOL, *Francia, la Corona de Aragón y la frontera pirenaica. La lucha por el Valle de Arán (siglos XIII-XIV)*, Madrid, 1951; F. GIUNTA, *Aragonesi e Catalani nel Mediterraneo*, Palermo, 1953-1959, 2 vols.; M. DUALDE SERRANO, *El Compromiso de Caspe*, en "Arbor" (Madrid), 1948, núms. 30 a 32; del mismo, *La elección de los Compromisarios de Caspe*, en "Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón" (Zaragoza), III, 1949, págs. 355-395; J. VICENS VIVES, *Fernando el Católico de Aragón, Rey de Sicilia, 1458-1478*, Madrid, 1952; del mismo, *Juan II de Aragón, 1398-1479. Monarquía y revolución en la España del siglo XV*, Barcelona, 1953; E. DUPRE-THESEIDER, *La politica italiana di Alfonso d'Aragona*, Bolonia, 1956. Finalmente, CH. VERLINDEN, *L'esclavage dans l'Europe Médievale. I. Peninsule Iberique-France*, Brujas, 1955; AMEAL, J., *Historia de Portugal des origins ate 1940*. Porto, 1958; F. SOLDEVILA, *El Compromiso de Caspe*, Barcelona, 1965; P. VILAR, *La Catalone dans l'Espagne Moderne*, París, 1962.

Para **Italia** en la Baja Edad Media: G. TREASE, *Los condotieros, soldados de fortuna*, Barcelona, 1977; C. M. CIPOLLA. *Studi di Storia della moneta. I movimenti dei cambi in Italia dal secolo XIII al XV*, Pavía, 1948; del mismo. *Une crise ignorée. Comment s'est perdue la propriété ecclésiastique dans l'Italie du Nord entre le XI et le XVI siècle*, "Annales", 1947; R. DE ROOVER, *The Medici Bank*, Nueva York, 1948; N. RODOLICO, *I Ciompi. Una pagina di storia del proletariato operaio*, Florencia, 1945, para la historia económica y social de Florencia; P. PIERI, *Il Rinascimento e la crisi militare italiana*, Turín, 1952; SANTORO, *Gli Uffici del dominio Sforzesco: 1450-1500*, Milán, 1948; G. LUZZATO, *Storia economica d'Italia. I. Antichità e il Medio Evo*, Roma, 1949; R. S. LOPEZ, *Studi sull'economia genovese nel Medioevo*, Turín, 1936; R. CESSI, *Storia della repubblica di Venezia*, 2 vols., Venecia, 1944-1946; CH. DIEHL, *Une république patricienne. Venise*, París, 1938 (4.ª edición); E. DUPRETHESEIDER, *Roma dal Comune di popolo alla Signoria pontificia, 1252-1377* ("Storia di Roma", X), Bolonia, 1952; C. DUMONTEL, *L'impresa italiana di Giovanni di Lussemburgo, re di Boemia*, 1952; N. VALERI, *L'Italia nell'età dei principati dal 1343 al 1515*, Milán, 1949; L. SIMEONI, *Le Signorie (1313-1559)*, Milán, 1950, 2 vols.; E. PONTIERI, *Per la storia del regno di Ferrante I d'Aragona, re di Napoli*, Nápoles, 1947; A. TENENTI, *Florencia en la época de los Médicis*, Barcelona, 1974; E. PONTIERI, *Alfonso il Magnánimo re di Nàpoli*, Nápoles, 1975.

Para **Alemania** y la **Europa Central**: K. PAGEL, *Die Hanse*, Berlín, 1942; F. DVORNIK, *The making of Central and Eastern Europe*, 1949; L. K. GOETZ, *Deutsch-Russische Handelsverträge des mittelalters*, Hamburgo, 1916; G. GUGGENBÜHL, *Geschichte der Schweizerischen Eidgenossenschaft*, Zurich, 1947-1948, 2 vols.; BR. MEYER, *Die Entstehung der Eidgenossenschaft*, "Schweizer Zeitschrift für Geschichte", II (1952); H. STEINACKER, *Die Habsburger und der Ursprung der Eidgenossenschaft*, "Mitteilungen des Instituts für Oesterreich-

ischen Geschichtsforschung", 61 (1953); DURRENMATT, P., *Histoire Illustrée de la Suisse*, Lausana, 1964; G. STADTMÜLLER, *Die Ungarische Grossmacht des Mittelalters*, "Historisches Jahrbuch", 70 (1951); O. HALECKI, *Borderlands of western civilisation. A history of East Central Europe*, Nueva York, 1952; REDDAWAY, PENSON, HALECKI y DYBOSKI, *Cambridge history of Poland*, 1950; WOJCIECHOWSKI, *Poland's Place in Europe*, Poznan, 1947; del mismo, *Polska, Piastow, Polska Jagiellonow* (Polonia, los Piast y los Jagellones), Poznan, 1946; G. STADTMÜLLER, *Geschichte südosteuropas*, Munich, 1950, interesante exposición de conjunto sobre la trayectoria histórica de la Europa balcánico-danubiana, desde la conquista romana a la primera Guerra Mundial; J. LOSERTH, *Hus und Wyclif*, Munich, 1925; CH. E. PERRIN, *Le servage en France et en Allemagne*, "X Congreso Internacional de Ciencias Históricas", vol. III (Relazioni), Florencia, 1955.

Para el **Imperio bizantino**, nos remitimos a la bibliografía ya citada en la Introducción y en las dos primeras partes de esta obra. Cabe añadir, no obstante, J. L. SCHNEIDMAN, *L'imperi catalano-aragonés (1200-1350)*, Barcelona, 1975, y S. RUNCIMAN, *La caída de Constantinopla*, Madrid, 1973.

Sobre las **Uniones escandinavas** y el **principado moscovita**: L. MUSSET, *Les peuples escandinaves au Moyen Age*, París, 1951; J. ANDERSSON, *Schwedische Geschichte*, 1950; J. JAAKKOLA, *Suomen Historia (Histoire de la Finlande). V. La fin du Moyen Age: la première phase de l'Union (1400-1441)*, 1950; V. V. MAVRODIN, *La formation de l'Etat russe unitaire*. 1951; P. PASCAL, *Histoire de la Russie. Des origines à 1917*, París, 1946; A. M. AMMANN, *Abriss der Ostslavische Kirchengeschichte*, Viena, 1950; H. GOMEZ, *La Iglesia rusa, su historia y su dogmática*, Madrid, 1948; MEDLIN, *Moscow and East Rom. A political study of the relations of Church and State in moscovite Russia*, Ginebra, 1952; B. GILLE, *Histoire économique et sociale de la Russie du Moyen Age au XX siècle* París, 1949; P. I. LJASCENKO, *Istorija narodnogo chozjajstva* (Historia económica de la URSS), Moscú, 1947; GREKOV, CEREPNIN, PASUTO, *L'histoire de l'URSS. Période de la féodalité, IX-XV siècles*, Moscú, 1953, 2 volúmenes; G. VERNADSKY, *Serfdom in Russia*, "X Congreso Internacional de Ciencias Históricas", vol. III (Relazioni), Florencia, 1955; VERNADSKY, G. *Historia de Rusia*, Buenos Aires, 1947.

Para la **decadencia de Asia**, véase la bibliografía general y la reseñada para el Imperio mongol.

Sobre las **nuevas inquietudes culturales**, además de la bibliografía citada, véase: G. DE LAGARDE, *La naissance de l'esprit laïque au declin du Moyen Age*, París, 1948, 2 vols.; P. IMBART DE LA TOUR, *Les origines de la Réforme*, París, 1946-1948, 2.ª edición; AG. RENAUDET, *Préréforme et humanisme. à Paris pendant les premières guerres d'Italie, 1494-1507*, París, 1953, 2.ª edición; C. W. PREVITE-ORTON, *Marsilius of Padua*. "Proceedings of the British Academy", XXI (1935); J. Bowle, *Western political thought, an historical introduction from the origins to Rousseau*, Londres, 1947; C. BEC, *Les marchandes écrivains. Affaires et humanisme à Florence, 1375-1434*. París-La Haya. 1967.

INDICE ALFABETICO

B

C

CH

H

K

L

INDICE MATERIAS

TERCERA PARTE

LA EPOCA DE LA GRAN DEPRESION

5401949

Esta obra del Dr. J
turamente desaparecido, completa con amplia visión la historia de la Edad Media iniciada por el Doctor José M.ª Lacarra. El autor desarrolla, con brillantez y profundidad, las grandes etapas históricas de las Cruzadas, la plenitud de la Europa Medieval y la época de la gran depresión, que se suceden a partir del siglo XI y hasta el siglo XIV, con los inicios del Renacimiento.

Con su extraordinaria vocación docente, el Doctor Reglá creó, con esta obra el instrumento más adecuado a su quehacer universitario.



MONTANER Y SIMON